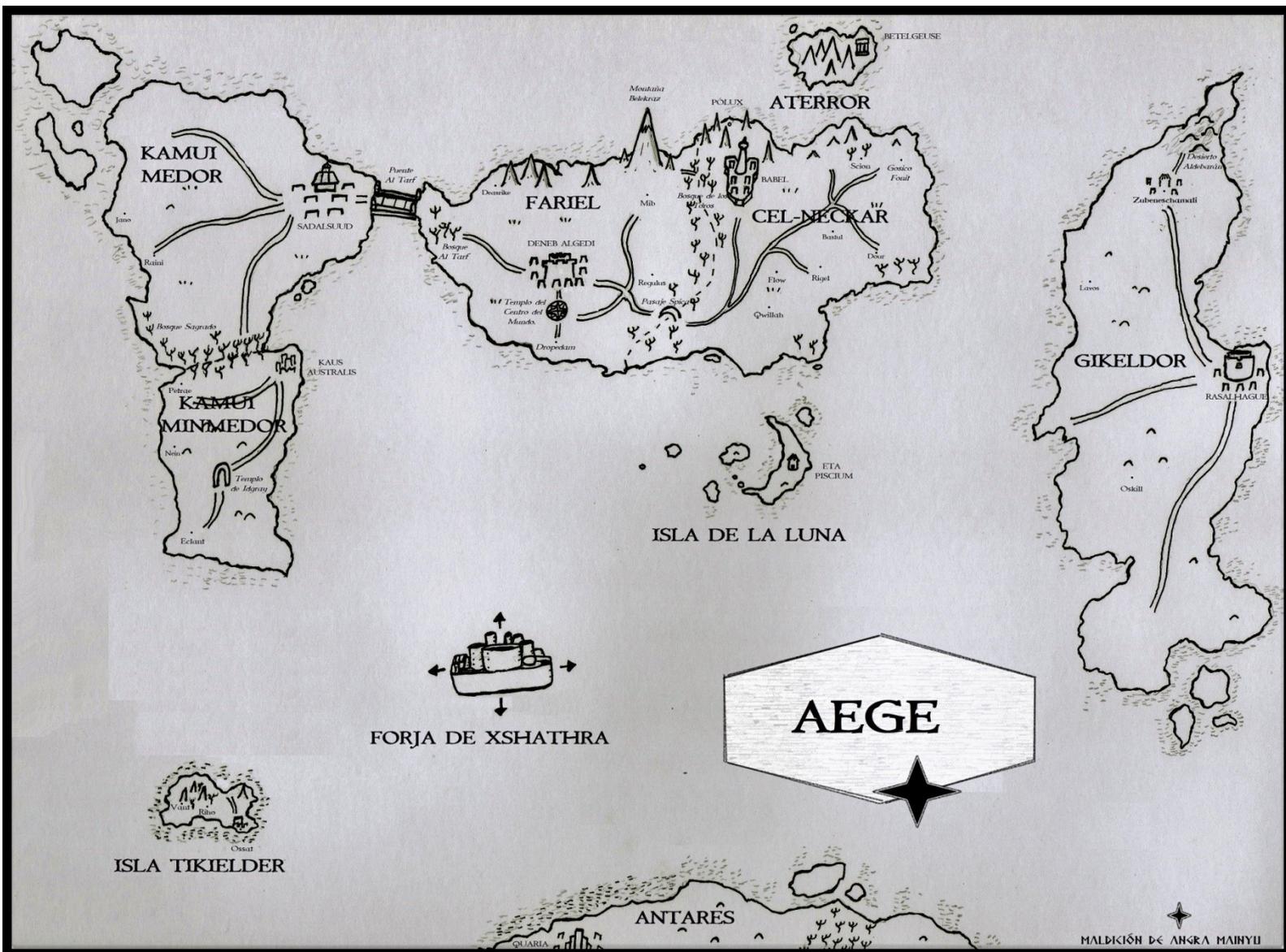


DRASSIL

EL DOMO DEL SOL





No puedo desear ser nada.

DRASSIL

El Domo Del Sol

ÍNDICE

Prólogo: La Reina Del Olvido, El Rey Del Fin.....	pág. 6
1) El Otro Lado De La Puerta.....	pág. 24
2) Lo Que Es Y Lo Que Nunca Debió Ser.....	pág. 35
3) El Campeón De Diakaza.....	pág. 53
4) Los Números Que Portaban La Muerte.....	pág. 69
5) Las Reglas Del Juego.....	pág. 82
6) Escupir A Tu Propio Dios.....	pág. 100
7) El Malvado Horror Que Miente Entre Nosotros.....	pág. 125
8) Los Destinados De Siempre.....	pág. 139
9) Un Mundo Sin Magia.....	pág. 158
10) Der Erlkönig.....	pág. 191
11) Despertar De Demonio, Sueño De Ángel.....	pág. 214
12) El Legado De Albion.....	pág. 234
13) Batalla Bajo El Domo Del Sol.....	pág. 251
14) A Donde El Cielo Se Pone Rojo.....	pág. 268
15) Que Hasta Los Dioses Me Adoren.....	pág. 290
16) ¿Quién Guarda Tus Espaldas?.....	pág. 304
17) Todos Maten Al Gran Rey.....	pág. 328
18) Danse Macabre.....	pág. 353
19) Alegría.....	pág. 368
20) Cruzada De Miclanteurión.....	pág. 382

-Prólogo-
La Reina Del Olvido, El Rey Del Fin

Se veían destellos, relampagueos plateados en la oscuridad de la ciudad que se hundía allá en la lejanía, cada vez más pequeña su visión pues su caballo no hacía más que correr para alejarse, para huir de allí como le habían pedido.

No era una tarea sencilla, la de escapar. En la enorme masa nublosa que era Dammed Oah su vida había logrado encaminarse un millar de veces, y había podido conocer todo lo que hacía que valiera la pena existir. Pero ahora la sagrada polis de los devas estaba bajo ataque, y aun así ni por un sólo segundo en su cabeza pasó la posibilidad de volver, de ingresar de nuevo a la ciudad del árbol a luchar, a enfrentarse al traidor Albion y a sus seguidores, a combatir como lo hubiera querido.

Las órdenes de su amo eran absolutas. Si el Señor de Drassil le había ordenado que huyera a buscar ayuda, no cabía duda entonces de que la amenaza del traidor Albion y su grupo era mucho más considerable de lo que habían supuesto en primera instancia. En realidad, tan sólo había que darse la vuelta para contemplarlo: aquel magro grupo de gente parecía estar logrando el monstruoso milagro de hundir Dammed Oah; y podía ver como todo el suelo donde hasta hacía unas horas cientos de devas reían, entrenaban, jugaban y vivían ahora se fundía, se enterraba como si hubieran construido sus vidas sobre arena movediza y las amatistas del traidor comenzaban a rodearlo todo, latiendo, brillando con malicia.

No lo perdonaría, ni aunque le rogara. Aquel acto era una vileza inimaginable, la máxima traición que aquel falso héroe podía haberle hecho a su hermano. Desconocía qué pensaba Idgray al respecto, tan sereno como siempre, pero sabía al menos que él jamás podría perdonarlo.

Su caballo no aminoró la marcha un ápice, corriendo desenfrenado por las planicies que subían poco a poco, por los pastizales muertos desde donde sólo pequeños grupos de árboles interrumpían la monotonía nocturna. Más allá el estruendo era espantoso, lo lastimaba, y lo único que podía atinar a hacer era voltear su cabeza, abrazado al grueso cuello del animal, confiando en sus instintos para montar una bestia que en su mundo natal jamás había conocido.

Quizás lo perseguían, pero no podía asegurarlo y prestar atención a quien pudiese tener atrás era ver de nuevo el espectáculo de la ciudad hundida, los alaridos, los choques, la forma del árbol de retorcerse. No quería saber de eso, no más.

Maldito Albion. Maldito mil veces.

No, no lo perdonaría. Sus brazos rodearon con más fuerza el cuello de su caballo y cerró los ojos, aferrando con los dedos la enorme espada que llevaba mal colocada sobre la espalda, el regalo que su amo le había hecho.

Apretó los párpados con saña, sin querer oír ni ver, conteniendo la furia y mordiendo, desesperado por llegar pronto a su destino, a donde pudieran ayudarlo. No supo cuánto tiempo estuvo cabalgando así, como si un río lo estuviera llevando y su caballo fuera un tronco del cual aferrarse, por la noche y hasta que el sol salió, cuando los sonidos a su espalda ya se habían apagado por la distancia y la llanura comenzó a dar lugar a nuevos pueblos y bastiones. La ira y la tristeza lo consumían, la preocupación y el dolor le hacían estragos la mente y el cuerpo y pronto fue el sueño el que lo invadió con la fuerza de mil visiones, de heroísmos futuros y recuerdos felices del pasado que pronto perdería para siempre.

Para cuando su caballo golpeó la roca y salió despedido por los aires, Demes ya estaba completamente inconsciente.

Despertó al sentir el paño mojado en su frente, escurriéndosele hasta los ojos. La joven que se lo había colocado ahogó un grito y se echó hacia atrás, mientras Demes movía la cabeza para quitarse esa cosa húmeda e incómoda de encima.

-E... Está despierto... ¿Se siente bien?

La voz era la de una persona lastimada, pero la chica parecía maravillada. El deva la ignoró, aún tomado por las visiones de su ciudad, y examinó el lugar: un techo de madera desvencijado, con vigas que parecían a punto de quebrarse, muros y suelo duros y fríos, de piedra. Por la humedad y oscuridad podía deducir sin temor a dudas que se hallaba en un sótano pero... ¿sótano de dónde?

Le costó hablar en ese momento, y su voz salió más ronca que de costumbre.

-¿En dónde estoy?

La joven se aproximó a él de nuevo mientras recogía el trapo del suelo.

-En la mansión real de Pólux, el último pueblo elven, mi señor.

Pólux. Pólux. Como una visión las palabras de su amo le volvieron a la mente y el recuerdo lo asaltó con la fuerza de un látigo que no logró moverlo. Pólux, la capital de los elven, posibles aliados ante el ataque que Albion les estaba perpetuando. Sintió un amargo alivio al saber que había llegado a destino.

-¿Mi señor, puedo preguntarle algo?

Pero necesitaba más información. Lo habían recibido en Pólux, sí, pero no con los honores que él hubiera esperado. Tenía entendido que los elven adoraban a los de su raza, y, sin embargo, se encontraba tendido en aquel sucio lugar, privado de cualquier luz, y al parecer se habían llevado todas sus pertenencias, sus ropas de bendecido y su...

Comenzó a tantear el suelo con desesperación, su pulso incrementándose poco a poco. No podían habérsela llevado, no al mayor tesoro que Idgray le había dado. Como loco se siguió moviendo, preso de un frenesí de terror, mientras la joven lo miraba entre

asombrada y extrañada, hasta que él no pudo contener su angustia y lanzó una exclamación que bien podría haber sido una pregunta.

-¡Mi espada!

-Descuide, mi señor. La he enterrado. Está a salvo.

El corazón se le desaceleró, pero sólo un poco. Se quedó mirando las podridas maderas del techo, ausente, y luego volvió a hablar.

-¿Eres una esclava? Quiero hablar con quienes están a cargo aquí. De inmediato.

La joven negó.

-Me temo que eso va a ser imposible, mi señor.

Su paciencia comenzaba a agotarse.

-¿Te han dicho que me dijeras eso en cuanto despertara?

Volvió a negar más rápido. Parecía algo asustada.

-Es una opinión personal, mi señor, disculpe...

-Cuando me interese tu opinión, te la pediré. Necesito hablar con alguien de la realeza de Pólux.

-Ya lo está haciendo, mi señor.

Tardó unos segundos, mareado como estaba, en procesar aquella respuesta, y luego giró dolorosamente el cuello para ver a su interlocutora.

-¿Disculpa?

-Yo soy... la hija del rey Hicterion.

Parecía a punto de quebrarse y llorar, y las manos le temblaban. Demos se la quedó mirando, mudo e inexpresivo y prestándole atención por primera vez: llevaba el cabello largo y blanco, alborotado y grasiento, por el cual asomaban sus dos grandes orejas puntiagudas de elven, las manos estaban sucias de tierra, con las uñas quebradas, y el rostro que no podría haber sido llamado bello estaba cubierto de mugre y con marcas de golpes por doquier. La princesa de Pólux traía unos harapos de vestimenta y nada más, tan sucios y andrajosos que no era ninguna sorpresa que el deva la hubiera confundido con una esclava de casa.

-Dime tu nombre- exigió, sintiéndose extrañamente tranquilo.

-Aiwass...

-¿Han tomado Pólux? ¿Te han hecho una esclava?

La joven negó otra vez. Pero, aquello sólo hacía todo más difícil de entender.

-Explicame la situación.

-Mi señor se encuentra en el palacio real de Pólux, bajo la protección de la reina, mi madre Maya Eterian Aurora.

-¿En dónde me encontraron?

-Lo encontré yo, durante una de mis escapadas- dijo ella sin pestañear- Arrojado por el peso de un caballo muerto. Volví al palacio y lo trajeron aquí, pero antes enterré su espada. Le ruego me disculpe el atrevimiento.

-¿Por qué hiciste eso?

La princesa Aiwass se encogió de hombros.

-Mi padre. Gracias a eso no se la quedó, y gracias a mi madre él aún no lo ha matado. Ha sido difícil de convencer.

-¿Por qué el rey querría matarme? ¿Está del lado de Albion?

Otro encogimiento de hombros. Por su expresión pudo adivinar que aquella desafortunada elven no tenía ni la menor idea de quién era Albion Decaheron.

Intentó ordenar sus pensamientos, todavía perdido con lo que ocurría y por sobre todo muy adolorido. Apenas podía sentir las piernas, que adivinaba bajo la manta que le

habían dispuesto allí en el suelo estaban quebradas y vendadas, y todo su cuerpo se sentía rígido, contracturado, difícil de mover. Si el rey de Pólux realmente quería matarlo por algún motivo, sus posibilidades de luchar serían nulas, menos sin su espada Oblivion en sus manos, allá donde fuera que la joven la hubiera enterrado.

Pero lo peor era, ¿se hallaba entonces en territorio enemigo o aliado? No había esperado que la situación de Pólux fuera complicada en lo más mínimo, al menos no de aquella forma. Sabía, por ejemplo, que los elven y los kiels se hallaban ahora bajo el constante ataque de los grupos humanos y ahuras, y que aquella ciudad era la última que había logrado subsistir a la constante avalancha de bárbaros al continente central. Las órdenes de Idgray habían sido claras: el pedir ayuda a los elven para lidiar con el ataque de Albion y sus seguidores, y a cambio ofrecer la ayuda de Dammed Oah para recuperar algunas de las ciudades que ellos hubieran perdido ante los invasores. Para ellos eso era pan comido pero... ¿Crisis de sucesión, quizás? ¿Qué estaba ocurriendo en el reino elven? La idea de no poder conseguir los aliados que le habían pedido y que Idgray y los suyos continuaran allí luchando, esperándolo, lo desesperaba.

Demes continuó perdiéndose en aquel mar mental, pero un alarido desgarrador le interrumpió. Venía de la entrada del sótano y se acercaba más y más.

-¡AIWASS! ¡Aiwass! ¡Ven aquí, pequeña zorra! ¡Te dije que no dejaras el sello hasta que hubiéramos terminado!

Era un vozarrón horrendo, alaridos espantosos de una garganta quemada. El joven observó sereno como la joven princesa temblaba e intentaba levantarse a duras penas.

-Cierra los ojos, por favor... Que no te vea... Te matará; si ve que estás despierto te matará, por favor...

Se la quedó mirando unos segundos, inexpresivo, y luego obedeció, cerrando los ojos. Tras la membrana de sus párpados captó una enorme sombra emerger de la entrada y extenderse amenazadora hacia él, escuchó un grito ahogado, una cachetada, y sintió el peso de la joven caer a su lado entre sollozos. Pudo entreabrir los párpados lo suficiente como para presenciar como el gigantesco rey de Pólux se llevaba a su hija arrastrándola por los pelos, por las escaleras.

Pasaron unos segundos, y de nuevo reinó el silencio.

No parecía que la fuera a tener fácil. Primero que nada, necesitaba entender qué diablos pasaba con el rey. Por lo que parecía la familia real estaba en crisis, aunque si las palabras de Aiwass eran ciertas, al menos conservaba el apoyo de la reina. Debía estar despierto, descubrir la forma correcta de manipular los hechos a su favor y poder brindar la ayuda que necesitaba.

Así estuvo por varias horas, pensando y contemplando el techo, hasta que por fin, inevitablemente, el sueño y las heridas de su cuerpo lo terminaron venciendo, sus dedos aún rastreando el suelo en búsqueda de la espada que había creído perdida.

Había desarrollado, mientras se encontraba allí tendido en la oscuridad sin poder moverse, un sentido de alerta que cualquier animal le hubiera envidiado. Por eso, aun en

su sueño más profundo, sólo tuvo que sentir el imperceptible sonido de una respiración para abrir los ojos y despertar, alarmado.

-¿Quién está ahí?

La vista se le aclaró y volvió a ver a aquella joven, Aiwass, agachada a su lado, mirándolo con atención. Pudo tomar en cuenta que ahora la princesa parecía aun más magullada, con el ojo algo hinchado y un hilillo de sangre corriéndole por la comisura de los labios. Se quedaron mirando un rato, y luego Aiwass bajó su vista hacia su mano: Demes se percató de que la estaba aferrando de la muñeca con fuerza brutal.

La soltó de inmediato.

-¿Me estabas observando mientras dormía?

La joven asintió.

-¿Por qué?

-Mi señor parece estar enfermo. Temo que pueda empeorar.

-Preocúpate más por ti misma –suspiró él- ¿Tu padre te hace todas esas heridas?

La elven volvió a asentir y Demes se la quedó observando por un largo tiempo, examinándola con la vista fija en sus magulladuras.

-Eres una mujer patética- afirmó luego, pero no vio ninguna reacción en Aiwass, la joven simplemente se lo quedó mirando sin mover el rostro- La culpa de tus heridas no es sólo de tu padre, sino también tuya por no detenerlo. Si eres tan débil como para no poder hacerle frente, entonces quizás también merezcas todos esos golpes.

La otra no dijo nada por un momento, pero luego replicó.

-Mi padre es mucho más fuerte que yo.

-Eso lo dices porque eres idiota. Tu padre es físicamente más fuerte que tú, claro, pero la fuerza no puede medirse sólo con eso. Mi señor Idgray me lo dijo, y sé que es cierto. Podrías enfrentarte a tu padre con algo más que una espada.

-¿Idgray? ¿De verdad vienes de Dammed Oah?

Maravillada, de nuevo. Demes se la quedó contemplando anonadado, y luego asintió tomándose su tiempo.

-Ni siquiera puedes enojarte conmigo. Eres una verdadera idiota.

-No podría enojarme con mi señor- negó la princesa con ceremonia- Mi señor me insulta sólo porque está enfadado, y lo entiendo. Ha dormido muchos días y ni siquiera puede moverse, ni tiene con quien hablar. Yo también estaría molesta.

-No actúes como si me conocieras. Y deja de llamarme “mi señor”. Comienza a hartarme.

-No puedo- negó la joven- Usted es un deva. Su especie es digna de respeto y adoración para nuestro pueblo.

-Pues si tanto me respetas entonces cumple mis órdenes. No lo pediré dos veces.

Aiwass quedó pensativa, sin saber qué responder a aquello. En su rostro magullado la aprehensión pareció dominar las facciones y Demes cerró los ojos justo antes de verla dudar, como si quisiera decirle o pedirle algo.

-¿Podría... preguntarle algo?

O preguntarle. Ni siquiera se dignó a abrir sus ojos para responder.

-Habla.

-Cuando no es espantosa, mi vida en este castillo suele ser aburrida. Este es el único lugar al que mi padre no suele venir a buscarme- la joven se le sentó al lado, los brazos rodeando dos piernas que parecían unas ramas de tan flacas, y lo miró con un asomo de sonrisa- ¿Podríamos hacer intercambio de preguntas? Así yo satisfecería sus dudas sobre el estado de este reino, y mi señor las mías.

Era infantil, sí, pero podría serle útil. Y, ya que aún no podía levantarse de su convalecencia, era lo mejor que tenía hasta el momento.

-Acepto- abrió los ojos mirándola de nuevo- Pero sólo si dejas de llamarme “mi señor”.

-Entendido...- la joven se lo quedó mirando, en búsqueda de una respuesta.

-Demes.

-Demes- asintió, y una sonrisa completa iluminó su sucio rostro.

-Comienza tú.

-Eh...- Aiwass estuvo pensando, confundida, y luego pareció elegir la pregunta- ¿Es su nombre completo Demes?

Había pensado que serían otro tipo de preguntas, algo sobre la situación de Dammed Oah, su estado actual, los propósitos de conquista de los devas y su alineación en el conflicto por la toma del continente central. Lo que en cambio aquella princesa quería parecía no ser mucho más que un juego de niños desvelados.

-No.

-¿Cuál es?

-Eso fue ya una pregunta. Ahora es mi turno. ¿Dónde enterraste mi espada?

-En la entrada este del palacio, cerca de donde se encuentra el cobertizo de jardinería. Casi nadie va por allí, así que puedo asegurarle que no la encontrarán. ¿Cuál es su nombre completo?

-Demes Lucicale. ¿Por qué la reina no ha venido a verme? Ya han pasado tres días.

-Está más preocupada intentando contener a mi padre- Aiwass se encogió de hombros- ¿Es verdad que los devas son bendecidos por Baal? ¿Vienes de la Ciudad Dorada?

-De nuevo dos preguntas. Esta vez las contestaré, pero luego haré otras dos- muy a su pesar, y quizás por haber estado tanto tiempo sumido en la oscuridad, se estaba divirtiendo- Algunos. Sí. ¿Qué le ocurre a tu padre? ¿A qué te llevó la otra vez?

Pareció haber tocado un nervio con aquellas inquisiciones, tal como esperaba. La actitud de Aiwass, hasta hace poco tan dispuesta y sonriente pareció caer como la temperatura en una tormenta de nieve y su sonrisa se desvaneció, la mirada fija en el suelo y un imperceptible temblor dominando sus piernas y brazos.

-Mi padre se ha... Mi padre se ha vuelto loco.

-¿Cómo?

-Esa es otra pregunta- le respondió ella mirándolo divertida, como si lo anterior hubiera sido tan sólo una actuación.

Lo logró desconcertar, pero rápido él volvió a tomar las riendas de la charla.

-Rompiste las reglas del juego una vez, tengo derecho a hacerlo también. Explícame bien qué le sucede al rey Hicterion.

Aiwass se tendió en el suelo, y miró el techo mientras relataba.

-Fue hace dos años. Mi padre despertó una noche en su lecho, gritando. Los guardias acudieron enseguida, pero él los echó a patadas, a ellos y a mi madre. Mamá estaba como loca, no entendíamos qué le pasaba. Al otro día él la dejó entrar, sólo a ella, y le dijo que había tenido una pesadilla... Una revelación.

-¿Una revelación?

-Una revelación de eventos del porvenir- Aiwass miró a Demes a los ojos. Parecía estar intentando contener algo- Soñó con barcos que volaban. Soñó con raíces que se extendían y lo tomaban todo. Soñó con gente que desaparecía, soñó con una noche de estrellas cayendo. Dijo que en su sueño los dioses danzaban y se perdían, y que todos

los seres, elven, humanos, ahuras y kiels reían y lloraban, y desaparecían, todos y cada uno, hasta que él mismo se sintió desvanecer. Y luego...

-¿Luego?- preguntó, embelesado por aquella idea que como seguidor de Horrxikkrron se le hacía tan familiar, tan amena.

-Luego vio la Nada- Aiwass negó, corrigiéndose- No la vio, la sintió. Fue parte de ella. No puedes imaginar cómo lloraba y reía cuando le contaba eso a mamá. Yo estaba con la oreja pegada a la puerta, por eso lo sé. Mi padre se había vuelto loco.

-¿Qué ocurrió entonces?

-Estuvo un mes sin beber ni comer nada. Se volvió un cascarrón de lo que era antes, un ser vacío y mudo. Mamá lloraba todas las noches. El Consejo no sabía qué hacer. Pidieron que ella buscara otro Amo, pero mamá se negó.

»Y luego, de un día para el otro, mi padre pareció recobrar fuerzas. Comió y comió, bebió hasta hartarse, y habló con todo el mundo, y por un momento pensamos que su memoria había borrado aquel sueño, que simplemente no había podido aceptarlo. A la mañana siguiente invocó al Consejo. Yo no estaba allí, pero mi madre me lo contó. Juntó a todos los ancianos, y con una gran sonrisa en los labios, los mató uno por uno. Les dijo que ya eran viejos, que no servían para nada. Mamá quiso detenerlo, pero él la durmió de un golpe. Luego la sacó de la habitación y cerró la puerta de la sala de audiencias. Los cadáveres deben seguir allí.

Sabía que aquel era un crimen espantoso. Conocía algo de la política de Pólux, él mismo. Su señor lo había nombrado su representante en los asuntos que tuvieran que ver con la organización del gran continente y él, para compensar su patética habilidad como mago o *seeler*, había dedicado días enteros al estudio de las formas de gobierno de aquellas especies inferiores que por allí pululaban, a sus intereses e ideales. El Consejo de Antiguos, por ejemplo, era la autoridad suprema para los elven y el rey Uverlard Hicterion había cometido el mayor de los sacrilegios al asesinar a quienes lo conformaban.

Aiwass pareció adivinar su siguiente pregunta, y su boca se frunció de una línea recta.

-Dijo haberlo hecho por respeto a sus vidas. Al otro día me mandó a llamar. Me dirigí a la sala del trono y allí estaba él, acompañado de varios hombres vestidos de negro, una gran parte de ellos humanos. Me revisaron y parecieron darle el sí, y así comenzó mi tortura.

-¿Qué te hicieron?

-Qué me hacen- la chica comenzó a temblar, y pronto las lágrimas se derramaron de sus ojos- Me acuestan sobre un sello, en una sala, encadenada como si fuera una bestia. El sello se ilumina y luego siento un dolor... Un dolor atroz... Siento que cada nervio de mi cuerpo estalla, la cabeza me da vueltas, siento voces gritando en mi oído... -las lágrimas caían a borbotones ya por sus mejillas, y Demes no pudo evitar sentir algo de aprehensión, por pequeña que fuera- Le he gritado que se detenga, que soy su hija, pero es como si no me escuchara... Y todos los días es peor, cada día dura más aquel suplicio. Algunas veces no puedo moverme. Pero otras sí. Intenté escaparme dos veces, y la primera me atrapó. Me dijo que era el futuro de nuestro pueblo, y que no lo volviera a hacer. Luego me molió a patadas y me encerró aquí mismo, en el sótano. -la joven se secó las lágrimas con sus mangas, y esbozó una sonrisa- Lo gracioso es que me terminé gustando. No hablaba con nadie, no lo veía a él, ni me golpeaba, y tampoco tenía que soportar los gritos de mamá. El alivio duró hasta que tuvo que llevarme de nuevo a aquel infierno.

-¿Y la segunda vez?

-Fue hace unos días. Logré salir de Pólux. Me encontré contigo, aplastado por el peso de tu propio caballo. Estaba a punto de seguir corriendo, pero por alguna razón volví sobre mis pasos y alerté a mi madre.

-Estoy en deuda.- Demes quiso esbozar un sonrisa, y, aunque falló, Aiwass se percató del intento y sonrió con amargura.

-¿No me dirás que huir es de cobarde?

El joven sacudió la cabeza.

-No. Yo mismo huía cuando tuve ese accidente. Si eso es ser un cobarde, entonces no siento vergüenza alguna en ser llamado así. Prefiero huir a enfrentar una muerte sin sentido.

-¿Vienes de Dammed Oah?

Asintió.

-¿Tienes noticias de la ciudad?

Aiwass negó.

-No salgo mucho, y desde que mi padre perdió la cordura, nadie entra al castillo. Además, sé que pocos se acercan a tu ciudad desde que comenzó su expansión.

Sabía eso, el respeto que los devas infundían en las demás razas, y lo hacía sentir satisfecho, pero por alguna razón aquel orgullo le era vacío en aquel momento. Sus pensamientos vagaron entonces por lo que le había contado Aiwass, por la visión del rey Hicterion y por aquel ritual al que sometían a aquella desgraciada joven. Hombres de negro, ¿sería posible que la Organización de Albion hubiera llegado tan lejos, allí donde habían esperado tener ayuda para detener al traidor?

Demes suspiró, y ambos volvieron a quedar en silencio, él mirando el techo, y ella mirándolo a él. Al cabo de un rato la princesa volvió a hablar.

-Ya hemos arruinado la dinámica del juego pero... ¿Viene tu gente de la Ciudad Dorada? ¿Es en verdad el paraíso del que hablan?

Se tomó un tiempo para responder, recordando su hogar, los murales, el Salón de Yeurion y el Coliseo, el ancho río y los puentes que lo cruzaban.

-Es un reguero de porquería. Una joya, en verdad, pero la gente no puede vivir de masticar oro.

Su respuesta pareció desilusionarla. Los ojos de ella cobraron la decepción con naturalidad y luego la vio hundir la cabeza en las rodillas, la cabellera larga y grasienta, opaca en la oscuridad de aquel sótano.

Se mantuvieron así un buen rato, mudos, el sonido del silencio dominándolo todo y pensamientos tristes, aislados, tomando sus consciencias.

Luego hubo ruidos otra vez, pesados pasos que venían desde arriba. La joven levantó la cabeza, asustada, y se las ingenió para esbozarle una sonrisa.

-Te veré luego, Demes.

No le dijo nada, y la vio partir.

Por mucho que con aquel acto hubiera querido ganar coraje, pudo notar que bajo los andrajosos ropajes las manos de la princesa temblaban al encarar a su padre.

Y así continuó su estadía en Pólux, estadía marcada por la espera y lo oscuro, por lo estático de su condición. Sus días eran siempre similares, una masa uniforme imposible de separar, inconsciente de la salida y puesta del sol allí en la negrura, pensando, desesperándose, preguntándose por la suerte de su ciudad y su pueblo mientras al mismo tiempo algo en él, con mucho pesar, esperaba el regreso de Aiwass tan sólo fuera para obtener algo de información y dispersarse.

La princesa lo visitaba todas las noches, a excepción de un par en las cuales los rituales del rey Hicterion y de aquellos misteriosos hombres de ropajes negros la dejaban demasiado inestable y adolorida como para siquiera salir de la mesa del altar. El propósito de aquella locura, que dejaba a Aiwass en estado catatónico en el mejor de los casos, se le escapaba; y pronto comenzó a creer que no era más que un espectáculo enfermo, que aquellos hombres eran farsantes que se deleitaban con el sufrimiento de aquella joven a expensas de la cordura perdida del rey.

No hubiera podido ayudarla, aunque lo hubiese querido. Su cuerpo mejoraba, lentamente, pero ni cerca estaba de levantarse y poder buscar la espada enterrada que tanto añoraba. Se sentía débil, cansado y molesto, profundamente molesto por la situación en la que vivía, por la ansiedad de aquella misión que no podía completar y los recuerdos de Idgray, de los devas, del camino al abandonar la Ciudad Dorada...

Luego ella venía, y con eso los problemas, al menos por un tiempo, se desvanecían. Hablaban de cualquier cosa, del más mínimo tema que pudiese alejar el dolor que sentían y distraerlos: se contaban anhelos de sus pasados, comentaban la política, las invasiones humanas, preveían el magro futuro que le esperaba a los primeros habitantes del continente, se comentaban nimiedades y más aun disfrutaban del silencio juntos, lado a lado, mirándose en lo oscuro. Llegó entonces el momento en el que él realmente comenzó a esperar con ansias la hora en la que ella llegaba, algo que le asustó profundamente, pero aún aunque intentara ser rudo y maltratarla para alejarse sus insultos sólo parecían resbalar en aquella princesa que siempre tan dispuesta estaba de verlo.

Maya Eterian Aurora, la actual reina de Pólux, jamás lo visitó. En realidad, dudaba de que la elven pudiera darle alguna solución o acordar una alianza con Dammed Oah, ocupada como estaba en contener a su inestable esposo. Por lo que sabía –y lo que sabía era sólo lo que su hija le contaba– la reina andaba de lado a lado, salvando a los sirvientes de las garras de Hicterion, desarmándose para que el reino no cayera en la ruina y las defensas ante las incursiones humano-ahuras se mantuvieran, asuntos que al terrible rey no parecían importarle tanto como el doloroso ritual hacia su hija.

Imaginando que aun sin su ayuda su pueblo se había salvado, Demes no relegó de cualquier forma sus órdenes dadas e intentó enfocarse en su pronta recuperación. Pensaba en el momento de su regreso, en cómo lo recibiría su señor, en el miedo que le producía tener que admitir su falla y el deleite que le daría saber la muerte del traidor Albion... Y luego todos esos pensamientos se desvanecían de nuevo a la noche entre preguntas triviales y llantos, en la expresión cada vez más confiada de la princesa arruinada y su relación con ella, en lo que descubría de su persona. Se sentía culpable, sí, pero pronto abandonó todo intento de alejarla. No tenía sentido, si a él...

Comenzaba a importarle, y aquello lo aterraba, lo hacía preguntarse, allí en lo oscuro, quién era él mismo y qué era lo que buscaba. Decidió entonces que le pondría un alto, que detendría a aquella mujer que lo estaba desplazando de su misión y objetivo originales. Su pueblo estaba primero, Idgray estaba primero.

Y ese mismo día Aiwass llegó llorando, temblando de pies a cabeza y con los ojos hinchados y rojizos. El corazón de Demes dio, por primera vez desde que Idgray lo había rescatado de la esclavitud en la que vivía allá en la Ciudad Dorada, un vuelco, y haciendo acopio de todas sus fuerzas logró levantarse un poco, apoyado sobre los codos.

-¿Qué ocurrió?

Se sentía muy molesto, más de lo que hubiese querido admitir, pero aun así guardó silencio durante un largo rato en el cual los aullidos de Aiwass se perpetuaron en la habitación, tonos agudos que se expandían y le acuchillaban el pecho, los oídos, la garganta.

Pasó un buen tiempo hasta que la princesa pudo calmarse, y durante aquello él se quedó allí, acostado, mirando lo oscuro como sentía que hacía desde una eternidad.

Luego los sollozos se interrumpieron, temblando a veces, entrecortados, y la voz tomada de la joven habló.

-Demes... Demes...

La miró, sin decir nada.

-Mi madre... Mamá...

Se encogió allí a su lado, retorciéndose. Era patético, aquella joven débil y herida era patética, pero de nuevo, ¿Qué era aquella emoción que lo embargaba al verla? ¿Qué sentía desde hacía tiempo? Como sueños susurrados venía a él, y aunque no pudiera ver la sentía cerca, más presente que nunca, más a su lado que nada que jamás hubiera tenido en su vida.

-Mamá...- volvió a decir Aiwass, sin coherencia ni sentido, estrujándose en su dolor.

-Ha muerto- resolvió él.

El asentimiento que siguió fue mudo porque dio comienzo a otro largo llanto. Se esforzó por sentarse de nuevo, tan sólo fuera para sacarla de aquel lamento.

-Dime qué ocurrió. ¿En dónde está el rey?

-Él... él la mató- los ojos de ella, bastante grandes de por sí, se abrieron de par en par en el más puro y abyecto horror.- Mamá quiso defenderme, impedir que el ritual continuara... Dijo que me condenaría, que lo que hacía sería mi perdición...

El llanto duró un rato largo más, en el que él pudo imaginar la escena a la perfección. Luego su voz volvió a irrumpirlo todo.

-¿Qué me está ocurriendo, Demes? ¿No puedes notarlo, sí? ¡Oh, por favor!

No dijo nada, aunque sabía que era cierto. Aiwass, algo en ella estaba diferente desde que la había visto por primera vez, algo en la magia que sentía en ella había cambiado, como si le hubieran insertado un monstruo que aún dormía pero que en cualquier momento podría despertar.

-Perderé mi mente- dijo al final la joven- Por ese ritual. Puedo sentirlo. Mi padre planea convertirme en algo más, pero ese poder no es algo que yo pueda controlar... Oh Demes, ¿estarás conmigo entonces? ¿Estará alguien, alguien me acompañará?

Continuaba llorando, desesperada. Con torpeza él le sujetó la mano, incómodo, totalmente desacostumbrado a aquello pero necesitando de alguna forma descargar lo que sentía.

Aiwass se tendió entonces sobre él, sollozando, y ambos estuvieron abrazados entonces, enlazados en la oscuridad, sintiendo el calor reconfortante del otro. Allí en lo desconocido del mundo, alejados de su pasado, perdidos en aquello que los había salvado, comprendió que había ganado algo nuevo y ambos jóvenes comenzaron a amarse.

Para cuando despertó, Aiwass seguía tendida a su lado, despierta, los ojos apenas entrecerrados y la expresión cansada, lágrimas aún sin lavar sobre su rostro herido.

Pero algo en ella había cambiado, al igual que algo en él. La miró por un largo rato, pensativo, prometiéndose a sí mismo que la vería sonreír antes de verla perder su cordura. Pero, ¿cuántos años quedaban para aquello? La magia que habían conjurado sobre la joven debía ser poderosa, arcana y sus efectos tardarían en llegar. ¡Si todavía le quedaba una vida!

Sereno, entonces, volvió a hablarle.

-Debes matarlo. Al rey, tu padre. Debes acabar con él.

Ella se volteó a verlo, dubitativa.

-Yo no podría...

-Está haciendo de tu vida un infierno. Mató a tu madre, arruinó tu reino y pronto te arruinará a ti. Debes terminar la locura de ese hombre.

-¡Es mi padre!- exclamó ella- ¡No sabes cuánto me ha querido, desde niña! Aun cuando se ocupaba del reino, era un hombre bueno y justo que se encargaba de que yo y mamá estuviéramos felices... ¿Cómo puedes...?

-Mis padres también se encargaron de mi felicidad- le respondió- Hasta que por un poco de aprobación me vendieron como esclavo en la Ciudad Dorada.

Aquella revelación pareció impactarla, y Aiwass retrocedió, muda, sorprendida.

-Y tú...

-Los maté- confesó- En cuanto Idgray me rescató de aquel lugar. Esas dos personas nunca tuvieron valor real para mí.

No, eso no era cierto. Pero el nombre de Idgray, sin embargo, le produjo una punzada de culpa que no pudo rechazar y que eliminó de su mente mirando a la princesa a los ojos.

-Enfrenta a Hicterion. Sé que puedes hacerlo. Eres fuerte.

La joven retrocedió otro paso, aterrada.

-Yo no...

-Aiwass- la llamó, tranquilo- Como yo lo vi, era mi futuro o mis padres. Eres tú o él. Enfrentalo, y vive.

Se paró a los tropezones, angustiada.

-Lo siento. -se disculpó- En verdad lo siento.

Y se fue corriendo, por las escaleras. La vio partir y volvió a quedar en silencio, tranquilo, viendo algo de sol entrar por fin por una mínima abertura del lugar, un haz de luz magro que no logró modificar su rostro.

Entonces levantó sus sábanas, y lamentó no haber dicho toda la verdad. Aiwass dejaría de ser sí misma, sí, pero era más probable que él no llegara a ver siquiera la primera instancia de ello.

Bajo las colchas que le tapaban su piel se endurecía, como si una armadura blanca la recubriera, el producto de algo que estaba sorbiendo su maná poco a poco desde la distancia.

“*Oblivion*”, recordó apenas, y se dejó llevar más interesado por los pensamientos de lo que ocurriría aquella noche con la desdichada joven y su tirano padre.

El resto del día lo pasó entre sueños y desvelos, entre despertares confusos que sólo prolongaban la cadena de ideas en la que se perdía y desvaríos, productos de la fiebre, de la forma en la que la espada que Idgray le había dado lo consumía.

¿Cuánto tiempo le quedaba? Sí lo que aquella arma le estaba quitando era el maná, tendría para largo rato. Su habilidad con la magia era penosa, sí, pero de la energía requerida tenía suficiente, tanto como para haber llamado la atención de su amo en ese entonces, años atrás.

Pensó en su vida, parte por parte, idea por idea como si se tratara de una historia. Algunos momentos eran difusos, iluminados por el sol, demasiado resplandecientes; como sus padres llevándolo al enorme río de la Ciudad Dorada allí en ese otro mundo, sus padres riendo y levantándolo, cuando aún era un niño inconsciente.

Luego la luz de ese sol se perdía al recordar el coliseo, la esclavitud, al recordar a Baal y todo lo que había resentido y odiado. Al irrumpir la mirada serena de Idgray todo aquello por fin se desvanecía, y en un enchastre de violencia luego veía los momentos más felices que había tenido: cuando escaparon de aquella dimensión, cuando fundaron Dammed Oah, cuando *ella* despertó.

Y Aiwass... ¿Era posible que sintiera que aquellos meses en la oscuridad eran también felices? La culpa lo atolondraba un poco, preguntándose por su pueblo, pero la visión de la joven lo terminaba quitando de eso y lo hacía enfocarse en lo que ocurriría.

Debía estar listo.

Así pensó, mientras buscaba moverse, acostumbrar el cuerpo para poder levantarse. Lograba flexionar los brazos ya, y sus piernas estaban débiles pero creía que, en el peor de los casos, podría arrastrarse fuera de aquel sótano. Su especie era fuerte, mucho más fuerte que el resto de las que habitaban el continente, con la posible excepción de los kiels. Eran conocidos por sanar rápido.

Cuando llegó la noche, tal como esperaba, algo se precipitó a tropezones por las escaleras.

-¡Demes! ¡Demes!

Hablaba en secreto, y parecía alterada. Se logró sentar, avistando en la oscuridad su expresión consternada.

-¿Está muerto?

Aiwass negó. Temblaba, aunque no parecía que fuera por miedo.

-Me está buscando... Pero creo que ya ha olvidado que este lugar existe. Me matará si me ve.

-¿Qué ocurrió entonces?

-Yo...

Parecía dudosa de decirle, y lo miraba con aprehensión. A su vez él le dirigió una mirada irritada, ¿acaso ya no confiaban el uno en el otro?

-Dime qué ocurrió, Aiwass.

-El ritual comenzó como todos los días...- la elven miró el suelo, avergonzada- Y pensaba dejarlo así, pues la idea de matar a mi padre ni siquiera cruzaba por mi mente. Pero, en medio de aquel dolor, oí algo y no pude evitar reaccionar. Me enfurecí, Demes, salí de control, y maldije a los hombres de negro que allí se hallaban...

Así que el poder que le imbuían había comenzado a manifestarse. La magia que había entrado en Aiwass comenzaba a crecer y crecer, saliéndose de control.

-¿Qué les hiciste?

-Pedí que ellos sufrieran, que vivieran en el resentimiento. Pero entonces me di cuenta... Había una niña con ellos.

¿Una niña? La miró anonadado, sin comprender, y Aiwass se tapó la cara con las manos. ¿Qué hacían esas personas con algo como una niña?

-¿La mataste?- preguntó- ¿Tu maldición mató a esa pequeña?

Aiwass negó, desconsolada y él chasqueó la lengua, sin saber a qué venía todo aquello.

-Pero está dormida- dijo ella- Y no creo que despierte en mucho tiempo. Los demás huyeron, interrumpieron el ritual y se fueron asustados.

Y Uverlard Hicterion debió de haber estallado allí mismo, tal como imaginaba. Era un milagro que Aiwass pudiera haberlo evadido y llegar hasta allí con vida.

El rey no perdonaría a su hija, por lo que había que ser expeditivos. Se sentó del todo y dio un largo suspiro, preparándose para el esfuerzo.

-Nos vamos de aquí. - le dijo- No podemos seguir más tiempo en el castillo.

Aiwass lo miró con sorpresa muda, y él, haciendo acopio de toda su voluntad, logró ponerse de pie por primera vez en tanto tiempo. Se sintió a punto de caer, las piernas blandas y la fiebre subiendo, pero logró mantenerse erguido, mirándola a ella desde arriba por primera vez.

-¡Vamos! Quizás podemos buscar mi espada y un caballo, y huir de regreso a Dammed Oah. Estoy seguro de que Idgray y los demás nos recibirán de brazos abiertos, de que te darán asilo.

-Demes...

Algo en su tono lo hizo paralizar, sorprendido. La miró y ella levantó la vista hacia él, los cabellos desgreñados enmarcando una pena infinita.

-Eso fue lo que oí. Tu ciudad... Dammed Oah ya no existe más. Ha sido hundida y del resto de los devas nadie ha oído hablar de nuevo.

Hubo una pausa, en la que se halló en un espacio vacío, inmenso, de su consciencia. No.

No, no y no, no podía ser real, no podía estar pasando. ¿Albion había ganado? ¿Albion había podido derrotar a Idgray? ¡No! ¡La ciudad no podía caer, Dammed Oah era intocable! Aiwass debía de estarle mintiendo, debía de haberse confundido, algo como eso...

-Lo siento tanto...- le dijo ella, apenada. No se sintió acompañado por un instante, de cualquier forma, sino solo, completamente solo y abandonado, el último de los de su especie que pisara la superficie de ese mundo. ¿Pero qué había ocurrido con los demás? ¿Qué había sido de los hekantoquiros, de su señor, de los guerreros que habían luchado junto a él?

Por primera vez en toda su vida eran sus puños los que temblaban, de horror, impotencia y furia. Pero aun así miró la oscuridad de frente, decidido, y descubrió que todavía le quedaba algo que salvar.

-Nos vamos- repitió sin mirarla- A dónde sea que podamos.

-Pero...

-Está bien- asintió. No, no lo estaba, ¿pero qué otra opción le quedaba? Hizo una seña y ella se incorporó también, lista para guiarlo a las afueras del castillo.

Por fin comenzó a pisar aquellas escaleras de madera, siguiéndola a ella con gran cansancio por el camino que subía, conociendo por fin todos aquellos lugares de los que tanto ella le había hablado y que nunca había podido ver. El castillo de Pólux estaba mudo, abandonado, hasta los sirvientes lo habían dejado y el único otro habitante que había era un rey demente al que rezaba no tuvieran que cruzarse.

Pasaron por distintas salas, por distintos pasillos, siempre cuidándose por si escuchaban los pesados pasos de Hicterion buscando a su hija para asesinarla. Demes no tenía duda de que el rey ya había olvidado que él siquiera existía, y lo insano de aquel hombre se le reveló al pasar por la sala del Consejo y ver aún allí a los cadáveres putrefactos de los ancianos, repletos de moscas zumbantes, un olor nauseabundo que los golpeó mientras aceleraban el paso para huir de una vez de aquella pesadilla.

Aiwass lo condujo por los círculos interiores de la planta baja, por los recodos menos transitados que tan bien conocía, y por fin lograron dar con una puerta que conducía al exterior, cerca del cobertizo de jardinería.

Entonces el grito que temían se oyó.

-¡AIWASS! ¡Maldita...!

La horripilante voz de Hicterion se sintió desde las escaleras, bajando a toda prisa a encontrarlos.

-¡Vamos!- le dijo él, apurándola para que abriera la puerta vidrial. La princesa lo hizo, sacándolos afuera y cerrándola a sus espaldas y Demes tuvo que enfocarse en no quedar ciego ante la luz del sol, ante el calor exterior, el aire libre que hacía tanto no sentía.

-¡La espada! ¿Dónde está?

Aterrada ella le señaló una enorme maceta, la planta sobre ella muerta y retorcida. Los pasos del rey desde adentro del castillo se hicieron más fuertes y antes de que pudiesen alejarse demasiado el brazo grueso y oscuro atravesó el vidrial, sujetando a su hija del cabello y golpeándola contra la puerta.

-¡Demes!

Aiwass estaba desesperada, el miedo invadiéndola por completo, pero aun así él no se dirigió a liberarla. No tenía el poder. Lo que en cambio podía hacer era...

Comenzó a cavar bajo la maceta, sacando fuerzas de donde no las tenía mientras el rey Uverlard se aferraba a la joven y golpeaba más la puerta, haciéndola añicos, los vidrios de colores saltando por doquier. Sus manos tostadas rasgaron el suelo húmedo, se golpearon con piedras, con tallos, con ramas y luego...

Un mango, duro y reconfortante.

Hubo un estallido de vidrio nuevo, y Aiwass salió despedida hacia delante. Sangraba. Uverlard Hicterion logró salir afuera; era inmenso, el rey elven era dos veces el tamaño de su hija, la piel ennegrecida como ceniza y el cabello más blanco que el de Demes, largo, ocultando una mirada turbia e inestable.

-Tú...- dijo al aire, sin referirse a nadie en particular- ¡Lo has arruinado todo! ¡TODO!

Siguió cavando, aprovechando que el rey no lo veía y logró aferrar uno de los dos mangos de Oblivion. La espada dio un lamento prolongado, como añorándolo y Demes tiró con todas sus fuerzas, intentando desenterrarla de esa forma.

-¡Padre, basta!- gritó ella, y el demente la arrojó contra el cobertizo de jardinería, dispuesto a matarla- ¡Detente!

La magia de Aiwass entonces sola comenzó a activarse, el ritual que le habían hecho dando sus frutos y el rey Hicterion fue helándose, la oscuridad pegada a su piel llenándose de escarcha, demorando su avance...

-No...- sollozó Aiwass.

Comprendió entonces que iba a detener su magia. Aquella idiota iba a dejar libre a su padre, incapaz de derrotarlo, totalmente libre para que la matara.

Pero él no lo iba a permitir.

Antes de que los hielos se soltaran corrió hacia la enorme figura. Clavó a Oblivion contra la espalda del elven, haciéndolo rugir y retorciéndola en sus entrañas con una furia que superaba cualquier cosa, furia por aquella locura, por aquella mujer que había llegado a amar, por su tierra perdida y los camaradas que le habían quitado.

Luego la sacó con un grito, y la sangre se agregó al hielo roto y al vidrio, dándole un último retozo de color a aquel jardín. Uverlard Hicterion cayó cuan largo era frente a su hija, al fin muerto.

-Está hecho- le dijo entonces él, jadeando por el esfuerzo, y Aiwass le miró como nunca- Ya no tienes que...

Mientras se desmayaba la duda asaltó su mente. ¿Huir? ¿Era ella la que no tenía que huir? Si había estado desesperado por escapar, por ver qué había sido de la ciudad hundida y de su pasado. Él había estado a punto de huir. Pero Aiwass....

No, no iba a dejarla sola.

Entonces todo se desvaneció.

Luego de aquel día que jamás olvidaría, el tercer capítulo de su larga vida dio inicio.

Comenzaron decidiendo que, con la muerte del rey loco de Pólux, ya no existía ningún motivo para abandonar el castillo real y las posibles responsabilidades que tenían. Aiwass era, por sucesión, la nueva Alta Reina.

Y allí comenzó un nuevo periodo, uno de olvido. El pueblo elven estaba en decadencia. Los ataques humano-ahuras habían decimado casi todas sus poblaciones de una forma abismal y los kiels habían cesado de brindarles apoyo militar, huyendo hacia

Gikeldor y dejándolos desnudos ante la contienda, carentes de un orden con el que garantizar la defensa.

El primer mandato de Aiwass fue entonces, bajo consejo de Demes, el convocar de nuevo a una junta de ancianos que pudiera decidir las políticas del reino. Él mismo se decidió a ayudarla en aquella tarea, en acompañarla los años que le quedaran como el nuevo rey de Pólux, un puesto que jamás en su vida hubiera pensado conseguiría.

El resto fue sencillo, pues no había demasiado para hacer. Probada la ineffectividad y el total desamparo de su raza, Aiwass ordenó que los pueblos se replegaran a la ciudad principal, impenetrable. Los elven heridos y humillados volvieron, aplastados por aquellos bárbaros del sur, y la vida en Pólux se volvió relativamente pacífica, los mayores problemas siendo la búsqueda de sustento y el miedo a que los invasores se fijaran en un lugar tan apartado. Aiwass probó ser, ante toda expectativa, una reina buena y justa, y al cabo de poco tiempo logró tomar buena consciencia de su papel y ejercerlo con propiedad.

A él en cambio todo aquello le costaba mucho más. Los años pasaban y pasaban y él los acusaba, maduraba y envejecía, pero sin embargo aquella joven apenas manifestaba crecimiento. Era como si su edad se hubiera estancado, como si el tiempo estuviese detenido en su cuerpo. Otros fenómenos menos beneficiosos, productos de aquel ritual, sucedían de vez en cuando: Demes debía ver horrorizado como su nueva esposa caía dormida para no despertar en días, como conjuraba magias arcanas sin siquiera proponérselo y en ocasiones hasta había congelado gran parte del castillo en su sueño.

Y su situación... No era mucho mejor. Después de un tiempo había sido imposible ocultarle a su amor las marcas que crecían desde su abdomen, la coraza blanca que comenzaba a cubrirlo como armadura, producto de Oblivion.

La primera reacción de ella, tal como esperaba, fue llorar, llorar y llorar ignorando cualquier excusa, cualquier razón que le pusieran. Luego volvió, más decidida, y propuso destruir la espada.

-No- fue lo que respondió él, sintiéndose de algún modo muy afectado- Es el último recuerdo de mi tierra. No la destruiré ni dejaré que nadie la destruya.

Su tono había bastado para hacerla callar, pero luego tuvo recelos de que la joven intentara destruir a Oblivion mientras él dormía, por lo que se mantuvo siempre cerca del arma, cuidándola a cada rato con una obsesión apabullante. “*De cualquier forma, ¿cómo iba a destruirla alguien?*” se relajaba pensando a veces. Habían probado atacar a las espadas, tanto a Drassil como a Oblivion allá en la olvidada Dammed Oah, y no creía que hubiera en todo el reino elven una sola forma de conseguir dañarlas.

Los años continuaron pasando, largos y felices. Con poca sorpresa escucharon las noticias sobre el nuevo conflicto entre humanos y ahuras, sobre cómo los primeros terminaron echando a los segundos también a Gikeldor. No le sorprendía en lo más mínimo, aquellos seres inferiores ni siquiera podían ponerse de acuerdo entre sí.

La especie humana se fue asentando en el continente, expandiendo su influencia y conquistando todas las tierras centrales conocidas. A Demes no le importaba. Más que el profundo rencor que sentía por el destino de Dammed Oah y su futura muerte, la vida en Pólux de momento seguía segura, apacible, y nadie había venido a molestarlos. La razón de esto, sin embargo, ya no se refería a la posición estratégica de la ciudad. Se hablaba de un nuevo reino que se formaba al sur, en el cual una nueva política de paz y entendimiento se presentaba, un reino de magos que aceptaba individuos de toda raza y condición acogiendo a los heridos y desafortunados de los últimos conflictos.

Todo aquello le resultaba vacío, viviendo con Aiwass en paz en el castillo, disfrutando de días primaverales y de los fríos inviernos del norte. Mientras más años pasaban, más débil se sentía y más difícil era ocultar la corrupción: pronto la coraza cubría ya sus piernas, su pecho, su brazo, las espinas salían de allí y Oblivion cantaba su melodía extasiada, devorando su maná y a él, a su mente.

Pocos días luego de tener a su primera hija, Ruin, sus piernas dejaron de responderle. Se obligó a permanecer en el lecho real, a oscuras, los sentidos aturdiéndosele y la mente llenándosele de voces, de ideas, de lamentos, sus dedos aferrando la espada con furia de acero sin querer soltarla. Aiwass permanecía horas y días a su lado, dándole de comer, angustiada, y él apenas la podía ver, ya ciego y totalmente perdido.

Por sobre todas las cosas, odiaba.

¿Qué era esa vida que estaba llevando? ¿Qué hacía allí con una esposa, con una hija, con un reino que no le pertenecía? Había fallado, le había fallado a su propio pueblo y a todo lo que significaba, había arruinado las expectativas de su señor por una patética vida común, por la mediocridad y la muerte. ¡No quería morir! ¡No! Si hubiera podido habría vuelto el péndulo, se habría arrepentido mil veces de conocer a aquella mujer a la que amaba, de tener que sufrir verla sufrir y que ella sufriera por verlo hundirse. ¡Quería vivir!

Por sobre todas las cosas, deseaba.

¡Vivir! ¡Oblivion! Visitaba la oscuridad de nuevo, y esta le mostraba deseos que había creído olvidados, perdidos en la vida que se había formado. Veía los barcos de su pueblo volar, veía la mirada de su señor al tomar el mundo, veía el apogeo de la raza más grande y fuerte que jamás hubiera pisado el mapa. No podía haber fallado así, su camino no podía haberse desviado de tal forma.

Lo que quería era...

Apenas hablaba, apenas podía tragar comida y poco y nada de su avejentada piel quedaba a la vista. Era un caballero monstruoso, tendido, inmóvil, paranoico y consumido. Ya ni podía recordar quién era él, quién era Aiwass, quién era su hija o su reino ni qué era lo que realmente buscaba, sólo la más profunda desesperación se adueñaba de todo su ser.

¡Si tan sólo existiera una luz! ¡Si tan sólo algo lo alumbrara!

Así se mantuvo sufriendo, sabiendo que eran los últimos momentos de su vida, maldiciendo la misma existencia y todo lo que le rodeaba. Y un día pudo sentir que aquella mujer elven entraba a la habitación en lo oscuro, y pudo sentir también que alguien la acompañaba.

-Querido...- escuchó con oídos sordos, sus ojos ciegos viendo la nada- Ha llegado un hombre a visitarte.

La nada, la oscuridad, formas vacías de un ser vacío. El tono de Aiwass era dolido, dolía.

-Es... el rey de uno de los pueblos creados al sur, y un mago excepcional. Supo de tu condición y ha venido desde allí a ayudarte.

Sordo, totalmente despojado de todo. No quería más, lo quería todo. Una nueva sombra blanca se sentó al lado de su lecho, serena, observante.

-Vannael- oyó esta vez al hombre presentarse, con espantosa claridad- Vannael Danterkiss Eel.

Por unos segundos esa voz lo sacó de aquel trance, y los ojos se le abrieron de par en par, aterrados, el terror más espantoso que jamás había sentido.

Después de eso, algo en la oscuridad se quebró.

1. El Otro Lado De La Puerta

Se sentía como atrapado en un limbo, rodeado por fuerzas fluctuantes como olas que lo azotaban, golpeándolo por doquier y haciéndolo rebotar en un mar infinito de energías, de ondas, de espacios y dimensiones. No tenía de dónde asirse, ni cómo medir el tiempo que pasaba, ni poseía alguna certeza más que la de entender que se movía.

Sí, en aquel espacio infinito él se movía, en aquel caos su cuerpo buscaba algo. Pero fuera lo que fuese, de momento la eternidad de todo aquello se lo había hecho olvidar por completo. Tan sólo eran imágenes débiles, en el patio de su mente, imágenes de sombras y demonios, de islas y dragones, de algún anhelo oscuro que lo impulsaba.

Entonces no comprendió nada, ni siquiera el hecho de no estar comprendiendo. Podría haber pasado el resto de la existencia de aquella forma, fluctuando, alejado de sus compañeros y enemigos, perdido entre el espacio ínfimo que hay entre las dimensiones. No hubiese sufrido...

O quizás sí.

Abrió los ojos con el corazón desbocado, temblando de rabia. Como si aquella realidad se hubiera percatado de inmediato, pronto un puño de energía lo levantó por los aires y entre toda aquella masa de colores rojizos lo dejó caer, impactándolo contra...

Sol en su cara y arena entre sus dedos. Apenas una sensación vaga de haber sido lanzado por los aires, de haberse golpeado contra alguna sustancia etérea e inexistente, una sensación opacada por el calor que ahora dominaba su cuerpo.

Hacía calor, sí. Demasiado, los rayos del sol lo golpeaban con fuerza y aún no se animaba a abrir los ojos por el dolor que sabía iba a sentir. El viaje por el portal de la Forja de Xshathra se sentía ambiguo, como si hubiera estado transitando por allí tanto años como unos segundos, pero lo que sí estaba claro era que su cuerpo no se acostumbraba. Le dolía la cabeza, el cuerpo entero y tenía la mente confundida.

Pero entonces recordó a los daevas, que habían entrado antes que él llevándose a Shimari. Aquello le hizo abrir los ojos enseguida, incapaz de permitirse de un descuido.

En cuanto sus iris grises se dejaron ver, el sol de la Ciudad Dorada le fundió la vista, haciéndolo sentarse de golpe y restregarse el ceño con un rugido incómodo.

Continuó así, intranquilo. En aquel movimiento había podido ver algo de lo que estaba a su alrededor, y aquello le había aterrado.

Tan sólo había arena, un extenso mar de arena gruesa y caliente y encima de ello una esfera ardiente cuyos rayos se movían con pereza, girando como serpientes alrededor de un inclemente cielo celeste. Ni un pájaro, ni una planta, ni un río, ni la más mínima señal de civilización se adivinaban en ese lugar.

Sintió miedo, creyéndose perdido.

-¡Reaper!- alcanzó a gritar, y su voz se perdió en el vacío que le dio respuesta- ¡Shimari!

Ni un sólo sonido, ni de su amigo el guerrero ni de la reina de Kamui que quizás ya estaba muerta. Ambos habían entrado antes que él por la puerta a otra dimensión, por aquel colosal portal que el guardián de la reina cuidaba. Y ahora todas las señales daban a pensar que se había equivocado, que algo lo había mandado a un desierto gigantesco que en ninguna forma podía ser la prometida ciudad de oro de la cual las leyendas hablaban.

La desesperación lo llenó de amargura. Logró ponerse de pie, tapándose la cara con un brazo y buscando vislumbrar aunque fuera una figura en la lejanía.

-¡Hey!- volvió a gritar.- ¡Alguien...!

Sintió un ruido nuevo, cargado, y luego algo lo derribó por encima haciéndolo caer contra la arena.

Tanto él como Arksinad estuvieron un buen rato arrojados, quejándose adoloridos por el choque. El mago salió de encima de él rodando hacia el costado, sujetándose el sombrero sobre la cabeza con lágrimas en los ojos.

-Tienes el cráneo más duro que he conocido en mi vida... Lo juro.

Reed tampoco respondió, adolorido pero también mucho más aliviado que hacía un rato. No podía haberse equivocado al entrar al portal entonces, o al menos no había sido el único en hacerlo.

Ambos volvieron a sentarse, contemplando la vasta extensión de arena que había frente a ellos en silencio, viendo los granos moverse por el fuerte viento como si la superficie fuera un mar amarillento. El sol seguía lanzando sus rayos sin piedad y le hizo envidiar por primera vez aquel sombrero que Arksinad llevaba, fuese la conexión con un demonio o no.

Hubo un silencio incómodo y luego la voz del otro sonó.

-Bueno...- el mago lo miró, sonriente- Es aquí, ¿verdad?

Él lo miró a su vez.

-Dímelo tú. Yo sólo entré al portal.

-¿Quizás doblamos en algún lugar equivocado durante el viaje?

Aquel comentario del joven hizo que Reed suspirara. ¿Sería posible que algo como ello ocurriera? Allí no tenían ninguna forma de ubicarse.

-Reaper entró antes que nosotros, pero no lo veo por ningún lado. Lo mismo con Shimari y los daevas.

-Esas bestias no aparecerán con este sol- razonó su amigo- En cuanto a Reaper y la reina...

Se encogió de hombros, pero su semblante se veía preocupado. Reed sabía que por mucho que les gustara pelear y que hubieran tenido diferencias en el pasado el mago apreciaba mucho a aquel tosco guerrero, tanto como él. Los tres habían creado lazos de amistad muy fuertes.

¿Y cómo no iba a ser así? Arksinad los había llamado sus primeros amigos, se habían puesto en contra del mismo rey de Cel-Neckar para ayudarlo y habían confiado en él aunque todos le llamaran un criminal malvado. Habían acompañado a Reaper cuando enfrentó a su padre y durante la muerte del mismo, y también habían sido ellos parte del grupo que estuvo durante la batalla con el dragón que había tomado la aldea de Reed.

Sí, los unía un lazo muy fuerte, tanto como para que también decidieran ir juntos a aquella otra dimensión donde se suponía se hallaba la legendaria Ciudad Dorada de la que tanto se hablaba. Las razones eran diferentes, aun así. Para Arksinad, llegar allí significaba la posibilidad de pedirle al dios del destino que erradicara al demonio que lo mantenía vivo y consumía su magia. Y para Reed...

La mirada verde de Scarrow atravesó su memoria, haciéndolo ponerse serio. Se incorporó, a punto de pedirle al mago que continuaran la marcha pero justo al momento de hacerlo una voz sonó en la lejanía.

“Todos los herederos se encuentran ya en el campo. El juego dará comienzo luego del periodo de preparación.”

Había sido una voz femenina, con un marcado acento y aunque se hizo difícil de comprender les sorprendió descubrir que hablaba la lengua común. Se miraron entre ellos, anonadados, y luego el brujo se puso de pie también, rascándose los rizos rubios bajo el sombrero.

-Me hubiera gustado que Reaper escuchara eso.

Reed imaginó la cara del guerrero maldiciendo aquella nueva extrañeza en la que se hallaban, y asintió. Luego entrecerró los ojos para protegerlos del sol y viento y miró hacia el este, intentando divisar alguien o algo de lo cual pudiera haber salido aquel mensaje.

-Es como las frases que sonaban allá en Dammed Oah- le dijo el mago explicándole, y las cuerdas que atrapaban el tajo de su boca se tensaron en una sonrisa- Pero creo que viene desde allá.

Avanzar hacia otro lado no tenía sentido, así que al este se pusieron en marcha. Mientras caminaban tanto el alivio como la preocupación batallaban en el corazón de Reed. Por un lado, aquella voz les había confirmado que no se hallaban en un mundo desértico, abandonados para siempre para morir bajo aquel despiadado sol. Pero por el otro, aún no habían visto ni a Reaper ni a la reina y aquello le generaba un malestar profundo.

No, lo viera como lo viera algo estaba mal. Si lo recordaba bien, Arksinad había entrado casi pegado tras él, y sin embargo, había pasado un buen rato hasta que el mago cayera contra su cabeza hacía unos instantes. Lo que al pasar al portal había sido una diferencia de apenas unos segundos se había convertido allí en una diferencia de minutos.

Y, él mismo había esperado mucho más para entrar que Reaper, recordando para sí su pacto de impedir que Scarrow muriera. Así que...

-Quizás Reaper estuvo aquí antes- aventuró Arksinad adivinando sus pensamientos.

Lo miró de reojo sorprendido y asintió. Pero también aquello significaba que Shimari había estado mucho antes incluso que ellos, abandonada en aquel desierto junto a los tres daevas. El resultado no podía ser bueno.

Tragó saliva, descartando toda preocupación, y continuó el costoso avance hacia donde creían había salido aquella voz. Era un paso difícil el que debía mantener; sus botas se hundían en la arena, cada movimiento enterrándolas y el calor lo hacía sofocarse más y más, su velocidad mermada por el inestable terreno y los fuertes vientos que los azotaban. Aquel lugar era completamente inhóspito.

Se mantuvieron en aquella caminata por un buen rato, inseguros de la dirección que tomaban y de no haberse perdido por completo. Allí el sol no parecía moverse en lo más mínimo, ni salir de ningún lado ni ponerse en ningún otro: era una esfera que lo observaba todo desde arriba, retorciendo sus brazos para abrasarlo con crueldad y que no les estaba dando ni un segundo de descanso.

Era un mundo diferente al que conocían, a las suaves montañas en Vant o los fríos y majestuosos paisajes de Cel-Neckar. Ninguno de los dos estaba tan habituado al calor. Reed terminó por subirse la enorme capucha de su abrigo, acalorándose mas pero al menos así cubriendo su testa con algo y consideró que, de no ser suficiente aquello, llevaría al escudo sobre sus brazos para darse una sombra constante y amplia.

Se sorprendieron cuando el terreno comenzó a cambiar, aunque fuera de manera poco evidente. La arena aumentó su grosor considerablemente y las constantes idas y subidas que formaba se fueron aplanando con cada paso, haciéndose el suelo bajo sus pies más duro y compacto, fácil de caminar. En pocos minutos ya pudieron ver como el suelo comenzaba a bajar en forma escalonada, dando hacia un enorme precipicio en la lejanía.

Ambos se miraron sin decir una palabra más. Era seguro que de allí había venido aquella voz de hacía rato. No cesaron su avance y sólo apenas gesticularon al ver algo extraño: unas plantas anormales habían aparecido en aquel espacio frente a ellos, flotando a unos metros sobre la tierra en total inmovilidad.

La seriedad en la que estaba sumido se le esfumó en unos instantes y Reed se aproximó a una, maravillado.

-¿Qué son?

-Cosas que yo no tocaría- le advirtió el mago más atrás, viéndolo correr hacia la que estaba más cerca. Era grande y redonda, similar a un cactus de espinas pequeñas y su color era de un amarillo verduzco. Y además...

Se hacía más grande, mientras más él se aproximaba, se inflaba amenazante con tal velocidad que Reed tuvo que clavar su talón en el suelo arenoso para frenar el avance.

-¿Qué está haciendo?

Más atrás Arksinad se encogió de hombros, anonadado. Reed dudó unos instantes, entre convencido de que aquellas plantas debían tener preciosa agua -¿no eran cactus, después de todo?- y de que parecían a punto de estallar. Luego se alejó de dos saltos, precavido.

En cuanto puso distancia con aquella flora alienígena, esta disminuyó su tamaño acorde. Pero no fue sólo eso. Al disminuir su tamaño pareció exudar de los costados dos esferas verduzcas iguales, que quedaron flotando en el aire junto a la multitud de plantas que allí había.

-Fascinante- sonrió Arksinad.

Reed se dio vuelta para responder, pero luego quedó paralizado.

-¿Esas estaban allí antes?

La sonrisa del mago continuó, aunque su ya pálida piel pareció perder varios tonos de color al darse vuelta. Otras tres plantas flotantes habían salido de la nada, quietas, latiendo imperceptibles con un destello amarillento revolviéndose en su interior.

Aparecían del aire, con cualquier movimiento que hicieran. Reed volvió a mirar hacia delante y contempló que otra decena de aquellas cosas había se había materializado por los alrededores. Dudaba que tuvieran ya agua pero...

Oyeron un grito a la distancia, y aquello los hizo volverse hacia el barranco de adelante. Una pequeña figura corría hacia ellos agitando los brazos, pero lo que fuera que les dijera aún estaban demasiado lejos como para oírlo.

Se hallaban completamente rodeados por aquellos cactus flotantes, y aún no sabían que tan peligrosos eran. Reed lo meditó un segundo y luego tomó una resolución.

Quedarse allí paralizados por algunas plantas voladoras no parecía la opción más sensata. Tomó su escudo de su espada y lo puso al frente, dispuesto a pinchar con el mismo la más cercana y ver qué ocurría. De explotar, la resistencia de su arma se encargaría de protegerlo tanto a él como a su compañero.

La figura que venía desde la lejanía seguía gritándoles algo, pero él no prestó atención. Se puso en guardia y se aproximó a la planta más cercana, que se hinchó de nuevo cuatro veces su tamaño, temblando y palideciendo con una furia muda.

-¡...no las toquen!- creyó oír en la lejanía- ¡No!

Levantó la vista para observar a quien gritaba, cada vez más y más cerca. Con el movimiento, sin embargo, la arena bajo sus pies cedió y su cuerpo se movió el espacio necesario para que su escudo hiciera contacto.

Estalló, tal como esperaba, y su arma pudo protegerlo. Lo que no esperaba fue que la explosión fulminante de aquella cosa detonara a todo el resto, a los cientos de cactus flotantes que por allí había en una masacre ensordecedora.

El escudo no lo protegió de eso.

Duele. Duele.

Todo el cuerpo le ardía con fuerza, molesto, haciéndolo lagrimear. Si hubiera podido se hubiera retorcido, pero algo como aquello tan sólo hubiera despertado más sus sentidos y el sufrimiento hubiera sido intolerable.

Se sintió arrojado por un buen tiempo, el sol haciendo mella en su cuerpo herido y la garganta reseca. Entre las formas caóticas que le mostraba su desmayo creyó ver buitres danzando sobre su cabeza, buitres sombra que babeaban inquietos, listos para abalanzarse sobre la carne chamuscada que era.

Para cuando la sombra pudo hacerse reconfortante, su inconsciencia había perdido toda claridad de pensamiento. Ideas e historias confusas se le entremezclaban con sorna, sueños ridículos y de volumen fuerte, irritantes, histéricos que lo confundían y lo hacían reír o desesperar. Se sintió balanceado por los aires y creyó estar en un barco grande de

vuelta a su pueblo, para interrumpir la batalla con el dragón y salvar a su maestro. Algo suave se apoyó en él, calmándolo y entonces pensó en la Forja, en algo de allí que no pudo recordar y en una charla en lo oscuro con una persona que había matado... ¿pero quién era?

No sabía si esforzarse en pensarlo o no, relajado como pronto se hallaba, como si una bañera de unguento fresco lo lavara. Creyó decir alguna incoherencia en voz alta y se corrigió con una peor, pero luego consideró que sólo había estado pidiendo agua.

Tenía sed, ¡cuánta sed! ¡Y aquel infierno en su mente no ayudaba! En un sueño, abrió los ojos y allí estaba Eluid, mirándolo sonriente sabiendo algo que él no. Deseaba insultarlo, deseaba maldecirlo pero estaba demasiado feliz como para hacerlo, y con una carcajada se dejaba dormir. Luego se soñaba encadenado a una tabla de madera, con miedo, su fiel escudo fuera de su alcance, y temblaba de furia y resignación, hasta que consideraba que aquello ya había pasado y sus dedos rozaban una superficie metálica, añorando, sonriendo con infinito alivio.

Que había noches en aquel lugar fue lo primero de lo que pudo percatarse con claridad, pero aun así durmió herido por horas más, los ruidos y charlas a su alrededor esfumándose de su percepción.

Al volver a sentir el sol, despertó.

Lo sorprendió la cantidad de luz que había en aquel cuarto abovedado, los rayos cálidos que se filtraban de una ancha ventana pegada al techo y llenaban de vida el lugar, las cortinas blancas que recibían la energía y producían una sensación de paz.

Acogedor. Fue lo primero que pensó, recordando el extenso palacio de Sadalsuud y un despertar similar a aquel. La enfermería del hogar de la reina Shimari era sin duda más grande que aquel sitio, sí, y con varias camas de más, pero en ambas se respiraba aquella sensación apacible que tanto lo reconfortaba.

Pero, su cuasi muerte en manos de los daevas no lo había dejado tan adolorido como lo habían hecho las explosiones de aquellas inusuales plantas. Quizás su herida no era tan profunda, sí, pero bajo los gruesos vendajes con unguento con los que habían cubierto su torso y brazos la piel le escocía y ardía con furia, llorando por algo que la calmase.

Intuía que aquel dolor no era nada comparado al que había tenido mientras dormía, convaleciendo con fiebre. Aquello le dio fuerzas y voluntad para superarse a sí mismo, intentando sentarse.

-Yo no haría eso si fuera tú.

Era la voz de una niña. Su anfitriona se subió de un salto al lado de su cama, lo que le hizo morder con fuerza para resistir el dolor con la esperanza de no ofender a quien creía le había salvado. Luego apareció en su visión: piel tostada, ojos de un rosado claro y algo similar a un chaleco blanco vistiéndola. Debía de tener la edad de su hermano Caxer. Se percató de que no era humana incluso antes de poder vislumbrar las orejas apenas puntiagudas que se le escapaban tras el cabello rubio.

Sonrió con dientes blanquísimos, animada, acercando su cara a él y Reed observó con incomodidad que aquellos grandes colmillos definitivamente tampoco eran humanos.

-¿Cómo te llamas?- le preguntó.

-Soy Reed- la respuesta le salió mas ensimismada que de costumbre, observando a esa joven y recordando el cuerpo dormido de Dammed Oah, aquel hombre pálido de cabellos largos e inmaculados que no se asemejaba a ningún ser que se hubieran cruzado en sus aventuras... Hasta ahora. Sí, definitivamente la misma especie. Además de las siete razas que cubrían su mundo –humanos, ahuras, elvens, kiels, dragones, genios y demonios- existía en aquella dimensión una octava.- ¿Y tú?

-Linith. Linith Evenstar- le respondió ella retrocediendo apenas y arrancándole otra oleada de dolor con el movimiento. Tenía un acento muy marcado pero aún así hablaban la misma lengua.- ¿Vienes del otro lado, verdad?

Asintió, cerrando los ojos para calmar su cuerpo.

-¿Tú me rescataste?

La niña asintió, alegre, pero luego dudó y señaló hacia la derecha.

-Tu amigo me ayudó a llevarte, claro está.

En una cama cercana Reed se alivió de ver a Reaper, quien parecía dormir con la cabeza sobre los brazos. Conocía demasiado a su amigo como para fiarse de que durmiera realmente, así que continuó hablando con la idea de que el otro también lo oía.

-¿Y Arksinad?

-¿El heredero?

Se miraron ambos confundidos, y ella torció la cabeza.

-Ya sabes...- Reed dudó unos segundos, y luego con gran esfuerzo levantó su brazo, tirando de la comisura de su boca- Ese.

Linith dudó unos segundos, pero luego respondió mirando por la ventana.

-Está hablando con Reginald en la otra sala. No se desmayó cuando estallaron las Ornas. Debió de haber hecho un esfuerzo considerable.

-Boca-cortada no es de los que pueden desmayarse con la consciencia limpia- acotó tal como esperaba Reaper, con la voz ronca y cansada y los ojos aún cerrados desde la cama en donde se hallaba.

Reed comprendió el comentario con un sonrisa amarga. La última vez que había despertado herido en una habitación había sido la vez que Arksinad había caído inconsciente en la lucha contra Reaper, con el demonio del Tótem Terror, Asherat, tomando control de su cuerpo y haciendo estragos, dándole tiempo a los daevas para atacarlos. El brujo no tenía la opción de la inconsciencia de nuevo, no si no quería que algo similar ocurriera de nuevo.

Algo de pena por su amigo lo invadió, pero recordó entonces el propósito por el que estaban allí. Se enfocó de nuevo en la persona sobre su cama y ella volvió a invadir su espacio personal con una sonrisa embelesada.

-¿De qué especie eres tú?- le preguntó, curiosa.

-Un humano.

-¡Lo sabía!- Linith rio triunfal.

-Hablas...- miró a Reaper, y el guerrero lo miró a su vez de reojo- Hablan nuestra lengua.

El otro asintió, taciturno, y ella los miró a ambos con una sonrisa de suficiencia.

-Baal se ha encargado de que no perdamos posibilidad de contacto con el mundo exterior. Es por eso que aún continuamos hablando la lengua común después de todos estos años.

¿Baal? La alegría y el alivio entremezclados surgieron en su interior, y algo del dolor que tenía se esfumó. ¿Así que el dios del tiempo realmente habitaba ese lugar? Una nube de esperanza lo invadió, y comenzó a preparar su cuerpo para poder incorporarse.

La niña se dio cuenta y saltó de su cama, horrorizada.

-¡Aún no estás curado! ¡Es una suerte que no murieras en esa explosión!

-No tengo mucho tiempo que perder- arrancó una de las vendas de su torso que le impedía moverse y logró sentarse, decidido- ¿En dónde estamos? ¿Es este tu hogar?

Linith negó casi indignada, pero lo miraba con sorpresa.

-No es mi casa, sino la de Frankie y Reginald. Ellos son curanderos. En cuanto a la ciudad, no hay muchas opciones. Diakaza es la única que existe en esta dimensión.

Diakaza. Así que ese era el nombre de la Ciudad Dorada de la cual las leyendas tanto hablaban en su tierra. Sonrió ensimismado pensándolo mientras continuaba arrancando las vendas que le picaban, viendo la baba del ungüento que le habían dispuesto y la piel aún ardida bajo él. No quería quitarlas a todas, sino sólo las que le impedirían salir de aquel lugar e ir a hablar de una vez con aquel dios Baal que buscaba.

-¡No hagas eso!- Linith protestó, retrocediendo aun más.- ¡Le diré a Reginald! ¿Sabes lo que me costó vendarte?

Aquello le hizo interrumpirse y volverse, incómodo, y más allá Reaper dio una carcajada. La niña no pareció comprender y se lo quedó mirando con aquellos ojos rosados, mientras él descubría que de algún modo le hacía recordar a Cax.

-Gra... Gracias- asintió- ¿Linith, te llamabas?

-Linith Evenstar- repitió ella- Soy una elegida de Baal.

-La... La voz que se oyó cuando entramos. ¿Era esa la voz de Baal?

Linith dudó unos segundos, pensativa, pero luego terminó por asentir.

-Baal no habla con nadie más que con su sacerdotisa... y esa era la voz que escucharon. Ella avisaba a la ciudad que todos los herederos han ya puesto pie en el terreno de juego.

Su gesto debió haber sido una buena mezcla de incompreensión, escepticismo y seriedad, a juzgar por la reacción que la otra tuvo. Miró a Reaper, que seguía pretendiendo dormir más allá y este hizo girar su índice sobre la sien.

-¡Vamos!- la joven saltó de nuevo sobre su cama, indignada- ¿De verdad no lo saben? ¿La profecía de Baal? ¿El juego de los herederos?

Sólo el silencio le respondió. Pareció frustrarse y luego se paró, pensativa.

-Soy mala explicando esas cosas... Pero ustedes... ¡Creí que todos allí afuera lo sabían! ¡Los estábamos esperando desde hace siglos!

-¿A nosotros?

-Bueno...- Linith se inclinó hacia él, sonriendo- No a ti ni al gruñón, aunque no me apena que vinieran. Pero sí a tu amigo el brujo.

Pensó en corregirla por unos segundos y cubrir a Arksinad diciendo que era un mago, pero luego desistió en el intento. A decir verdad, desconocía cuál era la opinión de la gente de esa dimensión sobre la magia negra y los demonios y ya no tenía ganas de molestarse por los prejuicios que pudiesen tener.

-¿Yo soy el gruñón?- acotó Reaper.

La chica no le hizo caso, examinando a Reed con sus ojos rosados de una manera que lo hizo sentir muy incómodo. Decidió hablar rápido.

-¿Y qué es lo que quieren de Arksinad?

-Oh, es largo de explicar. Pero...

-¡Reed!- su amigo el mago entró en la habitación pasando la blanca cortina e interrumpiéndolos. No había ninguna quemadura ni cicatriz en su cara, por suerte pues de haberla habido los hilos del demonio que habitaba en su cuerpo la hubieran vuelto a coser y el muchacho no quería que la apariencia de su compañero fuera aun más intimidante que de costumbre- Estás despierto. Veo que Linith sigue pegada a tu lecho.

Terminó lo último con un gesto elocuente y la sonrisa más inocente que podía hacer, poco creíble para quien le conociera. Reed no se dignó a responderle, acentuando más la diversión en aquel rostro angelical que luego miró a la otra cama.

-¿Reaper sigue dormido?

-Sí- contestó Reaper- Así que no molestes.

La melodía de Necrostacia lo coreó, con sus runas encendidas dando un resplandor brillante desde debajo de la cama. Por unos segundos Reed había olvidado a aquella espada, a la espada que había atravesado la cabeza del dragón Skectral y la que según el guardaespaldas de Shimari, Sephid, se convertiría en la perdición del guerrero.

La ojeó con desconfianza y tiró de la cadena de su escudo, acercándolo aun más a él. Su arma pareció hacer un sonido casi felino y él mismo sonrió, feliz de escucharla hablar otra vez. Jamás entendería una sola palabra de lo que decía, pero jamás se cansaría de oír aquella voz tampoco.

-Le pediré a Reginald que traiga comida- avisó la niña y salió de la habitación pasando tras el mago y desapareciendo tras la cortina.

Los tres quedaron solos, todos preguntándose para sus adentros qué tipo de comida sería la que tragarían en aquel inmenso desierto. No necesitaban hablar, en verdad, al conocerse ya: entendía cada uno de ellos que de momento había que adaptarse a la situación y esperar la oportunidad para poder pedir audiencia con el dios de ese mundo. Mientras tanto, aprender sobre la cultura e historia de aquel lugar que tanto se fantaseaba en su tierra no les haría ningún daño e incluso, para Reed, sería un buen modo de satisfacer su inagotable curiosidad.

Miró a Arksinad, el rostro pensativo que tenía. De algún modo el mago le parecía congelado en el tiempo, siempre igual, como si nada en él más que su disposición hubiese cambiado desde que le conoció allí en el pasaje entre su reino y Fariel. Era obra del demonio, quizás, pero a veces sospechaba y sentía algún tipo de sortilegio puesto en aquella apariencia, como los que viera en la cima de Belekraz o la mansión ilusoria de Mila. Si se ponía a recordar...

Las cortinas se volvieron a abrir, y trayendo dos bandejas dos personas entraron, seguidas por Linith. Una pareja, ambos de piel bronceada como la que se veía común en aquel lugar, cabello rubio claro y evidente sobrepeso. Vestían ropajes blancos como los de la niña y en sus caras anchas y sonrientes los rasgos de esa raza volvían a aflorar, destacándose más aun ante la luz del sol.

-¿Les gusta la carne?- preguntó el hombre, depositando una bandeja en la cama de Reaper, quien se abalanzó hacia la comida sin preámbulos- Imaginé que sí, de verte arrastrar a tu amigo hasta aquí, debes haber acumulado cansancio.

La mujer rio como tonta y dejó la comida frente a la cama de Reed, mirándolo con afección y señalando lo que había en el plato.

-No tenemos mucho claro, pero creo que con esto alcanzará. ¡Oh, traeré agua!

Salió por donde había entrado y Reed se quedó contemplando lo que le habían servido: unos pedazos de carne reseca en los cuales los granos de sal aún se veían, acompañados de rodajas de lo que hubiera asegurado era un cactus y una salsa rojiza que le pareció muy tentadora.

-¿Te ayudo a comer?- inquirió Linith.

Fingió no haberla oído. Con sus propias manos tomó un pedazo de aquella carne y comenzó a devorar todo como su amigo, sin dar tiempo a más propuestas. Era salada, como pensaba, y luego descubrió que el resto de lo que le habían servido era picante, tan ardiente que sus ojos lagrimearon y tuvo el mayor de los alivios al volver a ver a la mujer gordinflona volver con dos jarras de barro llenas de agua fresca.

Bebió la mitad de un trago, se secó la boca con el brazo y la miró agradecido.

-Gracias... ¿Usted es...?

-Mi compañera, Frankie Incub- le contestó en cambio el hombre, que había dispuesto una silla entre las dos camas y se sentaba ahora en ella viéndolos comer con una sonrisa leve cruzándole el rostro- Y yo soy Reginald Laval, curandero de Diakaza. Es un gusto.

-Reed...- dio una mordida al vegetal y volvió a tomar agua al instante, su lengua ardiendo pero el estómago rogando por más comida- Id Vant.

Reginald levantó las cejas, divertido, y luego asintió. Era claro que le impresionaba de sobremanera el color de los ojos del joven, aquel gris que poco tenía que ver con el energético rosado de las miradas de él y su mujer, pero por educación no decía nada y en cambio lo veía comer pasándose la mano por el cabello corto, al ras.

No tardaron mucho en terminar, satisfechos con aquella cocina que era literalmente de otro mundo, con la lengua en el caso del muchacho aún ardiendo por el picor. Apuró lo último del agua fresca de un trago y luego sin tanto esfuerzo se sentó en el respaldar de la cama: el cuerpo ya no le dolía tanto y creía que en poco tiempo podría sentirse sano.

-Nos ayudó. Le estamos agradecidos.

Reginald hizo un movimiento con la mano, restándole importancia.

-No ha sido una acción del todo desinteresada, como entenderán luego. Y además, la jovencita que está aquí también ayudó mucho.

Prefirió evadir el comentario.

-¿Qué eran aquellas cosas...? Las que explotaron.

-Ornas- le respondió el curandero, viendo los vendajes arrancados sin mudar su expresión amable- Plantas del desierto que reaccionan muy mal ante quienes invaden su territorio. Imagino que allí en su tierra no existen, a juzgar por su modo de encararlas.

Se sintió enrojecer un poco, pero luego lo dejó ir, observando a aquel médico. De lejos podía ver que eran amables, tanto él como ella, y no había habido ningún tipo de afrenta en el comentario.

Asintió entonces, recordando la explosión.

-¿Toda la vegetación aquí es así?

-Sólo un par- Reginald rio y más atrás Frankie lo coreó con una risotada ruidosa- Aquí más plantas te pueden matar que animales... No las Ornas, claro, que aprendemos a evadir desde niños, pero sí recibo mucha gente herida por cosas como los tubos de arena...

-Y sin embargo, somos los únicos que hay aquí- notó el guerrero.

Había llegado antes pero parecía tan poco familiarizado con la situación como Reed. Sólo Arksinad aún mantenía su media sonrisa, oyendo a Reginald hablar.

-Los he puesto en una habitación aparte, para su conveniencia- el médico asintió y suspiró, mostrando por fin el cansancio que sentía- El resto de los heridos está en un lugar más obvio, devas caídos por aquí y por allá con quienes tendré que lidiar en cualquier momento. Aquí estarán seguros.

Devas. Con que ese era el nombre de aquella especie, de la octava especie existente. Le sonó familiar, personal en cierto modo, pero no pudo pensarlo mucho al concentrarse en el resto de lo que aquel hombre les había dicho.

Seguridad. Caídos.

Con lo primero sintió dudas, recordando lo que le había dicho la niña sobre cómo los habían estado esperando desde hacía años. ¿Se referían a ellos en particular, o quizás a cualquier visitante de la dimensión central? Lo viera como lo viera, no había duda de que aquellas personas no estaban en lo más mínimo sorprendidas de ver extraños llegar desde el otro lado de la puerta. Manejaban su idioma y conocían su especie, se habían anticipado a aquel encuentro a la perfección.

Algo ocurría allí, pero no sabía qué. Y sobre lo segundo...

-¿Tantos heridos tienen?- inquirió Reaper incorporándose de un salto y adelantándose a su pensamiento. Le preocupaba que estuvieran acaparando tanto la atención de aquel hombre cuando otras personas podrían haber estado sufriendo más, personas que no fuesen de otro mundo y que debieran ser atendidas.

Reginald les regaló un gesto de sorpresa, cruzó miradas con su compañera y luego dudó unos segundos, sin saber cómo decirlo.

-Aún deben tener sed. Iré a traer algo más de agua- ofreció Frankie y salió de la habitación, lo cual le dio tiempo al hombre de mirarlos y llevarse un dedo a los labios.

No comprendieron al momento, pero imaginando que allí se utilizaban los mismos signos los tres hicieron silencio, escuchando. La falta de sonido lo dominó todo y el ambiente quedó mudo, impávido, desprovisto de toda interferencia.

O no. Sintió un murmullo a lo lejos, similar a un estallido. Y luego...

Otro, y otro. Más estallidos, algo como un grito y un sonido fuerte que no pudo identificar. Algo ocurría en la lejanía. Las caras atentas de Reaper y Arksinad parecían también sorprendidas ante la revelación.

-¿Linith no se los dijo?- interrumpió por fin el silencio Reginald, tomando el agua que le ofrecía ahora su pareja. Bebió un trago profundo y suspiró, agotado- Es guerra. Diakaza está en guerra.

2. Lo Que Es Y Lo Que Nunca Debió Ser

-Levántate y vístete- le ordenó su maestro- Hoy visitaremos las montañas.

En cuanto tuvo consciencia, supo que algo en su persona era una mentira.

Más bien lo adivinó, en vista de que carecía por completo de contacto con personas que no fueran su mentor y los diversos sirvientes que merodeaban haciendo tareas en la enormidad que era la Torre de Babel. Desde que comprendió el mundo y a quienes lo habitaban ya seguía como por inercia lo que aquel alto hombre le decía: su modo de actuar, su forma de vestirse y cortarse el cabello, la forma en la que debía referirse a su persona, cómo debía incluso ocultarse de miradas ajenas en ocasiones.

No le molestaba en lo más mínimo. Ya fuese porque lo adoraba o porque era lo único que tenía en la vida, ser criado de aquella manera poco le afectaba. Era, incluso, divertido en algunos aspectos y en muchos otros lo hacía sentir confundido o desamparado.

Se preguntaba el porqué, a veces. Se lo preguntaba a sí mismo porque jamás se le hubiera ocurrido poner sus dudas en alto, cuestionar esas decisiones. Si se esperaba algo tan trivial de él, ¿Cómo no darlo? ¿Cómo no ofrecer una actuación que cada vez era más natural, si lo que recibía a cambio era su vida y ser?

La magia lo hacía todo más fácil. Gracias al sortilegio de ilusión que su maestro le había grabado en el cuerpo, las percepciones de los demás no se confundían al verle por mucho que descuidara su actuar. Aquello se fundió tanto con él y desde tan temprana edad que luego dejó de preocuparse, siquiera dejó de considerarlo un problema.

Él era Arksinad, y Arksinad sería. No existía ningún problema de identidad, si bajo aquella voluntad descansaba en paz y gozo.

-Creo que es día de que te muestre algo- le dijo Vannael sin mirarlo mientras caminaba por uno de los anchos pasillos del castillo- Que podría interesarte.

Asintió mudo, con ganas de aferrarse a algo mientras veía aquel abrigo immaculado ondear, sus pies resbalando casi con los suelos fríos que transitaban hacia las bóvedas.

No había muchos magos, por aquella hora. Vannael saludó a un par con un asentimiento de cabeza y Arksinad lo imitó rezagado, viendo a aquellas altas figuras de túnicas coloridas, la deferencia con la que se dirigían al rey, los portes majestuosos y el maná que podía sentirse en ellos.

Al llegar al jardín Vannael continuó su avance sin problemas, a diferencia de los muchos magos que por allí pasaban y que utilizaban alguna de las runas del viejo Duran para acceder. Arksinad lo imitó a paso apresurado y no se separó demasiado de él mientras recorrían el verde espacio que rodeaba al torreón interior, preocupado por la mantícora que sabía por allí solía deambular.

No está. Respiró aliviado. Aquel animal que muchos denominaban la mascota de su mentor le causaba escalofríos, con sus dientes puntiagudos, sus ojos de rubí y la actitud maniática que exhibía. Pero, Vannael no parecía tenerle el más mínimo miedo. Si su mascota hubiese querido atacarlo, ¿Cuánto tiempo le tomaría a quien llamaban el mejor mago del mundo, el Uno del Geral Veintiún, para acabarla?

No había estado nunca en las bóvedas, así que se sorprendió de lo escasa que parecía ser la seguridad del lugar. Los muros eran gruesos, sí, y las distintas celdas que correspondían a cada mago estaban protegidas por barrotes de acero y candados, pero aun así esperaba mucho más de aquel lugar.

Se sorprendió cuando se detuvieron frente a una celda, y leyó el cartel en ella.

Arksinad

Sus ojos castaños se abrieron de par en par, anonadado. ¿Tenía una bóveda para él? ¿Qué habría puesto su mentor allí? ¿Oro? ¿Quizás libros como los que tanto le gustaban?

No esperaron más y se adentraron, Arksinad apurando más y más su paso, presa de la ansiedad. El espacio de almacenamiento allí era grande, sorprendentemente grande y sin embargo un sólo objeto reposaba en el suelo del lugar, un objeto enorme cierto era, pero que se veía abandonado ante tanta nada.

Un barco.

-Es tuyo- le dijo Vannael, por fin volviéndose hacia él- Un arca voladora. Tesoros como este existen pocos en el mundo.

No supo ni qué responder, completamente tomado de sorpresa y tan sólo consiguió asentir apenas, aproximándose al barco y tocando su madera lustrosa con la mano. Parecía nuevo, lo suficientemente grande como para que cupiera un grupo de gente y tenía las velas plegadas a los costados, como si de alas de dragón se tratasen. No había nada a cubierto más que una esfera dorada terminada en punta y la quilla estaba adornada con una sonrisa feroz de tiburón, en negro y blanco carbón.

Tocó aquellos dientes pintados con la palma, sintiendo algo que venía de aquel objeto. Cerró los ojos y suspiró, sabiendo que su maestro más allá lo miraba e intentó concentrarse para detectar qué sentía, para capturar e identificar las influencias invisibles del área.

Magia.

Y no cualquier magia. Retrocedió unos pasos, mirando a su mentor.

-Es mi...

-Tu mismo maná- le confirmó el hombre- Como debe ser. Esta arca no despegará para nadie que tú no desees.

-¿Cómo puede tener algo así? ¿De dónde salió?

En pocos pasos Vannael llegó a su lado, y su enguantada mano se apoyó también sobre la madera del arca, como si meditara. Tras la máscara que siempre llevaba sus ojos tenían un rojo apagado, carmesí.

-Desconozco de dónde vino... Así como desconozco de dónde viniste tú, Arksinad. Pero ambos llegaron juntos a Cel-Neckar, volando a la deriva.

Aquello lo hizo estremecer, por algún motivo que no pudo definir. Sabía que, quienes fueran sus padres, le habían abandonado de bebé en la ciudad de los magos hasta el día en que Vannael lo recogió y decidió adoptarlo como su heredero. Pero ahora, saber que había llegado en un arca...

-Los mitos de la Ciudad Dorada hablan de barcos voladores como este- le enseñó su maestro- Que llegaban desde ese otro mundo para asentarse aquí.

Lo escuchó aún embelesado por aquel regalo, sintiendo una conexión con ese tesoro como nunca la había sentido con nada. Su maná. Su arca. Aquella madera había tenido un pasado que quizás incluía el existir en otro mundo, y sus desaparecidos padres de seguro la habían tocado. Mirando a su maestro lo adivinó pensativo, meditabundo y por eso mismo se sorprendió más cuando las pequeñas lunas rojas que eran su mirada tras la máscara se posaron de pronto en él, con un gesto que hubiera jurado era una sonrisa. Luego se inclinó de hombros, y de un salto sorprendente cayó de pie sobre la nave, mirándolo desde arriba.

-En cualquier caso, Arksinad, te repito que esta arca es tuya. Así que sin más, ¿nos llevarías hacia las montañas del norte?

Nunca había tenido una experiencia semejante como la de allí sobre el arca, surcando los cielos con su mentor mientras veía el viento golpear alrededor, mientras veía pueblos hacerse diminutos desde la altura y las velas draconianas de su barco sacudirse aprovechando cada corriente, enlazado a él, a su persona.

Era una sensación apabullante. Allí, cerca de la esfera dorada su maná se recargaba constantemente, como si la fuente de todo su poder fuera aquel pequeño refugio privado. Tocando la superficie brillante creía sentir que el objeto le correspondía, que se entrelazaban entre sí y que sus movimientos coordinaban: si decidía detenerse, el arca quedaría estática en el aire, inmóvil al igual que él. Y si decidía apresurarse...

El barco desplegó sus alas y se impulsó a toda potencia, dejando atrás lo último de los pueblos que rodeaban Babel. Arksinad rio, encantado.

-Veo que le vas tomando gusto- afirmó su maestro apoyado sobre la barandilla, poco preocupado por la velocidad y mirando el mundo de allí abajo pasar casi con desinterés.

Era constante en él. Desde que recordaba a Vannael, su actitud y forma de ser le daban a Arksinad la idea de que aquel hombre parecía continuamente desinteresado,

perdido en alguna otra idea o sueño, sereno. Incluso de niño recordaba jugar en la sala del trono, gritando y correteando por los altos pisos de la torre y el rey mago permanecía sentado leyendo, apenas sin mirarlo y lo interrumpía tan sólo cuando debía enseñarle los primeros principios de la magia, la percepción de energías internas y externas.

Lo tenía como una figura protectora, pero lejana y distante. Hasta el viejo Duran, conocido por su actitud cascarrabias, era más afectuoso con él, y solía obsequiarle golosinas que Arksinad devoraba con gusto, o interceder por él cuando pedía a su maestro visitar el mercado de la ciudad o la Gran Biblioteca. Y sin embargo ya se había acostumbrado, y adivinaba en ese distanciamiento quizás algún tipo de prueba, de mentalidad que aquel hombre se imponía y que debía respetar.

Habían pasado ya la gran mayoría de pueblos que integraban Cel-Neckar, y el terreno ahora abajo era menos entretenido, apenas con suerte largos bosques de eucaliptos interrumpían la monotonía de llanuras y pastizales, de suelos que poco a poco se elevaban convirtiéndose la planicie en meseta, la meseta en monte y los montes pronto en montañas, altos paredones grises que le hubieran dificultado mucho el paso a quien no avanzara en el cielo.

-¿A dónde nos dirigimos, maestro?

-Tengo un par de tareas que hacer por aquí- le indicó Vannael, distraído- Y creo que ya es hora de que me acompañes. Tu enseñanza en la magia debe avanzar, pasaremos de la teoría a la práctica.

Asintió, entusiasmado. Hacía pocos días que lo habían llevado a donde se hallaba el viejo Dordo, y por indicación del rey el anciano mago que a Arksinad le caía tan simpático le había hecho una de las marcas del Geral: el tatuaje bajo su espalda que indicaba la posición Nueve entre los magos que más maná tenían en el mundo. Era un logro que lo llenaba de orgullo y sin embargo sabía que, Noveno del Geral o no, la triste realidad era que aun con tanto poder su habilidad como hechicero dejaba mucho que desear. Conocía las bases de la magia, sí, había aprendido sobre algunas de las runas y lo habían educado incluso en los conceptos necesarios para practicarla, pero de conjuros verdaderos que pudieran servirle apenas tenía experiencia.

Y ahora la tendría, pensó entusiasmado mientras Vannael le indicaba que hiciera descender el arca entre aquellas filosas montañas llenas de cuevas. Y no simplemente la tendría sino que serían conjuros otorgados por el mejor mago del mundo, el rey hechicero de Cel-Neckar, el Uno del Geral Veintiún.

Casi temblaba de emoción cuando por fin tocaron tierra y bajaron de un salto al suelo. El viento le arremolinaba la túnica y sintió algo de congoja al tener que separarse de la barrera protectora de su barco y exponerse a los elementos.

-Sígueme- le ordenó Vannael- Esto tardará un buen tiempo.

Le hizo caso, acompañándolo en su tranquilo paseo por aquel paisaje gris y tormentoso que parecía intentar arrojarlos por los barrancos, con piedras cayendo desde las salientes, criaturas acechando en huecos llenos de negrura y la noche cada vez más y más encima de ellos. Le costaba mucho caminar recto y al cabo de un rato desistió de intentar imitar el paso seguro de su mentor y arrancó una rama seca del camino, usándola de bastón para apoyarse.

Quizás caminaron por aquellos recovecos durante horas, aunque cada paso que daba le hacía sentir el esfuerzo de correr diez veces lo mismo, con el viento buscando arrojarlo de todos lados y los truenos que resonaban como tempestad en el firmamento.

Luego se hizo demasiado oscuro y Vannael se detuvo, las manos aún en los bolsillos y la máscara que cubría su misterioso rostro temblando por el viento.

-Aquí descansaremos- le dijo.

¡¿Aquí?! Tuvo que resistir el impulso de quejarse, pero su rostro pálido debió haber dicho lo suficiente porque su maestro se sentó en el suelo de tierra helada mirándolo divertido.

-Te acostumbrarás a dormir en la intemperie tarde o temprano- le explicó- Tanto como te acostumbras a las mullidas camas de la torre. Y ahora Arksinad, es hora de que te enseñe un hechizo útil.

Su queja desapareció en aquel instante, maravillado. La mano enguantada de Vannael se estiró hacia él, como pidiéndole algo. Comprendió que era la rama que había arrancado y se la tendió, preparado para cualquier cosa.

Vannael la dobló con sus largos brazos y la partió con un crujido, allí sentado con el viento danzando a su alrededor y el cabello negro revoleando por el mismo. Luego partió esos dos pedazos juntos, y luego los otros cuatro que quedaron, y así hasta que tuvo un montón de ramas secas dispuestas en el piso.

-Te enseñaré a hacer fuego- le explicó- Para pasar la noche.

Le miró anonadado, pero su mentor no era del tipo de estar haciéndole una broma. Fuego. El mejor mago del mundo le enseñaría un conjuro tan inútil como encender una hoguera.

Como adivinando su pensamiento el hombre lo miró.

-¿Quieres aprender a detener tormentas, Arksinad? Primero debes aprender a alimentarte por tu cuenta. El más poderoso de los hechizos fracasará si el que lo ejecuta no tiene energía como para mover los brazos.

Aceptó aquello con un asentimiento lento, y se sentó frente a aquel hombre, frente a las ramas que había entre los dos.

-Lo que hemos venido a hacer aquí no es ni más ni menos que matar a un dragón, al dragón que está acechando el último pueblo elven del mundo. Pero antes de atacarlo, lo que debemos hacer es dormir y comer. Aprende a vivir, y entenderás como ser fuerte.- le dijo aquella figura blanca, y luego se volvió a las ramas- Así que sí, en efecto. Comenzaremos con el fuego.

Aquella había sido una larga noche. Entre el tiempo que había tardado en aprender aquel simple hechizo, más el tiempo que tardó en aplicarlo correctamente y encender la pequeña hoguera en medio de la oscuridad de la montaña, lo que tardó luego en aplicar el sortilegio de la carpa mágica y después en cocinar la carne que habían traído, quemando las primeras porciones con gran vergüenza de su parte...

Pero su maestro era paciente, y no se quejó en ningún momento. Arksinad se sentía feliz, aun aunque tuviera hambre y frío y el cansancio se adueñara de su cuerpo; al fin sentía que aquella persona le estaba prestando atención, que le importaba.

Su felicidad continuó aún cuando Vannael le indicó que durmiera, por más de que el suelo duro del lugar le impidió toda somnolencia y la sensación de que alguien los

observaba le quitó toda intención de quedar inconsciente. De espaldas a su maestro sonreía aliviado y fue ese mismo alivio el que traicionó su miedo y le hizo dormir, a sabiendas quizás de que, por más dragón que hubiera en aquella montaña, tenía al mejor para protegerle.

Despertó horas después con un largo bostezo, su piel acariciada por los rayos débiles de un sol que se ocultaba aún entre grises nubarrones. La carpa mágica que había dispuesto se había esfumado, del fuego creado sólo quedaban cenizas y su acompañante no estaba a la vista por ningún lado.

Parecía hallarse solo, en medio de aquellas montañas muertas, en la altura que le hacía doler los oídos y pesar el débil cuerpo por agotamiento.

-¡Maestro! ¡Hola!

No hubo ninguna respuesta. ¿Sería posible que...?

Intentó calmarse, sin estar muy seguro de cómo. Todavía tenía opciones. Se hallaba solo entre las montañas, sí, pero si se volvía en sus pasos por el largo trayecto entre los altos senderos llegaría de nuevo a su arca, al arca que estaba conectada con él y que podía sentir aun desde esa lejanía.

Y Vannael...

¿En dónde se había metido? ¿Era acaso aquello algún tipo de prueba? Su dedo jugueteó nervioso con uno de sus cabellos rubios mientras pensaba y luego la respuesta le llegó en susurro, en el sonido del viento al pasar por uno de los enormes túneles que estaban excavados en la montaña como si entradas a un panteón se trataran.

Se lo quedó mirando, sin saber qué hacer. El aire se adentraba por aquella boca rocosa produciendo un silbido que le llamaba, que le pedía entrar a guarecerse, a buscar a su mentor en aquella oscuridad matutina. Sin pensarlo mucho se incorporó del todo y avanzó hasta allí, examinando la boca del túnel no sin algo de perplejidad.

No se veía la gran cosa, pero al menos el terreno parecía hacerse regular luego de un rato, a juzgar por cómo las sombras se vertían en las paredes de aquella caverna montañosa. Tragó saliva, sin estar seguro y levantó su mano concentrando su maná en ella.

-Infernum ea salutem.

Sin combustible la llama no era más que una luz menguante, pero aun así le resultaba útil para alumbrarse dentro del entramado subterráneo al que planeaba adentrarse. Puso su mano en alto, preparado por si una bandada de murciélagos le abría paso y pasó con cuidado hacia la penumbra, obligándola a retroceder con su avance.

Ningún murciélago ni bestia le dio la bienvenida, para su inocente alivio. Se dijo a sí mismo entonces que avanzaría tan sólo hasta cuando el camino se dividiera, y luego volvería a esperar a su maestro al lugar de descanso.

No tenía miedo. Al menos, no tenía el miedo que pensaba se le atribuiría a cualquier criatura de su edad en esa situación. Lo que tenía era una sensación vaga de incomodidad, de que algo andaba mal, de que algo más estaba allí. Creyó ver una sombra moverse a su espalda y se volteó alerta, pero nada había y comenzó a creer que eran trucos de la propia luz que había traído.

Todo allí era roca, fría y dura sin una sola mancha que evidenciara la existencia de alguien. Y luego...

Un largo y profundo suspiro.

Se detuvo fijo, sin saber qué hacer. ¿Lo había oído de verdad? ¿O era un truco de la caverna, el aire de las alturas filtrándose por su angosta entrada?

Como fuera, tenía poco sentido seguir avanzando. Se dispuso a darse la vuelta y entonces el viento sopló, apagando las llamas que flotaban en su mano y dejándolo todo tan negro como el carbón.

Sintió ruidos, risas entrecortadas y correteadas a su alrededor. Ahora sí tenía miedo. Pensó en correr hacia la salida pero luego se percató de que, en aquella oscuridad, ubicarse sería una tarea imposible.

Activó entonces el hechizo de nuevo, encendiendo la luz. Una cara perversa le miraba a un palmo de distancia, sonriendo con sorna.

Dio un grito y cayó al suelo, las llamas apagándose tan rápido como habían venido. Retrocedió arrastrándose y volvió a encender aquel fuego, aterrado, pero ya nada había frente a él.

O quizás...

Desde el techo de la caverna comenzaron a desprenderse, cayendo con ruidos sordos de a montones y haciéndole pensar que su hora había llegado. Eran formas grotescas y rugosas, panzas prominentes y cuerpos anchos, enormes y ganchudas narices presidiendo rostros arrugados y malignos, crueles, rictus de burla en las miradas que le dirigían.

Trolls.

Había leído de aquellas viciosas criaturas no hacía mucho, las terribles cosas que hacían a sus víctimas antes de devorarlas, y por fin esta vez su orgullo cedió del todo y el miedo lo poseyó, haciéndolo levantarse tropezando con sí mismo y retroceder más pasos, alumbrando las caras pétreas que se relamían, que olían el aire, que sonreían.

Se volteó tan rápido como pudo y echó a correr, ciego de terror. Atrás aquellos seres dieron carcajadas alocadas y comenzaron a perseguirlo por la cueva, saltando a través de sus techos, rebotando en las paredes, pisándose entre sí en aquel frenesí salvaje por agarrarlo.

Y Arksinad tan sólo corrió, sin dirección ni sentido y manteniendo la luz en alto con la esperanza de que el brillo molestara los ojos de sus perseguidores, tan poco acostumbrados a la acción del sol. Los senderos subterráneos de roca que conformaban aquel entramado dentro de la montaña se cruzaban entre sí y él los seguía a toda prisa sin tener siquiera idea de hacia dónde se dirigía, de por cuál camino venía y sin trazar en su mente la más mínima línea de guía que lo ayudara a salir.

Los trolls eran rápidos, mucho más de lo que hubiera pensado por su apariencia. Un par pudieron adelantarsele y él tuvo que manotear el aire con las llamas para sacárselos de encima, el pavor del momento potenciando sus débiles piernas para continuar con aquella maratón que lo acercaba cada vez más y más al corazón de esa madriguera.

En aquella ráfaga de emociones adversas ni siquiera pensaba en encontrar a su mentor. No podía hablar. Tan sólo corría, apabullado, desprovisto de todo pensamiento más que el de salvar su vida.

Así estuvo incluso mucho tiempo después, cuando los trolls quedaron atrás y los sonidos de aquellas bestias fueron mermados, ocultos por los muros y las lejanías. Pero aún se sentían desde todas direcciones, plagando la caverna como hormigas en un hormiguero, y pronto con su luz él pudo ver los cráneos arrojados en el suelo de la cueva, las pilas de huesos y ropajes, víctimas de los monstruos que allí había. Al horror de ver ello le sobrevino otro sonido, un suspiro profundo y maligno, anhelante.

-Ah...

No podía saber de dónde venía. Se detuvo apenas un instante, alumbrando a su alrededor sin ver nada y continuó por la entrada desde la cual no se sentía el retumbe de pasos y alaridos.

-*¡Qué bocado más jugoso!* – La voz era como un millar juntas, un coro infernal que resonaba por todos lados sin demostrar su ubicación.- *¿Quién eres? ¿Entras a mis dominios como héroe, como vengador? ¿O acaso vienes a alimentar a mis esclavos, a saciar mis gusanos, a terminar con tu sufrir?*

Se estremeció, sintiéndose enfermo y aminoró un poco la marcha. Había huesos, montones de huesos por doquier, y ninguna posibilidad de guiarse a una salida o buscar escapatoria de allí. La tentación de gritar por ayuda lo dominó pero logró sacarse aquello y respirar hondo, sintiendo el estruendo de aquellas decenas de trolls que lo seguían, gritando, riendo y escupiendo.

No le quedaban muchas opciones. Se quitó toda náusea de encima y enterró su pequeño cuerpo entre el mar de cráneos, de huesos de piernas y brazos, cubriéndose con su túnica para no tocarlos pero aún así sintiendo el frío y duro tacto de estos. Apagó la llama de su mano entonces, y esperó.

En menos de un minuto los salvajes irrumpieron en aquella parte de la caverna, dando alaridos de llamado, babeando y escudriñando la oscuridad con aquellos ojos ovalados y bestiales. Arksinad se encogió lo más que pudo dentro de la pila de huesos y esperó mordiendo el pulgar para que su respiración no fuese obvia: los vio olisquear el aire, golpearse entre sí con furia, incluso masticar rocas del suelo como si fuera alguna especie de aperitivo. Era obvio que no los había logrado engañar del todo, que sabían que estaba cerca pero aún no podían vislumbrarlo.

¿Y si lo hacían, qué debía hacer? ¿Podía luchar contra tantos? Le parecía imposible, en aquella situación. Con suerte, lograría quemar las narices de un par antes de que lo superaran. Quizás debía...

La opción de terminar con su propia vida cruzó su mente por unos instantes, el frío de aquella idea cerrando su respiración más que nada. No. Quería vivir.

Debía salir de allí bajo cualquier costo. Tuvo ganas de llorar, pero se contuvo. Algunos de los troll ya parecían haberse cansado de buscar y se retiraban, pero la gran mayoría seguía en el lugar, insistentes y violentos, rabiosos sabiendo que la presa estaba burlándose de ellos.

-Eres una cosa muy pequeña.

No pudo evitar saltar del espanto, sintiendo aquel vozarrón cavernoso exactamente a su espalda. La pila de huesos en la que estaba se sacudió y aquella bandada de monstruos se volvió hacia él, descubriéndolo.

Pero eso ya no importaba. Ninguna de aquellas bestias se comparaba al ser que ahora se incorporaba frente al niño, despertando de su letargo y estirándose sin quitarle la vista de encima, los verdes ojos llameantes, cuencas vacías por las que podría haber entrado.

No hizo falta que lo iluminara, pues el mismo resplandor verde llenó la cueva y lo reveló en su magnitud. Era un monstruo enorme, acorazado y delgado, blanco como el hueso y por aquella misma blancura y flaqueza era que se había mimetizado tan bien entre los cientos de cadáveres que por allí había. Su cuello largo se estiró hacia él, oliendo y dos alas esqueléticas se abrieron apenas, sin suficiente espacio en el lugar.

Un dragón, un viejo dragón de coraza albina, espinosa, que irradiaba ahora una energía enfermiza por sus enormes escamas. El aprendiz de mago cayó al suelo sentado, libre de todo pensamiento, ni siquiera la idea de su muerte entrando a su consciencia.

-¿Cómo te llamas? Te ves perdido...

Aquellas palabras podrían haberlo aliviado o ser amistosas en otro caso, pero en aquella bestia rodeada de cadáveres tuvieron un tono de crueldad que le impidió toda respuesta. Habían ido hacia allí para matar a un dragón, y por su cuenta lo había hallado. Transpiró y comenzó a alejarse por el suelo sin darle la espalda, arrastrando su túnica por la tierra, poniendo algo de distancia entre aquella cosa y él.

Y entonces uno de los trolls lo tomó por atrás, del cabello, arrojándolo al piso. La cara demente se asomó sobre él, los dientes filosos y amarillos abriéndose hacia su rostro.

-¡No!- gritó el dragón, y los trolls se detuvieron, retrocediendo con temor- *Bestias infames, no reconocerían un tesoro donde lo hay... Esta criatura tiene maná... ¡Y cuánto!*

El raquíptico monstruo se incorporó un poco más, aproximándose. De sus fauces emergió un vapor ardiente que hizo que los trolls se alejaran aterrados, completamente dóciles ante el poder de aquel terror que ni miraba a sus esbirros, que enfocaba su enorme cabeza en Arksinad.

-Desaparezcan de mi vista- les ordenó, y los salvajes retrocedieron por donde había venido, sin dar la más mínima señal de reticencia, aún babeando por la presa que habían perdido- *Y tú, criatura... He tenido muchas cosas en mis largos años, tierras, pueblos, tesoros y conocimientos sin igual. Pero a un mago...*

Su aliento perverso se pegó a Arksinad, los ojos brillantes y casi ciegos escudriñándolo, cegándolo con su intensidad. El dragón se aproximó aun más, levantando su zarpa hacia él con alguna intención y el niño cerró los ojos, preparándose para morir.

Hubo un ruido estático sobre su cabeza, y varias piezas de algo salieron volando por doquier, cayendo al suelo de la caverna e interrumpiendo a su captor. Tardó unos segundos en comprender que eran brazos, piernas, trozos de cuerpos humeantes y peludos, rugosos, los mismos troll que habían salido de allí hacía apenas unos segundos.

Y ahora una alta figura emergía desde la entrada, resplandeciendo, y los trolls que habían quedado con vida retrocedían despavoridos, buscando la protección del amo de la montaña.

-¡Maestro!- gritó Arksinad aliviado desde el suelo, reconociéndolo al instante. Vannael lo miró tras la máscara, sereno, sin parecer en lo más mínimo preocupado por los aterrados trolls o el dragón que resoplaba al reconocerlo.

-¿Estás bien?- le preguntó. El niño asintió y, más confiado, corrió lejos del alcance de su atacante, guareciéndose tras el abrigo blanco de su mentor.

El atacante en cuestión parecía tener una mezcla de furia contenida e indignación, incorporándose cuan grande era y mirando a Vannael con los brutales colmillos a medio mostrar. El rey mago le devolvió la vista en cambio calmado, e hizo un gesto hacia los trolls.

-Te has procurado sirvientes muy magros, Karava. No imaginé que caerías tan bajo.

El ser no respondió, expectante. Parecía haberse olvidado de Arksinad y su vista estaba enfocada en el Uno del Geral. Luego sus facciones pétreas se suavizaron en un gesto casi burlón.

-Uso a estas bestias como tú gustas usar a otros, Vannael. Mis opciones eran pocas... Desde lo de Dour, los dragones de Aterror no apreciaron que me forzara a actuar un traidor como tú. Tuve que dejar nuestro hogar.

¿Traidor? Miró intercaladamente a su maestro y a aquel monstruo, comprendiendo que se conocían pero sin entender una sola palabra de lo que estaban diciendo. Vannael no parecía afectado por Karava y el monstruo hablaba indignado, el miedo escondiéndose tras la ira que exhumaban sus palabras.

-¿Te hace eso feliz, Vannael? ¿Te regocijas con mi humillación, con mi sufrir?

El guante blanco sacudió el cabello que era como las plumas de un cuervo, y Vannael suspiró.

-Casi me apena verte así. Una sombra de lo que solías ser, viejo, ciego, y patético. Pero he venido para terminar con eso.

Karava mostró del todo los colmillos, dando un poderoso rugido hacia su oponente.

-¡¿Me estás amenazando?!- gritó, inclinando su cuello hacia el rey mago.

-De hecho sí.- Vannael le sostuvo la vista, la mano en su bolsillo apenas moviéndose- Karava, Dragón de Huesos de Aterror. Por el crimen de arrasar el pueblo de Dour y por tus acciones contra el reino de Pólux, es hora de que tu vida termine.

Hubo un momento de silencio. Se sintió algo en la cueva, una ventisca llena de voces que la recorrió toda y rodeó al dragón que parecía temblar, para luego estallar en un rugido profundo que descargaba odio, puro odio que hizo a Arksinad estremecerse y buscar dónde esconderse.

-¡Tú!- la furia había dominado al monstruo por completo, y sus fauces se arrojaron contra el oponente- ¡No tienes derecho! ¡No puedes usarnos a nosotros, esbirro!

-Arksinad, retrocede.

Fue lo único que dijo Vannael, y luego sacó la mano escondida y con dos dedos apuntó al dragón.

-Retribución de Zeus.

Un relámpago abismal salió despedido de su extremidad, golpeando a Karava y haciéndolo retroceder, impactándolo contra la pared de la caverna y logrando que todo el lugar temblara. Los pocos trolls vivos que habían quedado gritaron y echaron a correr, despavoridos, pero Arksinad en cambio se quedó allí, anonadado con lo que veía y dando espacio pero sin separarse de su salvador.

-¡¿Quién crees que eres?!- Karava abrió su boca, y una llamarada más similar a un delgado rayo verde emergió contra el mago- ¡Pólux, Dour! ¡Incluso te atreviste a amenazar a nuestro emperador Skectral!

Vannael chasqueó los dedos, la energía eléctrica lo cubrió como estática y las llamas se dispersaron en pequeños estallidos a su alrededor. Saltó hacia Karava y movió sus dedos formando un sello rúnico, algo luminoso que lo golpeó y lo hizo echar contra el piso. Karava respondió abriendo sus alas y volando hacia el techo, que estalló en pedazos ante la fuerza de aquel ser.

La luz del sol sobre las nubes cayó como una fuente de agua sobre el lugar, iluminando la caverna, y el dragón comenzó a volar fuera de allí, su cuerpo esquelético translúcido ante el firmamento, toda su enormidad sostenida por las desproporcionadas alas de murciélago, llenas de agujeros y heridas.

-¡Me prometiste la vida si sitiaba Dour, y lo hice!- gritó- ¡Prometiste no matarnos de atacar Pólux, y lo cumplimos! ¡Aquí me ves incluso ahora, siguiendo tus palabras! Pero tú, tú que eres un esbirro y traicionas, ¿te atreves a mentirme a mí? ¡Te atreves a dar órdenes a nuestro Emperador!

Arrojó desde el cielo entonces otra llamarada, muy distinta a la anterior. De su boca emergieron como piedras, esmeraldas ardientes que trazaron una red en el aire, descendiendo sobre la montaña, devastando sus terrenos e incendiando la tierra yerma.

Una de las enormes piedras fue hacia Vannael, pero el mago simplemente levantó su mano y la movió a un costado. Una red de truenos emergió del aire y la impactó, volándola en pedazos y salvando tanto a él como a su alumno.

-Un ataque lamentable. Scarrow en verdad hizo mella con tu cuerpo, viejo dragón.

De la charla su aprendiz comprendía poco, pero creía estar oyendo algo importante que no podía descifrar. Karava se elevó aun más sobre el cielo, extendiéndose cuan largo era, y la piel alrededor de su boca pareció expandirse, sus escamas dejando espacio a un agujero enorme por el cual se cargaba un nuevo y devastador ataque.

-¡Muere, Rey de los Magos!

Y ante las ondas de luz viridia que irradiaban, ante la energía que teñía el gris de las nubes, que se superponía cada vez más clara sobre las montañas y la destrucción, arrancando largas sombras de cada objeto, Vannael se volteó hacia Arksinad.

Jamás había imaginado algo en la cara de aquel hombre que no fuese la más serena de las expresiones. Hasta ese momento.

-Observa, Arksinad. Te mostraré cómo se mata a un dragón.

Hubiera jurado que sonreía.

De entre los escombros humeantes se adivinaban todavía pedazos de cuerpos, pequeños huesos aún calientes que no pertenecían al montón que por allí había regado el lugar antes, la carne chamuscada crepitando sobre su dureza en tiras insignificantes que burbujeaban.

Arksinad pateó unos cuantos aún distraído con la corta pero alucinante batalla que había presenciado, y el calor que tenían hizo que sus dedos se quemaran, aún bajo la bota. Se le escapó media maldición hasta que por fin tapó su boca con ambas manos, conteniéndose y mirando de reojo al rey para ver si lo había escuchado.

-Te quemarás de esa forma- Vannael elevaba piedras más grandes que un caballo con movimientos cortos de sus dedos, arrojándolas sin cuidado en su búsqueda y algunas iban a impactar contra los cráneos que había, haciéndolos estallar en pedazos y lanzar astillas de huesos por todas partes- ¿Conoces el hechizo de enfriamiento?

Negó, mirándolo con admiración y con las escenas de la pelea apareciendo en su mente: Vannael conjurando aquel poder, los relámpagos golpeando a Karava, su maestro elevándose también por los cielos y pisando la cabeza del dragón con total desenfado, como si su único y principal objetivo hubiera sido hacerlo enojar, pisotear aquel orgullo furioso que habitaba en la miseria.

El mago chasqueó los dedos, y un aura fría se extendió por la caverna cubriéndolo de una satisfacción que lo hizo suspirar y que haría el resto de la búsqueda más sencilla. La sensación se esfumó tan rápido como vino cuando volvió a chasquearlos.

-Debes hacerlo tú...- dudó unos segundos y pareció murmurar unas palabras por lo bajo, con lo que un rudimentario bastón de madera se materializó en su mano- Te será más fácil con esto.

Lo arrojó, y Arksinad lo atrapó precipitado. A rasgos simples era un simple tronco, no muy diferente a la rama que había arrancado la noche anterior para apoyarse en el

camino. Su percepción en cambio le indicaba que había cierta cantidad de maná grabada en aquella cosa.

¿Pero de dónde la había sacado aquel hombre? Quiso preguntar pero luego la necesidad de cumplir como aprendiz superó su magra curiosidad y prefirió concentrarse en el hechizo de frío. Juntó sus brazos y separó las piernas, incluso cerró los ojos para que el entorno azotado no lo perturbara y pudiera concentrarse a la perfección.

-El mantra es *Nieva Lada*- oyó la voz profunda decirle- Focaliza tu mente en lo que deseas y repítelo.

Nieva Lada. Obedeció, repitiendo aquellas palabras en su mente antes de pronunciarlas en verdad, de materializar el conjuro en aquella realidad. No podía hacerlo sin hablar, no como los verdaderos grandes magos del Geral, pero aun así confiaba en poder hacerlo al primer intento.

Nieva Lada. Odiaría decepcionarlo. Aquel último día le había hecho admirar a su salvador aun mucho más, ignorando -¿o quizás remarcando?- lo que le hacía ocultar, la verdad que ambos sabían. Haberlo visto matar a aquel dragón le había puesto en el alma una emoción que le costaba definir.

Nieva Lada. Y quizás algo oscuro había despertado, también. Se dio cuenta de que ya no necesitaba cerrar los ojos para concentrarse, y con lentitud los abrió. Vannael le miraba de frente, enormes rocas a su espalda saliendo despedidas por el poder de su mente, y a su alrededor los huesos danzaban ante las sacudidas, las calaveras castañeaban en un baile macabro que le atraía como nunca antes.

-*Nieva Lada*- pronunció.

De la punta de aquella improvisada vara se extendió un aura azulada que cubrió su cuerpo en una esfera irregular, confusa. El frescor lo dominó con menos intensidad que la vez anterior, y la extensión del sortilegio era ínfima en comparación, pero al romperlo Arksinad pudo reír satisfecho, contento con su primer resultado.

La máscara blanca fue de arriba abajo en un asentimiento, y la última de las enormes rocas salió despedida, haciendo que el rey se volteara.

-Oh mira. Allí está.

El enorme cráneo del dragón de huesos que había aterrorizado Pólux emergió sobre el polvo que se asentaba, el gesto iracundo de sus colmillos grabado para siempre tras su muerte, los ojos negros y vacíos haciendo que su cabeza se viera como un cadáver hueco y desvencijado.

Era lo único que había quedado de él. Había escuchado Arksinad de los magos del Geral sobre las mejores formas de matar un dragón, sobre cómo atacar y destruir la cabeza era la única forma certera de realizarlo, pero el Uno de la organización parecía haber hallado una forma mucho más original. El abismal hechizo que su mentor había lanzado había terminado por erradicar todo Karava, todo menos la misma testa que se decía era su punto débil, y luego aquel mínimo resto había caído moribundo, exhuyendo humo en el descenso como si de un cometa se tratara y gritando maldiciones para su asesino, en un trance mortal de rabia y humillación.

“*¡Te matará!*” la profundidad del rugido, el rencor aún seguían resonando en la mente del niño con todo lo que hacía “*Nuestro emperador no perdonará tus manipulaciones... ¡Skectral me lo ha dicho! ¡Te matará! ¡Romperá tu ciudad, a tus magos, quebrará todo lo que te pertenece y luego te masticará a consciencia!*”

Aquellas últimas palabras le rebotaban en los pensamientos con fuerza, y más al ver la mueca final del tirano del que habían librado al mundo, la maldición pegada en los

colmillos como agujas. Le asustaban de sobremanera y se temía que fueran el presagio de algún futuro, pero al ver lo relajado que estaba Vannael al instante se calmaba.

El mago había reído ante aquellas palabras, y cayendo desde el cielo mismo había pateado la cabeza flotante de Karava, haciendo que se perdiera entre el puré de escombros en el que se había convertido la cordillera. Arksinad no había llegado a oír lo que le dijo antes de hacer eso, y aunque se lo preguntaba algo en su interior le hacía creer que no quería saberlo, que algo en los actos del mejor hechicero del mundo era cruel e inestable, casi infantil.

Pensando eso se hallaba, cuando sintió un ruido, el de elásticos al soltarse. Levantó la vista sorprendido y entonces a su lado vio a Vannael con la mano sujetando la máscara que era su segundo rostro, con los lazos que la sostenían ya desatados.

Sus ojos castaños se agudizaron, creyendo que por fin vería aquella cara. El otro lo miró de reojo y pareció reír, animado por su curiosidad.

-Lamento decepcionarte, pero esta máscara no se separará de mí. Lo que hago es más por practicidad.

-¿Eh?- no comprendió, mientras el hombre se arrodillaba frente al cráneo de dragón y apoyaba su otra mano en él.

-Llevar esto a mano sería un problema, ¿no lo crees?

Al murmurar otras palabras, el cráneo se desvaneció en un haz luminoso. Los lazos de la máscara solos se ataron entre sí y Vannael se volvió a erguir, volviéndose hacia un Arksinad que se hallaba anonadado.

-¿Desapareció?

-Está aquí- el Rey Mago de Cel-Neckar señaló su rostro- Ahora es hora de volver al arc. Considera cumplida tu primera misión del Geral Veintiún.

El siguiente trecho fue mucho más corto que el que habían realizado desde Babel hacia la cordillera norte. Volaron a través de las montañas, dejando en instantes atrás el desastre en el que se había convertido la tierra tras aquella batalla, y Arksinad aprovechó para experimentar con su nuevo barco, haciéndolo virar entre los paredones rocosos, surfear las corrientes de nubes que colmaban el cielo y ver aquel mar gris correr en sentido inverso a ellos, incluso elevarla lo más posible hasta donde ya ni la barrera pudo protegerle del frío. Sobre aquel reducido espacio se podía sentir en paz, en uno consigo mismo y absolutamente libre sobre el cielo.

Cerró los ojos, abriendo con su mente un poco de aquella membrana invisible que recorría entero al barco y dejando que algo de aire fresco lo golpeará, revolviendo su cabello. Mas allá Vannael se hallaba apoyado en la barandilla, viendo el terreno montañoso de abajo con una actitud que le resultaba pensativa, más de lo habitual en el cerrado rey.

Al verlo de reojo así no pudo evitar preocuparse, preguntándose qué era lo que ocurría. Pensó que aquellos días juntos eran ya de por sí razón y excusa para hablarle, de buscar una forma de sacarlo de aquel trance.

-¿Nos dirigimos a Pólux ahora, maestro?

Quizás esa fue la primera y última vez en su vida que pudo tomar de sorpresa a aquel hombre, o aquello pareció por cómo se volteó bruscamente hacia él, la cadena de pensamientos que había unido en el camino de repente rota por las palabras del niño.

Asintió.

-Debería de estar por aquí. Del grandioso reino que solía ser antaño ya queda poco, y más desde los últimos desastres que acontecieron... Pero su ciudad principal se conserva, oculta entre las montañas. He hecho parte de la política de mi reino garantizar la paz de aquella olvidada raza.

-¿Los elvens? ¿Cómo son?

Se sentó en el suelo de madera y cerró del todo la membrana, sintiendo al hacerlo lo mismo que un leñador en la nieve sentiría al regresar al calor de su cabaña. La enorme esfera dorada que coronaba al arca vibró y Arksinad se apoyó en ella sintiéndola mullida como un almohadón, distinta al material metálico y helado que había imaginado. Aquel núcleo se hallaba cargado de magia, enormes cantidades de maná como el suyo y sentía que tan sólo estar cerca lo cargaba con un enorme poder.

-Es una pregunta difícil de responder- Vannael dudó unos instantes, mirando la lejanía y luego también se sentó con un suspiro calmo- Hoy en día la mayoría son ancianos, conservadores de costumbres que debieron haber caído junto con su poder. Los que aún tienen vitalidad escapan de Pólux, buscando oportunidades en el continente... Y la mayoría termina muriendo de hambre como mercenario en Gikeldor.

-Entonces...

-Es un pueblo que cae en el olvido, sí.- los ojos del Uno estaban apagados al decirlo, pero luego se encendieron con otra luz y le miró- Aunque quizás me preguntabas por su apariencia. Excepto contadas excepciones, todos los elven tienen el cabello blanco, complexión delgada y frágil. Es raro ver uno que supere el ancho de un humano, y cuando lo hacen suele tratarse de los llamados Amos Oscuros, que ya casi no nacen en esta era. Más allá de eso y de las orejas puntiagudas, hay poca diferencia.

-¿Ha visitado Pólux antes?- preguntó con emoción, anhelando ver a aquella especie, los incontables cráneos en la caverna de los troll aún titilando en su mente y produciéndole un interés que le sorprendía a sí mismo.

Vannael no contestó por un tiempo, como si lo meditara. Al cabo de un rato asintió de manera imperceptible, al tiempo que se levantaba, la atención pegada en el paisaje en el que se adentraban. Arksinad lo imitó, sorprendido, y comprendió que aquel trayecto ya estaba terminando.

Con su mente impulsó el descenso del arca, mientras su mirada se perdía en el impresionante mundo que se abría frente a ellos.

Era un espectáculo maravilloso, de ríos y cascadas que adornaban un valle olvidado, un paraíso perdido que se formaba como un oasis a lo que antes habían sido millas y millas de cordilleras tenebrosas y rocas, de la plancha de cielo gris y muerto. Allí entre las aguas danzantes, entre las corrientes que chocaban entre sí como redes y de cuyas gotas amanecían pequeños arcoíris se elevaba una ciudad, construida sobre la base de una montaña y con sus muros grises alzándose desvencijados, una construcción de piedra erosionada en cuya superficie la acción de la naturaleza iba haciendo su daño: las raíces azules de plantas desconocidas atrapaban y sostenían las estructuras como enredaderas, rompiéndolas por dentro; y desde la altura contemplaron también los grandes árboles que se alimentaban de aquellos caudales, sauces llorones de aspecto colosal que con melancolía acariciaban las casas, los vivires de aquel pueblo mudo y aislado.

Porque Arksinad se debatía en el término, de si aquello que veían se le podía llamar ciudad o no era más que un pueblo ocupando un espacio que le quedaba grande, como si los habitantes de la Isla de la Luna robaran Babel e intentaran llenarla con sus propios números. Le costaba mucho imaginar que aquello había sido en algún momento la capital de un imperio en expansión, que aquellas gentes raídas que levantaban la vista al ver pasar el arca habían junto con los kiels dominado el área central, que aquellas casas derruidas y reconstruidas sin estima utilizando madera sobre la perdida piedra habían sido baluartes de una posición elevada.

Mientras surcaban el cielo de Pólux la decaída polis brillaba, dejándose recorrer por una magia de alarma. Arksinad se estiró cuanto pudo en el arca, maravillado, viendo las enormes runas con las que habían marcado los muros, los rincones, las calles y los edificios principales: runas mágicas de seguridad, barreras y alarmas como las que el viejo Duran disponía en el castillo del rey.

Aun con todas esas alarmas y aquella intrusión que claramente no era común en sus vidas, los elven que veía en la lejanía apenas parecieron mostrar poco más que apatía al ver los recién llegados. El joven aprendiz se sorprendió de comprobar que su maestro tenía razón: de diez individuos allí abajo, de diez personas con cabellos inmaculados y complexión delgada con suerte podía vislumbrar a dos niños y un joven, mientras que el resto eran ancianos, hombres y mujeres avejentados y de aspecto cansado.

Vannael parecía saber a dónde ir, así que le indicó cómo direccionar el arca mientras descendían más y más al nivel de los edificios, surcando por el camino principal que parecía al menos mejor cuidado que el resto.

-¿Tienen un castillo?- preguntó, buscando el conocido tamaño en el horizonte para guiarse.

Su maestro negó.

-No desde que los dragones atacaron. Pero envié una carta a los regentes, antes de comenzar esta misión. Nos estarán esperando en la sala de alianzas.

Lo que parecía ser el edificio que los esperaba al final de aquella avenida, calculó Arksinad al divisarlo y comprender que había sido construido mucho más reciente que los demás. A diferencia del resto de la ciudad, hecho en piedra pulcra y enredada con la vegetación, aquella pirámide que parecía de cristal se veía novedosa, como alguna clase de arte que la pulcra polis de los magos no conocía. Los débiles rayos del sol lograban golpear sus transparentes paredes sin rebotar sobre ellas y creaban débiles resplandores violáceos, reflejos que se perpetuaban como ondas sobre la forma recta, puntos de luz que ascendían en los filosos bordes para desvanecerse en la punta, como magia.

Hizo descender el arca y de un salto ambos bajaron, frente a la moderna pirámide. Apenas dieron dos pasos hacia allí cuando las puertas de vidrio se abrieron, dejando salir a recibirlos a dos mujeres que a su vez caminaron hacia ellos en silencio. Una se veía alta, casi tanto como su mentor, con el cabello y la cabeza enmarcados por un atuendo que parecía de servidumbre y ojos violetas llenos de desdén. De la mano traía a una niña que debía tener su edad, el cabello gris y largo hasta la espalda y los ojos más claros, casi lilas. Las largas orejas que solían tener los elven no se le veían tan pronunciadas, y a su cuerpo delgado lo cubría una túnica celeste, elegante y que hizo que se fijara por primera vez en la suya propia, asustado por no pertenecer a tanta importancia.

Con una formalidad que no esperaba ambos pares se encontraron a mitad del camino, rodeados por el silencio de aquella ciudad olvidada. La mujer se plantó frente al

Rey Mago de Cel-Neckar sin ocultar su hostilidad y lo miró con indiferencia calculada, para luego ladear la cabeza.

-Vannael. Y... -miró a Arksinad con la misma reprobación- ¿Es este su hijo?

-No tengo tiempo para hijos, Raiyse. Es mi discípulo, Arksinad.

La mirada de ira fría que le puso aquella mujer lo hizo estremecerse, así que sólo atinó a bajar la vista al frente. La niña de cabellos grises también lo contemplaba, indiferente. Se sintió azorado.

-Pero si tienes tiempo para los hijos de otras personas, ¿no es así, Rey Mago de Cel-Neckar?

El tono insidioso hubiera hecho que varios estallaran, pero Vannael tan sólo se limitó a inclinar la cabeza, mirando a la sirvienta y la niña.

-¿La consideras tu hija, Raiyse?

-No soy más que su encargada- respondió ella rápido, manteniéndose firme- Ella es Ruin Levan Aurora, princesa de Pólux. Su verdadera madre aún vive, y tú lo sabes.

El hombre se inclinó de hombros apenas, restándole importancia, y algo en aquella mujer pareció hervir, sujetando la mano de la pequeña princesa con más fuerza, mientras esta miraba ahora al alto rey con sorpresa velada.

-La pérdida de Aiwass será lamentada por todos- dijo al final él- Pero es misión del Geral encargarse de quienes hayan cometido crímenes semejantes. Por ejemplo...

Pasó dos dedos por el dorso de su máscara. Los otros tres no pudieron evitar sobresaltarse y retroceder cuando de repente una gigantesca calavera se materializó a su lado, un cráneo alargado de dragón, los colmillos como púas entrecruzándose en una expresión iracunda.

-Este es el dragón que organizó los ataques recientes de trolls a la ciudad... Y uno de los perpetradores del asalto en el que Aiwass Flowrian Aurora perdió la vida. Considérenlo un regalo del Geral Veintiún a su princesa... Y una carta de invitación a nuestra organización.

-Aiwass no está muerta- la furia enmarcó cada una de las palabras, haciéndolas temblar con fuerza al ser pronunciadas. El semblante antes frío y desdeñoso comenzaba a romperse muy rápido.- Tienes que tener valor, Vannael, para presentarte aquí como justiciero luego de todo lo que nos has hecho.

Jamás había oído antes que alguien se dirigiera así hacia su mentor. Se sorprendió ante la actitud de aquella mujer que no parecía tener más prestigio que una de las mucamas de la torre, la forma en que osaba desafiar a un rey y aquellas acusaciones de las que entendía poco. Vannael en cambio no parecía ni sorprendido ni molesto, cuanto mucho apenas entretenido.

-¿He hecho?- en el tono había burla, mezclada con incredulidad.- Estoy ofreciendo a Ruin la oportunidad de unirse al Geral. Su magia ciertamente lo amerita. En nuestra organización se reúnen los magos más talentosos de este mundo, héroes del este, mercenarios de prestigio, hechiceros expertos cuyos ingenios ayudan a avanzar a los grandes reinos. No es un honor indigno de una princesa.

Por su parte Arksinad comprendió que negociar no serviría, al menos no con aquella mujer. Con cada palabra que su mentor emitía su semblante pálido parecía enrojecer más y más, como si no existiese una sola acción de aquel hombre que no le causara el mayor de los enfados. Lo que se preguntaba, sin embargo, era qué hacían dialogando con lo que a toda vista era la matrona de la joven princesa. Había leído antes que consejos de Altos Ancianos eran quienes regulaban las políticas y decidían el futuro

de los elven, ¿Por qué no hablaban con ellos, en vez de discutir allí con aquella mujer sin que siquiera les dejaran entrar al edificio?

Pero todo aquello no importunaba a Vannael, quien seguramente conocía las respuestas a aquellas preguntas. Seguía hablando con calma, quizás incluso con placer mientras veía a su interlocutora perder los estribos.

-En cuanto pise Cel-Neckar, yo mismo prometo proteger a Ruin y asegurar su desarrollo como maga... Y como agente político. Podrá volver a Pólux a encargarse del reino como es debido, aprendiendo las técnicas de gobierno de mi ciudad y el resto del mundo para mejorar la situación de...

-¡Pólux no es su problema!- vociferó la mujer, sobresaltando tanto a Arksinad como a la pequeña Ruin.- ¡Ocúpese de sus propios asuntos!

-Curiosamente, Pólux *sí* es mi problema. Con una posición tan al norte, su ciudad es nuestro principal bastión ante los ataques de dragones que puedan proceder de Aterror... Y se ha convertido en un bastión muy ruinoso. He procurado facilitarles autonomía, incluso recursos y asistencia de todo tipo, pero continúan pegados a viejas formas. Tu pueblo cae en el olvido, Raiyse. Pero no tiene que ser así...

-Quieres a Ruin. Quieres convertir nuestra tierra en una colonia más de tu reino, tal como hicieron en Gikeldor.

-Es poco menos que una colonia ahora, para ser honesto. Hasta quizás sería una mejora. Pero no. Mi objetivo, mi verdadero objetivo no es más que invitar a Ruin al Geral Veintiún.

Aquello pareció hacerla explotar del todo.

-¡No!- gritó, con tal ímpetu que Arksinad retrocedió y las venas en su cara se marcaron- ¡Jamás! ¡Márchense de aquí! ¡Fuera de nuestro hogar! ¡¿Quieres que nuestra princesa sea otra marioneta tuya?! ¡Devuélvele a su padre, entonces, devuelve la espada que le arrebataste en su lecho de muerte! ¡Devuélvele a su madre, devuelve a todos quienes murieron en el ataque de los dragones! ¡No un inútil –pateó la enorme calavera de Karava, sin afectarla- cráneo!

Algunos elven comenzaban a asomarse por sus casas, por fin arrancados de su apatía y atraídos por los alaridos que resonaban frente a la pirámide de cristal. Arksinad miró en derredor, comprendiendo que no eran bien recibidos y luego se volteó a su mentor, quien seguía con las manos en los bolsillos y actitud desenfadada, escuchando aquella perorata de gritos e insultos.

-¡Ruin no irá a su estúpido concilio! ¿Para qué juntarse con chusma insignificante como ustedes? ¡No irá! –Terminó la mujer sacudiendo a la niña que la miraba atemorizada, con tal volumen que su garganta parecía estar a punto de estallar- Y no vuelvan por aquí... ¡Nunca más!

-Y bla, bla, bla. - suspiró Vannael, y Raiyse quedó helada- Nos vamos. - le dijo ahora a Arksinad, quien se debatía entre estar horrorizado por la actitud de aquella elven y divertido por la infantil respuesta de su maestro.

Dejaron atrás a ambas cuando ya eran muchos los elven que rodeaban aquella plaza, con miradas pegadas desde todos lados. Cuando ya estaban en el arca Vannael se volteó de nuevo, mirando no a quien los había echado sino a la pequeña princesa que le contemplaba asombrada.

-Te hablo a ti, para que decidas por ti misma. Serás bienvenida en Cel-Neckar cuando quieras. No tienes por qué caer en la locura que le espera a este lugar. El Geral Veintiún tendrá sus puertas abiertas para ti en la reunión que se realizará dentro de unos años. Te estaré esperando, Ruin.

Ruin no dijo nada, y su encargada la aferró más contra ella. El Arca del Cielo comenzó a remontar vuelo, elevándose por sobre el espacio aéreo de Pólux y haciendo que toda la gente que allí había salido se disminuyera, convirtiéndose en diminutos puntos de total insignificancia. Lo último que Arksinad vio en aquella imagen borrosa fueron los ojos calmados de la niña, el rosa en ellos casi brillante al mirarlo y Raiyse abrazándola en un llanto. Luego se volteó hacia el Uno.

-¿Me equivoco o esa mujer estaba alterada, maestro?

-No te equivocas. Pero ya no hay caso. Tan sólo resta esperar que la princesa tenga el coraje y la sabiduría de decidir por su cuenta.

Arksinad asintió, no sin estar algo turbado por aquel encuentro y por todo lo que había presenciado en esos últimos días, acompañando a aquella persona en su misión. Se sentía bien, feliz y lleno como nunca lo había estado hasta entonces. Ahora realmente se podía ver como un alumno de Vannael, como el aprendiz del mago más talentoso del mundo, de quien lo había adoptado y salvado y a quien planeaba seguir en futuras aventuras por cuánto tiempo hiciera falta. Había llegado una nueva etapa en su vida, que supo disfrutaría.

Tan sólo la mirada de aquella callada niña perduraba también en su mente, perturbando los pensamientos de adoración que tenía. No podía explicar el porqué, pero algo en aquella visión fría e inocente se le hacía particular, cercano, le llamaba la atención aun más que los gritos de Karava al ser asesinado. Lo desechó rápido sin embargo, sospechando que jamás volvería a verla en su vida.

Por supuesto, se equivocaba.

3. El Campeón De Diakaza

En aquel silencio continuado el sonido de las explosiones y griteríos que se desarrollaban afuera se hizo más fuerte, su estruendo interrumpido ocasionalmente por algo distante, un impacto cuya procedencia imaginaron tan sólo podía pertenecer a alguna clase de hechizo. Los rostros del trío habían quedado paralizados, ensimismados en su asombro al por fin poder captar ese murmullo, como si una persona descubriera haber tenido una melodía de fondo durante toda su vida.

Luego Reaper fue el primero en hablar, dirigiéndose a Reginald.

-¿Guerra? ¿Qué son esos sonidos?

-En general, estallidos de la resistencia ciudadana por las calles- respondió el hombre con total naturalidad- Quizás el sonido de una que otra ejecución también.

Aquello hizo que se miraran, helados. De todas las cosas que no imaginaban...

-Es una guerra contra invasores- afirmó Linith inclinándose hacia adelante, las manos firmes sobre el asiento.

-No es una guerra contra invasores- la corrigió Frankie, la compañera de Reginald.

-¿Qué entienden ustedes por invasores?- preguntó el guerrero con sequedad.

-¡Invaden nuestras casas!- volvió a exclamar la niña, y Reaper se pasó la palma por la cara.

-No es así, Linith. El conflicto aquí es interno entre los altos mandos del ejército de Diakaza.- la niña no dijo más, enfurruñada y el médico se volvió a los tres, dudando- Es una larga historia.

-Yo no llevo prisa- Reaper volvió a recostarse y dio otra masticada a la carne salada que le habían servido. Tanto el mago como Reed asintieron y el hombre dio un suspiro que parecía aliviado, poniéndose más cómodo e indicando a su pareja que tomara asiento.

-Como imagino Linith les habrá dicho, esta dimensión está gobernada por un dios.

-Baal- lo nombró él, y el otro asintió.

-Aquí lo llamamos también El Sol, o al menos a la sacerdotisa que intercede por él. Baal ha estado aquí desde hace años, cientos y cientos de años. Protege nuestro pueblo con su poder y guía nuestros pasos utilizando su visión, la habilidad que posee de adivinar el futuro y actuar acorde. Así ha sido desde mucho antes de que mis tatarabuelos nacieran, antes incluso de lo que nadie pueda recordar, por generaciones... Baal nos ha mantenido en este lugar, sí, pero no ha olvidado el mundo exterior del que

alguna vez vinimos. –Observó las reacciones sorprendidas de los demás y rio- ¿Piensan que nuestra especie siempre perteneció a este desierto? Es un error entendible. Los devas pisábamos sus continentes hace milenios, y los registros que puedan haber quedado de ello son magros...

»No conozco toda la historia, y sería mejor que el mismo Baal se las dijera. Pero algo forzó a nuestro dios a recluirse aquí junto con toda su raza, a obligarnos a perder los frutos de aquel mundo por este desierto. Quería protegernos, sin duda, y sin embargo aquello le causó enemigos. Hace cuatro siglos, por ejemplo, una gran cantidad de los nuestros abandonó la Ciudad Dorada y cruzó la puerta prohibida hacia su mundo, mezclándose allí entre su gente. Y del cruce...

-Los habitantes de la Forja de Xshathra- adivinó Reaper abriendo los ojos más de lo normal- debieron mezclarse con ahuras y construir así ese lugar.

Reed asintió, ensimismado, también recordando otras leyendas que había oído, sobre cómo Cel-Neckar había albergado en sus territorios a los habitantes que llegaban de la Ciudad Dorada. Y ahora pensaba no sólo en aquello sino también en la ciudad hundida bajo Deneb Algedi, la Dammed Oah cuya arquitectura no pertenecía a nada conocido. ¿Sería posible que...?

Reginald asintió y tomó un sorbo de agua, aclarándose la garganta.

-Pero por más que Baal ansiaba nuestro retorno, su poder le decía que el destino no era propicio para la vuelta de los devas al continente central. Y terminó creando una profecía, una que se pasó de generación en generación y cuyo cumplimiento todos esperamos con ansias.

Volvió a dudar, dando otro trago nervioso a su vaso de agua, y su servicial amada le sirvió un poco más de la jarra que había traído, mientras el médico miraba a la niña.

-Linith, creo que como bendecida te corresponde...

La joven asintió, encantada, y habló.

*“Al correr cuatro siglos el mundo
un nuevo Avatar llegará,
a visperas del último segundo
en la Ciudad de Oro aparecerá*

*Aunque adoptado por líder, será libre
la sangre deva a medias en sus venas
y llevará a nuestro pueblo contento
A dejar atrás las antiguas penas*

*Dioses o diablos tentando la suerte,
con gran poder evitarán su muerte
que aquello se grabe en su memoria,
afectará con fuerza su historia.*

*Esta profecía de ansiado futuro
sin más demoras ocurrirá
el destino de dejar los muros
y una guerra que da su final.”*

Con aquello terminó, sonriendo como quien espera un aplauso. Al ver el gesto desconcertado de los recién llegados miró a Reginald, quien sonreía amable junto a Frankie, y luego se volvió a Reed.

-Es una de las que más practicamos allí en el domo... Baal la disfruta mucho.

-¿Qué tenemos que interpretar de todo eso?- fue al punto de nuevo Reaper, y la niña le sacó la lengua.

-Así y todo, esa canción es el fundamento de nuestra espera- el gordo deva se puso de pie, caminando en círculos en el poco espacio entre las camas y hablando- A simples rasgos nos habla de que un nuevo avatar de Baal llegará, una nueva persona del otro mundo que reemplazará a nuestra sacerdotisa actual. Pero no es sólo eso lo que dice. La llegada de este personaje coincidirá con el momento de nuestro retorno al viejo mundo, con nuestra salida de esta prisión en la que nuestro amado dios nos preserva... ¿Lo comprenden?

Asintieron. Reed pudo ver que la sonrisa de Arksinad era queda, lo que de tanto conocerlo adivinó era señal de ensimismamiento, de que algo enturbiaba su mente.

-¿Y este heredero es...?- preguntó él, sin despegar los ojos del brujo.

-La profecía no lo especifica- el hombre negó, pero luego levantó un dedo- Pero sí da pistas al respecto. Por ejemplo, sabemos que cualquier candidato a Sol va a llegar por estos años, cuatro siglos después del día en que Baal tuvo esta visión. Y sabemos datos aislados de la persona, que disminuyen la lista de opciones...

Intentó recordar las palabras que había oído, con poco éxito. Tan sólo tenía...

-Adoptado por líder, con sangre deva a medias en su cuerpo.- interrumpió Reaper su pensamiento malformado- Básicamente, un medio deva bajo el cuidado de alguien en una posición de autoridad.

La sonrisa del mago parecía pronunciada con intención. Reed lo contempló extrañado, y este acotó.

-Que haya tenido contacto con dioses y demonios. Estimo que esas palabras son ambiguas, y un simple brujo que maneje en su arsenal magia divina puede calificar.

Esta vez era Reginald quien tenía una sonrisa confiada, volviéndose hacia el rubio.

-¿Lo ven?

Se hizo un silencio profundo de nuevo, tan denso que ni las explosiones que se sentían en la lejanía lo sobrellevaron. Reaper y Reed se volvieron a su amigo el brujo, sin comprender.

Arksinad levantó su sombrero e hizo una reverencia, acompañado de un tarareo triunfal. Ambos se miraron, aún perdidos, y luego vieron reflejado el uno en el otro el impacto de lo que comprendían.

-¡¿Tú?!

-¡¿Boca-cortada?!

El otro rio, casi a carcajadas, y Reginald asintió no sin estar algo turbado.

-¿Lo dices en serio?- Reaper se levantó de su cama, directo hacia al curandero- ¿Él? ¿Él es un elegido de Baal?

-Siempre supe que era especial- se jactó el hechicero no sin burla, y el de Kamui lo miró con el gesto entreabierto en la más muda de las incredulidades. Tomó aire profundamente y volvió la cabeza hacia su anfitrión, insistente.

- Él.
- En efecto.
- Boca-cortada.
- Sí.
- El de allí. Ese de la cara de niña y boca cosida.
- Ese mismo.
- Y estás seguro.
- Todo coincide.

Luego retrocedió, intentando digerir aquello. Parecía pensar a toda velocidad, tan rápido que Reed podía escuchar la maquinaria trabajando tras la frente bronceada y despejada. Bajo la cama Necrostacia dio un lamento como llamándolo de nuevo, pero Reaper la ignoró y se volvió hacia el mago, atento.

-Adoptado por un líder... Asumo que se refiere a Vannael. Contacto por demonio, Asherat cubre suficiente ese requisito. Pero, ¿y la sangre de deva? ¿Y el contacto con dioses?

-No conocí a mis verdaderos padres- se inclinó de hombros el mago- Pero llegaron en mi arca hacia Cel-Neckar apareciendo desde ningún lado. Es factible que alguno hubiese sido un deva de esta ciudad. En cuanto al contacto con dioses, como dije, tener magia divina debería servir para cubrir aquello. El *Shinoras* que estudió tu padre y me enseñó mi maestro es un conjuro de esa clase.

Lo cual significaba que realmente aquello era cierto, se maravilló Reed viendo a su amigo que parecía estar a dos segundos de posar y reír. Sin embargo un aura de cautela los cubrió a los tres en un instante, arruinando aquel momento y haciendo que hicieran silencio, comprendiéndose mutuamente. Los devas de la habitación no entendieron qué había pasado pero el grupo se ensimismó por unos segundos, volviéndose en sí y en lo que habían vivido hacía tiempo.

El mago mismo lo había dicho. Que hubiesen llegado allí, que la muerte de Scarrow y la posesión de Asherat los forzara a cruzar el portal de la Forja, todos aquellos eventos habían sido con seguridad trazados con anterioridad por la prodigiosa mente de Vannael Danterkiss Eel. Aquel rey había enviado tras ellos a los daevas, había forzado a su alumno a aceptar aquel trato con el demonio y había mandado a Skectral a Vant, sabiendo que la única solución a aquellos problemas habitaba en el dios del tiempo que había pasando la puerta y que estarían obligados a buscarlo.

Y cual fuera su propósito, ahora descubrían que las cosas eran allí distintas de lo que hubieran esperado. ¿Sabía acaso Vannael de aquella profecía, de que su alumno sería un elegido de Baal? La intuición de Reed le decía que sí, que aquel hombre que lo había atacado en Cel-Neckar conocía eso y mucho más.

Y no sólo la intuición lo motivaba a pensar aquello, mientras los rostros contrariados de los otros dos parecían denotar la misma cadena de pensamientos. El Rey Mago había entregado Oblivion a Osald Assadan a cambio de aprender el *Shinoras*, aquella magia divina que enseñó a su alumno y que le permitía ser uno de los elegidos por Baal. Ahora comprendían, por fin, por qué Vannael había considerado digno cambiar una espada legendaria por algo como aquello.

Estamos siguiendo su plan como títeres. Esa fue la conclusión a la que los tres llegaron en ese momento. Pero en cada uno fue diferente. El mago lo aceptó con una triste sonrisa, quizás acostumbrado hacía años a aquello. El de Kamui levantó la vista con enfado, recordando el final de su padre y los tatuajes que había puesto Necrostacia en su brazo brillaron, como invitándolo a librarse de aquellos hilos.

Y en cuanto a Reed...

Él sólo quería salvar a Scarrow. Todo lo demás, todas las tramas que pudieran urdir en el mundo y las manipulaciones de demonios y reyes le eran indiferentes. Nada importaba, había dicho, y nada importaría. Reencontrarse con Shimari, pedir a Baal que retrocediera el cuerpo de Arksinad a cuando no estaba muerto, pedir que retrocediera el tiempo al momento en que su maestro iba a recibir el ataque del dragón para evitarlo. Esos eran los tres objetivos que tenía en mente, y nada haría que los evitara.

Parecieron relajarse entonces, en el mismo silencio compartiendo la determinación de Reed. Aquella atmósfera tensa se rompió y Reginald pareció encontrar apropiado retomar la palabra, sorprendido aún con el grupo.

-Sin embargo, su amigo aquí no es el *único* elegido.

Todos le miraron, sorprendidos, y el médico por fin dejó el vaso de agua del que tomaba con nervios fuera de su alcance, como si ganara comodidad mientras más les contaba de lo que ocurría.

-Por las palabras de Baal, estimamos que se crearían en el mundo un total de cuatro elegidos... Pero no todos llegarían siquiera aquí para disputarse el trono de la Ciudad Dorada. A decir verdad, ni siquiera sabemos cuántos fueron los que pusieron pie en Diakaza... Nuestro dios sólo se encargó de avisarnos que todos los jugadores estaban en el campo, al momento que tú llegaste.

Se dirigía a Arksinad. Tanto él como Reed recordaron entonces la voz que habían oído al llegar, cuando pensaban estar en algún mundo desierto y desamparado. Con que en realidad hablaba de ellos...

-¿Y entonces?- preguntó, levantando sus ojos grises con inquisición.

-De momento sólo tenemos en cuenta dos herederos... El joven de aquí -hizo una seña con la cabeza hacia el mago- Y otro hechicero llamado Bali Gladiar.

Escuchar aquel nombre fue una revelación tardía. *Gladiar*. La esencia de aliento a vino le llegó a la mente, la imagen de un hombre delgado y vivaz, de barba en forma de chiva y ojos febriles, un negociante que habían querido embaucar y que los había embaucado allí en la Forja de Xshathra, para luego conocer una sangrienta muerte en manos de Osald Assadan, del hombre a quien habían encerrado y que había destruido el lugar.

-¿Es el...?!

-El hijo de nuestro querido Exnar Gladiar, sí- admitió Arksinad sin problemas- Y el miembro número Cinco del Geral Veintiún. Lo que nos demuestra que la Forja tenía sus ojos en esta profecía desde hace mucho tiempo.

-Los habitantes de la Forja de Xshathra han tenido contacto con nosotros desde su creación - asintió Reginald, displicente- Y conocían la profecía de Baal en cuanto salió. Corrió de boca en boca por sus líderes y la ambición de ser uno de ellos quien la cumpliera los ha tentado por generaciones... Por lo que se han adelantado a cualquier otro candidato.

»Con el monopolio de la entrada a Diakaza, sus altos dirigentes han utilizado cualquier excusa para formar alianzas, alegando interés por actualizar nuestros conocimientos del mundo exterior o negociar nuestros tesoros. Aquel hombre, Exnar Gladiar, ha preparado a su hijo desde hace años con el sólo propósito de convertirlo en el vencedor... Hace poco tiempo irrumpió aquí el brujo ahura, seguido por un ejército del otro lado de la puerta, y se instalaron en el círculo exterior de la ciudad para afianzar su poderío. Sus cultistas han invadido cada recodo, buscando exterminar a cualquier

otro heredero y terminar la competencia. Bali incluso ha conjurado poderosos demonios para que le asistan... Y también ha encontrado aliados entre los nuestros.

Las piezas encajaban ahora para Reed, la curiosa situación en la que había estado la Forja al recibir el ataque de Osald. Recordaba haber encontrado extraño la falta de gente, la poca y débil resistencia que había ayudado tanto al veterano de Kamui a barrer las defensas del lugar como si fueran papel, a matar a su líder de aquella forma. Exnar había estado desesperado por sacrificarlos, por usar su sangre para crear demonios que derrotaran al padre de Reaper, no por alguna burda ironía sino porque la reserva de demonios de verdad que tenían los cultistas tenía otro destino en mente, un destino que pasaba la puerta entre las dimensiones. Tuvo la imagen de aquella versión macabra de un laboratorio, con los rubíes de sangre y magia como el que adornaba el báculo de Arksinad amontonándose, producto del sacrificio de miles de prisioneros como el del mago había sido el producto del sacrificio de pueblos por parte de Vannael.

Pero luego otra imagen irrumpió. La visión de Deihr Bellow con Necrostacia lo hizo desconcentrarse por unos segundos, recordando a aquella joven. Le había prometido su vida. ¿Estaría aún cuidando la Forja rota, los escombros que se reparaban? ¿O acaso...?

-¡Reed, presta atención!- lo retó Linith.

Aquello lo trajo de vuelta a la realidad, aunque por dentro se debatía en volver a abstraerse.

-Y allí viene lo complicado del asunto- continuó Reginald- De los cinco grandes generales que posee nuestra ciudad, ya dos se han unido por completo a la causa de Bali. No por un simple apoyo de sus ambiciones a la posición, sino porque él mismo les ha prometido un nuevo lugar en la Diakaza que planea crear.

-Hasta ahora, nuestros ejércitos habían tenido un papel muy secundario en las decisiones del pueblo...- secundó animándose a hablar Frankie, y el hombre asintió con un gesto que parecía entre molesto y decidido.

-Como debe ser- Linith se puso de pie, enfadada- Los albinos han sido nuestro brazo armado desde hace siglos. No tienen la bendición de Baal para...

El hombre la calló levantando una mano, y la niña dudó unos segundos antes de terminar obedeciendo.

-Este... conflicto, es culpa de tradiciones viejas e intolerantes que hemos estado cultivando desde hace siglos. Los devas que vivieron todas sus vidas bajo la servidumbre militar han estado codiciando una mejor situación desde que la Forja tuvo contacto con ellos, y a decir verdad sólo era cuestión de tiempo para que figuras como Ragnar Amix se levantaran para dar su apoyo a Bali. El ejército se ha dividido, fracturado por completo, y las fuerzas del otro heredero son superiores. Utilizando su asentamiento en el círculo exterior de la ciudad planean controlar toda la zona y matar a cualquiera que se les oponga... Nuestra ciudad se ha convertido en un gobierno de terror. Bali no se detendrá ante nada hasta obtener el poder...

-Lo que está bien. -lo interrumpió Arksinad, levantando una mano- Porque a mí ni me interesa. Bali Gladiar puede apoderarse de esta ciudad si tanto le importa.

Se produjo un silencio alarmado. En su actitud desenfadada los otros dos intentaron comprender el razonamiento que lo guiaba. Que hubieran llegado allí era el plan de Vannael. Y Vannael, ¿esperaba que su alumno ganara aquella competencia? Si era por eso...

-No es lo que creen- adivinó Arksinad sus pensamientos, volviéndose a ellos- No hago esto solamente para rebelarme ante cual sea el plan que haya trazado mi maestro.

Simplemente no estoy interesado en algo tan abrumador como heredar la posición de un dios. Tú lo dijiste, –se dirigió a un anonadado Reginald- Bali se ha entrenado por años para este momento. Pues bien, que lo tenga. Lo único que yo y mis amigos deseamos es hablar con Baal.

-¡Toda Diakaza está a tu favor!- exclamó al final el hombre.

-¿Por qué? No me conocen. No saben lo que...

-¡Oh pero ya conocimos a Bali! Es un demonio. Haría todo por conseguir el puesto de Sol, el Rubí de Sangre de Baal.

Reaper interrumpió ahora, sentándose en el borde de la cama.

-Dices que toda Diakaza apoya a boca-cortada, aun sin conocerlo... Pero el grueso del ejército está del lado de aquel otro sujeto. ¿No son parte de Diakaza acaso?

Hubo una gran duda en el médico, una pausa prolongada en la que su tez oscura pareció enrojecer unos tonos.

-Los albinos del Domo del Sol nunca...

-Su actitud idiota los ha puesto en esta situación- lo cortó el guerrero- Esos soldados están apoyando a la primera persona que los saque del basurero social en el que los han puesto, y de la misma forma ustedes se aferran a boca-cortada aquí para que los salve de aquel posible futuro.

-No todos los albinos han apoyado a Bali- indicó Frankie con más actitud de la que hubiesen esperado en una mujer tan apacible- Ragnar Amix, Aminor Sirrah y sus hombres se han decantado por ese monstruo, sí, pero aún hay dos generales dispuestos a apoyar la causa del joven...

-No es mi causa- interrumpió Arksinad ahora, la discusión haciéndose más y más intensa- No me echen ese peso encima. Lo único que planeamos es hablar con Baal. ¿Es eso posible?

Hubo de nuevo un silencio, bastante incómodo. Se sentía mal aplastando así las esperanzas de quienes les habían salvado, alimentado y ayudado en su llegada a la ciudad, pero al mismo tiempo comprendía a la perfección a su amigo el mago. Convertirse en el sacerdote de un dios, guiar a un pueblo, a una raza que hasta hacía unas horas era ajena parecía demasiada tarea para alguien cuya mayor ambición hasta el momento era poder vivir en paz. No tenía nada que ver con el propósito que los había guiado hacia allí.

-Baal no es accesible ahora- murmuró al final Reginald, mirando el suelo presa de la desesperanza- Desde que comenzó el juego de los elegidos, se ha encerrado en su Domo del Sol y no se ha vuelto a oír de él ni de su sacerdotisa desde entonces. Si quieren hablar con él –levantó la vista- entonces deberán esperar hasta que esta competencia termine.

Maldiciones se pronunciaron en los tres, y Reaper se pasó la mano por el cabello, resignado. Las cosas jamás iban a ser fáciles.

-Entonces- Arksinad pareció meditar- ¿Cómo encuentro a Bali o a este tal general Ragnar? Estoy dispuesto a explicarles mi desinterés y ayudarlos a despejar el camino hacia donde se halle Baal, a cambio de que nos permitan audiencia con él.

La tez de todos los devas que habían conocido hacia el momento era tostada, similar a la de Reaper, como curtida por la acción del sol. La de Reginald en ese momento perdió suficiente tonalidad como para parecer del color de la manteca fresca.

-Te... te matarán. No sabes de lo que estás hablando. Ragnar, el general que se declaró campeón de Bali... es un monstruo- se secó el sudor de la frente, arrinconado- No dejará pasar la oportunidad de matar a otro elegido.

-¿Y Bali? Siendo criado por Exnar, me gustaría pensar que es más razonable.

-Aparenta serlo. Se intenta mostrar cómo alguien bondadoso y a Ragnar como su brazo armado, pero la verdad es que él es quien decide sobre los horrores que su ejército comete por la ciudad. De verdad, heredero, no puedes ser peor que ellos. Háganme caso, los tres: busquen a cualquiera de los generales que pueda aliarse a su favor.

-¡Yo sé donde hallarlos!- se entrometió Linith.

El tercer silencio que siguió a aquello fue más pensativo, mientras meditaban las posibilidades que tenían de sobrevivir a todo aquello en aquella ciudad sitiada por adversarios, cultistas y demonios. El sonido de una campana resonó en otra parte de la casa y Reginald hizo una señal a su esposa, indicándole que atendiera.

-Tengo cosas de las que ocuparme... Los enfermos y heridos afloran en la guerra. Pueden esconderse aquí el tiempo que deseen...

Se podía tantee la desilusión en su voz, y Reed se sintió culpable al asentir vagamente, mientras de reojo observaba las expresiones concentradas del mago y el guerrero. Ninguno de los tres planeaba aprovecharse de la hospitalidad de aquella casa mucho más, ¿pero a dónde irían acaso? Quizás Reginald tenía razón y la mejor opción era buscar un general que los apoyara y defendiera... Pero aquello era ingresar más a aquel juego, y ponerse en enemistad con aquellos ejércitos con quienes no se sentían relacionados.

Sí, claro, Reed Id Vant abolía la maldad en todas sus formas. Pero habían venido a aquel olvidado lugar con un objetivo claro en mente, e inmiscuirse en todo el conflicto de los devas y la sucesión parecía algo que tan sólo lograría demorar más lo que buscaban. Además, ¿Qué horrores estaban causando el tal Ragnar y el ejército? ¿Era lo que ocurría una masacre, o una guerra? Y si era una guerra, ¿podía justificar aquellas muertes por eso?

Dudó de nuevo, pensativo y casi tan desesperanzado como el médico. Por primera vez descubría que aquel heroísmo que siempre había querido tener era más pesado de lo que creía. Su historia perfecta había fallado ya muchas veces, al matar a Daivok Bellow, al no poder salvar a los prisioneros de la Forja, al morir su maestro en la batalla contra el dragón... Y ahora se sentía común, una persona más que anteponía sus intereses, alguien que había dejado de idealizarse para corregir el mismo camino que lo había llevado a aquello. ¿Qué estaba haciendo?

Más allá se sintieron voces angustiadas, en donde se suponía que atendían a los devas heridos.

-¡Reginald...!

Era la voz de Frankie, y había pavor en ella. El rechoncho médico abrió sus ojos redondos con sorpresa y los miró a los tres, llevándose un dedo a los labios.

-Podría ser una inspección. Linith, condúcelos al escondite, por favor.

La niña deva asintió y les hizo una seña para que con prisa la siguieran. Pasaron la cortina que servía de puerta sin mucho tiempo de ver el resto de la casa, separándose del médico que se movía apurado hacia su esposa y perdiéndose por un oscuro pasillo, las paredes de barro y el suelo de polvo y tierra, sin baldosas de ningún tipo. Con los ropajes blancos de aquella jovencita como guía se adentraron entonces en la negrura, apoyando las manos en los muros para no caerse y sintiendo la cal levantarse con cada paso, intentando ser silenciosos al tiempo que oían un jaleo estrepitoso por donde Reginald había salido.

Linith no parecía asustada. Se agachó y movió unas maderas, fáciles de perder ante la longitud de aquel pasillo.

-Por aquí.

Tuvieron que arrastrarse para pasar al otro lado, pero la buena noticia fue que Reed descubrió que, de algún modo que no podía comprender, su cuerpo ardido ya se había curado del todo. Al terminar aquella procesión la oscuridad se hizo tan densa que era imposible ya detectar a dónde debían ir. Se oyó un lamento apagado de Necrostacia, luego silencio y al final Arksinad dudó, encendiendo su vara con una luz mortecina que les permitió ubicarse.

-¡Apaga eso!- exclamó la niña- ¡Nos van a ver!

Obedeció, y entonces ella levanto la trampilla que tenían sobre sus cabezas. Aquel escondrijo estaba construido de tal manera que se podía observar disimuladamente lo que sucedía en la entrada principal del hogar. Un haz de luz golpeó los ojos de todos y Reaper tapó el mango de hueso de Necrostacia como si se tratara de una boca, indicándole que callara.

-Ayúdame a subir- le indicó la niña.

Su altura no era suficiente como para espiar por aquella rendija. Reaper se le adelantó, apoyando a Necrostacia contra el muro para que usara su filo como base, y pronto la cabeza de ella y la de Reed estuvieron paralelas, ambos acostumbrando sus ojos a la luz para ver qué ocurría.

La luz fue tapada al instante con un golpe seco, el cuerpo pesado de Reginald cayendo al suelo a centímetros de sus rostros. La mole de aquel hombre comenzó a fluctuar frente a ellos, buscando levantarse y cuando lo hizo pudieron ver por fin la escena que se desarrollaba allí en la casa.

Había una muchedumbre de gente. Reconoció las túnicas largas y rojas con la cruz de Xshathra que usaban los cultistas de la Forja, pero también podía entrever otras criaturas que le eran inescrutables, pequeñas bolas negras con cabezas chatas y patas gruesas portando pesada armadura. Uno de esos seres sujetaba a Frankie, el brazo opaco aferrado al cuello de la mujer mientras esta veía aterrada a su querido incorporarse.

Y había también un hombre, en medio de todo, que dio un especie de gorjeo antes de llenar el lugar con su espantosa voz.

-¡Inspeccionen toda la casa! ¡Toda!

Reconoció a Ragnar Amix al instante, aun sin jamás haberlo visto antes. Era un deva, sí, pero su tez era albina, pálida como la luna y parecía brillar, la cabeza calva llena de cicatrices y el rostro mutilado: por aquí y por allá faltaban trozos de nariz, una oreja, parte de la mejilla que dejaba entrever unos dientes ennegrecidos. Bajo el ojo derecho, blanco, descansaba un tatuaje similar a un diamante.

El contenido de ese ojo lechoso parecía revolverse con lentitud, su mirada ciega ignorando al médico herido mientras olía el aire a su alrededor como una bestia. No había nada, no existía una simple característica en aquel hombre que no causara a Reed Id Vant la máxima de las repulsiones, por lo que tuvo que tragar saliva en silencio mientras lo oía volver a romper el ambiente con aquella voz ronca, que parecía provenir de una garganta carbonizada.

-Ha... dado problemas, sanador.

Tomaba pausas para respirar, la carne flácida y lastimada moviéndose en cada una. Frente a ellos Reginald no respondió, cauteloso, su corpulencia tapando a los que se escondían la mayor parte de lo que ocurría.

-Esto es sólo un hospicio- habló por fin- No encontrarán nada aquí.

-Eso espero... -parecía a punto de escupir con cada palabra, y su gesto rodeó el hogar con desaprobación- No me gustaría tener que matar al único... médico... de la ciudad.

En su tono desgarrado había una amenaza furibunda, y tras él uno de esos seres pequeños bamboleó a la mujer que tenían de rehén con violencia. La situación parecía ser precaria para ellos y Reginald no atinó a decir nada, buscando la mirada de su compañera con miedo.

-Sería terriblemente innecesario.- uno de los cultistas de la Forja se adelantó al general deva, hablando con un tono melodioso que sorprendió a todos y deslizándose entre aquel horror y su víctima- Ragnar, puedes quedarte tranquilo. Estoy seguro de que nuestro amigo aquí es un... profesional. No arriesgaría la vida de sus pacientes ocultando al enemigo, ¿No es así, Reginald?

El terror se manifestó en el movimiento rígido con el que contestó, la cabeza yendo rápido de un lado a otro. El cultista ahora dejó entrever una sonrisa que nacía en la comisura de sus labios, su único ojo no tapado por cabello aplastándose en una mueca de peligrosa felicidad. Luego se volvió hacia el costado, hablando con alguien a quien Reed no podía ver.

-Trae a uno.

Supo quien sería la tercera persona incluso antes de que cruzara por su línea de visión. Lo intuyó, lo intuyó como lo había hecho incluso de antes, desde que había oído la historia sobre aquella competencia para obtener el puesto de Baal.

Allí, viéndola pasar serena hacia la otra habitación, pensó que Deihr Bellow había cambiado mucho. Su brazo derecho continuaba atado, sujeto con firmeza a la espada por cinturones y la figura esbelta vestía con ropajes blancos y un chaleco rojo, botas largas bajo los pies y el cabello largo, mucho más largo de lo que recordaba. La joven apenas miró a Ragnar o al ahora que la comandaba y desapareció de la escena, haciendo que el corazón del muchacho retumbara de ansiedad. Si los llegaban a descubrir...

-Allí sólo hay enfermos...- protestó Reginald con la voz desgastada- No hay nada que pueda interesarles.

-Yo decidiré... qué me interesa y qué no...- Ragnar Amix lo apuntó con su arma, una larga y curvada guadaña cuyo mango no parecía menos que una espina dorsal.

El hombre no pudo hacer más que apretar los labios, el sudor corriéndole por la frente. Un soldado se detuvo frente al monstruoso general deva, parándose firme ante él.

-Ni rastro de los enemigos- informó.

Aquello logró que la respiración de Reginald se calmara un poco, pero a los otros no pareció importarles. El cultista que había hablado antes sonrió al médico con una amabilidad falsa y caminó hacia él con suavidad, su voz pegajosa sonando mientras las demás callaban.

-¿Lo ves Ragnar? Te dije que decía la verdad...

-La necesidad de confiar en estas criaturas- el militar dio un gorjeo exagerado, masticando odio por los dientes- ...me disgusta.

-¡Pero Ragnar, no hay nada más confiable que nuestro amigo aquí!- el ahora dio una palmada suave a su víctima, poniéndose a su lado- Él sabe que proteger a rehenes en su hogar podría perjudicarlo, a él como a su adorada pareja... Por lo que no podrías hallarlos entre estos muros. Así que, ¿dónde están, Reginald? Sé con certeza que otro de los herederos ha pasado por aquí. Debió de estar tan confundido... ¿A dónde lo mandaste?

Sus palabras se cerraron alrededor del cuello del médico como una serpiente venenosa. Estaba ahora mucho más cerca de la ranura desde la cual espiaban, y Reed podía ver que era diferente al resto de los cultistas que había visto en la Forja: desde allí veían su profundo ojo carmesí, delineado en negro, y llevaba un medallón repleto de rubíes rojos como los del báculo de Arksinad ceñido al pecho; el gesto mucho más confiado y lascivo que el de sus congéneres y la túnica abierta a diferencia de ellos. Aquel joven no era alguien más, a juzgar por la familiaridad con la que daba órdenes a Deihr y se dirigía a Ragnar.

-¿Bali...?

Era el mago, tras él, reconociéndolo con una mueca de perplejidad. Se volteó para verlo, asombrado, y tanto en él y como en Reaper la misma inquisición afloró. ¿Aquél era el hijo adoptivo de Exnar Gladiar?

Luego vio la expresión concentrada de Linith a su lado, viendo con recelo a aquel joven ahora con todas las señales de haberlo conocido antes. Sí, debía serlo. Y en cierta forma, ¿no se parecía aquella serpiente de falsa amabilidad a lo que habían conocido entre los muros y fábricas de la Forja de Xshathra?

-No sé de qué están hablando.- afirmó por fin el médico. Pero estaba demasiado asustado, y sus palabras no parecían tener peso. Reed vio como a su lado Linith aferraba el borde de aquella rendija con fuerza, preocupada.

-¡Pero yo sí!- quien ahora identificaban como Bali Gladiar sonrió, viendo cómo de la otra habitación Deihr volvía acompañada de dos cultistas que arrastraban con sus báculos a un anciano cuya cabeza estaba vendada, un aturdido paciente de aquel sitio.- De hecho Reginald, es seguro que yo sé más de tus intenciones que tú mismo.

-Déjelo ir, por favor. Ese hombre no es...

-Escondes... asquerosos... espías- Ragnar escupió al suelo, la pesada capa de piel marrón con la que se cubría rígida ante el movimiento- Sabemos que el heredero pasó por aquí. Confiesa... sanador.

-Yo no...

El general se adelantó y dio un puntapié al amplio estomago del deva, quien cayó al piso sin respiración ante la mirada de todos. Linith se tapó la boca para no gritar y Reed sintió el impulso latente de salir del escondite y enfrentar a aquel grupo, viendo cómo hacían sufrir a quien les había ayudado. Quería saltar contra Ragnar, quería hacerle pagar aquello...

Pero de hacer eso, ¿vencerían? Estaba seguro de que no era lo que Reginald buscaba. Contuvo el aliento y se percató de que había sudor en sus manos. Tras él Reaper también parecía estar enfadado, a juzgar por el silencio helado con el que veía la escena.

Tosiendo el hombre volvió a incorporarse ante sus agresores, ante los reclamos de Frankie de que no le lastimaran. Bali se arrodilló ante él con una compasión hartamente falsa y le palmeó la espalda, divertido.

-Reginald, Reginald, Reginald- su voz era melodiosa, arrastraba las palabras con ligereza, fluía como la cola de un reptil, de algo manipulador y terrible- ¿Por qué te resistes? Nosotros ya estamos enterados, y perdonamos tu traición. ¿Qué más podías hacer, acorralado por el otro heredero en tu propio hogar? En verdad, sufro con sólo pensarlo... Lo único que queremos es saber que podemos confiar en ti...

El hombre volvió a incorporarse, Bali viéndolo aún con la sonrisa en los labios, incipiente. La voz de Reginald estaba débil por el golpe cuando habló.

-No lastimen a los pacientes. Por favor.

El gesto del hechicero no cambió, pero levantó la vista hacia el general deva, asintiendo. Los hombres que sujetaban a Frankie y al enfermo se aproximaron, arrojándolos frente al pobre curandero con violencia y poniendo filos en sus cuellos.

-Te hemos perdonado mucho.- le susurró el ahura al oído- Pero era parte de nuestro trato, ¿verdad? Tú querías libertad para curar a tus pacientes... nosotros te la hemos dado. Te hemos provisto con medicinas para ayudarte, inclusive. Y lo único que pedimos es que seas sincero y nos respondas... ¿Dónde están?

-Yo...- al fin Reginald rompió a llorar, quebrado, y Reed estuvo seguro de que confesaría- No lo sé. ¡No lo sé!

-Esto comienza a irritarme...- Ragnar mismo se adelantó, apoyando la punta de su guadaña sobre el cuello de Frankie Incub- ¡Habla!

Tan sólo hubo más llanto como respuesta. Reed buscó entre aquellos rostros la expresión de Deihr, interesado en saber qué pensaba ella de la crueldad que ocurría, pero el rostro que visualizó estaba sereno como siempre, como si se encontrara en otro mundo y no aquel en el que amenazaban con asesinar a una buena mujer, a un enfermo. Aquello le irritó, sintiéndole la sangre hervir. Había admitido allí en Belekras que Daivok no era un villano, que jamás habría hecho algo como lo que aquel heredero de Baal y su general estaban cometiendo. Pero ella... Si algo de eso molestaba a esa joven, su postura seria y tensa no lo manifestaba.

“¿Estás de acuerdo con esto, Deihr?” pensó, pero no pudo vocalizar.

-Tienes diez segundos para elegir, Reginald- resolvió Bali- Si prefieres que matemos a tu esposa o a este pobre anciano... O, por supuesto, puedes decirnos a dónde mandaste a los herederos y los dejaremos en paz. De demorar, creo que Ragnar estará feliz en que nos deshagamos de ambos.

Reginald lloraba, como si no lo hubiera oído. Su mujer también sollozaba en silencio, el filo de aquella guadaña apoyado en su piel tostada mientras que el anciano herido parecía demasiado aturdido como para decir algo.

-Uno...- contó Bali.

-Mátenme a mí- pidió el médico mirándolo a los ojos.

-Oh, ¿Por qué te mataríamos? ¡Eres bueno en lo que haces, Reginald!- le sonrió el brujo y luego añadió, como por descuido- Dos, tres, cuatro.

El corazón daba retumbos en Reed, y creía que también en el resto de los que allí estaban. No iba a permitirlo, no podía permitirlo. Linith se mordía el brazo, impactada por lo que veía y viéndola pensó que debía estar sintiendo lo mismo que él.

-Cinco... seis...- el ahura parecía aburrido al contar, los segundos que marcaba pasando interminables. Frankie sollozó algún pedido pero Ragnar la calló dándole un puntapié al que su querido volvió a incorporarse, desesperado.

-¡Mátenme a mí! ¡Por favor! ¡No sé en dónde están!

-Siete, ocho, nueve. Reginald, oh Reginald, ¿Por qué me cuesta creerte? Se te acaba el tiempo...

Con aquello el gordo deva volvió a caer de rodillas, catatónico. Reed lo vio tragar saliva, mover los labios preparándose para elegir.

-Y... ¡diez!- anunció el brujo con voz cantarina- Vaya, Reginald. Eres sin duda cruel... Ahora, Ragnar, si me hicieras...

Se interrumpió al oír un golpe potente, procedente del suelo. Reed había bajado la tapa del escondite, había impactado la hendidura con fuerza, con toda la intención de que los localizaran. Aquello calló a todos, y por fin más sereno el heredero de la Forja se volvió al médico.

-Con que allí los tenías.

-Ve a buscarlos...- ordenó Ragnar a Deihr. La joven lo miró con desprecio, sin moverse un ápice.

-No sigo tus órdenes.

Pero luego Bali le hizo una seña pidiéndole lo mismo, y la vieron desaparecer por el otro lado. Allí en el escondrijo que pronto sería descubierto todos miraron a Reed, perplejos, pero este se volteó hacia ellos con resolución.

-No iba a permitir que mataran a una persona inocente por mi culpa- explicó desafiante a quienes sabía le podían entender a la perfección- Ni permitiré que alguien como Ragnar Amix se vaya de aquí sin recibir su merecido.

Miró a la niña deva que lo veía entre aterrorizada y asombrada, sereno.

-¿Podrías llevarme de vuelta hacia la salida?- pidió, sujetando la cadena de su escudo con fuerza, sus dedos acariciando el pomo de su espada como hacía siempre que se preparaba para el combate.

No estás pensando esto bien, le habló una voz en su conciencia, pero la desechó. Entendía que lo que estaba haciendo era similar a su idea de atacar a Skectral, pero algo en él lo veía distinto. No podía permitir, era imposible concebir en su alma que aquella familia, que aquella buena gente que le había ayudado sufriera por su culpa.

La verdad era que se hallaba enojado, y lo sabía. Furioso con aquel Bali cuya actitud hacia ver a Exnar Gladiar como un tipo amigable, lívido ante el general Ragnar Amix y molesto con Deihr Bellow, con su actitud pasiva ante aquello. ¿Aunque no era de esperar? Era la misma joven que había visto sacrificios allí en la Forja, que debió haber hundido a Necrostacia en cientos de pechos. Pero aun así le irritaba, y decidió que la enfrentaría allí mismo en la casa, tanto como a Ragnar Amix.

Su resolución debía estarse notando, porque tanto sus compañeros como Linith lo miraban entre extrañados y poco convencidos con su idea de salir a luchar de frente contra el enemigo. ¿Cuántos soldados, cultistas y criaturas oponentes habría cerca? Algo de nuevo le susurró al oído que aquello era una mala idea, pero Reed Id Vant no cedió, haciéndole una seña a Linith para que se apresurara. La joven deva se encaminó hacia la puerta, abriéndola y pasando y Reed la siguió entrometiéndose por aquel atajo oculto en la madera.

Ni de broma hubiera esperado que Deihr Bellow estuviera ya del otro lado, esperándolo mientras lo apuntaba, con un extraño y alargado objeto metálico que descansaba en su mano libre.

Su expresión era mucho más calma a la que había tenido tiempo atrás en la Forja, y le hizo recordarla como en la jornada en Belekraz, aquella soldado silenciosa que era la única mujer del grupo. No atinó a decir nada, viéndola a los ojos, y su mano fue rápida al mango de la corta espada que llevaba.

Del objeto con el que Deihr le apuntaba salió estruendo y humo. Sintió al mismo tiempo un terrible ardor en el pecho, como si mil agujas en sucesión se le enterraran y el impacto de aquello lo mandó hacia atrás, contra la tapa de madera del escondite, completamente desorientado mientras sentía la carne de su interior herida y sangrante.

¿Qué clase de hechizo era ese? Su gesto incrédulo debió haber hecho todas las preguntas, el rostro levantado hacia ella contracturado por el dolor, sin poder moverse. Jamás había visto algo por el estilo. La antigua caza recompensas lo miró desde arriba con los ojos entrecerrados sin decir una sola palabra y entonces Reed recordó la promesa que le había hecho, preguntándose si así se la cobraría.

No podía oír. La vio sujetar a Linith del brazo y llevarla arrastrando mientras la niña pateaba. Aquella arma mágica con la que lo había derrotado aún humeaba cuando la guardó en su funda, entre los cintos que rodeaban su brazo herido.

Luego se quedó luchando por mantener la consciencia y moverse, mientras del otro lado de aquella tabla de madera sobre la que reposaba sus compañeros intentaban salir del escondrijo a ayudarlo. Vio a las dos jóvenes desaparecer por el pasillo y cerró los ojos, escuchando la nada.

El estruendo los había sorprendido a ambos, por lo que habían dejado sus dudas para ir a ayudar a Reed. Reaper intentaba no hacer ruido mientras partía con Necrostacia la tabla que los separaba y Arksinad vigilaba aún la ranura del escondite, viendo la escena que se desarrollaba ahora que Deihr había vuelto trayendo a Linith con sí.

La niña no se quejó cuando fue arrojada al frente de un desesperado Reginald.

-Se hallaba en un escondrijo entre las paredes- dijo la Bellow. Pero no añadió nada más de lo que había ocurrido. En cualquier caso, ni Ragnar ni Bali parecieron dudar de ella.

-¿Es esa tu hija?- preguntó el general al médico con desprecio. Reginald no supo qué contestar, anonadado y sin comprender cómo era que no hubieran descubierto a los demás. Su demora le valió un puntapié en el rostro, y luego mintió.

-¡Sí...! ¡Es mi hija!

-Eres un mal mentiroso, Reginald...- Bali se volvió a adelantar, escudriñando a la nueva rehén con su ojo rojo- La niña que tenemos aquí no es ni más ni menos que una de las bendecidas de Baal, una habitante de los círculos más altos de la Ciudad. Reginald, ¿en verdad pensabas que podías engañarnos...? Me apenas.

Hizo una seña, y Ragnar se adelantó con un gruñido. De un sólo movimiento de su guadaña segó la pierna derecha del médico, quien apenas tuvo tiempo de reaccionar con un alarido mientras la sangre se derramaba como barro líquido por el suelo de su hogar. Frankie cayó al suelo, desmayada, pero entre jadeos y esfuerzos el hombre logró mantener la consciencia, arrojado en el suelo entre un mar de sudor y sangre.

-No vuelvas... a mentir- le advirtió el general con desprecio, respirando pesadamente como lo hacía, cuajando sus palabras con algo rancio y lleno de odio. Luego miró a sus hombres- No están aquí... Pero esta niña debe saber algo. Nos las llevaremos... a ambas.

Aquellas criaturas anchas y bajas gruñeron ante aquella orden, cargando el cuerpo inerte de Frankie y a Linith, quien pateaba inútil buscando librarse de sus captores, incluso llegando a morder al que la sujetaba. La procesión comenzó a marcharse por donde había entrado, ignorando los quejidos de dolor del médico quien luchaba por buscar algo con que tapar la herida de su pierna mutilada.

Bali fue el penúltimo en irse, deteniéndose en el umbral de la puerta y volviéndose para dedicarle al hombre una dulce mirada.

-Si no descubrimos donde se halla el otro heredero, es probable que las matemos. ¿Quieres en verdad cargar eso en tu corazón? Una pobre niña...

Su tono serpentino fue lo último que se escuchó, y luego dejó el hogar como los demás, seguido por Deihr Bellow.

Para ese entonces Reaper ya había logrado liberar a ambos del escondite, y viendo que el enemigo se había marchado regresó a la sala junto con el mago a ayudar, cargando sobre su hombro a un Reed que se debatía entre la consciencia y la inconsciencia. Lo depositó en el suelo con cuidado, cerca de su escudo, y se aproximó hacia Reginald sacando del costado de su abrigo un frasco con un contenido rosado claro, el de los pétalos de las orquídeas.

Tendió la poción de Amu en los labios del hombre, y este bebió febril. La masa sanguinolenta que era su pierna detuvo su goteo y algo del color de su piel se recuperó, pero aún no parecía sanado y la herida estaba abierta.

El guerrero dio una maldición, mirando al mago.

-¿Debí haberla utilizado en Reed?

-No sabemos qué fue lo que Deihr le hizo- lo tranquilizó este y ahora él mismo se arrodilló cerca del agonizante Reginald- Esta herida es demasiado amplia... Veré qué puedo hacer.

Arremangó su raída túnica azul, dejando ver el brazo segmentado en partes. Como cuando tiempo atrás habían robado una de las gemas de la mano de Yeguilex DaWillse ahora algunos de los hilos de Asherat se desataron de su extremidad, yendo con pausa y estirándose, entrando en la piel herida y perforándola, entrecruzándose y apretándose para coser el muñón que Ragnar Amix había dejado por encima de la rodilla.

La herida cerró firme, y Arksinad cortó el hilo satisfecho. Reginald ya tenía los ojos abiertos pero continuaba mudo, presa del espanto por todo lo que había sucedido. Rechazó la jarra de agua que le tendió Reaper, confundido, y luego su vista se posó en el muchacho que descansaba sobre el escudo.

-Le han disparado- notó. Jadeaba, pero parecía realmente preocupado.

-No veo ninguna punta de flecha...

-No le han disparado con ninguna flecha- los miró incrédulo, molesto, y luego ignorando sus rostros consternados se arrastró hacia donde Reed reposaba, examinándolo- Este joven ha sufrido demasiado por un día... Debemos tratarlo ahora mismo.

-¿Puedo darle una poción curativa y listo?- preguntó Reaper- Necesitamos marchar cuanto antes, saber a dónde se han llevado a su mujer y a la mocosa...

-No si quieres que la bala quede dentro de su cuerpo, tan cerca de sus órganos- jadeó el deva. Aún estaba débil por la pérdida de sangre y parecía a punto de desplomarse en cualquier momento, pero no dijo nada cuando los otros se miraron sin comprender e hizo una seña al mago, pidiendo su caja de herramientas.

Arksinad obedeció, y lo vio sacar de allí unas largas y delgadas pinzas doradas. Abrió la camisa de Reed dejando expuesto el agujero que aquella arma le había hecho al lado de la axila, un agujero profundo y sangriento por el que introdujo aquel utensilio con el pulso débil, tomado por sus propias heridas.

-¿No existen armas de fuego en el otro lado...?- preguntó a ellos, quizás al aire mientras Reed se debatía de dolor y él parecía rebuscar en la carne, hasta que por fin topó con lo que buscaba y lentamente hizo el camino hacia atrás con las pinzas, retirándolas del orificio al tiempo que tapaba la herida haciéndole presión.

Sacó de allí algo similar a una pequeña esfera plateada, con grabados, manchada con la sangre del muchacho. Arksinad y Reaper la observaron con el entrecejo fruncido.

-¿Deihr puede hacer magia?

-No es magia- suspiró Reginald- Aquí no hallarán nada de eso. Es una bala...

Dudó, no muy seguro de cómo explicarles. Bajo Reed el escudo brillaba tenue, y aquello pareció volver a concentrarlo en su oficio, sacando de su caja un algodón pequeño que presionó sobre la herida del joven. Reed apretó los dientes con fuerza, recuperando la consciencia y luego Reginald retrocedió espantado, quitando el algodón y mirándolo con atropello.

-¡La herida!- exclamó.

Pero Reed no lo oía, sentado sobre su arma y enmarcado en penumbras, tan sólo el gris de sus grandes ojos resaltando, ciegos, anhelantes. Reginald palideció e intentó alejarse por el suelo cuanto le permitía su pierna sana y la herida recién cerrada que tenía, aterrorizado ante aquella mirada que luego se iluminó para volverse el rostro normal de siempre, al tiempo que el escudo se apagaba.

-¡¿Cómo?!- exclamó el médico.

En silencio el joven de Vant se palpó la zona por la que había entrado el disparo. La carne allí ya se había cerrado al instante, y lo único que sentía aún húmedo y adolorido era una marca similar a una pequeña estrella rojiza.

-Gracias- murmuró.

-¿Te sientes bien?- levantó una ceja Reaper.

Asintió, haciendo movimientos circulares con su brazo para acostumbrarse al vago dolor que sentía. No sabía cómo se había podido curar tan rápido, pero de aquello igual no había salido tan bien parado como lo había hecho de la explosión de aquellas plantas del desierto. Más que la herida se hallaba aún aturdido, en shock por lo que había sucedido. Se imaginó qué habría sentido Arksinad entonces aquella vez que Dingir Bellow lo ejecutó en lo hondo de Belekraz, disparándole rocas a la cabeza...

Pero podía moverse, y se incorporó entonces tranquilo ante un Reginald que lo veía circunspecto. Se sentía extraño, pero no podía explicar el porqué, se sentía como un mar calmo y terrible.

-Iremos a salvarlas, a su esposa y a Linith- afirmó.

El médico tragó saliva, mirándolos a los tres desde abajo, aún arrojado en el suelo y sin poder levantarse. Cuando por fin contestó la palabra era débil, un pedido arriesgado que sabía estaba sacrificando la causa común por sus afectos.

-Por favor.

No necesitaba oír aquello. El mar calmo estaba helado, ausente, mucho más grande que nunca. Su tranquilidad era mucho más terrorífica que la más poderosa de las tormentas. Iba a matar a Ragnar Amix. La sola existencia de ese hombre lo hacía enfadar, incomodaba lo que quería. Debía desaparecer. Él, Reed Id Vant, lo mataría con sus propias manos.

Así lo había oído, en aquel corto y eterno periodo entre la consciencia.

4. Los Números Que Portaban La Muerte

Muchas más aventuras vivió Arksinad junto con su maestro, a bordo del arca del cielo. Se hacía difícil pues el rey era constantemente requerido en su ciudad por distintos motivos, pero Vannael siempre conseguía delegar algunas de sus responsabilidades sobre los hombros de su mano derecha, Duran, y con el tiempo que lograba ganar se embarcaba por los firmamentos con su alumno, llevándolo a conocer diferentes lugares y cumpliendo diferentes misiones para el Geral, enseñándole de la magia y sus atributos.

Recorrieron todo lo ancho y largo de Cel-Neckar, conociendo las distintas urbes que rodeaban Babel y los pueblos de la periferia, incontables, donde la vida de los aldeanos resultaba tan apacible y aburrida que no cesó de parecerle abrumadora. Subieron hacia el noreste, a Gosico Fonit, para visitar la ciudad mercantil más poderosa del reino, luego incluso dejaron su lugar y marcharon a conocer Fariel, el sellado Templo del Centro del Mundo, los bosques oscuros que separaban dos reinos; hasta se atrevieron a cruzar el mar e ir hacia las tierras oscuras de Antares con el propósito de recuperar antiguas reliquias allí perdidas, tesoros humanos de la ciudad de Quaria que habían quedado en el olvido luego de la plaga que azotó a aquel continente llenándolo de demonios.

Con el tiempo Arksinad comprendió que todo aquello era para él, que todas las aventuras vividas habían sido dadas con el explícito propósito de entrenarlo y prepararlo en el uso de la magia. Vannael lo hacía luchar contra monstruos, le enseñaba conjuros menores de supervivencia, trucos para utilizar mejor el maná y técnicas de concentración, todas artes que terminó memorizando bien y que sabía eran innecesarias para su mentor, para alguien que podía masacrar a un dragón de huesos en una batalla uno a uno como si se tratara de un juego.

Enfrentó escorpiones gigantes, trolls, orcos, duendes, criaturas del bosque, enfrentó y capturó malhechores buscados por todos los reinos, aprendió a rastrear individuos y tesoros, aprendió a sobrevivir días alimentándose magramente y a luchar en las peores condiciones. Aprendía, sí, y lo hacía a gran velocidad, como prueba de que el suyo, si bien insensible a la debilidad, era un mentor capaz. A lo largo de aquellos años entre maestro y alumno se fue solidificando una relación, si bien no de cariño pues emociones como aquellas no solían aflorar en Vannael, si de respeto y admiración.

Y así, cuando tuvo quince años, ambos volvieron a Cel-Neckar por última vez, dispuestos a detener por un tiempo los viajes y misiones y reducir el aprendizaje a descubrir nuevas magias en los salones de la torre, debido a la urgente reunión del Geral Veintiún que se aproximaba. Arksinad no pudo más que agradecer el cambio, agotado como estaba.

No era sólo el cansancio lo que estimulaba su agradecimiento, claro que no. Amaba, había en verdad amado realizar esos viajes, conocer el mundo junto a aquel hombre por tanto tiempo y aprender de él, y hubiera podido vivir así el resto de sus días. Pero la verdad era...

Se sentía solo, y viajando poco de amistades conocía. Estar con Vannael le gustaba, le atraía en cuanto admiraba a aquel brillante rey y aprendía más del arte de la magia, pero en su vida jamás había hecho una sola relación que valiese la pena y quería saber cuánto valía por sí mismo, sin el respaldo de su maestro. Así que cuando por fin el arca del cielo aterrizó de nuevo sobre su bóveda y Vannael le informó que estarían ya un buen tiempo en la ciudad, la emoción que lo embargó fue la alegría.

Su alegría duró más bien poco. Los días en Babel comenzaron prometedores en un inicio, sí, pero luego se volvieron a la misma rutina de siempre: despertar, desayunar lo que trajesen los sirvientes en la cama, dedicarse a la lectura, pasear por la ciudad, tomar el té en el salón de Silva Fourland, y a la noche prácticas de hechicería dentro de la misma torre. Todo en soledad. Aquello se repitió con una constancia despiadada, crispándole los nervios y al cabo de un tiempo comenzó a desear volver a las andadas cuanto antes fuera posible.

Lo peor era que ahora ni siquiera Vannael tenía mucho tiempo para él, ocupado como estaba en dar el visto bueno y organizar junto a Duran los pormenores de la reunión del Geral. Era un evento importante, pues hacía ya casi una decena de años desde la última y para muchos de los magos que conformaban la organización –como él mismo- sería la primera. En ella se pondrían a vista los principales problemas que azotaban a los reinos y a pueblos menores, se actualizarían las listas de criminales y se buscaría concretar alianzas entre quienes prometían ser los magos más talentosos del mundo.

Era algo que Arksinad esperaba no sin nerviosismo, no muy seguro de querer estar expuesto ante tanta gente y temiendo fallarle a su maestro ante cualquier instancia. Así que ni siquiera aquel futuro le atraía, mientras buscaba algo con lo que pasar sus días y ocultar su tensión, deambulando por la Torre de Babel bajo la compañía de grandes y empolvados libros o en su habitación, perfeccionando el hechizo que le rodeaba y deseando tener compañía con quien hablar. Había ya al menos decidido cuál sería su magia predilecta, tal como hacía todo quien se enorgulleciera de considerarse un mago: la visión de aquellos huesos y cadáveres en la caverna del viejo dragón Karava le había obsesionado en sobremanera y luego de unos días juntó valor, deteniendo su sesión de entrenamiento con Vannael y pidiéndole que le enseñara las artes de la nigromancia, el control de las energías muertas que estaban en el ambiente en forma de espectros y su manipulación en la lucha.

Si pensó que su maestro se iba a alterar al recibir aquel pedido, se sorprendió. Debido a la relación con otros planos la nigromancia era considerada por muchos en Cel-Neckar un arte digna de la brujería, y se esperaba que fuese evitada a favor de magias más usuales como la magia elemental, los hechizos de calamidad o de espacio. Arksinad temió que el rey viera con malos ojos su decididamente macabro interés y le impusiera alguna otra enseñanza, pero lo que Vannael hizo fue en cambio otorgarle

tomos y más tomos de libros, textos secretos de los antiguos nigromantes que adoraban al dios oscuro Angra Mainyu y también bocetos más modernos que incluían estudios sobre los cadáveres y que se dedicó a revisar con una fascinación mórbida.

Así fueron sus primeros años de vuelta en Cel-Neckar, hasta el día en que el invierno regresó a la ciudad con una fuerte nevada y la reunión del Geral dio comienzo.

Había decidido ponerse su mejor túnica azul para asistir, junto a los pantalones caqui que había comprado en Fariel y la blusa con volados de Gosico Fonit, todo entremezclado con la intención de darse una buena apariencia, de generar una mejor impresión ante los magos que conocería.

A última instancia había pensado en un sombrero, pero al final había desechado la idea. Era común en los magos utilizar sombreros puntiagudos y su elevado precio le demostraban a uno el estatus de quien lo portaba, pero los tres magos que más conocía: Vannael, Duran y el anciano maestro Dordo, no los utilizaban, y no se sentía tentado de contradecir sus gustos.

Así que con la rubia cabellera al descubierto atravesó la distancia que separaba la Torre de Babel del castillo, donde su maestro y los diversos magos del Geral ya debían de estar esperándolo. Sus botas se hundían en la blanca nieve al caminar, respirando vapor frío y los copos caían sobre su cabeza, haciéndolo estremecer. Era el invierno más helado que había tenido la ciudad en años, y su blancura se depositaba sobre las ya puras torres y muros haciéndola ver muda, muerta y perfecta.

Los largos pasillos del castillo le parecieron vacíos al recorrerlo, pero sabía que era porque los invitados estaban concentrados en el torreón central, cuya luz y bullicio podía oír aún desde los jardines inferiores.

Al llegar allí se detuvo ante la puerta de roble, la madera oscura y de diseños entramados. Cerró los ojos unos momentos, inspirando con fuerza, y luego los abrió y la empujó adentrándose en el salón de reuniones.

Lo sorprendió la luz interior, la calidez que emanaba. Allí había espacio suficiente para los menos de veintiún invitados que habían asistido, pero además de los miembros deambulaban distintos sirvientes, llevando bandejas con vino espumante y bocadillos entre los diversos magos que dialogaban amigablemente, el barullo de sus charlas opacado por el ruido de los brindis y de la música, sinfonía clara que sonaba desde el techo haciendo amena la noche.

La colección de personas que formaba el Geral Veintiún del momento era de lo más extraña. Varios magos que no conocía se aproximaron a saludarle y él les correspondió, atreviéndose a cruzar un par de palabras amigables para no defraudar a su mentor, sonriendo como lo había practicado y mirándolos a los ojos. Vio ancianos, jóvenes, vio hombres enormes y nobles, e incluso se animó a saludar con afecto al viejo Dordo, que se hallaba sentado en medio de todo aquello con la expresión de no saber qué hacer y quien le caía bien desde hacía años.

Luego divisó a Vannael, quien charlaba más allá con otros tres magos sosteniendo una copa en la mano, una que no tomaría. Uno de ellos era una mujer hermosa, de

cabello largo y ondulado de color anaranjado y vestimenta negra que dejaba ver su ombligo, donde el tatuaje que la marcaba como Ocho estaba grabado. Su belleza sin embargo no cesó de parecerle artificial y tuvo que resistir la tentación de intentar captar si había magia transformando la percepción que tenía de aquel cuerpo. A su lado reía escuchándola un hombre maduro, el cabello rubio platinado y las canas confundándose en un peinado hacia atrás, el gesto ingenioso al hacer un comentario, viéndolo aproximarse. La tercera persona era Duran, a quien ya conocía, y quien se veía más concentrado en la puerta de los invitados que en la conversación que se desarrollaba, con el entrecejo fruncido en evidente enfado.

-¡Ven!- lo llamó Vannael con un gesto de su brazo, y Arksinad se puso a su lado algo incomodado por las miradas de aquellos magos más grandes- Este es mi alumno, Arksinad. Quienes ves aquí son Duran, a quien ya conoces, el profesor Haluar Marketz y Audula Adahiada, llamada la mujer más bella de Cel-Neckar.

Asintió, azorado y sin saber qué decir, y el hombre llamado Haluar se dirigió a él con una franca sonrisa.

-¿Arksinad, no? Con tan poca edad ya eres el Noveno. Francamente estoy impresionado con la cantidad de talentos jóvenes que estamos recibiendo.

Logró esbozar una sonrisa de vuelta y asintió, temiendo que le preguntaran sobre su área de preferencia mágica. Haluar se aclaró la garganta, tanteando los bolsillos de su túnica con una mano al tiempo que con la otra sostenía una copa de vino blanco, y luego terminó por tenderle una tarjeta, mirándolo de buen humor.

-Manejo una academia en la ciudad, para jóvenes magos como tú- miró su expresión y rio, conciliador- ¡No planeo tenerte como alumno! Pero estás invitado, por si algún día quieres pasarte. A mis estudiantes les agrada conocer al aprendiz del rey, y más si estudias un arte tan ignorado como la nigromancia. Estoy seguro de que Vannael ha hecho un excelente trabajo con tu instrucción.

Asintió, mirando más a Vannael que a Haluar y sorprendido con que se hubiera adelantado a contar aquello, no sin estar agradecido. Su mentor le hizo un gesto, dispensándolo y Arksinad se volteó sólo para descubrir a una enorme esfera flotando un metro sobre el suelo tras él, una masa de oscuridad compacta que le hizo retroceder, sobresaltado.

-Lo siento- le habló la esfera con voz jovial.

-¡Habló!- no pudo evitar exclamar- ¡¿Qué es eso?!

-Eso- rio Vannael- Es la décimo miembro de nuestra organización, Zaqqa Quasar. Zaqqa ha tenido algunos problemas para controlar su magia, pero dentro de esos campos que ves es tan humana como cualquiera.

Pidió perdón al instante a la maga que se entreveía tras aquellas barreras de energía, y la canica gigante rio, sin problemas.

-Me lo merezco por miedosa- dijo, quitándole gravedad- Hace años quise activar un hechizo para protegerme de cualquier enemigo y terminé en este estado. ¡Lo gracioso es que estoy cómoda! Llevo mi propia casa a todos lados, como las tortugas.

Esquivó a aquella esfera contrariado y, esperando no tener que saludar a nadie más, se sentó cerca de la larga mesa de comida que había a mordisquear un poco de las frutas caramelizadas, viendo a los mozos pasar y a los distintos magos que charlaban. A su lado un hombre calvo comía ensalada directamente de la fuente, un hombre de cejas espesas y el símbolo del Dieciocho acostado en el puente de la nariz. Terminó de tragar, con mucho ruido, y luego le tendió una mano ancha y de uñas mal cuidadas.

-Aibol Saendil.

-Arksinad Eel- le devolvió el saludo.

-Tú debes ser el alumno del rey. Y Noveno, nada mal. Felicidades chico.

-Gracias...

Aibol tomó otra hoja, remojada en aceite, y se dispuso a comerla. Sus cejas y el porte le hicieron recordar a Arksinad a un viejo y malhumorado búho.

Buscó entre los otros invitados, observándolos. Duran seguía pareciendo enfadado, y su pie se movía con el ritmo de quien tiene prisa. Vannael hablaba ahora con un hombre delgado y de aspecto siniestro que creía haber visto antes en el castillo, y del otro lado el noble Zark Argocette engullía bocadillos sin el menor tipo de educación. Vio también a un hombre rubio, a un joven ahora que encogido sobre su silla parecía estar haciendo lo imposible por no llamar la atención, e inclusive a un niño que no debía pasar los diez años, pelirrojo y con un enorme sombrero negro, que dialogaba con alguien a quien no podía ver entre unos sillones, tapado su interlocutor por la columna.

Quiso estirarse de lado, para ver a esa otra persona y la voz de Aibol lo desconcentró, el hombre siguiendo su vista mientras continuaba masticando la comida.

-Cada vez aparecen más niños de gran potencial mágico- musitó- Caso en punto...

Hizo un elocuente gesto hacia la puerta de roble y luego volvió a enfocarse en su ensalada. Arksinad no comprendió a qué se refería hasta que vio a la misma abrirse y entrar allí campante a un joven que debía ser apenas mayor que él, de cabello aleonado amarillo y ojos celestes sobre pecas, vestido con una elegante túnica azul que parecía confeccionada con escamas de lagarto, sonriendo triunfal. El muchacho recién llegado no perdió tiempo con las presentaciones, viendo que su apariencia había atraído las miradas, y su bello rostro comenzó a buscar en varias direcciones a alguna jovencita que pudiese enamorar, mientras recorría la mesa de bocadillos pasándose una mano por el pelo.

Lo único que interceptó fue la mirada de una anciana de mirada austera que le guiñó un ojo, y Arksinad lo vio atragantarse hasta que Duran se aproximó hacia él, regañándolo por haber llegado tarde mientras el otro hacía oídos sordos, los ojos en blanco. Comprendió que se trataba entonces de Gallahard Arleon, de quien ya había oído antes y comprendió el apuro que había tenido el Dos hasta el momento.

Luego se volvió a Aibol, sorprendido de que hubiera detectado la presencia de Gallahard antes de que cruzara la puerta, pero el mago continuaba sumido en su comida sin prestar atención.

Hubo una risa mermada de mujer, a su espalda. Al parecer quien fuera que hablaba con el niño pelirrojo había encontrado divertida la actitud de aquella anciana para con el joven heredero de la familia Arleon. Se volvió a verla, curioso, y por unos segundos creyó haberse transportado al pasado, al primer viaje en su arca, a una ciudad olvidada y a la mano de una niña que se aferraba a su sirvienta, a una niña delgaducha y de cabello plateado, largo hasta la cintura.

La misma niña estaba allí sentada, sólo que con su edad y vestida con ropajes más elegantes, un vestido rojo y negro que dejaba al descubierto parte de su estómago y algo similar a una tiara en la cabeza, que resaltaba las orejas puntiagudas de elven. Era la misma pequeña que Vannael había intentado convencer a unirse al Geral, y al parecer, en contra de los deseos de su sirvienta, su maestro no había fallado, como evidenciaba el ver su seria expresión luego de tantos años.

No tuvo mucho tiempo de sorprenderse, porque al instante una voz que parecía provenir del techo descendió sobre todos en un llamado.

-En instantes dará comienzo la reunión. Por favor, les pedimos que aguarden de pie mientras el salón se prepara. Disculpen las molestias.

Entonces fue cuando la sala se comenzó a transformar. Los invitados se pusieron de pie mientras las runas rodeaban la sala y todas las mesas de banquetes, sillas, sillones y agregados fueron absorbidos por las paredes y suelo como si fueran intangibles, dejando el salón de reuniones tan pulcro y vacío como si se tratara de una zona en construcción.

Luego aquel mismo suelo descendió en círculos concéntricos, y de aquellos espacios emergieron a su vez altos asientos de color inmaculadamente blanco. Nueve estaban dispuestos en ronda al centro, para los primeros nueve miembros, y tras ellos otros existían para el resto de los veintiún miembros del Geral. Los magos que ya habían asistido antes a una reunión se sentaron rápido, sin impresionarse por el espectáculo, pero Arksinad se hallaba perdido buscando su lugar.

Pasó tras el asiento de Vannael –era más alto que los otros- y comenzó a caminar bordeando el círculo interior mientras el resto se acomodaba. Veía palabras en cada uno de los respaldos, pero no quería demorarse leyéndolas y al cabo de un rato divisó a aquella bella mujer, Audula, que le indicaba con una seña para que se sentara en el asiento dispuesto a su lado.

Arksinad se detuvo sobre la palabra que allí estaba escrita, curioso.

Pereza

Audula logró sonreír al divisar su cara de confusión.

-¿No lo sabías? Las primeras nueve sillas llevan escrito el pecado que los engranajes de la Torre de Babel adivinan perseguirá al mago que le corresponde.

-Pero yo no...- quiso objetar.

-No es algo que ya hayas hecho. Puede que sea algo del futuro- la maga suspiró, y viendo su gesto inquisitivo tosió para revelar- Gula.

No tenía la menor idea cómo una mujer como aquella iba a estar relacionada con el pecado de la glotonería, pero decidió no decir nada al ver el gesto de Audula, pensando que quizás había tocado un nervio. En cuanto a él, ¿*Pereza*? Le gustaba dormir sí, pero se hubiera sentido ofendido de que alguien lo llamara relajado.

Bueno, en cualquier caso, no tenía sentido pensarlo tanto, se dijo para sus adentros mientras veía cómo ya casi todas las sillas eran ocupadas y la voz fuerte de antes volvía a sonar sobre sus cabezas.

-La reunión de Geral Veintiún dará comienzo. Les pedimos que muestren sus tatuajes una vez sean presentados, para verificar su membrecía.

Nadie dijo nada. La sala se hallaba en silencio. La voz volvió a sonar al rato.

-Dingir Bellow.

Sólo más silencio respondió a aquel llamado, y las miradas de todos se volvieron a uno de los pocos asientos desocupados, muy en la periferia del círculo. Arksinad pudo oír a la perfección como Duran se inclinaba hacia Vannael, quien permanecía con el rostro apoyado sobre el puño, y le decía.

-Se halla en una misión con sus hermanos. Daivok no permitiría que alguien de su equipo falte por ningún motivo.

-Sulfur Houpe, Campeón de Gikeldor.

Había un hombre vistiendo ropajes rojos y armadura al lado de aquel asiento vacío, y se puso de pie al tiempo que se quitaba el casco, mostrando una tez cetrina que podría haber pertenecido a un ahura y cabello negro, apagado y desde el cual brilló el símbolo del Veinte.

-Djinn Archelande, de los desiertos de Aldebarán.

Fuera lo que fuera la criatura que se puso de pie en aquel momento, sin duda no era humana. Con sus más de dos metros de altura lograba dejar debajo a Vannael, y su piel era de un color celeste claro surcada por líneas negras, las orejas grandes y puntiagudas llenas de aros dorados y el cabello en puntas del color del algodón, en apariencia duro. Toda su vestimenta era también extraña, algo similar a una armadura dorada en forma de racimos de uva que cubrían sus piernas y dejaban expuesto el torso muscular, aros y gemas cruzando su cuerpo e incluso una cadena que salía de su nariz para conectar con la oreja izquierda.

Sonreía como jactándose mientras las líneas negras de su cuerpo brillaban y entonces Arksinad comprendió que no eran sólo tatuajes sino que eran su marca del Geral, el número Diecinueve.

-El profesor Aibol Saendil.

El hombre calvo que Arksinad reconoció como amante de ensalada se paró, y el tatuaje del Dieciocho en su nariz brilló. Al instante volvió a sentarse.

-Jarbil Pil.

El hombre delgado y desgarbado que solía ver en el castillo se puso de pie, evidenciando también su importante altura. Entrelazó sus dedos frente la barba que traía bajo el mentón y las vagas líneas que los surcaban se unieron para formar el Diecisiete. Su expresión sería no cesó de resultarle siniestra, aun con las ridículas vestimentas que llevaba que lo hacían parecer un maíz abierto. Al sentarse no pareció haber habido ningún cambio en su estatura.

-Su Excelencia Ruin Levan Aurora, princesa de Pólux.

Al fin volvía a oír su nombre. Aprovechó el momento para mirarla, a aquella joven de cabello plateado cuyo rostro era todo frialdad mientras se incorporaba, dejando ver el Dieciséis que brillaba entre sus clavículas. Le produjo una mala sensación verla allí. Algo estaba mal, pero no podía percatarse de qué. ¿Seguiría Pólux como antes...?

Creyó ver a los ojos de Ruin posarse en él por un momento, como reconociéndole. Aquello lo hizo removerse en su asiento no sin algo de incomodidad.

-Dordo Id Quaria, Guardián del Templo del Centro del Mundo y Maestro de Maestros.

Entre aquellos títulos faltaba el que nombraba a Dordo como el ser más viejo del mundo, aunque tan sólo mencionar el nombre de su ciudad de origen, la perdida Quaria, hacía que aquello resultara una obviedad. Aun así, con más de mil años o no, Dordo no tuvo problemas en ponerse de pie y cerrar su párpado derecho, dejando ver el Quince que llevaba allí tatuado.

-Eterea Midenheart.

La divertida anciana que le había guiñado el ojo a Gallahard se puso de pie y, extendiendo la palma de su mano, quitó de su anular un grueso anillo de plata. Un diminuto Catorce brillaba allí en su dedo, difícil de vislumbrar.

-Goliat Sidewinder.

Había visto a aquel gigante parado en la fiesta sin hacer nada, y en aquel momento tampoco hizo siquiera el amague de incorporarse. Vestía una imponente armadura que ocultaba por completo su cuerpo por lo que, si su tatuaje estaba brillando, tampoco

ninguno pudo enterarse. Aun así a nadie pareció importarle, y el fornido Goliat sigo encerrado en su silencio sin ser importunado.

-El profesor Haluar Marketz.

Aquel avejentado hombre de rasgos afilados que había visto hablar con Vannael y que le había invitado a su escuela se paró, haciendo una divertida reverencia y alzando su cuello para mostrar el número Doce oculto en su quijada.

-Unnaon Omega, miembro de las más altas autoridades de Fariel.

El hombre de blanco que se levantó mostrando los unos grabados en cada índice parecía demasiado joven como para haber ya renegado su nombre a la causa del reino de Fariel, pero la sonrisa franca que les dedicó a todos bajo la barba al ras, rubia como el cabello, hizo que le cayese bien al instante.

-Zaqq Quasar.

La esfera negra levitaba por encima del asiento, y en su interior todos creyeron adivinar un brillo que Arksinad supuso estaba en la frente de la pobre maga allí encerrada.

-Arksinad Eel.

Su turno lo tomó por sorpresa, y debió de haberse visto desorientado al ponerse de pie frente los demás miembros del Geral. Rápido se volteó, recorriendo el borde de su túnica y dejando ver el Nueve que brillaba ahora al costado de su cadera.

Cuando tomó asiento se sentía arder de la vergüenza, pero pensó que lo superaría. Buscó la mirada de Vannael, pero su maestro permanecía impávido, como si pensara en algún otro asunto de importancia. Hubiera jurado también que Ruin lo examinaba, por lo que no se le ocurrió mucho más que evitar la mirada de aquellos ojos lilas.

-Audula Adahiada.

La hermosa mujer se paró, y el Ocho que rodeaba su ombligo brilló. Arksinad pudo notar que en las palmas de los guantes negros que llevaba había pintadas bocas llenas de colmillos. Buscó la mirada de Gallahard, para ver si se hallaba interesado, pero el joven Tres se había quedado dormido en su asiento, recibiendo un puntapié de Duran y despertando de un salto alterado al tiempo que Audula volvía a su lugar.

-Unnaon Zetha, miembro de las más altas autoridades de Fariel.

El niño que había visto hablando con aquella joven elven se puso de pie. Debía de ser el miembro más pequeño de la historia del Geral, aunque esa juventud no se veía en el rostro cansado de ojos marcados como los de un mapache, ensombrecidas aun más sus facciones por el enorme sombrero que llevaba, sin duda muestra de la prestigiosa casa a la que pertenecía. Levantó su pie y el brillo del Siete logró traspasar incluso la suela de su bota.

A Arksinad no le pareció que hubiera mucha alegría en aquel infante tan lleno de responsabilidades.

-Scarrow Arderaid, Gran Mago del Viento.

Se hizo el silencio, y todos miraron el otro asiento vacío, el del Seis que llevaba escrita la palabra *Cobardía*, algunos con aprehensión. Vannael tomó la palabra sin cambiar de posición.

-Me temo que por cuestiones personales Scarrow permanecerá alejado de la organización por un tiempo. Será mejor que nos acostumbremos a su ausencia.

Nadie dijo más, pero aquel silencio grave le hizo comprender que algo delicado le había sucedido a aquel mago. Inclusive el semblante de Haluar, siempre tan dispuesto, parecía haber sido cruzado por la pena.

-Bali Gladiar, Elegido de la Forja de Xshathra.

Aquel ahura menudo y cabizbajo que había visto en la fiesta se incorporó a los tropezones, mostrando el Cinco tatuado en su pecho. Si sentía vergüenza Arksinad no lo pudo notar, pues sus ojos estaban más que tapados por el cabello y no parecía haber emitido una sola palabra durante toda la jornada.

Le pareció más bien poca cosa.

-Zark Argocette.

Al noble pelirrojo de cara ancha y dienteillos puntiagudos que respondía a ese nombre lo había visto varias veces, peneado de su maestro y en ocasiones incluso haciendo comentarios insidiosos hacia su persona, sobre cómo no merecía tener un mentor de tal calibre.

Zark les sacó la lengua a todos, mostrando el Cuatro en ella, y Arksinad terminó por decidir, aún sonriendo, que aquel hombre no le caía bien ni parecía tener la más mínima intención de caerle bien a nadie.

-Gallahard Arleon.

Un ronquido respondió a aquel llamado, pues el apuesto mago había vuelto a quedarse dormido. A su lado Duran chasqueó los dedos y una runa flotó sobre el rostro de su protegido, estallando y despertándolo de nuevo.

Bostezando e ignorando la mirada asesina del Dos Gallahard se quitó el guante blanco lleno de volados y mostró su mano, donde el Tres estaba tatuado.

-Duran Id Scion.

Con la mirada lívida fija en el rubio Duran se puso entonces de pie, corriendo su largo cabello para dejar brillar el tatuaje del segundo en su oreja. Tras la túnica amarilla similar a un oso se podía adivinar la armadura azul que llevaba, símbolo de su fortaleza.

-Su Majestad Vannael Danterkiss Eel, Rey Mago de Cel-Neckar y líder del Geral Veintiún.

Si esperaba que su maestro retirara la máscara blanca que siempre cubría su rostro para mostrar su tatuaje se llevó una desilusión, pues Vannael apenas hizo un vago asentimiento y los demás magos lo pasaron por alto. El rey de Cel-Neckar comenzó la reunión hablando con voz grave.

-Iré directo al punto. En principio los he reunido aquí con el propósito de alertarlos. Dordo, aquí presente –hizo un gesto al anciano mago- y quien ha pertenecido a este consejo desde su creación, ha tenido visiones que han logrado preocuparnos y que yo mismo pude confirmar con mi poder. Ha visto más allá que todos nosotros y ha podido detectar que la amenaza está más próxima de lo que imaginamos...

-¿Incluso que tú, Vannael?- preguntó Aibol Saendil con una sonrisa de suficiencia.

-Los astros están inquietos- se apresuró en decir el viejo Dordo desde su asiento- Algo grande se avecina, un peligro se cierne sobre el mundo y también sobre el héroe que podrá salvarnos. El destino de la humanidad...

-¡Ja!- rio brutal aquella criatura que era el Diecinueve, Djinn Archelande- ¿Destino de la humanidad? ¿Por qué habría de importarnos eso a los demás?

-Porque actualmente los humanos dominamos este mundo- le respondió el héroe de Gikeldor a su lado- Y que peligre nuestra especie significa que todo el orden lo hace. No es algo que espero que entienda un salvaje genio como tú.

-Sulfur, no estamos aquí para discutir la raza de nuestros integrantes- sentenció Duran, y a su lado Gallahard asintió distraído, aunque Arksinad dudó que estuviera escuchando algo de lo que hablaban.

-Ah, anciano...- los colmillos de Djinn se abrieron con sorna mirando al sereno Dos- ¡No hablamos de razas! ¿Pero no se trata todo esto de las razas, ni más ni menos?

Ustedes humanos han conquistado los continentes y mi pueblo, ahuras, kiels y elvens deben vivir en Gikeldor, sumidos en la pobreza. Celebran sus dulces reuniones de magos para dialogar de los problemas del mundo y apenas saben de lo que ocurre... ¿Qué nos queda a nosotros, los abandonados, más que atacar y tomar? ¡El peligro que sus viejos avecinan se lo han creado ustedes mismos!

-Hemos intentado ayudar económicamente a Gikeldor en más de una ocasión- levantó la mano Duran sin alterarse- Y nuestras políticas de inmigración permanecen abiertas, así como las de Fariel y Kamui.

-¡Yo y mis hermanos podemos bañarnos en sus jardines entonces!- dio una carcajada feroz el genio, y Sulfur a su lado se volvió hacia Duran, con evidente disgusto.

Se había puesto de pie, y en los rasgos nobles pero severos se evidenciaba una creciente ira.

-¡No entiendo por qué está en el consejo! ¡Somos magos! ¿Qué hace un genio entre nuestra gente?

-¿Quieres probar lo que puedo hacer, héroe?- se irguió Djinn, y Houppe estuvo a punto de responder al desafío, pero Vannael chasqueó los dedos y automáticamente ambos se sentaron.

-Sulfur, Djinn. No es necesario pelearse. Como bien dijo Duran, no estamos aquí por eso. Algo está cambiando.

Los dos miembros de Gikeldor callaron, en un silencio obstinado. Arksinad no pudo sin embargo más que comprender al humano. Era muy extraño ver a un genio allí, e inclusive esas criaturas eran odiadas en su propia tierra por los salvajes ataques que realizaban a quienes encontraban y los placeres desmedidos que tomaban. Recién en los últimos años se las había comenzado a considerar otra especie inteligente más, como los dragones, pero al igual que estos la cantidad de maná que había en sus cuerpos era impresionante desde nacimiento, pudiendo rivalizar sus infantes ya con prodigios humanos como Duran, aunque sin tener ningún tipo de talento para crear hechizos debidamente.

-Una catástrofe ocurrirá- volvió a decir Dordo, apresurado y nervioso- Mucha gente va a perecer...

-¿Catástrofe?- había esperado que Ruin no hablara durante la reunión, pero la mirada de la elven era helada cuando se dirigió al anciano mago- La catástrofe ya está ocurriendo. ¿O es que nadie tiene en cuenta los ataques de dragones en Rigel, Dour o mi tierra de Pólux hace tantos años?

-Corrección, Aurora. -la cortó la anciana Etérea- No son dragones. Es un dragón, y ya está muerto.

-Eso les gustaría creer- respondió a su vez desafiante la princesa- Vannael aquí trajo hace años la calavera de Karava a mi hogar, y aquello lo agradezco. Pero, ¿y qué hay del ataque en el que perdió la vida mi madre, hace tantos años? Aquellos eran muchos dragones, ¿Por qué iban a hacer algo así? ¿Y por qué iba un dragón de huesos como Karava atacar los pueblos bajo el dominio del rey de los magos?

-¿Estás hablando de la catástrofe de hace más de trescientos años?- inquirió incrédulo Unnaon Omega, y recibió otra mirada hostil.

-Los dragones son así- el lánguido Jarbil Pil estaba sereno al hablar, encogiéndose de hombros- Nos consideran menos que bestias. Quizás Karava no esperaba que alguien como Vannael lo pudiera desafiar... O fue producto de la elección del nuevo emperador. Sabemos que el flamante líder de Aterror es joven, y puede que haya

obligado a dragones viejos como ese a abandonar la isla, forzándolo a buscar nuevas tierras.

Aquello lo dejó pensando por un momento, hasta que oyeron la risa como cacareo de Zark Argocette irrumpiendo en el silencio de la habitación.

-¿Y a quién diablos le *imporrrta*? Ese *emperrador* puede *mandarr* a *atacarr* cuantos pueblitos *quierra*, Babel no *caerrá*.

-Estás siendo algo egoísta, Zark- se burló Haluar Marketz y el Cuarto le hizo una mueca agresiva.

-Es el deber del Geral Veintiún el mostrar preocupación por todos y cada uno de los pueblos en los que gente honrada viva, sin importar su tamaño o ubicación- recitó Duran, y luego Unnaon Zetha habló.

-¿Y nuestros magos no pueden encargarse del nuevo emperador?

-¿Siquiera sabemos que ese es el peligro que el Quince ha visto?- la esfera voladora negra que era Zaqqa Quasar resonó por toda la sala.- Temo que estemos señalando el enemigo equivocado.

Pudo notar como dentro del campo de energía la mujer se volvía apenas hacia Djinn, no sin miedo. Las palabras anteriores del genio habían quedado resonando en las cabezas de todos y Arksinad supuso que no eran pocos los que imaginaban que la amenaza se trataba de una unión de las razas que habían quedado rezagadas al conquistar los humanos el continente central.

Buscó la mirada de aquel ahura flacucho de su edad, Bali, pero el otro miraba a los hablantes de un lado a otro sin mudar su expresión sombría o añadir mucho más a la charla. Sólo aquel muchacho, Gallahard Arleon, Goliat y él mismo no habían hablado aún, aunque luego tuvo la sospecha de que Goliat era, si no alguna clase de incapacitado mental, mudo.

El resto del debate siguió al estilo, tratando principalmente sobre la precaria situación en Gikeldor, los altos comandos kiel que se sospechaba tenían su base allí, la restablecida paz entre Kamui y Fariel, cómo lidiar con los nuevos posibles ataques de dragones e incluso problemas menos apabullantes como actualizar la lista de criminales buscados de cada reino, inclusive poniendo en común quienes irían a por quien.

No duró mucho más que una hora, y al terminar esta Arksinad descubrió que aún no había dicho una sola palabra, quizás opacado al ver a todos esos magos discutir con tanto fervor sobre sus ideales e intereses. Duran terminó por incorporarse, llamando a todos a atención y se aclaró la garganta para dar un último aviso.

-Para estimular la cooperación entre nuestros miembros, hemos decidido agruparlos en parejas- explicó- No es necesario que anden todo el día juntos, pero sí esperamos que puedan ponerse de acuerdo y coincidir en las misiones que les otorguemos. Los pares elegidos son... Dingir Bellow y Bali Gladiar, Sulfur Houppe y Djinn Archelande, Aibol Saendil y Haluar Marketz, Jarbil Pil y Etérea Midenheart, Ruin Levan Aurora y Arksinad Eel, Dordo Id Quaria y Unnaon Zetha, Goliat Sidewinder y Zark Argocette, Unnaon Omega y Audula Adahiada, Zaqqa Quasar en idea con Scarrow Arderaid, mientras que Gallahard Arleon hará grupo conmigo.

-¡Oh no!- exclamó Arleon echándose hacia atrás- ¡Voy a morirme del aburrimiento!

-Callarás y harás lo que te dicen.

-Imagino que en el asilo de ancianos habrá alguna jovencita...

Oír aquello y ver la cara superada del Dos le hizo sonreír, aunque en el fondo estaba sorprendido de haber sido emparejado con aquella chica elven de todas las cosas. No parecía ser el único: por aquí y por allá veía a los distintos magos mirarse intentando

desentrañar qué había llevado al sereno Vannael a formar esas parejas; y en algunos casos era fácil concluirlo –como Djinn y Sulfur, que se miraban con un profundo odio– así como en otros el juicio del líder parecía cuestionable, tal como lo leyó en la confundida mirada que a su lado Audula le dirigió al carismático regente de Fariel.

Al volver sus ojos castaños hacia Ruin descubrió que ella ni lo miraba, concentrada en su falda y rumiando algún pensamiento. ¿Siquiera lo recordaría, luego de tantos años y con un encuentro tan magro como el que habían tenido de niños en Pólux?

De cualquier forma, era poco probable que coincidieran mucho. Siendo el alumno del rey, era difícil creer que Vannael lo mandara a realizar demasiadas misiones por su cuenta a menos de que fuera con el pretexto de entrenarlo, y por lo tanto supuso que su equipo con la princesa de aquella desolada tierra jamás tendría efecto.

-La reunión concluye en este momento.

Como un reloj yendo hacia atrás fue que ahora las sillas del concilio se volvieron a hundir, y en su lugar los asientos y lujos que había habido antes resurgieron aun más llenos de bocadillos y bebida cristalina, burbujeante. Los magos continuaron con la celebración sin mucho más, dialogando entre sí algunas de las parejas elegidas y Arksinad se considero libre ya para pasear un rato por la ciudad. Quería disfrutar del silencio nocturno, de la frialdad de la nieve fuera de aquel dulce y embriagador jaleo que no le pertenecía.

Logró escabullirse entre los magos que hablaban, saliendo por la puerta y dejando escapar un largo suspiro. Se percató entonces de que había estado sonriendo todo aquel tiempo, aun sin ameritarlo y sus dedos se frotaron con fuerza en las mejillas gastadas, adoloridas mientras caminaba con calma por los ahora oscuros pasillos del castillo.

-Oye.

No había sentido que lo seguían. Al darse vuelta se sorprendió de ver a Ruin allí, viéndolo como sin atreverse a acercarse y con el rostro severo que la caracterizaba, escrutándolo en la oscuridad.

Tardó unos segundos en responder, perdido en el largo de su cabello, en la figura frágil y delgada.

-¿Sí?

-Eres el alumno de Vannael.

Estaba algo cansado de que lo caracterizaran así, pero no pudo hacer más que asentir, viéndola avanzar hacia él. Ruin no llegó a ponerse en su alcance, pero le habló mirándolo a los ojos.

-Ven mañana a la tarde a la posada del Pavo Real.

No supo qué decir, dudando, y la elven le puso los ojos en blanco.

-Otros magos también estarán allí- dijo como obviándolo y luego añadió- Usa la tarjeta que Haluar te dio.

Había olvidado la tarjeta que aquel hombre bien dispuesto le había dado, perdida en uno de sus anchos bolsillos sin siquiera leerla. Todo aquello le sonaba inusual y no tenía idea de cómo reaccionar, mientras la veía darse la vuelta, regresando apresurada hacia donde los festejos nocturnos continuaban.

Luego Ruin se volteó, como recordando algo.

-Y no le digas a Vannael.

-No cuento todo lo que hago a mi maestro- se defendió. En realidad, ni siquiera hablaban tanto.

En la boca recta de ella se insinuó algo similar a una breve sonrisa, algo fugaz que se borró en cuanto volvió a verla entrar al salón. Arksinad quedó unos segundos allí,

embelesado, pensando en lo que había ocurrido y luego volvió a resumir su camino, no a la ciudad ahora sino directo a su habitación en la Torre de Babel.

Tenía mucho sobre lo que pensar. Había conocido demasiada gente, había oído tanto y por sobre todo aquel último gesto de Ruin se le había atorado en la mente, apareciendo con fuerza cada vez que cerraba los ojos como si alguien lo hubiera grabado con fuego dentro de sus párpados.

Estaba seguro ya, convencido de que ella sí le recordaba, de que tenía en la mente al pequeño niño que había llegado a su ciudad en un arca voladora hacía tanto tiempo. Aquel pensamiento le dio vueltas varias veces, confundido sobre lo que era; y por último terminó tendiéndose en su acomodado dosel, durmiendo de costado con las ropas aún puestas y la mente alterada, oyendo fragmentos de voces, choques de copas, sintiendo el rumiar de la sala de reuniones al cambiar de forma y todo aquello que había compuesto el entramado de su día.

Los magos, ah, los magos del Geral, los números que portaban la muerte. Si lo hubiera sabido, en ese entonces...

Si allí lo hubiese sabido, hubiera deseado no conocer jamás a Ruin Levan Aurora.

5. Las Reglas Del Juego

-¡Apresúrense!- la voz de Reginald no dejaba dudas sobre la desesperación que sentía, con cada segundo que pasaba su mujer y Linith más lejos de su alcance.

-¿No necesitas ayuda...?

-Puedo arreglármelas solo...- así arrojado desde el suelo aquella afirmación no parecía muy creíble, pero al menos la brutal herida de aquella pierna segada había dejado ya de sangrar del todo- ¡Vayan de una vez!

Aceptaron, dirigiéndose hasta el umbral de la puerta y al aire libre.

-Gracias.- dijo por fin Arksinad, dándole una última mirada al médico- Y lo siento.

Reginald no dijo más, concentrado en buscar los medios para ponerse de pie, sosteniéndose de una de las pequeñas repisas que por allí había. Los tres dejaron aquel hospicio para sumergirse de nuevo en el aire libre, en aquel impío sol que con crueldad los golpeaba desde el cielo.

Al menos allí había espacio para guarecerse, con toldos que salían de las fachadas de barro por doquier y el camino de tierra más firme, capas ligeras de arena aún danzando con el viento a su alrededor, el viento que movía las grandes sábanas blancas con las que cubrían los callejones y que los hizo reconfortarse un poco del insufrible calor que por allí hacía.

No parecía un lugar mucho más magnífico que un pueblo como lo era Eclant, pero sin duda sí era más exótico. Se hallaban del todo desorientados, pero suponían que encontrar a todo el grupo que había asaltado la casa de Reginald no debía ser una tarea muy difícil.

Hubo un ruido de pasos, y Reaper hizo una seña. El trío se pegó contra la pared de la casa, viendo pasar por el lado a una de esas extrañas criaturas de antes, aquellas cosas pequeñas y acorazadas que parecían estar patrullando la zona y que poco tenían que ver con los devas que habían visto antes.

¿Y luego? La mano de Reed se apretó cerca de su pecho, en donde Deihr lo había herido. ¿Qué podían hacer acaso?

-Bali...- murmuró Arksinad a su lado, y él le miró.

-¿Lo habías visto antes?

Su amigo asintió, dubitativo. Parecía estar pensando en otras épocas, en otros tiempos.

-Ha cambiado mucho. El Bali que vi en la reunión del Geral era poco más que una sombra.

Reaper amagó una sonrisa al oír aquello.

-La madurez nos llega a todos tarde o temprano.

-¿Y hablando de sombras, en dónde están los daevas o Shimari?

Los otros dos callaron ante su pregunta, y al rato Reed hizo lo mismo viendo desaparecer a aquellos seres tras la siguiente esquina. No tenía sentido pensar en Shimari, no en la situación en la que se hallaban. Y además...

Estaba seguro de que el fuerte sol que allí imperaba dificultaría mucho la acción de los demonios de penumbra. Quizás y sólo quizás, Shimari estaría a salvo.

-No puedo creer la suerte que tenemos- oyó mascullar a Reaper, mientras se movían entre casa y casa muy atentos a no ser vistos por los distintos enemigos que patrullaban la ciudad- Quería entrar, encontrar a Shimari, hablar con Baal y volver a casa antes de la siesta, pero resulta que aquí hay guerra y pronto todos son tan dementes como para creer que boca-cortada puede ser un buen líder. Y no estoy contando al calvo con problemas respiratorios y a ojitos-delineados. Nunca nada se nos da bien.

-Voy a encargarme de Ragnar Amix- fue todo lo que le respondió Reed, concediéndole la razón. Pero ya estaba acostumbrado a aquello, y lo había visto desde el principio como el fundamento de su aventura. Una parte de él aún podía ver su vida de esa forma, cómoda ante el conflicto.

-Primero encárgate de salvar a tu novia.

Tardó en comprender de quién hablaba.

-No es mi novia. ¡Tiene la edad de Cax!

-Nadie es perfecto.

Aquella respuesta le arrancó una mirada de molestia, y Reaper rio por lo bajo con aquella carcajada maligna que le caracterizaba.

Luego volvió a callar, viendo a otro de aquellos seres aproximarse, y con un gesto todos volvieron a ponerse contra la pared, protegidos del enemigo por la sombra de los toldos y el silencio que allí había. No parecía haber ni un alma fuera de su hogar, los ruidos de estruendos y explosiones cada vez más distantes, pero se veía que los ejércitos de la Forja de Xshathra estaban concentrados en el área, buscando al heredero que de algún modo Bali sabía Reginald había acogido.

Luego Reaper solo asomó la cabeza, viendo al ser que se había detenido en la esquina y que aún no los veía.

-¡Oh diablos!- exclamó volviéndose como un resorte.

-¿Qué ocurrió?

-Se quitó el casco. Es muy feo.

Se sintió tentado de golpearlo.

-Tengo un plan- el de Kamui hablaba ahora sin despegar la vista de aquella criatura, con los dedos tensándose en el mango huesudo de Necrostacia- Me acercaré y lo intentaré herir. Esas cosas no parecen capaces de hablar, así que asumo que se arrastrará a donde se halle Ragnar para salvarse. Y considerando también el largo de sus piernas, podremos seguirlo caminando.

-¿Y luego?

-Luego vemos como salvar a tu novia.

-No es mi novia.

-Y a Frankie- añadió Arksinad.

-Eso se puede negociar- les dijo Reaper con una sonrisa, aunque no estuvieron seguros de a cuál de los dos se dirigía.- ¿Les parece?

-Yo no tengo nada mejor- admitió, y Arksinad a su lado asintió con mucha alegría.

Estaba dicho entonces. Los tres salieron de su escondrijo, directos hacia la criatura que de espaldas a ellos volvía a ajustar sobre el amplio rostro de mandíbula deformada el aplastado casco negro, hecho de un material que no parecía mucho más sólido que el latón. Con sigilo se aproximaron, temiendo ser descubiertos por otro enemigo de más inteligencia, atentos a aquel pequeño monstruo que por momentos parecía a punto de voltearse.

Procuró no hacer el menor ruido, el espacio entre ellos y su objetivo acortándose con cada paso. Había muchas entradas a los alrededores, y a todas luces parecían estar en algo similar a una árida plaza, una que carecía por completo de pasto y cuyo mayor verde eran un par de cactus dispersos por aquel plano macetero al que se encaminaban. No era difícil moverse en silencio por allí, pero también los lugares desde donde otro pudiera descubrirlos eran varios.

A su espalda su escudo cayó, golpeando el suelo por su propia cuenta. El monstruo se dio vuelta pero antes de que pudiera hacer nada Reaper se le abalanzó como un trueno, haciéndole un tajo en el pecho con Necrostacia.

Esperó que aquel ser escapara corriendo hacia su amo, pero en cambio cayó como peso muerto hacia adelante, golpeando el suelo y levantando polvo. Quedaron inmóviles al ver cómo de aquella mínima herida algo verde ascendía, trepando el metal negro de la espada y siendo absorbido por esta. El arma soltó un lamento de placer.

El guerrero quedó pasmado, y Arksinad se quitó el sombrero para abanicarse.

-Brillante ejecución del plan. Herirlo y que huya. Pero no parece que se pueda huir sin ese... lo que sea que Necrostacia le ha quitado.

-Calla- Reaper tocaba su pecho, conteniendo la respiración como si hubiera tenido un ataque al corazón.

-¿Te sientes bien?

-Sí. Demasiado.

Fue todo lo que dijo, y tanto Reed y Arksinad le miraron sin saber qué hacer. Lo que fuera que la espada Necrostacia había devorado de aquel ser, el hecho de tener un arma tan fuerte no los hacía sentirse en lo más mínimo contentos. Aquella era la espada que había atravesado la cabeza de Skectral para matarlo de un golpe, sí, pero las palabras de Sefhid ante el portal de la Forja aún les resonaban cuando veían a aquel acero reír y cantar con viva consciencia.

Iba a ser la perdición de Reaper, tal como Oblivion había sido la de su padre. Pensaban aquello mientras oían a la espada negra gozar de alegría, pero sabían que Reaper no estaba dispuesto a dejarla ir con tanta facilidad. Había algo en aquellas armas, algo que atraía y obsesionaba a quienes las portaran.

-Bueno, ese plan falló- suspiró Reed intentando librarse de aquellos pensamientos, de lo que había oído decir al guardián de la reina allí en su lado de la puerta- ¿Algún otro?

No le respondió, sino que dejó de estrujar los ropajes de su pecho para ver al costado, con la sensibilidad que le caracterizaba. El resto le siguió la vista para ver otro soldado igual al que por error habían matado, que al encontrarlos dio un rugido mudo y echó a correr rengueando hacia sus amos.

Era lento, pero ninguno le dio un sólo segundo de ventaja y todos hicieron una maratón para seguirle. Era un poco diferente al plan original, sí, pero aún serviría.

El resto de los monstruos parecía en su mayoría haber dejado aquella parte de Diakaza, al menos de momento, o aquello podía al menos inferir por los callejones de tierra vacíos que surcaban al perseguir su objetivo. Reed ya se había acostumbrado a correr toda la vida –no era particularmente rápido, pero tardaba en agotarse- por lo que le seguía sorprendiendo el cansancio de Arksinad, que a poco sudaba con las menos de tres cuadras que habían hecho.

-Ten tu báculo listo- le ordenó Reaper- Para tumbar a esa belleza antes de que pueda entrar al campamento enemigo y delatarnos. Recomendaría el hechizo que utilizaste en la playa de Tikielder.

-¿*Aurion*?- la sorpresa pareció arrancar fuerzas del mago, quien levantó su báculo preparándolo- Eres más atento de lo que creía.

Casi todas las explosiones y estruendos que habían surcado el aire cálido habían callado ya, dejando a aquella ciudad desértica con una impresión de ruina y soledad. Mientras corrían a paso moderado en aquella persecución, Reed se permitió observar varias de las casas a los costados, algunas de goznes arrancados, ventanas rotas y rastros de lucha, otras demolidas por completo o con sus habitantes claramente asesinados. Su corazón se contrajo. Ragnar, Bali, Skectral... Los monstruos existían por doquier, fueran devas, ahuras, dragones o humanos, y el deber de un héroe era acabarlos sin falla. Aquel sería su pensamiento infantil, sí, pero lo caracterizaba y en cambio ¿En qué pensaba Deihl? ¿Qué sentía, al ver a su grupo cometer tamañas atrocidades? No sabía por qué eso le dolía, pero más le dolía en cuanto no encontraba respuesta a por qué ella no los había delatado en la casa del médico. Le había disparado, sí, sin decir una palabra, e incluso se había llevado a Linith pero, ¿así se cobraba su venganza?

El malestar hizo que pusiera más fuerza en su trote, casi alcanzando a Reaper. Ambos siguieron con la mirada a aquel engendro que dobló, y de repente al guerrero pareció ocurrírsele algo pues les hizo una seña, para que se ocultaran en la esquina más próxima, idea que un exhausto Arksinad agradeció en silencio.

El deforme soldado también se detuvo sobre sus dos cortas patas, jadeando, y luego se volvió a ver si lo seguían, mirando para ambos lados no sin vacilar. Tras asegurarse de haber perdido de vista a sus perseguidores continuó su ruta caminando con la más relajada de las calmas.

-Me gustaría tener la mitad de la confianza de esa cosa, si se tragó por un segundo que pudo despistarnos con esas piernas.

Más que confianza, a Reed le parecía que esas extrañas criaturas no eran muy inteligentes. La pequeña abominación muy campante siguió hacia su base, y entonces el mago pareció comprender la idea general y golpeó su báculo en el suelo, preparando por tercera vez aquel hechizo que habían usado en Belekraz y Cel-Neckar.

Y mientras todo aquello ocurría, cruzando por las puertas de vuelta al amplio mundo, en el extenso continente central un hombre ingresaba a una de las más prestigiosas mansiones de Fariel a caballo, cubierto con una pesada capa para ocultar

sus rasgos y protegerse del frío que ahora imperaba en la ciudad, el pesado clima nublado que se había mudado desde los anchos cielos de Cel-Neckar hasta allí. Otras tres figuras lo esperaban afuera, montadas en esbeltos corceles y cubiertas también, analizando el terreno por el posible caso de que aquello se tratara de una trampa.

No era simple desconfianza: habían aprendido a ser precavidos. La situación política de su general en la ciudad dejaba mucho que desear, y desde esa distancia los comandos kiels para los cuales Yeguilex DaWillse trabajaba en verdad no podían hacer mucho para ayudarlo. Si alguno de los Unnaon decidía que no podían permitirse más el costo de albergar a toda voluntad un espía y proponía matarlo, sólo ellos tres existían por allí para defenderle.

Así que cuando por fin lo vieron cruzar el umbral que daba a una de las mansiones de la familia Vander, los corazones de Leude, Bullwe y Gio se contrajeron de duda. Su antiguo capitán los miró, serio como siempre, y con un simple gesto les indicó dos cosas: que se calmaran, y que estuvieran listos.

Más arriba desde una de las ventanas alguien también observaba al general. Comprendía los cuestionamientos que albergaba, sí, y precisamente por eso había solicitado a Unnaon Zetha que le prestara aquella mansión como punto de encuentro, argumentando para su estadía que la necesitaría para prepararse ante el barullo diplomático que significaba la futura llegada del héroe de Gikeldor y miembro del Geral, Sulfur Houppe, a la ciudad de Deneb Algedi. Era un acontecimiento importante que sabía todo Fariel iba a festejar, y significaba una de las mejores formas de detener la guerra que el rey de los magos había previsto entre Fariel y Kamui, aquel futuro conflicto que no era más que una continuación de la sangrienta batalla de años pasados.

Aún estando tan atareado, Duran no había consentido que nadie más pusiera pie en la mansión en la que iba a albergarse. El niño Vander estuvo muy dispuesto a mandarle personas, servidumbre, mucamas, mozos, cocineros, servicio de limpieza o entretenimiento, pero el anciano mago les hizo salir a todos por donde entraron, dispuesto a ocuparse él solo de sus necesidades. No iba a necesitar mucho, de cualquier forma, y planeaba convertir aquel lugar en su base de operaciones, el sitio desde donde organizaría la misión para proteger al mundo de lo que ahora estaba seguro era una conspiración de su antiguo amo y amigo, Vannael Danterkiss Eel.

Ese era su motivo para no querer a nadie, a nadie que pudiese terminar convirtiéndose en un espía. Estaba paranoico, lo sabía, pero pensaba también que estaba apropiadamente paranoico y no tuvo muchas dudas cuando por fin utilizó sus runas para cubrir las paredes, techos, y suelo del lugar en un trabajo muy similar al que había aplicado en el castillo de Babel: un procedimiento que era su área de preferencia y que le permitía autoridad máxima sobre quién entraba y salía de su morada, incluso saber cuándo alguien ponía pie en ella.

Por eso mismo fue que sintió a Yeguilex entrar a la sala mucho antes incluso de que el recién promovido general se evidenciara parándose firme, con las manos tras la espalda. Duran se volteó, y notó la armadura que el otro traía bajo la pesada capa, la única pieza faltante el casco: el rostro pálido como la leche del General parecía brillar en la sala, los ojos serenos violetas y el cabello ondulado oscuro.

Lo invitó a sentarse, en uno de los sillones que había mientras que él hizo lo mismo. Notaba la incomodidad del militar, no sólo por el incógnito llamado sino porque lo había reconocido: era difícil no recordar el rostro iracundo de aquel viejo que había asistido a la subasta por la Estrella Oscura, al Dos del Geral Veintiún que era la mano derecha del rey de Cel-Neckar.

No habían dicho una sola palabra en todo momento, así que Duran decidió romper el hielo.

-¿Té?- ofreció.

-No gracias.

Asintió, y él mismo se preparó la infusión sobre la pequeña mesa de vidrio que les separaba, todo bajo la mirada del sereno general. Lo estaba probando, en cierta forma, pero también estaba decidiendo cómo comenzar. Había tenido tiempo de repasar aquella conversación varias veces en su mente, pero tenía también los suficientes años como para saber que las cosas nunca eran como uno lo esperaba y que una sola palabra mal usada podría influir mucho en cómo aquel hombre reaccionara ante lo que le iba a pedir.

-Supongo que las presentaciones son innecesarias- le dijo al final, agregando dos cubos de azúcar a su taza humeante.

-Usted es Duran Id Scion- asintió Yeguilex- De Cel-Neckar. Estaba esperando sin embargo encontrarme con alguien de mi ciudad.

-Unnaon Zetha tuvo la amabilidad de prestarme este lugar, así como de ponernos en contacto-ladeó la cabeza, acercando la taza a sus labios, pero al comprobar que estaba demasiado caliente volvió a apoyarla en la mesa- Porque yo se lo pedí. ¿Conoce usted sobre el Geral Veintiún, general DaWillse?

El hombre asintió de nuevo, sereno. Duran notaba que estaba tenso, preparado para cualquier cosa, por lo cual se sorprendió cuando lo oyó agregar.

-Los veintiún magos de más poder del mundo, unidos en beneficio de la justicia.

Aquella era una definición de texto, que casi lo hizo avergonzarse de lo que en verdad era.

-Exacto-sonrió- Ahora, le pido que se ponga en mis talones. Imagine que, como miembro del Geral, comienza a ver hechos de los más sospechosos rodeando al rey de un gran reino como lo es Cel-Neckar. Aun más, como ciudadano de Babel, imagine que movido por aquella curiosidad decide investigar a su rey y lo ve poco a poco cambiar, quitarse la máscara mantenida durante años y con gracia orquestar un plan que se escapa de su comprensión. ¿Qué pensaría?

-Que aquello no es problema de Fariel.

No hubo hostilidad en esas palabras, aunque Duran sí se sorprendió de su sinceridad. Volvió a sonreír, dándose una pausa para ahora sí tomar de la taza, para aspirar el aroma de la infusión y proseguir.

-Me permito diferir, general. Porque, por ejemplo, entre los últimos esquemas de Vannael existe esta gloriosa llegada de Sulfur Houppe a esta ciudad, por la que tantos problemas pasamos todos. Pero Fariel está de paso, eso es así. ¿Sabe cuál es el verdadero objetivo del viaje de Sulfur?

Lo vio negar, evidentemente interesado.

-Kamui- Duran retrocedió en su sillón, cada vez más confiado en que ceder tanta información no estaba siendo un error- Más concretamente el palacio real de Sadalsuud. Sulfur Houppe tiene la misión de hablar con Su Majestad Shimari, para convencerla de que no se deje arrastrar a una posible nueva guerra con Fariel. La Cámara de los Diez ha oído las palabras de mi rey y están convencidos de que sus amigos kiels en Gikeldor planean utilizar a Shimari como marioneta para arrastrar a Kamui de vuelta a la guerra y recuperar los territorios perdidos hace siglos.

Al decir aquellas palabras Yeguilex se levantó, casi arrojando la taza al suelo con lo brusco del movimiento.

-¡Esas son mentiras!

Se tomó su tiempo para contestar, sujetando la taza que vibraba contra el vidrio hasta sentirla de nuevo fija entre sus dedos.

-Lo sé- asintió- Mentiras. Todo lo que ha salido de la boca de Vannael desde que lo conocí no fueron más que mentiras.

Se puso de pie de nuevo, mirando a Yeguilex a los ojos y por fin mostrando el poco humor que tenía, lo mucho que le molestaba todo aquello.

-Con sus mentiras está manipulando a todos como marionetas, amparado en la imagen sacra que maneja ante las multitudes. Por un lado planea retroceder a Fariel y Kamui a la contienda de antaño, por otro logra culpar a los kiels de la guerra, por frente se mantiene como el eterno y puro líder del Geral y detrás de todos congenia con demonios como el más miserable de los brujos. Vannael Danterkiss Eel es un asesino, un manipulador, un mentiroso cuya mente febril ha trabajado por años en un sueño que poco tiene que ver con la justicia que tanto reclamó nuestra organización. Y yo quiero detenerlo.

Yeguilex ya no parecía tan agitado, aunque la confusión se seguía viendo en su pálido rostro. Duran le hizo un gesto, pidiéndole que tomara asiento y luego de nuevo él hizo lo mismo, cruzando los dedos por sobre las rodillas y mirándolo franco.

-Le resulta difícil confiar en mí- dijo, y el general no lo negó- Se pregunta quizás qué hago trabajando en contra de mi rey, pero debe saber que lo que digo no se basa en puras conjeturas y especulaciones. Sé mucho más de lo que cree, información que satisfecería a sus contactos kiel en Gikeldor y que implica a Vannael con el asesinato de magos del Geral, inclusive con figuras mismas de esta ciudad en un entramado que aún no puedo resolver. Yo trabajo por el mundo, general, no por un rey o un reino.

-Lo que está haciendo es traición.

En aquellas palabras no detectó acusación, sino más bien una simple constatación de hecho. Asintió, pasándose la mano por la larga barba blanca y luego volvió a mirarle a los ojos, decidido a jugar la carta que podría condenarlo.

-Usted es como yo- dijo al final- No tiene interés en ninguna persona, sino tan sólo en el bienestar de esta ciudad: por eso quiero su ayuda. Y para ganarla estoy dispuesto a ponerme en sus manos.

Se incorporó de nuevo, ante el sorprendido Yeguilex, y levantó las palmas descubiertas. No llevaba puesta la armadura azul que solía traer regularmente.

-General Yeguilex DaWillse, por mi propia cuenta me infiltré a la mansión de Unnaon Delta, sospechando de él como un posible aliado de Vannael. Estuve en lo cierto, y en el fragor del descubrimiento terminé provocando su muerte.

Yeguilex retrocedió, alarmado y echando mano a la espada corta que traía oculta bajo la capa. Duran no se alarmó, sino que en cambio aun más estiró las manos hacia él, rindiéndose.

-Puede llevarme en custodia si lo desea, prometo que no lucharé. No le mentiré: en cuanto puso pie en esta mansión, podría destajarlo a usted y a los hombres que le esperan afuera en un abrir y cerrar de ojos. Eso sin embargo se contradeciría enormemente con los objetivos que me propuse al invitarlo aquí... Y sin embargo de querer llevarme a ser juzgado no me defenderé. Así es lo mucho que necesito su ayuda.

Lo vio mudo, pensando qué hacer, parado y en guardia, indeciso sobre si sacar su arma o no. Lentamente el anciano Dos bajó los brazos, sin despegar la vista de aquellos ojos violetas.

-O, si lo desea, podemos volver a sentarnos y le contaré todo lo que he descubierto, los horrores que vi en la mansión de Unnaon Delta y lo poco que intuyo del plan que mi

monarca trama a costa de esta ciudad. Tengo pruebas incluso, y también espero información de su parte. Seríamos socios, de momento.

La duda continuaba, pero notó como los dedos de Yeguilex se aflojaban de aquel mango. La mirada nerviosa de aquel hombre estaba dejando lugar a la verdadera duda, al convencerse.

-Necesito una mano, general. –Inclinó la cabeza, en actitud suplicante- Necesito que alguien me ayude a proteger Deneb Algedi mientras investigo qué es lo que busca Vannael. Estoy dispuesto a formar una alianza.

Por fin aquella mano cayó, y Yeguilex se irguió. Los vestigios de la sorpresa continuaban en su rostro cuando volvió a hablar, pero parecía haberse calmado como si una voz en su interior le explicara bien qué debía hacer.

-Mis hombres- dijo al fin, mirándolo- Que entren también. No haría esto sin ellos.

Se permitió sonreír, asintiendo. Sabía que no lo había ganado del todo, pero la tensión del momento había desaparecido: Yeguilex no lo delataría.

Movió la cabeza haciendo una seña, a la figura que entre penumbras los había estado observando. La joven de vestido elaborado y cabello rubio emergió de allí, mirando a Yeguilex callada y el general pareció reconocerla, sorprendido.

-Tú...

-La señorita de aquí es Merady Skardtril- la presentó Duran, y ella hizo una corta reverencia- Nobleza de Cel-Neckar y una de las muchas víctimas de Vannael. Los tres tendremos mucho tiempo para hablar. Merady, ¿podrías invitar a los caballeros de afuera a entrar y ponerse cómodos?

Ella asintió, partiendo. Era la única persona que Duran había accedido a acoger en su temporal nuevo hogar, primero que nada para alejarla del alcance del rey mago y en segundo lugar para que lo ayudara con sus quehaceres, en especial con la esperanza de que la joven fuera mucho mejor en encargarse de los niños, de la multitud de niños ciegos que habían hallado en la mansión de Unnaon Delta, las pobres criaturas que aquel monstruo utilizaba para alimentar el estómago del demonio que lo mantenía con vida. Pensaba que una mujer iba a ser mucho más apropiada para lidiar con aquellos pobres infantes que alguien viejo y tosco como él.

Pero también, sabía que Yeguilex había visto a Merady y confiaba con que la historia de la destrucción de Rigel pudiera poner la opinión del militar a su favor.

-Ella estaba con el alumno del rey- le advirtió el alto hombre.

-Arksinad Eel- asintió.

-Un asesino.

Había cierto odio en aquellas palabras, y Duran no se atrevió a llevarle la contra.

-Es probable- concedió- Aunque temo tener que decir que sospecho que aquel es otro monstruo creado por el rey de los magos.

-No puede echarle la culpa a Vannael de todos los males del mundo.

Ya no había tanta deferencia en sus palabras, pero aquello contentó al Dos. Significaba que Yeguilex realmente comenzaba a verlo como un aliado.

-Puedo- sonrió- Porque le conozco y lo he investigado-

Se interrumpió al ver volver a Merady, seguida de tres hombres de variadas portes y estaturas a los que observó no sin placer de ver los nuevos aliados que se procuraban. El primero era alto y delgado, el rostro lánguido y la mirada nerviosa por todos lados, quizás aún pensando que todo aquello no era más que una trampa. A su lado se veía a un soldado de aspecto poco memorable, cabello y ojos castaños y barba rala, la expresión de completo aburrimiento al inspeccionar la sala. El último era el más joven,

un medio ahora de ojos verdes y rostro compungido al ver la elegancia de aquella oscura mansión, como si cada rincón tuviese un peligro a punto de saltarles encima.

Merady se paró a su lado y Duran se meció la barba, oyendo a Yeguilex presentarlos.

-Mi teniente, Leude Id Deneb. Los otros dos se tratan de Bullwe Id Deneb y Gio Reda.

Le sorprendió que aquel joven soldado tuviera un apellido, lo que implicaba un título de nobleza. Luego recordó que los apellidos también eran comunes en Gikeldor, donde vivían los ahuras y no necesitabas ningún nombramiento o tierras para garantizarlos. Con que un inmigrante, como Yeguilex...

-La suerte de estos hombres está atada a la mía. -le explicó el general- Si vamos a participar en esta... conspiración, ellos deberán saber tanto como yo y ser tenidos en la misma cuenta.

El mayor y el menor se escandalizaron al oír la palabra *conspiración*, a juzgar por cómo miraron a su líder, y tan sólo el del medio pareció relajado. Yeguilex prosiguió, haciendo de nuevo una seña hacia ellos.

-Imagino que el primer punto se trataría de cubrir la muerte de Unnaon Delta, tanto duren nuestras actividades- afirmó, y Duran no pudo hacer más que asentir- Debería tratarse de un trabajo fácil.

-¿Delta está muerto?!- preguntó su teniente, pero calló al ver el gesto que le dirigieron y se mantuvo así a la espera de más información.

-Unnaon Delta no solía mostrar su rostro, siempre oculto tras sus largas cortinas, ni hablaba con mucha gente ni mantenía contacto directo más que durante las reuniones del castillo de Fauda- el enviado de los kiels se paseó de lado a lado frente a Duran y Merady, como si revisara la formación de sus hombres hasta detenerse en el más joven, en aquel medio ahora de expresión asustada.- Gio.

-Mi general.

-¿Qué tanto te costaría imitar la voz de Delta?

Todos le miraron, y el antiguo ladronzuelo se encogió de hombros, para levantar la mirada con una sonrisa más que confiada.

-¿Está de broma? Una voz tan fea como esa fue de las primeras que me forcé a aprender para mis chanzas.

El gesto del general al volverse al Dos se veía orgulloso, aunque sereno como siempre. Duran continuó meciéndose la barba, impresionado ante aquella habilidad y luego le indicó que finalmente se volvieran a sentar, él con Merady Skardtril al lado y Yeguilex con sus tres hombres detrás.

-Hay mucho que deben saber- les dijo, corriendo la taza de té ya enfriado lejos y mirando a todos por igual- Lo que estamos haciendo es un peligro. Si nos descubren, a cualquiera de nosotros, nos ejecutarán por traición.

Hubo miedo en algunos semblantes, pero tras esos ojos todo estaba fijo, decidido. Sabían por qué luchaban y no estaban dispuestos a dejarse amedrentar. El anciano mago suspiró, más relajado con que aquello hubiese salido bien y los volvió a mirar, preparado para iniciar.

-Comenzaremos con la verdad, general Yeguilex. -explicó, preparándose para lo que vendría: debería contar sobre Vannael, sobre Mila y el demonio, sobre Unnaon Delta y los niños que guarecía ahora en su mansión bajo el cuidado de Merady, sobre la joven y su pueblo arrasado por los dragones, sobre las investigaciones de aquellos magos que habían sido asesinados y la implicación de Arksinad Eel en todo el asunto,

inclusive sobre la profecía del rey sobre futura guerra y sus conjeturas en cuanto a todo. Y, sin embargo, todo iniciaba con un simple paso, una simple corrección- Le toca a usted hablar. Su relato sobre cómo consiguió la Estrella Oscura en la ciudad del Templo, por ejemplo, dejó mucho que desear en cuanto pude rememorarlo.

»¿Podría contarme todo como ocurrió en realidad, desde el principio?

-Reaper.

-¿Sí?

-¿Dónde estás?

-Puedes irte al diablo.

Oyeron la risa de Arksinad, sin poder ubicar de dónde procedía.

-Este es el problema con los hechizos de invisibilidad. Esperen un segundo...

Hubo una tenue luz flotando en el aire, que Reed calculó era la punta del báculo del mago. Aquello les serviría al menos para mantenerse juntos mientras durase el sortilegio. Luego Reaper volvió a hablar, no muy lejos de él.

-Creo que el pequeño engendro se fue por allí.

Miro hacia la izquierda, sin ver nada. Luego suspiró.

-¿Hacia dónde?

Sintió la mano áspera de Reaper sujetarle la cabeza, girándosela hasta la dirección correcta. En efecto aquel ser acorazado que habían estado siguiendo invisibles desde hacía rato caminaba hacia donde el camino se elevaba, una colina que no lograba alzarse demasiado sobre la superficie plana de la ciudad.

Divisaron mucho movimiento por allí, soldados devas y cultistas ahuras que armaban rápido carpas y cargaban equipajes, dispuestos a marcharse. A todas luces aquello era una base del enemigo.

El monstruo se adentró sin más cuidado, y amparados por la invisibilidad hicieron lo mismo. Reed se sentía ahora como un fantasma, mucho más libre que cuando había utilizado el hechizo para ocultarse de Vannael o los Bellow: esquivaba a más monstruos como el que sin intención les dirigía y también esquivaba devas, hombres y mujeres de piel pálida como Ragnar y cabellos blancos o negros, rostros severos con marcas y portando armaduras variadas, algunos y algunas inclusive con armas como aquella con la que Deihr lo había atacado, pisando las cenizas de fogatas apagadas a los apurones y las sogas arrojadas de las carpas, los clavos oxidados que las sostenían también aún en el suelo. Ninguno parecía percibir la presencia de los tres, más ocupados en ordenar sus cosas para dejar el campamento y pronto el grupo se inmiscuyó más y más arriba en la colina, por donde esos soldados en retirada disminuían su número y los cultistas de la Forja de Xshathra hacían presencia, caminando con gestos satisfechos o discutiendo entre ellos a los gritos, algunos incluso acompañados por demonios rojos y nervudos como los que habían conocido antes.

Notó que Arksinad se ponía tenso. Con practicantes de magia por allí, era más posible que alguien pudiera descubrir el hechizo de invisibilidad que les rodeaba. Ninguno sin embargo pareció notarlos, y el camino hasta la cima de la ruptura fue

tranquilo hasta que llegaron a una extensa carpa carmín que dominaba la colina, mucho mayor que las anteriores.

Aquel ser dio un rugido casi inaudible, llamando, y al momento Reed se echó tras un tronco, seguro de que los demás también preferirían no confiarse mucho de la invisibilidad. Ya les había fallado al menos una vez, ante Vannael.

Dudó mientras veía a un hombre salir de allí respondiendo al llamado del monstruo, un individuo de contextura normal que llevaba una máscara de cobre cubriéndole el rostro, amplias cuencas redondas desde donde se veían ojos fríos. No era Ragnar, como lo había estado esperando con ansias, pero sin duda era importante.

La bestia dio otros dos rugidos particulares, y aquel sereno hombre asintió como si la comprendiera. Luego se volteó y volvió a ingresar a la carpa. Reed notó que llevaba un arma igual a la de Deihl.

Regresó al poco tiempo junto con una figura más estilizada: el rojo de la túnica de Bali Gladiar parecía brillar cuando apareció allí, sosteniendo un fino báculo coronado por dos serpientes de oro, y el collar con los rubíes bamboleando en el pecho.

Se arrodilló con una sonrisa amable ante la criatura, oyendo la serie de rugidos y ruidos sordos que componían su idioma. Reed notó entonces que tenía sangre, que montones de sangre bañaban la piel tersa del ahura, escurriéndose por los anchos cabellos negros y resbalando por el ojo que se aplastaba con aquella amabilidad enfermiza, falsa.

Le vieron asentir, dándole una palmada en la cabeza a su babeante interlocutor.

-Ve, y cuéntaselo a tu amo- le respondió- Te mereces ese honor.

El ser pareció estallar con una alegría infantil, volteándose tan pronto como se lo permitieron sus apelmazados pies y volviéndose por el camino recorrido. A mitad de trayecto sin embargo, cuando justo se hallaba entre Reed y los demás Bali lo apuntó con el báculo de serpiente bifurcada, a traición, con la expresión relajada de antes.

Hubo un sonido extraño, y al final aquel ser explotó. No hubo otra forma de explicarlo; se hinchó al lado de ellos con un grito de agonía que a Reed le pareció horripilante, se elevó por el aire unos metros moviendo las extremidades como si convulsionara y terminó estallando en una flor de sangre que los empapó por completo.

Entonces comprendió que la sangre los había revelado. Lo vio primero en la sonrisa de Bali, en el gesto de su sirviente al apoyar la mano sobre el arma, los ojos fijos en él. Luego fue que bajó su propia vista y pudo ver bien sus manos, parte de su pantalón y pecho visibles en el aire, cubiertos por el líquido rojo que le había impactado.

Maldición.

Más allá veía también a Arksinad, inclusive parte de Reaper se adivinaba en el aire de la colina. Ninguno había esperado aquello, ser puestos en evidencia tan rápido en el mismo centro del campamento enemigo. El hombre que acompañaba a Bali lo apuntó con su arma, no al pecho como Deihl sino directamente a la frente, dispuesto a matarlo.

Luego todo el lugar resonó, interrumpiendo el disparo con una voz que ya habían oído antes.

“El Juego De Los Herederos dará comienzo ahora mismo.”

Era un sonido que le gustaba, algo bestial y cruel pero que le resultaba hermoso, un tono sabio y divertido que dominó la escena sin necesitar presencia física allí. Tardó en entender qué había dicho, pero cuando lo hizo pudo ver que todos habían quedado paralizados.

“Se realizarán Tres pruebas, y el ganador será elegido en función a las reglas de cada una.”

“Quien acumule la máxima cantidad de victorias será el vencedor del juego, recibiendo el puesto de avatar de Baal y el Rubí de Sangre.”

El gesto de Bali era concentrado mientras miraba el cielo por el cual descendía aquella profunda voz femenina, esa que resonaba por toda la dimensión en la que estaban. De momento parecía haberse olvidado de ellos, pero también ellos mismos estaban demasiados atentos a las palabras como para buscar una oportunidad de escape que de por sí parecía imposible.

La voz prosiguió:

“La primera prueba se realizará en el círculo exterior de Diakaza.”

“Cada heredero habrá elegido a uno de los cuatro grandes Generales devas. A su vez los generales intentarán ingresar a Oesile Nede.”

“El heredero cuyo general ponga pie en Oesile Nede primero habrá obtenido la victoria en esta prueba. Los puentes se abrirán mañana a la primera hora.”

Bali volvió la vista a ellos, y una media sonrisa afloró en su rostro al divisar a Arksinad, levantando su vara hacia él.

“Los herederos no podrán ser atacados hasta esa hora.”
“Les deseo suerte.”

Entonces la voz sí calló, y Reed pensó que había estado saliendo desde el mismo sol que abrasaba el cielo de la ciudad.

La sonrisa de Bali se enterró tan rápido como había salido, pero luego el gesto del ahura se torció hacia Reaper y Reed, con una perversa idea en mente.

Arksinad reaccionó igual de rápido, golpeando con su báculo el suelo y creando campos que cubrieron a sus compañeros. La bala que disparó el de la máscara de bronce rebotó contra la energía mágica, apenas fragmentándola y el brujo ahura negó, como instándolo a dejar aquello.

-Nos vamos, Aminor. No te preocupes. –miró a Arksinad entonces, de frente y desde arriba, y el mago no pudo vislumbrar en aquel rostro un rastro del muchacho deprimido y encogido que había conocido en Babel- Estoy feliz de tenerte aquí.

Su voz seguía siendo suave, melodiosa. El aprendiz de Vannael sostuvo la mirada del aprendiz de Exnar, sereno, y Bali hizo una seña a su hombre. Ambos pasaron por entre ellos, bajando la colina con calma al tiempo que el medio ahura hablaba, entretenido.

-Lo que buscan está más adelante, creería.

Lo vieron lamer el dorso de su mano, la sangre que la manchaba mezclada con la de aquella criatura que había ejecutado, y Reed tuvo un terrible presentimiento. Bali pareció querer agregar algo más, pero lo que hizo fue tan sólo voltearse y dedicarles algo similar a una sonrisa forzada, un gesto de ojos cerrados que mostraba los dientes, el rojo de aquel único párpado visible brillando y la cara manchada de sangre, una alegría que les hizo estremecerse mudos al verlo partir.

No pudo evitar que le recordara a Arksinad, de alguna forma, aunque consideró que sería mejor no mencionarle aquello a su amigo. Al terminar Bali de desaparecer junto con su ejército que se marchaba por fin se percató de que la invisibilidad se le había despegado del todo, dejando visible lo inmundo que había quedado y arrancándole una maldición: era la tercera vez que empapaba aquellas ropas caras que tanto le gustaban con sangre, aunque no estaba seguro de si prefería la sangre de una de esas criaturas a la sangre de sacrificios en la que había caído en la Forja.

Sacrificios. El trío se miró, recordando las palabras de Bali y sin añadir una palabra más corrieron, rodeando la carpa hacia donde la colina ascendía. Allí el terreno se aplanaba del todo, altas columnas alzándose blancas e imponentes sobre lo que a todas luces era un altar, un templo sobre el que tres postes estaban clavados, postes en los que se adivinaban atadas personas.

Sabía que estaba siendo impulsivo al correr hacia allí, pero había reconocido en el poste del medio a la pequeña figura que era la niña deva, Linith. La joven tenía las muñecas aferradas con fuerza a la madera, una atadura que no parecía la gran cosa pero que se complementaba con algún hechizo con el que la habían adormecido, el gesto desenfocado en una especie de sueño despierto.

Era lo mismo que había visto hacían a los prisioneros de la Forja antes de sacrificarlos. Sin esperar mucho la sacudió por los hombros, buscando despertarla e ignorando lo demás, concentrado en la nube que había en los ojos grandes y rosados y que se fue despejando a medida que la consciencia regresaba.

Al verlo por fin Linith logró sonreír.

-¡Reed!

-¿Estás bien?- preguntó. Se dio cuenta entonces de que sentía alivio. Algo en su interior había ya relacionado a aquella niña con Caxer, el ánimo exagerado que contenían.

Linith asintió, al parecer aún confundida, y ambos se volvieron a los otros cuerpos que allí había, cuerpos de soldados devas no aliados a Bali o ancianos, pálidos y muertos con la sangre escurriéndose por el suelo hacia el centro del altar, los pechos abiertos con cuchillos o magia.

Recordó la sonrisa sangrienta del brujo ahura, sin saber qué decirle a ella. La deva sin embargo parecía acostumbrada a ver muerte a su alrededor, aunque su gesto fue sombrío al volver la vista al suelo.

-Están muertos.

Asintió él mismo, disperso en otra cosa mientras ignoraba esos cadáveres lánguidos que veían la nada con ojos fallecidos, las lenguas secas afueras y las ropas manchadas como las suyas.

-¿Fue Ragnar?- preguntó, casual.

-No. Bali.

Tal como lo había creído. Y sin embargo, continuaba por algún motivo odiando más al calvo general del heredero que al mismo heredero, aunque no podía explicar exactamente el porqué.

Sus dos amigos acudieron al lugar corriendo. Reaper traía una bolsa que había sacado de la carpa grande, una cantimplora de cuero con agua fresca que tendió a Linith para que ella bebiera. Recién al ver eso Reed se percató de que las explosiones a la distancia habían cedido del todo, que la ciudad dorada estaba muda y el único murmullo existente era algo suave y cómodo para el oído, algo que creía se trataba de un río. Debía de existir algún lugar donde hidratarse en aquel gigantesco desierto, después de todo.

La pequeña rescatada casi se atragantó con el agua, usándola al final sin mucho preámbulo para lavarse la sangre con la que se había embadurnado el tostado rostro. Luego miró a los tres, temerosa.

-Oyeron a Baal. Deberíamos buscar a los otros generales...

-¿Dónde está Frankie?- la interrumpió.

Ni en broma se olvidaría de rescatar a esa mujer bonachona que tanto había sufrido para cubrirlos. Se lo debían a Reginald.

Al oír aquello Linith se estremeció, como si hubiera querido evitar el tema. Sintieron en ese mismo momento una presencia, el hecho de que algo más estaba allí con ellos haciendo tenso el ambiente.

-La llevaron abajo, al altar de sacrificios- les explicó con un hilo de voz, viendo por detrás de los tres al centro de aquel lugar- Y Bali utilizó su magia con ella. No creo que siga con vida.

-¿Su magia...?

La pregunta de Arksinad quedó flotando en el aire, y la niña guardó silencio retrocediendo pálida, como si comprendiera por fin por qué el enemigo había decidido dejarla con vida ante tanta muerte. Entonces fue que Reed por fin se dio vuelta, hacia el centro de aquella superficie rocosa, la jaula oculta en su suelo tal si se tratara de un drenaje.

Oyeron un rugido proveniente de allí, uno agudo y colmado de sufrimiento que los logró espeluznar.

-¿Frankie está allí?

-Eso ya no es Frankie- resolvió Reaper preparando a Necrostacia en su mano- No más que los demonios que atacaron a mi padre en su asalto a la Forja. Linith, mantente atrás.

La cosa que habían invocado utilizando los sacrificios y el cuerpo de Frankie Incub volvió a chillar, volando la reja de acero de su prisión de un zarpazo. Manos rojas y de uñas filosas y largas como espadas se levantaron de aquel foso como un muerto emergiendo de una tumba, y con sonidos guturales fue que aquel demonio salió al altar, dispuesto a devorar a quien allí estuviese.

El trío se preparó, examinándolo. Era distinto a la mayoría que habían visto antes, rojo y nervudo como los otros pero más grande, de largas astas y ojos enteramente amarillos, con la impresión de ser algo que había sido disecado vivo. Su larga cola se

movía de un lado a otro como un alambre, y llevaba también alas aunque parecían rotas, defectuosas, inútiles para efectuar el vuelo.

La criatura escarlata se irguió cuan alta era, balanceando su desproporcionada cabeza sobre el cuello de un lado a otro, como si los cuernos le pesaran. Reed notó como mostraba poco a poco las encías, provistas de colmillos más grandes que su mano.

La invocación babeó de furia y lanzó un par de golpes con sus astas, golpes que sólo conectaron con el aire de la altura.

-No es muy efectivo que digamos- silbó Reaper con sorna- ¿Quinto en el Geral, eh? ¿Tú que puedes invocar boca-cortada, un gato?

-Yo que tú me cuidarías. Este demonio ha sido traído aquí con la magia que abre dimensiones, *Sacrifrar*. No será un oponente sencillo.

El guerrero no pudo contestar, porque como un trueno recibió un cabezazo del monstruo, directo al estómago. No habían tenido tiempo siquiera de detectar cuándo aquella cosa había comenzado a moverse.

Dio saltos hacia atrás, poniendo distancia y luego estiró el brazo hacia la espada Necrostacia cuyo mango había soltado. La misma sola se elevó hasta su mano para ser tomada de nuevo y Reaper dio un espadazo horizontal al rostro de su atacante, destrozando varios de sus largos dientes.

Con un ronroneo extraño aquel diablo volvió a quedar paralizado, retrocediendo, pero quizás carecía algo pues la espada nada pudo absorber de él, evitándole la muerte que había tenido aquella otra criatura. Reed puso en frente su escudo, preparándose para avanzar mientras que del otro lado pudo ver a Arksinad cargando espectros negros en su báculo. Vencerían.

El frenético demonio corrió de vuelta hacia Reaper, toreándolo con sus astas. No pudo avanzar mucho, sin embargo, porque tropezó con algo invisible para dar de cara contra el suelo de piedra, partiéndose los colmillos que le quedaban.

Ninguno sabía qué era aquel hilo de araña que aferraba ahora con fuerza la pierna roja y surcada de venas. La invocación intentó zafarse, rugiendo, y en cuanto se sentó lo vieron descender más rápido que nada: una amalgama de colores que pareció caer desde el cielo sobre el enemigo, girando con elegancia en el aire y llevándose de un limpio movimiento su cabeza. La sangre del cuello comenzó a manar como una fuente, desprendida del resto y aquel hombre recién llegado arrojó el cráneo de su víctima al foso del que había salido, con una sonrisa supina.

Era alto y encorvado, de piel pálida como Ragnar pero con los característicos rasgos devas, el cabello negro y adornado con un sombrero de bufón, el rostro terso interrumpido por el símbolo de un trébol. Vestía con ropajes de colores fuertes y chillones, el amarillo y el rojo abolsándose sobre extremidades tan delgadas que parecían palos y se paró con gracia entre los tres, tirando del hilo que sostenía en su mano con lo que el resto del cadáver que había creado se hundió también en la fosa, siguiendo la cabeza.

Luego hizo una burlesca reverencia.

-Caballeros.

-¿Quién diablos eres?

-¡Majcel!- la desconfianza de Reaper cedió en cuanto vieron a Linith aparecer de nuevo, abrazando con fuerza a aquel hombre- ¡Viniste!

-Te estábamos buscando, pequeña- le asintió él, y luego miró de reojo a los tres- Aunque debo decir que no esperaba encontrarme aquí a nuestro heredero, después de todo.

-¿Eres otro general?

-Soy *su* general.- el bufón volvió a hacer otra reverencia, girando con gracia y teatralidad- Mi nombre es Majcel Kido.

En aquel giro Reed notó que, además de aquellos hilos pegajosos que había utilizado, llevaba un amplio garrote verde sujeto a la espalda. El general deva se detuvo frente a Arksinad entonces, acercándose al mago con diversión.

-Tú eres el heredero.

El otro asintió.

-Entonces síganme- resolvió Majcel- los llevaré a donde están Rashka y los demás, el ejército que te apoya. Incluso Reginald está allí. Querrá saber sobre la muerte de su compañera.

Lo comentó como de paso, sin mucha empatía hacia el pobre médico, como si hablara de la muerte de una mascota. Reed cruzó miradas con Reaper, de repente pensando que aquel deva estaba un poco chiflado.

-¿Sacaron a Reginald de su hogar?

-Viendo las amenazas que recibió, nos pareció la mejor idea meterlo al refugio- les asintió el otro sin verlos, usando las manos como visor mientras buscaba algo bajo la colina.- Hasta le hemos conseguido una pierna de repuesto.

-¿Y quién se encargará de todos sus pacientes?- inquirió Reaper, y Majcel cesó lo que hacía, para volverse hacia él.

-Pues Reginald no, eso te lo aseguro.

-¿No les preocupa su gente?- esta vez fue Reed quien encaró al general, sintiéndose molesto- ¿Los heridos que pueda haber?

-¿Mi gente...?- el rostro de Majcel pareció demostrar verdadera confusión, aunque supo que se estaba burlando de él- Yo y los míos somos devas albinos, criados en el mismo Domo del Sol. ¿Crees que tengo algo en común con los habitantes del círculo exterior, con sus lujos y vidas?

Cerró la boca, sin atreverse a decir más y Majcel siguió contemplando bajo la colina, las huestes enemigas que se marchaban con suma atención. Reed quedó pensativo, viendo a aquel hombre pálido y sin embargo sin odiarlo al recordar su interacción con Linith. Había un problema en Diakaza, sí, un problema mucho antes de que llegaran Bali y los ahuras de la Forja de Xshathra. Aquel era un pueblo dividido.

-¿Acaso no están luchando esta guerra por los habitantes de la Ciudad Dorada?

No esperaba que Arksinad de toda la gente fuera quien se interesara por eso, adelantándose a la pregunta que había querido hacer y no se animaba. El bufón dio un largo suspiro antes de volverse ante los tres, y por primera vez Reed se sorprendió pensando en lo joven que era, mucho más que el otro general que habían conocido y que tanto detestaba.

-Sí, sí. Luchamos por Reginald y los demás. Hurra.

El sarcasmo en su voz podría haberles quemado los oídos, pero su rostro permanecía tranquilo, casi triste, e inclusive el tono que utilizaba era tan neutro que era difícil tomárselo en serio. El muchacho suspiró por dentro, dando por pérdida aquella batalla e intentando aprender de Linith, a quien aquella actitud odiosa no le enfadaba en lo más mínimo.

Cuando volvieron a oírle hablar Majcel continuaba viendo los ejércitos enemigos, concentrado en ello.

-Nosotros servimos a Baal- se excusó- Y sólo a Baal. Y Baal ama a los devas bendecidos. El traidor Ragnar planea mejorar la posición de nosotros los albinos a

través de su heredero y muchos le han seguido pero, ¿no es eso ir en contra de lo que quiere nuestro dios? Debemos obedecerle...

Los miró de reojo, sereno.

-Yo quiero salvar a esta gente. Pero ni por un segundo piensen que mis camaradas o personas como Rashka Wisel y los otros generales simpatizan con mi simpatía. Sólo obedecemos a Baal. El problema es que...

-¿El problema es qué...?

-No hemos hablando con Baal desde hace mucho tiempo- suspiró con amargura.

-¿No lo han visto?

Aquello le interesaba más que la contienda racial de la ciudad. No debían olvidar cuál era su propósito allí.

-Lo vemos todo el tiempo. Pero no podemos hablar con él. El Domo del Sol permanece tan cerrado como hasta hace poco lo estaba la ciudad interna, Oesile Nede, y la sacerdotisa del dios sigue en él oculta. Así que estamos confundidos, perdidos, y cada general actúa como cree conveniente. No culpo a Ragnar Amix -hizo una pausa, dejando de espiar el descenso y dando una voltereta hacia ellos- Oh miren, las tropas ya se retiran. Podremos salir de aquí ahora mismo.

Se dispuso a retirarse, pero Reed no se movió un ápice, por lo que aquel singular payaso paró el avance de sus largas piernas, esperando.

-¿Hay noticias de Ragnar Amix?- inquirió el muchacho.

-Los ejércitos que estaban aquí hasta hace poco eran los del otro general, Aminor Sirrah. Tanto él como Ragnar son aliados de Bali, así como yo y Rashka lo somos de ustedes. Pero Ragnar está en otra parte... Cerca del río formó base, no muy lejos de aquí.

-¿Y qué esperan? ¿Por qué no están atacándolo?- le espetó, porque la indiferencia de aquel hombre ya le irritaba. Ragnar había causado la muerte de Frankie, había cortado la pierna de Reginald, había matado a incontables devas y por sobre todo tenía algo más, algo que como siempre no podía explicar y le causaba una lividez imposible de concebir.

-¿Me has oído acaso, muchacho?- el deva se rascó una oreja en un gesto que hubiera resultado divertido pero que difería mucho con su rostro inmóvil, triste- Estamos perdidos. Recién ahora, gracias a ustedes, tenemos un heredero, algo por lo que movernos. Debemos matar a Ragnar sí, pero utilizando su muerte de tal forma que le permita a tu amigo mago aquí ser el vencedor de la primera prueba... Y no será fácil.

-Mientras más tiempo tarden pensándolo, más tiempo le están dando a Ragnar y Bali...- terminó por mascullar algo para sus adentros, indeciso, y él mismo ahora se adelantó a ver el ejército que se movía abajo, los cientos de devas, cultistas, demonios y monstruos que rodeaban el cauce del río, distinguibles sus armaduras y túnicas rojas desde esa distancia. Creía saber qué hacían; unificaban tropas con las de aquel monstruo para prepararse para cuando comenzara el estúpido juego que decidiría al sucesor de Baal- Estamos demasiado cerca... No puedo dejarlo marchar.

-¿Y qué harás?- le gruñó Reaper- ¿Atravesar todo su ejército tú solo?

-Quizás. Me parece menos cobarde que buscar la ayuda de esta gente. A ellos les importan las vidas de la ciudad tan poco como a los otros.

-Te matarán, Reed.- le replicó Arksinad, más displicente.

No necesito simpatía. Pensó. Creyó oír otra voz, en su mente, pero la ignoró y luego vio a Reaper frente a él, que lo miraba a los ojos.

-Recuerda lo que ocurrió la última vez que actuaste por venganza.

Al igual que como un relámpago quiebra la monotonía del cielo nocturno fue que las imágenes golpearon su mente: Scarrow sonriendo, la isla de Tikielder convertida en un infierno de jade, la mueca perversa de Skectral y el rostro muerto de su maestro contemplando el cielo con ojos apagados.

Apretó los puños, sintiendo su interior hervir hasta ebullición, y luego le devolvió la mirada.

-Está bien. Iremos con los otros albinos y esa tal Rashka.

Lo había dicho poco convencido. Actuaría en consecuencia, aunque lo lamentara, porque sabía que tenía tiempo. Eso no le preocupaba.

Pero algo en su alma le decía más cosas, susurrándole con dulzura, y era una voz que Reed Id Vant ya no estaba dispuesto a intentar evadir. Era la voz de la Nada, y aunque su consciencia no la reconocía ni la hubiera podido nombrar algo en lo más hondo de sí la anhelaba, grabando cada una de sus palabras con fuego y compartiendo sus intenciones.

Su ángel del silencio.

Debía silenciar todo lo que maldecía esa existencia, inclusive la existencia misma.

6. Escupir A Tu Propio Dios

Se sorprendieron cuando Majcel los condujo al refugio de la oposición. Habían caminado poco más de media hora, a través de páramos desolados; o al menos así veía él a lo que era esa Ciudad Dorada: ni un alma en el pueblo, ni un niño jugueteando en las calles de tierra o ancianos en los bancos, todo mudo y la arena azotada por el viento, la arena amarilla como el oro erosionando las casas blancas y las pieles de los caminantes. Cuando por un momento por fin vio al rostro diminuto de un deva mirándole tras una ventana, Reed terminó teniendo un susto, ya tan acostumbrado a pensar que los cinco eran las únicas personas de allí. El niño estaba sucio y le veía mudo, juicioso, pero luego cerró las cortinas con violencia y Reed volvió de nuevo a caminar, concentrado en sus botas negras, grises ahora por el polvo y la tierra removidos.

Y entonces llegaron. Era inconfundible la entrada de aquel refugio, y definitivamente no había estado entre los intereses de quienes la habían creado ocultarla de los ojos del enemigo. El ver aquella puerta de piedra redonda sobre el suelo les hizo pensar que algo estaba mal, que se encontraban de nuevo al sur de Deneb Algedi, que un pedazo de su mundo había viajado con ellos hacia allí o que quizás esas dos dimensiones eran la misma, una idea que se le antojó un tanto ridícula.

Pero al ver el mismo disco de roca, los mismos diseños intrincados que allí había, las mismas muescas con distintas gemas, ¿no tenía sentido alguna de esas locuras, el creer que se hallaban ante la entrada del Templo del Centro del Mundo? Las similitudes eran demasiadas como para no imaginarlo.

Majcel debió de haberse percatado de que algo les había llamado la atención, pues se dio vuelta curioso ante sus gestos tensos y paralizados. Luego esbozó una triste sonrisa.

-Han visto una de estas antes.

No había ninguna inquisición allí, y por lo tanto tampoco el hombre esperó una respuesta. Se dio vuelta y sacó de su bolsillo una gema, una alongada luna que colocó en la muesca, parándose sobre la roca e invitándolos a imitarlo.

-Son comunes aquí, las Puertas del Eclipse. He oído que solían fascinarle a Albion hace años. No me sorprendería que las implementara en su mundo.

-¿Conoce a Albion?!

-¿Quién no conoce a Albion?- el general se inclinó de hombros, y luego negó. Aunque soy demasiado joven como para haberlo visto en persona. Pero les diré algo: yo me cuidaría de pronunciar mucho su nombre por estos lares. Muchos aún no perdonan su traición.

Se miraron entre ellos, sorprendidos y le imitaron, poniendo los pies sobre la roca que comenzó a descender. Era un sistema ingenioso, que impedía el acceso a todo quien no tuviera la gema indicada para ingresar. Considerando aquello y mientras bajaban al refugio Reed se quedó pensando en Albión, en el Albión que era un deva y que había venido desde allí, en aquel héroe que había elegido ese sistema para cubrir la ciudad maldita que se convertiría en su tumba.

Examinó durante el descenso el inamovible rostro de Majcel, el trébol pintado en el rostro y la apariencia de payaso que no concordaba con el garrote verde que sostenía entre las manos, apoyado contra el suelo tal si se tratara de una noble espada. Albion no era tan querido en su tierra natal, no como lo respetaban en el mundo abierto. Y él...

Miró su puño, cerrándolo y abriéndolo como si jamás lo hubiese visto antes mientras que las palabras de Sephid Silas volvían a resonar en sus oídos, la voz de aquel joven demonio revelándole la verdad, explicándole que él, Reed Id Vant, no era ni más ni menos que la reencarnación de Albion Decaheron.

¿Qué hubiese dicho alguien como Majcel ante eso? ¿Acaso quizás Baal tenía información al respecto? Aquel eterno dios debía haber conocido al mago de las leyendas. Ante todo, no planeaba decirle a ninguno de los habitantes de la Ciudad Dorada aquella verdad. No sólo para evitarse el ser juzgado por cualquier cosa que hubiese hecho en una vida pasada, sino también porque sentía que esa vida pasada no le pertenecía.

Como lo había dicho: Albion era Albion, y él era en cambio Reed. Cumpliría lo que pidiera, sí, y seguiría el sendero de aquel héroe, pero siempre le costaría sentirse como otra persona.

A su espalda su escudo hizo un murmullo largo, similar a los que hacía Necrostacia. Estaba mucho más hablador últimamente, aunque al igual que con la espada negra de su habla no se podía obtener nada, tan sólo gemidos y lamentos, voces mudas muy distintas a aquella que le había hablado años atrás en Vant. Acarició distraído la cadena con la que lo mantenía encima, pensativo, y al poco rato todos vieron como el descenso terminaba, con un pesado golpe la Puerta de Eclipse tocando el suelo.

Pero, a diferencia de lo que había sucedido con la puerta gemela en su mundo, al llegar esta no fueron bienvenidos sus ojos con cavernas de amatistas que daban a ciudades malditas, con templos al dios de la nada y cosas perversas que buscaban devorarles. Tan sólo una prolija escalera se dejó ver, adentrándose más en la oscuridad y brillando con su blancura marmolada.

Siguieron a Majcel, quien los condujo por aquel descenso encendiendo durante el camino velas que los esperaban, apoyadas en muescas cavadas en las paredes y que él parecía ver en la penumbra sin dificultad. Mientras bajaban Reed no pudo evitar pensar en las innumerables veces que habían tenido que estar sin el claro cielo sobre sus cabezas: la aventura en Belekraz, el Templo del Centro del Mundo, la Forja de Xshathra y luego también el refugio de los rebeldes en Tikielder, si bien este último era más espacioso... Y ahora venía un quinto terreno subterráneo, pero resignado podía afirmar que ya no le importaba. De tanta repetición, había desarrollado una fuerte tolerancia al encierro y al aire viciado de las profundidades.

Alguien rengueando se dejó ver al final de las escaleras, y Majcel tomó una de las velas para alumbrarlo, precavido.

Era Reginald, quien llevaba ahora una tosca pierna de palo sujeta al muñón que le habían dejado y andaba con dificultad, sosteniendo su peso en dos muletas, evidenciando un increíble vigor. Por su apariencia parecía haber estado deambulando sin rumbo durante horas, vagando sin saber a dónde ir por los pasillos. Miró a cada uno con dificultad desde el otro lado de la luz de la vela y al reconocerlos esbozó una sonrisa, aunque el gesto pareció más bien un jadeo nervioso.

-Me alegro de que estén bien- fue su saludo. Reed no pudo evitar sentirse culpable, viendo cómo Linith abrazaba al médico. El hombre levantó la vista sobre el hombro de la niña, volviéndose al general Majcel con una súplica muda.

-Tu compañera pereció- le explico él deva albino con voz queda- Lo siento mucho. Fue utilizada como sacrificio por Bali antes de que el enemigo se mudara de campamento.

Algo en Reginald se cayó, como si se desprendiese parte de su piel o de su alma. El rostro de infinita angustia y tristeza con el que miraba la nada se le grabó en la retina a Reed, pero Majcel no perdió más tiempo y siguió su avance por el pasillo, los tres siguiéndolo y ofreciéndole arrepentimientos mudos a un Reginald paralizado, del cual Linith separó su abrazo y que con una mirada sorda les pidió que marchasen. Obedecieron, con culpa y sin decir nada y poco después Reed se volteó para verlo moverse, arrastrando el pie para perderse por algún sitio.

El resto del trayecto Reed lo pasó jugueteando con el pomo de su espada, sumidos todos en un silencio profundo que ni siquiera Necrostacia se atrevió a romper. Se sentía mal, dolido, pensando que le había fallado a quien había podido darle una mano. Además, no era la primera vez que se encontraba con muerte. Los Bellow, las víctimas de la Forja, Osald Assadan y su maestro...

Era siempre un suceso doloroso, el ver a alguien partir. La ausencia de esa persona te iba a acompañar siempre, sin que pudieses hacer ni una sola cosa para evitarlo, y los recuerdos buenos eran los que más punzaban, con su añoranza carcomiéndole a uno el corazón.

Pensó en la reencarnación, la creencia en que las almas volvían a cuerpos en algún momento, que en un futuro otra criatura con el alma de Frankie Incub iba a nacer, incluso seres con las almas de Scarrow, su padre, de Daivok o incluso de él cuándo muriese aparecerían en cien, en mil, en millones, en quién sabía cuántos años. Reed nunca se había puesto realmente a pensar sobre si aquello era real, jamás le había dado importancia hasta el día en que se enteró que él mismo tenía el alma de Albión... Y si era así...

Cerró los ojos, exhalando aire. Nada importaba.

Llegaron por fin a la sala. Era probable que no se hallaran ya bajo tierra, sino simplemente en una casona sin ventanas, muy distinta a las viviendas del desierto que habían visto antes. Allí el entorno era más espaciado y aunque no había aire el frescor parecía más natural, menos de ultratumba. Se dio cuenta entonces de que hasta el momento, lo que había visto de aquella base se asemejaba mucho a como imaginaba un panteón.

Había varias personas sentadas cerca de la gran mesa que dominaba la sala, sin ocupar todos sus asientos. Eran devas albinos, de piel pálida como el cristal y cabellos negros o blancos, ninguno rubio como lo llevaba Linith. Sus ojos refulgían en aquel

espacio poco iluminado y portaban elaboradas armaduras, de amplias hombreras y aceros coloridos, muy ornamentados.

Al ver a los recién llegados varios se pusieron de pie, saludándolos. La mujer que estaba en la cabecera, con el cabello mas blanco que todos hizo una seña y les pidió que se sentaran en los espacios libres que había, a lo cual accedieron encantados, hartos de caminar.

Tenía expresión de disgusto eterno y ojos glaciales, el flequillo cortado recto sobre ellos. Los miró uno por uno, como analizándolos y cuando sus irises rosados se apoyaron en Reed él sintió que se le helaba la espalda, y también una vaga sensación de reconocerla.

-Mi nombre es Rashka Wisel- se presentó- General del Domo Del Sol.

Lo cual significaba un dos a dos. Bali tenía a Ragnar y a aquel otro deva enmascarado, mientras que la candidatura forzada de Arksinad era apoyada por Majcel Kido y aquella mujer. Tan sólo quedaba uno de los cinco generales cuya preferencia o ubicación eran desconocidas.

-Linith- la llamó Rashka al verla, y la niña acudió- Pude enterarme de tu captura. Está claro que de momento lo mejor será que no pases más mensajes. No sabemos si Bali pudo entrar a tu mente.

-No lo ha hecho- sonrió Arksinad, tomando asiento- Hubiera sentido la magia de Bali en su interior, pero está limpia.

-Aquí sabemos poco de magia- la voz de Rashka era monótona, mucho más que la de su camarada colorido- Lo que sí sabemos es que de algún modo Ragnar y su ejército se nos han adelantado en todas las jugadas que hemos hecho. Bali posee algún tipo de espionaje o visión que le permite mover piezas con más tiempo que nosotros.

El brujo asintió, sin añadir nada más. Reed recordaba sus charlas con Scarrow, cuando este le había contado sobre los magos que poseían el poder de leer las estrellas y ver el futuro. Era algo que su maestro debía conocer más de cerca de lo que había demostrado al mencionarlo, siendo que había sido una profecía de esas la que lo había exiliado del Geral.

Pero en cualquier caso, no tenía sentido decirlo. Bali había podido adivinar que Reginald los acogería, incluso había intuido su presencia cuando siguieron a una de esas criaturas que les servían. Su mirada iba más allá que la de ninguno.

Uno de los soldados se llevó a Linith, a procurarle una habitación donde pudiera recuperarse. Notó que la trataban con gran deferencia, mucho más incluso que al médico. Al perderse la niña y quedar los adultos solos, Rashka volvió a sentarse, con una mirada fría invitándolos a presentarse.

-Reaper Assadan- levantó la quijada el guerrero con un gesto desafiante.

-Reed Id Vant.

-Arksinad Eel- completó el mago. Reed vio las miradas de varios de los devas pegarse en su amigo, analizando al joven que planeaban convertir en Sol, al líder prometido con el que jamás ninguno había hablado una sola vez. Muy a su pesar, Reed sentía que Reaper tenía su cuota de razón. Los devas debían de estar muy desesperados como para aferrarse a Arksinad de todas las cosas.

-Bienvenidos- afirmó ella. Eso fue, una afirmación.- Estábamos por dar comienzo a la reunión. Siéntanse libres de expresar sus opiniones.

Levantó una ceja, incrédulo ante la idea de poder postular opiniones ante esos militares fríos y añejados por batallas y desastres. Prefirió guardar silencio y luego

Rashka volvió a hablar, y por su porte al hacerlo hubieran jurado que era la figura más importante del recinto y no en igual rango que Majcel o enemigos como Ragnar Amix.

-Nuestros espías están detectando amplio movimiento en los ejércitos enemigos. Los frentes comandados tanto por Aminor como Ragnar se han unificado en una sola armada, que actualmente invade la zona este de la ciudad.

Señaló con su dedo enguantado el mapa grabado en la mesa, y por primera vez vieron como se veía a la Ciudad Dorada cartográficamente. No era un diseño muy complicado. Había un círculo interior, donde residía Baal –*Domo Del Sol*- una amplia área rodeándolo –*Oesile Nede*-. Luego interrumpía un río que envolvía aquella área en forma perfecta y la separaba de otra al menos tres veces más grande, la ciudad externa donde se hallaban, *Diakaza*.

-La prueba que ha dado Baal es simple- Rashka señaló la primera parte habitable, el puente dibujado como una línea allí para ingresar a ella y miró a Arksinad- Debes hacer un contrato de sangre con alguno de tus generales, Majcel o yo. Y debemos cruzar ese puente antes de que lo haga Ragnar.

-¿Cómo saben que Ragnar es el general de Bali, y no aquel...?

-Aminor apoya a Bali, pero no ha hecho el enlace con él- al oírla hablar Reed recordó al hombre de la máscara de bronce- Sabemos a ciencia cierta que Ragnar es el campeón de Bali. Y hasta que muera, el heredero enemigo no podrá obtener a otro.

Asintieron, sin decir más.

-Propongo dividir el ejercito en dos frentes- Majcel había hablado, pensativo- Uno que intente demorar a Ragnar, sirviendo de distracción. El otro tendrá al general escogido, e ira en dirección opuesta hasta cualquiera de los otros tres puentes que bordean el círculo interior. Ya que los ejércitos enemigos se han unificado, les costará detenernos.

-¿Y quién protegerá a nuestro elegido?- habló otro de los devas de allí. Varios asintieron y entonces Rashka añadió, mirándoles.

-Este primer juego es más una prueba para los devas que para los herederos, si me lo permiten. Por supuesto, su seguridad estará garantizada.

Asintieron, sin decir mucho más. No se sentían particularmente amenazados por aquella prueba.

Los devas siguieron hablando entre sí, con la relativa calma e indiferencia que parecía caracterizar a los albinos de la ciudad. Un par opinó acerca de iniciar la confrontación, ya que al parecer las distancias eran demasiado largas y corrían el riesgo de que la prueba comenzara sin que estuviesen siquiera cerca del objetivo. Sin embargo pocos compartieron su opinión, y la idea continuó aferrada al plan original, mientras Reed dejaba de verlos de punta a punta y enfocaba la vista en el mapa, intentando desentrañar la figuras que allí había, las fichas punteadas que representaban a las unidades aliadas y enemigas y también algo más, el cuadrado negro dibujado a bordes de la ciudad, aquel lugar sin nombre sobre el que se sentía muy tentado de preguntar.

-Francamente, tenemos todas las de ganar- se inclinó Majcel de hombros, y las puntas de su sombrero de bufón parecieron rechinar- Tres puentes para ingresar, mientras que todo el ejercito de Ragnar se atoró en uno, más el hecho de que el enemigo no sabrá cual de los nosotros dos fue elegido como campeón, si Rashka o mi persona. La ventaja del oponente se ha vuelto nuestra fuerza.

Entonces fue que la vista de Reed volvió de nuevo al centro del grabado, olvidando de momento el cuadrado oscuro. Las voces de quienes opinaban y debatían fueron perdiendo consistencia en su mente, la vista se le nubló y pronto ya no podía entender

nada de lo que decían, mientras que su consciencia se dividía en dos: una parte que analizaba el mapa, comprendiéndolo por fin y llenándose de terror y otra que le susurraba al oído, le cantaba con sorna, su terrible lenguaje haciéndose más y más ruidoso por sobre los otros sonidos apagados, aquellos serios generales y militares que ya tan poco le importaban haciéndose bruma en su mente, su mente se hacía bruma en general y se perdía, caía, la oscuridad se lo tragaba...

No se dio cuenta de que se había puesto de pie, con un manotazo a la mesa.

-Esperen- le sorprendió oír su propia voz, el silencio en el que todos lo contemplaban- ¿Sólo la mitad de su ejército detendrá a Ragnar?

Rashka asintió, viéndolo a los ojos. Algo en su rostro se le hacía más conocido que nunca, sin saber por qué.

-Fallarán- dijo, a ella más que a nadie- Ragnar tiene a todo su ejército allí. No podrán impedir que invada Oesile Nede.

-Pero llegaremos antes- dijo ella- La prueba estará cumplida.

La mirada que él le dirigió debió de haber sido helada, mucho más que la que siempre tenía porque vio la cabeza de cabello blanco retroceder como si la hubiera cacheteado, apenas un ápice.

-¿Es todo lo que importa, la prueba? ¿Qué pasa con los devas que viven en Oesile, a los que la guerra aún no ha tocado? ¿Dejarán que Ragnar también se instale allí, tan sólo por ganar? ¡Vieron lo que le ocurrió a Frankie! ¡Deberían dejar de perder el tiempo, atacarlo ahora!

La voz de Rashka tuvo la monotonía de siempre al responderle, aquel tono que no era ni alegre, ni enfadado, ni triste, algo automática que parecía común en toda la elite guerrera deva.

-Sufrirán varios, sí. Pero no he visto que ninguno de ellos tome las armas para luchar. Nosotros en cambio sí, pero nuestro deber es llevar a tu amigo al trono, no defender al pueblo más de lo que ya lo hacemos.

Esta vez él retrocedió, lívido.

Menudo ejército era ese con el que los amados hijos de Baal contaban, menuda armada era aquella que no protegía a los habitantes, que dejaba a un monstruo como Ragnar ocupar el centro con la excusa de la victoria.

-¿Así de crueles?

-Así de prácticos- respondió ella. Lo miraba a los ojos, y por algún motivo el recuerdo se apoderó de su mente, pero era un recuerdo que lastimaba ya que no lo podía identificar.

La cabeza estaba a punto de estallarle. Las sienas le palpitaban, y se sentía enfermo, sin poder dispersar la bruma que había cubierto sus sentidos, la voz que le susurraba, la ira que lo dominaba, la sensación de querer eliminarlo todo. Si cerraba los ojos sabía que podría volver a verlo: las esculturas de hielo, la figura escondiéndose tras ellas, aquel sueño de anhelo que lo había estado persiguiendo desde que volvió a Vant. Si estiraba la mano, si lo intentaba... Sus ojos se cerraban, y allí estaba la silueta, la misma que hablaba a su alma. Si la llegaba a ver...

-Reed- la serena voz de su amigo lo sacó del trance. Reaper lo observaba, preocupado.

Tras él Necrostacia pegó una risotada burlona, y su escudo la imitó. Vio la mirada de Rashka pegarse en la espada negra, por primera vez mostrando expresión; una expresión mal formada que parecía ira y sorpresa, pero su rostro volvió a la normalidad al volver a hablar Reed, como si fuera elástico.

-¿Así de cruel?- repitió- ¿Lo dejarán atacar, capturar o sacrificar a quienes Baal protege, repetir lo que ocurrió aquí en Diakaza?

Ella no respondió, pero Majcel sí.

-¿Y cuál es tu sugerencia?

Por fin podía oír verdadera irritación en su voz.

-No lo sé. ¿Quizás impedir que Ragnar entre a Oesile, con todo su ejército?
¿Defender a los habitantes?

-Nos contentamos con defender al heredero- se excusó Rashka.

-Dudo que Arksinad necesite tanta protección- escupió- Apuesto incluso que es más fuerte que cualquiera de los que están aquí.

El mago no pudo velar la sonrisa que tuvo al oír aquello, encajando el cumplido con un asentimiento. Reaper en cambio le miraba con toda la imagen de preguntar “¿*Qué demonios haces?*”.

-Es probable- concedió Majcel- Pero dudo que sea más fuerte que Bali, Ragnar, Aminor y todos los hombres que reunieron juntos. Así que precisan nuestra ayuda, lo quieran o no.

-Y ustedes la nuestra.

Esta vez Arksinad se había puesto de pie, y Reaper no pudo evitar mascullar un insulto resignado. El mago levantó el ala de su sombrero frente a todos, sonriendo, y miró a Rashka.

-Aún no he elegido a mi campeón, ¿no es así? Y hasta que lo haga ni siquiera estamos calificados para iniciar la prueba. Así que, por decirlo, todos nos tenemos agarrados de...

Reaper tosió, y Arksinad pareció sorprenderse, como recordando algo. Luego volvió a dirigirse a los devas que allí había, sonriendo mientras poco a poco se alejaba.

-Así que lo pensaré- les dijo- Si realmente quiero un campeón. Y me gustaría que ustedes pensarán en si realmente quieren ignorar a los habitantes de Oesile Nede.

-Esto no tiene sentido.

El tono de Rashka era neutro, pero la misma cara de perplejidad que tenía se dibujaba en todos los que estaban allí sentados. Reaper suspiró, levantándose también y murmurando algo por lo bajo y también marchó, llevándose a Necrostacia tras la espalda y uniéndoseles para abandonar la sala, dejando a los allí reunidos mudos y consternados.

-Busquemos un lugar para descansar- habló Arksinad, levantando la voz para que lo escucharan- Quizás después de todo la posición de Sol no vale tanto la pena.

Se perdieron entonces tras el pasillo.

-¡Estos guerreros son unos inútiles!- estalló por fin, en la tranquilidad de la habitación que les habían reservado.- ¡No me sorprende que Ragnar se hiciera con el control de Diakaza! ¡Si lo único que hacen es dejarlo avanzar!

-Puede que tengas razón- se inclinó de hombros el mago- Pero gritar en la cara de Rashka me parece lo más inútil al respecto, con tu perdón. Esos albinos tan serios de seguro están enfadados contigo ahora.

Pifió, despreciativo y se dejó caer en el colchón de plumas, casi rebotando por lo relleno que estaba. Un esclavo deva los había encontrado deambulando y se había dispuesto a llevarlos a donde pudiesen descansar, con la severa advertencia de que estaba prohibido dejar el lugar.

Al llegar a la habitación Reed sufrió un desagradable deja vú, pues la manera en que estaba dispuesta se asemejaba demasiado al cuarto donde había dormido junto con sus amigos, Cax y Eluid antes de enfrentar a Skectral. Lo único que cambiaba era el aire distinto, el tinte sombrío de aquel muerto espacio pegándose hasta en la frescura de las sábanas.

Ni Reaper ni Arksinad parecieron darse cuenta de la similitud, o si lo hicieron, no quisieron expresarlo. Reaper se apoyó contra la pared y prosiguió con la interminable tarea de limpiar a Necrostacia. Arksinad en cambio se arrojó contra su cama, bajando el sombrero para que tapara sus ojos y diciendo.

-Si no les molesta, dormiré un rato. Todo este barullo me tiene algo cansado.

No le prestaron atención, dejándolo a sus anchas. Desde su propia cama Reed entonces lo miró: el fuerte sol de Diakaza había conseguido lo imposible y le había cedido algo de color a ese rostro, ahora apenas tostado y de cualquier forma irreconocible la sangre deva en él. Si era cierto que uno de los padres del mago había venido de la ciudad, de algún modo sus rasgos habían sido completamente aplastados por el de su progenitor humano. Observó la cicatriz que extendía su boca, los hilos negros de Asherat siempre en movimiento. Era para reírse qué tan poco sabía de aquel brujo, y sin embargo confiaba en él.

-Lo que hicieron ustedes dos allá fue una idiotez- musitó Reaper, pensativo- Si bien los entiendo. Pero debemos usar bien lo que tenemos... Arksinad, sería mejor que luego de un rato fuéramos con Rashka y Majcel e hicieras el jodido pacto. Si por casualidad un tercer heredero llegara a aparecer, enseguida nos convertiríamos en víctimas de estos caras pálidas.

Hubo un asentimiento vago en el mago, cuya boca ya estaba entreabierta por el sueño. Reed calculaba que en un rato lo oirían roncar.

No dijo nada, pero supo que muy a su pesar el guerrero llevaba la razón. El momento de ser héroes no era ese. Debían ser prácticos.

Se levantó, juntando energías de no sabía dónde y buscó su reflejo en el espejo maltrecho que había en el baño anexo. Le devolvió la mirada un rostro calmo, demasiado calmo y que creía no se asemejaba en mucho al que había tenido al dejar Vant por primera vez, en aquellas épocas colmadas de sol e ilusos sueños. Sus ojos eran grises, profundos y helados como escarcha, el cabello negro le caía sobre la frente, oscuro como carbón, y si se esforzaba creía poder ver odio en sus facciones, latente y a punto de salir por cada poro de su piel.

Lo interrumpió un golpe apresurado en la puerta. En la habitación Arksinad ya había caído dormido, roncando leve, y fue Reaper quien tuvo que abrir, sosteniendo a Necrostacia precavido.

Otro esclavo estaba del otro lado. Era el segundo que veían por el momento, y aunque encontraban desagradable la costumbre tenían que admitir al menos que a los esclavos de la Ciudad Dorada se los veía mejor cuidados que los de la Forja, bien

alimentados y sin heridas. Este por ejemplo parecía perfumado y bañado, con argollas de oro bajo los hombros y ligereza al moverse y hablar.

-Rashka Wisel te espera en su habitación. Quiere hablar contigo.

Miraba a Reaper. Desapareció tan rápido como había venido, como si sus pies tuvieran alas, y los dejó en un silencio perplejo.

-¿Eso te ocurre muy a menudo?

El guerrero rio con el comentario, colocándose encima su abrigo negro y dirigiéndole una última mirada.

-Sabes que soy leal a Amu- puso a Necrostacia en su espalda, también, y contempló al rubio que roncaba a pierna suelta- Veré qué ocurre. Si las cosas se ponen feas, deberemos huir de aquí.

Asintió. La túnica de Reaper estuvo a punto de dejar el umbral, y entonces el otro recordó algo, dándose vuelta y mirándolo con franqueza.

-Y no hagas ninguna locura.

-Lo mismo te digo.

-No seas idiota, Reed- suspiró el kamuita- Sabes a lo que me refiero.

“Y tú también”, pensó. Había logrado esbozar un intento de sonrisa, que se desvaneció apenas vio a su amigo cerrar la puerta a su espalda.

Luego se arrojó contra su cama, dejando escapar el aire y con el techo abarcando su ver.

Tenía la mente en blanco. Los últimos sucesos, desde que había cruzado el portal de la Forja hasta ahora habían sido demasiado veloces y no había tenido un sólo segundo para descansar, pero ahora que lo tenía sentía que a diferencia del mago no podía aprovecharlo. Se quedó mudo, los ojos abiertos contra la blancura de arriba, y estiró entonces el brazo hacia el sol que no veía, tal como lo había hecho en Vant antes de todo.

Baal. Los guerreros del Domo del Sol. Bali Gladiar y Ragnar Amix. Los devas. El juego del heredero. Deihr. Incluso cosas pasadas pasaron por su imaginación, Eluid y su venganza, Shimari y la belleza de Sadalsuud, el anhelo y la espera de Sephid tras la puerta.

Dejó caer su brazo de nuevo, cerrando los ojos. Fue sólo un momento, una fracción de segundo pero creyó ver entonces a una figura parada al borde de su cama, cerca de su escudo.

No levantó los párpados. En cambio los mantuvo cerrados, temblando, su pulso apenas tomando fuerza mientras se convencía de que, efectivamente, allí había alguien. ¿Pero quién? Era para creer que se estaba volviendo loco, que los últimos sucesos de su vida habían hecho mella con su pobre cerebro.

Tomó aire, intentando no hacer ruido ni moverse mucho. Sentía que aquella cosa, lo que fuera que lo visitaba era frágil y que un sólo movimiento en falso podría hacerla desaparecer. Pronto hasta los ronquidos de Arksinad se desvanecieron, y antes de que pudiera intentar hacer contacto con el ser recién llegado su mente se adentró en la inconsciencia como quien cae a un pozo.

Otra vez.

El mismo lugar, como siempre.

Esta tan frío y desolado...

Y claro, cómo no lo va a estar. El hielo abunda por allí, hielo eterno en la forma de brazos, de doncellas, de cuerpos y bestias. Todas las esculturas parecen brillar, transparentes, dejándose atravesar por la luz de los ventanales y mirándolo con sorna, cada una en su puesto, en el pedestal que le corresponde.

Hay un pedestal donde algo lo espera.

Corre. No levanta polvo al hacerlo, el polvo que sedimenta el suelo, que mancha el alfeizar por donde la luz lo revela como partículas flotantes. Se siente juzgado por los ojos helados, por la perfección que el escultor de aquellas cosas ha cedido en cada rasgo, la atención al detalle casi enfermiza que ha puesto en su obra. Esas estatuas lo miran, y a su súplica muda la corea una risa jovial, perdiéndose tras las altas columnas.

Esta vez va a alcanzarla.

Flota. Sabe que no está en su cuerpo, que es tan transparente como el hielo e inclusive aun más etéreo que este. Es él, como nunca lo fue antes. Se desliza así a través de todo, decidido, enajenado. Se halla como hipnotizado por la imagen que corretea, que baila oculta por quienes no pueden moverse.

Y luego ve una estrella. Escucha un nombre.

Abre los ojos.

Abrió los ojos.

Su respiración era pesada, y fue lo primero que sintió. Tan sólo sentía, no pensaba.

Tomó el escudo al pie de su cama, aferrándolo a la espalda con más fuerza de la necesaria y se encaminó a la salida.

-Reed...- Arksinad continuaba con los ojos cerrados, pero había percibido su movimiento- ¿A dónde vas?

-Iré a dar un paseo.

Las palabras habían brotado de su boca sin su iniciativa. Se vio saliendo de aquella habitación que tanto le hacía recordar a Scarrow, caminar por los pasillos como si pudiera observar su cuerpo desde arriba, como un marionetista. Era la sensación de que alguien más lo controlaba, que impulsaba sus movimientos compartiéndolo.

Pero no, era él. Reed Id Vant.

Y había hecho una promesa.

...

-Adelante.

No perdieron un segundo en abrirle, y Reaper tampoco lo hizo en pasar, cerrando la puerta tras él. La habitación de la general era mucho más acomodada que aquella que les habían cedido, con una elegancia femenina que no esperaba en ella; volados y almohadones mullidos en el asiento, velas altas y espejos de decoro.

Rashka también se había deshecho de su armadura, y vestía con modestos ropajes blancos. Su atuendo casual sin embargo no ocultaba la frialdad y rigidez de sus

movimientos, así como el pequeño tatuaje en su mejilla que la identificaba como un alto mando. El rostro continuaba siendo piedra al sentarse del otro lado de la mesita de cristal, donde dos vasos altos con contenido verduzco aguardaban.

La imitó, apoyando a Necrostacia al lado de su asiento con fuerza con toda la intención de poner puntos en las íes. Los ojos rosados de su anfitriona se volvieron a la espada, momentáneamente, y luego señalaron los vasos entre ellos.

-*Kaso*- le explicó- Destiladas del jugo de los cactus de la zona sur, y con un fuerte agregado en menta.

Él asintió, impávido. No pensaba hablar ni soltar el mango de su arma hasta que ella llegara al punto. Ni beber aquella cosa.

La militar pareció percatarse de su resolución, y suspiró lamentándose.

-Te he llamado, en parte, porque creo que hemos comenzado con el pie izquierdo.

Ladeó la cabeza, concediéndole aquello. Rashka apuró un sorbo del alargado cristal, aunque no pareció que hubiese bebido mucho. Luego lo miró a los ojos.

-Tu amigo está desesperado por matar a Ragnar Amix- dijo- Pero Ragnar es quizás el más poderoso de todos los generales que hay, y el que más lealtades se ha podido granjear en estos últimos años. El ejército de Diakaza no puede permitirse arruinar nuestra victoria en esta posible prueba por una magra chance de asesinarlo.

Asintió. Sabía que haberse mostrado más de acuerdo durante el consejo era el motivo por el cual lo habían elegido a él para ir y no a ninguno de los otros dos.

-Quieres que convenza a Reed, para que Arksinad se convenza de unirse a ustedes...

La otra estuvo a punto de asentir, satisfecha. Pero Reaper aún no terminaba.

-Pero mientras tanto, ciudadanos siguen siendo asesinados.

Si pensó que ella iba a enojarse, se equivocaba. Con cierta parsimonia asintió, dejando el vaso de nuevo en su lugar.

-En efecto. Pero nosotros nos concentramos en el final, no el intermedio. ¿Estás enterado de que Baal es el dios del tiempo, no es así?

Por fin decidió tomar algo de aquel líquido, mientras hacía un asentimiento vago. Era una bebida helada, mentolada, muy refrescante que imaginó debía ser todo un éxito por aquellas zonas desérticas, si bien podría haber jurado que traía algo de alcohol.

-Y a Baal le interesa el destino- añadió ella viéndolo beber- Ahora, como nosotros lo vemos, existen dos destinos. Tu amigo puede ganar el puesto de Sol y el Rubí de Sangre, y la condición social de los devas albinos y tostados continuará como Baal lo ha querido siempre. O puede ganar Bali, y escenas como las que tanto irritan a tu compañero de ojos grises se repetirán en nuestra historia durante todo su mandato.

-Lo dices como si no te beneficiara. Si Ragnar venciera, su situación se mejoraría por creces.

Hubo un sonido brusco.

Le pareció alta al verla pararse, con el vestido blanco que se había puesto ondeando por el movimiento. El rostro de Rashka seguía tan indescifrable como siempre, pero un leve temblor en sus manos le hacía discernir que la había logrado enfadar.

El mismo temblor hubiera estado en la voz, si se hubiera dignado en contestarle. En cambio la vio apretar los labios con dureza, disgustada por lo que había oído. Reaper dio otro sorbo de aquel brebaje, dejándolo refrescarle la garganta. Pensó que su pueblo de Eclant hubiera estado agradecido de tener algo así.

Para cuando Rashka volvió a hablar, lo miraba con un gesto extraño, poco fácil de identificar.

-Estabas precavido al venir aquí. Quizás pensabas que quería algo más de ti...

-Tengo una prometida- levantó la mano.

-Es una lástima- si era una lástima de verdad, sin duda su rostro no dejaba entreverlo- Pero mientras tú amas a esa mujer, nosotros los guerreros del Domo amamos a Baal. Los verdaderos guerreros, sus verdaderos servidores jamás lo traicionaríamos como lo está haciendo Ragnar. Así que no, Reaper Assadan, no tengo interés alguno en negar a mi dios para mejorar mi situación.

Le sostuvo la mirada, desde abajo. Había aflojado ya los dedos del mango de Necrostacia y por eso mismo los apoyó sobre el regazo, sin estar dispuesto a bajar un ápice su actitud ante la ira controlada de aquella doncella de acero, buscando las mismas pupilas de sus ojos.

Al rato Rashka volvió a sentarse, más relajada. Parecía haberse percatado de que la charla llegaba a un punto de filo e intentaba calmar los ánimos.

-Créeme, tenemos tantas ansias de tener la cabeza de Ragnar como ustedes. Siempre que un general ha traicionado a Baal, significó al final un enorme retroceso o pérdida para nuestro pueblo. Incluso aún por estos años nos estamos recuperando del daño que nos hicieron Idgray y su hermano Albion...

No oyó el resto. El vaso se apoyó con un sonido seco.

-¿Albion?

Ni él hubiera esperado la afectación que había en su voz. Rashka al parecer sí, a juzgar por cómo se curvó apenas la comisura de su boca con sorna.

-Sí. Albion, su legendario héroe allá en el otro mundo. Pero aquí conocemos a Albion tanto así a como un traidor. ¿Imagino que no sabes la historia?

Negó, por una vez interesado de verdad. Lo que no sabía ella era que él tenía a una persona en mente al escucharla, a un muchacho que era su amigo y que sabía se estaba dejando consumir por su propia oscuridad.

-Albion e Idgray Decaieron fueron hermanos, grandes guerreros albinos del Domo hace ya más de cuatrocientos años, como lo son los hombres que ves aquí o más aún los que acompañan a Ragnar. Debo admitir sin embargo que ellos eran mejores. En aquellas épocas nuestra amada Ciudad se enfrentaba a un verdadero peligro y los combates se propagaban por doquier. Y ambos luchaban.

»No tardaron en ser promovidos a generales; –el dedo de Rashka revolvió los hielos de su vaso mientras hablaba, ensimismada- y se los recuerda como los más gloriosos que nuestra raza pudo tener. Experimentaron cientos de combates bajo el favor de Baal, liderando al ejército a su gloria y manteniendo a raya al enemigo. Fueron considerados los primeros Héroes de verdad, ambos, y cada uno solo era capaz de enfrentarse a un batallón por su propia cuenta y vencer: tal era su valía... Los soldados los seguían, con más fervor del que se suele ver entre nuestra gente, respetuosos de ambos y sus habilidades...

Hizo una pausa. Miraba el líquido que había revuelto con el dedo, sin disponerse a tomarlo. Los hielos de adentro estaban ya casi derretidos, y tintineaban contra el cristal con un sonido que era relajante en el silencio.

-¿Y luego?- la apuró Reaper.

-Y luego la sacerdotisa de Baal de esa época, Ailai Wisel, murió. –dio un suspiro entristecido, y se echó hacia atrás- Y tanto Idgray como Albion traicionaron a nuestro dios, tomando gran parte del pueblo y conduciéndolo hasta su mundo.

“Y formando Dammed Oah” pensó él, maravillado. Y no sólo Dammed Oah. Todavía tenía en su mente muy fresco el encuentro con su padre y Oblivion, allí en el

legendario Templo de Idgray al norte de su pueblo natal. Era un lugar salido de la nada, de estructuras tan extranjeras como lo era la ciudad maldita, esculturas de un antiguo héroe ya olvidado que ahora sabía al menos alguien recordaba.

Idgray Decaheron. El hermano de Albion.

Como si lo alumbraran de repente recordó una escena, una imagen. El cadáver del legendario mago atado a su trono, en su descanso final, y bajo sus pies un hombre dormido, lo que ahora sabía era un deva albino de cabello impoluto y largo. ¿Sería posible que...?

Dudaba, qué tanto quería contarle a la general de lo que había en su mundo mientras tomaba un último sorbo de kaso. Sentía que era mejor primero armar las piezas de la historia solo en su mente, como cuando investigaba sobre las espadas legendarias con su padre.

-Se llevaron a casi un cuarto de la población- dijo ella- Y más aún se llevaron a dos de las espadas que Baal había forjado, Oblivion y Drassil.

No pudo evitar escupir lo que había tomado, si bien pudo taparse la boca. Habló de cualquier forma, ignorando los modales.

-¿Baal creó las espadas?!

Rashka asintió, serena.

-Drassil, Necrostacia y Oblivion. Baal fue el forjador de semejantes poderes, es así... Pero todas fueron robadas. Y ahí viene el otro motivo por el que te invité aquí.

Se puso de pie, mirando por fin de frente a Necrostacia. Le había dado vistazos nerviosos cada tanto, demostrando su interés, pero Reaper no había sentido alarma hasta ese momento.

-Hubo un traidor, antes de Albion e Idgray- le dijo, más mirando a la espada que a él- Uno mucho más antiguo y que aterrorizó nuestras tierras. Si vamos a ser sinceros, la razón por la que los hermanos Decaheron no se llevaron las Tres Espadas de la Nada es porque siglos atrás alguien ya se había apropiado de la que no pudieron obtener, Necrostacia.

Al oír su nombre de nuevo a su lado el arma ronroneó, pidiendo ser sujeta. Reaper no le prestó atención, demasiado concentrado en lo que oía e imaginando a su padre allí, el rostro febril y emocionado que hubiera tenido Osald Assadan al obtener tanta información.

-Su nombre era Grimold Styxer- le explicó ella- De una época en donde aún no existían generales. Era un mago codicioso, cuya ambición destruyó múltiples futuros y condenó a miles de inocentes... Y esa ambición fue la que lo llevó a seducir a una de las antiguas sacerdotisas de Baal, para poner las manos en Necrostacia.

-¿Simplemente así la robó?

Ella asintió.

-La sacerdotisa fue reemplazada por un nuevo Sol- le explicó- La misma que mencioné antes, Ailai.

»Una vez Baal te escoge, mueres cuando has cumplido tu deber... Y Ailai hizo el suyo, sacrificándose para enfrentar a Grimold y reparar el error de la anterior. Baal utilizó su cuerpo y toda la magia de esta dimensión, formando el Rubí de Sangre como una barrera que detuviese el enemigo.

»Y funcionó... Pero al ver su tarea terminada, los generales que antes habían luchado contra las huestes del monstruo Grimold decidieron hacer la traición de escapar de la Ciudad Dorada. Y así, Albion e Idgray dejaron nuestro mundo con las otras

espadas... Y el primero volvió, años después, mucho más fuerte que nunca. Logró separar a Necrostacia de Grimold, y dormir al enemigo negro para siempre.

“*Y crear la Estrella Oscura*”. Armaba más partes de la historia, sin decir una sola palabra. Todo conectaba, todo lentamente formaba algún tipo de trama que todavía era demasiado compleja como para comprenderse.

-No lo hizo por Baal- dijo Rashka con disgusto- Sino por la sacerdotisa muerta, Ailai. Pero lo entiendo. Ailai Wisel era mi ancestro, y tener su sangre me llena de orgullo.

Esta vez asintió él. De haberla oído hablar ya se había anticipado a aquel hecho.

-¿Y qué quieres de mí entonces?

-Grimold de por sí no era maligno- continuó Rashka sin prestarle atención, haciendo un camino corto frente a sus ojos, vuelta y vuelta pensativa- Fue Necrostacia quien lo corrompió. Así que entonces escúchame, Reaper Assadan. Ese acero negro es algo terrible, y los poderes que te otorga están envenenados. Debes estar enterado de que tu espíritu poco a poco se desvanece.

La espada a su lado rio, con malicia hacia la militar que hablaba. Él se percató de que su mano estaba en el mango de hueso, sujetándolo en defensa, como si la otra pudiese intentar arrebatárselo.

-Igual que a Grimold... -observó ella esa actitud, en su tez albina entremezcladas la curiosidad, el desprecio y el interés- Pero a diferencia de ti, el poder que Grimold ganó al blandir a Necrostacia le permitió fusionar su espíritu con el de la espada, uniendo sus destinos. Y si Necrostacia llegara a volver a donde Albion dejó a aquel devorador, el enemigo que hace tantos años aterrorizó Diakaza despertaría en una cruzada por maldecir todo lo que Baal pudo haber logrado para sus hijos. Y eso, como descendiente de Ailai, no puedo permitirlo.

No asintió, sino que la miró a los ojos, instándola a seguir.

-Entonces.

-Entonces no quiero tu espada- le dijo ella, franca- E incluso estoy dispuesta a enseñarte a usar sus verdaderos poderes. Pero quiero la certeza de que por ningún motivo te acercarás al Tártaros, el edificio en las periferias donde Grimold Styxer dormita. De tan sólo intentarlo, créeme que por una vez el ejercito del Domo del Sol olvidará sus diferencias y seremos los cuatro nuevos generales quienes te daremos caza.

Sonrió feroz al oír aquello, mostrando los dientes.

-Suena interesante- se puso de pie, sonándose los huesos del cuello- Y lo prometo.

Tuvo la impresión de que Rashka le devolvió parte del gesto con sus colmillos de deva, aunque fue tan fugaz que quizás se trató de una ilusión basada en lo que pensaba una mujer guerrera hubiese hecho en aquella situación. De cualquier forma, no hubo mucho tiempo para pensarlo. Tras ellos alguien tocó la puerta con prisa, casi con desesperación.

-¡Reaper!

Era la voz de Arksinad. Ambos se miraron, yendo a abrir la anfitriona y el joven rubio entró sin pedir permiso, ignorando a Rashka y dirigiéndose directamente a él.

-Es Reed- le dijo, y en el rostro que siempre portaba una sonrisa poco creíble ahora tan sólo había desvelo- No puedo sentirlo por ningún lugar de la base... ¡Va a atacar a Ragnar!

...

Fue cuando escuchó el nombre de Idgray.

No sabía lo que hacía, parado tras la puerta y oyendo la charla que Reaper sostenía con la general. En una situación normal la acción lo hubiera hecho avergonzarse, pero ahora se hallaba vacío, despojado de todo, gris.

No creía que algo en él hubiese cambiado, sino más bien que emergía. Era como ser un espectro, el único ser real de la existencia, como un único árbol en un mundo de brumas e ilusiones.

Pero, a veces las ilusiones decían cosas.

Idgray Decaheron. En cuanto oyó aquellas palabras pronunciarse fue que algo en él se soltó, como si una tuerca se quebrara. Fue un estallido en su propia alma, y aunque se mantuvo tan perturbador e inmóvil como antes sus iris solos se levantaron, desenfocando lo que había al frente, buscando el pasado ya tan perdido.

Idgray.

“Yo tenía un hermano.”

El pensamiento fue lastimoso, casi agónico. Pero no podía quitárselo de encima. Él, él que había sido en algún momento Albion, él había tenido gente que conocía y amaba y los había olvidado. Y de todas esas personas, supo con seguridad que los nombres de Ailai e Idgray habían sido, en formas distintas, los que más le habían importado.

Inspiró hondo, continuando su calmo avance por los oscuros pasillos de la mansión que habían convertido en base esos devas que tan leales a Baal se proclamaban. Alguna vez, en otra vida, de seguro algún sentimiento similar lo había impulsado. Pero ahora estaba seguro de que había perdido mucho, y de que fueron aquellas mismas pérdidas las que lo condenaron a escupir a su propio dios, a abandonar la Ciudad Dorada.

¿Y no era en cierta forma Ragnar similar? Habían pasado siglos y siglos de injusticias para los albinos hasta que por fin uno de ellos quiso ponerle fin a esa situación. En aquel punto, algo débil y escondido en su corazón se compadecía.

Ah...

Pero Ragnar no era un héroe, ni planeaba serlo. Era un villano, de aquellos que por su sólo existir generaban pérdidas y sufrimiento. Aquello solo le servía de justificativo para querer aplastar su cráneo entre las manos tal como lo deseaba ahora, tan fervientemente que podría haberlo sumido en la más honda locura.

Matar. Eliminar. Borrar. Corregir.

-¡Hey!

No se dio cuenta de que había pasado a Linith, tal era su concentración en sus pensamientos y el camino. Se detuvo de golpe, sin dignarse a darse vuelta.

-¿A dónde vas?- inquirió la niña.

Tardó unos segundos en responder, dejando el pasillo en un silencio sordo. Pensaba en qué decir, sabiendo que no tardarían mucho en rastrear sus pasos.

Al hablar sintió como que otra voz se le superponía. Se volteó hacia ella, tranquilo.

-Dile a Rashka y a Majcel que me fui a realizar el trabajo que ellos deberían. —se volteó de nuevo, sintiendo algo como un abrazo y tras él su escudo pareció encogerse de cariño- Adiós, Linith.

Siguió avanzando.

-¡Reed!- lo llamó ella, pero al poco tiempo ya estaba demasiado lejos y no se animaba a detenerlo. De cualquier forma, no pasó mucho hasta que inclusive esa voz y ese encuentro le fueron ajenos, borrosos, distantes. Era como caminar en la oscuridad alzando una vela, consumirse por esa llama, ignorando todo lo demás pues al rato las penumbras del olvido volvían y lo hacían irrelevante.

Se entregaba a aquel sueño despierto, caminando como un muerto. Pero vivía. Respiraba y pensaba, o más bien tenía ideas entrecortadas, deseos rabiosos e inexplicables. De alguna forma conseguía ubicarse, atravesó los corredores desprovistos de guardias y luego accedió a la escalera, subiéndola para detenerse en donde la Puerta del Eclipse se alzaba.

Había una muesca allí, para la llave necesaria que lo dejaría salir, la que Majcel tenía. Sin algo como eso, escapar de la base para cumplir con su deber le sería tan difícil como abrir el Templo del Centro del Mundo sin la estrella anteriormente unida a su escudo.

Al pensar en aquello el arma murmuró, perezosa. La descolgó de su espalda, tomando la cadena y sin pensarlo mucho la apoyó sobre la muesca.

Su mayor tesoro resplandeció con un color grisáceo, total. De su metal rojo emergieron lazos, ramas de acero helado que entraron por el agujero, tomándolo ante sus ojos y agolpándose en él, superponiéndose hasta formar una buena imitación de la llave necesaria.

La Puerta Del Eclipse se destrabó, abriéndose, y las ramas volvieron por donde habían salido, dejando la superficie de su reliquia tan plana y resplandeciente como siempre, como si jamás algo por el estilo hubiese ocurrido. También había silencio allí, un silencio que le acompañaba, la constancia de una voluntad inteligente.

No le importaba.

Pisó la puerta, iniciando el ascenso hacia la superficie.

...

Habían estado buscando a Reed por todos lados, apurados en partida doble por la necesidad de sentirlo a salvo y el hecho de que pronto llegaría el amanecer. Rashka misma ordenó a varios de los soldados que rastrearan hasta el más mínimo rincón de la mansión para encontrar a aquel joven humano y hasta incluso Reginald se había ofrecido a avisar si lo veía, arrastrando su pierna de palo algo más calmado desde la muerte de su amada.

Pero era en vano. Donde fuera que se entrometieran, por donde sea, fueran las cocinas, las habitaciones de los soldados, los cuarteles de planeamiento y tácticas, las salas de entrenamiento o descanso, en ningún sitio el pueblerino de Vant aparecía. Tanto Reaper como Arksinad sintieron algo contraérseles, angustiados. Conocían a Reed, sabían lo mal que había estado desde el día en que Scarrow había muerto, lo mucho que le había afectado. La sola mención de su maestro y la batalla con el dragón provocaba en el joven la más árida de las respuestas. Si por culpa de ellos era que él había intentado una misión suicida...

-No está- resolvió por fin Majcel, encontrándolos en un pasillo con su cara de perpetua tristeza- Su amigo se ha esfumado como la escarcha. ¿Es acaso un mago?

Negaron. Sabían que no tenía la capacidad de transportarse fuera de las barreras del lugar, y además, ¿A dónde iría? Desde esa dimensión no se podía sentir ningún lugar cargado de magia al que pudiera dirigirse.

Así que no pudieron responder, metidos en sí mismos y sus arrepentimientos. Majcel suspiró, negando. Con seguridad tanto él como Rashka se hallaban más preocupados por el poco tiempo del que disponían, la necesidad de convencer a Arksinad de hacer contrato con uno de ellos. El cielo continuaba oscuro, seguro era aquello, pero no pasaría mucho tiempo hasta que el radiante sol de la ciudad de oro hiciera su reaparición.

Y entonces los puentes a Oesile Nede bajarían, y la primera prueba comenzaría.

-¡Majcel! ¡Majcel!

A todos los desconcentró la voz y el correr de Linith, quien venía apresurada desde el otro lado del refugio. Aterrizó casi derrapando hacia ellos, tomando aire y sosteniéndose sobre sus rodillas y luego consiguió hablar.

-Es Reed...

-¿Sabes a dónde fue?- se adelantó Reaper.

-La puerta...- estaba agotada por el recorrido, pero consiguió serenarse- Lo vi marchar hacia la Puerta del Eclipse.

Se miraron, anonadados, y el rostro pétreo de Majcel por fin se tiñó de consternación, moviéndose de su lugar y dirigiéndose a la bendecida.

-¿Estás segura?

Linith asintió.

-Dijo que cumpliría su deber... ¡Estaba tan raro!

Se estremeció, y Majcel retrocedió. Los otros dos dudaron, perplejos, pero el general se dio vuelta con un gesto forzado, como queriendo transmitirles confianza.

-Nadie puede salir por una Puerta de Eclipse. Su amigo no pudo haber puesto pie fuera de aquí sin la llave...

-No. -lo interrumpió Reaper- Se ha ido.

Estaba seguro de lo que decía. Algo en su interior le aseguraba que Reed había dejado ya la base, y estaba muy, muy, muy lejos de su alcance.

Golpeó la pared en frustración, apretando los dientes y Necrostacia dio una melodía armoniosa como para tranquilizarle. En el otro muro Arksinad estaba pensativo, sus ojos ensombrecidos por el sombrero y alguna idea.

Comprendió lo que el mago iba a hacer incluso antes de que hablara.

-Majcel- llamó al general, y este se volteó hacia él- Quiero que nos ayuden a buscar a Reed allá afuera. Debemos llegar a él antes de que arremeta solo contra el ejército enemigo.

El deva no respondió, mirándolo con cautela. Arksinad entonces levantó su brazo, arremangando la túnica azul para mostrar la piel muerta y llena de costuras oscuras.

-Por favor- suplicó.

Haría el contrato.

...

Qué cambiado que le parecía aquel mundo sin el sol que lo deslumbrara rebotando incesante contra la arena y las casas, contra el oro que adornaba cada rincón de la ciudad haciéndole honor a su nombre y prestigio. A sus ojos todo se veía apagado, paralizado por la larga noche que pronto se interrumpiría de nuevo.

Pasó por casas tan vacías como las que había en Vant el día en que decidieron rebelarse ante el dragón. Lo hizo caminando, con calma, sin ni siquiera estar perdido. Algún tipo de fuerza le susurraba a dónde debía ir, de la misma forma que lo había hecho encontrarse con la salida al cuartel, tan atrás ahora.

Luego había andado, por un buen largo rato y sin ninguna preocupación. Era simplemente eso, salir un rato y hacer lo que debía hacerse para calmar su alma. En su mentalidad gris incluso se permitió un momento para disfrutar la quietud nocturna, la brisa que recorría Diakaza, las estructuras inexistentes en su tierra natal.

Los devas dormían, aun en la guerra, quizás aliviados de saber que ambos ejércitos se disponían a dejar la periferia. Quizás aquellas familias pensaban que iban a ser dejados en paz, que no más intrusos quebrarían sus puertas y amenazarían su cotidianeidad con promesas de muerte y cambio.

Qué ilusos, pensó. Se sonrió a sí mismo, sintiéndose como una bestia, algo depravado y hambriento que transitaba tras las ventanas de los durmientes, de los inocentes niños, algo que podría haber asustado a un dios del horror. Era una sombra, una pesadilla, un heraldo del fin, y con paso firme marcaba el avance de la última de las correcciones, de la verdadera justicia.

Así hizo su solitaria marcha, bordeando el ancho río de Diakaza, más extenso que ninguno que hubiese visto antes. Luego más allá pudo divisar el puente levantado, un paredón de madera y acero que chirriaba sujeto por cadenas, y también veía a la multitud que aguardaba: los ejércitos enemigos se agolpaban en donde el mecanismo descendería, amontonándose en un popurrí de ahuras brujos, devas guerreros, demonios rojos y aquellos otros seres bajos y fornidos como el que habían seguido antes.

Los observó desde su colina, anestesiado por el sonido del agua dulce al correr y buscando a alguien que importara, a Ragnar, a Bali, a Deihr o incluso a aquel otro general de la máscara, Aminor. El gris de sus ojos sin embargo se perdió, sin encontrar respuesta a sus deseos entre el mar de gente.

Pero continuó observando, como si se tratara de un picnic, o de una caza. Los veía moverse como hormigas, yendo de lado a otro transmitiendo mensajes, los líderes gritando ordenes y todos esperando ansiosos el momento de la prueba, el posible ataque enemigo. Incluso vio varios brujos sacrificando gente, utilizando su magia para atravesar los corazones de los capturados y utilizar el maná en esas vidas, para crear nuevos rubíes. Preparaban algún tipo de ritual.

Se sentó, apoyando el mentón sobre la rodilla y siguió así por un buen rato, pensando, cocinando ideas en su cabeza.

Por sobre todas las cosas, se preguntaba cómo afectarían los planes que atacara ahora a Ragnar Amix. ¿Irían Reaper y Arksinad a buscarle, a pedirle que no lo hiciera, arrastrando tras sí a los otros generales? Conocía a sus amigos, y estaba seguro de que se preocuparían por él.

De repente tuvo una necesidad imperiosa de mandar al diablo toda la cautela y planificación del ejército del Domo. Aferró la cadena de su escudo con fuerza y se puso de pie, mientras a su lado, por sobre el río, las primeras luces del amanecer se filtraban,

rayos amarillos golpeando su rostro y la costa, los adornos del puente y a la armada que abajo empezaba su avance.

Y entonces lo vio. Casi al frente de todo el ejército, con la pesada capa de piel dándole la espalda y la cabeza calva y pálida, Ragnar Amix masticaba ordenes mientras veía el lento descenso del puente iniciar, del paredón que frente a él chirriaba como nunca y comenzaba a bajar, las cadenas que lo sostenían girando y arrastrando su peso.

Dio un paso. Luego otro. Y otro. Dos más. Comenzó a correr, sin importarle mucho nada más, dónde se hallaba Bali, cuál era su plan, qué estaba ocurriendo. A su derecha el amanecer a floraba, llenando a la ciudad con sus destellos de nueva era y Reed no hacía más que correr, algo en su mirada cerrándose con aquella determinación de acero que podía poseer.

No faltaba mucho para que lo detectaran. Planeaba asesinar a Ragnar antes de que pudiese cruzar el puente, para así incluso descontar la victoria de la prueba al otro bando. Sentía una confianza ciega hacia su poder, que sabía le permitiría atravesar el ejército a donde el enemigo estaba.

Sintió un silbido sobre su cabeza. Una piedra había venido de atrás, provocando que moviera el cuello para esquivarla y tras él su escudo protestó, como indignado.

Se dio vuelta, apoyando la mano en la pequeña espada que llevaba, regalo de Van Lyder. Con que un enemigo...

-¡Reed!

No era un enemigo. Reaper y Arksinad corrían hacia él, con semblantes preocupados.

Tuvo el efecto de un chasquido sobre su frente, y creyó sentir cómo aquella bruma en sus ojos por unos instantes se abría. Sus amigos. Soltó su arma y los vio acercarse, anonadado como si recién despertara de un sueño, sin recordar del todo sus últimos pensamientos.

-Chicos...

-¿Qué diablos estás haciendo, idiota?

En otra ocasión hubiese querido excusarse. Se plantó firme.

-¿Qué parece que estoy haciendo?

Reaper pareció entre tocado y sorprendido por la respuesta. A su lado Arksinad se giró, como si esperara algo más atrás.

-Rashka y varios soldados vienen hacia aquí. Logramos convencerlos de que nos ayudaran. No hay necesidad de que te apresures.

Observó la línea en su palma, donde un nuevo corte había sido hecho y cosido por Asherat.

-¿Hiciste el contrato?

-Mi general es Majcel- asintió.- Precisamente por eso es Rashka la que viene. El otro se encargará de pasar por cualquiera de los otros puentes.

Se mordió los labios, dudando, y volvió la vista a donde el puente cercano ya casi terminaba de descender, en la lejanía. Podía ver ahora bien las figuras de los enemigos, de Ragnar taconeando el piso impaciente, de Bali a su lado con una sonrisa de suficiencia y de los otros dos.

Sintió otra vez el susurro, y el corazón acelerársele. De reojo vio a sus amigos, que esperaban los refuerzos preocupados y comprendió que no podría soportarlo ni un segundo más.

Echó a correr, escapando hasta de ellos. Se sentía culpable por hacerlo, pero no le dejaban ninguna otra opción. Oyó la maldición de Reaper, más atrás, que corría para

perseguirlo pero lo ignoró y se enfocó en lo que había adelante, donde el terreno ya se nivelaba y algunas de las huestes que infestaban el lugar se percataban de los dos que avanzaban desaforados hacia allí.

Reaper era mucho más rápido, y lo sabía. Había sido entrenado en velocidad, pero él lo había sido en resistencia. Estaba seguro de que si se trataba de durar corriendo, aunque fuera por poco, podía superar al guerrero.

Aunque...

No pensaba atacar a su amigo. Arksinad ni siquiera era un candidato para una carrera, por aquel cuerpo débil que tenía, y con aquello ya había conseguido quitárselo de encima. Pero poco a poco se vio amenazado por ambos frentes: los soldados enemigos, que a sus ojos preparaban sus armas, las enormes espadas como las legendarias y otras más particulares, y atrás su compañero, que con cada segundo le ganaba distancia y pronto lo alcanzaría.

Cerró los ojos, y dio otra pisada. Sintió el segundo, el momento exacto en que todas las vibraciones a su alrededor coincidían.

Los sonidos callaron. El restallar de las armas se apagó. Una onda expansiva cubrió al mundo desde donde había pisado, una que duraba una eternidad, apenas un segundo.

Luego vio, a través de su cabello negro. Todo estaba como paralizado, moviéndose como brumas de colores, auras arcoíris para cada uno de los seres vivientes que podía ver como desde un panóptico que rodeaba toda su persona. Se veía a sí mismo como una mancha celeste, grisácea. Tras él Reaper era verdusco, y más allá veía a un Arksinad de un color azul apagado.

Mucho más allá estaba Ragnar, ocre y desagradable para su gusto.

Se deslizó en esa forma. Los sonidos poco a poco volvían, haciéndole saber que aquella improvisada habilidad que su escudo le estaba otorgando no duraría mucho. Atravesó así a los soldados, pasando por ellos como fantasma, con la velocidad de una saeta, dejándose arrastrar por su visión y deseos y de pronto se percató de que era lo mismo, de que se hallaba en exactamente la misma forma que tenía en los sueños, en aquel mundo onírico lleno de esculturas de hielo y anhelo.

-¡Reed!- oyó gritar a Reaper, el terror en su voz resonando con perfecta claridad- ¡Reed!

Aquello lo materializó de vuelta, devolviéndole su cuerpo. No se volteó para ver a su compañero, sin embargo, ni intentó pensar qué era lo que había ocurrido porque en cierta forma lo sabía. Había utilizado el mismo poder que Saphid había usado para luchar contra los tres daevas antes de dejarlos cruzar a ese mundo.

Se sentía... diferente. No era magia. Sentía su cuerpo en la más óptima condición, y poco a poco de nuevo la neblina dominaba su corazón. No era el momento de dudas y consideraciones.

Frente a él Ragnar Amix caminaba de espaldas, rodeado de soldados, a su lado Bali Gladiar, Aminor Sirrah e incluso Deihr que pareció sorprendida al sentirlo, abriendo los ojos como platos. Aquel pequeño grupo era la comitiva que protegía al general, a mitad ya de cruzar el puente que les otorgaría la victoria.

Ragnar fue el último en percatarse de su presencia, su respiración ahondándose y mirándolo con esos ojos grandes y lechosos. Su mano putrefacta tomó la espina dorsal que hacía de mango para su guadaña y se volteó a él, enfrentándolo.

-¿Quién eres tú?

La emoción lo embargaba, así como la nada. Desenvainó su espada y siguió avanzando contra todos, decidido. Más allá Bali sonreía confiado, y Deihr parecía demostrar verdadera preocupación.

-Mi nombre es Reed Id Vant- le espetó- General Ragnar, he venido a matarte.

El gesto de incredulidad del otro podría haber sido retratado. Deshizo parte del camino hecho, avanzando hacia él y girando la espectral guadaña mientras su garganta gorjeaba algo asqueroso. Reed no estaba seguro de que hubiese comprendido, pero al menos el deva sí sabía cuándo era el momento de luchar.

El filo irregular de esa hoz sesgó el aire hacia su rostro, pero su brazo fue más rápido y lo trabó con la cuchilla, bloqueando el ataque. Ragnar lo miró con esos ojos ciegos, atónito.

-Así que eras tú... A quien esperaba...

Había hablado Bali, más atrás. No le prestó atención, concentrado en odiar a su oponente, pero el general sí se dio vuelta, observando al ahora que con una sonrisa pintada en el rostro lentamente retrocedía.

-Aminor, Deihr- los llamó Bali, y ambos se acercaron a él- Aquí termina la vida de Ragnar Amix, campeón de Diakaza.

Hubo un sonido gutural, mientras el hombre comprendía que estaba siendo traicionado. Ignoró a Reed, dándose vuelta hacia el joven brujo y avanzó, iracundo.

-¡Me necesitas, hechicero estúpido!- gorjeó, pateando el suelo.

-No necesito a un muerto- fue la respuesta de Bali.- De hecho, apreciaría que te dejaras asesinar por el joven aquí cuanto antes sea posible. Necesito tener el puesto vacante para mi nuevo campeón.

Hizo un gesto a Aminor, que permanecía mudo.

-¡Hechicero traidor!- rugió Ragnar, corriendo hacia Bali- ¡Tendré tu cabeza por esto!

Pero fue tarde. El de la Forja simplemente tomó un rubí de su bolsillo, cargado con magia, y lo elevó al cielo con una sonrisa satisfecha.

-*Sacrifar.*

La magia dimensional se abrió en ese entonces, pero sin traer a ningún demonio. Al igual que con la puerta de su hogar el hechizo tan sólo succionó a los tres, desapareciéndolos en un pozo de gusano y llevándolos a Oesile Nede, más allá, dejando al corte e insulto de Ragnar flotando en el aire.

Y desbaratando el puente en el que estaban. Las vigas cedieron ante el poder de aquella magia divina y varias cadenas restallaron, convirtiéndose en miles de grotescas alhajas. El deva cayó de rodillas, sosteniéndose con el palo de su guadaña y descolocado por esa repentina traición.

En cambio tras él Reed estaba calmo, aferrando su espada y esperando a que el otro se volteara. A su espalda el acero había cedido en un estrépito insoportable, y nadie del ejército podía acercarse a ayudar a su líder. Del otro lado el puente también se había roto, cayendo al profundo río en una multitud de escombros variados. Ragnar ya no tenía por dónde huir.

Era una pequeña isla, donde lo único que importaba era matar o vivir. Su aborrecida víctima aún se sostenía desde el suelo, como si la sorpresa de haber sido abandonado de aquella forma hubiese tomado lo mejor de él. Reed lo esperaba, de pie. Sentía que tenía todo el tiempo del mundo.

Luego de un rato el otro volvió a hablar, resignado ante el combate que vendría.

-¿Quién eres?- repitió, dándose la vuelta.

No respondió. Dio un paso, y luego otro, acercándose más y más.
-Esto es por Frankie y Reginald.
Corrió hacia su enemigo.

...

No entendía lo que había ocurrido. De un momento a otro simplemente Reed había dejado de estar, convirtiéndose en un haz mixto que atravesó como un flechazo las huestes enemigas, perdiéndose entre ellas.

Había frenado a rastras, más por el impacto de ver algo como eso que por el peligro de los soldados que ahora corrían hacia él. Reed no sabía hacer magia, Reed no tenía talento alguno para los sortilegios y la hechicería. Aquello había casi definido al muchacho curioso que conocía ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Uno de los guerreros deva saltó hacia él, bloqueando el amanecer con su cuerpo y dispuesto a clavarle en la cabeza un espadón aún más brutal que Necrostacia. No atinó a esquivarlo, atónito como se hallaba, y fue en cambio un hechizo negro de Arksinad el que lo salvó, derribando a su atacante.

Se volteó. El mago estaba tan sorprendido como él con lo que había acontecido, lo que fuera que le ocurría a Reed. Más allá los guerreros devas continuaron marchando hacia ellos, procurando eliminarlos y ambos se prepararon para enfrentar a una armada solos.

O no. Un cuerno sonó a su espalda, y tal como esperaban por sobre la colina emergieron diez, veinte, un centenar de albinos, liderados por Rashka Wisel. Portaban también armas inexplicables como las de sus hermanos enemistados y descendieron a toda velocidad para cubrirles, iniciando el combate.

Como si dos caballos chocaran de frente ambos bandos colisionaron, haciendo saltar sangre, cascos, tela, armadura, mostrando el sonido de huesos al partirse y la fuerza superior que caracterizaba a la raza deva. Arksinad y Reaper no atacaban, más preocupados en avanzar para ver cómo se hallaba Reed, evadiendo a quienes buscaban matarles y quitándoselos de encima a fuerza de espadazos y espectros, moviéndose entre el fragor del combate.

Tuvieron que pisar cuerpos, ensuciarse de sangre, esquivar filos y pensar rápido. Allí eran todos devas, y difícil era en el frenesí de la lucha identificar quién era amigo o enemigo. Arksinad creó una barrera protectora para los dos, permitiéndoles avanzar más de prisa hasta que se toparon con Rashka, paralizados al verla en acción.

La seria general cortaba devas a diestra y siniestra, valiéndose de una espada larga y aserrada, roja como la sangre que arrancaba de sus oponentes. Sola enfrentó cuatro hombres, derrotándolos con movimientos cortos y precisos y al final de aquello se dirigió a ellos, confiada al ver que por esa zona su ejército estaba venciendo.

-Su amigo- señaló el puente, iracunda- Lo está arruinando todo.

Siguieron la dirección de su dedo. Más allá, cruzando el río, el enorme puente que alguna vez había servido de transición para los habitantes se hallaba hecho añicos, aún produciendo sonidos de rompimiento al caer sus piezas contra el agua, incluso algunas contra el ejército que abajo buscaba trasladarse a otro lugar. En el medio de aquel caos

podían ver dos figuras luchando, dos que reconocieron por la cabeza blanca y el abrigo rojo, respectivamente.

Reed. Enfrentaba a Ragnar en una repetición de choques que destilaban destellos dorados ante la luz del amanecer, ignorando los escombros y destrucción que le rodeaban.

-Pero...- dudó Arksinad, sin poder creerlo- ¿No es eso bueno?

-No si lo mata- observó Rashka- Y Bali se encuentra ya en Oesile Nede. Ese ahura hará contrato con Aminor desde allí, y habrá conseguido ganar la prueba. Majcel no llegará a tiempo.

Volvieron a ver al Reed que luchaba, y Reaper no pudo evitar pensar que estaban acabados, tanto como Ragnar lo estaba. No habría forma ya de detenerlo. Cuando él se ponía en ese modo, cuando una idea certera se pintaba en la cabezota dura de aquel pueblerino, jamás nadie iba a poder pararlo. Se convertía en una fuerza de la naturaleza.

-Bali planeó esto- musitó Arksinad, con una particular mezcla de asombro y respeto aflorándole en el rostro- Sabía que Ragnar sería atacado.

-Su compañero simplemente apareció del otro lado- les indicó Rashka, serena y se preparó para proseguir el combate pues media decena de enemigos habían logrado evadir las tropas y se dirigían hacia ellos- ¿Siempre pudo hacer eso?

Negaron, tomando sus armas también.

-Reed siempre fue algo raro- explicó Reaper, adelantándose a la general y golpeando al primer deva con Necrostacia. La espada negra partió el escudo del oponente, haciéndolo añicos, y un sólo corte hizo que de nuevo una energía fluyera de aquel cuerpo, devorada por el filo y haciéndolo caer muerto.- Pero jamás habíamos visto algo como esto.

Rashka no dijo más, y rápida como una centella se le adelantó esta vez, cortando a otros dos soldados con un movimiento de su espada. Arksinad cubrió a la general contra los otros, lanzando un *Shinoras* que desniveló la tierra y luego de eso sólo uno se mantuvo en pie, herido de arriba abajo pero demostrando una valía impresionante en seguir queriendo atacarlos.

Por supuesto, no duró mucho. Entre el de Kamui y la militar lo mataron, pero al ser más rápido el filo de la segunda Necrostacia no pudo más que quejarse, su banquete arruinado al ya estar muerta la carne en la que sus dientes de hundían.

Reaper la hizo callar agitándola, y los tres volvieron a enfocarse en la batalla del puente, en los movimientos inhumanos que quien los había acompañado por tanto tiempo hacía frente a sus ojos ahora.

...

Corrió hacia Ragnar, sus iris cerrándose como si fuesen piezas de una puerta y con el ardiente deseo de matarlo pulsando en sus venas. A su espalda los ejércitos de albinos colisionaban en una masa caótica que no tenía interés en ver, rodeado de abismo y encerrado con su enemigo.

El general también se dispuso a luchar, preparado. Lo apuntó con la guadaña, tal si se tratase de un báculo.

-¡Sarkana!

Al parecer él no era el único que conocía algún tipo de arte ajeno a la magia. Fuera lo que fuera esa arma, de la nada Reed vio bolas de acero caer al suelo, abriéndose y formándose en aquellos pequeños monstruos de cuerpos pesados y redondos que complementaban el ejército.

Con que de allí salían. Con un gesto el otro los mandó a atacarlo, y las bestias rugieron saltando hacia él, dispuestas a destrozarlo.

Pero él era más rápido. Se adelantó de un salto, golpeando a la que estaba más cerca con el puño descubierto en pleno rostro, y la vio desaparecer tras Ragnar, cayendo por el precipicio. El puente tembló, moviéndose hacia un costado y todos tuvieron que sujetarse del suelo, pero entonces fue cuando aprovechó y echó su peso sobre las palmas, girando sobre un brazo y lanzando a otra de esas invocaciones hacia el río.

Ragnar retrocedió un paso, evidentemente sintiendo que la muerte se cernía sobre su garganta. El último de los monstruos quiso golpear a Reed, pero el muchacho simplemente le soltó un cabezazo que lo hizo retroceder, y luego dio un golpe con su escudo. Un haz de luz gris lo impactó, convirtiéndolo en un desparrame de entrañas.

El deva volvió a apuntarlo con su arma.

-Sar...

No pudo completar el ataque, porque Reed se había adelantado de nuevo y desvió el filo con su cuchilla. Ragnar dio algo similar a un chillido, mordiendo con fuerza sus dientes podridos y maniobró su arma para combatir, intentando no ceder terreno.

No lo iba a dejar hacer nada. Tras él su escudo comenzó a recitar algo similar a un poema, pero no le prestó atención esta vez, concentrado en Ragnar, en su desagradable rostro, en la sorpresa de los ojos blancos, en las marcas y cicatrices que lo cubrían. Lo odiaba, irracionalmente sí, pero el odio no era algo que requiriera en verdad de razón al ser tan fuerte.

Se echó hacia atrás, esquivando el filo de la guadaña. Puso el pie en la rodilla del militar, deteniendo su avance, y con un movimiento clavó la cuchilla al costado de su estómago, derramando sobre ambos la sangre caliente y espesa.

Ragnar no cedió, sino que incluso continuó luchando con más fuerzas. La guadaña y la espada colisionaban a toda velocidad, lanzando chispazos de fricción y el puente bajo ellos se sacudía, si caer de puro milagro.

En un momento la sacudida fue demasiado fuerte, arrojando los pedregones que poblaban el suelo. Lo vio dar un paso en falso, dejando una abertura y por allí volvió a clavar el filo como si se tratara de la picadura de un escorpión, como los movimientos de la mantícora en el jardín de Vannael. El general retrocedió un paso más, atragantándose de dolor en un ronquido gangoso y Reed continuó atacando con la fuerza de un huracán.

Esquivó de nuevo el filo enemigo, como si se tratase de un juego de niños. Cortó. Las heridas hacían que los movimientos del oponente fueran lentos, en cuanto que a cada segundo él se hacía mejor de lo que nunca había sido. Volvió a apuñalar. No le importaba nada, sólo matar a ese sujeto.

Bloqueó. Cortó. Clavó. Esquivó. Redireccionó. Dio un cabezazo al pecho del oponente, haciéndolo toser y pisó su mano, aprovechando esa llave para lograr un corte en el brazo. Ragnar se tambaleaba, moribundo, la sangre manando de sus heridas y aturdido por aquello.

-Eres...- le dijo al fin, como si lo reconociera- El retoño marchito de la Nada se va a pudrir... ¡Va a extinguirse...!

Desvaríos. Últimas locuras de un cerebro moribundo. Aún con sus brazos llenos de profundos cortes, el general no soltaba su arma. Continuaba de pie, tambaleándose, desestabilizado por la derrota e intentando una última y desesperada defensa, tan sólo fuera por arruinar el plan de Bali y devolverle su traición.

Pero luego quizás pensó en sus hombres, y el objetivo que perseguían. Los respetaba, y había hecho aquello tanto por sí como por ellos. Si por otro puente Majcel ganaba...

Frente a Reed los brazos de Ragnar se fueron hacia abajo, tal si las fuerzas lo hubiesen abandonado. No le importó el porqué. Se lanzó hacia él con más ímpetu que antes, empuñando a *Signus* y dejando caer al escudo detrás.

Ya no había armas ni trucos interponiéndose, así que tomó provecho. Cortó una vez. La imagen de Daivok al caer le látigo la mente, y su víctima escupió sangre. No se dejó detener, sino que golpeó otra vez. Esta vez fue Caxer quien apareció. Otra. *Skectral*. Otra. *Scarrow*. Un filo certero a la garganta que derramó una cortina roja sobre la piel pálida. *Reaper*. Un golpe en el estómago, doblándolo en dos y arrojando la figura de su amigo mago frente a él. Pateó al moribundo Ragnar, poniéndolo de rodillas.

Entonces la imagen fueron dos ojos profundos, grises. Se detuvo. Frente a él Ragnar era una masa sanguinolenta, más roja que blanca por las heridas y con colgajos de piel ardiendo, cubierto de cortes por doquier, cortes que perforaban la carne y el hueso, cortes que manchaban su piel y sus ropas. Lo vio así, de rodillas, desde arriba y no pudo siquiera imaginar qué emoción lo embargaba.

Apoyó la mano sobre aquella cabeza calva. Ragnar no miraba, pero en sus labios descarnados se adivinaba el intento de una frase, de alguna oración final.

Pero... aquello no le interesaba.

-*Infernum Ea Salutem*. –recitó.

De su mano comenzaron a emerger las llamas. Como lenguas de fuego partieron, unidas a su palma y utilizando la cabeza enemiga para propagarse, lamiendo la piel y carbonizándola poco a poco mientras sus dedos se aferraban con fuerza, sin dejarlo ir.

El general gritó, casi sollozando de dolor o miedo. Reed no se sintió conmovido. Continuó quemando con su hechizo la cabeza de Ragnar, impávido, viendo las llamas danzar y reflejarse en su retina, viendo aquel cuerpo estremecerse en agonía, con más fuerza que nunca mientras bajo él aquel último pedazo de puente sobre el que estaban se movía de lado a lado.

Los alaridos de Ragnar fueron escuchados por todos, inclusive su ejército allí abajo. Luego callaron. Era difícil gritar cuando ya no existía una garganta bajo el mentón. En la mano de Reed la cabeza había sido reducida a un carbón, a una estatua amarga y grisácea que partió con un simple apretón de su puño.

El resto del cuerpo cayó hacia atrás, desplomándose contra el río que fluía salvaje. En ese mismo momento fue él quien cayó de rodillas, aún mirando la mano con la que había calcinado la cara de un hombre, la marca vieja que allí había.

El Sello de Convocación que había realizado con *Scarrow* estaba apagado, más ahora que nunca con las partículas de ceniza que lo cubrían. Se tomó la muñeca, viéndola temblar y abrazó su propio brazo sintiéndose de nuevo solo en el mundo, alejado del ejército, de *Reaper* y *Arksinad*, de todo lo que alguna vez le había importado.

Tenía la necesidad de llorar.

Pero le era imposible.

7. El Malvado Horror Que Miente Entre Nosotros

Terminó de beber de su taza y, distraído, procuró observar un poco de lo que ocurría en el local. La mayoría de magos disfrutaban del té en un silencio apacible, como deberían, y sólo en algunas alejadas mesas se podía oír el murmullo de charlas y debates. La campanilla las apagaba con su repique cada tanto, marcando el ingreso de otro grupo de habitantes que buscaban en el reconocido salón de Silva Fourland una excusa para guarecerse del frío que reinaba en la ciudad, del helado invierno que había venido a aterrizar sobre los castos cielos de Cel-Neckar.

Quizás aquel era el lugar más concurrido de Babel, y sin embargo, siempre parecía haber espacio allí, el suficiente como para generar una amena sensación. De momento era temprano. Los pocos clientes que madrugaban y que habían hecho su costumbre - costumbre cara, había que decirlo- desayunar bajo el servicio de la ilustre Fourland tenían el placer de probar algunas de las mejores cosechas de té del reino, viendo los copos de nieve caer tras la ventana, llenando de blancura su mundo y acompañando el brebaje con masitas y delicias a elección.

Era una buena vida, aquella que llevaban. Pensó eso feliz, sin amargarse al respecto. Había visto dolor, sí, en distintas cantidades y tipos, cada vez que ayudaba a Vannael en alguna de las misiones que significaban su entrenamiento. Lo sabía. El mundo era cruel. Pero si entre toda esa crueldad él era de los pocos que tenían suerte, ¿por qué iba a sentirse mal acaso?

Sonrió, oyendo un bochinche del otro lado. Al fondo el mago Gallahard dialogaba con casi una decena de mujeres, una mezcla de nobles y ciudadinas comunes que lo observaban hablar embelesadas. Aquel lujurioso talento había elegido el salón de Silva para sus encuentros, quizás en un deliberado intento de fastidiar a Duran, que era un reconocido cliente del lugar y que intentaba leer un libro dos mesas más allá, frunciendo el entrecejo cada vez que la aguda risa de alguna de las pretendientes de Gallahard interrumpía su concentración.

Vio el rostro del Dos emblandecerse en cuanto Silva Fourland se le aproximó, regalándole bizcochos a costa de la casa. Se le cruzó la fugaz idea de que ambos pudiesen tener un amorío anciano, pero al instante la desechó. Duran estaba demasiado compenetrado con su deber.

Hundido en esos pensamientos se levantó, dejando las monedas de plata sobre su mesa y procurando volver al castillo a relajarse. Saludó a Duran con un asentimiento de cabeza y se caló más hondo en el abrigo que llevaba, buscando protegerse del frío.

Tras la puerta del local levantó la vista, buscando alguna marca en el cielo. Nada. Pero era sin duda nuevo ver los copos de nieve caer de esa forma, directos sobre la tersa piel de su rostro. Apoyó la mano donde habían caído, sintiendo el helor que le entraba en la piel y el líquido en que se convertían. Era como un beso helado, matutino.

Continuó su avance, tomando un camino más largo hacia la Torre De Babel donde vivían Vannael y él. Planeaba estar allí un rato, dispersarse en la lectura de sus viejos libros y prepararse para la larga jornada que lo esperaba afuera. Aquel sería un buen día.

Inclinaba la cabeza cada tanto, devolviendo el saludo a los muchos magos que lo reconocían como el alumno del rey. Era una situación a la que ya se había acostumbrado, desde pequeño. Pronto pasó al lado de una posada acogedora, con un amplio cartel de madera de aspecto desvencijado.

El Pavo Real.

El mismo lugar a donde Ruin lo había citado esa tarde. Su desvío había sido intencional. Quería verlo, al menos fuera desde lejos. Tenía una emoción muy fuerte al respecto de aquel encuentro, preguntándose qué tipo de asunto merecería tanto secreteo y quienes serían los otros magos que les acompañarían. Por fin algo estaba cambiando en su vida.

Al rato decidió marchar, intentando no pensar en aquello. Las ansias lo carcomerían. No tardó mucho en llegar a la torre, y las puertas mágicas de la misma le dejaron pasar sin problemas. Adentro todo estaba vacío, y lo único que se veía de vez en cuando era la servidumbre, pasando plumeros largos por paredes ya impecables como intentando buscar una justificación a sus salarios. La verdad era, para bien o mal, que la Torre de Babel se limpiaba por su cuenta, o mejor dicho que las impurezas se le resbalaban; producto de algún encantamiento.

En otros tiempos hubiese subido directo al salón del trono, en el nivel más alto. En su niñez allí solía pasar sus días, jugando con muñecos bajo la mirada de su maestro en el trono. El único otro lugar que solía visitar en ese entonces era su habitación, o mejor dicho cualquiera de las dos habitaciones que Vannael había dispuesto para él: el cuchitril apretado del ala este, donde más amaba dormir ya que, si bien el espacio era reducido y desacomodado, la ventana que daba a la ciudad era amplia y estaba al lado de su litera; o la habitación con cama dosel del medio de la torre, un lugar de descanso amplio y decorado con perfumes y listones, que no solía utilizar mucho por la sensación de encierro que le generaba.

Pero en los últimos tiempos el rey de Cel-Neckar había estado ocupado en el estudio, y allí fue a donde se dirigió, seguro de que lo encontraría. Desde que había finalizado la reunión del Geral Veintiún, el monarca se hallaba enfrascado en distintos asuntos que a él no le concernían y entre los que se destacaba por sobre todos el mandar y recibir cartas, de misteriosas personas que habitaban lejanos continentes. Eso sin contar el arreglar las estadias de los miembros del consejo que decidían visitar la ciudad, redactar los nuevos códigos de la organización, arreglar y encaminar las soluciones proclamadas. En verdad, la vida de un rey ciertamente le parecía difícil.

Tal como esperaba al llegar lo vio revisando una misiva, recostado sobre la silla del escritorio y tan calmo como siempre. Parecía, sí, algo enfocado en lo que hacía y por

eso prefirió no importunarlo, pero antes de que se marchara escuchó la voz, su maestro todavía reclinado leyendo.

-¿Así que qué te pareció el Consejo?

Se detuvo, sonriendo y volviéndose. Desde aquel día no habían tenido tiempo de hablar. Se sentía orgulloso de que el mismo Vannael quisiera saber su opinión, y por eso procuró ser honesto.

-Algo caótico, si me lo permite. Se pueden ver las diferencias que pueblan el mapa. El rey lo meditó, pensativo.

-Un mundo unido es un imposible- suspiró- Sin alguien que lidere esa unión. A la larga, sea un hombre, una raza, o inclusive una nación, alguien debe encabezar los ideales existentes.

Él asintió, preguntándose si al blanco monarca le interesaba ese puesto. Mientras lo hacía no pudo evitar ponerse en puntillas de pie, aprovechando que su mentor no lo miraba para intentar descubrir a quién era al que le mandaba tantas cartas.

Llegó a leer "*Sadalsuud...*", pero entonces tuvo que interrumpirse pues Vannael se detuvo, como si tuviese ojos en la espalda.

-Y hablando de razas...- sacó tema nervioso, para cubrirse- ¿Qué los genios no son algo... malvados?

Le pareció que su maestro sonreía con displicencia tras la máscara.

-Sentí que era necesario tener la opinión de alguien distinto en el Consejo. -le explicó- Un genio como Djinn Archelande podrá verse brutal para los gustos refinados de todos los grandes magos, pero no caerá en bandos y trivialidades. Es algo que no podría esperar ni de Duran o Dordo, los más sabios de nuestra organización.

-¿No hubiera sido mejor traer a un dragón?- bromeó.

-El espacio de la sala no alcanzaría.- le devolvió a su vez Vannael la broma, aunque algo en su tono le hizo considerar que su maestro realmente había tenido esa idea en mente.

En cierta manera aquel acercamiento le dolió, en cuanto a que ahora se hallaba a punto de ocultarle cosas. Enrolló uno de sus rizos rubios en el dedo, recordando otra duda que tenía.

-Y en cuanto a las parejas...

Vannael rio jovial.

-No te agrada mucho la idea, ¿no es así?- dejó la carta ya del todo, volteando la silla para verle- Imagino que te habrás dado cuenta de que es la misma persona que fuimos a buscar en Pólux, hace ya tantos años.

Asintió.

-Pensé que no la volvería a ver.

-El destino juega con nuestras expectativas- se inclinó de hombros el rey y luego le dirigió una mirada interesada, levantando el mentón- ¿Es de tu agrado, tan seria como la veo?

No pudo evitar enrojecer, por un sentimiento que no era necesariamente vergüenza. Con cualquier otra persona lo hubiera comprendido, con cualquiera que no supiera nada sobre él. Pero que de todas las personas fuera Vannael, precisamente su maestro quien le preguntara...

Se encogió de hombros, sin atreverse a contestar. Estaban raspando un tema que tácitamente habían callado desde su nacimiento.

-Yo... Usted sabe...

-Descuida- el Uno agitó la mano enguantada, restándole importancia- Era una broma. La verdad es que los elven son muy criticados en el continente central, y temí que la princesa terminara teniendo que soportar a alguien insidioso como Zark. Considéralo una prueba de mi confianza hacia ti.

Asintió, azorado.

-Lo entiendo. Pero, por ejemplo... ¿Sulfur Houppe y Djinn? ¿Por qué unirlos? Está claro que se detestan.

-Y por eso mismo los junté- le explicó Vannael- Las diferencias en Gikeldor son apabullantes. Si dos figuras importantes de allí se suelen ver trabajando juntas, alentará la unión de ese pueblo.

-¿Duran y Gallahard?

-Fue el mismo Duran quien me pidió a Gallahard como compañero. Muy a su pesar, sospecho que lo tiene en gran estima...

Lo imaginaba. Detrás de la coraza iracunda y amargada que siempre exponía Duran, detrás de su exagerado sentido del deber y las faltas de sonrisas en su arrugado rostro, el Dos del Geral Veintiún había logrado desarrollar un sentimiento paternal. Que el objeto de ese sentimiento fuera alguien tan superficial y molesto como Gallahard no hacía más que anonadarlo.

-Tal es el camino de la humanidad...- recitó Vannael, como si hubiera podido seguir sus pensamientos- Odios o amores, casi siempre hay más intensidad en lo que hacemos cuando estamos con quien nos afecta. Vivir como un humano es vivir en sociedad.

Aquello le hizo pensar. Decía aquellas palabras ese hombre, pero siempre le había parecido la persona más solitaria del mundo.

-¿Y usted? No tiene compañero.

-Nunca supe lo que es vivir como un humano. -el tono con el que dijo aquello era neutro, desinteresado- Pero eso es otra cosa. ¿Lo demás no escapa tu gusto, entonces?

Asintió.

-Me alegro- Vannael se incorporó, tomando la carta que había dejado sobre el escritorio y plegándola de espaldas- Puedes retirarte si lo deseas.

Ya era la hora señalada, pero Arksinad había decidido presentarse frente a la puerta de la posada mucho antes, empujado por el nerviosismo que todo aquello le provocaba. Desde la otra cuadra *El Pavo Real* se veía ameno, tranquilo para lo que era. Apenas se adivinaba algo de luz tras una de las ventanas y en el salón de la planta baja, necesaria ya que con la nevada y el frío la noche también parecía venir más temprano a terminar las jornadas.

Cuando pensó que era el momento se encogió de hombros e ingresó, la puerta bamboleando al dejarlo pasar. Le sorprendió la calidez del ambiente, las luces de candelabros que sesgaban lo opaco de afuera y calentaban su cuerpo entumecido. Había mucha más gente adentro de la que había contado entrar, bebedores acérrimos empedernidos que se pasaban el día en el bar; magos siniestros que bien podrían haber

sido brujos, las capuchas cubriéndoles los ojos, y también gente normal rellenando el espacio: mesas que se corrían, jarras que entrecocaban liberando espuma fresca, el coreo incesante de las risas y la música interrumpida por los gritos que hacían quienes participaban en una inclusiva partida de *fuji*.

Se sintió abrumado por aquel entorno, al que tan poco pertenecía. Casi le tentaba darse la vuelta y volver, al abrigo de su habitación en la torre, a leer un libro bajo las sábanas y dormir en paz. Lo que hizo sin embargo fue buscar algún rostro familiar, tarea que dudaba fuera fructífera. Por el momento, al menos, ninguna mirada se clavaba en él.

Una manaza enorme se le apoyó en el hombro, y tras él vio a un grandulón peludo de barba espesa y negra como el alquitrán, que lo miraba sin humor.

-¿Qué buscas aquí, niño?

Su mirada debió haber sido fría. *Niño*. Podría haber hecho danzar a aquel gorila con espectros si lo deseaba, y aún le seguían subestimando.

-¡Ah!- una voz sonó más allá, y al fin una figura reconocible se apartó de la mesa de juego para pararse entre los dos, sonriendo- Lo siento mucho Mat. Yo lo invité.

Haluar Marketz se volteó para guiñarle un ojo, simpático. El doceavo miembro del Geral Veintiún parecía de seguro más viejo y gastado allí en esa casa de apuestas y bebida, pero su actitud despreocupada permanecía intacta. Puso una mano en su hombro, rodeando con su mirada de halcón a la multitud que ahora los seguía con la vista y comenzó a conducirlo tras el mostrador, saludándolos con el brazo.

-¡Viene conmigo!- explicó, a todos y a nadie. Arksinad lo siguió, ignorando a los demás y por algún motivo irascible. Mientras avanzaban por el pasillo que daba a habitaciones interiores intentó descubrir el porqué, sin mucho éxito.

Era la primera vez que no lo reconocían en Cel-Neckar, más debido a una improbabilidad que a falta de juicio. ¿Qué iba a hacer el pupilo del rey en un sitio de dispersión y villanía como ese? Era una idea ridícula, y los entendía. En realidad, podría decirse que le gustaba. No tener que inclinar la cabeza y saludar, no tener que fingir sonrisas y amabilidad, frecuentado tan sólo por el amor de un pueblo a su líder, un amor que no le pertenecía.

Pensándolo así, su humor mejoró bastante.

-¿Sabe tu maestro que viniste aquí?- le preguntó Haluar, al tiempo que buscaba la puerta por la que debían ingresar.

-No.

El profesor asintió. Doblaron a la derecha, y más entradas afloraron ante ellos.

-Lo imaginé. ¿Al menos sabes el propósito de la reunión, verdad?

Negó.

-Tampoco.

-Ruín no tuvo tiempo de explicártelo- las comisuras de la boca de Haluar se cubrieron con dos arcos, y la frente despejada brilló al avanzar, la luz del pasillo dándole de lleno- Pero descuida, lo entenderás al instante. Tienes total libertad de opinar, expresar tus ideas, críticas, sugerencias, comentarios o lo que te venga en mente. O, por supuesto, puedes también quedarte callado y retirarte cuando se te venga en gana.

Se preguntó si así era como aquel hombre se dirigía a sus alumnos, en sus clases de magia. En cualquier caso, era reconfortante.

-¿No debo contar a nadie lo que se hable aquí, verdad?

Se detuvieron frente a una puerta, y el mago le respondió mientras la examinaba.

-No lo sé.

-¿Cómo que no lo sabe?

-Dependerá de tu criterio- le respondió, relajado- Quizás consideres de vital importancia contarle. O veas algún tipo de jugada inteligente al respecto. Por mi parte, que saliera de esta habitación sería como ponerme una soga al cuello.

Estuvo por replicar, afectado por aquella actitud, pero entonces Haluar giró el picaporte y lo hizo pasar a donde se celebraba ya aquella reunión clandestina.

Las luces del bar le parecieron poca cosa ante las fuertes lámparas que no dejaban resquicio sin cubrir, arrancando brillo de los cómodos sillones púrpuras que se desparramaban por doquier. Era eso, simplemente: mas allá de cuadros modernos y algún que otro adorno, en aquella habitación no había ninguna cama en la que uno se pudiera echar una siesta. Tan sólo grandes asientos de almohadones la llenaban, asientos sobre un piso de alfombra en los cuales varias personas dialogaban, disfrutando el aire fresco que entraba por la ventana abierta. En tan sólo minutos ya había anochecido.

Haluar le indicó uno de los asientos, y él se echó allí con la espalda recta, no muy seguro de si debía saludar o no. Contó a los que estaban: tanto él como el Doceavo, el mismo grandote que le había cerrado el paso allí abajo –habría entrado por otro lado, suponía-, una joven con aspecto de hechicera y cara melancólica, un hombre de rostro simpático y cabello teñido de celeste, y también se sorprendió al ver allí a aquel mago calvo y entrado en peso que había visto en la reunión del Geral, el adicto a la ensalada que era el número Dieciocho del consejo.

Ruin también se hallaba del otro lado de la sala, sentada de la misma forma que él. Al verla ella le hizo un gesto de saludo, muy formal. Se lo devolvió.

Siete personas. Mentiría si hubiera dicho que esperaba más. Y además, considerando que de las siete cuatro eran miembros del Geral, la reunión adquiría algunos tintes de importancia que no hubiese tenido de otra forma.

-¡Haluar!- las espesas cejas de Aibol se juntaron con malhumor- ¿Tanto se demoró la partida allí abajo?

-El *fuji* no fue lo que me quitó tiempo- sonrió el profesor tomando asiento también- Esperaba a nuestro nuevo invitado de aquí.

Hizo un gesto hacia él, y Arksinad intentó mantenerse erguido mientras las miradas de esas otras seis personas se le clavaban encima como dagas. La mayoría eran reprobatorias.

-¿Qué no es ese el alumno de Vannael?- la maga de cabello negro y rostro pesimista estaba indignada- ¡Nos va a delatar a todos!

Varios más asintieron, preocupados. Incluso Aibol, que tan simpático había sido con él en el castillo mostraba ahora el entrecejo fruncido por el disgusto.

-Confías demasiado en tus impresiones, viejo amigo.- se dirigió a Haluar.

-Y tu confías demasiado poco en todo- el Doce hizo un gesto burlón, y luego una seña hacia Arksinad- Tal como ya saben, nuestro nuevo integrante se llama Arksinad Eel, Nueve del Geral Veintiún y mismísimo alumno de Vannael Danterkiss Eel. Por tu parte, Arksinad, creo que ya conoces a Aibol y a Ruin, pero los otros rostros te serán menos familiares. Él es Mat –el grandulón de barba espesa lo miraba severo- Guthi- la maga parecía a punto de llorar en cualquier momento- y Salocin- tan sólo aquel joven de barba y cabello celestes le sonrió, amistoso.

-Él no debería estar aquí- se dirigió Mat a Haluar, sin prestar atención a las presentaciones.

-Pues yo creo que sí. Necesitamos una mirada diferente sobre el asunto... El joven aquí nos acompañará y criticará lo que hagamos.

El rostro del barbudo se contrajo de ira, y Arksinad temió que las cosas saliesen mal. Tenía muchas ganas de irse, pero gran parte de las mismas se aplacaron al ver a Ruin mirarlo serena, más allá.

-¿Qué estás planeando, Haluar?- preguntó Aibol.

-¿Yo? ¿Alguien como yo, planear algo?- el mago rio, y su amigo puso los ojos en blanco- Tan sólo quiero tener la opinión de alguien más cercano.

-¡N-no puede...! ¡Nos matarán!- explotó aquel nudo de nervios que era Guthi- ¡No podemos confiar en él!

Recibió una mirada del líder que la aplacó, al menos en parte, aunque sus manos temblaban mientras se echaba hacia el respaldo de su asiento. Arksinad sabía que, quitando la misteriosa opinión que pudiese tener Ruin, sólo Haluar Marketz aprobaba su presencia allí en ese improvisado consejo. Los demás le miraban sin hacer contacto visual, evasivos, temerosos... Era algo que jamás había experimentado antes.

Aquellos ojos desconfiados se volvieron hacia el Doce, quien tosió para llamar la atención y justificarse.

-Confíen en mi instinto. En las múltiples situaciones en las que me he hallado, como de seguro Aibol puede atestiguar, ha sido mi instinto el que me ha dado una mano para mantenerme con vida. Crean en eso.

-Pero...

-El asunto se da por terminado.- zanjó el tema Haluar con una sonrisa, y todos parecieron aplacarse a la fuerza. Arksinad reconocía esa sonrisa en un mago; era de las que estaba seguro luego de verlas podías terminar sin cabeza o con los brazos donde iban los pies. El hombre se aclaró la garganta entonces, echándose al respaldar, e hizo una seña a Aibol para que iniciara.

Calculó que aquellos dos amigos eran los líderes del grupo, fuera lo que ese grupo fuera.

-Los hombres que mandamos al territorio Arleon en Gikeldor perecieron- dijo el calvo, atento a las caras de gravedad de todos menos de Arksinad quien no comprendía nada- Mat halló sus cuerpos en el desierto.

-Fue obra de los genios- anunció el hombre tosco, acariciándose la barba- Esos diablos han comenzado a germinar por el territorio, impidiendo el acceso a caravanas y negociantes, a los mismos comandos kiels del sur. Tan sólo la mansión permanece en pie sin tocarse.

-No debimos haberlos mandado- cerró los ojos Haluar, suspirando.

-No teníamos más opción.- Aibol chasqueó los dientes, con enfado- Pero era imposible saber si la mano de Vannael ya se había estirado hasta allí.

Abrió los ojos, con sorpresa. ¿*Vannael*? ¿Su maestro? No podía entender nada de lo que se hablaba, y lo distraía un poco el hecho de que Ruin seguía mirándolo fijo, impávida.

-Esto sin embargo nos demuestra que las investigaciones de la familia Arleon siguen en pie- habló el joven campante, Salocin- Si tan desesperado está Vannael como para mandar a los genios allí donde los kiels pueden reaccionar y echarlos. Esos monstruos deben estar pululando en todos lados buscando cualquier posible incriminación para eliminarla...

-Lo siento- levantó la mano Arksinad, y todos le miraron. No iba a poder aguantar mucho más.- ¿De qué están hablando?

Haluar hizo una pausa, callando a los demás y le miró con una sonrisa. Era evidente que esperaba aquel momento.

-¿Estás enterado acerca de los ataques de dragones de los últimos tiempos, verdad?
Asintió. Por supuesto que lo estaba. Era el tema candente del momento.

-Pues bien, varios de quienes están aquí vienen de pueblos que han sido víctimas de esos ataques. Mat, Salocin y Guthi son buenos ejemplos, como también lo es Ruin, como ya sabes...

Volvió a asentir, viendo a la princesa elven hacer lo mismo a su vez, en silencio.

-En cuanto a Aibol y a mí, debo admitir que por suerte nuestros pueblos de origen permanecen intactos... No fue eso lo que desencadenó nuestro interés en esta contienda oculta. La caída del pueblo de un amigo bajo las garras del dragón Karava fue el motivo.

Karava. No pudo evitar recordar una espectral voz, un aliento a muerte, una caverna donde su maestro combatió contra un maligno ser de huesos blancos y altas espinas. Casi podía ver de nuevo la escena, arrojado sobre el piso duro de la cueva, el techo volado en pedazos y la red de llamas verdes que descendía, recortando la figura alta de Vannael, un Vannael que se volteaba para verlo con una sonrisa tras la máscara blanca.

Habían pasado tantos años...

-Ese dragón está muerto- murmuró.

-En efecto- le asintió Haluar.- Muy muerto. Pero nosotros pensamos que Karava no es más que un simple peón. Un peón que fue movido en un juego muy cruel y complicado.

Levantó la vista. Por unos segundos había quedado sumido en esos recuerdos, ensimismado sintiendo que allí había un misterio que nunca había querido desentrañar. Su gesto debió haber sido de un escepticismo interrogante, confuso, porque Haluar retrocedió e hizo una seña hacia el resto del grupo.

-Por supuesto, no somos los únicos que creímos que había una mano detrás de Karava y de los diversos dragones que han ido masacrando pueblos para perderse por siempre. ¿Conoces a Dordo Id Quaria, no es así?- él asintió- Ha sido tanto mentor mío como de Aibol, Duran e incontables talentos más. Y fue ni más ni menos que él quien direccionó nuestra investigación a donde estamos ahora.

“¿Dordo? ¿El viejo Dordo, de todas las personas?”

-Sospechamos de Vannael- le confesó Haluar con franqueza, mirándolo a los ojos.- Como el principal responsable.

No supo qué responder, atrapado en una contemplación idiota. Era tan inesperado que ni siquiera un pensamiento consciente se materializaba en sus labios, y cuando lo hizo fue en la forma de una pregunta poco inteligente.

-¿Va...? ¿Vannael? ¿Mi maestro?

-No es un nombre muy común.

El Doceavo le sonreía, y los demás magos le miraban severos, juzgándolo. Tragó saliva, percatándose de que había quedado desencajado y boquiabierto. No podía vislumbrar qué era lo que lo desacomodaba más: el hecho de que alguien pudiese sospechar de su maestro, o que hubiese sido Dordo, el anciano y apacible visionario quien hubiera motivado estas dudas. ¿Dragones y Vannael? ¿Quién se iba a atrever a hacer una relación como aquella?

-Es una locura...

-Tampoco fue Dordo el único que apuntaba en esa dirección- añadió Haluar, sin despegar su vista de halcón de él- La prestigiosa familia Arleon, una de las pocas que se preocupaban por el bienestar de los pueblos anexos a Babel, tuvo consideraciones similares al respecto. Tanto Gaedal Arleon como su esposa utilizaron todos sus recursos

para recolectar información con respecto al líder de Cel-Neckar, poniendo como base de operaciones una de las mansiones que la familia posee en Gikeldor...

-Y terminaron siendo asesinados- lo cortó Aibol, malhumorado. No parecía querer perder tiempo en relatos hacia alguien en quien obviamente no confiaba.

Arksinad se quedó callado, procesando lo que había escuchado. Luego habló.

-¿Ustedes intentan decir... que Vannael los mató?

-No realmente- Haluar negó con el dedo- No se ensuciaría las manos así. Djinn Archelande sería un candidato más probable. Él controla todas las arenas del desierto, y su clan de genios parece obedecerle. Hace pocos años, mientras la familia Arleon disfrutaba de un descanso vacacional por aquella zona, un extenso grupo de pieles azules lograron atravesar sus defensas y arrasaron con todo quien había allí, servidumbre, nobles, invitados; inclusive los niños. Fue una masacre.

-Sólo Gallahard Arleon pudo escapar- explicó Aibol- Un niño de cinco años. ¿Te lo imaginas? Un grupo de piratas se apiadó de él, viéndolo deambular y pasaron años hasta que Duran pudo rastrearlo y acogerlo de nuevo en Cel-Neckar.

No podía evitar estar boquiabierto. En toda la actitud, mentalidad e imagen de Gallahard ni con creces se adivinaba una tragedia juvenil tan grande, al punto que imaginó que aquellos serios hombres no hacían más que mentirle.

Pero no, no lo hacían. Y aquello le indignaba más.

-Pero...- tragó saliva- ¿Fueron los genios, verdad? ¿No son ellos siempre caóticos? ¿Por qué culpar a Vannael de algo así? Es una simple casualidad.

-Los ataques de genios del desierto son, sí, un hecho lamentablemente usual- admitió Haluar- Pero la familia Arleon era una reconocida herencia de ilustres magos, y sus defensas deberían haber sido más que suficientes para evitarlo. Lo que nos demuestra que casi con seguridad un genio de mucho poder como lo es Archelande fue quien lideró el ataque.

-Y Archelande está entre los miembros del Geral que creemos conocen las verdaderas intenciones de Vannael –esta vez Mat había hablado, con el rostro hirsuto y peludo apretado en descontento- Junto con otros como Zark Argocette o Jarbil Pil.

Le miró, desconcertado. Miraba a todos uno por uno con los nervios crispados, incapaz de creer en las sandeces que salían de sus bocas.

-¡Esto es estúpido!- estalló por fin, levantándose- ¡Mi maestro nunca haría algo como eso! ¡Es incapaz!

-¿Incapaz? Me costaría pensar en alguien con más capacidades para el asesinato y la manipulación que Vannael Danterkiss Eel.

Miró a Haluar desolado.

-¿Qué pruebas tienen?

-Pudimos echar mano a parte de la investigación- le dijo Aibol- Gracias a Salocin aquí quien vive en Gikeldor. Los Arleon creían que Vannael planeaba algo terrible, y terminaron muertos. No han sido los únicos...

Guthi fue la siguiente en hablar, por primera vez dominándose pero con las manos aún temblándole.

-Años atrás, otro grupo de hombres investigó al monarca de Cel-Neckar. Debido a sospechas de infiltración en el gobierno de Fariel. Fueron condenados a muerte hace pocos días, bajo la mano de uno de los Unnaon.

-Y hay más- Mat le hablaba, casi tirando de su barba- Pólux, Rigel, Dour, Bastúl... La masacre de esos pueblos siempre ha sido dejada de lado para los intereses del gobierno de Babel. ¿No es un poco curioso? Los dragones que lo hacen son

convenientemente eliminados luego por tu mentor y el Geral, antes de que puedan siquiera explicar qué los motivó a rebajar su orgullo en atacar lugares de tan poco renombre.

-Ya muchos han muerto. Y se avecinan más muertes.

-¡Pero...!- no supo qué decir, apretando los puños con tanta fuerza que le dolía y con la sangre hirviéndole de ira, preocupación, incredulidad y el sentimiento de que algo terrible estaba emergiendo, poco a poco. Los miró a todos, a Haluar, Aibol, Ruin, Mat, Guthi y Salocin, viendo las expresiones temerosas y decididas de cada uno. Todos ellos, conspirando contra el monarca más amado del mapa, trazando líneas imaginarias que condenaban al hombre más respetable que jamás había generado el mundo... Y él...

-Te lo dije, Marketz- gruñó Mat- No debiste haberlo invitado. Saldrá de aquí y ira directo hacia Vanna-

Haluar levantó una mano, callándolo. Se puso frente al consternado Arksinad, sin despegarle la vista.

-¿No puedes imaginarlo, no? Tú no crees, no puedes ni siquiera concebir la idea de que tu maestro pueda hacer algo como eso, ¿verdad?

Intentó mantenerle la mirada, pero algo en sus ojos castaños tembló y no pudo hacer más que mirar el suelo. Pensaba. Pensaba en sus viajes con su mentor, en lo que habían vivido, en aquellos pequeños momentos donde siempre creyó haber visto algo más en él, algo infantil e inestable.

Luego pensó otra cosa, y apretó los labios con fuerza.

-Está bien- le dijo Haluar, mirándolo desde arriba sin resentirle- Te pediré un sólo favor entonces. Luego, podrás marcharte de aquí, cumplirlo o no, olvidarte de todo esto si lo deseas.

Levantó la cabeza en silencio, viéndolo. Las arrugas en la frente despejada del profesor casi ni se veían, y el cabello platinado mezclado con las canas parecía haberse hecho más oscuro. Esperó a que el otro hablara.

-Quiero que espías a Vannael.

-¡Haluar!- protestaron los otros, pero el veterano no les hizo caso, esperando la respuesta del joven.

-¿Quiere utilizarme para conspirar contra mi maestro? ¿Para eso me trajo aquí?

Lo vio asentir con una sonrisa.

-Te será fácil, dada tu posición. Tan sólo quiero saber qué hace nuestro rey, a qué dedica su tiempo, con quiénes habla, cómo dicta las misiones de nuestra organización, quién es detrás de su máscara.

-Es el Rey de Cel-Neckar- respondió, desafiante- Uno del Geral. Quien me adoptó y enseñó magia. ¿Por qué iba a investigarlo yo?

-¿Qué es lo que pierdes?- incrementó su sonrisa el mago, como si fuera lo más fácil del mundo- Si de verdad estás tan seguro de que nunca ha hecho nada malo, nada malo puede sucederte. Y si tienes, en el fondo, dudas... ¿Por qué no arriesgarte por algo que valga la pena?

¿Qué vale la pena?, preguntó en su interior sosteniéndole la vista. En aquel momento creyó que Marketz debía de poseer algún tipo de arte para leer la mente, ya que le respondió terminando su sonrisa, por primera vez serio.

-Vidas humanas. Cientos de miles... Pero de ello te hablaré después, si lo deseas. Por ahora lo dejaré así. ¿Estás enterado de que Vannael posee una habitación secreta en la Torre de Babel?- por su evidente desconcierto la respuesta vino sola, y el hombre

volvió a sonreírle amable- La magia de Dordo pudo detectarlo. Creemos que es allí donde guarda lo concerniente a su plan y a lo que se investiga sobre él. Quizás quieras echar un vistazo por nosotros.

No pudo evitar ponerse de pie, en silencio consternado. Miró a todos, entremezclado entre el horror y la incredulidad y por fin suspiró, dirigiéndose al mago.

-No soy parte de este equipo. No estaré con quienes inculpen a mi maestro...

La sonrisa de Haluar seguía impávida al oír aquello. Era como si el mundo le resbalara por encima, en un gesto que no sabía si admiraba o rechazaba. Muy a pesar de todo, aquel hombre le caía irremediablemente bien.

Inspiró hondo.

-Pero echaré un vistazo. -los demás se movieron en sus asientos, sorprendidos de haberle convencido- Pero si no encuentro ni una, ni la más mínima y miserable evidencia de que Vannael este congeniando con dragones o asesinos, les ruego que la tengan en cuenta y lo tengan en mejor consideración.

Hubo un momento de silencio, en el que todos se miraron entre sí. Sólo Haluar y Ruin lo continuaban mirando, la princesa serena desde su asiento; como si se tratara de una corte, y el viejo mago sopesándolo, divertido.

Al último le sonrió, ameno.

-Magnífico.

Volvió a la torre bien entrada la noche, con la idea de inspeccionarla cuanto pudiera. Las palabras de Haluar sobre la habitación secreta entre los muros de su hogar habían quedado resonando en su cabeza, como prueba rebatible de la culpabilidad de Vannael, y no iba a poder conciliar el sueño hasta asegurarse de que eran mentiras.

Por lo cual pasó sigiloso, las puertas abriéndose sin ruido ante su llegada. No había esperado regresar a tales horas, pero poco le importaba ya que aquel día Vannael había cancelado su entrenamiento diario, debido a preparativos para...

¿Para qué? Sintió molestia al percatarse de lo poco atento que había estado para con las actividades de su mentor. Era esa misma falta de atención la que le había impedido defenderlo ante todos esos hombres y mujeres que le acusaban con argumentos sólidos y pruebas fehacientes. No tenía nada.

Ambos vivían en la misma torre, sí, y pasaban algo de tiempo juntos. Pero al fin y al cabo eran dos mundos diferentes, y respetaban esa distancia. Él no sabía qué planeaba Vannael, y Vannael desconocía por completo -o al menos eso quería creer- en qué había gastado las últimas horas su alumno en aquel bar olvidado.

Era conveniente, de algún modo, pero de ahora en más lo cambiaría. Prestaría atención. Descubriría más blancura, por así decirlo, pero su corazón se dividía en dos al pensar eso porque, de nuevo, una sensación oscura de incertidumbre corrompía un poco su lealtad, llenándola de dudas. ¿Quién era Vannael? Estaba seguro de que era un hombre bueno, sino magnífico, pero ¿de dónde había aparecido? ¿Qué sueños tenía, qué le motivaba?

Tragó saliva, avanzando por el piso alfombrado a oscuras y se detuvo antes de iniciar el ascenso por las escaleras. Por mucho que lo tentase ir a su habitación a descansar, la noche era ideal para registrar con su magia la integridad de la torre, en busca de un posible pasadizo oculto o un espacio donde pudiese detectar magia aplicada, una pared translúcida, una entrada cerrada.

Además, su maestro dormía en la sala del trono. Aquel era el mejor momento para actuar con sigilo. Casi de puntillas evitó la escalera, arremangándose la túnica y moviéndose por entre las altas instancias del lugar, por las majestuosas paredes forradas en libros, miles y miles de libros que provenían de la biblioteca del reino o incluso de lugares que habían visitado en sus aventuras, tantos que, por mucho que se jactara de leer, jamás hubiera podido terminar en una sola vida humana.

¿Dónde ocultaría un secreto, en una torre como aquella? El sótano le pareció la respuesta más obvia, y por lo tanto la primera que investigaría. Las obviedades no podían descartarse. Además, no era aquel un espacio muy concurrido. Ni siquiera la servidumbre tenía permiso de adentrarse en el sótano, donde los rumores afloraban se mantenían ocultas bestias de gran poder capturadas por el rey de los magos, tomos arcanos de magias ya perdidas que pertenecían a los mismos dioses, e inclusive objetos hechizados que podrían haber paralizado a un mortal con tan sólo ser mirados. No sabía cuánto de aquello era cierto, y calculaba que poco. Lo que sí sabía era que, haciendo memoria, había visto a su mentor bajar un par de horas a los oscuros pasadizos inferiores y volver con las manos vacías, un poco más taciturno de lo común.

Así que eso hizo, tragando saliva y guiándose por entre la oscuridad con la ayuda de sus manos, evitando usar una llama por las dudas la magia pudiese alertar a la torre de que alguien fisgoneaba. Aquel sitio era inteligente. La Torre De Babel sabía a quién dejar pasar y a quien no, se ordenaba sola, limpiaba sus contenidos, y hasta parecía tener una personalidad durmiente, sumisa. Era un lugar cargado de magia y vivo, mucho más vivo de lo que uno pudiera suponer al ver sus muros blancos y desnudos, la excelencia pulcra y celestial que los retocaba.

Por allí se movió con cautela, descendiendo las escaleras. Continuó por los largos corredores provistos de puertas, sin interesarse en ellos ya que los había visitado con anterioridad y sabía qué contenían. Ciego llegó hasta donde el pasillo volvía a doblar, perdiéndose en otra entrada que descendía.

Bajó. A lo lejos se oía un ruido sordo, que no podía identificar, quizás un suspiro. Creyó sentir el eco de una risa. No tenía miedo, no particularmente. Tenía sueño. Sus pies se movían descalzos por sobre la superficie rocosa, sus manos tanteaban las grandes piedras que formaban los muros, la frialdad de todo, y él avanzaba, convencido de que no había un peligro pues, ¿no era aquel su hogar, después de todo? Si lo requería, podía dar media vuelta, desandar sus pasos y reencontrarse con la comodidad de su habitación, reposar en su lecho con seguridad hasta que saliera el sol.

Otros ruidos. El sonido había cesado, y resonaba ahora algo como cuchicheos, susurros de la noche que bien podrían haberse tratado del viento al deslizarse por las aberturas de las puertas. Planeaba llegar tan abajo como le fuera posible, ver si existía en lo más hondo alguna entrada cerrada con magia o algo similar.

Al descender escalones por tercera vez los sonidos se hicieron tan claros que fue imposible negarlos. Había alguien, allí abajo, no en ninguna habitación oscura sino en los salones subterráneos, alguien de voz animada que susurraba secretos, amparado por la oscuridad. Tragó saliva, saliendo de su sueño parcial por primera vez y se pegó contra

la pared, preparándose mientras se deslizaba más y más, mientras el ruido poco a poco callaba, mientras la tensión se hacía insostenible.

Se asomó por el umbral, a la sala de los objetos antiguos que había visto alguna vez. En ella descansaban muchos tesoros, sí, pero difícilmente tesoros secretos que pudiesen dañar a quien los mirara o algo similar. Eran en su mayoría estatuas y estanterías viejas, mueblería que ya había sido actualizada en los pisos superiores o regalos hacia el rey que no encontraban lugar por ningún lado, reliquias mágicas que desaparecían cada tanto sin que nadie se preguntara el porqué. Estaban allí como antes, cubiertos de polvo y vejez, y por unos segundos Arksinad creyó poder relajarse, culpando su propio temor.

Pero luego vio algo inconfundible, como lo era la inmaculada figura de su maestro sentado en uno de los viejos tronos. Más aun contrastaba la joven morena sobre él, con el vestido de seda rojo, un rojo tan intenso que sobre la túnica del mago tenía la belleza de las gotas de sangre en la nieve.

No sabía qué hacían, pero su mente se puso en blanco. Se volteó, el corazón retumbándole en el pecho con tal fuerza que creyó que lo escucharían. Pensó que toda la ciudad podría haberlo escuchado, allí pegado contra el muro frío y con las ideas confundiendo entre sí.

Luego tomó coraje, asomándose de nuevo. Debía ver qué era aquello.

Nada.

La sala permanecía tan vacía como siempre, empolvada y olvidada. El trono estaba desocupado, mudo, sin ninguna evidencia de que alguien pudiera haber estado ahí hacía instantes.

Suspiro. La reunión con Haluar lo había afectado más de lo que creía.

Pensó en seguir avanzando. O quizás mejor volvería a su cama, que lo llamaba con lo inflado del colchón, el abrigo de las sábanas y los copos de nieve que caían por la ventana.

Sí. Ya tendría tiempo luego de seguir el camino hacia abajo.

Se dio vuelta entonces, y no pudo evitar caer al piso con un estertor de espanto. Vannael lo miraba del otro lado, brillando como un fantasma en la oscuridad del pasillo.

Retrocedió, aterrorizado. El rojo que se veía en las rendijas de la máscara nunca habría brillado tanto, nunca había sido tan intenso. Eran dos lunas desquiciadas, anormales, sangrientas.

-¿Estás bien?

Las mismas lunas lo miraban, asesinas, y tardó en darse cuenta de que aquella era la mirada que su mentor había tenido siempre. Se incorporó, avergonzado y sacudiendo el polvo de la túnica miró el suelo, sin saber cómo justificarse.

-Yo... Lo siento...

-¿Qué sientes?

No supo qué contestar. Vannael pasó caminando a su lado, relajado, la túnica blanca arrastrándose tras él. Estaba tan calmo y normal como si lo hubiera encontrado un atardecer en el trono, como si no pudiera cansarse. Al hablar su oración tuvo un dejo de justificación muy ambiguo.

-A veces a mí también me gusta pasear, cuando los demás duermen. La noche es una buena compañía para los solitarios.

Asintió, con pesar mientras sentía la presencia a su lado. Ahora casi podría haber jurado que los había visto, al rey y a esa mujer de rojo. ¿Pero qué era ello? ¿Había

realmente algo, después de todo? ¿Tan obvio había sido todo como para que al primer intento comenzara a develarse?

Se mordió los labios, manteniendo el silencio que se le hacía insostenible ya, resistiendo la tentación de ir de frente y preguntar. No podía desconfiar de su maestro. Simplemente le era imposible. Haluar, Aibol, los otros tres, incluso Ruin...

-Ruin.

La voz cortó el hilo de sus pensamientos, haciéndolo voltearse con sorpresa. Tras él Vannael parecía relajado contra la pared, de brazos cruzados y con el cabello azabache derramándose sobre la máscara.

Sintió como una mano que le estrujaba el pecho, mientras veía el rojo de aquellos ojos, la serenidad enfermiza que emitían. No podía creer que le hubiesen descubierto tan rápido. Enrojeció, su mente incrementando su traición de formas absurdas, pensando en lo decepcionado que estaría su maestro al saber lo que había acontecido en el bar, que había accedido a espiarlo.

-Mañana acompañarás a la princesa en una misión del Geral- le contó Vannael, explicándose. En lo serio de su comportamiento, creyó sentir el leve dejo de una burla. No muy lejos de aquí. Es preciso que resuelvan un par de asuntos de los cuales no puedo encargarme.

Movió la cabeza de arriba abajo, mudo y con la culpa filtrándose fuera de su cuerpo. Aún no lo sabía. Su alivio no lo aliviaba.

-Ve a dormir, Arksinad.

Aquello podría haber sido tomado como una orden, o como un consejo amigable de un mago que veía el cansancio en los ojos de su alumno.

O quizás era una advertencia.

-Sí, maestro.

Y entonces se fue, dejando al pasillo atrás y a quien lo había criado apoyado sobre el muro, pensativo y con la actitud de un perro guardián. Perdió el sótano, subió las escaleras principales y recorrió el trayecto hasta su habitación sin pensar, como un muerto en vida. Se arrojó contra su cama con el corazón dando retumbes, retumbes que potenciaban sentimientos y recuerdos confusos: la voz de Haluar y su sonrisa, los ojos rosados de Ruin mirándolo con detenimiento, el blanco de su mentor y el rojo de la seda sobre él, sus emociones agriándose y perdiéndose en el mar que era su vida, las burbujas de momentos y voces entrecortadas que la componían haciendo un caos mientras se relajaba, mientras se entregaba al sueño, la última visión de sus ojos siendo los copos blancos que se apoyaban en el alfeizar de su ventana.

8. Los Destinados De Siempre

Permanecía helado, de rodillas frente al abismo por el cual acababa de arrojar el cadáver de otro hombre y sintiendo cada vez más presentes los sonidos de la batalla que se desataba a su espalda. Guerreros devas de bizarras armaduras chocaban espadas enormes estallando flores de sangre por la tierra cercana al río, en cuyos lindes la poca vegetación colorida que crecía se teñía de un rojo vivo como la pintura.

No sabía en qué pensar. O qué decir. Allí abajo debían de estar sus amigos, abriéndose paso por entre las huestes enemigas y buscando la forma de acceder al aislado espacio en el que el conjuro de Bali Gladiar lo había dejado. No estaba seguro de querer enfrentarlos, de tener las ganas o el valor de volver.

Necesitaba huir. Se sentía desdichado, y miraba con afecto triste a su escudo que murmuraba versos, como si fuera lo único que lo comprendía. Caminando en calma acortó la distancia hacia él, ignorando los gritos, la confusión, la sangre, la imagen de un cráneo siendo devorado por el fuego. Vio su reflejo en el arma, impecable, brillante ante el sol, y creyó ver otro rostro gris ahí, fugaz.

Luego volvió a arrodillarse, ante el escudo.

Apoyó la mano en él y se concentró. Debía salir de allí, y los caminos estaban cerrados. Pero su tesoro le había enseñado a abrir su propio sendero.

Al no tratarse de un acto reflejo fue mucho más difícil esta vez. Apretó los ojos, intentando concentrarse, intentando visualizarse en aquella forma espiritual que había tenido momentos antes para alcanzar a Ragnar. Sintió algo como agua helada derramándose por su espalda, como si su cuerpo entero estuviera compuesto por un millar de gotas plateadas, resonantes, que vibraban ante fuerzas mínimas y desconocidas para quienes veían la realidad con ojos vivos.

Abrió uno de los párpados, y pudo ver su mano, etérea, celeste y gris. De nuevo esa situación, ese cuerpo. Pero ahora al menos tenía algo de control, a diferencia que en su sueño, en donde era un fantasma invisible, arrastrado por la inconsciencia. Allí podía decidir a dónde ir, así que lo que hizo fue alzar su arma, dándoles la espada a sus amigos y apuntando hacia donde Bali Gladiar, Deihr Bellow y Aminor Sirrah habían partido ya hace rato.

Saltó. Flotó como si no hubiera gravedad, en una velocidad imposible de definir: se movía lento, como apelmazado bajo el efecto de alguna relajante droga, pero al llegar a

cualquier punto y pisar se percataba de que ni siquiera había pasado un segundo entre que sus pies tocaban el suelo.

Y tampoco tenía limitaciones, tal como un fantasma. No *necesitaba* tocar el suelo. Simplemente volaba, atravesándolo todo, ignorando al mundo, desnudo y libre. Se lo veía como una centella de plata, y como una centella de plata se apareció de nuevo tomando su forma mortal, de rodillas y del otro lado del río, viendo lo último del puente caer hacia las profundas aguas con gran estrépito con un dejo de alivio y miedo, imaginando su reflejo parado del otro lado, la muerte a la que se hubiera precipitado.

Luego se concentró en su situación actual, olvidando lo demás. Se hallaba ya en los bordes de Oesile Nede, la acomodada zona interior de la elite de la Ciudad Dorada. Pensó que aquella era una buena oportunidad, aferrando con fuerza la cadena, y echó a correr por el camino principal, calle de tierra rodeada por cantaros floridos que ya auspiciaban una riqueza mayor a la de Diakaza.

Al instante se frenó, dejando una polvareda tras los talones y entendiendo que había sido una idea estúpida. Seguir ese camino lo llevaría directamente a donde se hallaban Bali y el resto del ejército. Y, a decir verdad, ni en ánimos ni en condición física se sentía ya lo suficientemente fuerte como para derrotarlos solo.

Viró por el costado entonces, perdiéndose tras los zarzales de frutos coloridos y las estatuas que se veían, representando guerreros y héroes en oro puro, reflejando los rayos del sol con la fuerza y precisión de un hechizo. Corrió, alejándose de la guerra, de Reaper, Arksinad, Rashka y Majcel, Linith y Reginald, incluso del deber que le había traído a ese lugar. Siguió por el borde del río, viendo las aguas bañarse con el color del astro rey, oro líquido y destellante como un buen vino, curiosamente enajenado de sí mismo y de todo lo que había ocurrido. Era de nuevo como si su cuerpo no le perteneciera, pero no podía decir que no le agradara. En la desesperación había un placer intenso.

Ascendió por la costanera. Poco a poco su carrera sin rumbo se vio molesta por los rayos que le golpeaban el rostro, rebotando desde algún lugar desconocido y dándole directo a los ojos. Aquel baño luminoso le impedía ver, lo desconcentraba, así que tuvo que ponerse en calma y detener sus piernas para buscar de dónde provenían, indignado desde ya con Oesile Nede.

Entonces lo vio. En el centro de toda la Ciudad, alzándose imponente por sobre lo demás, haciendo ver como hormigas a los intrincados edificios de muros blancos, a las estatuas de implacables militares y a los retorcidos árboles que formaban el espacio verde de la zona, el Domo del Sol se veía como una gigantesca cúpula dorada, coronada por una punta que era del grosor de una torre y que perforaba el cielo con su filo, visible desde cualquier sitio. El punto más alto de la construcción, allí donde el oro se juntaba tanto que podría haber atravesado a las aves que pasaban volando, parecía señalar directo el sol que reinaba desde el cielo no importaba desde dónde se mirara. Era una visión majestuosa, sí, que en otro momento hubiera apreciado más. Ante todo, al menos en esa situación sí podía sorprenderse ante el saber que allí, al alcance de sus ojos, un dios reposaba ajeno al conflicto que entre su pueblo se desataba.

El rayo volvió a cegarle, obligándolo a cubrirse con la manga roja de su abrigo y darle la espalda al domo. Le irritaba. No parecía una casualidad ya, sino como si alguien lo estuviese apuntando, jugando con alguna superficie metálica para reflejar la luz en su cara. Era desgastante y por fin se detuvo, frotándose los ojos con ira y con la creciente sensación de que lo estaban observando.

Al abrir un espacio entre sus dedos quedó helado. Desde la altura en la que estaba, solo en un mundo desconocido para él, un edificio capturó su atención muchísimo más que el colosal Domo del Sol.

Estaba más allá cruzando el río, alejándose incluso de Diakaza y con gran parte del desierto de por medio; pero aun así de algún modo sus ojos podían verlo desde la distancia. Contemplar aquella pirámide cortada, de color negro y que devoraba toda luz en su abandono le hizo estremecer, recordando el cuadrado oscuro que había visto en el mapa durante la reunión de los soldados albinos, y luego también la historia de Rashka sobre el antiguo traidor Grimold Styxer, quien se había convertido en un monstruo gracias a Necrostacia para luego ser derrotado por Albion.

Albion. Alejó su mano de la cara, de espaldas al sol y la observó detenidamente. Él mismo, en otra vida muy distinta. Luego puso entre sus dedos la construcción oscura, semi enterrada entre las arenas y los vientos de la lejanía. ¿Quién había creado algo como eso? ¿Era aquella la tumba a la que no debían acercarse? Por algún motivo al verla los contornos de su visión se difuminaban, emblandeciéndose los colores, dejándolo ciego.

Le dio la espalda, pensativo. Mencionar el nombre de Albion en su mente le había dado una idea interesante. ¿No había decidido mandar todo al diablo, al fin y al cabo? ¿Ignorar la guerra civil, a los generales, inclusive a sus amigos? Pues bien, el Domo del Sol estaba cerca. Baal estaba cerca. La opción de salvar a Scarrow estaba al alcance de su mirada, ¿Por qué seguir sumiéndose en aquel juego idiota de racismo y manipulación? Iría solo, por su cuenta, entraría al Domo y obligaría a Baal a responder sus demandas. Todo lo demás escapaba de su interés.

Con aquella resolución se encaminó decidido, bajando de su observatorio hacia donde la espina del centro se asomaba, ya sin reflejar la luz molesta para sus ojos, como si hubiese querido mostrarle el edificio oscuro de más allá y nada más.

Otra vez la voz sonó, sobresaltándolo.

“La primera prueba de los elegidos ha concluido.”

No se detuvo, sino que siguió su marcha con los ojos fijos en el Domo. Lo notaba resplandecer ahora, el sol sobre su punta, sus muros platinados revolviéndose cada vez que la sacerdotisa de Baal vocalizaba. Era una voz hermosa, terrible y abismal. Estremecía su espalda, pero no por ello pensó en detenerse.

“El general Aminor Sirrah ha sido el primero en poner pie en Diakaza. Majcel Kido posee el segundo puesto. Rashka Wisel el tercero. Ragnar Amix queda descalificado.”

Había oído que eran cinco generales, pero no hubo ninguna mención del último, fuese quien fuese. Descubrió en el camino el mismo efusivo rayo de luz que le había

molestado los ojos, saliendo de ningún lugar y moviéndose con burla por el suelo, como rogándole que se acercara. Así lo hizo, movido entre la curiosidad y la determinación de antes, por el camino que iba al Domo.

“Por lo tanto, los resultados del Juego para los elegidos presentes serán dichos en concordancia. Bali Gladiar es el vencedor de la primera prueba...”

Algo en él se imaginó los rostros de Reaper y Arksinad, que por otra parte de la ciudad debían de estar también escuchando la misma voz, y los rostros descorazonados –o estoicos, mejor dicho- de Rashka y Majcel al saber que habían perdido. Por su parte no pudo evitar una sonrisa introspectiva, si bien lo terrible de la muerte a Ragnar aún resonaba, sin querer esconderse del todo en la tranquilidad de su subconsciente.

Continuó siguiendo al rayo de luz, distraído. Mientras lo hacía se obligó a aminorar la marcha, atento ya que a lo lejos veía a algunas figuras dialogar, figuras que sin duda eran del ejército enemigo.

“Arksinad Eel obtiene el segundo puesto,”

¿Importaba algo como el segundo puesto? Bali había ganado, y eso era todo. Tanta ceremonia, el tratar como un juego a lo que era poco más que una sangrienta guerra le enervaba. Gente estaba muriendo por esa idiotez. Se aseguraría de expresarle muy claramente su ira a Baal sobre el asunto en cuanto llegara.

Se pegó contra uno de los muros, al lado del rayo de luz que también temblaba allí, como ocultándose junto a él. Tomó aire, inhalando la mayor cantidad que podía y luego asomó un poco. Sus ojos se toparon con varios soldados devas que patrullaban la zona, gritando órdenes en aquella lengua común quebrada, inentendible por el acento, y también con cultistas de la Forja que rayaban el suelo con sus varas, formando algún sortilegio. Parecían estar montando campamento allí, en el espacio abierto de las plazas. Bali y Deihr estarían cerca.

Levantó los ojos hacia el Domo, más allá. Si quería llegar allí, iba a tener que pasar por el campamento enemigo. No estaba seguro de poder activar su habilidad fantasmal con lo que le había costado la última vez, así que la cosa iría a por el sigilo, un punto que decididamente no era su fuerte si consideraba que su último plan había sido ir corriendo directo atravesando el ejército hacia su oponente.

Pero debía hacerse, tal era el estado de las cosas. A su lado el rayo de luz bajó al suelo, deslizándose por el camino que ahora se recubría de baldosas irregulares de piedra y Reed lo siguió con cautela, midiendo sus pasos y sintiendo las botas rechinar por el calor.

“Mientras que Deihr Bellow obtiene el tercer puesto.”

Tuvo tiempo de olvidar su objetivo de ir al Domo. Esta vez no clavó los talones, sino que fue como si pasara hacia delante y aquello le impulsara, obligándolo a iniciar un trote. ¿Había oído bien a la voz? ¿Dijo lo que había dicho? Sí, estaba seguro de que sí. Pero no podía ser, cómo iba a ser posible que...

El corazón le palpitaba con fuerza, y el rayo de luz tomó velocidad frente a sus ojos. Deihr. La herida en su hombro ardió rencorosa y su mente intentó buscar esclarecimiento. ¿Deihr era una elegida de Baal? ¿La tercera? Un desarrollo tan inesperado... ¿Acaso siquiera ella sabía esto, y aun así trabajaba para Bali y la Forja?

No. Algo andaba mal. Presintió que un hecho terrible iba a ocurrir, y mantuvo su trote, sacando fuerzas de donde no las tenía para ganar terreno y acercarse a donde veía las unidades enemigas revolverse inquietas ante el anuncio.

“El llamado a la Segunda Prueba será hecho a su debido tiempo.”

“Baal saluda a sus hijos.”

La voz calló, pero hacía tiempo que ya no la estaba escuchando. Podía distinguir ahora a las personas que había lejos y su alma dio un vuelco al comprender que una de ellas era Deihr, reconociéndole el pelo castaño y el vestido corto blanco que llevaba. Frente a ella estaba el otro general de la máscara de bronce, Aminor, apuntándola con una de esas armas pequeñas y alargadas mientras parecían discutir, o al menos ella le gritaba algo.

La saeta de luz que había estado siguiendo voló como un trueno, perdiéndose más allá en la inmensa superficie del Domo del Sol. Al mismo tiempo se oyó un estruendo espantoso, y vio a Deihr caer hacia, atrás la sangre emanando de su estómago.

Ahogó un grito, corriendo hacia ella. Aminor más allá se dio la vuelta, sin notarlo...

El cuerpo de la Bellow desapareció en la distancia, en un fogonazo violeta que levantó granos de arena y que alteró a un sorprendido Aminor, quien en vano volvió a empuñar su arma. Fue demasiado tarde, y la siguiente bala que disparó fue a perderse más allá rebotando contra una de las paredes, atravesando el vacío que ella había dejado al desaparecer.

Reed se había frenado, boquiabierto. Poco a poco todo se hacía más raro, al punto que se sintió parte de algún tipo de grotesca comedia organizada por los dioses.

No pudo pensar más porque al rato hubo un fulgor en el cielo, y la misma luz violeta en la que se había convertido Deihr Bellow descendió frente a sus ojos, la joven cayendo a pocos metros sobre un pie y con el costado sangrante, apareciendo en su campo de vista tan repentinamente que fue él ahora el sobresaltado.

-Tú...- murmuró apenas, desmayándose frente a él y cayendo sobre su hombro. Por su parte quedó helado, sintiendo su peso en donde le había disparado días atrás y sin poder creer lo que ocurría. La ironía de todo ello no se le escapaba.

“Quién lo diría” –pensó, en un atisbo de sorna amarga que casi rozaba la locura- *“Se equivocó, capitán.”*

Uno tenía que avanzar esquivando a la gente, a las multitudes que se congregaban en ánimo festivo para presenciar la llegada del héroe Sulfur Houppe a la capital en toda su gloria. Casi no había espacios para hacerlo, de tanta presencia en la amplia avenida que comunicaba al Castillo de Faudó, y la milicia era la encargada de intentar poner algo de orden entre todo el escándalo, empujando a los que se colaban fuera de las vallas de contención y manteniendo a todos tras la línea por la cual el carruaje pasaría.

El general Yeguilex formaba parte de quienes supervisaban el momento, tal como Duran lo había previsto. En un tema tan delicado, en la que los comandos kiels de Gikeldor podían estar implicados, ni por poco se les ocurriría a la Cámara de los Diez perder de vista a aquel serio hombre. Sus congéneres generales tales como su antiguo líder Bas Kegrán mantenían un ojo en él mientras trabajaban, aparentando displicencia o amabilidad aquellos que no querían levantar sospechas.

Por su parte él no miraba mucho a Yeguilex, quizás para no delatarse, y avanzaba encapuchado por entre las muchedumbres en busca de algún rastro de magia particular, algo que le hiciera sentir que la vida de Sulfur peligraba. Allí, en medio de toda esa multitud, la muerte de un héroe como Houppe hubiera enardecido a las masas de Fariel. Consideraba su prioridad encargarse de que no ocurriera.

Pero era difícil. Eran muchas, incontables la cantidad de personas que habían asistido y cualquier brujo de malas intenciones podría estar camuflado entre los rostros bonachones y excitados de las familias, de los bravucones de bares y viudas que se asomaban por las ventanas. Sulfur Houppe se había convertido hacía años en una estrella para el pueblo del Toro desde su participación en la guerra contra Kamui, cuando había logrado convencer a ambas partes a firmar la rendición que permitió a los farielenses conservar la mayoría de sus recursos aun tras la derrota. Luego de ello la atención de quienes se interesaban por los asuntos del mundo había quedado prendida de aquel humano –de sangre mezclada ahora, sospechaba Duran- quien también había utilizado todos sus recursos para ayudar a la empobrecida tierra de Gikeldor, batallando contra los dragones que la azotaban y siendo nombrado su Campeón y Héroe.

Sí, definitivamente Duran no dudaba de la integridad de Sulfur Houppe. Y era por ello mismo por lo que sus viejos huesos sentían una grave preocupación, intentando desentrañar inútilmente cómo entraba aquel noble dentro del plan que poco a poco urdía su señor y rey. Si lo que creía era cierto, existían dos opciones: o bien Sulfur hablaría con la reina Shimari y sus palabras no serían más que el reflejo de las manipulaciones de Vannael, o bien Sulfur era un simple peón que iba a morir en el trayecto, una víctima que enardecería al reino para alinearlos junto con Cel-Neckar en la guerra que el monarca había predicho llegaría.

Con todo su corazón, esperaba que fuera la primera opción. Si se trataba de una manipulación, se hallaba en desventaja sí, él que era de palabras rotundas y pocos adjetivos. Pero que Sulfur Houppe le dijera una sarta de mentiras inocentes a Shimari sobre los propósitos de los kiels para con Fariel y Kamui y la situación de su guardaespaldas no le parecía que pudiera causar mucho revuelo. Faltaba un derramamiento de sangre para calentar los corazones de todas esas muchedumbres, y lo esperaba con temor.

Por ese mismo temor había duplicado las defensas de la mansión de Unnaon Zetha, preocupado por el destino que pudiesen sufrir Merady y los niños que la habitaban en el momento. Había logrado encariñarse de aquella joven noble desde hacía mucho tiempo, incluso más luego de saber su historia con el alumno del rey y que algo le ocurriera mientras la ciudad se sumía en el caos le hubiera afectado profundamente. Y los niños...

Merady se había mostrado como una buena cuidadora para ellos, con una paciencia y misericordia dignas de la misma diosa Ianna. Eran once niños, en total, once criaturas de ojos apagados y ciegos, once huérfanos que recién comenzaban a emitir sus primeros y discordantes sonidos, tras estar tanto tiempo callados y encadenados por alguna magia perversa dentro de la mansión de Unnaon Delta. Ella los cuidaba, bañaba, les leía cuentos y les compartía su soledad en las tardes soleadas de la ciudad, albergando la misma esperanza de Duran de que en algún momento el hechizo se rompiera y cualquiera de esos infantes lograra ver, lograra hablar, lograra explicar algo de lo que había acontecido durante su cautividad.

Era algo terrible. Caminando por entre la gente no pudo evitar apretar los puños, indignado. Ni dejar a Unnaon Delta entre todos esos monstruos para que le devorasen había sido un castigo justo para aplacar la ira que tenía, la furia por aquel desperdicio de hombre que alimentaba su vida con el ser más puro que podía existir. Vannael... Ya no tenía dudas de que su señor estaba detrás de todo eso, y aquello le hacía sentir enfermo. Se sentía culpable, un viejo chocho e inútil que no había podido ver la verdad a tiempo, un ciego en quien Arksinad, Haluar, Ruin y Aibol no habían podido confiar. Por cómo todo había salido, no merecía ya el título de Dos del Geral.

Oyó un gran vítor a su espalda, y varios trozos de papel salieron volando, salpicando al cielo con su color. Era hora de ir. No había encontrado nada allí, ninguna fuerza maligna que le pareciera pudiera dañar al gigantesco carruaje que se acercaba ahora desde Droppedam tirado por seis caballos de pura raza, llevando al héroe que la gente aplaudía y silbaba. Al menos desde allí, le tocaría confiar en Yeguilex para lo demás.

Saliendo de entre las personas se cruzó casi casualmente con un hombre alto y delgado, vestido de civil.

-¿Está todo en orden?- le preguntó Leude.

-Sí. Veremos cómo funciona lo del castillo.

-Gio es bueno- se permitió sonreír el teniente.

Asintió sin ponerlo en duda, y siguió caminando como si la charla jamás hubiera dado inicio. No quería que le vieran, y ni siquiera en un lugar tan concurrido como ese podía tener confianza. Su paranoia era reconfortante y debida, si consideraba que su enemigo era alguien tan importante como el Rey Mago de Cel-Neckar.

Toda la ciudad se había vestido de gala para el evento, colgando ristras de seda entre los alfeizares de las ventanas, ensuciando alegremente los pisos irregulares de piedra con servilletas coloridas y dibujos de niños rayando las paredes con saludos y

bienvenidas. No creía que en Babel fueran tan extremos para saludar ni al rey, lo que le marcaba más la diferencia de espíritu y disciplina que existía entre un lugar y otro. Suspirando y con eso mente avanzó rápido, pisando los papeles recortados y maravillado al descubrir que todo por fin estaba silencioso, que el bochorno continuo de Deneb Algedi cesaba si uno se alejaba de donde el evento principal y se perdía por las pintorescas callejuelas.

Pero no tenía mucho tiempo que perder, así que al cabo de un rato terminó por llegar al Castillo de Faudo, más preocupado por la situación de sus aliados que porque el letárgico carruaje de Sulfur Houpe se le pudiera adelantar. Ingresó por una de las puertas atajo, oculta tras un callejón sin salida y avanzó por sus corredores fríos en calma, hasta llegar a la habitación indicada.

Golpeó dos veces, luego cuatro, dos, una, cuatro.

A los pocos segundos Bullwe le abrió, mirándolo sin recelo e invitándolo a pasar en silencio. Duran cerró la puerta tras él, trabándola con magia y se sentó a ver al joven medio ahura que frente a un espejo tomaba aire, como preparándose para una actuación.

-A... i...- chilló Gio, con la voz de Unnaon Delta- I... E...

Era un ejercicio ridículo, pero no se sentía con ánimos de reír. De aquello dependían sus vidas.

-¿Yeguilex?- resumió Bullwe muchas preguntas en una, echándose en otro asiento de más atrás en actitud relajada.

-Con las masas- le respondió meciéndose la barba. De lo poco que había visto le sorprendió descubrir que aquel militar desganado era el más interesante, si bien era parco y hasta desinteresado a la hora de charlar- Los otros generales no le quitan los ojos de encima.

-Mejor. Así no mirarán mucho a Delta aquí.

Asintió, completamente de acuerdo y se volvió hacia Gio, quien continuaba haciendo muecas y pedorretas que no le inspiraban mucha confianza.

-Intenta hablar lo menos posible.

-Lo sé- le respondió Unnaon Delta usando el cuerpo de Gio, o al menos eso pareció y el efecto fue tan real que estuvo a segundos de volarle la cabeza con un conjuro.

-No hagas eso.

-Lo siento- contestó esta vez el joven ahura atemorizado.

Bullwe echó a reír, y Duran suspiró intentando controlarse y confiar en ellos como le había dicho a Yeguilex que haría. Lo que le preocupaba sin embargo no era una falla en la imitación vocal de Gio o que la pereza de Bullwe causara que las cortinas de Delta –habían traído las reales, directo desde su mansión- cayeran descubriendo el engaño ante todos los dirigentes de Fariel. No. Lo que le preocupaba era que Vannael estaría allí, y sabía que su señor podía ver más allá que cualquier humano. Desentrañaría la farsa en un abrir y cerrar de ojos, lo que significaba que aquello tan sólo les servía para ganar algo de tiempo. Debían cubrir la muerte de Delta lo máximo posible.

Y además Mila... Era posible que la bruja tuviera algún tipo de enlace con el político fallecido, y pudiera percatarse de su ausencia en la sala. No lo sabía. No sabía cómo funcionaba el demonio de la cornucopia, más allá de coser heridas con hilo y mantener cuerpos con vida. Había perdido la oportunidad de interrogar a Delta por culpa de su ira y del apuro de la situación, y ahora sólo le quedaba un amargo arrepentimiento. Muchas cosas podrían haber salido mejor.

-¿Dónde está Gallahard?

-¿El niño bonito?- Bullwe bostezó, echando la cabeza tras los codos y viendo a Gio pararse y sacudirse el polvo, ya listo- Creo que intentando ligarse a nuestra queridísima Unnaon Gamma por las alcobas del castillo.

Bien. Eso estaba bien, Gallahard estaba fuera de juego. Por cómo la situación marchaba ahora, era mejor que su otro protegido no supiera nada sobre lo que estaba ocurriendo. Así estaría más seguro.

Hubo un golpe en la puerta, y la voz del mayordomo anuncio que era la hora. El carruaje y la multitud se hallaban ya frente a la entrada del castillo. Esperaron a que los pasos se alejaran en silencio y luego Gio estiró los brazos: Duran no perdió tiempo con el miedo que el joven le tenía y tan rápido como pudo lo revistió de sortilegios y runas; principalmente *Fehu* entre ellas para que le permitiera resguardar su apariencia, para ocultar el mismo hecho de que algo estaba siendo ocultado en su persona. Con magia como esa, aplicada con constancia y recelo durante un buen tiempo, el disfraz perfecto podría lograrse y hasta una raquítica anciana podía pretender ser un fornido bárbaro del desierto ante los mejores hechiceros del globo.

Hecho eso hizo una seña, y bostezando Bullwe procuró poner las cortinas que rodeaban a Unnaon Delta siempre, sus principales aliadas en el asunto. En el mandatario de Fariel, habían sido fuente de misterio y herramienta para ocultar un cuerpo muerto, imposible, surcado por las heridas y el hilo negro de Asherat. En Gio, permitían convencer a todos de que aquel ahura jovencito y menudo podría tratarse del enigmático político. Al menos, esperaban que así fuera.

-Recuerda- le dijo Duran antes de terminar de cerrarlas- Procura no hablar. Y cuando lo hagas, que sea Delta quien hable.

El otro asintió, sobrellevado por la seria mirada del anciano. El Dos las abrochó al instante, separándolos por fin, e hizo una seña a Bullwe.

-Iré por mi parte cerca de Vannael. Observaré reacciones. Si les parece que algo está saliendo mal, no duden en darme la señal.

-Lo mismo va para usted.

Estaba dicho. Sin agregar más salió de allí, controlando que la servidumbre no deambulara por los pasillos y trazó otra runa con su magia.

-*Tyr. Reith.*

Con aquel conjuro se transportó a tres simple saltos, a su supuesta habitación en el ala opuesta superior del castillo. Se sentó en la cama con los codos sobre las rodillas, esperando, jugando con los dedos de su armadura y con prisa. Las posibilidades de que algo saliese mal eran muchas. Necesitaba estar atento a todo detalle, pero al mismo tiempo no perderse cómo era que Vannael buscaba iniciar la guerra entre Fariel y Kamui.

Un asesinato... ¿sería suficiente? Si Sulfur Houppé iba hacia donde Shimari para acabar muerto... Iba a despertar ira, sin duda, ¿pero iniciaría una guerra? ¿Motivaría a la milicia? No. Debía haber algo más. El juego de marionetas que se estaba llevando tenía que ser mucho más profundo que eso.

-Señor Duran Id Scion, se lo espera abajo en la Sala de Reuniones.

La voz del chambelán del castillo lo hizo levantarse de un salto, en parte feliz de no tener que seguir pensando más todo aquello. Se consideraba un buen asistente, organizando eventos y reuniones, pero más allá de eso jamás había sido bueno con las ideas. Prefería actuar, cortar los hechos en seco, ir a la raíz del asunto. En sus años jóvenes había sido conocido como un hombre de hierro por ello, y en la vejez sabía que le respetaban del mismo modo.

En el camino se cruzó con Zark Argocette, que se tambaleaba como borracho desde la poco envidiable posición que le confería su joroba, más que entregado a los placeres que les ofrecían por su estatus. Gallahard no hizo aparición, tal como esperaba, y calculó que Vannael debía estar ya abajo con la bruja. Todo marchaba bien. Que los hechos se perpetuaran con esa familiaridad cansadora le permitía mantener la calma.

El Salón De Reuniones de la planta baja estaba oscuro y callado como siempre, desprovisto de los gritos y vítores que se podían oír desde los otros niveles del castillo, la gente que se agolpaba y los festejos que cerraban al carruaje en el exterior. Ya varios de los Unnaon se hallaban en sus puestos, incluido Gio tras las cortinas a quien no dio una sola mirada, sentándose tras Vannael y Mila en su lugar requerido.

-Hay todo un bochinche allí afuera- le sonrió la joven bruja, sus ojos rasgados como los de un demonio brillando en la penumbra.

No le respondió, mirando en cambio a Vannael, mientras que a su lado Zark ocupaba el asiento de Gallahard con mucha intención. El rey reposaba su mejilla enmascarada sobre el puño enguantado, sin mirar nada, pensativo.

¿Lo estaría descubriendo? Se resistió a mirar a Gio, prefiriendo no pensar más. Hubo el tintineo de una campana y se percató de que casi todos los Unnaon ya estaban en sus lugares: el anciano Alpha, el oscuro y serio Beta, los dos militares de armadura, Epsilon e Ipsilon, el veterano Tau y la majestuosa anciana Io, así como también los dos que también pertenecían al Geral, Unnaon Omega y su aliado Unnaon Zetha de la familia Vander.

Chasqueó la lengua al ver sentarse por último a la joven morena, Gamma. Su protegido seguía sin aparecer.

Las puertas del salón se abrieron, y caminando por allí entró Houppe, ya alejado de los vítores y estallidos de sus admiradores. Poco había cambiado desde la reunión del Geral: el mismo cabello oscuro y los ojos amarillentos, rasgos humanos combinados con ahora como los de Gio, marcados en un porte heroico, ropajes rojos mezclados con armadura de hierro y el rostro poco agradable, descontento. Era al fin y al cabo un hombre reacio, acostumbrado a los problemas y la pobreza del continente oriental. No se dejaría intimidar por nadie, pensó Duran meciéndose la larga barba.

Y luego dejó de mecérsela, porque otro individuo caminaba tras Sulfur, lento amenazante e inevitable, sacándole varias cabezas con una sonrisa brutal. El genio Djinn Archelande estaba exactamente igual a antes, con su vestimenta de hilos de oro y su mirada inestable excitada, por detrás de su compañero mago.

Frunció el entrecejo, mirando a Vannael. Lo había olvidado, en su distracción... Las parejas, las jodidas parejas del Geral Veintiún. Hablar con Shimari, aclarar la posible amenaza de la facción Kiel... Incluso algo como aquello constituía una misión para la organización. Djinn acompañaría a Sulfur en el trayecto, tal como las reglas del grupo lo habían estipulado, y podía dar por contado con quién estaba el deber de ese monstruo. Ya las cosas comenzaban a tener sentido.

¿Hace cuánto que vienes planeando esto, Vannael?

La pregunta muda no fue hecha, ni halló respuesta dentro de su mente. Se enfocó entonces en la actitud del genio, quien jactante se apoyó contra una pared, atrayendo las miradas con su abismal altura mientras Houppe tosía en el medio de la sala, listo y apresurado por iniciar.

Aquellos dos debían haber pasado varios problemas para trabajar en equipo. Pero ahora quizás esa pareja que tan arbitraria parecía, esa terapia de choque para las diferencias raciales en Gikeldor comenzaba a tener algo de sentido. Y las demás... La

asesinada princesa elven Ruin había sido emparejada con Arksinad, a quien Vannael había echado la culpa de las muertes. No había sido casual. Hablar con Merady le había aclarado la mente sobre el joven mago, y se lamentaba de no poder contactarlo para aclarar datos y ayudarlo. Lo habían convertido injustamente en un monstruo, y el verdadero monstruo estaba tan sólo a unos pocos pasos, en paz, manipulándolo todo.

-Puedes hablar, Sulfur- le indicó ese monstruo al Veinte.

El héroe asintió, dirigiéndose a los Unnaon.

-Ocupé mi tiempo en investigar lo que me dijeron acerca de los comandos kiels.

Se revolviéron en sus asientos inquietos. Como de costumbre fue Unnaon Alpha quien tomó la palabra.

-¿Y?

-Están creciendo- asintió el hombre- Desde Zubeneschamali interfieren con la política de la capital y expanden su influencia e ideas por el continente. Reciben también asistencia de la misma Organización a la que Sephid Silas pertenece, lo cual me indicaría que las dudas de Su Majestad son creíbles.

-Debemos actuar de inmediato- sentenció Beta.

Sulfur negó. Creyó ver entonces Duran el inicio de una mueca sardónica en Mila.

-Están preparando tropas- reveló el recién llegado, para el desconcierto de todos.

No esperaba eso. Para nada. Pero por el gesto de sus congéneres de Cel-Neckar, supo que los demás sí.

-¿Tropas?- Unnaon Tau parecía interesado.

-Ejércitos. Entrenan a sus hombres, a los bárbaros del continente, todo lo que sea posible. Parte de la organización militar que la sociedad kiel promueve, aunque sospechoso de cualquier forma.

»Pero es por eso mismo por lo que propongo dialogar con Shimari –explicó, mirándolos con nobleza- Un ejército de bárbaros y kiels da poco que temer sin el respaldo de Kamui tras ellos. Si logro demostrarle a la reina que no existe ninguna necesidad de guerra, influirá en el pueblo. Los duques no querrán lanzarse a una segunda contienda sin ser apoyados por quienes ya han vivido los horrores de la batalla. Necesito, por supuesto también, la constancia de los Unnaon de que Fariel tampoco está interesado en revivir el conflicto.

-Y la tienes- resolvió Unnaon Alpha sin dudar.

-También la mía.- continuó Io.

Siguieron sucediéndose así, aprobando todos la moción, hasta que llegó el turno de Delta. La sala entera se volvió a las cortinas, acostumbrados al ánimo contrario que solía mostrarles quien hablaba desde allí.

El corazón de Duran se aceleró un poco. Delta estaba bajo la agenda de Vannael. ¿Debía responder algo en especial? ¿Acaso acceder lo delataría? De momento, ni Mila ni el rey parecían alterados por la presencia en la alcoba.

Hubo un estruendo salvador, y Gallahard se apareció allí acomodándose el cabello, medio dormido, ignorando las miradas asesinas de Zark, Sulfur y los Unnaon, y sin comprender el agradecimiento en los ojos de Duran. El anciano aprovechó la distracción para mirar a Gio y hacer una pequeña seña ya acordada, activando la runa que había puesto en su oído, *Ansuz*.

“Movilizaremos al ejército.”

-Sólo por las dudas, propondría a nuestra milicia que se movilizara a las periferias de la ciudad, con el propósito de repeler un ataque.- la voz de anciano imitando a una niña con la que había graznado alguna vez Unnaon Delta salió a la perfección,

haciéndole sentir admiración por aquel talento- No sabemos qué tan implicado está Kamui con este asunto, si no planean iniciar el conflicto hagamos lo que hagamos.

Hubo algunos asentimientos, reconociéndolo después de todo como una opción sensata. Unnaon Epsilon e Ipsilon, principales autoridades de las fuerzas armadas bajo Tau accedieron a hacer realidad la propuesta, y Vannael mismo indicó que movilizaría a los escuadrones de hechiceros de Cel-Neckar como apoyo si la situación lo requería.

Curioso, que el líder de bondad y paz se decantara tan rápido por un partido. Fingió estar distraído regañando a Gallahard por su demora, y por dentro en cambio observaba todo: a Gio tras la cortina, la serenidad enfermiza de Vannael, la sed de sangre de Djinn, la nobleza de Sulfur... la farsa seguía, incesante. Mostraban a Fariel como una posible víctima, abriendo antiguas heridas para verla reaccionar contra quienes le habían causado injuria, y se ponían de su lado marcando a esos viejos oponentes como nuevos y eternos enemigos, leones a punto de saltar sobre ellos de no ser cabeceados por el toro. Así las manos del rey de los magos estaban limpias, mientras que los pobres y engañados se ensuciaban dentro de su plan.

Tan sólo faltaba una llave. Y, viendo los puños y colmillos de Djinn Archelande cerrarse con fuerza al ver a su camarada, Duran pensó que la respuesta era obvia.

Se puso de pie.

-Disculpen, caballeros. -Interrumpió- Pido formalmente permiso para acompañar a Houppe en su travesía hacia Sadalsuud, como miembro de su guardia, para garantizar su protección.

Hubiera jurado que Vannael levantó una ceja, aunque no podía verle el rostro. Moría del encanto. Por fin había movido una pieza que el Uno no imaginaba.

-Nada nos daría más seguridad, Duran Id Scion- le concedió aquello Alpha. Los otros Unnaon también parecían satisfechos.

Estaba dicho. Apenas miró de reojo a su señor, quien permanecía más sumido en su mente que de costumbre y se permitió cierto parcial, enturbiado alivio. Iba a poder proteger a Sulfur de las garras de Djinn o de un ataque, sí, y su propia reputación era tan buena que dudaba que Vannael intentara inculparlo. Adelantando jugadas, si su acuerdo con Yeguilex llegaba a revelarse, ¿iban a pensar las personas que él era un agente kiel?

No, definitivamente no. Tuvo una punzada cálida al darse cuenta de que, después de todo, ser severo y ayudar a quienes le necesitaban le había valido de algo. Tenía una reputación, una menos impoluta pero sí más cercana que la del Rey de los Magos. Así como Duran no podía sin pruebas exponer a Vannael como el criminal que era, Vannael no podía implicar que él era un traidor que buscaba el mal con sus acciones.

Ahora sí sonreía, meciéndose la barba. Y Zark, Mila y Djinn le miraban con recelo. Estaba bien. Había aprendido a descubrir ya quiénes eran el enemigo, a revelarlos como quien fumiga un jardín, capaz de aplastarlos con un movimiento de su mano. No eran las hormigas quienes le preocupaban. El monstruo continuaba sereno en su asiento, maquinando nuevos movimientos, y la partida oculta recién iniciaba.

Qué ridículo. Debía de verse sencillamente ridículo, cargando a aquella joven por entre los callejones de la ciudad, procurando ocultarla de los ojos enemigos y sabiendo que moría entre sus brazos. Deihr no era pesada, al menos, pero aquello era un magro consuelo cuando la hacía deambular sin rumbo sobre su hombro, controlando febril que las tropas que la buscaban sin cesar no los vieran y preguntándose por qué de repente su escudo se había vuelto tan pesado.

Desistió de seguir avanzando, refugiándose en una construcción destechada de muros, cal y ladrillo, para permitirse respirar y recuperar energías. A sus pies la joven Bellow seguía inconsciente, parte del vestido manchada con su propia sangre y el brazo en cabestrillo fuertemente sujeto a la espalda.

Se volteó por una de las muchas aberturas de su temporal guarida. El Domo del Sol donde la sacerdotisa de Baal reposaba le observaba desde allí, magno y distante.

-¡Gracias!- le hizo un gesto obsceno, fatigado, como si aquel edificio lo hubiese conducido a esa situación. Ya suficientes problemas tenía sin tener que llevar consigo a una joven que le quería matar. Se había alejado de sus amigos, de sus aliados, de todo quien podía ayudarle y se hallaba en medio de un territorio que estaba a punto de ser conquistado por ambas facciones.

Cerró los ojos, oyendo a su escudo rumorear al lado de Deihr. No era que tuviera muchas opciones. Jamás se le hubiera ocurrido dejar a la hermana de Daivok allí para que muriera, no importaba cuánto odio o enemistad ella le profesara. Le debía al menos eso al hombre al que había matado.

Dejó espacio al gris de sus iris para observarla mientras tomaba fuerzas: dormida, el cutis blanco pecoso y el cabello castaño tan oscuro que podía ser negro, apenas vagos rasgos de su rostro discordantes con los de una humana de sangre pura. Parecía tan relajada y en paz que le hizo estremecerse, pensando que quizás había ya muerto. Necesitaba ayuda. Si Cax estuviese allí, o Reginald...

No había tiempo para perder. Se puso de pie enseguida, sacudiéndose el polvo de su abrigo y pensando una idea para hacer todo más cómodo. Dio vuelta su escudo en el suelo, y tendió el cuerpo de la Bellow sobre él, con suficiente espacio como para que sólo le colgaran las piernas tras el borde. Luego asió la cadena con fuerza, dispuesto a llevarla como carretilla.

Hacía todo más risible, pero también más fácil. Su escudo dio un chillido enfadado mientras lo arrastraba por el suelo cargando el peso de la joven, menos atento por una vez al arma de lo que estaba a controlar las esquinas, alejarse del barullo enemigo en aquella ciudad que se veía como abandonada. Aun así, con todas las ventanas y puertas cerradas como si nadie viviera en ellas, Oesile Nede mostraba una magnificencia y excelencia que Diakaza hubiera hecho bien en envidiarle. Los altos edificios blancos con rebordes de oro, las banderas que enarbolaban la insignia del sol, calles de pulcra piedra bordeadas por canteros con deliciosas flores aromáticas, jardines en las plazas que parecían ser cuidados hasta en la más mínima nimiedad, todo amparado por la figura imponente del Domo... Aquella era la cuna de la alta sociedad de la Ciudad Dorada.

Pero, ricos y pobres morían por igual. Oyó un gemido de protesta del escudo, y luego sintió pasos cernirse a su alrededor. Más albinos debían de estar dirigiéndose a donde se hallaba, y los caminos se le habían cerrado.

Pensó en luchar, pero llevando a Deihr en ese estado le sería imposible. Debía guarecerse en un lugar más apto.

Buscó al azar una de las casas, una grande de dos pisos, paredes blancas y ventanas redondas que no daban al centro sino a la periferia, al río que ahora mismo estaba siendo cruzado por cientos de botas de acero.

Casi por reflejo golpeó la puerta dos veces con los nudillos. Los ruidos incrementaban y las tropas enemigas se aproximaban. Esperó un segundo. Al no recibir respuesta la forzó a patadas cortas y cargadas de ira, doblando la frágil madera y reventando los goznes. No recordaba haber tenido siempre tanta fuerza.

Oyó un grito ahogado al entrar, que le indicó que posiblemente aquella casona tenía poco de abandonada. Era posible que los devas que allí vivían estuviesen ocultándose, rogando no ser molestados por los partidarios de Bali o Arksinad. De momento no le importaba. Todo estaba oscuro, pero con la luz que había entrado con él pudo adivinar que era una sala de estar, y descubrir un sillón amplio en el cual tendió a Deihr Bellow para permitirle reposar con comodidad, tomándola de bajo las axilas y arrastrándola muy poco ortodoxamente. Era imposible no sentirse como un idiota en aquella situación, y de más estaba decir lo mal que podría haberlo interpretado quien lo viese desde afuera. Por el momento la privacidad era su aliada.

Apenas separó sus dedos de la seda blanca que la cubría sintió el odio crecer en su interior, hacer ebullición en su pecho y oscurecerle la mirada más que cualquier cosa que existiese entre las sombras del cuarto.

Esa joven era un peligro para él. Una amenaza. Debía matarla ahora, tal como había matado a Daivok, a Ragnar, acabar con su existencia en ese preciso instante... Sí, debía hacerse. La acuchillaría ahora mismo.

Sus dedos tamborileaban sobre el mango de su espada, pensativo. A su lado el escudo chillaba de odio de nuevo, insistente. Iba a hacerlo ya.

Deihr se movió en el sillón, colocándose mirando al techo y con la respiración haciéndosele más pesada. Salió de aquel trance en ese mismo momento, sorprendido de sí mismo y de lo que había pasado por su mente. ¿Acaso...?

Levantó la cadena del escudo, poniéndolo frente a su rostro. Se reflejaba en el metal un él gris y mal definido.

-Si no te comportas, te dejaré tirado.

El acero vibró, moviéndose como la superficie de un lago y dando un lamento resignado, pero pareció calmarse. Reed lo volvió a dejar en el suelo, satisfecho por al fin haber hecho contacto directo con aquella muda consciencia y al mismo tiempo con la grata sorpresa del redescubrimiento, del entender que todos esos tiempos había sabido cómo le influía, sin importarle. Tenía una conexión con ese objeto, desde que lo había sacado del lodo en su pueblo.

Luego volvió a mirar a la herida, que dormía apaciblemente, y junto energías para encajar la puerta rota de nuevo en su lugar, quemando sus goznes para volver a cerrarlos, asegurándose de que todo estuviera hermético y no despertara sospechas en quienes deambulaban alrededor. Puso principal esfuerzo en cerrar bien las ya clausuradas cortinas, ocultándose. Reaper, Arksinad, Rashka o Majcel, Linith o Reginald, Bali o Aminor... Simplemente no quería ser visto por nadie. Necesitaba oscuridad para pensarse.

Esperó unos segundos, en aquel silencio negro que la respiración de Deihr y un goteo indefinido acompañaban, cerrando los ojos, apoyado sobre la madera resquebrajada, dejando los sonidos coordinar con los latidos de su corazón. No tenía ni idea de qué hacía.

Oyó un correteo procedente de arriba, allá por donde las escaleras subían y se perdían en más negrura. Sin dudarlos dos veces tomó su espada y dejó el escudo al lado de la inconsciente. Con cautela ascendió los escalones de madera, que crujían demasiado bajo las botas para su gusto.

Arriba no había luz que se filtrara, por lo que ver se hacía una tarea imposible, incluso para él que tanto se jactaba de haber desarrollado una visión nocturna durante sus aventuras. Decidió encender una pequeña llama con su magia, para ayudar a guiarse allí donde el ascenso terminaba y se veían dos puertas que no lo invitaban a ningún lugar seguro.

Fue por la derecha, a paso de caracol. Oyó un sonido similar a un chillido asustado y se adentró en lo que a todas luces era una habitación matrimonial: la cama redonda y acolchonada y por allí y aquí ropa tirada, muebles elegantes, la vida común de una familia.

Otro ruido. Provenía de otras puertas hechas de paja, con aberturas. Alguien debía de estar viéndolo por allí.

-No quiero hacerle daño- dijo, bajando la llama y quedando a ciegas unos segundos- Necesito ayuda.

Nadie le respondió. Adelantó el brazo, abriendo esa puertezuela y descubrió a una mujer allí, una deva de piel bronceada y ojos lilas, el cabello rubio y revuelto, que se agazapaba en el armario mirándolo con ojos desafiantes.

Titubeó. Antes de poder añadir algo más algo metálico le impactó la cabeza, haciéndolo desplomarse hacia delante, seguido de la esperada vibración y la voz iracunda de un hombre.

-¡Engendro de ojos grises! ¡Fuera de nuestro hogar! ¡Vuelve a tu mundo!

-Espere, señor...

Estaba de rodillas, y aunque su cabeza era reconocida por ser dura el golpe de aquella -¿sartén? ¿Lo estaban atacando con una sartén?- le había aturcido tanto que apenas podía oír los insultos que le largaban. Alcanzó a cubrirse con sus manos, lo que significó que el siguiente golpe le provocó tal ardor en los dedos que no pudo evitar mascullar una queja. Frente a él la mujer deva gritaba, arrojándole lo que fuera que sus manos alcanzaban y confundiendo sus alaridos con los insultos del hombre, un viejo canoso de ojos violetas.

La sarta de objetos que le iban arrojando hizo su trabajo, en especial cuando una pesada caja que sólo podía contener piedras vino a dar contra su pie. Lo tomó con la mano, sobándose y juró por su vida que jamás volvería a caer en una situación como aquella. Entendía por qué lo atacaban, después de todo. Debían de pensar que era parte del ejército de Balí o Ragnar.

-¡Tan sólo escúchenme!- cayó en la cama, adolorido, y aquello hizo que se alejaran aun más alterados- ¡Oigan!

-¡Vuelve de donde viniste!- el deva nervudo levantó la repisa del costado, haciendo gala de una fuerza considerable, y la dirigió hacia su cara al tiempo que su mujer profería otro alarido.

El peso fue demasiado.

El ruido del goteo, como pudo identificar luego, provenía de un lavabo desde el cual Desma ahora mojaba trapos y gasas. Desma era el nombre de la mujer deva, por lo que había entendido con el oído aturdido que tenía. El viejo en cambio era Lialbe, quien le miraba con gesto compungido desde el otro lado de la mesa, sin ocultar su impresión por el estado rojizo de los vendajes que cubrían frente, quijada, mejilla y un ojo del muchacho.

-Así que no querías hacernos daño- le preguntó por cuarta vez desde que por fin su querida había interrumpido la paliza allí en la habitación de arriba.

Reed cerró los ojos, tomando aire para calmarse y negando con parsimonia.

-No. No quería.

Deihr seguía durmiendo más allá, en silencio. No parecía haberse motivado a despertar por el desastre que había ocurrido hacía unos instantes. Frente a él Lialbe tosió incómodo, juntando las yemas de los dedos en un gesto consternado.

-Espero que sepas disculparnos. Creímos que podías tratarte de un soldado de Ragnar.

-Soy idéntico.

Poco a poco el dolor se desvanecía. A decir verdad, ni siquiera estaba preocupado por algo tan superficial. Al rato Desma volvió del lavabo trayéndole nuevas vendas remojadas en unguento, y con toda la molestia de una madre las cambió por las anteriores al tiempo que se lanzaba contra su hombre.

-Oh, santo cielo, y mira cómo te ha golpeado... ¡Lialbe, deberías estar avergonzado! ¡Mira como lo has dejado al pobrecito!

Su anfitrión se encogió de hombros, evidentemente algo apenado, y Reed pensó que si los albinos del Domo lucharan con tanta fiereza para defender al pueblo como esa pareja que tan familiar le resultaba lo hacía con su casa, poco hubiera quedado ya de la armada de la Forja y los supuestos traidores.

De repente recordó algo que nunca debió haber olvidado en primera instancia.

-Dei...- se atropelló, arrebatándose de un rostro misteriosamente ya sano los vendajes que con tanto esmero le habían puesto- La chica. La hirieron.

-Ya la verifiqué- le explicó Desma- Le dispararon, pero está muy lejos de morir. Tuvo un shock. Necesita descansar.

-Deben quitarle la...- dudó. La verdad era que había comprendido muy poco de esas armas tan extrañas, así como comprendía muy poco de aquel mundo.

-No somos expertos, mi cielo- Desma le sonrió amablemente, e hizo un gesto a su esposo- Que lo intentásemos nosotros podría terminar dañando sus venas y causando que se desangre.

-Si Reginald estuviese aquí...- masculló el hombre.

Los miró sorprendido. Pero por supuesto. En un mundo de una sola ciudad, todos debían conocerse.

-Conozco a Reginald.

La pareja se miró, y Reed creyó ver una esperanza fugaz en sus ojos. El deva se incorporó dispuesto a hacer algo de beber, y Desma fue entonces quien se sentó frente a él, interesada.

-¿Y bien? ¿Cómo está Reginald? Oí que su hospital fue clausurado por la guerra en Diakaza.

Asintió.

-Vendrán aquí. Y Reginald... -dudó, sin saber cómo decirlo- Perdió a Frankie.

Hubo un estrépito de platos, allá donde la noticia alcanzó a Lialbe. Su mujer en cambio tan sólo cerró los ojos unos segundos, en un homenaje a los muertos.

-Debe estar destruido.

Asintió, sin estar seguro de si agregar o no que también el buen hombre había perdido una pierna al ya fallecido general Ragnar. O que él había matado a Ragnar. En una familia de alta clase con beneficios como esa, sin duda revelar aquello le hubiera valido buena consideración.

Pero en cambio calló, intuyendo que su interlocutora buscaba llegar a algo.

-Por casualidad no viste... ¿A una niña con él? Debería...

-¿Se refiere a Linith?

La mezcla de sorpresa, alivio y tensión en el rostro curtido de la mujer le dijo todo lo que necesitaba saber.

-¡La conoces! ¿Mi hija está bien?

Asintió.

-Pasó problemas, pero estaba viva y en el refugio la última vez que la vi.

No se dio cuenta de cuándo había iniciado, pero Desma lo abrazaba con fuerza, como despegándosele mil malos presagios del corazón.

-Gracias. No tienes una idea de lo bueno que es que nuestra pequeña... Saber que ella...

-De... nada...- respondió, algo turbado.

-¿Linith está bien?- se oyó desde la cocina el ruido de bandejas y la misma ansiedad.

-¡Sí cariño!

Oyó que el hombre mascullaba algo sobre galletas, atrapado por el ánimo candoroso de esa buena nueva y descubrió algo de sí mismo: tenía mucha hambre. Viendo ahora a su señora, Reed no podía entender cómo era que no se había percatado antes del parentesco familiar que tenían con aquella niña hiperactiva que le había ayudado en cuanto llegó a la Ciudad.

El estómago le rugía, y Lialbe volvió a la sala haciendo equilibrio con una bandeja de oro, en la cual descansaban amplios tazones de *Kaso* caliente y sin alcohol, bollos de pan salado y unas galletas que parecían estar hechas de la más pura miel y canela. La depositó sobre la mesa, y Reed no perdió un segundo en comenzar a engullir todo dándose cuenta que, de nuevo, la comida del lugar le resultaba picante.

-¿Y bien?- le sonrió el hombre, animado- ¿Qué tal es ese Arksinad? Quiero asumir que vienes con él. ¿Y qué hay de la tercer heredero?

Tosió, atragantándose, y no pudo evitar mirar a la desmayada Deihr que reposaba sobre el sillón. Notó que Desma le había puesto vendajes sobre el torso, para tapar la ya casi inexistente hemorragia de aquel disparo. Volvió enfocarse en la dulce, dulce consistencia grumosa de miel y canela.

-Sobre Arksinad... -pensó en su amigo, en cualquier cualidad que pudiese rescatar para darle buena imagen- Él es... no... Él no sacrifica personas, al menos. No normalmente. Creo.

-Es un buen inicio- asintieron ambos, de acuerdo, y el marido prosiguió- Y si Reginald y mi hija lo apoyan, ya no hay mucho más que decir.

Movió la cabeza de arriba abajo, dándole un sorbo al kaso caliente. Parecía un té fuertemente mentolado, refrescante aun en su temperatura.

-Dime, ¿te encontraste con Majcel o Rashka por ahí?

-Oh sí- respondió Reed, disimulando el sabor amargo de esa experiencia con lo dulce de las galletas- Son muy...

-Fríos- completó Desma.

-Calculadores- añadió Lialbe- Estoy seguro de que no te cayeron bien. A mi hija le fascinan, pero, si fuera por mí, los albinos del Domo del Sol ya serían historia. Diakaza está perdida, y pronto aquí en Oesile Nede se desatará el infierno. Su deber para con el pueblo no fue cumplido. Aunque claro, prefiero la seriedad helada de Rashka a sólo imaginar un gobierno del monstruo Ragnar. Si esto continúa así...

Prefirió no contestar, con los alaridos del ya muerto general resonándole en los tímpanos aturridos, probando otro largo sorbo de bebida para excusarse, sintiéndola reconfortarle la garganta y la hinchazón.

-Vaya...- Desma lo observaba con ojos soñadores- ¿Qué especie es la tuya allí en tu mundo? Eres un joven muy buen mozo. Seguro que a Linith le has encantado.

Escupió parte del líquido, tosiendo atragantado, e instintivamente miró hacia cualquier sitio para excusarse. Cualquier sitio terminó por ser el sillón en donde Deihr reposaba, gesto que Lialbe pareció sobrentender al dirigirle una mirada curiosa.

-¿Es tu pareja?

-Ni cerca- la misma idea le parecía tan incorrecta que lo estremecía.

-Los albinos del Domo son célibes. Por sólo dedicarse a Baal.- comentó Desma aún escrutándolo con esos ojos grandes y curiosos que le recordaban a los de Linith- ¿Ocurre lo mismo en su mundo?

El tema estaba yendo por caminos que no tenía interés en transitar, con la naturalidad que ya había visto caracterizaba a los devas de piel tostada. Hizo una negación vaga, volviendo a engullir uno de los bollos de pan negro y fibroso y esperando no tener que contestar más preguntas sobre la especie humana y las costumbres de su lado del portal.

-Debes perdonar nuestra falta de tacto- le volvió a sonreír Lialbe- De niños nos dan lecciones sobre allí afuera, y quizás mi esposa y yo seamos parte de quienes puedan regresar. Nuestra fascinación por las otras especies no es una simple farsa.

"¿Y a dónde irían acaso?" se preguntó, pero no dijo nada. Fariel, Cel-Neckar o Kamui, ¿abrirían sus puertas a una especie de otra dimensión, con costumbres y dioses ajenos? ¿O tendrían que amontonarse en Gikeldor, como la mayoría?

Quizás después de todo, aliarse con la Forja era la verdadera opción a elegir.

-También estamos felices por nuestra hija- añadió la mujer- El día en que el juego de los herederos inició, Linith desoyó nuestro llamado y se dirigió a ayudar a los albinos leales, cumpliendo su deber como bendecida de la sacerdotisa. Pocas de las niñas de su edad que han recibido tal honor mostraron tanta resolución...

»Pero los puentes se levantaron y Oesile Nede quedó desconectado de Diakaza. Por días hemos estado temiendo, lo que fuera que los combates que oíamos pudieran haberle deparado, descubrir su cabeza entre las picas que Ragnar y sus seguidores alzaban o enterarnos de que el enemigo la había capturado para extraerle información... Saber que está bien nos llena de calma.

Les sonrió, en paz consigo mismo por haberles dado un bien con la noticia. Quizás alguna fuerza en especial lo había hecho elegir esa casa de entre todas, al fin y al cabo, tanto como creía que había sido una fuerza la que lo había guiado a rescatar a Deihr. Había algo más, en esa Ciudad de Oro, un poder que se equiparaba con sus riquezas.

En cuanto pensó eso, la voz volvió a llenar cada rincón desde el cielo: el desierto exterior donde el edificio negro dormitaba, la destruida Diakaza, los puentes ya bajos

que las tropas surcaban, la impoluta Oesile Nede destellando lista para el enfrentamiento. En todos esos lugares descendió el mensaje como lo había hecho antes, para deleitar y preparar oídos de seguidores, infieles, traidores, milicia y civiles en un único y abismal llamado.

Pero esta vez era diferente. No era la voz de la sacerdotisa, sino que era un vozarrón profundo y resonante, que despertó ecos e hizo a todos tener escalofríos con su desafío.

9. Un Mundo Sin Magia

“Generales y elegidos, escuchadme. Yo soy Buiht el Idólatra, Campeón de Baal, Ruina de Angra Mainyu, Verdugo de Mil Infieles.”

“¡Ustedes son débiles! ¡Insectos, ocultándose tras sus ejércitos, incapaces de plantarme frente! ¡Me burlo de sus brujos y niñerías! No son dignos del título de Sol de la Ciudad Dorada.”

“¡Oíd mis palabras, incrédulos! Yo, Buiht Caucáx, rechazo a todos los herederos como ilegítimos, y me planto aquí en el Salón de Yeurion con un desafío a sus personas... ¡Venid y luchad, si os atrevéis!”

“Los estoy esperando. Veteranos de milenios perversos se han enfrentado a mí antes, y sus cráneos fueron elevados a Baal como tributo. No son diferentes. ¡Voy a aplastar sus cabezas bajo el nombre de mi dios, arrancar sus entrañas, hacer que la sangre de héroes y malditos corrompa de nuevo el sagrado suelo de este templo!”

“¡Así que venid, víctimas del destino! Aquí hago mi última ofrenda, y ustedes su último camino. Buiht Caucáx los sacrificará al Dios del Tiempo mismo en combate sin par. ¡Que este sea un festín para la eternidad!”

“¡GLORIA AL DRAGÓN DE ORO!”

“¡HONRA AL SOL DEL DESTINO!”

“¡LARGA VIDA A BAAL!”

Luego hubo un silencio, expectante. Debió de haber abarcado todo el espacio habitable de la dimensión, apagando hasta el mismo cantar de los pájaros y el zumbar de

los insectos, mientras que quienes habían oído quedaban perplejos, mirándose, cayendo en la cuenta.

Al rato retomó la palabra la voz femenina de antes, la de la sacerdotisa de Baal.

“La Segunda Prueba dará inicio en tres días.”

“Les deseo suerte.”

Nada más. Ninguna explicación, ni comentario, nada que ayudara a entender qué había sido aquello, cómo debían interpretar el siguiente paso a resolver por el dominio de la Ciudad Dorada.

Reaper y Arksinad se miraron, perplejos y de pie desde la habitación en que estaban, viendo por la amplia ventana el cielo límpido y celeste que hacía ratos se había llenado de palabras, de desafío. Más atrás Rashka se hallaba apoyada contra el umbral de la puerta, vestida de civil, y su mirada se ensombreció con algo que jurarían era lo más parecido al miedo que un digno general podía demostrar.

-Esto es malo...- musitó.

-¿Buiht Caucáx?- inquirió Arksinad, rascándose la rubia cabellera y volteándose hacia ella- Sonaba como un demente.

Tanto ellos tres como la mayoría de tropas lealistas habían encontrado refugio en Oesile Nede cerca de las propiedades que habían servido de escuela para los niños devas bendecidos: edificios grandes y sorprendentemente buenos para la defensa, de extensos jardines y patios en los que los hombres podían permitirse acampar y echar descanso luego de la batalla del puente en la que, si bien habían resultado victoriosos al empujar al ejército enemigo, no pudieron evitar perder en lo que de verdad importaba.

Allí Rashka Wisel había asentado la mitad de los hombres, mandando a la otra parte a excursiones con el objetivo de apoderarse del territorio y evitar la ventaja que había podido sostener Bali en Diakaza. Por otro lado, muchos de los enviados tenían también propósito como mensajeros, buscando comunicarse con Majcel Kido quien ingresaba desde el otro lado de la ciudad y a quien requerían con urgencia por ser el campeón de Arksinad.

Pero el apático general no aparecía aún, y los conflictos con los albinos traidores a Baal eran más bien pocos, buscando estabilizarse ambas armadas. Reaper solía oír a los devas hablar, durante las noches de modesta comida o los entrenamientos físicos, opinando lo conveniente que sería arrasar ahora mismo con el ejército enemigo. Consideraban que debía de hallarse desmoralizado por la muerte de Ragnar, el ver a su mayor figura ser asesinada de tal cruenta forma frente a todos, que el general Aminor y Bali no serían suficiente para mantener la concordancia en las tropas...

Qué diablos haces, Reed pedazo de idiota, pensaba el guerrero meditabundo, preocupado por la suerte de su amigo. A su lado el mago tenía también el semblante algo alicaído, si bien su sonrisa lo ocultaba al mirar a Rashka.

-Buiht Caucáx es el más leal de los generales del Domo- les explicó ella- Y hasta este momento no había tomado partido por ninguno de los herederos. Es el guardaespaldas de la sacerdotisa actual, con miles de años de vida y un ímpetu en la

batalla al que ninguno puede compararse. Temo que acceder a su desafío sea un completo suicidio.

Se miraron, sorprendidos de verla rendirse tan pronto.

-¿Entonces?

-No lo sé- Rashka se inclinó de hombros, suspirando- Quizás ir allí sea una masacre.

-Bali tuvo que haber gastado magia en utilizar el poder dimensional- notó Reaper- Y con Ragnar muerto, siento que han pagado ya demasiado por ganar la primera prueba. Este podría ser el mejor momento de empatar la balanza. ¿Qué tan fuerte puede ser un sólo deva, como para que tú y todo tu ejército teman sus palabras?

Arksinad asintió, distraído. La militar ni siquiera se ruborizó ante la afrenta, entrecerrando sus blancas pestañas y pensando tranquila.

-Ni siquiera creo que sea un deva. Ha estado cuidando el Salón de Yeurion desde que le conocemos, inclusive antes de que nacieran Albion, Idgray o hasta Grimold. No sabemos lo que es. Pero enfrentarlo nos saldrá caro.

Se sonó el cuello, alejándose del umbral.

-Sin embargo, quizás tengan razón. No podemos permitirnos perder otra prueba, no desde que un tercer elegido apareció. -miró a Reaper, haciéndole una seña- Te espero a la tarde en el espacio de entrenamientos. Te enseñaré a usar a Necrostacia.

Luego se detuvo de espaldas a ellos.

-Y si tenemos suerte, quizás nuestros espías puedan hallar a su amigo.- dijo y se perdió más allá, dejando a ambos de nuevo en soledad y con dudas nublando sus corazones.

Reed...

Varios de los guerreros devas comenzaban a llamarlo *Ruina Gris*, asombrados al haberlo visto carbonizar el cráneo de Ragnar Amix con tan poca dificultad, y celebraban aquella inesperada victoria rezando a Baal en su nombre, poniéndolo como figura inspiradora de la fuerza que ganaría la raza una vez lograra salir al continente central, los humanos que tanto habían subestimado en antaño.

Para Arksinad y Reaper, aquello sonaba incorrecto. Conocían a Reed, o creían haberlo conocido bien. Era el muchacho que no podía montar un falkin sin caer, el joven idealista obsesionado con la aventura, inepto en la magia, incapaz de maldad consciente, quien había dado todo por su pueblo y lo hubiese dado por ellos. Oírlo nombrar como a un campeón de la devastación los llenaba de desasosiego, preocupados por su situación actual, tanto física y mental. Había algo más, algo que no habían podido ver en él y que paso a paso emergía para detrimento de su alma.

-Aparecerá.

Reaper miró de nuevo el cielo, más calmado. Tenían mucho que hacer. No estar consternados hubiera sido una ventaja.

-Tarde o temprano.- añadió- No sé que intentaba.

-En términos generales, yo diría que intentaba escapar de nosotros. ¿Pero a dónde iría?- Arksinad hizo una pausa, y sus ojos castaños se abrieron con una nueva idea- Él... debió haber escuchado lo de Deih.

Reaper lo miró.

-Dices que...

-No sabemos si Bali estaba enterado de que ella era otra heredera- afirmó el mago- Y por lo poco que le hemos conocido, creo que no tenía ni la menor idea. Hablamos del brujo que planeó sacrificar a Ragnar, alguien que claramente tiene algún tipo de don

para ver el futuro y moverlo a su antojo. ¿Qué piensas que Bali haya hecho al saber que Deihr podía hacerle competencia, que había algo que no pudo predecir?

-¿Crees que el muy idiota de Reed corrió a ayudarla?

El mago asintió, convencido, y el de Kamui se pasó la mano por la sien. Si Reed se sentía en deuda con la Bellow por culpa de haber asesinado a su hermano...

-Que Reed matara a Ragnar...

-Le dio su merecido a ese cretino. Eso es todo.

Arksinad no dijo más, y ambos volvieron a quedarse pensativos, sin poner en palabras lo que tenían en mente. Tanto la actitud con Ragnar, como la que había tenido en aquel instante con Daivok y desde siempre con Skectral, todo aquello no era natural. No era simplemente justicia. Era algo enfermizo que se apoderaba de su amigo poco a poco, residiéndole en el corazón y alejándolo de la luz. Mataba, asesinaba sin mente, en blanco, acuchillaba y destrozaba buscando eliminar su objetivo, pero el rencor que lo motivaba iba mucho más allá de una simple persona, de un crimen, de un bien. Era absoluto y aterrador.

Decidieron pasar la tarde en paz hasta el momento de la reunión, rondando las instalaciones y conociendo a los soldados que peleaban por ellos, si bien ninguno de los dos sentía que luchara por esos soldados. En aquella escuela, que debía ocupar una buena porción de Oesile Nede, los niños seleccionados por la mismísima sacerdotisa de Baal eran educados por los mejores maestros, entrenados en las artes del canto y la pintura, del debate, de los números y las letras, para convertirse en la misma elite iluminada que rodeaba el Domo y adoraba a su dios. Era un lugar donde los albinos no entraban, desde ya estaba claro, el inicio quizás de toda la apabullante diferencia social que existía.

Algunos devas blancos, al oír las críticas, buscaban justificarse hablando de que, para el final de todo, los distanciamientos y discriminación existían aun entre de los del mismo tipo. Por ejemplo, se sabía ya ahora de la enemistad entre los guerreros albinos que apoyaban la supuesta voluntad de Baal y quienes se habían aliado con Bali y sus promesas de revolución. Los devas tostados no eran diferentes, en cierto sentido. Quienes vivían en Oesile Nede podían jactarse de tener lujos y gracias, espectáculos, baños en el río dorado y comodidades dentro del amparo divino... Pero la gente del exterior como Reginald sabía que el mundo era más difícil, que la aridez de desierto podía golpearlos o que por simples problemas económicos uno podía terminar siendo un esclavo para el ejército o para las sangrientas luchas que se realizaban en el Coliseo de la Ciudad, no muy apartado del mismo Domo del Sol.

Sobre el Coliseo, Reginald fue quien les hizo la mayor exposición, mientras se hallaba enfrascado tratando a los soldados heridos por la anterior batalla con la asistencia de Linith.

-¿No tienen nada similar allí?- les preguntó, al tiempo que desvendaba el brazo de un fornido hombre para revelar una herida hinchada e infectada- Pensé que había razas en su mundo que amaban el combate.

-Los kiels- asintió Reaper- Pero la idea de un combate como espectáculo sí que nos parece extraña.

Linith sonrió del otro lado, tomándole la temperatura a otra joven soldado con una mano en la frente. Era una gran conocedora del espacio institucional que allí había, así que les servía como guía, pero ocupaba la mayor cantidad de su tiempo en ayudar a Reginald con los heridos, haciéndole compañía al lisiado en la soledad en la que se había sumido luego de la muerte de su mujer.

-Es por Baal. Los esclavos luchan por ganarse el favor del Sol, nuestra sacerdotisa. Son batallas llenas de honor y fervor.

-Son batallas- la corrigió el médico, más displicente- Ni más ni menos. Hay quienes están en contra, pero la mayoría las consideran descarga y entretenimiento justo para las masas.

-¿Y se dejan matar, por entretenimiento?- a Reaper la idea lo hizo levantar las cejas, anonadado- Suenan un poco injusto.

-Es verdad que se considera un gran honor el vencer bajo el nombre de Baal.- concedió el gordinflón a la niña, quien de nuevo sacaba la lengua a Reaper- Lo que nos lleva a la voz que sonó hace poco. Buiht Caucáx es actualmente el invicto vencedor de las batallas del Coliseo. Jamás nadie pudo derrotarlo.

Hizo una pausa. Limpiaba ahora la herida con un trapo humedecido en unguento, echando pus la carne podrida por el veneno, pero sus ojos estaban calmos al hacerlo, ignorando los gemidos débiles del moribundo a quien atendía.

-La prueba...- Reginald se mordió los labios, pensativo- Considero que es una trampa.

-¿Una trampa?- el brazo marcado de Reaper giró sobre el hombro, descontracturando el músculo. A su lado Necrostacia rio con atrevimiento.

Era una teoría interesante de oír.

-Estamos hablando de un ser a quien nadie jamás pudo vencer. ¿Y Baal espera que obtengamos ventaja aceptando su desafío? – el médico volvió a sumirse en colocar nuevos vendajes, alicaído- Más aun, quitando el momento de realización nada nos dijo la sacerdotisa sobre la prueba en sí. Tan sólo se oyó a Buiht, poniendo en duda el honor y valor de generales y herederos... Pero ninguna regla. Ni condiciones de victoria, ni pasos a seguir, nada. Hay algo muy extraño en esta segunda instancia.

Asintieron, de acuerdo con esas palabras. Creían también que el dios de la Ciudad estaba poniendo algo más en prueba que la mera fortaleza o el valor, pero no podían saber qué.

-En cualquier caso, ignorar a ese tal Caucáx tampoco me parece saludable. Invicto o no, tendremos que patearle el trasero antes de que Bali lo haga.

-¡Buiht es bueno!- Linith pareció enfadarse, separándose de la guerrera que había estado cuidando- ¡Solía jugar con él en el Salón de Yeurion! Es amable con los niños, y le encantan los juguetes.

-¿Los juguetes?- el gesto de Arksinad estaba entre la burla y el escepticismo.

-Comerlos- notó Reginald- Concretamente le gusta comer juguetes. No es un deva, se los advierto. Se ha hecho llamar un demonio, un daeva inclusive...

-Tenemos daevas en nuestro mundo. Ninguno juega con niños o se expresa como él lo hizo.

Reginald se encogió de hombros.

-Todo lo que sé es que Buiht el Idolatra no es alguien con quien puedan meterse sin bajas. Piénsalo bien, heredero. Te pido que consideres qué hacer. El ejército terminará por obedecerte.

Miraba a Arksinad.

Y el alumno de Vannael le devolvía la mirada, si bien Reaper sabía que tenía otras cosas en mente. Estaba desesperado por terminar aquello, por salirse de todo ese estúpido juego, encontrar a Reed y hablar con Baal. Él se sentía igual. Habían intentado evitarlo, pero el conflicto de los devas había terminado por devorarlos a ambos sin

escapatoria, haciéndolos sentirse de nuevo marionetas bajo los dedos del rey de los magos.

Pero podían elegir. Poseían poder ellos mismos, el decidir sobre sus propios destinos como siempre habían buscado hacerlo, ignorando la historias de padres y mentores. Iban a salir de esa situación, junto con Reed y Shimari, victoriosos.

Aceptar el desafío de Buiht Caucáx o no. Tenían tres días para pensarlo.

Poco a poco la guerra fue influyendo en Oesile Nede.

En principio Reed los veía apenas: espías de los distintos ejércitos, correteando frente a las ventanas cerradas de las casonas, sin saber que estaban siendo examinados detenidamente por el muchacho de los ojos grises que cuidaba el reposo de la joven a su lado. Iban de un lado a otro, pasando mensajes a las distintas tropas, participando en escaramuzas o misiones de reconocimiento con nerviosismo silencioso, augurando peores batallas que sucederían pronto para convertir al centro en otro infierno.

Suspiró. Reaper y Arksinad debían de estar cerca.

-Descansa- Desma Evenstar se aproximó tras él trayendo una bandeja con kaso, una taza caliente para Reed y otra fría provista con un cucharón dorado con el que buscaría alimentar a la inconsciente.

Había pasado ya un día, y Reed comenzaba a temer que Deihr no despertara.

De momento la joven seguía durmiendo, ufana, el brazo en cabestrillo pegado a la espalda y la cara relajada, en paz. Era hasta difícil creer que había sido traicionada por su propia facción, mandada a asesinar por Bali en cuanto su situación como heredera fue revelada.

Viéndola, Reed se preguntó qué demonios haría una vez ella recuperara la consciencia. ¿Qué le iba a explicar, a alguien que tenía toda la razón para odiarle? Deihr no aceptaría su ayuda. Buscaría matarlo, tal como le había disparado cuando se encontraron en la casa de Reginald. Su curiosa relación era algo de lo que Lialbe y su esposa no estaban enterados, y por eso sentía apuro cuando la amable pareja se encargaba de cuidarla, quizás pensando que eran aliados o algo similar. Temía que Deihr intentara usarlos de rehén, o cualquier acto similar que pudiera ponerlos en su contra.

Temía algo más, también. Una sensación en la que se había sumido desde que despertó, difícil de definir y que creía era ajeno al precario estado mental en que estaba hacía días. Era la idea de que un espíritu rondaba la casa, de que un visitante extra los vigilaba, pegado a las sombras, unido a lo invisible del aire pero constante en su control. Era eso, más que los ejércitos de afuera y la guerra, lo que ocupaba su atención.

Accedió a dejar su inútil puesto de vigía y sentarse junto a la mesa, en donde Lialbe se hallaba enfrascado en un mapa de la ciudad, encerrando con círculos distintos puntos de importancia.

-El Salón de Yeurion, a pocas cuerdas del Coliseo- indicó al muchacho, como si hubiera estado con él desde el principio- Las tropas que vienen de la Forja se acercan

desde el oeste, por lo que calculo que están más cerca para responder al desafío de Buiht. Esto será complicado.

-¿Quién es Yeurion?- inquirió, bebiendo otro trago de kaso. Ya se había acostumbrado casi del todo al picor, tanto de la bebida como de la comida que le ofrecían.

-Parte de una leyenda.- Lialbe tomó otro panecillo del día anterior, aplastándolo entre sus dedos fibrosos- Un antiguo hechicero que sostuvo los poderes de un dios, y quien se dice reencarnó en cada siglo con un alias diferente. Hay quienes sostenían que Albion era una de esas encarnaciones.

Asintió, poco sorprendido. Aquella parte de la historia se remontaba demasiado atrás y le parecieron puras especulaciones y mitos. Pero era entretenido saber que hablaban de él, de un él que en vidas pasadas había conocido aquella dimensión como la palma de su mano.

Era Albion.

Y había tenido un hermano, y más.

Miró a Deihr distraído, viéndola retorcerse un poco mientras Desma le administraba el caldo con una paciencia encomendable. Sintió que se había equivocado, y pronto la vería despertar.

-Aquí no lo quieren mucho, ¿verdad?- preguntó, desenfocado- A Albion.

-Es un tema polémico- le sonrió Lialbe dándole un mordisco al pan especiado- A efectos prácticos, los albinos leales lo consideran un traidor a Baal. Otros lo ven como una figura trágica, que tras la muerte de Ailai tuvo que poner en juego su honor pero sin perder nunca de mente a su pueblo. ¿Conoces la historia, verdad?

Asintió. La había oído a escondidas, después de todo.

-La sacerdotisa Ailai fue sacrificada por Baal para crear el Rubí de Sangre y detener la amenaza que era Grimold. Al ocurrir aquello, Albion e Idgray robaron las otras espadas y escaparon al mundo exterior.

-Así mismo- el hombre asintió, satisfecho- Lo poético viene en que, por supuesto, ambos hermanos estaban enamorados de Ailai. Su muerte fue el golpe devastador que los unió, a pesar de sus diferencias... Y con la fuerza de Idgray y el encanto de Albion, fueron muchos quienes les siguieron.

"Y sin embargo no vive un sólo deva en mi mundo". Reed se guardó de decir aquello, porque conocía la razón. Había, después de todo, una ciudad cuya estructura y fundamentos eran similares a los de allí, una ciudad que había sido enterrada junto con sus habitantes, habitantes convertidos en monstruos, en criaturas de la noche.

Los devas se habían asentado en Dammed Oah, pero algo había ocurrido y Albion había terminado por hundirlos, ocultarlos y quitarlos del mundo. Fuera lo que fuera, estaba en lo cierto decir que le interesaba muchísimo. Sefhid debía saberlo, aquel hombre que portaba la voluntad de su anterior existir tenía que tener respuestas que por el apuro no pudo brindarles.

Porque, si era tal como creía, aquel había sido un crimen que en su vida pasada jamás había podido perdonarse. Sus propias manos habían fundido a los devas, a sus tradiciones y vidas, a los guerreros que le habían seguido luego de su traición a Baal. Un pecado tan grande era difícil de justificar.

Sintió de nuevo la presencia, de pronto allí con ellos, pero no hizo nada por alertar a sus anfitriones. Quizás era tan sólo un error. Desde que había despertado a medias aquel poder con el que había podido atravesar la armada enemiga su vida estaba llena de percepciones variadas y confusas, de energías mixtas incontrolables, de pulsiones

ocultas que no podía entender. Fuese lo que fuese, aquel poder nuevo que empuñaba estaba fuera de su control.

Pero al menos podía sacrificarse un poco, para ayudarles.

-Hoy dormiré abajo.

-Te preocupas demasiado, cariño- Desma revisaba la frente de Deihhr, notando que la fiebre que había tenido poco a poco desaparecía- Tu amiga estará bien.

No era por eso en realidad, pero asintió sin responder. Se había vuelto muy parco en los últimos tiempos, y creía que poco se parecía en ese aspecto al jovencito que había salido de Vant a bordo del *Emperador*.

Esos tiempos...

-La familia Garul de al lado pasó temprano a darnos noticias- sonrió Lialbe, mirando a su pareja- Al parecer acogieron a unos espías leales hace unos días, que les informaron que Ragnar fue asesinado.

La mujer quedó paralizada, dándose la vuelta. Reed se sumió más en su bebida, ahogándose en ella como si se tratara de un lago.

-¡Eso es fantástico!- rio la madre de Linith- ¿Qué queda entonces para el enemigo?

-Habrán vencido la prueba, pero todos sabemos que Aminor nunca fue un general de mucha influencia en el ejército revolucionario. Bali perderá prestigio y poder entre sus aliados sin Ragnar.

Ambos parecían satisfechos, y celebraron destapando una botella de alcohol espumante a la que Reed se negó, metido en su introspección y en controlar que Deihhr estuviese bien. Rieron y brindaron, derramando la bebida sin problemas y se besaron como si fueran jóvenes, embriagados de alegría por la muerte de a quien tanto habían temido y odiado. Era algo que ya había visto antes, en Tikielder.

Se hallaban tan felices por la nueva que no se enteraron que el muchacho se levantaba como un fantasma, alejándose de la mesa y caminando hacia la joven.

Había notado algo. La respiración de ella se había cortado del todo, quedando inmóvil como un cadáver.

Se aproximó a la Bellow poniéndose de rodillas para examinarla. El rostro seguía tan en paz como antes, surcado por pecas en las mejillas, el cabello revuelto y seco por la acción del viento y el sol.

Había algo extraño.

Acercó su mano hacia su frente, dominado apenas por el ensueño. No se sorprendió cuando el brazo libre de Deihhr aferró su muñeca, abriendo sus ojos violetas ella con enfado para levantarse de la cama en un sólo movimiento.

La Bellow lo hizo caer al piso, echada sobre él, y las cintas que sujetaban su otro brazo se rompieron, liberando la extremidad y permitiéndole tomar la daga que llevaba, acercarla a su cuello.

-Tú...

Reed no dijo nada, echado en el piso bajo su peso y con la mirada impávida. Esperaba, sin prestar atención al puñal ni a la sorpresa que más allá se llevaban los Evenstar, quienes habían soltado la botella, inseguros de si ayudarlo.

No era sólo que ella había despertado lo que sentía, sino algo más. La habían curado.

Había otra presencia en la sala, después de todo.

-*Detente, Nakku.*

Tal como esperaba, la voz inundó las paredes, masculina y calma. Sobre él Deihhr abrió los ojos de amatista como platos, cayendo hacia atrás y soltando el arma que antes

había empuñado con tanta fuerza. Reed también se sentó en el suelo, viendo no a ella sino al hombre que había detrás, a la figura envuelta en negro que se había materializado de la nada, translúcida, una sombra revoloteante pero presente.

-Eras tú- afirmó, viéndolo. Pero no sabía en verdad quién era.

Deihr en cambio sí tuvo más idea, a juzgar por el desconuelo y esperanza que marcaron su llamado.

-¿Padre?

El extraño sonrió, extendiendo los brazos.

En el refugio en el que se había convertido la anterior institución deva el clima reinante era de incertidumbre. Con sólo transitar los largos corredores y las aulas abandonadas que en algún tiempo habían estado repletas de niños Reaper lo veía: los soldados hablaban animados, discutían, se solidarizaban con la duda de los generales en su actitud quieta y controlada. Había llegado ya a hablar con algunos de ellos, intentando conocerles, y llegó a la conclusión de que la mayoría de devas albinos eran igual de fríos e impersonales que Rashka, pero al mismo tiempo podía ver en ellos una unidad que era francamente envidiable, un fervor del cual su mundo tenía mucho que aprender, e inteligencia que parecía ajena a quien sólo se esperaba combatiera.

Pero aun con ello, ninguno tenía muy claro que hacer. El desafío de Buiht Caucáz flotaba siempre sobre las cabezas de todos, como una cuenta regresiva, y el joven temió que fuera su amigo el brujo quien tuviese que tomar la decisión final, si aceptar el encuentro contra el monstruoso general de Baal o simplemente abandonar la segunda prueba.

Más de un par de veces oyó a los guerreros comentar sobre Reed, específicamente cómo les hubiese convenido tenerlo allí para enfrentar a Buiht. La fama que el muchacho de Vant estaba ganando sin enterarse era apabullante. Donde el último encuentro con Linith había hecho que la niña dejara su precoz adoración por él, era la masacre salvaje que había hecho para con Ragnar lo que había despertado la de los ejércitos leales, levantando más y más entre sus miembros la incógnita de dónde se ocultaría o qué estragos estaría haciendo por su cuenta en las tropas enemigas.

Suspiró, acariciando el mango de hueso de Necrostacia mientras saludaba con un asentimiento a algunos de quienes se le cruzaban. A su espalda la espada negra dio un canto alegre, vespertino, y Reaper pudo sentir las marcas negras de su brazo crecer, adueñándose más de él.

Cerró los ojos. Reed no era el único que estaba cayendo. Los tres se hallaban encadenados al fondo, y sus ataduras tiraban lento pero seguro. Asherat, Necrostacia, la locura de su amigo...

Era cuestión de mostrar resolución. Miró al frente y llegó a donde Rashka le había indicado, para adentrarse en su primera lección. Curioso, realmente, el tener que aprender algo luego de creer haberlo sabido todo sobre el arte de luchar. Pero si quería ayudar a sus amigos, las opciones eran pocas.

La sala de entrenamiento que habían preparado dentro de las instalaciones estaba vacía, a excepción de la general que, ya metida dentro de su armadura y con su larga y aserrada espada roja, lo esperaba erguida y quieta como un monumento.

Tenía los ojos cerrados, lo que la hacía parecer un maniquí más entre los muchos que poblaban el lugar. Reaper no pudo evitar sonreír ante esa meditación.

-Aquí estoy- clavó a Necrostacia en el suelo con fuerza, y su espada brilló.

-Bien- Rashka abrió los ojos, sacando la suya propia y lo imitó.- Tal como prometí, te enseñaré a usar el arma de Grimold.

Levantó una ceja al oír aquello, defensivo en cuanto a su derecho de propiedad sobre aquel acero negro. Quizás lo había arrebatado de la Forja, sí, pero sentía que era más suyo que nada y no había cosa que pudieran decirle que le motivara a cambiar de opinión.

La general pareció comprenderlo, pues ladeó la cabeza.

-Sientes que me equivoco.

No le respondió.

-Esa garr le pertenece a Grimold Styxer- volvió a insistir Rashka- Tienes que entender eso. Pero ya verás a qué me refiero.

-¿Garr?

-Llamamos garrs a todas los espadones de nuestra fabricación de ese tipo, conocidos por ser enormes y livianos. Pero para ahorrar malentendidos, llamaré a Necrostacia una espada como en general se hace.

Asintió. Ella levantó su propia delgada arma, haciendo un corte rojo en el aire para mostrarle.

-Ahora, esta de aquí se llama *Zeraker*. Al igual que Necrostacia, es un arma Neu.

-¿Neu? ¿Mágica?

La peliblanca negó, serena e intentando buscar la forma de explicarse.

-Este es un mundo sin magia. Sortilegios, conjuros, invocaciones, ninguno de nuestros habitantes posee una habilidad como aquella... No desde que Baal creó el Rubí de Sangre para protegernos de Grimold. Al sacrificar nuestro dios a Ailai utilizó también su poder para colisionar todo el maná existente en la Ciudad Dorada en esa sola gema, convirtiéndola en un amuleto sin límites... Pero a cambio, como ves, perdimos la oportunidad de desarrollar las artes de la hechicería.

Comprendía. Era una versión a escala impensable de los rubíes que Vannael o los de la Forja habían creado con el sacrificio de prisioneros o pueblos, una abismalmente más poderosa y con menos muertes.

-Debió de haber causado conflictos.

-Incontables- Rashka movió de nuevo su espada con desprecio- Los desagradecidos magos que teníamos no aceptaron tal cosa, y fueron en gran parte ellos quienes huyeron con Idgray y Albion luego de la crisis. También causó deficiencias en nuestros sistemas de vida, imposible de suplirnos con refugios de maná para el calor o curaciones avanzadas como se hacen en tu mundo.

-Y aun así, ustedes consideran que Baal hizo bien.

-Era eso, o dejar que Grimold siguiera azotando nuestro mundo con sus huestes. Además, nos caracterizamos por levantarnos luego de caer. Todo lo que antes hacíamos con magia, aprendimos a hacerlo a través de la tecnología y el avance.

No dijo nada, pero estaba de acuerdo. Había visto a Reginald actuar con los heridos, y la medicina que practicaba estaba más allá de la que podía hacer un curandero en su mundo, si bien tampoco se comparaba a un mago aplicando magia de vida en un

cuerpo lastimado. Y no sólo eso, sino también no podía negar que las armas de fuego, verdaderos ingenios que en su tierra no existían -si bien poco prácticos se veían a la hora de cargarse- eran un avance importante con respecto a los arcos y flechas que se seguían usando en Kamui o el resto del mapa. Era como magia para quien no tenía maná, pensó, y la visión de Allon disparando dos de esas armas le hizo sonreír.

La voz de Rashka fue rápida en sacarlo de aquel trance.

-Lo que nos lleva de nuevo a los Neu- suspiró, y volvió a mostrar a *Zeraker*, que de tan fina y punteada parecía una hermana perdida y roja para la espada de Reaper- Así como la magia utiliza el maná en un cuerpo, el Neu utiliza el espíritu. Es otra fuente de energía, arbitraria en las personas tal como la otra.

Recordó. Con que a eso se había referido el guardaespaldas de Shimari.

-Alguien me dijo que Necrostacia devora mi espíritu.

-Es cierto. La Espada Negra devora el espíritu de quien la porte, así como la Espada Blanca devora el maná. Son dos caras de la misma moneda. Y a cambio, otorgan habilidades de Neu o magia respectivamente.

Tuvo otra visión, y sus dedos alrededor de Necrostacia se aflojaron. Su padre, cubierto por coraza blanca, su padre lanzando hechizos de sonido cuando jamás en la vida había tenido la más mínima aptitud para ser mago. Ahora comenzaba a comprender, poco a poco. Era una bendición maldita la de esas leyendas.

-¿Qué hay acerca de Drassil?

La mujer pareció sorprenderse al oír eso.

Luego se inclinó de hombros.

-No lo sé, y en cualquier caso no nos concierne. Drassil continúa perdida desde que Idgray se la llevó, y podría ser polvo ahora por lo que sabemos. Enfoquémonos en Necrostacia.

Suspiró, y accedió a aquello. Tenía más preguntas en realidad, como por ejemplo por qué motivo era que nadie en su propio mundo usaba ese supuesto neu. ¿Había sido producto de la cancelación de magia por parte de Baal allí en la Ciudad Dorada que desarrollaran esos poderes alternativos? Rashka sin duda no tenía todas las respuestas, pero lo poco que le decía le hacía recordar a su infancia con Osald, investigando, leyendo y descifrando. En cierto modo continuaba aquel legado.

-Necrostacia es un arma Neu- le repitió su momentánea mentora- Lo cual significa que utilizando tu espíritu te dará una habilidad única, inigualable para los demás. Es la ventaja de quienes usen Neu por sobre los magos, que sus poderes no se repiten, sino que son un reflejo de su ser, incambiantes, ni crecen ni decrecen, ni se mezclan, puros e invariados.

La Espada Negra rio al oír eso. Ignorándola ella continuó.

-Los cuatros generales del ejército tenemos Neu. ¿Pudiste ver a los soldados de Ragnar, no es así?

-¿Los feos y bajos?

La vio asentir.

-Desde su muerte ya no están más, convirtiéndose en otra ventaja de nuestra armada. La habilidad de la guadaña de Ragnar, *Sarkana*, era el invocarlos. *Horriox*, el garrote de Majcel, puede generar hilos pegadizos en cualquier superficie. Desconozco la habilidad de la pistola de Aminor, *Parhea*, pero puedo decirte por último que mi *Zeraker* tiene la capacidad de purgar con llamas todo a su paso de ser activado. Como ves, los Neu varían demasiado y es difícil decir si el que corresponda a tu espíritu será potente o no.

Hubiera reído al comparar la habilidad de Majcel con las demás, pero prefirió no decir nada no tanto por no herir orgullos sino porque ya lo había visto luchar, contra el demonio de Bali cuando se conocieron, y recordaba que aquel hombre había sido una centella gracias a ese mismo poder. Siendo cuestión de cómo lo usara, tener una habilidad así le hubiera servido de mucho para los futuros peligros que creía tendrían que enfrentar.

-Entonces, ¿cómo saco mi poder con Necrostacia?

-Te será difícil, pues Necrostacia no es tuya.

Suficiente.

Ya estaba harto de oír aquello. Levantó el hierro negro como un rayo, apuntándole con poco humor.

-Cómo.

-Quiero que lo entiendas- Rashka retrocedió un paso, alejándose del filo con dignidad- Cuando Grimold Styxer robó a Necrostacia hace siglos, tal como debió haber sucedido, esta le dio una habilidad neu.

Otra risa, saliendo del acero, de las runas que brillaban. Esta vez sí los ojos claros de ella miraron con repulsión a aquel objeto que vivía, quizás pensando en todas las vidas que había tomado, en sus antepasados nunca vengados. Pero al instante pareció superarlo, para proseguir.

»El neu de Grimold se llamaba *Miclanteurión*. Ese era el espíritu de ese terrible hombre, su poder, que le permitía manipular los mismos espíritus que tocara con la espada.

Se pasó la mano con el cabello, bajando su arma y pifiando. Era demasiado lío.

-¿Un espíritu que mueve espíritus? No ocurre eso con los magos.

-Es probable que la voluntad que habitaba esa arma haya incidido mucho en el neu que desarrolló Grimold –asintió Rashka- O quizás fue lo opuesto. Pero como sabes, las Espadas Legendarias producen una obsesión incomparable para quien las porta... Y parecen tener alma, espíritu o mente por su propia cuenta.

»Grimold descubrió eso, y movido por su locura utilizó su nuevo poder para fusionar su espíritu con el de Necrostacia, uniéndolos por completo y haciéndose uno con su espada. Es por eso que afirmo que no te pertenece, Reaper Assadan. El espíritu que sostienes entre tus dedos con tanto celo es tanto el de Necrostacia como el de Grimold Styxer, *Miclanteurión*. Ragnar podía jactarse de utilizar su espíritu, mi *Zeraker* representa el mío, pero lo que tienes ahí pertenece a alguien más desde ya.

De pronto el mango se le hizo algo más pesado, sin poder evitarlo, como si recién descubriera que había traído un parásito durante tantos años. Sepend allí en el portal, su rechazo a que pasara del otro lado con el arma, y ahora las palabras de la dama de hierro hicieron algo de mella en su confianza. Que hubiera un monstruo...

¿...cambiaba algo? Volvió a aferrarlo con fuerza, sin opinar. Necesitaba más poder, y entregarse al espíritu de una espada o de un demente ya sellado hacía años no hacía ninguna diferencia considerable.

-Entonces si aprendo neu, ¿Necrostacia me daría la misma habilidad que a Grimold? Porque ya lo está haciendo. Con sólo herir superficialmente esta espada devora el espíritu de a quien ataco. ¿Es eso todo?

Rashka volvió a inclinarse de hombros.

-No lo sabemos. Hace cuatro siglos Albion logró separar el *Miclanteurión* de Necrostacia, pero ahora vuelves a mi tierra teniendo a ambos juntos y pisando por encima lo que ese traidor hizo. Los he visto, en la lucha. Usaste a Necrostacia con los

devas enemigos, y quienes alguna vez fueron mis camaradas ahora tienen una parte de sí en esa arma, atrapados por siempre bajo el control del *Miclanteurión*. Si por mí fuera, buscaría la forma de destruir a Necrostacia.

Calló su réplica. Era posible destruir una espada legendaria, tal como Eluid le había enseñado, pero no planeaba darle ideas a aquella líder fanática. Sentía que ese filo era una respuesta para él, un camino a seguir por el cual no debía perderse, una prueba que Osald Assadan no había superado pero él, Reaper, sí podría.

La conservaría. Y explotaría su poder.

Mientras pensaba en aquello Necrostacia logró contornear su forma, entretenida. Rashka retrocedió tres pasos, uniendo los talones en postura impecable y levantó su garr hacia él, seria.

-En combate te será más fácil aceptar a esa arma, y también me será más fácil a mí saber cuándo tu espíritu esté demasiado perdido como para que valga la pena. Veremos si ganas algún neu.

No parecía un método muy fiable para entrenar. Sonrió, echando el espadón tras su espalda y quitándose el abrigo, exponiendo las marcas negras que ya cubrían la mayoría de su pecho.

-¿Planeas que luchemos?- por mucho que lo negara, la osadía le agradaba- ¿No tienes miedo de perder tu espíritu?

La mejilla de Rashka se dobló en algo que intentaba ser una sonrisa sardónica pero que terminó siendo automática, un mal experimento de un rostro poco acostumbrado a demostrar expresiones.

-Por favor. He visto a Ornas moverse con más gracia.

Reaper rio, y se lanzó a pelear.

Terminaron dos horas después, agotados en un empate cuya principal causa fue que ninguno de los dos estaba muy seguro de atacar de verdad, e interrumpida la terquedad de continuar la lucha debido al anuncio que les hizo uno de los esclavos: Majcel Kido había vuelto con la otra parte del ejército y traía noticias importantes para todos.

La escena había quedado congelada por la tensión, como si alguien hubiese detenido el tiempo en el exacto instante en que aquello que Reed había estado esperando dio inicio: el joven de Vant, sentado sobre el suelo, Desma y Lialbe tras la mesa con expresiones horrorizadas, la botella recién destapada fuera de sus dedos, Deihr Bellow observando con grandes ojos al extraño que se había materializado de la nada, envuelto en sombras llameantes y encapuchado el rostro cuadrado y vivaz.

Entonces el misterioso visitante extendió los brazos, permitiéndole a la historia continuar.

-Ven, hija mía.

Reed miraba a Deihr, sin moverse. No comprendía lo que ocurría, pero tampoco había perdido ni un poco de la calma que tenía, ni le preocupaban de algún modo ella o el recién llegado. Observó la clara sorpresa en las facciones de la joven, algo similar al anhelo y la tristeza entremezclándose en sus ojos cuando volvió a hablar.

-No puede ser... Todos estos años...

-*Soy yo.*- los brazos no bajaron, aunque la proximidad de aquel acercamiento se mermaba con el hecho de que su voz parecía provenir de muy, muy lejos- *¿No me has olvidado, acaso?*

-No deberías estar vivo.

Las palabras brotaron de la boca de ella como una sentencia, pero la sonrisa misteriosa del encapuchado no cedió. Reed se tomó una pausa, aprovechando la confusión de su alguna vez enemiga para chequear cómo se hallaban sus anfitriones. Por el gesto que le dirigieron, estipulaba que aterrados.

Les devolvió la mirada, pidiendo que se calmaran. Lialbe arrojando otra estantería contra Deihr o quien fuese no hubiese ayudado las cosas.

-*Conoces nuestro arte, Nakku.* -ahora sí el hombre bajó un poco los hombros, intentando razonar- *Existen formas.*

-No es eso.

Aquellas tres palabras le hicieron volverse de nuevo a ella, sorprendido. Creía haber captado un dejo ahí, de lágrimas mal tragadas y lo tomó por sorpresa que la mercenaria pudiera expresarse de esa forma. Ese nuevo sujeto... ¿Quién demonios era? Continuó callado viendo el reencuentro, pero poco a poco sentía que su mente se aclaraba.

-¿Dónde estuviste, todos estos años?- la pregunta de Deihr fue con enfado, herida- Años y años en la Forja, con quienes no eran mi familia, sola, y Sephid me dijo que todos ustedes habían muerto... ¿Por qué nunca apareciste, padre? ¿Por qué ahora, de todos los tiempos?

-*Sephid te mintió, Nakku*- aquel que decía ser su padre ladeó el rostro, compasivo- *Creyendo que te protegería de algún mal y rechazando mis intentos por acercarme a ti. Él no es parte de la Organización.*

Deihr tragó saliva, escuchando.

-*Pero ya estoy aquí*- la túnica negra volvió a elevarse junto a los brazos- *Y no estarás sola de nuevo. Ven.*

Y entonces ella fue hacia él. Ignorando a las otras tres personas que había allí padre e hija se fundieron en un abrazo inconsistente, pues el espectro que era ese hombre se difuminaba entre las mangas de seda, igual a una sombra. Reed contempló en calma aquello, la mano recta y etérea que acariciaba el cabello castaño de aquella desconsolada mujer, y luego de eso el encapuchado lo miró, aún conteniéndola.

-*Tú debes de ser Reed.*

Asintió. No podía decir que no le sorprendía, pero tan poco diálogo le había explicado la mayoría de lo que debía saber.

-Eres de la Organización de Albion- afirmó.

El otro esbozó una cara poco amigable, separando a Deihr quien le miró con desconfianza.

-*Mi nombre es Ventrysten. Tal como están las cosas ahora, soy el líder actual de la Organización, elegido personalmente por Albion hasta el momento de su retorno.*

Volvió a asentir. Aunque la calma lo dominaba, no sabía realmente qué era lo que por dentro le sorprendía más: el estar hablando con alguien quien conocía su encarnación -lo que significaba que mantenía al menos sus buenos cuatrocientos años, como Sephid- o que Deihr estuviera implicada con el grupo de Albion desde un principio. Aunque, con lo último, ¿no lo había sentido acaso desde el inicio? Pensó en Daivok hablando de su desconocida hermana, de la joven cuyas habilidades eran un

misterio, y se descubrió sabiendo que ella estaba más relacionada en su vida de lo que creía. Tan sólo había sido otra verdad que esperaba.

Pero si aquel hombre le llamaba hija, ¿Cómo era...?

-Debes tener muchas preguntas- Ventrísten interrumpió sus pensamientos, extendiendo su manto negro y dando un paso al costado para que su hija se liberara- *Como reencarnación de Albion, estarás enterado de que tienes una misión que cumplir.*

Había una mueca casi burlona en su boca, pero su porte y rostro eran serios. Reed dudó, sin saber qué debía decir ni cómo elegir sus palabras.

-Sephid... El guardaespaldas de Shimari dijo que enviarían a quien me enseñe. ¿Eres tú?

El de negro asintió con parsimonia, durante una fracción de segundo. Luego dudó y negó.

-Si bien me encantaría reencontrarme con la reencarnación de quien fue mi líder hace tantos años, me temo que tengo asuntos de igual importancia ocupándome en donde realmente estoy, por Gikeldor- era una proyección astral, tal como esperaba. Ventrísten torció el cuello en un gesto audaz y se volvió a su hija, quien seguía mirando a Reed con desconfianza- *Nakku será más que buen sustituto para tu enseñanza.*

Tardó unos segundos en caer del todo.

-¿Ella...?

-¡Padre!- la Bellow se volvió hacia Ventrísten, indignada- Él...

-Lo sé- su progenitor permaneció calmo, volviendo sus ojos ocultos para verla- *Sé todo por lo que has pasado, a quiénes has perdido y cómo. Sephid no me arrebató ese derecho al menos. Pero también tú debes saber los conflictos que se ciernen sobre el mundo. Eres una de nosotros, Nakku. Conoces la verdad.*

Los hombros de la joven bajaron, en duda. El senescal de Albion levantó un poco el borde de la tela negra que lo envolvía como sombra, mirando tanto a ella como a Reed. Sus palabras eran graves, pero sentía que ocultaba algo. Le inspiró al muchacho cierto recelo imposible de evitar. Aquel hombre no tenía la nobleza del demonio que protegía a Shimari.

Pero era él quien lo había elegido, y confiaba en su anterior juicio.

-Padre... ¿Cómo puedes esperar que yo...?

-El momento se aproxima, y no puedo disponer de nadie. -Ventrísten cortó a su hija, severo- *Recuerda lo que aprendiste con nosotros, y aplícalo. Enséñale Seele, cumplan la misión que Albion dejó para sí mismo y regresen a Gikeldor, en donde los estaré esperando.*

No dijo más, y Reed se puso de pie, sabiendo que lo vería desvanecerse. El líder de la Organización lo miró de vuelta, con una expresión torva en los labios que se le veían, la quijada recta cubierta apenas por una barba al ras.

-Mi Nakku, el joven de aquí no es el responsable de tu sufrir, y lo sabes. -hizo un gesto teatral, y parte de sus ojos pudieron verse, ojos que eran como el mismo hielo- *Y tú, Reed Id Vant, deberás elegir también. Espero ese momento con ansias.*

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

-¡Padre!

-Sabes a dónde deben ir. Los veré en Gikeldor.

Entonces terminó por desaparecer, desintegrándose en mil pequeñas sombras que se perdieron como flechas en todas direcciones, disminuyendo hasta terminar del todo la sensación de presencia que Reed había estado sintiendo desde hacía tiempo.

Los dejó de nuevo colgados en el momento, quietos, él de pie y Deihr casi de rodillas, interrumpida en su exclamación. En donde antes había estado su proyección un sable había quedado, que la joven Bellow tomó con mano firme, con hastío.

Luego ella se dio vuelta, atravesándolo con aquellos ojos violetas, ojos que devoraban lo que había adelante por el hartazgo de lo que consideraba una injusticia. Reed temió que Ventrysten no le hubiera hecho ningún favor cediéndole una maestra como aquella, pero le devolvió la vista sereno y sin hablar. Tenía culpa, sí, pero quería respuestas y si tenía que obtenerlas de Deihr, de Deihr las obtendría.

Se sostuvieron la mirada un largo rato, soportándole él su frustración apenas contenida, pero sabiendo también que el llanto hubiera accedido a los ojos de aquella joven de no estar presente, llanto por su padre, por su soledad, futuro y por quién sabía qué más infortunios que hubieran cruzado su vida. Tal como le había dicho Arksinad, en algún momento Deihr Bellow debía de haber resentido su existir.

Algo los unía.

Era una idea extraña, aprender las artes de Albion por alguien así. Suspiró bajando su mirada y Deihr guardó su nueva arma tras la espalda, utilizando el brazo ya curado, sin quitarle la vista de encima.

Luego Desma apareció con la bandeja dorada y el gesto compungido, para romper toda tensión.

-¿Quieren bizcochos?

En la Sala de Guerra se hallaban ya todos: el recién llegado Majcel, Rashka Wisel, Arksinad, Reaper, diversos comandantes devas de importancia estratégica y, por supuesto, también contaban con la presencia de Reginald, quien con Linith como asistente había terminado por convertirse en el médico de cabecera de los soldados heridos durante las escaramuzas que se extendían por la ciudad, haciendo del ala oeste de la escuela su nuevo e improvisado hospital en donde se desvivía atendiéndolos, arrastrando su pierna de palo de aquí a allá y buscando el modo de olvidar la muerte de la mujer a quien había amado.

Pero en ese momento, tanto la presencia del curador como de quienes combatían estaba callada, a la espera de las urgentes noticias que Majcel traía desde el otro lado de la ciudad. La general, los que venían del amplio mundo de afuera, los devas de Diakaza y los albinos; sus atenciones quedaron pegadas en el hombre joven y delgado, de cabello negro y rostro melancólico pintado con el símbolo de un trébol.

Majcel había decidido ir sin el sombrero de bufón, lo que ayudaba a salvaguardar su imponencia de la apariencia contradictoria y ridícula que generalmente solía dar. En todo su aspecto se veía la mella de lo que había que tenido que pasar hasta llegar a ellos, atravesando con sus tropas los escenarios donde el enemigo se instalaba, calculando los movimientos a hacer gracias a la acción de los espías —en su mayoría esclavos entrenados— y con la constante presión del tiempo que se agotaba desde que el último de los generales de Baal había hecho público su desafío a los herederos.

Así que cuando habló, sus palabras tuvieron impregnado un cansancio muy difícil de fingir.

-Bali planea adelantársenos. Atacará a Buiht Caucáx esta misma tarde.

Lo dijo y volvió a echarse sobre su asiento, fatigado. En su mano descubierta Reaper pudo ver el corte que se había hecho, al enlazar su sangre con la de Arksinad en el contrato que lo ponía como campeón del mago. Había sido un momento desesperado, e inútil. Reed se había esfumado de su alcance, después de todo.

-¿Estás seguro?- la voz de Rashka le recordó que había asuntos de más urgencia que atender, y se enfocó en ver la incertidumbre en las caras de todos- Adelantarse de esa forma... Podría tratarse de información falsa.

-Lo dudo- el hombre dio un suspiro amargado, volviéndose a él y al mago- ¿Saben cuál es la palabra allí entre los albinos de Bali? Que la joven que le acompañaba y su amigo estaban compenetrados, y ambos organizaron la muerte de Ragnar. Lo que me indica que él no esperaba a una heredera entre sus filas.

-¿Y Deihr Bellow?

-Desaparecida, también. Lo que le da crédito a su mentira. Y con un heredero supuestamente rondando por ahí junto al humano que se convierte en leyenda, sumado al desafío del más glorioso guerrero que este mundo tiene... Creo que Bali se siente apretado. Ganó la primera prueba, quizás, pero ahora sólo tiene a Aminor.

-Y a los albinos revolucionarios. Y a la Forja. Y a sus demonios, y su capacidad de ver el futuro- Arksinad negó, mordiéndose los labios- Dudo mucho que se sienta apretado. Está planeando todo esto.

A su vez Reaper suspiró y se echó más en el respaldar, completamente de acuerdo. No conocía a Bali Gladiar, más de aquellos dos encuentros furtivos en los que la suerte y los dioses les habían salvado... Pero el hijo de Exnar no parecía el tipo de persona capaz de ahorcarse a sí mismo. Debía de tener algo en mente, aun aunque lo de Deihr lo hubiese tomado por sorpresa.

La cuestión era saber qué. Cruzó miradas con su amigo, haciéndole una seña. Habían hablado ya de eso antes. Su objetivo no era esa estúpida prueba, ni cruzar un puente, ni derrotar a un monstruo, sino tan sólo arreglar un par de errores pasados.

-Nos adelantaremos también- resolvió el mago.- Y enfrentaremos a Buiht Caucáx antes de que lo haga Bali.

-¿Sabes que perfectamente esto podría ser una trampa, verdad?

Era Reginald quien había hablado, y en su tono se evidenciaba una preocupación cauta. Miró a Arksinad con sus ojillos lilas, ignorando a los demás y lo encaró de frente.

-La prueba no es clara, es un juego de mente en el cual ganará quien no se precipite. Jamás el Sol nos dijo que debíamos vencer a Buiht, ni siquiera aceptar su reto. Tan sólo dio una fecha.

No contestó el brujo, y aunque su silencio era antipático el guerrero ya sabía qué pasaba por su mente. El mismo día de ayer, al regresar de su entrenamiento con Rashka, habían tenido tiempo de dialogar en la habitación, poner en juicio lo que querían y de qué modo debían actuar.

Y a lo que llegaron fue a dos conclusiones: Primero, que con la desaparición de Reed y la ya preocupante ausencia de Shimari, seguir con aquel juego era cada vez más intolerable, algo que les succionaba y de lo que no se podían zafar. Le generaba planteos a él, debido a sus charlas recientes con la albina comandante y su simpatía para con aquel pueblo, pero concordaba con el mago en que no tenían de verdad un motivo

sólido por el cual seguir metiéndose en aquello, en arrebatarse a Bali o a quien fuera derechos sobre los cuales no tenían ni el más perdido interés.

La segunda conclusión fue derivada de la primera.

Debían rendirse.

Pero en aquella ya sus objeciones se hacían más fuertes, sin poder evitarlo. Si bien estaba de acuerdo en que poco tenía que ver el barullo de guerra y milicia con revivir al mago y a Scarrow Arderaid, sentía que era una traición a la confianza que habían puesto los devas en ellos el bajar las armas ante Bali y la Forja. Pisoteaban sus deseos por egoísmo, egoísmo libre, sí, pero egoísmo al fin.

Al expresar ello sin embargo su amigo no coincidió.

“No me importa” le había contestado entonces Arksinad, atrapado en uno de esos días en los que el malhumor le dominaba *“Yo nunca quise nada de esto. Ellos me lo forzaron, y me interesan muy poco los padecimientos de este pueblo. No es mi problema.”*

A lo que él había replicado que a veces había cosas que uno simplemente debía hacer. Lo sabía más que nada. Pero Arksinad había sido sordo ante aquello, tan poco heroico como lo conocía, y Reaper había tenido que resignarse a aceptar una proposición con la que no congeniaba del todo: buscar la forma de encontrarse con Bali, y proponer su rendición en términos que no dañaran demasiado a quienes habían sido sus aliados.

Era difícil saber si el brujo la aceptaría, pero creían tener condiciones para negociar. Tal como lo había dicho Majcel, planeado o no Bali se encontraba en desventaja estratégica, tanto en número de generales que le apoyaban como en la opinión popular sobre sus pretensiones al mandato. Aquel furtivo asalto que planeaba a hacer al Salón de Yeurion podía ser el momento indicado para buscar una solución que conviniera a ambas partes y terminara esa locura, en especial si lograban matar primero a ese tal Caucax y torcer la balanza más a su favor. Por su parte, si bien entendía a Arksinad y lo acompañaría sin dudarle, el sentir que lo que hacían no era correcto lo hacía amargarse sin rumbo. Si llegaba al caso, estaba dispuesto a matar también al ahura y dejar a la Ciudad Dorada sin candidatos al trono.

Aunque claro, también estaba Deihr.

-Piensa lo que haces- insistió Reginald.

Rashka lo interrumpió.

-Eventualmente tendrás poder para decidir sobre el rumbo de esta ciudad, así que tanto yo como Majcel estamos dispuestos a dar nuestras vidas ante tus órdenes. Si ir allí antes es tu elección, estaremos contigo.

Los ojos marrones del mago se desviaron del hombre, volviéndose a ella. Arksinad asintió en silencio, y del otro lado Majcel suspiró.

-Entonces terminemos esto rápido. Quiero descansar un poco antes del evento.

-Me acompañarán Majcel, Reaper, y Linith.

-¿Por qué Linith?- preguntó el general, anonadado, a lo que Reginald respondió displicente.

-Conoce el Salón de Yeurion. Podrá guiarles bien por sus intrincados caminos.

La respuesta no pareció convencerlo mucho, pero no añadió más. La verdad era que eran pocas las concesiones al plan original que podían permitirse. Linith los acompañaría no sólo para guiarlos, sino también porque el saber que jugaba con Buiht les indicaba que este podía sentir algún tipo de afecto que pudieran explotar para evitarse pérdidas.

-No serán suficientes- Rashka negó, obstinada- Necesitaríamos un escuadrón de al menos cincuenta hombres para enfrentarlo.

-El problema es que cincuenta hombres no pasarían- Arksinad volvió a adelantarse, tomando las riendas de la charla- ¿El Salón de Yeurion está cerrado, verdad?

Majcel asintió.

-No se abrirá hasta la hora indicada.

-Lo cual significa que Bali tiene otro modo de entrar. Si no me equivoco, usará la magia dimensional *Sacrifar* para transportarse a él y a sus hombres allí tal como lo hizo para abandonar a Ragnar en el puente a Oesile Nede.

-¿Puedes hacer lo mismo?

El mago sonrió, ante aquella mujer que nada conocía de las artes mágicas.

-Puedo. Pero con mucho menos poder. Podré llevar a tres, cuatro personas más con suerte, y por eso mi elección.

Ella asintió.

-Ya veo. Has pensado esto antes.

No dijo nada, pero su rostro estoico no pareció poner dudas. Reaper dio un largo suspiro, levantándose y a su lado Necrostacia soltó una risita chillona ante la expectativa de ser blandida.

Miró los rostros de todos: la fría Rashka, el agotado Majcel, la oculta preocupación de Arksinad y la sospecha de Reginald. Aquello iba a terminar pronto, y no les iba a gustar. Esperaba al menos que Bali mostrara un cuarto de la predisposición pragmática que había tenido su padre adoptivo y entendiera que comprometerse era la mejor solución.

-Está todo dicho entonces- aclaró, e hizo un gesto con la mano para dispensarse de allí e ir a su habitación. Supuso que aquel día no tendría entrenamiento neu.

Mientras caminaba hacia allí pensó en Amu, su cabello rojo, en su pueblo que ya extrañaba y sus amigos, y también en Reed que vagaba por algún lado de la ciudad sin ser visto. Terminó por acostarse sin siquiera haberse estirado, dejando el trapo sobre Necrostacia a mitad de su innecesaria limpieza y cayendo dormido hasta el momento decisivo como si no existiese preocupación alguna. Lo que no sabía, claro, era que se acercaba la batalla más dura de su vida, mucho más que la que sostuvo con Yeguilex, su padre, o Skectral.

-Entonces...- Lialbe revolvió un poco de la sopa, dándole una mirada fugaz a su mujer- ¿Ustedes... son...?

Que no lo diga.

Pudo sentirse como Desma lo pateaba por debajo con total claridad.

-¿Fueron...?

Otra patada, y el hombre se enfocó en el plato sin decir más. Ella se volvió a los dos.

-¿Así que de dónde se conocen?

Su mirada amable y vivaracha rebotó entre Reed, cuyo cuello hacía casi un ángulo de noventa grados para no mirar al frente, y Deihhr, quien jugaba con el caldo de ave y especias que les habían servido sin despegar su mirada asesina del muchacho ni escucharles.

Fue él quien levantó la cara, ignorando la vibra y volviéndose a su anfitriona.

-En...

-En Belekraz- el tono de la Bellow fue normal al contestar, sin volverse a Desma- Es una montaña muy alta de nuestro mundo.

Asintió, forzando una sonrisa. Jamás había estado tan incómodo en su vida, y eso era decir mucho pues las situaciones ridículas la habían colmado desde que tenía recuerdos.

-¡Oh! ¡Una montaña!- la mujer aplaudió, complacida en realidad más con haber arrancado palabras de la recién despierta que por su respuesta- Aquí no tenemos de esas, pero sí que nos enseñan en las escuelas. ¿Creen que yo y Lialbe podremos visitar una el día que crucemos? A Linith también le vendría bien algo de aire fresco.

Su pareja sonrió, de acuerdo con aquello. Reed sabía que ambos seguían preocupados por su hija, si bien las chances de volver a verla habían crecido desde que la conexión con Diakaza había vuelto al descender los puentes por la primera prueba.

Luego recordó que Deihhr había capturado a la niña, y creyó ver algo nublado en los ojos de la joven que seguía revolviendo el contenido de su cuenco, obstinada de nuevo en no responder.

-Creo que sí- afirmó él, tomando la palabra- Podrán ver montañas y mucho más.

A aquello le siguió otro aplauso complacido, en el cual Lialbe acompañó a la deva. No podía negar que, quitando su primer y desastroso encuentro, ambos habían terminado por parecerle encantadores, pensó mientras se volvía a la comida, el caldo grasoso y picante, los puntos rojos del condimento flotando en su líquido claro y cálido. Le sorprendió que hubiese pollos en la Ciudad Dorada, así que se preguntó realmente qué tipo de ave era la que estaba comiendo allí. Quizás no era algo que quisiera saber.

-No podrán ver mucho- le hizo la contra Deihhr, sumida también en lo suyo y llamando la atención de todos- Bali o Arksinad, a nadie le importa ninguno de ustedes. Están solos.

Se levantó de golpe, ante la anonadada pareja.

-Gracias por la comida- musitó y se perdió por otro pasillo, a la habitación que le habían dispuesto, anteriormente de Linith. Desma y Lialbe quedaron en silencio al verla partir, impactados, y luego el hombre se volvió a Reed con una significativa mirada.

-¿Qué le hiciste?

Maté a su hermano.

-Nada.

No supo qué explicación darles por su comportamiento arisco sin tener que revelar algo que obligara a Deihhr a marcharse de aquel hospedaje que con tanta amabilidad les daban. Le dolía ocultar y mentir, quizás, pero tener que irse a la zona de guerra era mucho peor, y más si tenía en cuenta que eran ambos bandos los que querían a la joven muerta.

No tenía a nadie quien la ayudara. Pensó eso unos segundos, imaginando su soledad y por otro lado dándose cuenta de la calidez que sentía, de saber que allí afuera había al menos dos personas que sin duda se estaban preguntando por él. Sus ojos se abrieron apenas, como si recién descubriera aquello, y por un instante se sintió agradecido de existir. Un nuevo mañana vendría para él.

Pero el mañana había caído para ella en Belekraz, dejándola sólo con la amargura. Quienes habían sido su grupo y hermanos estaban ya muertos, enterrados, despedazados sin despido.

Dejó caer el líquido. El caldo ya estaba frío. Desma y Lialbe hablaban entre sí, dejándolo sumirse y combatiendo el incómodo silencio. Se levantó agradeciéndoles con un asentimiento y marchó por el pasillo hacia la habitación de Linith, dispuesto a solucionar algo. Algo, para bien o para mal.

Como esperaba, Deihr no respondió su inocente golpeteo en la puerta. Tomó aire entonces y pasó sin permiso a donde la niña deva solía dormir: un cuarto repleto de dibujos de héroes y gladiadores vencedores, fijados con un fanatismo que logró arrancarle una sonrisa. Contra la pared había una cama y la desafortunada joven que ese tal Ventrysten había llamado hija se hallaba acostada en ella dando la espalda, imposible de discernirse si dormía o no.

Imposible, para alguien no acostumbrado a ver a la gente fingir el sueño. Tomó uno de los bancos que allí había, sin saber qué hacer, pero seguro también de que quedarse de pie como un idiota no le ayudaría. Apenas vio movimiento en los hombros cubiertos de seda al sentarse. El sable estilizado se hallaba contra la pared, sin tocar.

Juntó las manos, pensativo y mirándola. Quizás debía decir algo, pero le era difícil saber por dónde comenzar.

-De...

Ella se dio vuelta, observándolo.

-Lo sé. No merezco su hospitalidad.

Quedó confundido, sin comprender a qué se refería al principio y por lo tanto mudo hasta que entendió.

-Está bien- le sorprendía que alguien como Deihr pudiera sentir ese tipo de culpa- No es eso por lo que vine.

-¿Entonces?

Los pozos de amatista que eran sus ojos le miraban, escrutándolo. Se contuvo de tragar saliva e intentó ordenar sus ideas.

-Quería pedirte disculpas.

-Por lo de Daivok.

Asintió.

-¿Crees que con unas simples disculpas podría dejar pasar el hecho de que mataras a mi hermano?

Negó. Que le dijera exactamente lo que había tenido en mente logró calmarlo.

-Sé que no. Pero también mi vida es tuya.

-¿Ah sí?- hubo un intento de sonrisa- ¿Puedo tomar mi sable entonces, hundirlo en tu pecho? ¿Vengarlo, y no levantarás los brazos para defenderte?

-Sí.- contestó, convencido. No era del todo cierto, en realidad, pero sólo por un desperfecto mínimo. Primero quería respuestas, sobre su vida como Albion, sobre Idgray, la ciudad enterrada y su misión. Luego sí, su vida pertenecería a quien se la debía.

Deihr retrocedió apenas, mirando su resolución con infinita pena. Cerró los ojos suspirando, y se sentó a horcajadas sobre el colchón.

-Eres un tremendo idiota.

Dudó unos segundos, pensando en Reaper.

-Eso me dicen.

Ella le observó, como si meditara la idea de acuchillarlo, y Reed quedó callado dejándose analizar por aquella mirada.

-¿Dónde está tu escudo?

Era una pregunta extraña, que sí que no esperaba.

-En el comedor.

La boca de la Bellow se torció en duda. Pareció preocupada por unos segundos, pero al final no dijo nada y tan sólo bajó la vista, en un silencio pesado.

Reed no hizo nada por interrumpirlo, sentado en lo oscuro erguido y mudo, con los ojos abiertos y recuerdos de algo similar, lejano, de estar arrojado en la negrura junto con un joven ahora cubierto de cicatrices, luego del combate, mirando las figuras quiméricas que mentían sus ojos dentro de la inmensidad del abismo y por fin hablar, no como enemigos sino como rivales, hablar de la hermana de este y de su propio escudo, en un tiempo en el que su inocencia era mucho mayor de la que tenía ahora.

La vida se repetía, pensó con amargura entonces, se repetía de una forma u otra, infinita. No había escape a la realidad, eso Deihr debía saberlo más que nadie. Lo malo y lo bueno, todo era oculto, escrito e ineludible, ajeno a la perfección en la que habían consistido sus sueños de aventuras.

Puedo cambiarlo, se dijo a sí mismo. Había venido allí para eso.

Y sin embargo, lo dudaba.

Se quedó más entrado en sí, guiado por el sonido del silencio y la imagen de no poder ver nada. Pensó en su historia, en especial la de los últimos años. Tanto había pasado... Rostros, diálogos, recuerdos, momentos compartidos; felices o tristes, amenos o irrisorios, todos formando una red ruidosa, alarmante y que lo había conducido allí, otro punto negro, otro redoble más de esa imperfecta rapsodia. Las decisiones que había tomado, los errores cometidos, los caminos transitados... ¿Se arrepentía, realmente? ¿Lamentaba ese existir, o podía celebrarlo, pisando por sobre Daivok, sobre Scarrow, sobre su deseo?

-Tú no mataste a Daivok.

Como un llamado a la realidad la frase fue haciendo ecos, resonante, haciéndolo levantar la vista. Deihr no lo miraba a él sino que parecía también triste, reposando contra la pared en actitud pensativa, viendo por la ventana que daba a la brillante noche.

Ni siquiera se esforzó en sonreír.

-Fui yo. Lo empujé a la lava de Belekraz. Mi único consuelo es que en principio intenté salvar a Reaper.

Ella negó, suspirando y se volvió hacia Reed.

-Fueron tus manos las que lo empujaron- coincidió- Y de ello jamás podré olvidarme. Pero no fuiste tú quien decidió que mi hermano debía morir.

Estuvo por contestar, pero de repente calló, sintiendo que comprendía. Lo había comprendido ya hacía un buen tiempo, el mismo día que decidió escapar de sus amigos, el hecho de que una fuerza había estado por años haciendo mella con sus intenciones. Que ella lo entendiera también...

-Mi...

-Tu escudo. - la joven asintió- Hay una voluntad en esa arma, que te manipula y consume poco a poco. Pude verlo, cuando atacaste a Ragnar. Tu aura está contaminada. Quien habita esa reliquia te estaba usando, probando tus límites al forzarte a atacarlo. Te separa de tus aliados, corta tus caminos, te susurra en el alma deseos perversos. Es tu peor enemigo. Y también el mío.

Tragó saliva, con los ojos abiertos como platos y la boca reseca. Si el saber que Deihr no lo culpaba lo había desolado, ahora esto le estaba dando una luz que no estaba seguro de querer tomar.

Una pregunta se atoró en su garganta, como el crujido de la madera, luchando por salir. Estaba seguro de que oiría una verdad importante.

-¿Quién...?

El rostro pecoso se movió a un lado, con amargura.

-El nombre de tu escudo es Drassil, la Espada Gris- le reveló, y Reed sintió algo en su interior romperse y estallar- Y el alma que ahora lo habita es la del enemigo de nuestra organización, tu hermano de hace cuatrocientos años. Idgray Decaheon.

Con la luz del sol dándole desde lo bajo, arrancando el naranja de sus paredes amuralladas donde el metal relucía, era difícil determinar dónde comenzaba y dónde terminaba el Salón de Yeurion dentro de lo que era la red de edificios que lo rodeaban, que formaban un laberinto de cal, acero y gemas en los que perderse se hacía una tarea de lo más sencilla. Era sin duda, después del Domo y el Coliseo que podían verse desde allí, la construcción más impresionante que existía en la ciudad, y Reaper sintió cierta punzada de recelo al percatarse de las similitudes que tenía con el Santuario de Idgray que Albion había construido cerca de su hogar, aquel castillo ruinoso y hundido de formas imposibles en el cual su padre había decidido matarlo bajo el influjo de Oblivion.

Pero la comparación quizás sobraba, pues ahora eran ellos los que partían a atacar. Arksinad estaba decidido a terminar con Buiht el Idólatra tan rápido como pudiesen, y al menos hasta esa parte Reaper compartía de todo corazón: el acabar con el más leal de los generales de Baal los pondría en mejor posición a la hora de negociar. Tan sólo quedaba esperar que el elegido de la Forja planeara realmente comprometerse.

-Ahí vienen- indicó Majcel a su lado.

De la colina los espías que habían enviado subían, esclavos montados en unos animales llamados wyverns, que le parecían la cruce de un dragón y un caballo y correteaban de forma curiosa con sus dos patas por la arena, resplandeciendo sus escamas. Se dirigieron directamente al general, hablando en algún idioma que no supo descifrar y el hombre asintió, dejándolos partir. Era extraño para él el hecho de que fuesen esclavos quienes se encargaran del espionaje y no los expertos guerreros del ejército, pero supuso que aquella era la menor de sus quejas en cuanto a la organización de los devas y la Ciudad Dorada.

Quizás, después de todo, Arksinad y el mocosito no eran los únicos que tenían algo que decirle a Baal...

-Ciudadanos próximos vieron a un largo grupo de soldados enemigos merodear el lugar hace poco tiempo- Majcel se ajustó el ridículo gorro de bufón- Deben haber entrado.

-Será mejor que vayamos entonces- asintió Arksinad, poniéndose de pie y a su lado Linith hizo lo mismo. Si bien comprendía y compartía los temores del deva en llevarla,

Reaper creía que les daría una ventaja importante en ubicación y –a regañadientes tenía que admirar el cruel pragmatismo de su amigo- combate.

Se aproximaron a él, en círculo. Arksinad no perdió un segundo y con su *Péndulo* empezó a trazar un sello en la arena, a mano, tomándose la molestia de dibujar personalmente cada runa y fragmento por el cual su magia se vertería.

-¿Se puede saber qué haces, boca-cortada?

-Esto no será una transportación- le anunció, febril y centrado en su tarea- Ni será tan fácil como cuando abrí el Portal de la Forja. Sacrificar es una magia dimensional sobre la que tengo muy poco control. Si algo sale mal, podría aparecer dentro del salón tu torso, y tus piernas quedar aquí.

Palideció un poco, no muy seguro de querer seguir con la idea. Los dos devas, hombre y niña, parecían sin embargo más maravillados de estar a punto de ver la tan olvidada magia del pasado que aterrorizados por la idea de llegar a destino en pedazos, a juzgar por el asombro excitado de Linith y la ceja imperceptiblemente levantada del siempre entristecido general.

-Está hecho- terminó Arksinad de cerrar la última línea, y de dos saltos se puso en el medio- Esto sólo funcionará si tienen sangre deva, de lo contrario el poder de las dimensiones psicomágicas los hará picadillo.

Levantó su báculo entonces, dando todo por terminado mientras las implicaciones de lo que había dicho caían en el guerrero, que tragó saliva y de repente lo miró helado.

-¡Oye oye...!

-¡Sacrificar!

No le dio tiempo a más réplica. Alrededor del sello todo el suelo se fracturó, similar a cuando Bali lo había hecho en el puente, y el espacio bajo sus pies comenzó a germinarse con hilos, hilos de realidad misma, con los colores que contenía la escena, como si fuera el mismo escenario el que se desdoblaba y hervía contra sus caras asombradas, subiendo, trepando, envolviendo sus cuerpos y retorciendo las dimensiones para atravesar las barreras que de momento protegían a su objetivo.

También pudo decir que se asemejó al viaje por el portal de la Forja, aunque algo más breve y ordenado. Se sintió golpeado por todos lados, lanzado contra el cielo, impulsado por corrientes que se escapaban de su comprensión, transitando mundos, escenas, miles, millones de distancias inimaginables siendo atravesadas en un parpadeo para llegar a un lugar que estaba al alcance de sus ojos.

Al último cayó, bañado en sudor helado y mirando al suelo. Linith se desplomó a su lado, mareada y con claras ganas de devolver y en cambio Majcel cayó de pie, con cierta decepción.

El mago apareció algo después, poco ortodoxo contra el piso y sujetándose el estómago mientras se desternillaba a carcajadas.

-¡Dimensiones psicomágicas!- reía a pierna suelta, bajo el suspiro de Majcel y un Reaper que comprendía la broma con poco humor- ¡Oh dioses, deberías haber visto tu rostro...!

Continuó con la risa hasta que recibió un puntapié en el dorso, y ahí tuvo que tomar aire y obligarse a calmarse. En realidad, su humor alegre desencajaba mucho de por sí con el lugar en donde estaban. El Salón de Yeurion, o al menos esa parte, parecía un oscuro y helado atajo metálico, desde el cual se oía el repiquetear de alguna antigua maquinaria.

La niña que era su guía se tomó unos segundos para sobrellevar la debilidad que le había causado aquel viaje, pálida y temblorosa. Luego señaló al este.

-Por allí. Los habitáculos de Buiht están en el centro del Salón.

La siguieron, Arksinad levantando su báculo, Reaper a Necrostacia y Majcel a su neu, el amplio garrote *Horriox*. Tan sólo los sonidos rimbombantes cuyo origen desconocían interrumpían la quietud de ese inmenso palacio, y la oscuridad dominaba sus recónditos espacios haciendo que hasta la bendecida tuviese problemas ocasionales para ubicarse. El de Kamui estaba listo para defenderla, de tener que cruzarse con Bali y los suyos. Una niña muerta hubiera sido más de lo que podía permitir.

Tensó como acero los dedos en su garr, recordando su entrenamiento con Rashka.

-¿Alguna idea de cómo encarar el asunto?

La tez casi lunar de Majcel parecía apenas un poco más pálida que de costumbre.

-Haremos un asalto sigiloso e intentaré incapacitarlo con mi arma. Luego tú Arksinad podrías utilizar tu magia.

Asintieron. Sigilo. Aquella era una idea sencilla. Poco le importaba no darle a ese tal Idólatra una lucha gloriosa como la que había pedido.

Sigilo.

“Escúchame tú, Buiht Caucáx el Idólatra.”

Allí terminaba el sigilo. Se detuvieron, sorprendidos. No era la voz del desafiante, ni la de la misteriosa sacerdotisa Sol de Baal, sino nada más y nada menos que la voz serpentina, suave y melodiosa de Bali Gladiar la que resonaba ahora por los pasillos del salón, llenando los oídos de todos los que allí adentro estaban.

-¿Qué está haciendo?

“Desafiaste mi poder, y por ello te agradezco. Nunca fue suficiente. El poder que sostengo ahora tan sólo es una piedra a pisar, que me elevará a los tronos del cielo por encima de a quien adoras como dios y de sus súbditos. Tu ofensa, Escarmiento de Infieles, es la excusa que necesitaba para dar otro paso. Yo rechazo las reglas de Baal.”

Las cejas de Majcel se juntaron, en evidente discordancia con lo que oía. Hizo una seña a Linith y la joven continuó guiándolos por los pasillos, por los amplios salones con figuras de dioses, Spenta Mainyu, Angra Mainyu, Xshathra, Batezek, Hodaihe, Ianna, incluso una estatuilla similar a la de Dammed Oah que representaba al ogro de nueve ojos, Horrxikkrron reposando sobre un altar sellado.

“Este no es el juego de los elegidos, Buiht Caucáx... Este es mi juego. Y lo demostraré enseñándole al último y más leal de los siervos del Sol que mi victoria trasciende los reglamentos y ridiculeces de los que tanto se afanan...”

Al rato los sonidos del combate se hicieron más claros, definidos mientras más y más se acercaban a destino. Se oyeron choques, el filo de las espadas, un grito

angustiado que parecía repetido, e incluso un temblor sacudió la zona. Bali se les había adelantado en su ataque.

-Aun tenemos tiempo- afirmó Majcel.

Apuró la marcha. Reaper y Arksinad le siguieron mirándose, preparados para lo que tuviera que venir y para defender sus vidas en aquella triple confrontación.

“Así que cae, pobre campeón de Baal... Te rechazo a ti como ilegítimo a mi futuro mandato. Conviértete en mi primera gran ofrenda... En un tumulto de sangre.”

-Quédate aquí- le ordenó Reaper a Linith, cuando ya el camino era fácil de desentrañar y el fragor de la batalla tan ruidoso como si la tuviesen al frente. La niña obedeció buscando guarecerse tras la pared y los tres hombres continuaron con cautela, armas en mano y listos.

El paisaje que se abrió bajo sus ojos fue apabullante. Un monstruo, porque solamente así se podía haber descrito a Buiht Caucáx, un monstruo que se asemejaba a un hombre, a una masa de tentáculos sombra envolviendo un cuerpo brutal y fornido de cabello azul y sin cara, tan sólo una enorme boca relamiéndose y chillando mientras solo daba lucha a un entero batallón de cultistas, demonios y soldados deva liderados por el general Aminor: con sus extremidades los golpeaba, resistiendo los ataques de sus armas, tolerando sus espadas y hechizos y partiéndolos con golpes de su hacha, un arma bestial que se turnaba entre los brazos y los tentáculos, para dar impactos indetenibles que destrozaban toda armadura.

Era hasta imposible definirlo bien, pero no existía forma de considerar que fuera un deva, ni nada por el estilo. Ni siquiera parecía capaz de hablar racionalmente o de haberlos desafiado en lo absoluto. Chilló en el aire, trayendo ecos del inframundo y por primera vez en toda su vida Reaper retrocedió un paso, precavido y asombrado ante tal ser.

-Eso es...

Majcel asintió. El pesar de tener que enfrentar tamaño enemigo también se notaba en su rostro.

-Buiht Caucáx. Esto será difícil.

Paralizados vieron como el ser corría, embistiendo a varios soldados con tal fuerza que los arrancó, pues aquel era el único término que se le ocurría para describir como se había llevado con él parte de sus cuerpos, brazos, acero y protección con ese movimiento que dejó un trazo sangriento en el aire. Guardando distancia más atrás Aminor Sirrah le disparaba inútiles balas de su neu, pero por lo demás, Bali no parecía haberse tomado la molestia de ir personalmente a enfrentarlo.

No se hallaba allí. Todo intento de cesar la guerra con aquella batalla resultaría más difícil entonces, si debían tratar con el ahora a través de su silencioso general.

En cualquier caso, lo primero era lo primero. Una demostración de fuerza.

Vio como Arksinad tragaba saliva, perdido en contemplar la masa de cables y rugidos que ahora estrellaba cráneos de cultistas chocándolos entre sí, que bamboleaba el hacha por los cielos como si no se tratara de un arma que tenía el doble de tamaño que un hombre. Estaba indeciso de atacar, y tenía porqué. No había muchas aberturas.

-No perdamos más el tiempo- suspiró Majcel- y desenfundó su garrote. Distráiganlo.

Jamás esa idea le había parecido más difícil. Miró a su amigo el mago, preparado, y puso la mente en blanco.

Ambos saltaron, hacia el campo de lucha donde el caos y la brutalidad se propagaban.

Y, un día antes de que ello ocurriera, en la habitación oscura de una de las casas costeras de Oesile Nede, Reed acababa de oír lo que sabía era una de las verdades más importantes que jamás le hubiesen dicho.

-¿Dra... Drassil?

La joven cuyo hermano había matado asintió, viéndole a los ojos con detenimiento, atenta a su expresión estupefacta. Él tragó saliva, pensando en su escudo que estaba allí arriba.

-Drassil. La Espada Gris de la Nada.

Echó su cabeza hacia atrás, confundido.

-Ni siquiera es una espada.

-Lo sé- Deihr suspiró- Aunque existe una explicación para ello. Drassil puede cambiar de forma, esa es la propiedad que más la distingue de sus hermanas. Puede convertirse en una lanza, un hacha, incluso una persona si fuese necesario. Es ilimitada.

Por algún motivo el deseo de tener a su escudo al lado se incrementó al oír todo aquello. Drassil. Desde el inicio había oído referencias a la tercera de las espadas legendarias, y poca atención les había dado pero ahora no podía creer que hubiese tenido tal tesoro constantemente a su lado. La sola noción de que hubiera aparecido en Vant, claro estaba, ganó muchos niveles de curioso.

Se le ocurrió una idea que le hizo sonreír. Reaper sostenía a Necrostacia, Arksinad utilizaba a Oblivion para alimentar a su demonio, y él ahora descubría tener la más perdida de las armas de leyenda. Completaban un trío muy heroico.

Pero de repente un rostro gris pasó por su memoria, haciéndole volverse a Deihr.

-Y dices que Idgray... ¿que el alma de mi anterior hermano está en mi escudo?

-Así es.

-¿Cómo?- se pasó una mano por el cabello, confundido- ¿Por qué?

-Es una historia larga- la joven suspiró echándose más en la cama- Que te contaré en cuanto partamos de aquí. Hay un lugar al que la reencarnación de Albion debe ir según las instrucciones que él dejó antes de morir, y durante el camino a ese sitio procuraré enseñarte todo sobre la historia de la Organización y sobre los poderes del alma.

Dudó unos segundos, no muy seguro de si replicar o no. Lo inhibía todavía el hecho de que, por mucho que dijera ella, se seguía sintiendo culpable de esa muerte y sabía que la Bellow lo tenía en cuenta. Pero había al menos una duda que sí quería resolver.

-Ese hombre... El de negro.

-Ventrysten. Mi padre.

En su rostro había cierta amargura.

-¿Fue compañero de Albion? ¿Cuántos años tiene acaso?

-No lo sé.- los hombros de Deihr se encogieron, con recelo- No debería estar vivo ya, pero es probable que haya encontrado la forma. Mi padre siempre fue muy amante de investigar.

Asintió. Intentó buscar en sus recuerdos alguna idea de ese tal Ventrysten, como si la mente de su cuerpo actual pudiera conectar con la que había tenido mientras era Albion Decaheron. Aquel encapuchado misterioso había sido su compañero, al igual que Sephid y tantos otros cuyas existencias le eran absolutamente desconocidas. Había tenido otros amigos. Pero la reencarnación era cruel, se veía, y ni de quienes lo habían acompañado tanto tiempo tenía la menor idea. Las únicas dos presencias que se le manifestaban con cierta fuerza eran, como antes, las de la mártir Ailai y su hermano Idgray.

Entonces recordó una idea que había tenido antes, y miró a Deihr.

-¿Y tú?

Ella se volvió, tomada de sorpresa.

-¿Yo qué?

-¿Cuántos años tienes? Dices que Ventrysten es tan viejo como Sephid, y sin embargo parece que no lo ves hace mucho. Pero te consideras su hija. ¿Cuándo naciste?

Le sorprendió verla esbozar una sonrisa.

-Nací algunos años antes de que Albion muriera.

Cayó hacia atrás al oír eso, golpeándose la cabeza contra el suelo.

-¡¿Qué?! Tienes cuatrocientos... trescientos... ¡No eres joven para nada!

Por fin Deihr rio, por un largo rato. Luego su rostro pareció serenarse, e, incluso, entristecerse un poco al recordar.

-Te equivocas un poco, Reed. Es una historia confusa, incluso para mí que era una niña pero... En esos tiempos, incluso antes de que Albion y la ciudad maldita cayeran, mi padre y los de la Organización se dedicaron a surcar diferentes reinos, buscando aliados e investigando sobre el poder que nuestro antiguo líder nos había enseñado, Seele.

Seele. Al fin tenía un nombre para ese poder, aquello con lo que había golpeado el Tótem Terror, salteándose el ejército de Ragnar, la energía que lo defendía y cubría desde su escudo y la misma con la que Sephid le había dado una paliza a los daevas en su batalla. Era algo impresionante.

-Y en un momento, la Organización llegó a la última ciudad elven, Pólux- continuó ella- Donde el rey se había vuelto loco y la desolación era moneda corriente. Ventrysten vio una oportunidad allí, instalándose en el castillo.

»Ofreció al rey Hicterion la oportunidad de salvar a su pueblo de la perdición, si le dejaba experimentar a cambio con su hija, Aiwass, para otorgarle poderes casi divinos a través del uso de Seele y Magia combinados. Y el monarca loco aceptó, pues la situación que le rodeaba era irrecuperable.

Levantó una mano, interrumpiéndola. Estaba serio de nuevo, aun así arrojado en el suelo, pero algo definitivamente le había hecho ruido muy temprano en aquel relato.

-¿Experimentar?

-Así es mi padre- ella asintió- Lo da todo por su ciencia. Pero en este caso las cosas salieron mal. Un accidente. La princesa de Pólux no soportó aquello, y su poder se activó tempranamente. La víctima vine a ser yo, quien apenas tenía siete años por aquel entonces.

Se sentó de golpe, como empujado por un enorme resorte. Corrió el cabello de su frente y la miró.

-¿Qué te ocurrió?

-Me dormí- sonrió ella- Tan simple como eso. Cristalicé y quedé en estasis, por nada menos que cuatrocientos años. Tenía todos los motivos para creerle a Sephid cuando al despertar me dijo que la Organización había desaparecido del todo. Quedé junto con él en la Forja, en una época que me era poco familiar, recortada de mi pasado y mi entorno. Apenas comprendía qué había ocurrido.

Entendió un poco más, y sintió cierta profunda pena que no pudo evitar.

-¿Por qué Sephid...? ¿Por qué te mentaría? Te ocultó que Ventrysten continuaba con vida.

Deihr se inclinó de hombros.

-Siempre tuvo diferencias con mi padre. Estaba en contra de la experimentación con Aiwass, al punto de dejar la Organización, y el tiempo probó que tenía razón. Las investigaciones de Ventrysten tan sólo marcaron el inicio de la ruina en mi vida. Sin embargo –sus ojos brillaron- Tampoco lo perdono. Cuatrocientos años en el futuro, despertando en un lugar tan terrible como la Forja, arrancada de mi padre, de quienes habían sido mi familia, de todo lo que conocía... Fue un infierno para mí. No debió haberme mentado, y me encargaré de que lo sepa.

No estaba seguro de si se refería a un simple decir, o a encargarse en el sentido de intentar atacarlo también. Desconocía la relación que podían haber llevado Sephid y Deihr, pero sospechaba que no era demasiado cercana. Aquel joven guardián era muy poco expresivo y poco podría haber hecho para reemplazar los afectos que a ella le hubiesen arrancado.

Suspiró, en cierta manera aun más culpable que antes. Daivok Bellow y sus hermanos debieron haber sido para ella un oasis entonces, un oasis que él había ayudado a apagar aquel fatídico día en lo más bajo del mundo. Fuera la influencia del alma que habitaba el escudo o no, había sido su mano aquella que actuó.

Y además...

Una sensación preocupante lo embargaba, algo que no quería pensar.

-Reed.

Levantó la vista, hacia ella. Deihr se asomaba desde la cama, los ojos violetas bien abiertos, mirándolo serena. Por un instante le trajo un recuerdo, la imagen de alguien, pero no pudo estar seguro de quién era esa persona.

-No te apiades de mí.

Dudó.

-Esa vida que perdí...- se volvió a apoyar en la pared, cerrando los párpados y en calma- La voy a recuperar de nuevo. De ahora en más no seré más Deihr Bellow. Llámame Nakku. Ese fue el nombre que mi padre me puso cuando vivía con la Organización.

Asintió. Era obvio que ella quería un nuevo inicio, pero en su opinión borrar una vida anterior, por más desolada y cruenta que fuese, no era un trabajo sencillo. Le costaría olvidar, a la Forja, a Exnar y a sus hermanos adoptivos, a la traición de Bali y de Sephid. Cuanto menos, lo único que podía hacer para saldar su deuda era acompañarla. Sería conveniente en cualquier caso, pues les permitiría ocultar mejor su identidad.

-Nakku- repitió, grabándolo en su mente.- Está bien.

Luego añadió, pensativo.

-Lialbe y Desma deben estar preocupándose.

Ella le sonrió, y Reed se sorprendió al ver que lágrimas habían caído por sus ojos, si bien pocas y la joven las secó rápido, ocultando el despegue de emociones que le había causado los últimos eventos. La dejó ser, rememorando a Scarrow y su tragedia, su confesión ahí en el refugio de los rebeldes bajo la luna nocturna.

Se quedaron entonces entre silencios y memorias hablando el resto de la noche: de sus vidas, de los lugares conocidos, del pasado oscuro que ella había llevado. La antigua Bellow pudo contarle por fin de sus recuerdos, la Organización –Ventrysten, los kiels, el misterioso e inmortal Dordo y tantos más que ya se habían perdido-, de su vida entrenando el arte del alma, Seele, que él tendría que aprender, de sus vivencias en aquel mundo pasado que recién se organizaba y luego también algo de su vida en la Forja, cuando despertó en el futuro, su confusión y desesperación. Le contó del día en el que había decidido dejar todo y escapar, dejar el culto a Xshathra y probar suerte en la desolada tierra de Gikeldor, azotada por las guerras y el hambre. Allí, en un pueblo incendiado fue donde conoció a los cinco hermanos que intentaban sobrevivir robando alimento, y decidió instalarse para ayudarles y vivir con ellos.

Exnar había aparecido pocos días después, junto con Sephid, buscándola ambos y sin pensar en dejarla marchar. Deihr accedió a volver, pero a cambio de que acogiera a esos niños. Los mercenarios Bellow habían nacido, y desde entonces el resto de su vida fue –si bien no sentía que encajara- considerablemente más feliz.

Pero ahora todo aquello había terminado. Y por un instante, mientras hablaban con calma y Reed terminaba de comprender que ella en verdad no lo culpaba, de golpe algo afloró en su interior, algo como un dolor que no pudo precisar del todo, dirigido a aquella joven que ahora era su aliada. Era, quizás, similar a lo que sentía por la presencia en su escudo, en su arma que había dejado por primera vez voluntariamente abandonada, arrojada en algún lugar de la casa mientras él hablaba con Nakku y descubría un nuevo amanecer.

Con ese nuevo amanecer que llegaba, oyeron el ruido de alguien caminando por la desierta calle. Ambos se asomaron por la ventana, curiosos de que hubiera actividad de espionaje por esas horas y Reed tuvo que ahogar un grito al ver a la persona que del otro lado avanzaba, cubierta en harapos gastados y con una sonrisa en el rostro.

En la tensión del momento el combate se volvió silencioso, como una presión creciente que parecía estar por desembocar en una terrible resolución. Aminor Sirrah y sus hombres –eso era, los pocos hombres que aún vivían contra la masa de destrucción que era el más fuerte de los generales- no se sorprendieron particularmente al ver a Arksinad y Reaper caer desde uno de los balcones superiores, con armas en mano y dispuestos a sumarse a la lucha.

De la reacción de aquel silencioso deva dependía mucho el plan de acción, pero tal como esperaban Sirrah no ordenó el ataque hacia ellos. Competían, sí, pero tenían cierto enemigo en común y sabían que si comenzaban a atacarse Buiht los iba a aplastar por completo.

Así que sabiendo eso lo primero que Arksinad hizo fue conjurar un campo de espectros, que protegiera tanto a él como a su amigo. Fue inútil. Al verlos llegar el colosal monstruo pareció acelerarse todavía más y de un salto cayó contra el mago, estallando toda su barrera en un abrir y cerrar de ojos mientras los tentáculos de sombra que le rodeaban se perdían atrás, sujetando cultistas y mutilándolos, revoleando el hacha con la cual ninguna defensa se comparaba.

Reaper corrió con Necrostacia, dispuesto a no dejarse amedrentar. Cortó con la espada negra uno de los cables, saltando otro que se proponía partirle las piernas y esquivándolos con habilidad fue aproximándose hasta el centro de aquel ser.

Clavó entonces a Necrostacia. No hubo ningún espíritu que absorbiera, nada. Buiht Caucáx siguió tan vivo como antes, lo suficiente como para darle una barrida con un brazo que tenía el doble de ancho que él.

Hubiera muerto de no haberse cubierto con su acero negro, pero de cualquier forma el impacto fue tan fuerte que casi lo sacó fuera del combate. Aminor aprovechó la abertura y dio dos disparos más de su arma, que lograron hacer retroceder al Guardián de Baal apenas un paso antes de que rugiera y volviera al ataque, girando la bestial hacha y reventando el suelo con sus extremidades.

-¡*Shinoras!*

La luz destructora del mago lo golpeó, y por unos instantes los tentáculos se borraron dejando al enemigo descubierto. Seguía sin parecer humano, era más similar a un ogro de la noche que a ninguna especie inteligente que conocieran. Gritó de forma aguda, casi destruyéndoles los tímpanos con su chillido, y corrió de nuevo hacia el rubio, llevándose por delante lo que se le cruzara.

Entonces, como esperaban, poco a poco su avance comenzó a decrecer así como la fuerza que le impulsaba. Majcel saltó como la primera vez que le conocieron, desde el techo moviéndose a través de los hilos pegajosos que creaba su neu, y envolvió a Buiht Caucáx con movimientos de araña, tan rápido como podía, apretando sus brazos junto a su torso para impedirle desasirse y dándole tiempo a cultistas, soldados y Aminor de seguir disparándole balas y hechizos que no parecían hacerle nada.

Comprendieron que se iba a soltar. La fuerza de aquel demonio era demasiada como para que unos cuantos hilos lo detuvieran. Haciendo equilibrio sobre él Majcel parecía más pálido que de costumbre, y su voz tuvo una urgencia nueva al dirigirse al mago.

-¡Usa fuego!

Arksinad asintió.

-¡*Infernum Acta!*

De la punta de rubí de su báculo emergió una bola llameante, que como meteoro golpeó la masa de hilos y noche en la que se había convertido Buiht Caucáx, al tiempo que Majcel saltaba fuera del peligro. Los hilos resultaron ser buenos conductores de calor y al rato todos los que allí estaban vieron a ese ser retorcerse entre las llamas, gigantescas llamas que lo consumían devorando su piel oscura y los cables que generaba.

Si pensaron que Buiht iba a rendirse por eso, el siguiente segundo les probó que se equivocaban. El supuesto daeva saltó, haciendo temblar todo, y con su arma mató a otros tres soldados, haciéndolos pasta contra una pared. Majcel no pudo hacer más que retroceder, ante otra embestida, y Reaper aprovechó para saltar contra la espalda ardiente del enemigo, y clavar a Necrostacia.

“*Actívate*” Pensó en su neu, en la habilidad que la espada debiera darle. Necesitaba contactar con su espíritu. “*¡Maldición...!*”

Nada se activó. Buiht se lo quitó de encima lanzándolo contra el suelo, e hizo falta un hechizo de Arksinad para desviar el siguiente puñetazo que le tiró, que con seguridad lo hubiese aplastado. Reaper rodó alejándose también, a la defensiva y más adelante el Idólatra les volvió a rugir, como una bestia, abriendo su boca iluminada tanto como podía y creciendo con cada grito, haciéndose más, más grande, más caóticos los nuevos tentáculos que emergían de su cuerpo envolviéndolo, clavándose en techo y suelo, en los cadáveres ya creados.

Tragó saliva. A un lado Arksinad parecía, sino agotado, superado por la situación. Majcel se hallaba blanco como una luna, y con su garrote creaba nuevos hilos pegajosos que utilizaría para defenderse.

Pero de repente comprendieron que algo andaba mal. Adelante Aminor continuaba disparándole, directo al pecho y Buiht Caucáx no se defendía, sino que tan sólo continuaba creciendo, rugiendo como un infame y aumentando su tamaño hasta tapar toda luz, devorando el espacio, inflándose y ganando poder como el monstruo que era.

“*Retírate, Aminor.*”

Era la voz de Bali, más grave que nunca. El deva de la máscara de cobre viró la cabeza, extrañado, con una confianza muda mientras continuaba su ataque contra el tambaleante Buiht.

“*¡Retírate ya!*”

Por primera vez Bali había dado una orden sin calma, y aquello le hizo comprender a Reaper que su temor era apropiado. Siguió con la mirada a Aminor, que activaba el poder de su neu para ganar velocidad y alejarse, apurado, luego al mago que abría los ojos y por último a Majcel, que de un salto impulsado por sus hilos se movía hacia su elegido.

Antes de que pudiese gritar nada, la masa de músculos y oscuridad frente a ellos estalló. Un sonido que trajo el silencio más absoluto, una fuerza que pareció a punto de arrancarle la piel, cortando todo soporte y lanzándolo por los aires, una sombra que como explosión se extendió, cubriendo a todos y ascendiendo hasta los cielos anaranjados de Oesile Nede, llevándose buena parte del techo y del Salón de Yeurion.

Pudo sujetarse de una saliente, mientras veía todo a su alrededor destruirse con la mente en blanco. Las paredes se erosionaron. El suelo se fracturó. Los cadáveres más cercanos desaparecieron. El miedo lo invadió, la preocupación por su amigo mientras veía a Aminor salir corriendo por donde ellos habían entrado.

“*Maldición. Linith.*”

Las secuelas de la explosión continuaban. Mareado, quemado y confundido igual juntó fuerzas, apoyándose en Necrostacia para avanzar, perdido, entre el fuego negro y el caos, entre el brillo que continuaba cegándolo, impidiéndole ver qué había sido de Majcel y Arksinad.

Tosió.

-¡Boca-cortada!

No hubo respuesta. Se volvió al balcón, en donde como temía una figura había emergido. Aminor aferraba a la niña deva con un brazo también carbonizado, su máscara partida para revelar parte de un rostro de cabello blanco y corto, tan o más joven que Majcel. Su arma apuntaba a la sien de Linith, sosteniéndola como rehén.

Comprendió aquello, aun en el precario estado en el que se hallaba. El general quería huir, y la bendecida era su boleto para hacerlo con seguridad en medio de aquel desastre.

Bajó a Necrostacia. Aminor retrocedió rengueante, dando por entendida su señal, pero entonces su supuesta cautiva apretó entre sus colmillos la carne quemada del brazo, arrancándole por fin un alarido.

Linith se zafó, corriendo por el pasillo hacia la luz que prometían las partes destruidas del Salón de Yeurion, y el deva la siguió enfurecido apuntándole con su arma.

El guerrero dudó. El cuerpo le ardía. Allí donde la explosión ya había cesado veía a su amigo el mago, al parecer junto con algo pequeño y ensangrentado que debía de ser Majcel Kido.

No entendía qué pasaba. Los hechos lo aturdían, mudos, ni comprendía cuáles eran los primeros y cuáles los últimos, ni qué secuencia seguían. Avanzó, buscando a Linith para defenderla con toda la exasperante lentitud que le permitía su debilidad, sosteniéndose de su espada para no caer.

La espalda de Aminor fue lo primero que vio al doblar el pasillo, algo que le sorprendió. El hombre estaba quieto. Una punta de flecha sobresalía por su cuello.

El cuerpo cayó hacia atrás, seco contra el piso, y poco a poco la mente de Reaper, aturdida por la inmolación de Buiht, se fue aclarando por la sorpresa. La reina Shimari Kaharis Herton se hallaba allí, sonriente frente a una Linith que se había tropezado y con el arco en mano, con tanto júbilo como siempre.

-¿Necesitas ayuda?

10. Der Erbkönig

Qué hermosos días habían sido aquellos, en los que podía despertar en calma sin que nada enturbiara su corazón o disposición, libre, limpio de toda duda o adversidad verdadera.

Pero ahora, mientras se estiraba y abría la ventana para dejar entrar algo del aire invernal de la ciudad, poco a poco comprendió que las cosas habían cambiado. Su vida, su relación con quienes importaban en ella, la lógica de su existir. La sospecha había germinado en esa tierra fértil, extendiendo raíces que contraían su pecho.

Negó. Se dirigió al cuarto de baño que tenía, a lavarse la cara mientras pensaba en otros asuntos, y buscó uno de sus abrigos más buenos, de un celeste pulcro como el cielo, colocándoselo mientras se examinaba en el espejo.

Hoy era el día de su primera misión junto a Ruin.

Pensó en llevar sombrero, por unos instantes, pero luego desistió y se dirigió a hablar con su maestro. Los recuerdos de lo que había ocurrido la noche anterior seguían rondando cada tanto por su cabeza y normalizar su situación le parecía lo más importante para encubrirlos. No era que hubiese desistido ya de la misión encomendada por Haluar, pero no quería que algo que muy probablemente había imaginado dañara su relación con el rey.

Así que con ánimos de que nada había ocurrido abrió las puertas del salón, encontrándose con un Vannael que daba instrucciones a los sirvientes con el aspecto calmo y frío de siempre. Esperó a que terminara y luego vio a su maestro voltearse hacia él, ameno.

-Despertaste temprano, Arksinad.

Por unos segundos se paralizó. El brillo rojizo, sediento y asesino que creyó haber visto la noche anterior persistía.

Maldición. Debía olvidarlo. No había nada bajo los sótanos de la torre. Nada.

Esbozó una falsa sonrisa, asintiendo. Era un gesto que ya se le repetía demasiado, sacado de Haluar, como un escudo que no podía evitar.

-Ven- le dijo Vannael- Hay algo que quiero enseñarte.

La duda y la ansiedad lo poseyeron mientras seguía el rastro blanco del mago, hasta el centro del cuarto nivel de la torre, una de esas zonas de piedra caliza repletos de círculos ancestrales de todo tipo, runas, diversos símbolos y organigramas de conjuros que junto a la magia que llenaba el lugar intensificaban todos los hechizos de

sobremanera. Vannael tomó del centro de la habitación su báculo, un esbelto caño dorado coronado por dos alas angelicales, que en general no solía utilizar y prefería dejar en la torre.

Dio un sólo golpe con la punta al centro del suelo, y varios sellos se iluminaron. Arksinad sintió un fognazo ascendiente y ambos aparecieron un piso más arriba, luego otro, luego otro. De esta manera llegaron al penúltimo nivel, en donde solían entrenar la nigromancia y distintos hechizos que aprendía. Conque de eso se trataba.

A esa habitación, muy similar en estructura a la anterior, la diferenciaba el desorden que había: libros de magia tenebrosa arrojados, frascos con volutas espectrales sellados con maná, diversos papiros y hojas arrancados que eran el producto de horas y horas de estudio de su parte para mejorar su siempre creciente habilidad. Había pedido también, pues le era útil, que le trajeran alguno de los cadáveres que llegaban a las fosas de Cel-Neckar. Era sin embargo una tarea difícil, por dos partes: primero, no muchos querían donar sus carcasas mortales al estudio de la magia, y segundo, que su idea de revivir un cuerpo a través de los espectros que manejaba tenía poco lugar dentro de la ética que sostenían los magos del Geral, por lo que no insistía demasiado en su curiosidad morbosa.

-Bien- Vannael se sonó el cuello, volteándose- Ya que esta será tu primera misión sin mí a tu lado, creo que es hora de que aprendas dos hechizos de alto nivel.

Asintió. Su maestro dudó unos segundos, y luego sujetó su máscara.

La levantó desde abajo, como una visera. De algún espacio imposible allí adentro algo emergió, cayendo contra el suelo para que Arksinad lo sujetara anonadado. Era un báculo, de impecable calidad, coronado por un rubí rojo y con un filo por debajo.

-¿Es...?

La máscara ya estaba de nuevo bien colocada.

-*Péndulo*- le dijo el Rey- Considéralo un regalo. Sin un canal te será difícil concentrarte para estos hechizos.

-Gracias.

El otro no le dio importancia. Se preguntó Arksinad qué otras cosas guardaba en aquella máscara blanca, y de dónde las sacaba.

-Arksinad, enumérame los tipos de magia.

Dudó, tomado de sorpresa. La pregunta era demasiado simple.

-Elemental, Ilusiones, Calamidad, Espacio, Nigromancia, Mental, Rúnica, Corporal, Energía, Cinética, Sonido, Destino, Luz, Oscuridad, Invocación, Caos, Sangre, Dimensional, Transformación, Alquimia...

Completaban veinte. Algunas de ellas, como la de Destino o la Alquimia, se basaban más en teorías y no estaban descubiertas. El dedo de Vannael se levantó, como haciendo una aclaración.

-Excelente. Pero olvidas una más, como muchos. La magia que utiliza la energía ajena, de dioses o demonios. Psyche Poneron, o magia divina.

No dijo nada, obviando por qué no la había mencionado. De nuevo los recelos de los magos del continente central emergían en él, poco dispuesto a admitir la existencia de brujos que corrompían su maná a través del trato con otros seres.

-De ese tipo serán los dos hechizos que te enseñaré- lo sorprendió Vannael, tranquilo como siempre- No debes preocuparte. Poneron, a diferencia de las otras veinte magias que utilizan el maná en tu propio cuerpo, consume el maná que flota en el mundo, ajeno a todos, rastro de la existencia de dioses que alguna vez habitaron en esta misma dimensión.

Sus ojos debían de brillar, maravillado y por fin olvidando algo de lo de anoche.

-¿Podría entonces conjurar esa magia todo el tiempo? Si no gasta mi maná...

Le vio cruzar las manos tras la espalda.

-No. En la práctica, canalizar maná ajeno en un conjuro resulta mucho más cansador que lanzar un hechizo propio. Los resultados, claro está, son más impresionantes.

»Aquí en la torre te será fácil- añadió, y Arksinad aferró más su báculo- Te enseñaré la magia de luz, *Shinoras*, y la magia dimensional, *Sacrifar*. No espero que las aprendas en un instante, pero al menos sí que entiendas los conceptos básicos de aplicación. Podrían serte útiles.

Entonces comenzó el entrenamiento. Y horas después, tan agotado que no podía moverse en su habitación, Arksinad tuvo que darle algo de crédito a los brujos ahuras de Gikeldor. Atraer rastros de maná que flotaban en la atmosfera, utilizando el suyo propio, y concentrar todo aquello en un hechizo provocaba tal cansancio físico y mental que con suerte podría haber lanzado dos hechizos divinos en un día, y con tal lentitud que era poco creíble que fueran a servirle durante una batalla. Para el final de esa jornada inicial, había logrado un fogonazo resplandeciente blanco, apenas un parpadeo de brillo desde su mano, y había logrado también abrir una brecha dimensional mínima que, sabía, jamás hubiera podido sin el refuerzo que la Torre de Babel le otorgaba. Tampoco era que quisiera esforzarse mucho, a decir verdad, con aquella segunda magia. Temía abrirle la puerta a un demonio o a cualquier ser de otro mundo y que su maestro tuviera que resolver el desastre, por lo que prefirió limitarse a perfeccionar la magia de luz, *Shinoras*.

Pero sus intentos le parecieron vanos, por más de que no planeaba rendirse en un sólo día. A tal punto fue su fracaso que terminó por sumirse en una depresión, sintiéndose poco apto para ser miembro del Geral o alumno del rey, pero Vannael en cambio no pareció darle mucha relevancia a ese primer entrenamiento y lo dejó ir, para que descansara el resto del día hasta que el momento de la misión llegara.

Arksinad pasó entonces la primera hora tendido en su cama, mirando la ventana y las nubes en el cielo, tan blancas y luminosas que le hacían doler los ojos. Algo más tarde, tras la siesta, realizó una incursión a las cocinas de la torre y arrebató de allí algo de pastel, té helado y galletas que volvió a llevar al cuartel general en el que había convertido su habitación, para comerlo todo en paz mientras pensaba en qué hacer.

No estaba seguro de si bajar o no. Intentarlo de nuevo, descender las escaleras y buscar el supuesto habitáculo secreto del cual le había hablado Haluar. Peleaban en su mente ambas partes, la desconfianza que podría despertar en el rey el volver a verlo allí pero también lo hacía el deseo de tener algo, la prueba para mostrarle a la princesa elven que Haluar y los suyos se equivocaban.

Al último tomó coraje, y se levantó. Lo haría de nuevo.

Bajó tan rápido como pudo, poseído por cierto frenesí de apuro y valor. Las paredes, las alfombras interiores, el suelo de piedra; el clima invernal parecía haberse pegado en toda la torre, haciéndola fría y rígida, blanca e atravesada por la luz de las ventanas, que lavaba los colores con su destello inmaculado.

Llegó a donde empezaba el sótano. La puerta, normalmente abierta, había sido cerrada con pesadas cadenas.

Se mantuvo de pie, en silencio, viendo aquello sin poder pensar nada claro. Luego aprovechó, viendo a una de las mucamas que pasaba un plumero por los bordes de la escalera.

-¿Por qué está cerrado?

-Su Majestad nos pidió que nos encargáramos de reparaciones- le contestó la joven con una reverencia. Arksinad no supo qué decir, desconcertado, y la ignoró, apoyando una mano en los eslabones oscuros. Había una magia allí, de sellado, muy poderosa.

Justo después de haber realizado su incursión. Era difícil no establecer conclusiones que le molestaran.

A su lado la puerta enorme que daba a la ciudad se abrió, apenas. En el vestido celeste, negro y rojo de antes se sorprendió a ver a Ruin, de pie sin atravesar el umbral y mirándolo con la frialdad serena de siempre.

-Ya es hora de que partamos.

-Pasen.

El largo camino hasta el castillo a través de la nieve le había resultado de lo más incómodo, acompañado de esa joven de cabello blanco y mirada violácea, que tan bien encajaba en su actitud con el clima reinante. Arksinad se había esforzado en pensar algún tema para charlar, sin éxito, en parte por su falla en la última sesión de entrenamiento, que sumado al cierre del sótano había causado –quizás para su bien- que su mente estuviese demasiado concentrada en otras cosas como para idear nada decente.

Así que en silencio atravesaron la blancura de la ciudad, hasta los altos muros grises a los cuales entraron buscando el resguardo del calor. Sentado en su oficina Duran pareció haber estado esperándolos, pues dejó al instante el montón de papeles que había estado revisando y los invitó a ocupar asientos, lado a lado y frente a él.

-Primero que nada, quiero felicitarlos a ambos. Ya hace años que han cumplido misiones para la organización con éxito, y tengo fe de que sabrán funcionar bien en equipo. Les espera un gran futuro si continúan esforzándose como ahora.

Era quién para decirlo, pero precisamente por eso Arksinad enterró un poco su cabeza entre los hombros, cohibido. Duran era reconocido por haber ascendido por su cuenta, a través del esfuerzo, la perseverancia y una voluntad de hierro. Sus propias misiones en el Geral, en cambio, habían tenido la firma de Vannael mucho antes que la suya.

A su lado Ruin asintió, agradeciendo.

-Eso esperamos. ¿Qué misión tenemos para hoy?

Iba al punto, le daba eso.

-Será bastante simple- el Dos se meció la barba, tomando unos papeles y revisándolos con su gesto severo- ¿Conocen la Isla de la Luna, verdad?

Ambos asintieron. Era una masa bastante extensa para ser llamada isla, parte de un archipiélago que tenía su propia cultura y negociaba tanto con Cel-Neckar como Gikeldor. No había ido jamás, a decir verdad, pero escuchaba historias muy interesantes de los asuntos que por allí transcurrían.

-¿Piratas?- se adelantó Ruin. Arksinad la miró sorprendido, y Duran hizo un gesto confuso.

-Algo por el estilo. A decir verdad es un tema que me atañe bastante en lo personal, pero ahora no tengo disponibilidad. Un grupo de marinos estafadores de la isla había causado ciertos estragos con sus negocios en los barcos mercantiles de Kamui y varios de los nuestros... Nada violento, claro está, pero más de un capitán se ha llevado una fea sorpresa.

-¿Estafas cómo?

-Es todo un asunto- Duran no sonrió, pero sí juntó las yemas de los dedos- Evasión de intereses de comercio, contrabando, y operaciones de pillaje a las flotas locales... Claro está, ustedes no se encargarán de evitar algo como eso. Pero hace poco descubrimos al líder de la banda, Jalomar Id Piscium, rondando algunos de los pueblos cercanos a Babel con algún propósito desconocido.

-Quiere que lo arrestemos- afirmó Ruin.

Arksinad sonrió. Aquello sonaba más divertido de lo que hubiese esperado.

El Dos cerró los ojos, como si estuviese sufriendo. Era un gesto muy extraño en él.

-Más bien que lo alejen- los abrió- De la ciudad. Podría ser una mala influencia.

Se miraron, sin comprender.

-¿Alejarlo...?

Duran asintió, firme.

-Nada serio. Espántenlo como puedan. Actualmente Dordo Id Quaria pudo confirmarme que el criminal frecuenta el poblado de Qwillah, al sudoeste de aquí. Se lo apoda *Brisafiel*. De verlo, procuren darle suficientes motivos como para no pisar Cel-Neckar de nuevo. *Madhr*.

De su dedo se formó una pequeña imagen representando a ese tal pirata, un hombre de aspecto reacio y sonrisa triunfadora semioculta entre una barba azulada. Seguían confundidos, sin decir nada. En alguien cuya justicia era tan reconocida como Duran, la orden blanda encajaba muy poco, pero el gesto apenas disimulado del anciano les hizo pensar que no iban a obtener más información al respecto. Ruin asintió, levantándose con gracia y al rato Arksinad la acompañó todavía anonadado por aquello. Alejar a un criminal. No podía ser muy difícil, ¿o sí?

Siguió a Ruin por los pasillos del castillo, mientras ella avanzaba con paso firme hacia algún destino desconocido. El rostro adusto no se dejaba ver tras la impresionante mata de pelo a su espalda, y Arksinad caminó atrapado entre las confusiones del día que lo seguían sujetando al pasado.

-¿Sigues teniendo tu arca?

La pregunta lo hizo despabilarse, mirándola.

-Sí.- procuró concentrarse en la misión, después de todo- Está en las bóvedas.

Encabezó la marcha él ahora, guiándola por los jardines. Utilizó su runa para abrir la barrera protectora que los separaba de la mantícora, aquella bestia que rondaba el patio interno con sus siseos y gritos de crueldad, y que nunca le había agradado. Ninguno hizo contacto visual con el monstruo mientras pasaban al torreón central, desde el cual descendieron hasta su propio cuarto de los tesoros, el cuarto que sólo traía un objeto valioso.

Pero qué objeto. El Arca del Cielo seguía siendo tan preciosa como siempre, acusándole en su soledad el tiempo que había pasado sin ser utilizada, una delgada capa de polvo depositada en los resquicios de su lustrosa madera. Hizo una seña a su acompañante y treparon de un salto. Arksinad se dirigió entonces a la enorme esfera dorada, aquella que compartía su maná, y mientras Ruin se sentaba en cuclillas sobre la madera él apoyó su palma en ese material blando, dejando su energía interconectarse.

El arca comenzó a ascender, poco a poco, por los cielos destechados de aquella bóveda. Tomaron altura y al poco rato Arksinad ordenó con su mente desplegar las velas, que se abrieron tal alas de dragón y comenzaron a impulsar el barco en dirección a los poblados que rodeaban la urbe.

Desde arriba Babel se veía en su totalidad, una joya delimitada, pura como la nieve que bañaba sus techos,alzada por encima del mismo suelo que la rodeaba. Era una ciudad magnífica, como nunca las había visto, perfectamente simétrica en su construcción y similar a una nave gigante durmiente.

Sintió que había algo extraño, viéndola, pero no dijo más porque su mirada se concentró entonces en Ruin, que se frotaba los brazos descubiertos por el frío.

Extendió entonces el campo que protegía la temperatura de su barco, y la princesa dejó de temblar. Le parecía demasiado callada y misteriosa, casi tanto como su maestro. Debía de haber alguna forma de establecer contacto en esa jornada.

-¿Es una misión extraña, verdad?- probó.

Ruin se encogió de hombros.

-Parece fácil. Pero no confío en Duran. Es la mano derecha de Vannael, después de todo.

Su mano apretó el material dorado, sin poder controlarse. Luego suspiró y se sentó apoyándose allí, cruzando los pies como si meditara y con su nuevo báculo sobre las rodillas.

-Duran es un buen hombre.

Los iris violáceos de Ruin lo examinaron detenidamente. No se dejó amedrentar, sino que le sostuvo la mirada. Al último sin embargo tuvo que bajarla, irrumpiendo en su concentración la imagen de una puerta encadenada y sellada a las miradas curiosas.

-¿Cumpliste tu palabra con Haluar?

No levantó la vista, pensativo. Era una pregunta difícil de responder.

-Algo.

-¿Y?

No contestó. El resto del viaje lo pasaron así, en silencio, casi dormitando él, y la elven observando las ciudades de abajo, Babel que se retiraba del espectro increíble que les dejaba entrever la altura del arca, y los nuevos pueblos, mucho menos imponentes a medida que se alejaban. Sabía Arksinad que en la costa comenzaban a tomar fuerza de nuevo, impulsados por el poco comercio marino que obtenían, apenas sobras en comparación a lo que se recolectaba en Gosico Fonit.

Al último llegaron, a lo que, si no se equivocaban, era el minúsculo poblado de Qwillah. Ruin le hizo un gesto para que descendiera fuera de la vista de todos, con mucha razón temiendo que el visaje de un arca voladora alertara a cualquier posible criminal de la zona. Encontró un buen espacio entre unos árboles, parte de los muchos retazos de bosque que cubrían el territorio celestiano, sauces y pinos grises, altos y duros para resistir los embates del viento.

Se bajaron, sintiendo de nuevo la tierra húmeda y firme sumada al frío del lugar.

-¿Habías hecho antes una misión como esta?

-Varias veces- contestó ella- Aunque nunca tuve que limitarme a asustar.

-Suen a todo un problema- sonrió. Tampoco estaba acostumbrado a tener que limitarse demasiado, pero no pensaba fallar en su primer intento.

Ruin esbozó un intento de sonrisa, y comenzó a avanzar por el espacioso bosque. Para estar usando un vestido tan elegante junto a la túnica de mago, sus delgadas piernas de elven se movían con bastante gracia.

La siguió, no muy seguro de qué planeaba hacer. La princesa buscó con su silencio de siempre algo, ignorando en su pesquisa el pueblo de abajo, alrededor de veinte casas y un bar en el que la mayoría de la población parecía concentrarse, a juzgar por las figuras de hombres borrachos que entraban y salían pateando las puertas de madera. Luego suspiró, como decepcionada.

-No hay ningún buen lugar para observar sin ser vistos. Tendremos que crear el nuestro.

Arksinad no dijo nada, tras ella. Ruin levantó entonces su propio báculo, negro y con dos puntas cuadradas que imitaban la tiara en su cabeza, y golpeó con este la tierra suelta, conjurando.

-Lican Olvido.

Sabía que, naturalmente, un elven solía tener mucho más maná en su interior que un simple humano. Componían, junto a los genios y los dragones, las razas que más potencial mágico reunían, pero a diferencia de estos sí podían utilizar aquel potencial sin estar limitados. Por eso mismo fue que ya tenía bastantes expectativas, expectativas que quedaron satisfechas al ver la magia de ella funcionar, los diseños de luz que emergieron de la punta de su báculo, creciendo como raíces y adueñándose de la tierra, extendiéndose y formando intrincadas formas que poseían poco a poco el terreno, hasta dominar todo el risco.

No pudo evitar lanzar una exclamación. Por unos segundos creyó ver a Ruin sonreír, orgullosa. La princesa levantó entonces la mano, y toda la tierra se movió, imperceptiblemente, torciendo el terreno y formando una barrera para ocultarlos de cualquier posible mirada. Así en tan sólo unos segundos había modificado la geología de la zona, en un risco pendiente en el cual ambos se echaron para iniciar la vigía.

-Dominación de la materia- aplaudió Arksinad.- A mí no me saldría ni en años.

La elven revoleó el cabello tras las puntiagudas orejas, imposible ya para su ego ocultar su sonrisa. Quizás no era tan seria, después de todo, sino más bien reservada en un inicio.

-Sé muchas más magias que esa- la oyó presumir- Incluso magia divina.

Sonrió, ocultando el hecho de que también comenzaba esos estudios. Le daba duda de cualquier forma saber qué Poneron manejaba Ruin, pero sintió que preguntar más sería alimentar una vanidad que recién descubría y que, si bien entretenida, sabía sería pronta en volverse ira si cometía un error.

Se tendieron en aquella pendiente cubierta de pasto, entonces, en un plan tácito que era simple: esperar a divisar la figura del tal Jalomar *Brisafiel* –“¿*Qué es este tipo, un caballo?*”- ingresar o salir de la concurrida puerta del bar. En un lugar tan reducido, y siendo por lo demás un criminal tan poco reconocido, que lo hiciera dentro del día era casi una obligación a atenerse. Una vez detectado, procederían a enfrentarlo.

Arksinad ya había hecho muchas misiones así, junto a su maestro, aunque Vannael era rápido en chasquear los dedos y encerrar a los malhechores en un abrir y cerrar de ojos en sus prisiones de luz o electricidad. Por su parte él no tenía nada de eso. Apenas dominaba una rudimentaria magia elemental, y por lo demás prefería especializarse en la infiltración, por lo que había procurado ganar experiencia en conjuros de invisibilidad.

Las primeras horas fueron, tal como ya lo imaginaba, un letargo infinito. Nada pasaba en ese pueblo, y el estar echados en la colina viendo tan poca actividad era desgastante como tensionante, por el miedo a perder a Jalomar por un simple parpadeo. Procuraron al cabo de un rato el hacer turnos para la vigilancia, así podrían descansar la

vista; y al rato entonces pudo echarse en la hierba fresca, mirando a Ruin que con su rostro particular parecía un ave rapaz a punto de lanzarse sobre su presa, tal su concentración en la puerta del bar.

Dudó unos segundos. Comenzaba a tener hambre, pero no habían traído bocadillos. Quizás los interiores de su arca tuvieran algo de comida vieja que pudiesen compartir.

Mientras pensaba ello fue que Ruin le habló, aún enfrascada en lo suyo.

-Tu arca. ¿Fue regalo de Vannael?

El estómago le rugió silencioso, pero prefirió quedarse para contestar.

-No. Estaba en ella cuando mi maestro me encontró.

Su respuesta pareció haber sido inesperada, porque por fin Ruin se dio vuelta, incapaz de ocultar la sorpresa.

-¿Eres...?- luego negó, como desechando una idea.- No puede ser.

-¿Qué cosa?

Ella no contestó, sino que hizo una inclinación vaga y volvió a enfocarse en la tarea de monitorear la precaria actividad que se desarrollaba en el poblado. Arksinad volvió a echarse al suelo, soltando aire. De repente el hambre se le había esfumado tan rápido como le había venido.

Se quedó viendo los pájaros cruzar el cielo albino, a gran altura, y de reojo también la figura agazapada de Ruin al borde del barranco. Recordó a esa misma elven, pero niña, aferrándose de su sirvienta al tiempo que esta se volvía loca para echarlos de su ciudad. Cuántos años habían pasado de aquello, qué tan igual y distinto que era todo, y quién sabía qué cosas llegaría a vivir en el futuro. Si excluía sus triviales preocupaciones, la vida era bastante buena.

Por un momento quedó entonces en calma, casi feliz, relajado al estar exento de su tarea. La brisa y el pasto se le confundieron en una sensación de mecerse sobre aguas, el movimiento de una cuna, lento y progresivo sumiéndolo en una tranquilidad profunda. La noche se acercaba, en algún momento, y aquella era mayor razón para dejarse ser. Ya llegaría la pena, la desidia y el arrepentimiento con sus velos, pero ahora el cielo brillaba sobre él.

-¿Te contó Vannael acaso de donde salió ese barco?

El cielo seguía brillando, al abrir los ojos. Contestó en la misma posición de antes.

-Me habló de la teoría sobre la Ciudad Dorada. Los barcos voladores que supuestamente llegaban desde ese otro mundo y toda esa leyenda.

-Mi padre vino de la Ciudad Dorada.

Sintió el sonido de Ruin, que se tumbaba para verlo. Lo obligó a sentarse de nuevo con una sonrisa consternada, pero el rostro de la princesa estaba tan serio como siempre al revelar aquella ridiculez. No mentía.

-¿Lo dices en serio?

Ella asintió, dejando de lado su misión.

-Un refugiado. Conoció a mi madre porque ella lo ayudó cuando se accidentó con su caballo, y tras la muerte de mi abuelo Uverlard se convirtió en el rey de Pólux... Hasta su muerte.

-¿Me vas a decir que mi maestro lo mató?- sonrió, sardónico. Ruin le devolvió el gesto con ironía calculada.

-No del todo –negó y se volvió apenas al paisaje del barranco, para no perderlo de vista- Es una larga historia...

»Mi padre estaba muy enfermo, por culpa de la espada que portaba, Oblivion, que lo consumía poco a poco y devoraba su mente. Sí, la misma Oblivion de las leyendas de

Horrxikkrron... –asintió- A decir verdad, apenas lo recuerdo. Quizás, en algún momento, me sostuvo en sus brazos y me hizo jugar, pero de ello no queda nada más que el llanto de mamá, desesperada por conservar a su esposo.

»Madre procuró toda clase de ayuda para intentar detener su corrupción, consultando magos humanos, curanderos kiels, cultistas y sacerdotes del templo de Ianna que con sus artes poco pudieron hacer para detener la muerte que carcomía los huesos del nuevo rey. Lo perdíamos, frente a nuestros ojos, se petrificaba y consumía... Así que la reina Aiwass recurrió, desesperada, al monarca Vannael Danterkiss Eel. De todo esto, claro está, ya han pasado poco más de trescientos años.

“¿Trescientos años?!” No pudo evitar quedar perplejo, abriendo los ojos de par en par. ¿Cuántos años tenía ella? ¿Qué tanto podía vivir un elven? Era una suma ridícula, más posible de atribuir a un genio o un kiel... No, incluso en ellos quedaba grande. Sólo los demonios poseían tal longevidad.

Ruin sonrió, adivinando sus pensamientos.

-Ya lo entenderás. Pero comenzaré diciéndote que Vannael no pudo salvar a mi padre. Demes Lucicale murió en esa habitación en el exacto momento de su visita, y la única persona que salió de allí caminando fue tu maestro, con la espada del rey de Pólux en mano y escapando del lugar como un ladrón furtivo.

-Él no haría eso- lo defendió. Por dentro, sin embargo, intentaba recordar si le había visto una espada particular en algún momento de su vida. Pero no. Vannael era un mago. Las armas blancas, por más legendarias que fueran, no eran compatibles con su estilo.

-Lo vi con mis propios ojos- se empecinó Ruin- Pero aquel robo fue lo de menos. Poco después ordenó el ataque a Pólux, por parte de una bandada de dragones, para borrar toda evidencia y subordinarnos a Cel-Neckar. Yo estuve allí, como niña. Todavía puedo recordar el calor del fuego, los gritos en el castillo, el terror de mamá. La ciudad jamás se recuperó de aquel ataque.

Hubiera querido replicar, pero en su mente desfilaban las imágenes de su visita al reino elven, aquella ciudad perdida entre las montañas y compuesta por ancianos apáticos viviendo en terrenos destruidos, fragmentados y apenas sostenidos por la magia. Al menos en aquello no podía quitarle la razón: en todos sus viajes, jamás había visto tal ruina en una ciudad, inclusive contando los perdidos terrenos del sur.

Pero, aquello no probaba nada.

-¿Cómo sobreviviste?- se inclinó de hombros, desidiioso.

-Mamá me protegió- Ruin junto las manos, cerrando los ojos con un dulce recuerdo- Con su magia cristalizó mi cuerpo, haciéndome dormir junto con ella en una barrera poderosa, de la cual desperté cientos de años después. Pero cuando lo hice, ella ya no estaba conmigo. Tan sólo Pólux quedaba, un Pólux destruido y del cual no conocía a nadie, aún siendo el último miembro de su realeza.

No dijo nada. Era un concepto nuevo para él, el cristalizarse con magia y producir aquel viaje en el tiempo, pero al menos explicaba aquello bien lo de la edad de Ruin y su apariencia aún joven. Esa princesa había podido vivir dos épocas, completamente diferentes, cosa que le impresionaba por la cantidad de conocimiento que debía manejar. Pero en cuanto a quién había sido responsable...

Los ojos de Ruin se abrieron, llenos de una determinación similar al odio, absolutos y familiares.

-Vannael me quitó todo. A mi padre, a mi madre, incluso a mi pueblo. Y yo le quitaré entonces todo a él. Eso es luz y justicia.

Ante aquella resolución su propia mirada se ensombreció, sin saber qué decir. No estaba seguro, ya no sabía qué pensar, pero por sobre todo creía que tenía que defender a su mentor... ¿Pero cómo hacerlo sin poder tampoco confesar, a todos aquellos que conspiraban contra él? A decir verdad, ni siquiera se le ocurría tampoco traicionar la confianza de Haluar, Aibol y los otros contándole algo. Debía resolver aquello por su propia cuenta, y mientras más rápido fuese más tranquilidad tendría.

Y si descubría que era cierto... Allí realmente la incertidumbre se lo tragaba. Porque lo inconfesable, dentro de su corazón, era que probablemente aun así hubiera aceptado a su mentor, aun aunque hubiese causado la caída de un reino y de los padres de Ruin. Le debía demasiado como para que fuera de otra forma.

Continuó sosteniendo la mirada de la elven, mientras que por dentro esa revelación teñía en sombras su propia determinación, haciéndolo aferrarse como raíces putrefactas en un suelo que sabía estaba cada vez más inclinado en su contra. La princesa hizo una mueca altiva, despreciativa y luego una media sonrisa al percatarse de algo.

-Está ahí.

-¿Eh?

-Jalomar- Ruin rodó los ojos.- Acaba de entrar al bar.

Pasó la antigua historia del monarca muerto entonces a un cajón de fondo en su cerebro, adelantándose para ver las calles de tierra de Qwillah que seguían tan concurridas como siempre. Ya se acercaba el anochecer, y por eso mismo la actividad en el bar estaba más movida que nunca: de lejos pudieron ver como echaban a un borracho por la ventana, riendo entre varios, y la música los llamaba con su bochornosa alegría a buscar de nuevo refugio del frío dentro de las paredes de madera y los festejos de aquel sitio.

Se ajustó el abrigo, mirando a Ruin. La princesa asintió y ambos se deslizaron hacia el pueblo, como aves a punto de destajar una presa. Mientras lo hacía Arksinad intentó recordar el rostro del tal Brisafiel, en un esfuerzo por no confundirse de persona una vez allí adentro. Las cosas podrían ponerse feas.

El resto de Qwillah estaba en silencio, sin luces, todos sus habitantes al parecer ya durmiendo y los pocos que no concentrados en beber hasta el hartazgo. Recorrieron las calles respetando ese sueño, con los báculos en mano y listos para cualquier ataque. No creía que unos piratas estafadores le fueran a dar muchos problemas, pero si algo le había enseñado Vannael era a nunca bajar la guardia en una misión. Un flechazo bien colocado podía terminar la vida del mejor de los magos si este andaba muy confiado.

Poco a poco la canción se hizo presente, y las velas que les deslumbraron les hicieron saber que ya habían llegado. Dio una última mirada a Ruin, pero esta vez la princesa no devolvió el gesto pues se hallaba al parecer quizás demasiado concentrada, los dedos apretando su báculo y caminando altiva a punto de entrar a aquel lugar que tan poco encajaba con su frágil figura.

Ambos ingresaron, y al hacerlo gran parte de la población del bar calló. Arksinad levantó la vista e hizo un paneo general: demasiadas mesas, demasiados hombres jugando sobre ellas, matones fornidos y delgados granjeros de pueblo bebiendo grandes jarras de cerveza, jugo de zamora o vino barato, los estruendos de las partidas de fuji que se perpetuaban por aquí y por allá con una excitación que superaba con creces la que se podía ver en los más refinados lugares de Babel.

Buscó a Jalomar, sin poder hallarlo entre el gentío. Más que eso, sus presencias parecían haber llamado demasiado la atención y eran muchos los rostros siniestros que se clavaban en él y en Ruin, con síntomas de burla. Los elvens no eran muy apreciados,

por ninguna parte del continente central, y su condición oculta de realeza podría empeorarlo todo.

Caminaron, entre esa masa de gente, la gravedad tomándolos mientras examinaban todo. Algunos hombres decidieron ignorarlos y siguieron en lo suyo, bebiendo y jugando, pero muchos otros mantenían sus ojos fijos en ellos, silbándoles de vez en cuando o lanzando comentarios que no llegaba a escuchar. Buscó a su objetivo allá en las típicas sillas altas de madera donde el gordo tabernero servía tragos, pero no vio a nadie que se asemejara a la imagen que la runa de Duran les había mostrado. A su lado Ruin tenía una expresión extraña, soportando los silbidos y comentarios.

Pensó que en algún momento callarían, pero que sino quizás tendrían que ordenar cerrar el bar. Estaban llamando demasiado la atención, y Brisafiel podría escabullirse en cualquier momento. Varios hombres rieron con sorna al ver a la elven, y los puños de ella se apretaron en su báculo. Aun así, siguió caminando y cumpliendo su deber como si no le importara.

Un grandulón de barba desprolija se les acercó, portando una sonrisa de suficiencia.

-¿Vienes a emborracharte a Qwillah, orejitas?

Ruin no respondió, aunque su mirada estaba sombría. Arksinad tampoco dijo nada, concentrado en su pesquisa y el hombre rio atrás con otros varios de los suyos, aplaudiendo.

-¿O buscas dinero fácil?- continuó, siguiéndolos- Claro que prefiero las mujeres con carne, pero siempre hay una primera vez para todo, ¿no es así?

Suficiente. Ruin quedó paralizada, unos segundos, pero cuando intentó seguir su camino Arksinad no la siguió. Tenía un límite en su tolerancia, que normalmente consistía en no soportar ningún insulto en lo absoluto. Se dio vuelta, dispuesto a volarlo fuera del bar con un hechizo.

No hizo falta. Otro hombre salió de entre la multitud, golpeó a aquel bravucón con fuerza inusitada y lo mandó contra el suelo con la mandíbula desencajada. Los amigos del matón retrocedieron, tomados de sorpresa, y Arksinad no pudo evitar abrir los ojos de par en par al ver a su objetivo, Jalomar Id Piscium, sobarse el puño y escupir a quien había tumbado.

-Esa no es forma de dirigirse a una dama tan bella.- sus ojos se levantaron hacia el joven mago del frente, también con asombro.- ¿Eres del...?

Tuvo que callarse para esquivar a uno de los amigos de quien había derribado, que se lanzó hacia él blandiendo una de las sillas del bar en un frenesí alocado. Jalomar perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, su heroísmo desvaneciéndose, pero cuando el otro iba a reventarle la madera encima el mueble estalló en pedazos, impactado por un hechizo del mago.

Al ver magia todo el bar pareció caer en caos, entonces, y tal como no quería la lucha comenzó. Quienes jugaban tomaron sus cartas y fichas –haciendo trampa más de uno- y se borraron de la escena tan rápido como podían. Quienes bebían también hicieron lo mismo con sus bebidas, aunque no las hubiesen pagado, a excepción de los que estaban demasiado borrachos siquiera para moverse. El resto que quedó entonces se dividió en tres grupos: los compañeros de aquel abusón que parecía muerto en el suelo, los piratas que habían acompañado a Brisafiel, y los curiosos que no planeaban perderse lo que quizás sería el único evento interesante en todo el año en Qwillah.

Y también, claro, Arksinad y Ruin.

Los piratas y los del pueblo chocaron en la versión reducida de una guerra, antes de que pudiese ver qué acción tomaba la princesa. Por su parte, en contra de su misión o

no, se decidió a apoyar a los primeros pero sin perderlos de vista. Ya tendría tiempo de intimidar a Brisafiel, quien había vuelto en pie y ahora reía, esquivando a quienes intentaban voltearlo y mandándolos al suelo con los puños duros y cuadrados que tenía. Otros de su grupo, reconocibles por llevar pañuelos celestes sobre la cabeza también le siguieron en esa contienda, y al cabo de unos segundos ya era todo un lío en el cual volaban mesas y astillas, se quebraban huesos, chocaban cabezas y lo único que Arksinad atinaba a hacer era lanzar hechizos de choque a quienes se aproximaban demasiado, cubriendo a los piratas también un par de veces en sus luchas cuando la situación lo requería.

En medio de aquel desorden logró ver a Ruin, quien con mucha altura se hallaba sentada en una de las sillas de la barra, al lado de un tabernero que era un ovillo en el piso, y con su báculo en alto para conjurar su magia. Varios de los muebles y botellas del lugar se cubrían entonces de aquellas conexiones luminosas, adueñándose la elven de su estructura y lanzándolas contra las cabezas de los matones con una precisión envidiable, terminando varias peleas a favor de los isleños en un abrir y cerrar de ojos.

Sonrió, y al verlo Ruin también le esbozó una sonrisa cálida. No pudo perderse en esa calidez mucho tiempo pues otro viejo blandía ya una pata rota contra él, que desbarató con un hechizo, al tiempo que un compañero de Jalomar derribaba a su agresor. Poco a poco el conflicto mermaba, pero no para su bien porque más y más pueblerinos se sumaban para defender a los que caían, reduciendo poco a poco a su bando y arrinconándolo en el centro del bar. Aun así, entre gritos, risas y órdenes de camaradería el pirata a quien buscaban también había logrado mantenerse en pie durante todo el jaleo, aunque le habían podido lastimar parte del torso con alguna estaca y sus movimientos se veían más lentos que antes. Uno de sus subordinados -¿o era amigo, más bien?- lo ayudaba a sostenerse, preocupado por la herida mientras los de la Isla de la Luna se replegaban, cerrando filas tras su líder.

Desde el otro lado, entonces, Arksinad se preparó para conjurar algo más poderoso. Pero antes de que pudiese hacerlo todo el bar tembló, y pudo captar entonces el motivo por el cual Ruin había decidido sentarse: con su pie había comenzado a extender su magia por el suelo ya, y la red de maná se adueñaba de la enteridad del lugar, convirtiéndolo en su territorio por completo, un territorio en el cual el enemigo no sobreviviría.

Quedó boquiabierto, francamente perplejo con esa habilidad. En el medio de todo, rodeados de un montón de hombres que querían aplastarlos, los piratas miraron desafiantes y Brisafiel estuvo a punto de levantar las manos para rendirse.

Fue innecesario. Como si se tratara de un sueño las mismas maderas sobre las que se hallaban se irguieron, manipuladas por el hechizo de la elven y todo el mundo quedó helado al verlas derretirse y moldearse, formando enormes tubos y grotescas figuras similares a puños cerrados con furia.

-Lican Olvido- pronunció a joven y golpeó con su báculo.

Las figuras saltaron como un resorte, directo a la cara de los pueblerinos. Se oyeron chasquidos al impactarles, los cuerpos se levantaron en el aire como si hubiera habido una ola y al instante cayeron, desplomándose todos al mismo tiempo contra el suelo que volvía a la normalidad y nivelando el terreno para dejar solamente a Jalomar Id Piscium y los suyos, que boquiabiertos levantaron los brazos en una exclamación triunfal.

Arksinad no pudo evitar reír, y desde su silla Ruin pareció satisfecha. Casi un tercio del poblado de Qwillah se hallaba allí arrojado en ridículas posiciones, inconscientes,

amontonándose los cuerpos brutos unos sobre otros con pocas señales de ir a despertar en las siguientes horas.

-¡La dama tiene su fuerza!- se pasó una mano por el mentón Brisafiel, satisfecho mirando a la elven- ¡Casi me siento tonto por haber saltado en su defensa!

Varios de sus piratas aplaudieron, compartiendo la opinión entre risas y gritos animosos. Arksinad vio a uno especialmente gordo sentarse sobre los busca pleitos desmayados, mientras el resto reía y tomaba alcohol del bar sin hacerse el menor problema.

-Ha sido un placer luchar con ustedes- hizo una reverencia el líder, y aceptando la jarra que le daba un subordinado se la acabó de un sólo y extenso trago, para lanzar un suspiro y limpiarse la espuma de la boca con el brazo- Pero temo que ambos hemos hecho demasiado lío aquí. Lo mejor sería que nos mudáramos, ¿no?

Les guiñó un ojo. De pronto se le hizo familiar, sin poder adivinar de dónde. Prefirió desechar aquel pensamiento y en cambio mirar a Ruin, quien tenía cierta gravedad impresa en sus facciones. Tenían algo que hacer.

Se dio vuelta, enfrentando a Brisafiel.

-Sería mejor si se mudaran lejos de Babel, en lo próximo.

El hombre parpadeó, confundido. Arksinad recorrió su túnica, para mostrar el tatuaje del Nueve que lo marcaba como miembro del Geral, y más atrás Ruin hizo brillar el que estaba entre sus clavículas. Ante aquella revelación esperada quien había sido su aliado en esa lucha sonrió, sacudiéndose el cabello.

-Cada vez más niños...

El mismo que le había pasado la cerveza se adelantó, sacando un sable delgado, sólo para ver su avance interrumpido por el grueso brazo de su líder.

-Después de chocar puños junto a alguien, es código esperar al menos una semana para hacerlo en su contra. ¿No es así?

Sus ojos brillaban. Su subordinado guardó el arma, mirando a Arksinad desconfiado. El resto de los piratas no hizo amague de atacar, pero hasta el gordo que continuaba sentado sobre el grandulón que había insultado a la princesa lo miraba con la expresión sombría y preparada.

Arksinad asintió.

-Sólo por eso, les daré una semana. Luego de eso no querríamos saber que siguen merodeando los alrededores.

Jalomar soltó el aire con un bufido relajado.

-¿Te envía el viejo Duran, no es así?

Aquello lo tomó desprevenido, cosa que el avezado pirata pareció entender a juzgar por su sonrisa. No esperaba que lo conociera y, por su expresión, Ruin tampoco tenía mucha idea de lo que hubiese acontecido entre el Dos y aquel rufián.

En cualquier caso, no era de su interés aquella historia. Se plantó firme, asintiendo.

-Ese tipo no sabe divertirse- Jalomar se estiró, haciéndole una seña a sus hombres que comenzaron a abandonar el recinto pisando a sus enemigos derrotados con más peso del necesario- Pero te diré algo, rubio... Dile a Duran que no por nada me llaman Brisafiel, tan fiel y elusivo como la brisa marina. No podrá mantenerme alejado por siempre.

Asintió de nuevo. No tenía sentido discutir aquello, por el simple hecho de que no entendía nada. El hombre se rascó la barba, como distraído, y siguió a la tanda de compañeros que abandonaban el lugar por la desencajada puerta del bar, dándoles la espalda a los dos magos que seguían firmes, desconfiados y manteniendo posición.

Al llegar al umbral se detuvo por unos momentos, volviéndose hacia ellos. En sus ojos había tristeza.

-Y si puedes, mándale saludos.

Entonces se fue, sin que Arksinad pudiera preguntar a quién precisamente era al que debía mandar saludos. ¿A Duran? No tenía mucho sentido, así que se limitó a decidir no cumplir aquel último e indescifrable pedido. Una lástima, en verdad, pues aquel criminal no le había caído del todo mal.

Ruin descendió de la alta silla con gracia. Sólo en ese entonces Arksinad reparó en el tabernero, que seguía hecho un ovillo en el suelo, temblando y con las manos sobre la cabeza como si esperara el fin de los tiempos. La princesa lo miró, con una sonrisa llena de sorna. Luego se volvió a él.

-Esto fue entretenido.

Sonrió. El bar puesto patas para abajo, vidrios desperdigados, el alcohol filtrándose por la madera a cantaros, medio centenar de hombres que reposaban unos sobre otros, noqueados en el suelo con los ojos desorbitados y las lenguas afuera, el calor del combate que había tenido lugar hacía unos momentos. No era eso precisamente lo que ambos hubiesen identificado con gustos refinados como los que amaban mostrar, pero igual era harto evidente que había sido un buen momento.

Y, además, había logrado acercarse a ella.

-Ya lo creo. Espero que todas nuestras misiones sean así.

Dicho eso hizo un gesto, y Ruin se le adelantó, su ego impidiéndole dejar que alguien la guiara más de lo necesario. Arksinad la siguió muy tranquilo por donde los piratas se habían ido, viendo su forma estilizada, las puntas de sus orejas asomándose tras el largo cabello y el paso acompasado, noble que tenía. Podría acostumbrarse, después de todo.

No sabía entonces que aquella sería la primera y última misión que tendría con Ruin.

Para cuando volvieron, la noche había caído ya en todo Cel-Neckar, y nubarrones grises bajo el arca se llenaban de fugaces destellos plateados que auguraban una terrible tormenta, corolario de las fuertes nevadas que habían azotado el este del continente desde hacía meses.

Hablaron lo justo una vez arriba, no por la falta de compenetración sino más bien porque Arksinad debió concentrarse en maniobrar su barco, haciéndolo volar por entre los relámpagos que como puñales caían desde el cielo, extendiendo filos que la protección de la nave no hubiera podido resistir. Por momentos, aquella vuelta le pareció por cierto una pesadilla muy extraña. La inmensidad del cielo, lo ominoso de la oscuridad surcada por tormentas, el sonido de la vorágine del viento, chillando alrededor de esa única contención como un espectro vengativo. Pensó en ese momento lo mucho que se le antojaba su cama, la modorra que la lluvia le causaba.

Ruin se apoyaba en la barandilla, esforzándose por ocultar su fascinación tras el rostro austero y frío. Alisó su cabello tras la oreja, como pensativa, y luego señaló a uno de los poblados que se veían abajo.

-Ese es Flow- le indicó- No falta mucho.

-Claro- la verdad era que, de tantas misiones realizadas con su maestro, sabía ubicarse por los territorios de Cel-Neckar mucho más de lo que podía hacerlo a pie en la ciudad central.- ¿Iremos al castillo a reportarle a Duran?

Ella se separó de la bandilla y le miró, negando. Allí, en la oscuridad, sus ojos brillaban familiares, profundos e inhumanos.

-Antes debes ir con Haluar. Dile lo que viste.

Por unos segundos se arrepintió de haberle contado sobre su experiencia al bajar al sótano de la torre. Había sido producto de su nueva e inocente confianza, pero lo único que logró al hacerlo fue aumentar el recelo y la sospecha de aquella joven hacia el rey de los magos. En adelante, intentaría mantener la boca cerrada.

-No vi nada. Quizás lo imaginé- se justificó.

-Pues cuéntale a Haluar esa nada que viste- insistió ella- Estoy seguro de que le interesará.

"Pero a mí no." pensó. Había muchas razones para ello. Sabía que, de contarle al profesor, con seguridad el hombre se encargaría de intentar profundizar su influencia en él para pedirle más datos sobre Vannael, que espicara y arriesgara su relación hurgando sus cosas. Ruin y Haluar podían ser mentes muy manipulativas, tanto que juzgaban a su maestro, y con su insistencia aquel doble juego se le hacía más insostenible. Cerró el puño con el que no manipulaba su arca, haciéndolo temblar al tiempo que tomaba una resolución personal. Hablaría con el Doce, sí. Pero sólo para terminar aquello de una vez.

Sintió una mano apoyándose en su espalda, y a poco se le desbocó el corazón. Se volteó para ver a Ruin, Ruin que le sonreía en medio de aquella tormenta, una sonrisa de porcelana y luz trazando un horizonte entre los truenos y caos que los rodeaban.

Estaba demasiado cerca.

-¿Sabes? Cuando dije que quería arrebatarle todo a Vannael... -volvió a pasarse el cabello tras la oreja- Estabas incluido en esa lista.

Se adelantó, y le plantó un beso en la mejilla. Arksinad quedó helado, su pecho latiendo con fuerza y sin saber qué decir o hacer, y la princesa volvió a su lugar en la barandilla con una sonrisa más confiada y menos dulce en el rostro.

Le costó mucho mantener la concentración mental durante el resto del viaje, por lo que el arca bamboleó de lado a lado un buen tiempo mientras las dudas se intercalaban en su cabeza, los golpes de su interior, el saber que estaba siendo manejado, un sentimiento extraño que le hacía sonreír y también inquisiciones personales, el miedo a la verdad de lo que era, el miedo a que tanto Vannael Danterkiss Eel como Ruin Levan Aurora descubrieran más de su ser.

Así, en el punto más álgido de la tormenta, lograron descender a Babel, pero a pesar de lo dicho no bajaron por el terreno del castillo sino que, aprovechando la poca visibilidad aérea para ocultarse de curiosos, descendieron el arca por los jardines internos de la escuela de hechicería sobre la que el Doce del Geral oficiaba y en la que Ruin le aseguró los estaría aguardando. Para ese entonces, su anterior resolución ya estaba hecha añicos.

Ya era bien entrada la noche, lo que se sentía perfectamente por el silencio, aquella quietud insoportable en la cual ni las cigarras se atrevían a cantar. El estudio de Haluar era amplio y sorprendentemente más prolijo de lo que había esperado Arksinad, o al menos eso pensó el viejo mago al ver la mirada perdida con la que el alumno del rey lo repasó todo, el escritorio ancho que ocupaba gran parte del espacio, las estanterías repletas de papeleo ordenado en los costados y la ventana a su espalda que daba a la calle, terminando en el techo iluminado por algo de magia incandescente.

Otorgó a ambos una amplia sonrisa.

-Me alegro de verlos- Haluar consideró necesario ponerse de pie, y de grandes trancos llegó a la mesita que tenía dispuesta para agasajar invitados- ¿Café?

Arksinad negó. Le repugnaba. Ruin en cambio sí pidió una taza, que le sirvió encantado acompañándola de tan sólo una cucharada de azúcar, como sabía que a ella le gustaba.

Se habían conocido muchos años atrás, y en verdad lo suyo había tenido muy poco de encuentro fortuito. Una vez sus investigaciones con Aibol iniciaron, tras lo ocurrido en el pueblo de su amigo Scarrow, la antigua historia de cómo la bandada de dragones había arrasado Pólux llegó de nuevo a sus mentes con un significado renovado. Supo entonces que necesitaba hablar con aquella princesa, quien se rumoreaba había logrado traspasar las barreras mortales y vivir el incidente en piel propia, y de allí en adelante hizo un uso extenso de todas sus capacidades para poder encontrarla de forma “casual”.

La oportunidad le vino de la mano de su profesión como maestro, que tantos regocijos le deparaba. Por su posición, fue llamado por la familia Vander para estimar el nivel mágico de uno de sus descendientes, quien luego iría a formar parte de cargos tan altos como miembro del Geral y de la Cámara de los Diez de Fariel, el ahora llamado Unnaon Zetha. Había asistido en un abrir y cerrar de ojos, pues estaba enterado de que Ruin Levan Aurora se hospedaba allí, y al ver a aquella serena jovencita su experimentada mente supo en un instante que ella tenía información sobre Vannael, que lo que había vivido la había marcado.

Como siempre, tuvo razón. Incluso, se atrevía a sostener que tuvo mucha razón, por mucho que su camarada Aibol le rodara los ojos. Ruin había sido marcada por el odio, sí. Y también tenía información, o mejor aún, había iniciado su propia investigación sobre el rey de los magos llevándoles sus buenos años de ventaja.

El resto fue hablar, y buscar más víctimas. Guthi, Mat, Salocin, todos meros sobrevivientes de aquellos inexplicables ataques, todos llegando a la misma conclusión definitiva que exponía al monarca blanco como el principal perpetrador. Era reconfortante, en cierto punto, pero Haluar también reconocía que se metían en un juego muy delicado. Confiar poco te limitaba, cancelando los avances. Confiar demasiado, en cambio, enredaba una gruesa soga en tu cuello.

En cuanto al joven mago de aspecto desidiioso sentado frente a él...

Haluar confiaba, para la contrariedad de sus pares. Arksinad no los delataría, podía verlo en sus ojos. Y creía, al percibir la mirada de Ruin, que la princesa comenzaba a hacerse una idea similar en mente. Al resto, y en especialmente el paranoico Aibol, les costaría más comprenderlo.

-¿Fue divertido?- les preguntó, fingiendo estar concentrado en los papeles de su escritorio, exámenes sin corregir de sus alumnos.

Las cabezas de ambos jóvenes asintieron casi al mismo tiempo.

-Me alegro- no mentía, en lo absoluto. Parte de él, apenas escondida, aún añoraba las aventuras que había vivido en su juventud con sus compañeros- Arksinad, ¿pudiste conseguir algo de lo que te pedí?

Los ojos del rubio estaban confundidos, sombríos. No pudo evitar sentir algo de pena, pues quizás lo estaba forzando demasiado. Más allá de eso, conocía la respuesta.

-Supongo.

Sonrió, y siguió aparentando leer los exámenes, al tiempo que daba un sorbo al café caliente. En todo Cel-Neckar se prefería el té, bajo el argumento de que su producción y cosecha eran un arte mucho más refinado y que su composición favorecía el metabolismo corporal, pero desde que su carrera como educador había iniciado tuvo que admitir que aquel brebaje amargo que tan bien combinaba con la leche fresca había sido un buen aliado en las largas horas de trabajo, de revisar investigaciones, exámenes y datos aislados como si su vida se tratara solamente de un montón de archivos.

Dio otro sorbo. Quizás, eso mismo era.

Su silencio pareció hacer mella entonces en Arksinad, quien no entendió la amabilidad sino que infirió en ello algún tipo de amenaza, retrocediendo contra el respaldar y suspirando.

-Quise bajar al sótano, a buscar el pasadizo... Pero mi maestro estaba allí. Lo pospuse para el otro día, pero entonces lo hallé clausurado.

Sus ojos se abrieron, apenas. Miró al alumno del rey, con una sonrisa franca.

-Gracias.- luego se volvió a Ruin- ¿Crees que pueda hallarse allí?

La elven asintió, decidida. La mirada confundida de Arksinad rebotó entre ambos.

-¿Hallarse qué cosa?

-Mi madre- contestó la princesa- Sospecho que Vannael la tiene.

Le hubiese gustado retratar el rostro del Nueve, y mostrárselo a sus alumnos que tan poco convincentes se mostraban cuando los descubría haciendo trampa en los exámenes. La boca entreabierta, las cejas alzadas, todo en una estupefacción inalcanzable.

-Me dijiste que tu madre había muerto.

-Nunca dije eso- negó Ruin- Dije que me protegió. Cuando desperté, ella ya no estaba allí.

-¿Por qué mi maestro iba a querer tenerla?

Haluar levantó una mano, interrumpiendo el tono cada vez más elevado de aquel diálogo.

-¿Conoces las circunstancias de Aiwass, la madre de Ruin, no es así?

Arksinad negó. En su expresión había una perfecta mezcla de incredulidad e incompreensión.

-No era una elven normal- explicó él, la historia que ya había conocido de la boca de la hija- Debido a ciertos experimentos sufridos en la infancia. Poseía un poder mágico apabullante y desbordado, que en más de una ocasión puso en aprietos su ciudad.

-¿Y entonces?- Arksinad negó, casi tironeándose los rizos apagados- ¿Por qué mi maestro la encerraría así, a escondidas de todos?

La respuesta era demasiado obvia, pero se permitió mirar a Ruin antes de proseguir.

-Quizás para ocultar su responsabilidad en la masacre de Pólux.

Arksinad sonrió.

-Ayer me quebré una uña, profesor. ¿Vannael también tiene la culpa de eso?

No pudo evitar reír al oír aquello, aunque la expresión de la elven le indicaba que no estaba nada contenta. Pero la verdad era, por mucho que a Ruin le molestara confesarlo, que quizás esta vez el joven aprendiz tenía razón. No había ningún motivo por el cual Vannael tuviese que mantener a Aiwass viva bajo su torre, o se le escapaba en aquel instante. Había conjeturado, al inicio, dos posibles opciones: tanto era que el rey extraía poder mágico de esa elven, gracias a su condición especial, o que la tenía como un último medio en caso de ser descubierto, una rehén cuya inestabilidad podría destruir toda una ciudad si lo arrinconaban. Ambas caían rápido, al reconocer que Vannael en sí tenía suficiente poder como para volar una ciudad en cenizas sin ninguna ayuda.

No, no era eso, y por tal motivo tuvo que reconocer que tal vez iban demasiado lejos.

-Puede que tengas algo de razón- concedió, y los hombros de Arksinad parecieron perder algo de dureza- Debes entendernos, sin embargo. Es difícil mantener la coherencia mental cuando piensas que tu vida pende de un hilo.

El Nueve asintió, más relajado.

Dicho eso, pasó a relatarle el resto de sus observaciones, que eran de menor impacto pero fueron bienvenidas abiertamente. Cualquier mínimo dato podía ser importante. Arksinad contó de su maestro, lo tarde que se acostaba y temprano que despertaba –“*somos dos, al menos*”, pensó entonces Haluar- sus reuniones diarias con Duran en su estudio de la torre, las decenas de misivas, especialmente de Sadalsuud y Deneb Algedi y cuyo contenido no había podido ver –“*¿aliados, quizás?*”- y también sus largos descansos en el trono de la torre, donde aprovechaba para activar su clarividencia y recibir a los petitorios que llegaban de distintas fuentes del reino y de lejanos lugares que precisaban la ayuda del Geral.

No era mucho, quizás, pero era algo. Se aseguró de compartir con Aibol y los demás aquella información, satisfecho, y de nuevo dio las gracias a Arksinad para congoja de este. Percibió dos cosas, con el agudo instinto que había desarrollado. La primera, era que el joven mago tenía cierto interés en la princesa. La segunda, que aceptó como inevitable, era que les seguía ocultando un par de datos.

No importaba. Esperaba que su lealtad con alguien tan imponente como Vannael fuera fuerte, y sabía que no debía apurarlo. Se ganaría su confianza con tiempo.

Los dejó marchar media hora después, captando los rastros de somnolencia en sus rostros, y dirigió una mirada significativa a Ruin antes de verla desaparecer por la puerta. Ella pareció comprender, con una sonrisa inteligente. Bien.

Luego se quedó allí un buen rato más, bostezando, bebiendo café y corrigiendo el resto de sus exámenes. Comprendía el desagrado de algunos jóvenes magos por las preguntas teóricas en vez de, digamos, pruebas de fuego o levitación, pero algunas de las respuestas otorgadas eran tan malas que lo hacían trillar de la risa, animándole el desvelo. Ejemplos abundaban, de aprendices que desconocían por completo los de por sí ya misteriosos orígenes de la hechicería y su aplicación, las distintas culturas que reprimían o alababan a los magos y sus evoluciones a lo largo de la historia. Era un tema que su amigo Aibol amaba, y por eso fue que ambos se habían conocido, años después de realizar Haluar sus viajes con Scarrow, teniendo suficiente información como para que el otro profesor quisiera consultarle.

Habían sido buenos tiempos, pensó, sirviéndose lo último del café y rememorando el rostro confiado de Scarrow, su arrogancia constante y entretenida. Las harpías en el barco de aquel marino gordo, Bravino, las tormentas de Gikeldor, sus excursiones por el norte de Fariel y su corta visita a las tierras oscuras del sur, Antares, donde más había aprendido de la verdad, combatiendo monstruos y criminales, acumulando una reputación que en su juventud ambos amaron.

Su amigo... Cuánto había cambiado. Se había vuelto insistente al persistir su vergüenza, feroz, luego enamorado y dócil cuando conoció a aquella muchacha, y luego por fin sólo una cáscara había quedado, acobardada, huyendo del reino sin despedirse de nadie. Habían pasado ya largos años, pero Haluar no se había olvidado del gran mago del viento. Quería, al menos, intentar compartir su dolor y desenmascarar a quienes aplastaron su vida.

Dejó escapar un largo suspiro, viendo su estudio. Algunos papeles habían quedado desordenados, pero de ello se encargaría mañana. Sonrió y aplaudió un par de veces para apagar la luz mágica, pensando en el delicioso sueño que le esperaba en su casa.

La calle estaba mucho más callada de lo habitual, aun a esas horas de la noche. Haluar se paró frente a la puerta de madera de su desvencijada morada de dos pisos, un lujo que, como Aibol le repetía, su vida de soltero no necesitaba. Mientras rebuscaba las gruesas llaves de cobre, sólo el murmullo del viento barriendo unas hojas fue la compañía del batir de su túnica.

Las logró encontrar y se dispuso a pasar, quitando primero los sortilegios de protección que había colocado en la fachada desde que las cosas se habían tornado más peligrosas. Era una recomendación de su amigo, también, pero que no había visto punto en negar, al menos para no preocuparle.

Al entrar la casa seguía oscura, impenetrable. Sintió una presencia, y por un instante pensó en volverse, allí parado en medio de las sombras con expresión perspicaz y alerta, dejando la falta de sonido fluir cada vez con más intensidad.

A su espalda la puerta se cerró con un crujido, impulsada por la suave brisa. Ya no tenía dudas. Había un intruso en su hogar, todos los poros en su piel detectaban otra presencia mágica. Encendió una luz en su mano, alumbrando el living. Nada.

-¿Debería decir que es una casualidad encontrarte aquí, Haluar?

La voz sonó a su espalda, dándole tiempo para cerrar los ojos, estremecerse y voltearse. En el sillón más grande de la sala Vannael se hallaba sentado, mirándolo a través de su máscara, en actitud relajada como si hubiese decidido echarse una siesta en aquel sitio. No perdió de vista sus ojos, cuyo brillo carmesí resplandecía como fuego infernal en la oscuridad, pero mientras lo hacía intentó detectar la presencia de más magos en la cercanía, sin éxito.

Miró de nuevo al expectante Vannael y habló controlando su voz lo más posible.

-No suelo recibir visitas- torció la comisura de los labios en una sonrisa, aunque no podía ocultar sus nervios- Su Majestad.

-Ni creo que lo hagas a futuro- el rey se desperezó, extendiendo lo largo de su abrigo blanco y bordeado en algodón- Por lo que quise rellenar ese vacío.

De un momento a otro, aquello le quitó toda la incertidumbre que tenía. Su sonrisa falsa desapareció gradualmente, dando lugar a una expresión con poco humor que el Uno recibió reconfortado.

-¿Qué le hiciste a Aibol?

-¿Oh, él?- Vannael se recostó un poco más en el sillón- Pregúntale a ellos.

Tres sombras salieron de la oscuridad. Tres criaturas negras, reptantes, de ojos rasgados amarillos y colas largas y escamosas que lo rodearon a la velocidad de una centella, rasguñando el suelo de su morada con sus bestiales garras.

No pudo evitar palidecer.

-Daevas...

Uno de los demonios dio un rugido y estuvo a punto de abalanzarse contra él, pero al levantar Vannael la mano se detuvo, gruñendo. El rey lo acarició con su mano enguantada, como si se tratase de un perro.

-Debiste haberlo visto, Haluar- rio- La muerte de Aibol. Cuando los daevas le arrancaron los brazos, la roca que planeaba lanzarles con su magia terminó por aplastarlo. Fue una obra de arte.

Continuó riendo, con matices cada vez más insanos en las carcajadas. Haluar no retrocedió, el miedo, la furia y el entendimiento mezclándose en él. Quizás se habían equivocado, todos esos años. Quizás Vannael no quería nada, ningún premio motivaba su actuar. Quizás estaba simplemente loco.

Esperó a que terminara de reír, calculando al mismo tiempo a toda velocidad sus posibilidades de escapar. Eran nulas. Vannael fingió secarse una lágrima sobre su máscara, aún intentando hacerlo enfadar, y el Doce se permitió volver a hablar, manteniendo la compostura.

-¿Los demás?

-Todos han recibido visitas similares. Claro que, con algunos, he tenido que limitar a la disposición de daevas y mandar a gente como Zark- se inclinó de hombros, relajado- Oh bueno.

Se concentró. Le estaba mintiendo, al menos en una parte. No creía que, por ejemplo, Ruin o Salocin estuviesen muertos, pues con ambos había hablado hacía una hora. Pero daba por descontado que se hallaban en peligro. Y los demás...

Se preguntó si existía alguna forma de ayudarlos, antes de morir. La realidad podía ser cruel.

-¿Zark?- bufó, buscando ganar tiempo. A lo mejor, si distraía a Vannael y a aquellos tres demonios... De reojo vio la puerta, abierta de nuevo por el viento. Se hallaba mucho más lejos de lo que le hubiese gustado.

-Sí, Zark. Es muy receptivo ante mis órdenes. Pero déjame decirte que les debo una felicitación, Haluar, a ti y a los tuyos.

Las palabras lo hicieron enfocarse de nuevo en aquel asesino, que se inclinó hacia adelante en el sillón, febril.

-Poner a mi alumno contra mí...- la mano de Vannael recorrió el cabello negro, admirado- Toda una hazaña, que no puedo más que aplaudir. La sola osadía me llena de respeto.

-Ese niño confía en ti.

El monarca se inclinó de hombros, echándose de vuelta hacia atrás. Haluar lo miró fijo, por primera vez en años de verdad enfurecido, tanto como para dejar de lado la

insignificante posibilidad de vivir que le confería el escape. A decir verdad, era probable que antes de llegar al umbral los daevas ya lo hubieran matado.

Procuró serenarse, bajando los hombros.

-Entonces, al contrario de lo que tu alumno creía, estábamos en lo correcto. Tú ordenaste las muertes de...

-Mato y ordeno matar a mucha gente- lo interrumpió el Uno levantando una mano con aburrimiento- No empecemos a buscar rostros porque será difícil. A decir verdad, casi no recuerdo el de tu amigo tampoco.

El comentario insidioso tuvo una finalidad tan obvia que, sorprendido, Haluar descubrió que no le afectaba. No iba a darle esa satisfacción al menos.

-Ya veo...- miró por última vez hacia la puerta, y luego se volvió resignado a Vannael- Bueno... ¿eso es todo? ¿Las sombras me matarán ahora?

Vannael rio.

-No, por supuesto que no. No me hubiera tomado entonces la molestia de venir aquí y revelarte todo esto si ese fuera el caso. Te dije que te respeto, Haluar. Aun por unos instantes, tomaste lo que era mío. Tengo entendido que eres un gran amante de las apuestas, ¿no es así?

Su rostro desencajado pareció hacer reír de nuevo al monarca, quien volvió a acariciar la cabeza del daeva junto con él, para luego chasquear los dedos. Las tres sombras se esfumaron, filtrándose por el suelo en un abrir y cerrar de ojos y dejándolos solos de nuevo.

-Se te conocía como el maestro de la velocidad- afirmó su enemigo con un brillo enfermizo en la mirada- Pues bien, demuéstremelo. Escapa de Babel, y te prometo que te dejaré marchar. Incluso te daré ventaja... Aunque claro, debo confesar que no me gusta mucho correr por mi parte.

Retrocedió un paso, sosteniéndole la mirada.

-Lo dices como si pudiera tragármelo.

El rey ladeó la cabeza. Era ridículo pero, por unos segundos, Haluar pensó que lo decía de verdad. Aquel hombre estaba tan demente como para arriesgarse de aquella forma.

Una idea apareció, como un amanecer, germinando en su mente. Sí. La confianza de Vannael, después de todo, le daba una oportunidad de proteger a Ruin y a los demás. Dejó de lado sus otras dudas y preguntas, como si era el alumno del rey quien le había contado la verdad o cuándo había comenzado a practicar la brujería, y procuró hacer de su plan su único objetivo a cumplir. No sería sencillo.

-¿Los daevas no participan, verdad?

Vannael negó. Su rostro desquiciado ya no tenía un rastro de la burla y humor anteriores. La verdad era que el Doce no tenía muchas esperanzas pero, si lo que tenía en mente salía bien, el monarca la habría jodido con su infantil desafío. Quería creer en aquello, y con esa esperanza se aferró, ocultando toda sonrisa y listo para el mayor enfrentamiento de su vida.

-Puedes comenzar, Haluar.

Sonrió.

Luego desapareció de la sala, o así debió de haberse visto por el poder de su magia, *Escalera Al Cielo*. Tan sólo un rastro de polvo quedó, y Vannael quedó allí sentado, meditativo en la oscuridad.

Haluar corrió entonces, excavando en lo más hondo de sus energías. Amplificaba sus pasos con su magia, trazando flechas de luz violácea en el suelo que lo impulsaban a

mayor velocidad, sumado a otro conjuro que ralentizaba el tiempo en el área para ser inalcanzable. Alrededor de sus ojos, en ese momento, todo Babel comenzó a hacerse una marcha, una sucesión de estructuras impolutas que pasaban tan rápido a su lado que eran imposibles de definir.

No perdió el tiempo en descansos, metiéndose por donde fuese necesario. Aún no había rastros del rey, pero aquello no significaba nada. Muchas ideas se cruzaron en su mente mientras corría, caminando por paredes y techos, saltando árboles y muros. “¿Y si alguien nos ve?”, pensó. ¿Vannael se arriesgaría a tener que matar a posibles testigos? ¿Y qué ocurriría si intentaba ocultarse en una casa? Lo dudó, por unos segundos, pero decidió al final que arriesgar más vidas no estaba entre sus opciones.

Tenía, después de todo, un plan en mente.

Pasó zumbando por los callejones donde la ciudad ya comenzaba a descender, alejándose más y más hacia la periferia. Con su magia trazó una flecha que cortaba el camino zigzagueante de adelante, y dio un salto impresionante para aterrizar varios metros abajo, continuando e ignorando el impacto en sus viejas rodillas. Aún lo tenía en él. Había perdido práctica, quizás, pero solía ser insuperable en lo que a carreras refería. No iba a perder.

-Amo el clima nocturno.

Ahogó un gemido al ver por un instante a Vannael en un parpadeo, parado frente a él en actitud desenfadada. Viró para un costado, perdiéndose entre otra salida y cayó por un basural, emergiendo de él con un gran estrépito. Por el costado vio pasar las elegantes luces de la calle, los insectos que se congregaban en ella siendo su única compañía nocturna. Otra luz superó su avance entonces, y la figura del rey volvió a estar de pie a su lado.

“*Imposible*” pensó “¿Cómo lo hace?”. No podía ser tele transportación, pues no era un arte tan exacto. Vannael estaba superando su velocidad, de algún modo. Le perseguía, constantemente a su lado en ráfagas lumínicas sin perderlo de vista, su figura apareciendo y desapareciendo cada vez que se movía, imposible de evadir.

“*No es justo*”.

-Esto es *Uriel Shunoros*.- le explicó su perseguidor amenamente- Soy la luz de mi dios.

Poco tiempo tenía para pensar en esas palabras. Debía apurar su verdadera estrategia, y aquella bajada a las partes exteriores de la ciudad había terminado siendo una pérdida de tiempo. Se encaminó entonces directo a la muralla exterior, justo para salir de Babel y ganar el juego.

Y entonces, a último momento, viró.

-¡*Escalera Al Cielo!*

Fue un hechizo en el que puso todo su poder, y el impulso que recibió fue tan potente que dejó un rastro de fuego en la calle. De momento, parecía haber perdido a su enemigo. Con más entusiasmo aceleró el paso, la tierra casi resquebrajándose a sus pies mientras se concentraba en su verdadero destino, no el de aquel estúpido desafío.

Duran. Era una apuesta arriesgada, quizás, pero su instinto no podía fallarle. El viejo mago del Geral no debía de estar enterado de las fechorías de su amigo, y sus defensas podrían repelerlo. Tan sólo necesitaba entrar, despertarlo y explicarle todo de una vez para proteger a Ruin y los demás. El engaño que había urdido le daba el suficiente tiempo.

Ya veía los muros del castillo bañados en la luz lunar. Unos pasos más, un esfuerzo más y lo lograría. Con mayor resolución acortó la distancia, pero entonces captó helado

la figura sentada sobre las paredes, una figura blanca de cabello más negro que la noche, de cuya espalda ahora se extendían dos enormes alas de luz que le permitían flotar por sobre la calle.

-También poseo una magia de adivinación- lo saludó Vannael con una mano- *Zadakiel Shunoros*. Fue un buen juego, Haluar. Me divertí mucho.

Era como si lo hubiese estado esperando por horas. El Doce clavó los talones en el suelo de piedra, echando chispas al tiempo que Vannael cruzaba los brazos frente a él.

-¡Te a-tra-pé! ¡*Azrael Shunoros*!

Lo último que pudo ver Haluar Marketz fue un resplandor blanco que lo encegueció por completo.

...

Al mismo tiempo, en diferentes lugares de la ciudad, tal como le había ocurrido a Aibol Saendil; Mat y Guthi fueron destrozados y devorados por los daevas. Cel-Neckar se llenó de sombras y esperanza vana, sin que nadie se percatara. Y, en el exacto momento en el que Vannael mataba a Haluar con su hechizo de luz, Arksinad se despertó con un alarido. Había tenido una pesadilla, y la mitad de su habitación se hallaba en ruinas.

11. Despertar De Demonio, Sueño De Ángel

El resto de sus recuerdos sobre aquella fatídica noche, luego de su última charla con el profesor, se hacían tan nítidos que eran como fantasmas, acechándolo a todas las horas del día sin darle un respiro, alimentando su rencor y tristeza.

Si tuviera que contarlo... Hubiese dicho que el día en el que lo perdió todo inició al despertar, habiendo lanzado inconscientemente un *Shinoras* que logró derrumbar parte de la Torre de Babel. No tuvo miedo entonces, pues la torre se auto reparaba, pero se hallaba agitado, alterado por el descontrol y por ello fue que ver a Ruin a su lado le sorprendió.

Pero no era Ruin. Era una proyección astral de ella, como se adivinaba por su aspecto traslúcido, plateado ahora por la luz de luna que había entrado, el polvo levantado de los escombros filtrándose a través de los velos que llevaba.

-Arksinad.

Recordaba no haber podido decir nada, jadeando confundido. La princesa lo veía con tristeza, o al menos eso le pareció entonces, esos ojos violetas fijos, inclinados. No supo entender esa mirada, en realidad. ¿Hubiera cambiado algo que lo hubiese hecho, comprender el odio que sentía Ruin?

-Necesitamos ayuda. Nos están cazando. Ven a la casa de Salocin en la esquina sur de la ciudad, antes del puente. Apresúrate.

No, no lo comprendió en ese entonces. Se calzó sus ropas y partió, tan rápido como sus piernas le permitían, a través de la desconsolada ciudad que le esperaba.

Por un momento, allí sentado frente a Shimari, Reaper se sintió desfallecer. Jamás había estado tan cansado en toda su vida, ni siquiera el día en que los Jormungands invocados por su padre casi le habían matado. Resistió dentro de su atasco mental la molestia que le producía Linith, rondando a su alrededor cubriéndolo de vendajes

mojados en unguento medicinal, no por no querer quitársela de encima sino más bien porque simplemente no tenía fuerzas para elevar una protesta convincente.

Estaba tan extenuado que no se podía mover. Al menos, sí, podía permitirse observar a la joven reina: a sus ojos, Shimari parecía tan atrevida y saludable como siempre. Las únicas marcas que su estadía en el desierto de la Ciudad Dorada le habían dejado eran el polvo y la tierra pegada a sus ropajes, un leve e inevitable bronceado que ya todos tenían –incluso el cadavérico Arksinad había logrado tomar buen color- y algunos rasguños y sequedad que no existían antes en su piel durante sus épocas en el castillo de Sadalsuud.

Pero, quitando eso, se hallaba sana y salva. Sephid estaría complacido.

-Se suponía que nosotros te teníamos que rescatar. No lo opuesto.

Logró pronunciar eso, mientras Linith le levantaba un brazo y le pasaba otra gasa por el hombro. Shimari sonrió, echándose hacia atrás y levantando la tela que ahora llevaba sobre el recortado cabello, seguramente usada para protegerse del imperante sol. No contestó, sin embargo, para no forzarlo a hablar.

Mucho después de salir del Salón De Yeurion, arrastrando a Arksinad y a lo que quedaba de Majcel junto con él era que se había dado cuenta de lo quemado que estaba. Tan sólo un poco más cerca, y la inmolación de Buiht el Idólatra lo hubiese calcinado hasta los huesos.

Apretó los puños, débilmente. A su lado Necrostacia estaba callada, contribuyendo a la paz de la sala de curación de Reginald. Vio a la espada sin evitar sentir cierta ternura, un anhelo dulce que no conocía.

“Sobrevivimos” pensó “Pudimos salir con vida”.

Pero a qué costo lo habían hecho. Él, tan herido que no creía poder luchar dentro de las próximas semanas. Majcel, quien había cubierto al elegido del impacto, llevándose la peor parte de este. Se hallaba en una sala única para él, recibiendo la atención de Reginald, pero Reaper tenía la certeza de que no sobreviviría.

Y Arksinad...

Cerró los ojos. Sintió una mano en su frente entonces, y cuando los abrió vio a Shimari, que con sus ojos verdes lo examinaba dubitativa.

-Tienes fiebre.- se volvió a Linith- ¿Tienen acaso hierbas de *aricun* por aquí? Amu me matará a mí si vuelves muerto a su casa.

-S-sí, Su Majestad- tartamudeó la niña y dejó los vendajes a medio hacer, partiendo a buscarla. La reina sonrió, divertida. Había sido rápida en aclarar su posición dentro del otro mundo, y los soldados y esclavos de la base ahora la trataban con una deferencia respetuosa, casi temerosa en casos como los de Linith. De momento, pensaba Reaper, esperaban que aquella fortuita aparición les sirviera para conseguir más aliados para equiparar los que los rebeldes conseguían desde la Forja.

Pero era imposible. Para acceder a la Ciudad Dorada, debían pasar sí o sí a la Forja de Xshathra y su portal, cosa que dudaba Shimari pudiera ordenar desde allí. Kamui no intercedería por los devas, al menos no mientras se mantuvieran dentro de la dimensión de Baal.

¿Y para salir de allí? Pensó, alzando la cara para calmar el dolor y ver el techo. Debía preguntarle a Rashka cuál era la forma, pero estaba seguro de que existía alguna, quizás un portal como el de la Forja o algo por el estilo, que les permitiera manipular las dimensiones y volver de nuevo a sus hogares.

-Me crucé con Reed en el camino para ayudarlos.

Bajó la vista, tomado de sorpresa. Su Majestad le sonreía, esperando su reacción, y lo que había oído le dio suficientes fuerzas como para hablar.

-¿Dónde está? ¿Cómo está?

-Vivo, y bien. Lo acompaña Deihr Bellow, ¿puedes creerlo? O al menos juraría que era ella, aunque no me atreví a decir nada.

Quedó helado, pensando en arrancarse los vendajes.

-¿Lo tenía de rehén?

-Diría que no. –Ella sonrió, y Reaper pensó que los ojos le brillaban- Los albergaba una familia. Planeaban al parecer iniciar un viaje. Sabes que Deihr pertenecía a la misma organización que Sephid, ¿no es así?

Se detuvo al oír aquello, y no dijo más. La mirada de Shimari parecía decirlo todo, recordando ambos sobre la encarnación de Reed, Albion y las palabras de su discípulo. Deihr Bellow, parte de su legado. No pudo evitar estremecerse, débil como se hallaba. Lo viera como lo viera, Reed había matado a su hermano. Que estuviesen juntos le agregaba más preocupaciones a su mente, aunque debía admitir que saber que continuaba con vida era una buena noticia. Debía contárselo a Arksinad en cuanto lo viera.

Justo cuando pensó eso fue que la puerta de la sala de cuidados intensivos se abrió, Reginald saliendo por ella. Reaper llegó a vislumbrar a Majcel acostado allí, o al menos a un bulto indefinido que creyó era el deva, y por una fracción de segundo también vio a su lado a su amigo acompañando los últimos momentos de su general, sentado cabizbajo, como muerto, las manos juntas como si estuviese rezando. Era una visión desconsoladora.

La puerta se cerró, y con gran esfuerzo giró el cuello para ver al médico. Reginald cojeaba con más cansancio de lo habitual, y bajo sus pequeños ojos habían aparecido ya unas importantes ojeras. Apenas le hizo un gesto difícil de interpretar antes de seguir su camino, probablemente en busca de calmantes para el dolor del moribundo.

Luego todo quedó en silencio, como siempre. Apenas se oían suspiros, de los guerreros devas que seguían bajo atención médica, agonizantes, y el ruido del viento que sin permiso pasaba por las altas ventanas de aquella parte de la escuela. Volvió a cerrar los ojos, entonces, y decidió que no podía dejar que esa dejadez se apoderara de él. Lograría sobreponerse a sus quemaduras, volvería a blandir su espada, y resumiría su entrenamiento con Rashka. Quizás, pensaba, todo podría haberse evitado de haber aprendido su Neu correctamente.

Al menos, quería creer aquello. Necesitaba más poder para proteger a quienes le importaban, y estaba dispuesto a sacrificar mucho para conseguirlo.

Se tomó unos segundos, saliendo de aquel trance, para examinar el cuerpo de Majcel Kido. No había mucho que ver, de cualquier modo: era un milagro que continuara con vida. Quien antes había sido un deva alto y desgarbado había quedado reducido, sus piernas seccionadas por completo al igual que un brazo por la explosión, con suficientes calmantes encima como para no despertar hasta el momento de su

muerte. No era por el dolor, de cualquier forma, pues Reginald sostenía que la capacidad de sentir de aquel hombre ya había muerto por el fuerte impacto recibido. Más bien, el sanador quería terminar su vida ahorrándole el sufrimiento de ver el estado en el que había quedado.

Su respiración era débil, casi imperceptible. Arksinad había procurado ver muchos cadáveres en su juventud, por aquella tenebrosa satisfacción que obtenía de su estudio, y podría haber asegurado que el más muerto de los cuerpos en la morgue de Babel traía más vitalidad que aquel lisiado, quemado y mutilado.

Pensó en aproximarse, ver el rostro ardido y vendado. Todavía había algo de pelo negro en la cabellera, y habían dejado el sombrero de bufón en una mesa de al lado, como rindiéndole homenaje. Arksinad estuvo ahí, y lo vio, los muchos soldados que se despidieron del convaleciente Majcel, dándole ya por muerto. Le amargó, pero no podía decir que no los comprendiera.

“Sé lo que es morir. Estarás en paz.”

Eso pensaba, sí, pero la verdad era que desde que habían regresado del salón, no se había despegado del lado de su campeón, como si estuviera desesperado por estar allí en su último momento, ver su último aliento, cabizbajo y pensativo.

Pensaba. Una idea rondaba su mente, febril, opaca, una pregunta que no podría hacer. Se entremezclaba con recuerdos, con susurros, con comparaciones vanas que agriaban sus entrañas más y más a toda hora. Y formaba una historia: la de su propia muerte.

Nunca Babel le había parecido tan fría y desolada como el día en que la cruzó, corriendo tan rápido como le permitían sus piernas y con la mente en blanco, rogando por seguridad, rogando porque todo estuviera bien. En la aceleración del momento, mientras su débil cuerpo reunía lo último de la ya escarbada energía del día para impulsarlo, nada rondaba por su cabeza: ni el motivo del llamado de Ruin, ni qué ocurría con Haluar y los demás, ni cómo debía obrar, a quién pedir ayuda, qué hacer.

Tan sólo una dirección, y un pedido de auxilio. Su voluntad no había necesitado más. Quizás ella lo sabía. Arksinad ya no estaba seguro de nada.

Recordó, en un momento, su desesperación al doblar mal en una calle, pensando que los segundos perdidos podían haber sido vitales. Recordó también la soledad, ¿o acaso se equivocaba, y sólo ahora agregaba ese detalle? A lo mejor había habido gente, parejas que trasnochaban o ancianos con insomnio, alguien que hubiese visto al alumno del rey cruzar la ciudad desaforado, como un demente, atragantándose las lágrimas que le daban el cansancio y el miedo.

No lo sabía. Era nítido, sí, pero al mismo tiempo lo sentía falseado, como una puesta en escena. En ella él descendía, al borde de las lágrimas, el último tramo hasta la casa de Salocin a donde Ruin le había llamado. Pronto tenía miedo, pues uno de los muros estaba demolido.

-¡Ruin!

Con aquello juntaba fuerzas, o quizás el tiempo fue entonces piadoso y le pasó más rápido. Derrapaba hacia esa casa, buscando a la elven.

Y la veía. Ruin se hallaba arrojada en el suelo, los ojos sin brillo y la boca sangrante: se la veía a través de la pared destruida, el largo cabello cubriéndole el cuerpo como un último manto y su pecho detenido, sin el vaivén de la respiración, abierto en su herida.

Allí sus piernas perdían fuerzas, y dejaba de correr. Caminaba, boquiabierto, sin poder creer lo que veía, acercándose a la princesa.

Luego oía un llanto, que tardaba en llegar a su mente. A su derecha, un hombre se sujetaba el rostro y lloraba, las manos embadurnadas con la sangre de la joven y la daga con la que la había apuñalado a pocos pasos de él.

Reconoció a Salocin, pero no tuvo tiempo de decir nada. Había dado su último paso con vida, hacia una trampa desconocida.

Lo siguiente era por secuencias, metódico y terrible. La magia divina de la elven se activaba, justo bajo sus pies. El sello se iluminaba y ascendía, cubriéndolo, rodeándolo de discos de luz rúnicos, plateados como la luna, danzando y girando a su alrededor como los aros de una bailarina.

Los discos se cerraron, antes de que pudiese siquiera parpadear, partiéndolo en pedazos. El final le llegó sin que siquiera comprendiera que todo terminaba, y la muerte lo abrazó en un corto sueño.

Por lo que le contó, Shimari había aparecido en el desierto de la Ciudad Dorada casi tres días antes que ellos, aunque a su presencia no hubo ninguna voz que la guiara por lo que su estadía en aquella dimensión, además de no estar exenta de peligros, pareció prolongarse mucho más de lo que la diferencia temporal le había dado como un agrio regalo.

En principal, mencionaba la joven, sus mayores problemas habían sido tres: la búsqueda de sustento, la desolación, y los tres daevas que habían venido con ella, dispuestos a devorarla. Reaper consideró que el último de esos problemas opacaba un poco a los otros dos, pero la reina le restó importancia confesándole lo que ya habían supuesto: de día, con aquel sol ardiente que abrasaba con sus rayos todo el cielo, los demonios de sombras no tenían siquiera la capacidad de aparecer para intimidarla. Le dejaban esa mitad de la jornada en paz, para caminar, buscar rumbo y seguir sobreviviendo.

“¿Y a la noche?” Había preguntado, recordando su primer encuentro con esas fieras en el bosque de Al Tarf. Bueno, le había respondido Shimari, a la noche las cosas se habían vuelto más complicadas, pues el desierto se convertía en oscuridad pura. Fueron tres días de mantener a las sombras a raya con su arco y sus flechas mágicas, retrocediendo, buscando refugio y sin perder las energías. Le habían dejado una cicatriz, le mostró, levantando parte del pantalón sobre su pantorrilla y revelando un rasguño profundo, tres líneas rojas que le cruzaban la carne.

Por allí Reaper se apretaba las sienes, ignorando un poco el ardor de su cuerpo. Tres noches. Shimari había sobrevivido tres noches contra los daevas, y lo único que le cobraba aquella experiencia era una herida en la pierna.

A lo que Su Majestad respondía, campante, que el asunto no había sido tan complicado como lo planteaba él. Una vez pudo encontrar algo de madera seca y las plantas áridas comenzaron a aparecer en su campo de visión en el desierto, necesitó tan sólo raspar las puntas de sus flechas para crear un fuego lo suficientemente decente como para mantener toda oscuridad a raya. Claro que, también, el utilizar los proyectiles de Osald había contribuido mucho más en su defensa. Había aprendido a calcular, durante esos tres días, el tiempo que tardaban los daevas en rearmarse una vez eran impactados por un Shinoras y cuanto les costaba adentrarse a un campamento rodeado de más de veinte antorchas, en cuyo centro la joven se mantenía sentada, despierta, con el arco en mano actuando como si de una torre de defensa se tratara, resistiendo los embates demoníacos hasta que el amanecer la bendecía y le permitía unas horas de sueño. Luego, seguir avanzando.

Al tercer día, sí, los daevas habían dejado de seguirla. ¿Que por qué? Shimari no estaba segura de qué responder a esa pregunta, en realidad. Quizás era porque había encontrado un refugio que daba más miedo aun que ellos.

Le contó del edificio negro, semi enterrado en la arena, como un monumento olvidado a la muerte. Pero cuando dijo eso Reaper se aguantó el dolor y le tapó la boca, controlando que nadie los hubiese escuchado en la sala. Por suerte, más allá de los inconscientes, no había nadie para juzgar: hasta Linith se había retirado ya, a descansar un rato.

¿El Tártaros? Shimari no sabía que ese era el nombre del edificio. Había entrado, sí. No, no había visto otra opción. Sus recursos se agotaban. Alrededor de dos días más se mantuvo en la entrada, creyendo que era una catacumba, sin atreverse a avanzar más pero sin pensar en retroceder. Era su fuerte, provisional tal vez, contra Ashmogh, Saurva y Tauriz, desde donde creía encontraría apoyo.

Sí, ya estaba enterada de que los devas no se acercaban a aquel lugar. Se lo había dicho el anciano que la sacó de allí, un exiliado del desierto que se vio aterrorizado al volver a poner pie dentro de los pasillos helados y negros de esa ruina. Fue la primera persona que conoció en ese mundo, para su gran alivio.

¿Que qué tan malo era? Bueno, entre hundirse en la tierra y abrazar a un cadáver por una semana o adentrarse más en aquellos recovecos helados, negros y provistos de esqueletos petrificados, Shimari juraba por su honor real que no dudaría un segundo en elegir lo primero. Sí, así de malo. En aquel lugar se respiraba la muerte.

No, no había visto el cuerpo de ningún monstruo. Claro, conocía quién era Grimold. El buen hombre que la había sacado se lo había explicado todo, advirtiéndole el sacrilegio que era siquiera atreverse a pisar ese edificio negro. No sabía cómo se llamaba ese anciano deva, pero sentía que le debía la vida. Un exiliado, por curiosar demasiado dentro del monolito de Grimold Styxer.

Parecía ser feliz en su exilio, argumentaba la reina con una sonrisa triste al oír una exclamación poco apropiada. Le había enseñado de la flora y la fauna de la ciudad, alimentado, inclusive le había explicado ya sobre el juego de los herederos y la sucesión de la sacerdotisa de Baal. Bastantes días había pasado así, viviendo en normalidad, en medio de la nada, excavando raíces gordas y jugosas para hacer té y comiendo carne de lagarto asada a las brasas, hablando con aquel pobre anciano y ayudándolo con sus cosas.

Quizás no volvía porque, por una vez, Shimari había querido conocer lo que era una vida desprovista de lujos, servidumbre y comodidades, una vida de aldeano, en medio de la nada, despertando temprano y tendiendo la ropa con polvo, extrayendo agua de los cactus y haciendo pociones del veneno de las más coloridas frutas, el silencio y el trabajo. También podía ser agradecimiento. El viejo, fuera quien fuera, le había hecho recordar a la ya crecida reina el tiempo pasado con su abuelo en su infancia, el aventurero que desde temprana edad le había enseñado e inculcado la tan poco apropiada pasión que tenía por el misterio y lo desconocido.

Y, por último, meditaba ella, puede que también fuera el saber que nunca más vería a su salvador con vida. Era simplemente un saber: así como a ella el exiliado la había cuidado y encaminado, la humana había sido para el deva una última luz y charla antes del fin que se aproximaba, una donde por fin pudo verter sus años de soledad y conocimiento, su aceptación y paz interna.

Reaper silbaba, admirado. Se olvidaba del dolor, y pensaba en el viejo Bravino, reconociendo aquel tipo de relación, pensando en su fallecimiento y cómo lo había sufrido. La muerte, claramente, hace más daño en los corazones de los vivos que en los de quienes se lleva.

Con esa idea en mente, miraba la puerta cerrada tras la cual Arksinad seguía contemplando los últimos momentos de Majcel Kido.

Nunca supo si había, después de todo, podido ver realmente el más allá, si existía algo así o tan sólo por unos momentos había dejado de ser.

Tras la trampa tenía una imagen, difusa y fragmentada, de una corriente inmensa de colores, en un plano incomprensible para su cerebro mortal. ¿Pero no era acaso un sueño? Si lo pensaba, la cabeza de Arksinad dolía. Podía asegurar no haber visto una luz, ni un camino, ni una voz reconfortante.

Al morir, lo único seguro era la oscuridad.

Una oscuridad densa, que se pegaba en su piel, que entraba por sus poros, por la nariz y la boca, asfixiándolo, helándolo. Una oscuridad insondable, sórdida, que acaparaba toda la existencia y sobre la que él suspendía, desnudo, colgando de los brazos en un sueño perturbador.

No había nada ni nadie, pero la oscuridad era alguien.

Había después de eso una transición, similar a la corriente colorida pero más larga, y de la cual tampoco podía hablar. Se sentía cansado, como si toda energía en su cuerpo lo hubiese abandonado.

Los párpados le pesaban. Al poder abrirlos, el horror trepó sobre él como mil cucarachas mientras se retorecía, atado con hilos negros, un torso vivo cortado en piezas, una cabeza que vivía sola, su brazo arrojado más allá en ese espacio, sujetando el aire, sus piernas por delante, todo su cuerpo destrozado moviéndose como si el aire fuera alquitrán.

El terror era demasiado como para formular una palabra. Recordaba un grito angustiado, patético.

Luego una risa. Bajo los escombros flotantes de su cuerpo, una joven de vestido rojo y ojos amarillos brillantes le sonreía burlona. El ver ese vestido lo calmaba, trayéndolo a la realidad. Era un rojo que no había podido olvidar.

Tampoco decía nada, viéndola. La bruja en cambio le devolvía esa mirada como un gato jugando con su presa, instándolo a acercarse con un dedo y la cabeza que era él, esa cosa bajo la que no sentía ningún cuerpo descendía en contra de su voluntad, frente a aquellos ojos rasgados de demonio.

-Esa princesa sí que ha hecho estragos contigo- reía, examinando las heridas perfectas, repetidas.

Arksinad no respondía. Sentía que si hablaba así, hecho pedazos, su garganta se caería. No entendía por qué no sentía dolor, por qué no estaba muerto.

Pero además, no podía responder porque no comprendía. ¿Princesa? ¿Hablabas de Ruin? Ruin no le había hecho nada. Ruin estaba muerta cuando llegó, y ahora él estaba... No, eso no era el paraíso de los ángeles de YGG ni el infierno donde habitaban los demonios, aunque se asemejaba mucho al segundo.

Aún no había muerto.

-¿Crees que miento, Arksinad?- la curvatura en los labios carnosos de la joven se incrementaba- *Ritual del Resentimiento* es el nombre de la magia divina que tu compañera utilizó. ¿Sabías que sólo ataca a quienes el conjurador considera responsables de sus males?

Sus ojos se abrieron de par en par, sin poder creerlo. No, esa... No podía ser posible. ¿La trampa era de Ruin? ¿Ruin le había matado? Pensó en su misión con ella, en su sonrisa, en su confesión sobre el arca del cielo. Pero si ella...

Ella había perdido su confianza en él. Había creído que era él quien los había entregado, cuando nada podía estar más lejos de la verdad. Un desasosiego le llenó, hundiéndolo en la desesperación. Ruin.

Ruin lo había matado.

-Eres muy fácil de manejar. No sé que vio Vannael en ti.

Sus ojos se levantaron, hacia su interlocutora. Aun siendo una cabeza, su cuerpo mutilado y hecho jirones de carne flotante, mudo y muerto, pudo hacer una expresión de desprecio latente.

Los dedos pálidos de la bruja chasquearon entonces. Arksinad vio otra porción de su cuerpo subir hasta posarse bajo él, y notó una sensación de movimiento en su boca, algo que de allí cortaba por su cuello sin dolor alguno y lo conectaba, sus hombros con el pecho cosiendo la amplia herida, sus venas, miles de agujas diminutas moviéndose por cada centímetro de carne, llenándola de vitalidad oscura y contaminada.

Aquello le permitió hablar.

-¿Quién eres?

-Mila- sonrió la joven- Tu salvadora.

-Morí.

No lo dijo como pregunta, ni como afirmación o exclamación, sino que tan sólo fue una palabra, soltada al aire, que ella pareció encontrar hilarante. No le gustaba esa mujer.

-Conoces a mi maestro.

-Más que tú- Mila se adelantó un paso, y jactante tomó sus mejillas con las manos- Alguna vez sostuve su cabeza así, entre mis dedos. Él mismo se la cortó.

Lo tenía. Debía de ser un demonio. Era un demonio, y le mentía.

-Mi maestro no es un brujo.

A su frase le siguió una carcajada incrédula, a la que se resistió. Sus brazos que flotaban tenían hilos negros también, hilos que se alargaron y pegaron a los muñones bajo sus hombros, que tiraron y se unificaron de nuevo completando un grotesco rompecabezas de su cuerpo.

-Vannael no es un brujo- insistió.

-El peor ciego es el que no quiere ver- se secó una lagrima inexistente Mila. Pregúntale pues, cuando vuelvas al mundo. Estará feliz de contarte. Por propia elección fue que Vannael hizo el contrato que pienso hacer contigo.

Mientes. Sonó en su mente, pero no pudo decirlo. Estaba agotado. Su fe ciega chocaba contra paredes infranqueables, y se convertía en un mensaje sin sentido, carente de contenido. Ya no podía seguir así.

Volvió a mirar a Mila, sereno. Su cadera ya se cosía junto al cuerpo, y como si fueran parte de un muñeco las piernas le seguían, cosquilleándole los hilos que se abrían camino por su piel, músculos y huesos. Era una sensación casi placentera, en la que sentía que alguien ocupaba un espacio dentro de sí mismo.

-Contrato- preguntó con una palabra.

-Como sabes, la princesita elven, los magos traidores, los simples traidores y tú han muerto. Por supuesto, Su Majestad te tiene en gran estima. Me pidió que te diera la oportunidad de vivir. ¿Quieres vivir, no?

Asintió pausadamente. No estaba desesperado por vivir. Tan sólo tenía una pregunta que no pensaba dejar sin resolver, y una persona a la que debía ajusticiar.

-Oh- Mila fingió una dulce sorpresa, retrocediendo- ¿Aun aunque eso te convierta en un brujo? Para mantenerte vivo, he enlazado tu cuerpo al del demonio Asherat. Tu magia será su magia. Tu vida será su vida, y eventualmente lo tomará todo de ti. ¿No te incomoda eso, mago del centro?

No respondió. Se le habían formado enormes ojeras bajo los ojos, y sobre ellas examinaba a Mila mudo, sin pensar en nada, ya conectado del todo su cuerpo y aún colgando de esos cables de sombra, vivos. Conque Asherat. Se convertiría en lo que siempre había temido le acusaran ser.

Mila aplaudió, burlándose de su silencio.

-Ustedes magos son tan hipócritas...- acomodó su cabello azabache junto a la falda de su vestido- Muchos me dieron caza por mis brujerías, movidos por su justicia, y de ellos todos fueron rápidos en arrastrarse y olvidar esa moral con tal de poder alargar su existencia. Me dan lástima. Dilo, pues, si quieres vivir. Este es un contrato que se firma con palabras. Quiero oírlas.

Colgaba, pero ya estaba armado. Podía terminar esto, terminar sus dudas, el llanto que se atoraba en su garganta, el sufrimiento del no saber, su obsesión ciega y las muertes que sabía lo atormentarían por siempre. Tan sólo debía continuar callado, y sabía que entonces Asherat, que los hilos se aflojarían y volvería a ser un cadáver, ya sin vida, ya corriendo el tiempo y erosionando su carne.

Pero en cambio tuvo una determinación, oscura, de conocer respuestas. Años después pensó que, de las manipulaciones de Vannael, aquella había sido la mejor pauta: el dejarlo con dudas, el darle esperanza y una razón por la que continuar. Por la esperanza sufría el hombre, y el no saber lo había llenado de ella.

-Quiero vivir...

Le salió como un murmullo, apenas percibido en ese abismo.

-¿Cómo?- Mila fingió limpiarse el oído, aparentemente disfrutando mucho aquello- No te oigo bien.

-Quiero vivir.

La sonrisa de la bruja se borró. En su mano se materializó un sombrero, uno lleno de costuras y parches y que hizo girar sobre un dedo.

-¿No era que odiabas a los brujos?- insistió- Si quieres vivir, tendrás que alimentar a Asherat por aquí el resto de tu vida. De lo contrario, tú serás el devorado.

No tardó un segundo en responder.

-¡Quiero vivir!

De pronto había cambiado todo. Ya no le importaba nada, ni los brujos ni los demonios, ni siquiera Mila o su maestro. Tuvo un terror mortal, absoluto, que le arrebató toda la dignidad y el honor, sumiéndolo en una desesperación incomparable. Necesitaba vivir. No podía morir, no importara cómo. Tenía que mantenerse con vida, tenía que hacerlo, pisando toda razón, todo inconsistente motivo o futuro. Hasta ahora, jamás había vivido por él mismo, sino que sólo por los demás. No había pensado en sí, se había dejado manejar por su maestro, por Ruin y Haluar, por las opiniones ajenas. Quería empezar de nuevo, otra oportunidad. Era su más grande anhelo, y el no verlo cumplido lo estaba por hacer llorar.

El rostro de la joven se ensombreció.

-Que así sea.

Colocó el sombrero en su cabeza, y Arksinad sintió con un quejido como los hilos que lo llenaban se ajustaban del todo, y poco a poco sus sensaciones volvían. Sintió los movimientos en su estómago, la fatiga en sus piernas y hombros, la bilis atorada en la garganta y el pesar en sus ojos, inclusive la atmósfera a su alrededor que en tan poco tiempo había olvidado.

Tuvo un estallido de dolor intolerable. Los cortes que lo atravesaban horizontalmente, el último regalo de Ruin a su muerte chillaron y le hicieron gritar en agonía. Abajo Mila sonreía, y Arksinad se elevaba, subía y subía, los hilos llevándolo como una marioneta, la presencia muda del demonio creciendo más y más en su ser.

Luego, como si saliera del infierno, negrura descendió sobre él hasta que por fin emergió de nuevo al mundo real.

En el espacio reducido de la sala de cuidados todo era silencio, y el único ruido que se oía era mental: un reloj de péndulo que cada vez iba más y más lento, marcando con sus vaivenes el final de una vida, retumbes pausados que resonaban en las paredes, cada vez más profundos, cada vez más inminentes.

Las manos de Arksinad seguían juntas, como en una plegaria. La piel blanca y tersa en ellas estaba surcada de marcas ennegrecidas: su antiguo Sello de Convocación con Vannael, ya removido, sellos de invocación de objetos con los que alimentaba al demonio en horas apuradas, y recientemente otra nueva más borroneada: la de su contrato con el general deva, ese trato desesperado que había hecho con el único propósito de salvar a Reed.

Actuaban como recordatorios, de los errores y lamentos de su vida, de esas cosas que ahora consideraba, cabizbajo, mientras los recuerdos de su propia muerte y resurrección transitaban por sus ojos. Tenía una pregunta atorada en los labios.

Tan sumido estaba que no se dio cuenta de que Majcel había despertado. Los ojos del deva se habían entreabierto, serenos y dejados, sin prestar atención a las extremidades faltantes ni a un dolor que ya no podía sentir.

Lo miraba. Arksinad tardó en comprenderlo, tragando saliva y acercándose desde su silla. ¿Estaba despierto, en esa terrible condición?

-Ah- dijo Majcel. La voz le salió débil, y ronca, un experimento de cuánto podría hablar.

Quedó callado entonces. El mago se preguntó si la explosión le habría afectado el cerebro. Podía ser posible, su esperanza podría morir así. El impacto había desbaratado casi todo el Salón de Yeurion, después de todo.

Aquella era su única oportunidad.

-¿Por qué me salvaste?- lanzó, con más emoción de la que esperaba.

Majcel no contestó. Se lo quedó mirando, con aquel rostro triste del cual era imposible discernir pensamientos o emociones, y lentamente cerró los ojos. Quizás dormiría de nuevo, en un último viaje hasta la noche. El heredero quedó expectante, viéndolo, temblándole las manos sobre las rodillas.

Al cabo de un rato los párpados se abrieron.

-Porque...- aún su habla era pausada, débil- El... Baal...

Arksinad dejó caer sus hombros.

-Por Baal.

El general no asintió, pero su mirada lo decía todo. La amargura entró como un oleaje al corazón del mago. Por Baal. Vivir por alguien más. Morir por alguien más.

-¿Querías morir?

La expresión del deva era congelada. Un pedazo de hombre, destrozado, a puertas de su fin, con una pregunta que replanteaba su vida. Viéndolo Arksinad podía verse a sí mismo, cuarteado, hecho estragos frente a la sonrisa de Mila por acciones de alguien más.

Se adelantó, insistente.

-¿Querías morir?

-No.

El general calló, como si haber dicho aquello fuera un sacrilegio. Quizás no entendía. Quizás sí. Arksinad quería creer que era lo segundo.

-Pero me cubriste, por Baal. Aunque querías vivir.

Tampoco hubo respuesta. Majcel lo examinaba, como asustado. No había recuperado nada del poco color que tenía desde el encuentro con Buiht. En cualquier momento volvería a dormirse, y lo perderían para siempre.

Entonces el convaleciente contempló bajo él, en donde las piernas faltaban, y también su muñón carbonizado del hombro. No pareció sorprenderse, sino que tiró la cabeza hacia atrás, resignado. Arksinad pensó que probablemente Reginald hubiese querido atenderlo, pero no iba a dejar al médico quitarle esa oportunidad.

-Eres la mejor opción...

No pudo completar la frase, sino que tosió. De su boca escaparon pedazos de algo que parecía carbón, debilitándolo aun más. El mago dio una sonrisa amarga.

-La mejor opción entre los elegidos- completó. No estaba tan seguro. Bali, entrenado toda su vida para dominar la Ciudad Dorada, para poner fin a los siglos de

mandato de los devas tostados a los albinos y con todos los recursos de la Forja respaldándolo en un sueño que llevaba años anidando. De Deihr Bellow no sabía nada, aunque la pensaba tan desinteresada como él. Y él mismo, claro, sin interés ni habilidad, viviendo una vida prestada, rechazado por el mundo. Era una mejor opción muy magra.

Su amargura se trocó por tristeza, pensativo. Su confesión fue un susurro soñador.

-Conocí a la cuarta heredera.

Nada le respondió.

La sonrisa de Ruin pasó por su mente. La princesa encajaba con todos los requisitos: padre deva, hija adoptiva de un líder de quien se rebeló al entrar al Geral, contacto con energías sacras gracias a la magia divina con la que le había matado. No tenía dudas ya, tras tanto tiempo y recuerdos, de que ella había sido la mejor opción para los devas.

Pero Ruin estaba muerta. Y Bali, Deihr y Arksinad eran los codiciosos y apáticos que se disputaban los pedazos de ese reino, por su propio interés y desgano. Tal como había dicho Exnar, era seguro que el destino se burlaba de todos con sus crueles designios.

Cerró los ojos, pensando de nuevo en la elven fallecida. Ruin no había sido considerada con él, dejándolo seguir adelante con sus dudas y rencores. Perseguido por quienes había admirado, y rechazado por quienes había perseguido, solo hasta aquel fatídico día en el pasaje Spica.

Al abrirlos descubrió que Majcel había vuelto a dormirse. Su respiración acompañada había desaparecido casi por completo.

No pidió ayuda, sino que se quedó contemplando cómo se extinguía su vida.

El suelo estaba duro y frío. Eso fue lo primero que sintió cuando volvió a la vida, llegando de nuevo a la realidad como si fuera un cadáver que salía de alguna inexistente tumba, tanteando el terreno que lo aprisionaba con una rabia muda y paranormal.

Al abrir los ojos la imagen lo golpeó, arrancándole el corazón. Ruin seguía arrojada, muerta, exactamente como antes. Por algún motivo había pensado que aquello cambiaría, que vería a más magos del Geral reunidos y a los culpables siendo arrestados, pero no. Ni un sólo segundo había pasado en el mundo real durante el tiempo que duró su contrato con Mila.

Sentía a Asherat en sus venas, pulsando, corrompiendo su maná con esa presencia infernal y aterradora. Al tomar fuerza y levantarse, eran los hilos del monstruo quienes empujaban sus pantorrillas, quienes mantenían unido su cuerpo. Al mirar, los ojos de Asherat veían por sus retinas. Y al pensar, el lenguaje infantil y arcano que resonaba en su consciencia era también ajeno.

El sombrero estaba sobre su cabeza, devorando su maná, pidiendo ser alimentado. Vio su mano, en silencio, ignorando la escena y los llantos de Salocin del otro lado de la habitación. Sentía un nuevo poder, sucio y antiguo latiendo en su piel y en sus nuevas heridas, esos cortes horizontales que lo hacían similar a un desvencijado muñeco de paja.

Estiró la mano hacia el cadáver de Ruin, inexpresivo. El poder se reunió allí. Sabía que su nueva condición como brujo haría todo más fácil.

-Shinoras.

Hubo un fognazo, al menos cinco veces más fuerte del que había hecho en la Torre de Babel días atrás. Ruin desapareció por completo, junto a la sangre y gran parte del suelo. Más allá Salocin había terminado su llanto, y se tapaba el rostro con ambas manos como esperando su destino.

Caminó hacia él. No conocía a Salocin, pero lo recordaba como el más simpático de los complotadores que había conocido en el Pavo Real, el menos propenso a hacerle muecas de disgusto. Qué irónico. Debía de estar aterrado, aunque parecía demasiado confundido como para decir nada.

Ni siquiera se volvió cuando le habló, tomando el ala de su sombrero.

-Tú los delataste.

Su acusación cayó en oídos sordos. Las manos del otro temblaban, presa de algún tipo de ataque, mientras se retorció y sollozaba sin emitir sonidos. Ese tipo había matado a Ruin. Tenía que ser él quien los había entregado a todos, a Vannael o a quien fuese. Por su culpa había muerto.

Sentía una ira profunda, que le desgarraba. No estaba seguro de qué hacer, pero sí de que no pensaba demorarse. Levantó la mano también hacia el joven, tomando una resolución.

-La mataste- rugió.

Salocin levantó la cara, viéndolo. En sus ojos había culpa y espanto, más del que Arksinad jamás hubiese visto en su vida. Fue una expresión que lo horrorizó e impulsó su ataque, para borrarla.

-¡Shinoras!

Nada quedó del asesino, ni de la pared en la que se apoyaba. La luz los impactó de lleno, abriendo un hueco más en el otro lado de la casa y desperdigando escombros y cal por doquier, seguramente alertando ya del todo a los vecinos de la zona. Ni siquiera hubo un rastro de sangre. Las rodillas del Nueve parecieron perder fuerza y no pudo evitar caer contra el piso, sosteniéndose con las manos, vomitando al instante de haber hecho eso. Temblaba como si tuviera fiebre. Era la primera vez que había matado a alguien, una sensación horrible que no era ayudada por el sentir que Asherat desde su sombrero lo devoraba más y más, encantado con el uso de su magia.

El hechizo le había hecho perder toda energía, pero de cualquier forma al cabo de un rato se paró, inspirando lentamente para recuperarse. No había hecho nada malo. Había matado a un asesino, ¿no era así? Era lo que Ruin hubiera querido, que corrigiera su error. Era lo que... Era lo que él había querido. La justicia debía servirse a todos. Perdonar a quienes le hacían daño era una estupidez, más cuando ya lo había perdido todo.

Trastabilló, pero siguió su camino sobre el suelo derruido. Sentía que debía huir de allí, cuanto antes le fuera posible. ¿Pero a dónde ir?

La respuesta era clara. Había una persona con la que por fin debía tener una charla directa. Con eso y nada más que eso en mente salió de la casa de quien había matado, por el hueco recién creado y con el gesto perdido y lleno de dudas y odio. Su regreso a la Torre de Babel fue todo lo contrario a su ida: había escapado de allí como un ángel, dispuesto a ayudar, corriendo desesperado por la sorpresa y el desencanto. Y volvía caminando, arrastrando los pies, cabizbajo y corrupto con una paz confusa, llena de

preguntas, aplacada por los susurros de un demonio. Fue un último calvario el que realizó hasta las puertas de su hogar.

Al llegar por fin la torre le pareció ominosa, blanca y resplandeciente por la luna como un mausoleo. Cuando se abrieron las puertas de madera labrada pensó, por unos segundos, que quizás se trataba del suyo. A lo mejor, suspiró aliviado, aquel era el fin de todo.

No había nadie adentro. Lo esperaba. Era la misma quietud que había existido cuando bajó al sótano, aun más profunda, como si la torre hubiese devorado a la servidumbre y la única persona que estuviese esperándolo fuera a quien quería ver.

Se preguntó dónde estaría Vannael, subiendo las escaleras con una calma y parsimonia que eran producto de la desidia y el impacto de lo que había vivido las últimas horas. Se sentía como un monstruo, algo que había regresado mal de la muerte, una abominación que su mentor iba a tener que exterminar, un amasijo de cicatrices y piel blanca, sin vida. ¿Qué diría Duran, si lo viera, que dirían los puros magos de Geral? El camino se cerraba frente a él.

En la sala de magia el báculo dorado seguía detenido en el centro, como una invitación. Arksinad la aceptó, tomándolo con su mano cortada y vertiendo algo de su magia en él.

Subió un nivel, en un fognazo, a otra habitación igual de más arriba. Luego otro, y otro. Antes de ir al cuarto le sorprendió ver a la figura de espaldas, blanca y majestuosa mientras sobre una fuente lavaba su cara.

Separó su mano del báculo, mirando a Vannael limpiarse la sangre que le manchaba el rostro y las manos, manos endurecidas por una coraza blanquecina que jamás había podido ver antes. La máscara blanca descansaba a su lado, sonriendo vacía.

El rey de los magos se detuvo, quieto como una estatua, y de igual manera se mantuvo Arksinad. No podía verle el rostro así de espaldas, mientras hablaba, sólo la mata de cabello irregular y negro.

-Llegaste más rápido de lo que creía, Arksinad.

Tomó su máscara, volteándose al tiempo que se la ponía. En el movimiento su alumno pudo notar el corte que atravesaba su boca, similar y más completo que el que tenía él ahora.

“Alguna vez sostuve su cabeza así, entre mis dedos.”

No dijo nada. Su corazón palpitaba, de amargura, odio, tristeza y culpa. Había sido un idiota, todos esos años. Había estado ciego por voluntad propia.

Mila no le había mentado.

-¿Te divertiste?-ladeó la cabeza Vannael- Con tu juegucito.

Las respuestas no acudieron a su mente. Comprendió que sentía miedo, al verlo secar sus manos con la toalla y colocar de nuevo los guantes blancos para tapar su corrupción. Los ojos del Uno brillaban como antes, sedientos y lunáticos. Brillaban como lo habían hecho siempre, sólo que recién ahora lo notaba. Era la primera vez que se sentía en tanto peligro junto a su líder.

Levantó su *Péndulo*, protegiéndose. Vannael bufó divertido. Su elaborado abrigo blanco descansaba en el suelo, dejándolo con un atuendo cerrado de dos colas y desprovisto de mangas, más salvaje y libre de lo que le había visto nunca cuando se ataviaba como un mago formal.

-Es bueno que hayas venido aquí, y no al castillo- continuó- Informé a Duran de lo ocurrido. Haluar, Aibol, Ruin y esos tres humanos, muertos.

Tenía una acusación en la boca, pero no podía hacerla. Lo detenía la mezcla de miedo, tristeza profunda y soledad que le embargaban al ver al mejor mago del mundo, al ver al brujo que había sido todo este tiempo frente a los ojos de todos, un horror malvado que mentía y ocultaba su inestabilidad con una máscara de sabiduría. Y ahora, los únicos que habían sospechado de él habían perecido.

-Por supuesto, tal como esa princesa lo creyó, tú eres el culpable en todo esto. Te darán caza, así que espero que recuerdes mis lecciones.

“¿Yo?!” Una oleada de indignación lo azotó. Que idiota. Vannael se le había adelantado, y seguramente con la excusa de su visión había alertado ya a Duran sobre los posibles crímenes. La culpa le sería arrojada entonces, no a Salocin o a quienes hubiesen realmente traicionado y matado a los conspiradores. Para el rey, apenas sería una triste mancha en su historial.

Pero para él, significaba que debía huir de su hogar en cuanto fuera posible. El Geral Veintiún no daba respiro a los brujos de poder.

-Usted...- tragó saliva, impactado- Todo este tiempo usted... Yo creí...

-Crear es para los débiles, Arksinad. Los fuertes no necesitan soportes tan magros.

Retrocedió otro paso, como si pensara que Vannael iba a atacarlo en cualquier momento. Lo tenía arrinconado, pero el resultado de una lucha era demasiado obvio.

-Haluar tenía razón. Es un demente. Un monstruo.

-Tal como tú- fue la respuesta del Uno. Le hizo enfadar más, y por una vez logró dar un paso adelante, plantándose firme y apuntándolo con su báculo.

-¡Explíqueme por qué...!

-Porque me aburría- se encogió de hombros el rey- Porque puedo. Porque planeo volver este mundo a lo que debió haber sido. Y tú, Arksinad, vas a ayudarme con ello. Eres mío, después de todo.

Desconcertado, ninguna respuesta le vino a su mente de nuevo, más que la necesidad de gritar y la desolación. Todo era demasiado inexplicable, demasiado cruel para él. No era justo. No era justo que le pasaran esas cosas, que todo hubiera sido un engaño, que lo que pensaba era soledad hubiese terminado siendo locura. No quería que fuera verdad, y apenas podía contener su tristeza. Jamás se había sentido tan solo, tan asfixiado y perdido en un mar de angustia como en aquel momento.

Se secó el inicio de lágrimas con una manga, mientras que con el otro brazo mantuvo su báculo en alto, señalando con el rubí a su mentor.

-Esto termina aquí.

-Estoy de acuerdo.

La concesión de Vannael fue espontánea, y levantó las manos entonces como rindiéndose. Los ojos de su alumno se abrieron, golpeado de nuevo por la sorpresa y la altura de su arma cayó lentamente.

No. Tampoco podía ser tan sencillo, no podía ser una payasada tan grande. No iba a atacarlo ni matarlo, por mucho que lo intentara. No tenía el valor. Vannael era lo único que le quedaba, aunque no fuera nada, y más que aquella enfermiza mentira todo lo demás en su vida era rechazo y confusión, un vacío que la ilusión de Ruin no había logrado desbaratar.

Así que desistió de atacarlo, pensando que quizás podrían hablar, y bajó a *Péndulo*.

Hubo un relampagueo y entonces dejó de verlo. Recibió una patada desde atrás, una tan fuerte que lo hizo chocar contra el lavabo de antes en un quejido de dolor. Los hilos de su cuerpo se tensaron, ajustándolo como suspensión para atajar el golpe que lo demolió de cara contra el suelo.

-Escúchame bien, pedazo de idiota. –la rudeza de las palabras lo detuvo en su incorporación, otra vez mirando abajo y con los párpados temblando, con las uñas rasguñando piedra lisa marcada por runas- Esta será la mejor oportunidad que tengas de ponerme fin, así que te recomendaría que la aproveches. De lo contrario, me encargaré de que sean Duran o esperpentos como esas personas que te saludan cuando paseas por mi ciudad quienes tengan que morir. ¿Quieres eso?

Se puso de pie, lívido. Esta vez su anterior indeterminación se troncó en furia, con la que volvió a apuntar a su maestro sin vacilar.

-Así está mejor- aquel diablo sonrió, relajado. No parecía planear cubrirse- Has matado un hombre, ¿no es así? Y seguirás matando más. Nunca me sacarás de tu mente, Arksinad. Mi poder crece sobre ti, donde sea que vayas.

Algo húmedo le caía por las mejillas. Avanzó hacia el rey, activando el sello bajo sus pies.

-Usted debe desaparecer...

Vannael no contestó, burlándose de él con la mirada. Le recordó a aquella bruja, Mila. Era un demonio también, pero por una vez no mentía.

-¡Sacrificar!- gritó, activando del todo el hechizo. Dentro de la sala y con la ayuda de Asherat la magia pudo hacerse más fuerte, motivada por el maná dentro de la Torre de Babel y extendiendo una brecha dimensional que cubrió del todo a su oponente, deshiliándolo frente a él.

No lo mataría, pues no era capaz. Pero se permitiría mantenerlo alejado un buen tiempo, enviándolo a un plano alejado del que se encontraban. Sabía que Vannael encontraría el camino de regreso, pero al menos esperaba que se ausentara lo suficiente como para permitirle evadir al resto del Geral y preparar un escondite. Podía defenderse de Duran y los demás, pero si su maestro era quien lo cazaba, no tendría cómo salvarse.

-Muy bien, Arksinad- aprobó este. La dimensión que se fracturaba y elevaba no lograba quitar el rojo de aquellos condenados ojos, un rojo desquiciado y sereno que lo examinaba con frialdad.- Y ahora, deberías saber esto: en dos años desde hoy, habrá gente esperando por ti en el camino hacia Fariel. Acompáñalos, si quieres respuestas.

Era indescriptible el odio que tenía en ese momento. Las palabras que resonaban le sonaban como el graznido de un cuervo, haciéndole doler la cabeza, castañearle los dientes con furia. No podía creer lo que oía.

-¿Por qué iría a obedecerle?!- escupió- ¡Váyase al diablo!

Hubo un último brillo tras la máscara. Ya casi todo el cuerpo había desaparecido, desmaterializándose de ese plano y yendo a algún desconocido lugar de los muchos que se superponían al mundo, y lo único que quedaba eran rastros de su color, fragmentos flotando en el aire como un pasto mecido por una caprichosa brisa, y su rostro impávido y lleno de determinación.

Con esa determinación le miro, extendiendo un brazo ya casi desvanecido y elevando los dedos hacia su alumno.

-Porque eres mío- le repitió- Mi futuro y mi luz.

Los ojos se cerraron. Era una sonrisa, una amable que le hizo caer sentado al suelo, boquiabierto, sin poder respirar, un gesto cándido que jamás le había visto antes.

Luego lo último del conjuro terminó de borrarse. Vannael había desaparecido de la torre, dejando de nuevo todo sumido en una deprimente oscuridad y al silencio como su única compañía en esa terrible noche.

Ya era muy tarde en la Ciudad Dorada, aunque desde aquella habitación encerrada sólo era su instinto el que le avisaba que el poderoso sol que flotaba sobre sus cabezas iba a materializarse de nuevo desde el sur, subiendo para llenar de luz y sombras la vida de los devas, de enemigos y aliados, de amores y odios, despertando a muchos y permitiendo dormir a otros.

Por su parte hacía rato que el sueño descendía sobre él, pero la tristeza y la introspección le permitían todo descanso mientras esperaba. Majcel no había vuelto a levantarse, ni creía que lo hiciera. Parecía más calmo que nunca. Reginald había vuelto tan sólo un instante, controlando su pulso y su gesto al retirarse había sido sombrío. No duraría mucho más. Sabía que Reaper también lo esperaba, tras esa puerta, junto con Shimari que acababa de aparecer por fin.

Por enésima vez contempló al general, sumido en sus recuerdos. Ya no había ni un rastro de incomodidad, dolor o melancolía en el rostro pálido y juvenil. El médico se había encargado de tenderlo sobre un importante almohadón, para darle comodidad, optando por retirar también parte de las vendas que ya sobraban en donde la carne había sido cortada: ni siquiera sangraba, sino que las heridas y los muñones estaban ennegrecidos y se descamaban como el carbón. Con todo y eso, era de admirar la resistencia que tenían los devas, aun aunque esa resistencia los pudiese llevar a mayores sufrimientos.

“Podrás descansar” pensó. Aquello los diferenciaba. Majcel no había querido morir, al igual que él, y lo había hecho por culpa de la influencia de Baal, por una voluntad propia condicionada y guiada. Pensando esto, superponiendo la figura del general con la suya y la del dios de los devas con su maestro, el recuerdo de Arksinad llegó a una conclusión diferente de la que había tenido al ingresar a la dimensión.

“Voy a participar en el juego” prometió a Majcel con la mente *“Esta vez de verdad.”*

Su mensaje mudo no tuvo correspondencia en una consciencia ya sorda. No le importó, sino que el verlo ya carente de sentidos reforzó su decisión. Ganaría el juego de los herederos, no por justicia, ambición o soledad, sino por simple ira y retribución. Lo ganaría, y como Sol de la Ciudad se encargaría de quitar a Baal de la vida de ese pueblo, de exterminarlo por completo de la cultura y el orden de los devas. Baal era la causa de las diferencias que existían, de que albinos y tostados se resintieran, de las muertes de Frankie, Ragnar y tantos otros más.

Una figura que manipulaba, escondida entre todos y viéndolos por igual, exactamente como su maestro. Al menos, si el destino le había concedido ese legado, no iba a desperdiciarlo. Suplantaría a la sacerdotisa actual, e iniciaría la reforma.

Se preguntó por unos segundos si el plan de Bali era similar, recordando su respuesta a Buiht Caucáx durante la batalla dentro del Salón de Yeurion. Quizás era así, pero no podía confiar en el ahora. Tendría que hacerlo solo, cuanto esfuerzo le tomase, cambiar el destino de aquel pueblo del que no se sentía parte.

¿Y luego?

No pensaba gobernarlo, quizás, pero ese legado sería suficiente para él. Lo pensaría en el momento. Por ahora, todo lo que sabía era que era hora de iniciar realmente sus

movimientos dentro de la competencia de los herederos. Ganaría. Los leales a Baal lo empujarían hacia la posición, ignorantes de sus propósitos y de cuánto los beneficiaban. Devas como Majcel ya no tendrían que morir por un estúpido impulso de acatar órdenes, y la esfera política se revitalizaría. Era lo único que podía darles por su preciada ayuda.

En el fondo, tal vez, con aquello buscaba contentarse más a sí mismo que a ellos. Con tantos años de infancia falsa, con el sentir los hilos de Vannael rigiendo cada aspecto de su vida durante tanto tiempo, incluso luego de su exilio, la situación con Baal y los devas le presentaba un paralelo que no podía ignorar. Sería su propio descargo y salvación, y lucharía por aquello.

Cerró los ojos, unos instantes, tomando esa resolución. Faltaba poco para el amanecer. Rememoró otro amanecer de su vida entonces, cuando huía de la Torre de Babel llevando lo justo para una travesía, creyendo que Duran y quien sabía que otros magos del Geral lo estaban buscando. Vestido con su túnica hecha pedazos, procuró ser rápido y buscar una buena montura en el establo antes de que su condición como brujo y la falsa acusación de Vannael se propagara por la gente. No sabía, por supuesto, que quienes conocían la mentira sobre su autoría en los asesinatos de Ruin, Haluar y Aibol eran más bien pocos, para evitar la mancha en la reputación del monarca.

Nunca había corrido tanto en su vida, ni volvió a hacerlo de nuevo. Movidado por el miedo, por la pena, por el odio y la furia atravesó la ciudad tan rápido como pudo, báculo y bolso en cada mano, dejando su habitación hecha un desastre y a la Torre tan carente de líderes y ocupantes como no lo había estado desde sus viajes.

Tenía que buscar un lugar a donde ir, y las opciones eran pocas. Fariel era un gran aliado de Cel-Neckar, en donde lo entregarían en un abrir y cerrar de ojos. Con la Isla de La Luna, si bien se independizaba, era lo mismo. Kamui podría ser una opción, pero se hallaba demasiado lejos y resaltaría mucho como extranjero. Había islas al sur, desconocidas y descartadas por el mismo motivo, o también la posibilidad de ir a la tierra oscura de Antares, en donde sabía no tendría posibilidades de sobrevivir por demasiados años.

No. Su única opción viable era el lugar que todos los brujos frecuentaban, aquella tierra extensa y yerma, desértica y poblada por los resabios del viejo mundo: ahuras, genios, mercenarios elvens y kiels que convivían con una porción significativa de humanos empobrecidos y hambrientos, disputándose todos un espacio en el que habían sido echados cuando los principales reinos se asentaron. Allí su nueva condición de brujo no sería mal vista, y el anonimato lo ayudaría a evadir al Geral.

Tendría que dejar Babel, y la pureza de Cel-Neckar. Al darse cuenta de aquello tuvo un nudo en la garganta, y no pudo evitar detenerse. Había atravesado ya la mitad de la ciudad, llegando a donde el cauce del río creaba una división casi al medio, un dique de roca blanca fragmentada bajo la cual el agua fluía, cristalina y pura, reflejando un cielo que volvía a ser límpido y celeste. Aún quedaban enormes charcos de lluvia por las tormentas, vados contenidos por la estructura sólida e iluminados por el sol que empezaba a asomarse, tímido y débil en el horizonte.

Cayó de rodillas, exhausto. Al momento de hacerlo oyó un sollozo, profundo, uno que parecía el llamado de un animal herido, agonizante.

Otra vez. Su estómago se dobló, haciéndolo caer sobre piernas y brazos por tercera vez. Las manos le temblaban, pensando en su pasado y en su futuro. Allí, en la orilla del río, dos gotas cayeron y crearon ondas que se superponían, moviendo la tranquilidad del agua, perdiéndose por la corriente. Comprendió que los sollozos eran suyos. Las

lágrimas caían por su rostro desde que había enfrentado a Vannael, como un caudal imposible de detener. No lo había notado, pero ahora lloraba, como nunca lo había hecho en su vida, soltándolo todo y preparándose para el mañana oscuro que llegaría, preparándose para forjar una sonrisa y olvidarlo todo.

Continuó así, por un buen tiempo, ignorando su anterior miedo. Era probable que lo encontraran, de cualquier forma, los magos nobles y justos. A ellos había admirado y respetado, poniéndolos como ejemplo, esforzándose para no decepcionarlos y seguir sus pasos, cazado herejes y brujos, criminales y perseguidos, todo para terminar convirtiéndose en lo mismo que había sido su presa. Vannael, Haluar, Aibol y Ruin, sus planes y su justicia, su locura y su sanidad, a quienes había seguido y temido, por quienes se había movido dócil e inocente.

Pero ahora, justos y diablos le habían abandonado por igual, dejándole sólo la muerte.

Con lentitud abrió los ojos, de vuelta en el presente más cálido. No se sorprendió al comprobar que Majcel ya no vivía. Los dedos se desataron de su rezo, en un suspiro de alivio. Todo había terminado para él.

“La Segunda Prueba de los Herederos ha concluido.”

También esperaba el anuncio. Reginald había tenido razón; todo se trataba de una simple trampa en la que ambos habían caído. El desafío de Buiht no era un desafío a sus corajes, sino a su inteligencia y precaución, su poder de mantener con vida a quienes les seguían.

“Bali Gladiar y Arksinad Eel pierden ambos, en empate. Deihr Bellow no participó.”

“La prueba final será anunciada en siete días, y se realizará dentro del mismo Domo del Sol.”

“Baal saluda a sus hijos.”

Fue un amanecer de amargura para los integrantes de ambos bandos, tanto los devas y cultistas que acampaban en las plazas de Oesile Nede como los que se hallaban allí en

la institución, preparándose para el enfrentamiento. Habían perdido, ambos, y el final se acercaba con ese agrio recordatorio bien presente.

En tres días, la prueba que terminaría todo daría lugar en el mismo sitio en donde la sacerdotisa de Baal reposaba. Iba a ser un conflicto donde las fuerzas de los contrincantes se desatarían en su máxima expresión.

Arksinad sonrió, emergiendo poco a poco del todo de sus recuerdos y penas y dejando de ver el cadáver de Majcel. La puerta de la habitación se abrió, y por allí entró un Reginald consternado. No le prestó atención, sino que por la abertura vio a Reaper, haciendo guardia afuera, acompañado por una Shimari que cuidaba a Linith, quien se había dormido por el peso de sus obligaciones.

El guerrero le hizo un gesto significativo, preocupado. La luz entraba fuera de aquella sala de muerte, por los ventanales de la escuela, resaltando la blancura y lo etéreo de las cortinas en una alegría olvidada y ligera. Arksinad había comprendido algo, algo que Reed debía entender también si no quería perderse en el vacío que lo atormentaba. Las cosas habían cambiado. Ya no estaba solo.

Tenía amigos, camaradas que le apoyaban en verdad. Pensando eso miró al de Kamui, y levantó el ala del sombrero. Bajo las sombras, tocado por esa revelación, su sonrisa fue real como no lo había sido en mucho, mucho tiempo.

12. El Legado De Albion

-Haz el fuego un poco más grande, si quieres que pasemos con vida esta noche.

Al oír esas palabras el niño no pudo evitar refunfuñar en su interior, pero por fuera se mantuvo tan callado y orgulloso como lo había hecho durante esos días de viaje. No pensaba darle a su compañero ningún motivo para burlarse de él o mandarlo de vuelta a su pueblo, y por lo tanto cesó toda queja, concentrándose en las enseñanzas que había recibido sobre cómo administrar su maná en la aplicación de hechizos.

Muchos magos jóvenes, le había dicho Scarrow, se mostraban propensos a gastar grandes cantidades de energía mágica en sus conjuros por culpa de su falta de disciplina y de la necesidad de incrementar el poder aumentando la luz, calor y sonido que rodeaban las técnicas, sin poner énfasis en la intensidad. Era un error común, el primero que un buen maestro de la magia debía aprender a corregir.

A su pesar, Caxer Id Vant ya no tenía maestro, y su compañero el caza dragones era un muy mal sustituto en cuanto a lo que su aprendizaje como hechicero refería. Por tanto, el niño había decidido aprenderlo todo solo, experimentar con sus poderes cuanto le permitieran sus largas caminatas y noches de acampado, las luchas en las que en ocasiones Eluid Skardtril lo dejaba intervenir y los pedidos de la gente que frecuentaban, los habitantes de Gikeldor a los que el celestiano parecía conocer tan bien.

Los llamados bárbaros de Gikeldor parecían tener en gran estima a Eluid. Fueran humanos, delgados ahuras brujos, mercenarios de orejas puntiagudas o inclusive esos hombres de grandes cuernos y cabello colorido, todos parecían deberle algún importante favor: tanto que hubiese exterminado al nido de dragones de la costa sudoeste, como que había matado al gusano Delrith, ayudado en la defensa del pueblo de Nein, orquestado una movilización armada para defenderse de los ataques de vástagos de Aterror; Eluid aparecía en las historias que los habitantes le contaban encantados, al simpatizar con él rápidamente por verlo en proximidad a ese héroe y, claro estaba, también porque Cax no perdía el tiempo y procuraba ofrecer sus servicios como mago curandero a quien quisiera, sin pedir un centavo. Sabía que era arriesgado, pues no tenía control completo sobre su poder, pero no pensaba dar marcha atrás y, ya que en lo general Eluid no le permitía participar en sus batallas, la magia de cuerpo y vida era la única que podía entrenar, sanando enfermedades y gripes, ajustando problemas de vista y respiración o consolando un poco los dolores de los enfermos y hambrientos.

Gente había muerto sobre sus pequeñas manos, en ocasiones, pero Caxer había aprendido a acostumbrarse. Nadie le resentía. En Gikeldor la muerte, la indigencia y el horror eran moneda corriente, y el sólo hecho de que fuera un mago, y no otro brujo codicioso quien estuviese dispuesto a ayudar, hacía que los pobladores estuviesen siempre agradecidos con él, sin importar cuántos hubieran sucumbido a la peste y a la miseria por detrás de sus intentos. Les pagaban con pan, con sopa, con fiestas y alcohol barato en el mejor de los casos, incluso con música y algunos pueblerinos humanos les ofrecían las manos de sus hijas, costumbre que todavía no entendía pero que Eluid siempre rechazaba con alguna excusa alegre, proponiendo pagas insólitamente bajas por sus servicios o escapando del lugar sin llevarse nada.

Era una vida de labor, a la que Caxer poco a poco se acostumbraba. Gikeldor era un mundo de locos, todo lo opuesto a la existencia que había llevado en Vant. Mientras que en su pueblo natal la diversidad era vista con malos ojos, en Gikeldor las razas convivían en una armonía inestable, marcada siempre por el hecho de que los infortunios caían como martillos sobre todas las cabezas por igual. Donde en Vant el crimen era condenado y perseguido, en Gikeldor los criminales corrían libres por doquier a menos que afectaran intereses comunitarios pues, ¿Quién osaba encarcelar a un ladrón que pasaba hambre? Aquello era común tanto en humanos y ahuras, como en los pocos mercenarios elven con los que se había cruzado y, si bien las costumbres de esos tres grupos eran distintas, existía en ellos un tácito acuerdo sobre quién era el verdadero enemigo para todos, el diablo que los mantenía en tales circunstancias.

Quienes residían en la tierra del hambre maldecían a los adinerados habitantes de los continentes centrales, maldecían a las injusticias del mundo y reclamaban por igualdad, por un trozo de carne en las cenas de la noche, porque el mundo dejara de caérseles encima. Llegó a ver escenas de una crueldad inmensurable, como la colecta de esclavos –se vendían voluntariamente, buscando una vida mejor- en los pueblos que ya desaparecían, o la quema completa de aldeas en cuyo espacio la pestilencia y la enfermedad se habían asentado, dejando al fuego como única solución.

La tierra era yerma, vacía y opaca. Le habían dicho que al norte algo de aquella carencia se esfumaba, pero aquellas eran promesas en las que se permitía no creer: desde el sur, la única cosa parecida a una ciudad medianamente próspera –pero que a todas luces no tenía la fineza y el confort de Babel, Deneb Algedi o Sadalsuud- era Rasalhague, la supuesta capital del continente. En Rasalhague habían pasado los primeros días, al desembarcar, hablando con otros guerreros conocidos por Eluid y con el Consejo que ministraba con poco éxito los territorios aledaños: un grupo de mujeres y hombres ahuras apodados Mercaderes, brujos todos ellos y quienes intercedían a través del Campeón de la zona, un tal Sulfur Houppé que de momento se encontraba en viaje a tierras lejanas.

Eluid le había comentado, de paso, que en realidad más allá de esos brujos las órdenes se recibían del norte, en Zubeneschamali, donde el último de los regimientos kiel del mundo se asentaba. Irían allí, le prometía, y le presentaría entonces al verdadero emperador oculto de Gikeldor, de un linaje que se remontaba a casi mil años en el pasado.

Promesas como esa eran muchas las que el rubio le hacía, pero la vida ajetreada que llevaban les hacía imposible cumplirlas de verdad sin verse interrumpidos por cuantiosas misiones, pedidos de captura de criminales, pueblos que rogaban algo de asistencia médica y, por supuesto, el favorito de Eluid: la caza de los dragones jóvenes que buscaban darse renombre atacando los decadentes hogares de la zona, en donde el

Geral Veintiún no cubría con su justicia y el ejército kiel se hallaba demasiado lejos como para intervenir. Cuando esos objetivos hacían aparición, Cax veía un brillo feroz y una sonrisa jactante siempre en el rostro blanco y terso de Eluid, quien con su martillo en mano iba tal relámpago a su destino, de frente buscando pleito contra cualquier monstruo y con el único propósito de eliminarlo de la faz del mundo.

Las primeras veces, Caxer no había podido ayudarlo. El primero de los dragones que habían atacado desde su llegada a Gikeldor, cuyo nombre desconocía, lo había dejado paralizado, congelado en un terror entremezclado con recuerdos: Skectral, su risa, la balsa con los cadáveres fusionándose entre las llamas y el cuerpo de Scarrow mirando el cielo, arrojado como un muñeco de trapo contra las gruesas columnas del palacio de mármol. No podía actuar entonces, detenido, reducido a una pequeña estatua, y Eluid le había ordenado que se alejara, para encargarse él del enemigo por su cuenta como lo había hecho siempre.

El guerrero no le había criticado aquello ni hecho comentario alguno, pero el orgullo de Caxer le impidió dejar que la incertidumbre y el terror se convirtieran en constantes cada vez que enfrentara a un dragón. Debía superarlo. Así que, días después cuando Eluid volvió a recibir una misión similar, Caxer fue tenaz en pedirle acompañarlo y el joven no pudo más que aceptar, secretamente admirado de la valentía que aquel niño mostraba.

La segunda vez también había quedado congelado, pero al menos había acertado en mover las manos en un momento vital, creando un campo de energía que protegió a su compañero de un mortal coletazo del dragón grueso y espinoso que habían ido a exterminar, dándole tiempo también de cargar su ataque y atravesarlo con un trueno.

Como celebración por vencer su temor y por haberle él salvado la vida, Eluid lo había llevado a una celebración ahura. Allí el pueblerino había quedado boquiabierto: ya le había sorprendido mucho la curiosa concepción que los humanos de Gikeldor tenían de una fiesta, un evento que irremediamente terminaba en una gran batalla entre todos los borrachos de la taberna y a la que Eluid solía participar encantado; pero los hombres y mujeres de orejas caídas y piel cetrina que eran el pueblo ahura lo hacían muy diferente: importando la tradición de las tribus de genios que asolaban los áridos desiertos del norte, se encargaban de que las celebraciones fuesen una noche de lujuria y encanto casi tóxico, en el cual se destinaban los fondos de los Mercaderes –quienes reunían gran parte del oro continental- para contentar a todos los invitados: vino tinto de calidad, fuertemente especiado, bailarinas exóticas de diferentes razas sobre las tarimas, vapores y drogas que volaban de aquí allá junto a otras extrañezas y perversiones que su mente no desarrollada asumía con naturalidad precoz, conociendo asombrando el otro lado del mundo. Las tradiciones, valores y morales de su pueblo eran cambiados en Gikeldor por ritos, libertinaje y lujuria; la integridad por corrupción, el bienestar por pobreza y la simplicidad por una envidia abismal a quienes del otro lado más tenían.

El contraste entre la riqueza de esas fiestas –podía llegar a ver oro en los brazaletes de los bailarines- y la pobreza de afuera hacía que el celestiano se pasara la jornada, entre gozo y gozo, tratando con los peces gordos para que liberaran un poco de sus recursos al resto, una práctica que había adoptado de ese tal Sulfur Houppe a quien en ocasiones llamaba su líder. Sentado en un amplio sillón, con las manos sobre las rodillas, más pequeño que todos allí, Caxer veía a Eluid hablar amigable con el Mercader de turno, rodeado de mujeres y lujos y disfrutando un buen trago. Esos brujos ahuras gordos y barbudos siempre se mostraban simpáticos para con quien les quitaba a los dragones de encima, atizándose gruesos bigotes mientras lo colmaban de atenciones,

con esos dedos rechonchos en los cuales la piel no se veía por la cantidad de anillos que llevaban.

“¿Qué te parece el vino importado de la Forja, joven? ¿Lo encuentras agradable? Es una exquisitez difícil de conseguir”.

A lo que su compañero devolvía respuestas interesantes.

“Excelente. ¿Ahora qué tal gordo de mierda si compartes un poco del exquisito vino de la Forja con los pueblerinos de Oskil?”

“¡Ja, ja, ja!” reían los Mercaderes siempre *“¡Tan audaz como siempre! Bien, si me lo pides, creo que puedo tener en cuenta ese pequeño favor”.*

E, indudablemente, luego se enteraban de que los pueblerinos salían favorecidos. Caxer ya había aprendido que intentar derrocar a los Mercaderes era una locura, no por la imposibilidad sino que, si bien aumentaban la injusticia del mundo, eran esos ahuras lujuriosos quienes empujaban a las demás potencias para favorecer a Gikeldor y no eran pocos los que donaban a pueblos sin tener que interceder Eluid. Por lo que le había dicho, era gracias a la existencia de los Mercaderes que muchas de las poblaciones con más años de la zona aún permanecían de pie. Otros, claro estaba, eran más reacios y debían mostrarles cuánto les convenía mostrar un poco de generosidad, en vez de los exorbitantes precios que un asesino de dragones solía cobrar en verdad. Era la única paga que Eluid pedía, en cada lugar, en cada camino, en cada momento y a cada persona, viviendo con lo justo y pasando hambre varios días, cosa a la que Cax se acostumbraba pero, en ocasiones cuando el estómago le rugía y debían caminar por largas horas, se preguntaba si el aguerrido joven no estaba intentando limpiarse de algún pecado que le atormentara.

Y así y todo, se daba cuenta de que Eluid se había enamorado ya de esa tierra caótica e inexpresable. Había llegado a conocer a aquel joven bastante bien, desde la larga travesía marina que habían realizado –saliendo de Tikielder en un pequeño bote prestado por un aldeano, atravesando la tormenta infernal a fuerza de pura determinación y agotados por fin llegando a Kaus Australis, en donde habían tomado el primer barco que los llevara al este- y sabía ya de su historia, de cómo Skectral había destruido del todo su hogar, Rigel, y sólo su vida y la de su hermana habían podido ser salvadas, creándole en ese instante un odio hacia los dragones que se veía bien claro en cada golpe que daba, en cada martillazo brutal con el que Eluid machacaba las escamas de sus oponentes, hundía los colmillos de esas bestias y electrocutaba sus cuerpos. Entendía su odio, y le hacía recordar, en parte, a su hermano a quien tanto extrañaba. No había olvidado que su viaje era para encontrar a Reed, claro estaba, pero mientras más pasaba el tiempo más difícil le era enfocarse en su supuesta misión, perdiéndose su mente entre las preocupaciones y el hambre, el sobrevivir un día, el olvidar quién había sido y cómo le habían mimado en su pueblo. Gikeldor era así. Una vez lo conocías su maldad te absorbía, y si tenías algo similar a consciencia o deseo de aventuras dejarlo sería imposible. Era por ello que creía que Eluid no volvía a la hermosa Cel-Neckar, si bien a cada segundo amagaba contándole sobre su hermana noble, Merady Skardtril, y también claro sobre su bóveda repleta de cráneos de dragón, macabros trofeos de sus cacerías.

Suspiró entonces, pensando en esa ciudad y dejando las llamas ascender hasta envolverlos a ambos. Hacía frío. Habían supuesto que, por el repentino enfriamiento de la zona, tanto tendrían que enfrentar a un dragón de hielo como a un dragón de huesos como Skectral. Rezaba porque se tratara de la primera opción.

-Come.

Una tira de carne mal asada mezclada con legumbres baratas se le ofrecía clavada en una varilla, al estilo de un almuerzo tradicional de la zona. La carne en concreto podría ser de ratón, serpiente, y en algunos casos algunos picaros bardos le habían comentado, divertidos con su reacción, que para abaratar las reservas era una práctica común el mezclar esa carne con la de perros y gatos. ¿Vacas? No sabían de qué hablaba. ¿Cerdos? ¿Es que acaso estaba loco, niño?

Así que Caxer había aprendido, también, a intentar no averiguar qué era lo que comía allí y a desear una dieta vegetariana que Eluid no le permitía, con buen motivo indicándole que necesitaría energías para sobrevivir sus aventuras. Mientras masticaba la blanda carne, quemada y cruda de formas imposibles, los ojos aguamarina del cazador tuvieron un rastro de aprehensión al verle, como esperando su opinión.

Sonrió, poniendo empeño en no escupir.

-Muy buena. Sa... Sabrosa.

Los hombros de Eluid se aflojaron, en un suspiro.

-Mi hermana solía decir que mi cocina era terrible. Pero veo que se equivoca, ¿verdad?

Aguantó las lágrimas, tragando otra albóndiga picadillo especial e imaginando que era pasto, pues hacía todo más sencillo. Luego de unos minutos, al percatarse de que el otro esperaba de nuevo una respuesta, asintió. Juraba por su vida que una vez saliera de Gikeldor, si lo hacía, jamás volvería a probar carne de ningún tipo.

-Cómo...- se secó la boca, aprovechando para dejar un poco de comida a medio masticar por entre la capa impermeable con la que se calaban para protegerse de la intemperie- ¿Tú le cocinabas?

-En efecto- sonrió ufano el otro- Desde que dejamos Rigel en harapos hasta que los magos de Cel-Neckar nos acogieron, aunque debo admitir que por allí la comida es mucho más cuantiosa y de calidad. Merady era una inútil para armar buenos platos, así que yo tuve que encargarme de todo. Al menos hasta que...

Su rictus se ensombreció, y la mano acorazada con la que sostenía una pequeña rama para avivar el fuego mágico se cerró con fuerza celosa, haciendo astillas. Caxer estuvo sorprendido. Jamás lo había visto así.

-Ese condenado mago...

Dudó. Eluid parecía estar echando humo.

-¿Ark...?

-¡Ese!- el caza dragones arrojó los pedazos de madera, con un enfado que no pudo evitar resultarle cómico- Desde que apareció, mi hermana comenzó a aprender arte culinario para favorecerle... ¿Y a mí no? Su hermano hace tanto por ella, y así le agradece. ¡Aún es muy joven como para saber qué quiere! ¿Y por qué un brujo afeminado como ese? ¡Mi cuñado debería ser alguien fuerte, como yo! Merady no tiene ojo para los hombres...

Quedó mudo ante ese soliloquio, pensando si decirle a Eluid o no que, habiendo conocido al mago que acompañaba a Reed y entrenado junto con él, tenía la impresión de que Arksinad era un individuo simpático y de que tampoco era del tipo que fuese a corresponder los sentimientos de esa tal joven. Aunque claro, era inútil en cuanto a que no la conocía y también en cuanto a que entendía que los celos que su compañero sentía no tenían mucha lógica por detrás.

El guerrero seguía mascullando para sus adentros, por lo que decidió mover un poco el tema.

-¿Cómo lo conocieron?

Más astillas se arrojaron contra el fuego, que elevó sus lenguas llameantes sobre el cielo raso nocturno. La divagación errática de Eluid pareció cesar, relajándose.

-Oh... ¿Al mago?

Caxer asintió. Ya no quedaba más madera para alimentar la fogata, por lo que tendrían que subsistir al frío con su magia.

-Similar a como te conocí a ti- le confesó el joven- Nos encontramos los dos cumpliendo la misma misión, la de cazar al dragón Delrith.

»En ese entonces yo recién comenzaba mi gira en busca de Skestral, por lo que no había perdido oportunidad de cazar a cuanto dragón me pusieran en frente. Delrith era una fuente de oro puro... Un dragón de fuego clásico, sitiando las cuevas de lava del noroeste y ahuyentando a las poblaciones aledañas. Una recompensa muy suntuosa, claro, aunque lo que más me interesaba era que se trataba de un gusano de mayor rango que los que había enfrentado, lo que significaba que podía tener información sobre quién había masacrado a mi pueblo y también que significaría por fin un reto para mis habilidades como cazador.

En sus ojos había un velo añorante, de nostalgia. No le costó a Caxer imaginar a ese Eluid, aun más joven y todavía más idealista, inmaduro e ineficaz en su accionar.

-Lo recuerdo muy bien.- prosiguió- Ingresé a la cueva con mi martillo en mano, esperando lo que quizás sería el último combate de mi vida... Tal como siempre es el enfrentar a un dragón. Y allí en efecto lo hallé, a Delrith, una bestia grande para su tipo, cubiertas sus escamas verdes con una armadura de acero que ardía con la lava en la que se bañaba.

-¿Una armadura?- lo interrumpió Caxer. “¿*Quién diablos le forja una armadura a un dragón?*”.

-Sí- Eluid se encogió de hombros- También me lo cuestioné en ese entonces. Pero volviendo a mi relato, resultó qué, dentro de la cueva, Delrith ya se hallaba batallando contra alguien...

-Contra Arksinad.

-¿Vas a seguir haciendo acotaciones obvias o me dejarás continuar?

-Lo siento- agachó la cabeza.

-Perdonado. Pero sí, era el brujo- notaba el niño mucho como el celestiano se empeñaba en llamar a aquel simpático compañero de Reed brujo... Lo que significaría que tenía algún tipo de contrato con un demonio. No lo había notado al estar en contacto con él bajo el refugio de Da Skel, pero la verdad era que, si era cierto, ya no le importaba. Había conocido numerosos brujos ahuras en Gikeldor, y si bien sus auras le incomodaban, no hubiera podido señalarlos como influencias malignas o benignas necesariamente; sí, quizás, más ambiciosos que la mayoría.- Batallaba con su magia contra el dragón, ayuda a la que no tuve la idiotez de desistir. No hay nada mejor para un cazadragones que encontrar a otro de su tipo, créeme.

»Así que sin decir nada juntos luchamos en esa cueva, por nuestras vidas. Delrith fue el primer oponente formidable que tuve. Sus llamas eran más poderosas que las de ningún otro monstruo, y al esquivarlas calentaban mas la atmósfera, sumándole poder y debilitándonos por encima de los conjuros del brujo. Además, claro, se hallaba en su territorio, cosa que aprovechaba a cada rato arrojándonos lava que Arksinad tenía que desviar modificando el terreno.

»Puedo asegurar que sin él no lo hubiese logrado, y viceversa. Luego de casi una hora de combate, por fin Delrith comenzó a verse agotado y lo demás fue tácito: él utilizó alguna clase de magia de luz para arrojarle parte del techo de la caverna encima,

y subiendo por sobre la debris que caía yo salté sobre nuestro enemigo, impactándolo en un golpe directo sobre la cabeza. Su cráneo es uno de mis tesoros más preciados, junto con este.

Y levantó, de su cintura, el gigantesco colmillo que le había arrancado a la carcasa de Skestral. Lo había hecho pulir con un par de herreros de la zona y ahora parecía más una estilizada daga, que usaba en conjunción con su martillo si la situación lo requería. Era un arma improvisada y poderosa que podía partir cualquier barrera en un segundo y atravesar la armadura como si fuera manteca. Caxer se estremeció al verla, pero Eluid no le dio importancia y la arrojó hacia arriba, atrapándola con una mano y prosiguiendo.

-Luego de eso, fue la hora de repartir el botín- río- Y lo gracioso fue que a ninguno de los dos nos interesaba. Mi objetivo al atacar a Delrith había sido obtener información, cosa que hice al reconocer ese lagarto el nombre de mi pueblo y mencionar que quien lo había hecho estaba por encima de él... En cuanto a Arksinad, como se me presentó, lo había hecho para acercarse al Mercader que impartía la recompensa, pues buscaba sacarle también datos sobre un tal Salocin Arim, de la misma familia que el adinerado administrador de la tierra.

»Así que con la excusa de recibir parte de la fortuna me decidí a acompañarle, temiendo un desastre. Arksinad... podía notar que era un forastero, aun más que yo, y poco acostumbrado a la pobreza de la tierra, de seguro un criminal buscado en Cel-Neckar que planeaba granjearse una amistad fuerte en Gikeldor para cubrirse las huellas. Era un procedimiento bastante común, y más si eras un brujo que seguramente había estado viviendo en lujos hacía menos de un año. Lo seguí entonces, y procuré estar cerca cuando lo vi hablar con el mercader Arim.

»Pero no podía haber imaginado lo que ocurriría. Arksinad no me había mentido, como yo creía. Realmente buscaba información sobre ese tal Salocin, y nuestro contratista no estuvo dispuesto a dársela. Discutieron por un buen rato, el brujo acusando a ese tal tipo de ser un asesino y el Mercader acusando al brujo de lo mismo, y la cosa se puso fea. Antes de que pudiera siquiera meterme en el combate, uno de los guardaespaldas del acaudalado dueño de la tierra se interpuso, y tumbó a Arksinad de un golpe.

-¿De un golpe?- Caxer no lo podía creer.

-De un golpe- asintió Eluid satisfecho- Ustedes magos son una cosa muy frágil si se los halla desconcentrados, y Arksinad estaba perdido y furioso... En cualquier otro caso, allí hubiese terminado mi aventura, perdiéndole el respeto y volviendo a lo mío... Pero claro, sentía que le debía algo por haberme ayudado contra Delrith. Me quedé allí, procurando llevármelo y pidiendo disculpas en su nombre. Cuando quise cargarlo en mis hombros, sin embargo, descubrí que sus ojos estaban abiertos. Rojos.

El niño tragó saliva, oyendo. Tuvo el recuerdo de Arksinad, dándole coraje mientras practicaban, de sus combates en la arena bajo el juicio de su maestro y esa eterna cándida sonrisa, proyectada y falsa. Ahora, con este relato, no pudo evitar por un segundo sentirse preocupado por su hermano. ¿Qué estaría haciendo Reed?

-Arksinad se transformó ese día. Lo vi con mis propios ojos- con el fuego y el ambiente nocturno, el relato de Eluid pareció un cuento de terror para irse a la cama- Era un brujo, claro, aunque ninguno esperaba que el demonio que lo poseía pudiera manifestarse por su cuenta. Y eso hizo. Una bestia de hilos negros y sombra, infantil, rugiendo maldiciones mientras desbarataba por completo el lugar. Se mantuvo activa durante cinco minutos, tal vez, pero esos cinco minutos le fueron suficientes para devorar al guardia que le había golpeado, dejar heridos de muerte a otros dos e incluso

romper parte de mi armadura en un coletazo. No distinguía aliados y enemigos. Tan sólo tenía miedo.

»Luego se desarmó, y volvió a caer el mago desmayado y febril entre harapos al suelo, o al menos eso fue lo que vi cuando lo encontré, pues yo había acompañado al Mercader a un lugar seguro desde el cual él gritaba órdenes, pidiéndole a toda la gente habida y por haber que mataran a ese demonio. Estando el brujo así indefenso e inconsciente, en terreno inhóspito, y conmigo aún sintiendo que le debía algo, por fin pude cargármelo al hombro y huir.

-¿De ese pueblo?

-De Gikeldor- sonrió Eluid- Si un Mercader te odia, todo el concilio de Mercaderes lo hace. Arksinad ya no tenía lugar aquí, ni yo tenía influencia como para defenderlo... Así que me lo llevé. Atravesamos el mar en un barco barato, y volvimos a Cel-Neckar, a la casucha que alquilábamos con mi hermana y en donde ella lo atendió y alimentó, hasta el día en que volvió a despertar.

Sus ojos rodaron, entonces.

-Merady estaba fascinada. ¿El brujo? No tanto. Tal como lo esperaba, tenía terror de estar en ese reino por mucho tiempo, por lo que tardó bastante en confiar en nosotros, recibiendo clases de mi hermana sobre religión y mostrándose con esa amabilidad aniñada que aparenta. Pasaron semanas hasta que comprendió que en Cel-Neckar no estaba siendo perseguido, y mientras tanto pudo contarnos su historia. Era alumno del rey.

Caxer asintió. Sabía esa parte, por haberlos oído hablar y demás. Había captado también parte de las charlas que Reed había tenido con su maestro, y sabía que el tal monarca de Cel-Neckar se había vuelto loco o algo por el estilo.

-¿Lo ayudaron entonces? ¿Contra su maestro?

Se sorprendió al oír la risotada casi demente que dio Eluid, quien cayó al suelo con todo el peso de su coraza de escamas e hizo batir el fuego frente a sus ojos.

-¡Ayudarlo!- una carcajada nueva salió, y Caxer tuvo que tragarse su orgullo en la espera de una respuesta- Eres un poco demente, niño... ¿Reed también es así, verdad? Pero acaso, ¿no has aprendido nada de nuestras correrías con los hechiceros ahora? Los brujos inventan cualquier cosa, como sabes- volvió a sentarse, calmándose tan rápido como había estallado- Aunque él sí que nos ayudó a nosotros, indicándonos que buscáramos audiencia en el castillo de Babel en donde Merady obtuvo un hogar mejor. Decidí quedarme un tiempo, por si las moscas y luego volví a Gikeldor... Hasta que el destino nos volvió a unir, claro está.

Y con eso concluía el relato. El pequeño de Vant silbó, admirado, y apretó entre sus manos el báculo que llevaba; ese báculo demasiado alto para él, de madera y con adornos de plumas de águila, que alguna vez había pertenecido a su maestro. Viéndolo, y con lo que le había contado Eluid fresco en su mente, su imaginación voló hacia Reed. ¿En dónde se hallaba? ¿Qué hacía? ¿Qué era de los héroes que habían salvado Tikielder? Reed, Reaper y Arksinad, perdidos, Eluid y él mismo, surcando Gikeldor, Van Lyder, continuando su negocio marino o incluso Ibmema, que debía de estar disfrutando de la nueva paz y reorganización de la isla... En donde estaba su madre, a quien ambos hermanos habían dejado sola. Tuvo una punzada de culpa al virar así la línea de pensamiento, sintiéndose un poco egoísta. Con los ojos grandes y violetas perdidos en las llamas, otras llamas se elevaron por delante, en lo personal, llamas que alcanzaban el firmamento y eran la última pira de un viejo amigo. Esas llamas le conectaban con su hermano, al igual que el bastón que llevaba entre sus manos.

“Te encontraré, Reed”.

Abrió los ojos, saliendo de ese rincón de su determinación y vio que Eluid ya dormitaba, arrojado de costado en el suelo. Era común en el joven hacer eso, aunque siempre estaba al salto por cualquier cosa que ocurriera, un modo de descanso al que el niño aún no se acostumbraba.

Pensando entonces en el angustiante día que tendrían mañana, Caxer se recostó sobre la tierra dura y helada. Entre los arropes de su capa, se preguntó si, en donde fuera que se hallara, Reed estaría durmiendo tan incómodo como él.

Había adquirido un gusto especial por las mañanas, en especial por la práctica que significaba el levantarse temprano, ver el sol filtrarse por alguna ventana y entonces estirar los brazos cuanto podía, desperezándose y dándole la bienvenida al día con renovadas energías. Fuera desde el suelo de madera del arca, desde el alongado sillón en la casa de Amu, las habitaciones magníficas del palacio de Sadalsuud o inclusive la mullida litera que le habían armado Desma y Lialbe, ese ritual significaba para él en cierta medida un certificado de que la jornada, con sus altos y sus bajos, iba a terminar bien.

Lo único que le incomodaba, aunque no podía quejarse, era la falta de privacidad que significaba el pasar las noches en el mismo salón comedor, algo que causaba que, al abrir los ojos tras su estiramiento, siempre hubiese alguien sentado en la mesa de madera del frente comiendo un bocado y habiéndolo visto dormir durante un buen rato.

Esta vez quien estaba allí era Deih, quien comía distraída algo de pan seco junto a un Lialbe que parecía a punto de llorar de la incomodidad. Le temían, a De...

“A Nakku” se corrigió, recordando la charla de hacía días. Le temían, sí, ya que su personalidad arisca, reservada y llena de sorna era más similar a la de los albinos del Domo del Sol que a la que un deva común hubiese esperado de un invitado. Reed había notado que la joven intentaba cambiar aquello, al menos mostrándose amable para con sus anfitriones y ayudando en los quehaceres, movida de seguro por la culpa de estar cobrándoles ayuda a los padres de la niña a quien había llevado directo hacia Bali. De momento, sus esfuerzos estaban dando lamentables resultados para con Lialbe. Con Desma, en cambio, había un pequeño avance que Reed percibía en que la mujer ahora pasaba más tiempo a solas con la ex mercenario, quizás con la errada esperanza de hacerla una confidente en cuchicheos femeninos, una confianza que Reed sabía tarde o temprano se arrastraría hacia su esposo. Desma era, por lo que notaba, quien llevaba los pantalones puestos en esa familia.

-¡Despertaste!- le miró el deva aliviado, al verlo estirarse- ¿Hubo mucho bochinche anoche?

Negó. Casi todas las noches podían sentirse el movimiento de espías y soldados recorriendo las calles y de las diversas escaramuzas que poco a poco ocupaban el centro, pero desde que el Salón de Yeurion había estallado en pedazos ya nada de ello quedaba, y ambos ejércitos parecían haberse replegado, listos para el enfrentamiento final. Reed se preguntaba, en ocasiones preocupado, cuál sería la situación actual de

sus dos amigos, si habían sobrevivido ilesos a esa catástrofe y qué estaría pasando con las tropas aliadas. Era un mundo que le producía disgusto, quizás, pero también era el mundo en el que Reaper y Arksinad se hallaban inmersos y al cual tarde o temprano tendría que volver.

El día en que vino Shimari, la estruendosa explosión cuya onda expansiva voló la colección de instrumentos de vidrio de Lialbe también interrumpió la charla que tenían con la reina; escuchando ellos la historia de cómo había sobrevivido mientras que a su vez Shimari hacía preguntas que con inteligencia limitaba al entender la situación de la joven Bellow dentro de ese hogar... Y cuando el desastre los alcanzó, el muchacho sintió miedo. Por un momento pensó en buscar su escudo y partir, huir de allí y volver corriendo a donde sus amigos se hallaban, una empresa en la que Lialbe y Desma lo hubieran acompañado al estar aterrorizados por su hija.

En cambio, Shimari ofreció ir por su cuenta, y volver inmediatamente a avisarles en caso de enterarse de que cualquiera de sus seres queridos andaba grave. Nakku se mostró de acuerdo, indicándole a Reed que la misión de la Organización aún lo esperaba, y tanto él como la pareja tuvieron que admitir que era la mejor opción. Habían pasado ya dos días desde ese momento, y a cada rato se sentían más tranquilos.

Aunque claro, también estaba la opción de que Su Majestad hubiera muerto en el camino de regreso pero, ¿era posible decir eso de quien había mantenido a raya a los daevas por nada más ni nada menos que tres días? Reed no lo creía.

Sonriendo ante esa idea también ocupó un lugar en la mesa, tomando un poco de pan de la bandejilla del medio y untándole manteca encima con un cuchillo dorado, como casi todos los utensilios de la Ciudad. La manteca en sí tenía un dejo floral y parecía más ligera que la que se comía en su mundo, probablemente al ser un producto de origen vegetal y no animal, una penosa conclusión de la falta de fauna comestible que los devas tenían en su tierra. La carne que había, por lo que les habían dicho, pertenecía a unas bestias llamadas wyverns con las cuales el pueblo dorado se había ya familiarizado, teniéndolas como animales de montura, cría y hasta mascotas. En un tiempo, les contó un emocionado Lialbe un día, habían tenido dragones, pero la mayoría se extinguió pues los guerreros albinos probaron su valía una y otra vez exterminándolos y creando Arcas Voladoras con sus corazones, artefactos impensables que les permitían navegar por los cielos y que realzaban el esplendor de esa tierra. Hoy en día, se lamentaba el hombre, ya no quedaba ninguna. La mayoría habían migrado al otro mundo, junto con Idgray y Albion y los dragones de ese plano se habían extinto, por lo que crear más era imposible.

Al menos, pensó Reed entrecruzando miradas con Nakku al momento que oyó aquello, significaba eso que los devas sí tenían qué ofrecerle a los reinos superiores: la confección de las Arcas Voladoras, tesoros dignos de la monarquía. Al contarle a su anfitrión que Arksinad poseía una, sus palabras parecieron causar una conmoción de alegría y Lialbe se quedó todo el día parlotando sobre esos barcos, hartándolo tanto que intentó no cruzárselo más mientras la fascinación le durase.

Ahora parecía haberse calmado, juzgó en silencio al tiempo que daba un bocado a su desayuno y lo acompañaba con un trago de agua fresca para que bajase acompañado al estómago. Le miraba interesado, por sobre las bandejas de alimentos mañaneros y urdió una sonrisa cómplice entonces, adelantándose un poco con los codos sobre la mesa.

-Reed, ¿hoy querías ver el libro del que te hablé ayer?

-¿Eh?- aún se hallaba medio dormido.

-El de los barcos. El tomo...

Palideció. La cosa aún no había acabado.

-Me temo que no tendremos mucho tiempo- lo salvó Nakku, interrumpiendo la conversación- Tendremos que hacer preparativos. Partiremos mañana mismo.

No fue Lialbe el único sorprendido, sino que él también la miró desconcertado. Pero claro. Su estadía allí tenía mucho de regalada, y con tanto que hacer el momento de dejar ese cómodo nido que los padres de Linith les prestaban estaba cerca. Se preguntó, sin embargo, cuánto afectaba la incomodidad de la joven esa decisión.

El adinerado deva se levantó de inmediato, algo consternado.

-Pero claro...- balbuceó- Yo... Iré a avisarle a Desma. Disfruten la comida.

Y desapareció por el pasillo, evidentemente golpeado por las noticias.

El comedor quedó en silencio, de nuevo, y Reed volvió sus ojos hacia Nakku.

-¿Es verdad?

Ella asintió.

-Ya no podemos perder más el tiempo.

-¿Y tus heridas?

La joven frunció los labios, casi divertida.

-¿Y las tuyas?

No pudo evitar bostezar, dormido y sin comprender, por lo que ella meneó la cabeza como decepcionada y suspiró, tomando otro panecillo y haciéndolo jugar entre sus dedos.

-Nos curamos más rápido de lo normal, nosotros los seelers. Tanto el disparo que encajé en tu hombro como el que recibí yo de Aminor... Las cicatrices se nos cierran rápido.

"*Pero no las mentales*" consideró Reed. De cualquier forma, era algo que ya había notado. Desde que ese poder había empezado a despertar en su interior, tanto la bala recibida por la Bellow, sus heridas contra Ragnar o la paliza que le había dado Lialbe defendiendo su hogar se hacían marcas como de pintura, que en pocos días se deshacían y desaparecían para siempre. Era como si su cuerpo estuviera constantemente bajo el influjo de una magia curativa, a todo momento y sin gastarle energías.

-Seelers...- meditó, ya sin hambre- ¿Qué es este poder? Vi a Sephid utilizándolo contra los daevas. ¿Es esto sólo de la Organización?

Nakku asintió, también dejando el pan.

-Es el legado de Albion. Concretamente, uno de los cinco legados que él dejó en el mundo: la Estrella Oscura, prueba de su lucha contra Grimold Styxer; la Organización, fundada por él para enfrentar a su hermano Idgray; Seele, el arte que nos enseñó y utilizó en sus batallas; y también su herencia... -en su rostro hubo una expresión difícil de dilucidar- Tú. Quien debía recibir todos esos legados.

Y lo había hecho, a su manera, aunque no sintiera que ese grupo le perteneciera, ni dominaba ese poder y la Estrella Oscura que había obtenido ya estaba vacía, lo que importaba en ella de vuelta dentro de Necrostacia. Era un legado impresionante, quizás, pero lo seguía sintiendo algo ajeno. Toda su vida había querido ser un elegido, pero ahora que era uno le resultaba casi molesto, una responsabilidad enorme que, si bien no le correspondía, estaba tan enlazada a él que negarla lo hubiese dañado.

-¿Y la quinta?- preguntó. La había estado recontando, y sabía que aún faltaba una.

-La quinta es la que nos compete- suspiró Nakku, y al retroceder la marca que tenía cruzando el puente de la nariz destelló apenas. Reed pensó entonces en las líneas que

atravesaban la cara de Saphid- Lo que ordenó Albion dejar a su grupo luego de su muerte en Dammed Oah... Su último y más definitivo recuerdo.

Algo en su pecho vibró, de emoción. La miró a los ojos, esos ojos violetas y decididos.

-¿Y eso es...?

-Ni remota idea- se encogió de hombros la joven con una sonrisa burlona.

Tuvo que sostenerse para no caer de cara contra la mesa.

-¿Cómo no lo sabes? ¿No eres de la Organización?

-Sí, pero recuerda que sólo de niña. Mi padre y los demás nunca tuvieron tiempo o interés en contarme mucho más aparte de en dónde se hallaba esa última memoria de Albion... En cualquier caso, si Ventrissen me ha mandado a guiarte y entrenarte, no es necesario que lo sepamos. Te llevaré allí, aprenderás sea te guste o no, y luego volveremos a con el grupo.

Exigente, sonrió para sus adentros. Sonaba razonable de cualquier forma, aunque no le agradaba buscar algo de lo que no tenía ni idea. Tenía que ser realmente importante para que le justificara el no volver a ayudar a sus amigos en ese preciso instante.

Aunque... Arksinad y Reaper estarían bien. Lo sabía, podía confiar en ellos como en nadie, se lo habían probado innumerables veces. Con eso en mente se sintió seguro, pasando una mirada superficial a la casa y pensando lo que le costaría dejar esa comodidad que tan casualmente había hallado.

Sus ojos se frenaron al ver el enorme escudo, apoyado frente a su cama, quieto y mudo como una reliquia olvidada.

Drassil. La última de las espadas legendarias, en donde se suponía habitaba el alma de su anterior hermano. Emitía un aura vaga, grisácea, algo que le daba una sensación de inteligencia y vida como nunca la había detectado antes. Era como si le hubiera estado observando, con frialdad, desde que había despertado.

Tan sólo un instante y por primera vez, Reed sintió algo de inexplicable desconfianza al ver el arma.

-¿Vas a contarme la historia de Albion e Idgray, verdad?- preguntó a la joven sin quitar la vista de ese acero brillante como un cielo estrellado. Sí. Estaba seguro de que el escudo lo observaba.

Ella asintió.

-En cuanto partamos de aquí. Conocer la historia de la Organización y aprender sea es parte de tu misión.

Iba a responder algo más, pero pronto del pasillo emergieron Desma, en cuyo rostro se veía el anhelo de retenerlos y Lialbe, que sobre los brazos fibrosos y nervudos sostenía una pila de libros coronada por un objeto: una miniatura de un barco volador muy diferente al de Arksinad, más cuadrado y de mármol. No pudo evitar sonreír con afectación al verlo, y el deva se lo apoyó en la mano con grandes aspavientos.

-Un pequeño regalo- le dijo- Para que nunca olvides este mundo.

Era delicado en su mano, aunque pesaba bastante.

-Gracias.

No tenía más palabras para expresar cuánto les habían ayudado. La tez bronceada del hombre se iluminó, mostrándole los detalles de ese recuerdo con la avidez de un niño que explora un juguete nuevo.

-En realidad- comentó Nakku viendo el pequeño barco al tiempo que el brillo en los ojos de Lialbe temblaba- Se romperá si nos acompaña. Tendrás que dejarlo aquí y buscarlo a la vuelta.

Acostado en la blanda comodidad de su lecho, Reaper deseó con una maldición que el sueño por fin irrumpiera en él. Sin embargo, sus esperanzas eran pocas: había mantenido en todo ese tiempo una actitud de vigilia al dormir, producto del intento de asesinarlo de su padre por la inferencia de Oblivion y, además, aún le dolía su cuerpo cuan largo era por el impacto recibido dentro del Salón de Yeurion, así que cada vuelta que daba en su cama intentando buscar una posición más favorable para que le entrara el sueño terminaba obligadamente con una sensación de ardor, un latiguelo en sus músculos y el consiguiente resentimiento en sus extremidades, que de a ratos se negaban a moverse. Era frustrante, para alguien como él. Por unos segundos pudo imaginarse a Amu sentada cerca, mirándolo con sorna mientras le administraba algunas de sus milagrosas pócimas... Lo que era tan sólo un deseo inútil. Allí no estaba su prometida, y el mejor curandero era un pobre inválido que se arrastraba de aquí para allá con demasiados hombres bajo su responsabilidad.

Rashka había sido muy directa en cuanto a lo que su entrenamiento refería: no lo dejaría luchar en ese estado, por lo que tendrían que probar otro modo de desarrollar la habilidad neu que le regalaría Necrostacia. La militar le había confesado, siempre con esa actitud tan severa que la caracterizaba, que en realidad sus heridas les habían conferido quizás una oportunidad para tomar un atajo en su instrucción.

“Es común, tanto en neus como magos, que sus poderes se activen inconscientemente durante el sueño en una situación de peligro. Así que duerme, Reaper Assadan. E intenta soñar”.

-Gracias por el consejo- masculló. Hasta hubiese preferido que la deva le ofreciera rascarle la espalda con Necrostacia. Dormir no era una opción en el momento.

Volvió a cerrar los ojos, enfocándose. En realidad, lo que le había dicho Rashka tenía algo de sentido. En el relato que Arksinad le hizo de su historia, aquella tarde en Sadalsuud, le había llamado la atención siempre cuando el mago le confesó haber destruido su propia habitación con un *Shinoras* mientras dormía, alertado por la presencia astral de esa tal princesa. En su momento había pensado, divertido, que las noches en Babel debían de estar llenas de peligros para los ladrones.

Pero ahora en cambio intentó concentrarse, para que la experiencia le sirviera. Debía considerarse en peligro. ¿Estaba en peligro? Quemado, herido e incapaz de luchar, con Bali y todo su ejército dispuestos a matarlos con tal de ganar la guerra y Reed quién sabía dónde...

Sí, quizás la situación no era muy buena. Abrió los ojos de nuevo, levantando a Necrostacia que reposaba a su lado y la agitó en el aire con enfado.

-Dame poderes, pedazo de mierda.

La espada rio como si fuera una niña a la que cosquilleaba. Pero no hizo nada más.

Dio entonces un largo suspiro, y volvió a enfocarse en el sueño. Quizás podría contar ovejas. ¿Por qué la gente hacía eso? Nunca había tenido sentido para él. Según Allon, era un término despreciativo de la nobleza para referirse a las vidas sencillas de los campesinos; aunque Reed le había dado otra explicación concerniente a lo aburrido de la actividad de pastor y Arksinad le había dado una tercera versión sobre un mago que había logrado duplicar animales de granja, lo que sin duda era otra de sus incontables mentiras fabricadas con el propósito de hacerlo enfadar. El mago era así, ríido... Aunque hacía mucho que no era como era, por así decirlo. Desde la muerte de Majcel había cambiado, y lo veía más activo, rondando el lugar y hablando con Rashka y los guerreros, tomándose sus planes y objetivos en serio. Tenía algo en mente, pero no estaba seguro de qué. Quién sabía lo que pensaban los magos. No desconfiaba de ellos como Van Lyder le había enseñado, pero quizás la única razón de aquello era la existencia de Arksinad... En cambio los demás, tanto Vannael y su locura como la historia del maestro de Reed... No, no podía decir que confiara. ¿Aunque en quién confiaba él en verdad? Sin duda la lista era reducida. Amu siempre le decía que debía abrirse más, pero había encontrado que tal actitud no solía ser muy recomendable para mantenerse con vida, fuera dentro de las intrigas de la corte de Sadalsuud o los pasillos irregulares de Deneb Algedi. O incluso la Ciudad Dorada. Allí...

-Reaper.

Era una voz masculina y familiar. No se dio cuenta de que se estaba durmiendo, a medio camino entre la consciencia y el mundo onírico. Aquel llamado de pronto lo arrancó de nuevo de su divagación, plantándolo en la realidad de su oscura habitación. El corazón le latía con fuerza.

Su nombre resonaba, aún en su mente. Tragó saliva, confundido.

-¿Padre...?

Necrostacia rio otra vez.

Mientras más se adentraba en la estepa siguiendo el paso seguro de Eluid, más frío le hacía y más el paisaje cambiaba. La tierra yerma y parda de Gikeldor comenzaba a cubrirse de montones blancos, nieve como la que jamás había visto y que le tentaba mucho juntar en bollos, aunque prefirió no hacerlo para ahorrar energías. Más allá, cerca del mar azul e inmenso, algunos témpanos de hielo podían verse magníficos contra el pálido sol, desprendiéndose cada tanto al ser golpeados por las olas.

Habían madrugado, desayunando huevos de tortuga –una delicia que Eluid había conseguido despertando tres horas más temprano que él-, y sin tiempo de descanso, procuraron hacer toda digestión en el camino que llevaba hasta la supuesta guarida del dragón que debían cazar.

Sin embargo, para cuando llegaron al lugar, Caxer no supo si sentirse agradecido o preocupado de descubrir que, si había habido alguno de esos monstruos bañándose bajo el sol que alumbraba la hierba muerta entre las estalactitas de la caverna, hacía mucho que ya la había abandonado, dejando a Eluid con sus ansias de sangre y habiéndolos hecho caminar inútilmente.

-Huyó- escupió entonces el caza dragones, golpeando una de las espinas heladas con tanta fuerza que logró partirla al medio.

Su acompañante en cambio no estaba ni la mitad de enfadado.

-¿Quizás supo que veníamos?

Últimamente Eluid lo cazaba demasiado, por lo que su fama se incrementaba a pasos agigantados. El guerrero negó, examinando las enormes huellas en el suelo.

-Era un dragón de huesos- pasó una mano por la tierra húmeda y fría, y la olfateó dejándola caer- Materia en descomposición. A su alrededor, todo empieza a perder la vida. Tan sólo estaba aquí de paso.

No pudo evitar estremecerse, decidiéndose del todo por el agradecimiento. No creía estar en condiciones de enfrentar a un ser del mismo tipo que el que había asesinado a su maestro, no todavía. Que hubiera escapado le quitaba un peso del pecho.

Aunque... aquello no detendría a Eluid. Tarde o temprano, debería enfrentar y superar ese miedo.

-¿Y ahora?- inquirió- ¿A dónde fue?

El joven se encogió de hombros con un largo suspiro de frustración.

-Habrá volado. Ya es tarde...- se sonó los huesos del cuello con un movimiento, y le dirigió una sonrisa- Hay un pueblo de pescadores no muy lejos de aquí. ¿Quieres beber vosche?

La idea lo tomó por sorpresa.

-¿Vosche?

Varios de los habitantes de aquel pequeño poblado estallaron en carcajadas, mientras de su boca emanaba ese líquido desagradable color a agua que le sabía a alcohol puro y hierbas amargas. Se secó con la manga de su abrigo y luego volvió a vomitar, sin poder evitar dejar fluir las lágrimas que le caían por las mejillas.

Eluid también reía de buena gana, acompañado por los demás clientes del bar que parecían haberle tomado afecto en un instante. Y a Caxer también. Un viejo grandulón de maneras toscas le palmeó la espalda arrancándole otra escupida, conciliador.

-Si te sirve niño, yo hice exactamente lo mismo la primera vez que lo probé.

No supo qué contestar. Jamás en su vida una bebida le había dado tanto asco como el vosche. Era imposible que la gente tomara algo como eso por voluntad propia.

-Toma- le ofreció Eluid un palo con varios mariscos ensartados- Te hará pasar el sabor.

Tuvo la sospecha de que su compañero había aguantado bien el brebaje durante su iniciación, y también la certeza de que ya conocía ese pueblo. Le trataban con bastante deferencia. Dos pescadores le hicieron un lugar dentro de una de las mesas, sacudiéndole el cabello con comentarios de ánimo y Caxer aceptó con agrado la toalla húmeda de la señora del bar, con la que se limpió la cara y los labios pegoteados por el vómito.

Dio un mordisco a los mariscos. La consistencia variaba entre gomosa y demasiado suelta, pero había aprendido a acostumbrarse a cualquier cosa sin recelos. Hubiera jurado, en un momento, ver a uno de los tentáculos ensartados moverse con pereza.

-¿Y?- le sonrió Eluid- ¿No te agradó?

-Es terrible. No es posible que les guste.

-No impongas tus niñerías.- el joven dio un trago a su propia botella de vosche, y los demás hombres lo celebraron levantando sus vasos e imitándolo en una sucesión de coros y festejos.

-¡Por el caza dragones y el pequeño mago!

-¡Por el caza dragones y el devorador de vosche!

-¡Gloria a los héroes de Gikeldor!

Ayudaba mucho que estuviesen borrachos, en especial porque todavía no habían hecho nada para ser considerados héroes por esa aldea ignota.

¿O sí? Seguro que Eluid ya se había paseado por allí en sus viajes. No se explicaba si no tanta familiaridad. Con eso en mente, volvió a sonreír una vez le desapareció la sensación de bilis subiéndole por la garganta. Aquel era un sitio helado e inhóspito, pero cuánto importaba también el calor humano.

Pasaron el resto de la tarde allí, enseñándole los habitantes a jugar a fuji –es decir, en términos de Gikeldor, a hacer trampas sin ser descubiertos- invitándolo a tomar más y riendo con su negación y escuchando las historias de los viejos marinos, sus recomendaciones para la pesca y los comentarios despectivos pero velados con afecto que hacían para esa tierra. Para la noche, Caxer ya tenía los bolsillos llenos de monedas de cobre rotas, carnadas para caña e incluso botellas de vosche que decidió usaría para alimentar futuras fogatas. Había recibido también suficientes palmadas en la espalda como para pensar que le estaban deformando la espina, aunque no podía decir que no se estuviera divirtiendo.

Eluid había decidido permanecer la noche allí, y luego volver directamente a Rasalhague a reportar sobre el misterioso dragón de huesos cuyo rastro habían perdido. Se temía que tras la muerte de Skectral, los dragones de Betelgeuse se estuvieran planteando algún tipo de ataque en conjunto o que hubiera que cuidarse más de los de su especie. Era desconfiado, quizás, pero el pequeño mago se hallaba de acuerdo. Tan sólo imaginarse ese poblado que tan bien los acogía, presa del dominio de alguien como Skectral...

No, no podía permitirse. Debían reportar a los Mercaderes. Sabía que Eluid no se rendiría tan fácilmente.

A las últimas horas de estadía fueron agasajados con un banquete de mariscos y pescado frío, crudo y mezclado con arroz y pan, un aperitivo que le terminó resultando más sabroso de lo que hubiera esperado gracias al aceite con el que lo aderezaban. Comió hasta hartarse, se atrevió a tomar un trago más de vosche –que indefectiblemente escupió segundos después para diversión de todos- bailó con las mujeres que le hacían recordar a su joven madre y luego se fue a dormir en la habitación que les habían cedido, por un fin en una cama y entre cuatro paredes y no a la intemperie, con el frío y las bestias rondándolos.

Y, sin embargo, no pudo conciliar el sueño. No era por los ronquidos que daba Eluid, durmiendo a pierna suelta, sino por algo difícil de definir. Sus grandes ojos miraban el techo, incapaces de cerrarse, sin formar ningún pensamiento concreto más que el silencio y esa percepción, esa alarma que bajo la realidad mantiene la vigía, esa consideración de que algo en el mundo no está bien, de que todo es una ilusión, de que

la vida de uno es en realidad el sueño y aquella es una brecha en la consciencia por la que si uno tuviera suficiente fuerza podría escapar a destinos inimaginables.

Tan perdido estaba que no llegó a captar la siniestra figura que emergía frente a su cama. Cuando por fin encaró a esa mirada helada, no necesitó gritar pues su compañero ya se había despertado y de un sólo movimiento reventó el martillo contra el invasor.

La negrura se deshizo, moviéndose hacia un lado inafectada. Caxer también se puso de pie, conjurando un campo de energía para ambos.

O al menos eso quiso, pero no tuvo tiempo. La sombra lo arrojó por la ventana, en un estrépito de vidrios y astillas. Su esfera de poder lo protegió, haciéndolo rebotar en la caída demasiado atolondrado como para moverse.

¿Quién lo atacaba? ¿Qué era eso? El miedo comenzó a apoderarse de él al no poder vislumbrar a su enemigo. Los estaban asaltando fantasmas, o al menos eso parecía. Oyó sonidos desde el segundo piso, y creyó ver a Eluid luchando encarnizadamente contra otros dos individuos.

Pero el que lo había empujado debía de estar cerca. Apoyó las manos en el suelo, decidido.

-¡Hassal!

La vibración que invocó con su magia pareció funcionar, porque Caxer vio como la invisibilidad del atacante se apagaba y ante sus ojos aparecía un hombre que le miraba con desprecio. No era ninguno de los habitantes del pueblo.

Retrocedió en el suelo, mientras el extraño vestido de oscuridad avanzaba impasible. Temía pedir ayuda e implicar a algún aldeano, así que sólo podía huir. Necesitaba encontrar un refugio, o volver junto a Eluid para asistirle. De momento, lo único que podía hacer era ir marcha atrás guardando distancia para pensar una forma de engañarlo.

Su cabeza se topó contra algo blando. Alzó el rostro y pudo ver que una mujer lo sostenía. ¿Una aldeana, quizás? Luego las manos de ella se cerraron contra su pecho y frente, y todo pensamiento lo abandonó por completo.

13. Batalla Bajo El Domo Del Sol

Desde la ventana de esa mansión aún podía verse algo de jaleo en la ciudad, o al menos rastros de él en los niños que jugaban persiguiéndose por las empinadas calles; pateando pelotas de trapo y riendo atolondrados cada vez que un apresurado carro pasaba a interrumpirles el partido. Los adultos, en cambio, parecían haberse relajado una vez Sulfur Houppe se instaló en el Castillo de Faudó, y aunque la ciudad seguía cubierta de lazos y colores la ansiedad se proyectaba más para el día siguiente, cuando el carruaje del héroe tuviera que partir por fin hacia los desiertos verdes con destino a Sadalsuud.

Duran dejó el aroma del té dominar sus sentidos, distraído observando a aquellos niños que jugaban. Corrían muchos rumores por las callejuelas de Deneb Algedi con respecto a la misión de Sulfur, y la que más se pasaba de boca en boca, por lo que les habían comentado sus hombres a Yeguilex, era que se trataba de un intento de que Kamui cediera parte de las tierras que había obtenido de Fariel durante la guerra, en especial algún territorio dentro de Minmedor. Era una idea impensable, pero al menos le aliviaba saber que en la mente de la población, si bien los ánimos seguían caldeados, volver a la batalla no era la primera idea en mente.

No había razón para luchar. No de momento.

Se quitó de su contemplación, y observó a Yeguilex sentado frente a él. No había puesto mano sobre su taza de té, ni sobre los bocadillos, sino que le miraba en silencio, como esperando órdenes. Apreciaba esa actitud. Quizás en todos sus años, era Yeguilex el primer aliado que tenía al que podía tomar completamente en serio.

-Las cosechas son un poco caras, general...

-¿Está seguro?

La pregunta de su invitado no se refería a su queja sobre el té que se enfriaba, sino que respondía a una afirmación hecha hacía quizás diez minutos. Duran pasó una mano por su larga e inmaculada barba, sereno. Le había expuesto su conclusión con la total seguridad de que Yeguilex querría tomar cartas en el asunto.

-Sí.- confirmó- Djinn intentará matar a Sulfur Houppe durante el viaje. Puedo adivinar hasta esa parte el plan de Vannael.

-Pero usted lo impedirá.

Fue mezcla esperanza, mezcla pregunta. Asintió, convencido. No tenía dudas de poder encargarse del genio fácilmente, aunque proteger a Houppe sería un asunto más

complicado. Pero pensándolo bien, ¿no era el héroe el Veinte del Geral? Debía de poder saber protegerse solo, o no hubiera sobrevivido tantos años con el favor de Gikeldor.

-Pero...- continuó Yeguilex.

-Pero Vannael tiene que haber previsto eso- coincidió- Por lo que, o bien tiene un método infalible para que Sulfur muera, o planea enviar más aliados a apoyar a Djinn. O, claro, podría haber decidido aparecer él mismo frente a nuestro carruaje y ensuciarse las manos.

-¿Podría defenderlo entonces? ¿Si luchara contra Vannael?

En la voz del general había fatiga y preocupación, la misma que Duran sentía pero podía contener. Jugaban en contra reloj, con sus vidas colgando de un hilo. Por eso mismo consideró aceptable tomarse un buen tiempo para responderle, meditando la cuestión.

-No.

-¿No podría vencer a Vannael?

-Depende.

La mirada de Yeguilex se cargó de frustración.

-Los magos dependemos mucho del terreno- le explicó, instándolo a relajarse- ¿En el desierto de Al Tarf, donde puede transportarse libremente? Creo que Vannael me vencería. Pero existen otras situaciones donde creo tener chances de victoria.

No dijo más, pues le parecía inútil. Aunque si llegaba el momento, si realmente lograban desenmascarar al rey como un monstruo frente a todas las mentes justas... ¿Se entregaría manos en alto, rindiéndose? ¿Sería tan sencillo, o lucharía? Y si Vannael luchaba, ¿Cuántos magos se necesitarían para vencerlo? Era una batalla difícil de imaginar. Al menos en lo que maná refería, estaba convencido de que el monarca tenía tanto como el resto de su agrupación junta... Y muchos de esa agrupación eran ciegamente leales a él, aun dentro de sus esquemas más oscuros. Djinn Archelande, Jarbil Pil, Goliat Sidewinder y Zark...

Tuvo un choque, al recordar a Zark, en especial el detalle que significaba su postura jorobada. El noble no había estado así en la anterior reunión del Geral que se realizó en ese terrible invierno, irguiéndose como una persona normal, y fue tan sólo un tiempo después que se rumoreó había sufrido un accidente con la magia que lo dejó en ese estado encorvado y retorcido.

¿Un accidente? Comenzó a sumar fechas en su mente, distraído mientras Yeguilex por fin accedía a beber el té con sorbos tímidos. Zark había tenido aquel problema desde... Desde que Haluar, Aibol y Ruin habían sido asesinados. Podía ser casualidad, sí, pero era más probable que se tratara de una herida mágica, de una última maldición de alguno de esos magos contra su atacante. Otra señal que no había podido ver. Se le estrujaron las entrañas al pensar en la cantidad de años que había pasado rodeado de asesinos, proclamando ser la justicia. Qué ira lo embargaba.

-Bullwe me hizo una observación: deberíamos poner ojos sobre la Cámara de los Diez- dijo el general dejando la taza de nuevo sobre la mesita de vidrio- Sulfur podría tratarse de una distracción.

Era una idea interesante.

-Tu subordinado es inteligente- asintió. En cualquier caso, decirlo era más fácil que hacerlo.- ¿Usarán al ahura, o lo harán ustedes?

-Creo que necesitamos más hombres. Mi antiguo superior, el general Kegrán, no me quita el ojo de encima. Estarán esperando verme rondar por la residencia de algún mandatario.

-Y le arrestarán al menor instante- suspiró. Vannael y el fallecido Unnaon Delta ya se habían encargado de azuzar la desconfianza de la milicia hacia Yeguilex- Si lo que necesitamos es un aliado, puedo-

La puerta se abrió, con tal arranque que ambos se sobresaltaron esperando ver entrar a un tropel de soldados dispuestos a arrestarles. Quien estaba allí en cambio era Merady Skardtril, cuyo rostro parecía desorbitado de sorpresa y emoción.

-¿Todo bien? ¿Qué ocurre?- se levantó el Dos, preocupado. El atolondramiento en la noble era palpable. Miró a ambos con ojos distraídos, como si despertara de un sueño y luego hizo una pequeña reverencia.

-Uno de los niños despertó.

Necesitaron unos segundos para comprender las noticias, llevando sus recuerdos a la veintena de pequeños que habían rescatado de las garras de Unnaon Delta.

-¡Eso es fantástico!- festejó entonces. No podría imaginar un mejor momento para tales nuevas. Tan sólo un día después, y se hubiera perdido el evento. Y que los niños estuviesen bien...

Merady no parecía compartir su felicidad.

-Aún se halla muy débil, Maestro Duran. Y quiere...- en ese entonces dudó. Notó perfectamente Duran que las manos de su protegida temblaban- Quiere hablar. Dice que todos debemos huir de aquí.

-¿De esta mansión?- Yeguilex se incorporó, y cruzó miradas con el mago. Quizás ese pequeño percibía que les espiaban, o que los habían ya descubierto. Tenían que pensar en un plan de escape si ese era el caso, que les permitiera juntarse con los demás conspiradores y evadir a la guardia.

Pero la noble negó, aún ensimismada.

-Huir de la ciudad. De Deneb Algedi. – en su tono hubo algo terrible, como una premonición que Duran no estuvo muy seguro de querer conocer- Vengan, por favor. Quiere contarles todo ahora mismo.

Todos los guerreros de Rashka y quienes habían obedecido a Majcel pero ahora se congregaban junto a la primera abandonaban en forma ordenada las paredes de la institución, dejando atrás el que había sido el mejor refugio y base que hubieran podido elegir para las batallas que se desenvolvían en la periferia del Domo.

Las huestes partían con la precisión de un reloj, marchando por la entrada principal bajo el ritmo de las pisadas y tan sólo unos pocos quedaban, con el propósito de proteger a los heridos y asegurar la estabilidad del edificio como base de resistencia en el peor de los casos. La general iba a la cabeza, acompañada de su elegido Arksinad, la reina de Kamui, Shimari Kaharis Herton; y por supuesto el guerrero Reaper Assadan, quien había podido al menos recuperar el movimiento y a quien Reginald había asignado a Linith como asistente y curandera provisional, sin poder convencerlo de que se quedara en la seguridad de su hospital. El objetivo para todos era claro: ganar terreno hacia el Domo del Sol, donde al recibir las instrucciones de Baal se lanzarían en una contienda por conquistar la tercera prueba. Perdida la primera, y empatada la segunda,

tan sólo podían confiar en que el destino les hiciera conseguir la tan ansiada victoria en el último intento.

¿Y entonces? Ya lo habían hablado. Con Bali Gladiar teniendo una victoria y un empate, y Arksinad con idéntico resultado, a Baal no le quedaría más remedio que elegir personalmente a su sucesor o improvisar una última competencia que desempatará el marcador. Allí se las tendrían que arreglar, pero lo primero era lo primero.

Tuvo que apretar los dientes al escalar la subida que lo llevaba a donde Rashka observaba la ciudad, de espaldas al caudal de devas que marchaba ordenado por los capitanes. Linith lo seguía por atrás, refunfuñándole en su negativa obstinada de no llevar un bastón para sostenerse, pero Reaper hacía oídos sordos y utilizaba a Necrostacia para no caer, echando su peso sobre el hueso que hacía de mango y ocultando su debilidad al llegar al fin a terreno plano.

Arksinad se hallaba sentado en el suelo, en apariencia apaciguado. Un poco más allá, al borde del barranco, Shimari arrodillada ponía ojos en las calles de Oesile Nede con suma atención. Al cabo de un rato se puso de pie y miró a Rashka, con una sonrisa simpática.

-Desde el norte. Se dividen en dos flancos.

La mujer asintió.

-Gracias. ¿Alguno parece más grande?

-El del este.

-Bali estará en el otro- auguró el mago como de paso, viendo a Reaper sumarse al grupo- Vaya, vaya. Pareces un viejo andando así.

-A veces me siento como uno... -desistió de decir nada al instante, y se volvió a las otras dos- ¿El ejército enemigo también se mueve?

Rashka lo confirmó, haciéndole una seña, la misma que el médico les hubiese hecho en cuanto llegaron a la dimensión. Todos guardaron silencio de nuevo entonces, expectantes, y pronto al retumbe de los soldados que marchaban desde su lado se les sumó el bullicio que hacían los enemigos en la otra parte de la ciudad, los cuernos que se soplaban y el deajo de las ordenes que les traía el viento, como ecos de un futuro cercano. Pronto un gran combate empezaría.

-¿Cuál es el plan?- sonrió con fiereza, dejándose caer al suelo con un suspiro. Linith fue rápida en seguirlo y revisar como una moleta mosca si sus vendajes estaban bien o si el esfuerzo le había traído fiebre.

-Bali se divide en dos. Nosotros no. Nos movemos rápido y atacamos a una de las mitades. Debería ser sencillo.

-¿No nos harán una pinza?- aventuró Arksinad- Cerrándonos de ambos lados.

Parecía más serio que de costumbre, pudo notar. Realmente estaba pensando en ganar. Reaper se volvió a Rashka, exigiéndole una justificación al tiempo que Linith se echaba más allá, harta de intentar curar a quien no estaba interesado en ser curado.

La guerrera suspiró.

-El Domo del Sol es grande. Hasta que la otra parte de su ejército llegue, nos sobraré el tiempo en vencer a la primera, a la que doblamos en número.

-Pero él lo estará esperando. Habrá una trampa, en algún lado.

-Esperamos que lo espere- afirmó Rashka.

-Pero él espera que...

-Whoa, esta estrategia se está poniendo interesante- se regodeó Shimari y ambos la miraron, interrumpidos en la discusión. Callaron entonces, sin decir más, pero Reaper

no pudo evitar reír por dentro. Así dolorido y todo, todavía había algo de espacio para el humor dentro de lo que sería la batalla final.

Buscó entre los edificios al Domo, tarea sencilla pues los dominaba a todos con su imponente, tan grande y brillante que parecía otro sol que ganando en masa lo que perdía de luz se había precipitado al centro de todo, reflejando en sus muros de joya mil destellos que no aparecían en ningún otro lado, que se sacudían como un amanecer en el río, con estelas cristalinas de aurora que danzaban en un espectáculo digno de admiración. Era indiscutiblemente hermoso, lo viera como lo viera. En cuanto los devas abandonaran ese mundo, ese y tantos otros monumentos a la historia de la raza quedarían abandonados por siempre, perdidos en la dimensión dejada y olvidados tal como había ocurrido con la ciudad hundida por Albion Decaheon. Verdaderamente aquel era un pueblo con poca suerte.

Algo de la luz se esfumó al tapar la reina el sol, estirándose desvergonzadamente y haciéndose crujir la espalda con gracia. Parecía haberse acostumbrado rápidamente a la convivencia con los albinos, y ayudaba con sus habilidades a Rashka en lo que hiciera falta. Era muy probable que los duques de Kamui hubieran preferido asistir a Bali y a la Forja en aquel conflicto, pero estaba claro que no eran los mismos intereses los que motivaban a Shimari a actuar como lo hacía.

Linith fue hacia ella, y ambas hablaron un buen rato sobre trivialidades. Reaper las observó, y también a Rashka, quien seguía examinando con la calma que la caracterizaba cómo sus tropas se movían, por el momento sin demoras. Mujeres, pensó. Pero estas de aquí eran bastante aguerridas, a su manera.

-¿Tuviste otro sueño?- preguntó la general, como de paso. Arksinad lo miró, interesado, y aunque aún hablaba con Linith pudo ver los ojos de Shimari brillar. Les había contado a todos aquella visión que había tenido al intentar dormir, en la que su padre lo había visitado, y la deva había estado satisfecha al decirle que probablemente se tratara de las primeras manifestaciones de su neu. Era común que en principio el espíritu de uno se apareciera como un ser querido o de importancia, en ocasiones como el doble de uno mismo o un padre, un hermano, un amante o un hijo. Todo podía ser, y que algo hubiese aparecido junto a Reaper esa noche era señal de que al menos Necrostacia estaba considerando cederle una habilidad. Que en su caso fuera Osald quien apareciera, pensaba Reaper, era tan esperado que no le sorprendía en lo absoluto. Ni por un segundo había pensado que su finado padre, por mucho que hubiesen hecho las paces, hubiera vuelto de entre los muertos a ayudarlo.

Sin embargo, después de ese día nada había ocurrido.

-No. ¿Estás segura de que no fue sólo una ilusión? La cabeza aún me da vueltas desde la explosión de Buiht.

El cabello de Rashka se movió lado a lado.

-Sigue concentrándote y ocurrirá. Ayudaría que te sintieras en peligro pero...

-He dormido junto a Arksinad durante todo este tiempo y Necrostacia no me dio nada. Si eso no es peligro ya no sé qué hacer.

El brujo rio.

-Puedo arrojarte un par de tarántulas mientras roncas- propuso- ¿Ayudaría?

-Me harían sentir más seguro.

-¿Tara qué?- inquirió la deva confundida y entonces ambos tuvieron que explicarle con lujo de detalles sobre esos animales de su mundo de ocho patas que peludos y venenosos trepaban por las paredes y podían devorar hasta pájaros. No la vieron estremecerse, como hubiesen esperado, sino que escuchó sobre las arañas con gesto

sereno, para luego desviar de nuevo la vista sobre su ejército sin responderles una palabra. Era probable que de alguna forma aquello le hubiese hecho recordar a Majcel y a sus hilos.

Luego de eso comenzaron a seguir a la armada por la retaguardia, con cuidado aunque no suponían que estuvieran por ser atacados. Shimari se ofreció para relevar a Linith de su cargo de curandera y Reaper tuvo que viajar custodiado por la reina, con quien habló por todo el trecho bajo ese deslumbrante sol, viendo a la niña corretear sin cuidado y a Arksinad hablar con su nueva campeona, decidiendo pasos. Los exploradores habían montado ya una trinchera por el Domo, preparándose a toda velocidad, y el enfrentamiento sucedería en cualquier momento. Las calles que pisaban parecían abandonadas, las altas familias encerradas en sus casonas y todo el suelo de roca en ocasiones era interrumpido por la aparición de un cadáver, de los suyos o del enemigo, de un arma tirada o de un papel que en idioma común o deva despotricaba contra la guerra, contra Bali o Arksinad e inclusive contra la tercer elegida que poco había hecho para merecer la atención de nadie.

Tenía el entorno muy en mente mientras se movía, tal como le habían enseñado durante su entrenamiento en Sadalsuud. Y aunque charlaba amigablemente con él, Shimari debía de estar igual. En ocasiones Su Majestad era difícil de leer.

En medio estaba la monarca de hablarle sobre la pareja de devas que cuidaba de Reed y que parecían ser nada más ni nada menos que los padres de Linith, cuando la voz que ya esperaban resonó despertando ecos por la avenida.

Aunque era viejo y tenía más experiencia que muchos, Duran tuvo que tomar aire para tranquilizarse y despertar sus sentidos antes de abrir la puerta que lo separaba del niño recién despierto.

No era simplemente el hecho de que, a todas luces, las noticias que estaba por recibir junto a Yeguilex eran terribles. La verdad era que más allá de sus intentos para con Merady y Gallahard, jamás se había considerado paternal y temía intimidar demasiado a la pequeña criatura que ya bastante aterrorizada debía estar sin la severa mirada del Dos clavándosele encima.

Se contuvo de mirar a su compañero, que aguardaba respetuoso el momento en que se decidiera. Merady también estaba a su lado, con el gesto preocupado de antes. Lo mejor sería, en cuanto los niños se recuperasen, mandarla de vuelta a Cel-Neckar o a con su hermano, cualquier lugar que fuera más seguro.

Entró. En la habitación oscura la noble había acomodado varios asientos de felpa, peluches enormes conseguidos con su dinero con los que había intentado reavivar el ánimo de las víctimas de Delta y también mesitas en las que descansaban teteras de porcelana que al principio le parecieron de juguete, tazas sin tocar y aún humeando vahos de calidez alrededor de la casi veintena de pequeños humanos y ahuras que sentados como si fueran más muñecos no se movían, callados, apenas algunos de vez en cuando tanteando la mesa por bebida o alimento.

Era fácil saber cuál de ellos había despertado, pues fue el único que pareció enterarse de su presencia. Sus ojos ciegos se volvieron a Duran, escuchándolos pasar por la puerta y el gesto neutro se compungió un poco al recibirlos, moviendo la silla en la que se sentaba para demostrarles que sí los detectaba.

El viejo mago se sentó frente a él, asombrado. Lo reconocía: era el mismo que había llevado de la mano hasta la mansión de Unnaon Zetha por las calles de Deneb, el mismo de impensable maná al que había rescatado del estómago del demonio con el que el cruel secuestrador mantenía su vida.

En ocasiones, la vida tenía momentos interesantes.

-Tú...

-Usted es el señor.

Tenía la voz de un niño, pero las inflexiones y el tono eran los de un adulto. Aquello le sorprendió, pero no se volteó a Yeguilex ni a Merady. Pensó que aquel era un momento personal en su vida, una de esas veces en las que sentía que todo lo que había hecho valía de algo, que la justicia era una flor que lograba brotar dentro del mar de porquería que la rodeaba.

-¿Me recuerdas?

El pequeño asintió. La joven le había cortado el cabello, lacio y negro y había conseguido también que cerrara los ojos ciegos, aunque los párpados temblaban. Para vestirlos no habían tenido más opción que darles ropas de servidumbre, para no despertar sospechas, lo que los hacía ver aun más como maniqués, con las mangas colgando y de milagro no tropezándose gracias a las habilidades como costurera de Merady.

Pero, así y todo, había cierto aire de dignidad alrededor del recién despierto.

-Usted me salvó.

Asintió. Se hubiera emocionado, pero no tenía tiempo. El deber les llamaba.

-¿Puedes verme?

El niño dijo que sí con un movimiento mudo.

-Nos han... Es magia. El hombre usó magia para tenernos bajo su control.

-Delta no era un mago- se adelantó Yeguilex, pero calló al levantar Duran una mano.

-¿Sabes qué magia era?

El pequeño negó.

No dijeron más, ni aclararon las dudas del capitán, pero tanto él como Merady sabían de qué sortilegio se trataba: el Canto de Asherat, el conjuro que recibían los brujos que se enlazaban con ese demonio, que les permitía manipular las percepciones de sus posibles víctimas. La exiliada de Rigel había oído de la misma gracias a Arksinad, y en el momento en el que se lo habían contado ambos concluyeron que aquello era lo que había dejado a los secuestrados por Unnaon Delta en aquel estado de sumisión absoluta.

-¿La puerta... está abierta?

No necesitó pensar a qué se refería.

-Hice trizas el portal por el que Delta... Bueno, ya lo sabes- se meció la barba, observante. Así apagado y todo, pensó que su interlocutor tenía la apariencia y efecto de un pequeño murciélago.- Nada saldrá de allí.

-Entonces el hombre ha muerto...-se sumió el niño más en sí.

Miró a Merady, por unos segundos. Luego se volvió.

-¿Sabes cómo funciona Asherat?

La cabeza se movió de arriba abajo, aunque quizás eso era decir mucho. Todos los movimientos de ese cuerpo eran tan cortos y tímidos que resultaban casi imperceptibles. Yeguilex se adelantó, sin poder esperar.

-¿Lo oíste de Delta?

-Todos lo sabíamos. Nos criaron como alimento.

Un escalofrío bajó por la espalda del Dos. Había pensado, todo ese tiempo... Había creído que los niños desconocían todo, que eran víctimas aleatorias del corrupto político que tan sólo ansiaban despertar y volver a sus hogares en paz. Pero aquella oración, con todo lo que implicaba, le decía que tanto el que hablaba con él ahora como el resto, que como zombis seguía en un estado de quietud permanente, habían sabido entrar en la desesperación desde hacía mucho tiempo. Otra oleada de culpa lo sacudió, pero la desechó por inútil. Había otra cosa que sacar de la última oración.

-¿Quién los crió? ¿Quién los vendió a Delta? ¿Fue Vannael?

El pequeño se inclinó de hombros.

-Ellos.

-¿Ellos?- se adelantó Yeguilex, pero no pudieron sacarle una respuesta menos críptica. Esas criaturas debían de haber pasado por cosas terribles, pensó Duran, por ver sus aldeas en Gikeldor devastadas, por ser secuestrados o vendidos por sus padres en cuanto su poder mágico había sido detectado, luego empacados y llevados a Fariel por contrabando, todo quizás bajo la mano de las autoridades, incapaces de pedir ayuda o gritar mientras el ser más despreciable que el Dos jamás hubiese visto los escondía y utilizaba como alimento de demonio en la oscuridad de su mansión. Era entendible que se resistieran a hablar o abrir los ojos, pero esa era una barrera que pronto debía ser superada. El tiempo se les agotaba.

-El hombre ha muerto- repitió el niño, sin un deje de alegría- Mis hermanos deben estar agradecidos...

Su voz irrumpió la quietud con más monotonía. Lo que agregó después, sin embargo, si revolvió el ambiente.

-...pero ellos también desearían morir.

Merady se tapó la boca, retrocediendo emocionada. Duran negó con firmeza.

-Ningún niño morirá bajo mi cuidado.

-No ellos- corrigió el niño- Mis otros hermanos. Los que pasaron por la boca.

Palideció un poco, pero mantuvo la compostura mientras los otros dos lo miraban confundidos. Conque a eso se refería, conque sus sospechas eran válidas. Los niños se convertían en monstruos. Los seres que Asherat devoraba dentro de su cornucopia se corrompían, se tornaban celestes y reptilianos, ganaban ansias por la carne humana e inmortalidad.

Aquello se había convertido en la perdición de Unnaon Delta, abandonado en la dimensión para ser devorado, tanto por Asherat como por los Necróvalos que él mismo había ayudado a crear, hasta que su maná se terminara y él también se convirtiera en otro monstruo... Excepto que no. Era un castigo perfecto, pero Duran mismo lo había arruinado al destruir el velo, al quemar el enlace que lo unía al demonio de Mila.

De cualquier modo, pensó meciéndose la barba, era un dato interesante. Destruir la boca de Asherat de un brujo mataba al brujo inclusive si este ya se había vuelto un necróvalo. Y así como Delta tenía su velo y Arksinad tenía su sombrero...

Vannael tenía una máscara, que ya estaba seguro cumplía el mismo rol. Era una ventaja enorme la de conocer aquello.

-Deberíamos quemar la mansión de Delta- masculló Yeguilex- Si en verdad hay un ejército de esas cosas allí abajo...

-¿Crees que pueda haber más bocas?

Era una posibilidad remota, pero no perdían mucho por hacerlo. El sitio le daba grima de cualquier forma, y quizás lograrían con eso llevar a la tumba a una buena cantidad de los niños convertidos. Había que darles paz a esas criaturas, antes de que Vannael las utilizara con algún perverso propósito.

Mila tenía el comando sobre Asherat, y también sobre los Necróvalos. Si una guerra se desataba, los demonios serían un aditivo importante para el ejército con el que Vannael decidiera aplastar a sus adversarios, monstruos inmortales que las espadas y conjuros de los magos no podrían aplacar. Necesitaban, por lo tanto, estar seguros de que la información que acababan de recibir se guardara y compartiera en el momento adecuado.

-Señor...

Sus ojos cansados se volvieron hacia el pequeño. En ese momento, le dio infinita pena, así callado, cortado del mundo, aislado de la vida normal que debió haber llevado. Era una lástima que la maldad existiera.

-¿Sí?

-Tiene que huir.

Yeguilex y Merady se revolvieron, incómodos. Duran no supo qué decir, interrumpiendo el tono piadoso y condescendiente que hubiera estado a punto de usar. La amenaza se cernía sobre todos.

-¿Huir? ¿De qué tengo que huir?

Su interlocutor tragó saliva, como asustado. De repente sus párpados se levantaron, revelando un blanco pálido como una luna, un blanco que le hizo estremecer por dentro pensando en el monstruo que era Unnaon Delta... Y en los monstruos que deambulaban dentro de Asherat. Nada de eso le gustaba.

-La ciudad... - tartamudeó el niño, aunque no parecía poder encontrar las palabras.

-Dijiste que teníamos que irnos de Deneb Algedi- se entrometió Yeguilex- ¿Nos han descubierto?

-La ciudad...- era como si le faltara el aire. Se trabó, como ahogándose y al instante Duran tomó sus pequeñas manos, sosteniéndolas entre las suyas.

Gradualmente, el niño se fue calmando y su respiración se hizo más acompasada.

-Van a destruir la ciudad- logró decir en un suspiro- El hombre lo dijo. No quedará ni un habitante con vida.

Las manos viejas de Duran se apretaron apenas, tomándolo con cierta calma que no sentía. Del otro lado Merady retrocedió, espantada y como si la masacre augurada fuera a suceder en ese mismo instante.

Y Yeguilex, quien dedicaba toda su vida a proteger Deneb Algedi, no pudo evitar que el casco que sostenía sobre el codo cayese al suelo. El metal rodó, sin alertar a los niños, e hizo vibraciones de sonido, un estruendo que sonó a todos como un cuerno del fin, el terrible presagio de que pronto algo impensable ocurriría.

Las tropas no se detuvieron ante la voz, sino que siguieron avanzando. Sin embargo, del más insignificante esclavo a la más alta de los generales, todos prestaban suma atención.

“La Tercera y última prueba para los elegidos dará comienzo en este mismo instante”.

Reaper agudizó el oído, y a su lado, ayudándolo a sostenerse, Shimari escudriñó el cielo interesada. No podía ver la reacción de Arksinad, quien continuaba caminando como si nada delante de él, como si no le importara aquello que llamaba a todo el resto.

“El objetivo es simple. Los elegidos deberán ingresar al Domo del Sol y obtener el Rubí de Sangre de Baal de su sacerdotisa actual”.

“El elegido que ponga sus manos sobre el Rubí primero será el vencedor de la prueba”.

Nadie pareció sorprenderse, aunque la mención de la sagrada joya creada con la muerte de su antepasado hizo que el rostro normalmente ilegible de Rashka se tensara un tanto. Aun así, en silencio los guerreros albinos siguieron moviéndose con velocidad, prestos para el combate que pronto iniciaría. Los espías, los estrategas, todo indicaba que el plan daría resultado y podrían librarse de una buena parte de la armada de Bali sin muchos inconvenientes.

“Les deseo suerte”.

“Baal saluda a sus hijos”.

Como siempre, esas palabras terminaron el mensaje de la sacerdotisa, y el Domo del Sol quedó callado como antes, mudo siendo el corazón de su ciudad.

Arksinad ni se dignó a cambiar su postura. Rashka en cambio se dio vuelta, mirándoles con un acuerdo tácito y pareció dudar unos segundos sobre si exponer o no a Shimari al peligro. Sabía que la reina había matado a un general, y por eso quizás fue que al final eligió volverse a sus hombres.

-¡Avancen!

Los albinos continuaron, con sus garrs aserradas en manos, envueltos en esas armaduras de grandes hombreras e intrincados adornos, cada vez más y más cerca. Siguiendo esa avenida, antes de poder llegar a donde el Domo iniciaba, ya se sentían los rumores de la armada enemiga que saldría a recibirles.

Sólo había una entrada al hogar de Baal, y era aquella que estaba frente a sus ojos, no tan grande como para que pasara un ejército. Era muy posible que el dios impidiera que alguien más que los elegidos pusiera pie adentro, pero Reaper igual haría el intento de acompañar a Arksinad. Si lograban pasar primero, lograrían una buena ventaja contra Bali.

En el horizonte, los primeros enemigos comenzaron a aparecer. Se sorprendió de ver que la mayoría no eran soldados, sino cultistas de la Forja que con sus largas túnicas rojas caminaban en una procesión que parecía religiosa, cantando salmos a Xshathra y sosteniendo delgadas varas con las que se pusieron en círculo, antes de que los leales pudieran alcanzarlos.

-¡Preparados!- gritó Rashka.

Los brujos lanzaron rayos de sus báculos, que atravesaron la larga distancia y empezaron a golpear la vanguardia del ejército. Los devas no tenían escudos, quizás, pero sus enormes garras hacían el tanto de cubrirse de los ataques, rebotándolos hacia el camino y las casas. Pronto la magia se concentró en un sólo soldado, que estalló en pedazos frente a sus compañeros.

Sin conflicto, los albinos siguieron avanzando.

Reaper aferró a Necrostacia, inseguro. No le gustaba estar en la retaguardia, pero debía admitir que no estaba en condiciones para luchar. Además... Linith estaba cerca. Habían pensado utilizarla de guía dentro del Domo, y aun recordando su terrible experiencia en el Salón de Yeurion la niña había aceptado, con el sólo motivo de volver a ver a Baal. Mantenerla atrás de la batalla era la mejor idea.

-Bali...

Por fin Arksinad había hablado. Prestó atención y, en efecto, divisó a Bali haciendo algún tipo de ritual junto a otros de la Forja, protegidos por el círculo de cultistas que seguían lanzando sortilegios y rayos carmesíes contra ellos, ralentizando su avance. En el rostro de piel cetrina la sonrisa burlona afloraba, sin prestar atención al enemigo mientras parecía recitar oraciones frente a un bulto alargado y muerto.

Más ataques partieron de ese círculo, pero entonces uno de los tenientes activó su neu y un escudo de energía los protegió a todos, permitiéndoles moverse a más velocidad. Los magos cultistas cambiaron entonces su estrategia, y juntos lograron levantar una enorme pared de tierra que los separó del enemigo.

Arksinad suspiró, y golpeó el suelo con *Péndulo*. La pared se desmoronó en un instante.

-Guarda tus energías- le dijo Rashka.

-Bali está jugando con nosotros. Esto no me gusta.

Era cierto, notó Reaper. El brujo ahora seguía haciendo su ritual, sin importarle ni el ejército que venía a asesinarlo ni la entrada abierta del Domo, a su espalda. Podría haber ingresado desde un principio, ganando la ventaja que ellos tanto querían.

Aunque...

Un escuadrón de devas leales a Ragnar se aproximó, ocupando lugares entre los cultistas. Plantando rodilla al suelo formaron una línea de defensa, que apuntando esas armas de caños largos dispararon una ráfaga al enemigo.

Su propia vanguardia respondió de idéntica forma, echándose al suelo y haciendo lo mismo. Los estruendos se perpetuaron más y más, acallando el ritual del elegido de la Forja y zumbándole en los oídos a todos. El tiroteo continuó por un buen momento, por turnos pues las armas requerían limpiarse entre disparo y disparo, y de momento a Reaper le pareció sencillamente ridículo.

Pronto, sin embargo, fue obvio quién sería el vencedor de esa contienda. Uno a uno los veteranos de Ragnar fueron muriendo, acribillados por el superior número, y el ejército de Rashka logró adelantarse más y más, acortando distancia contra los cultistas y sus conjuros. Una vez que lograran pasar al combate cuerpo a cuerpo, sabían, los brujos no tendrían la mas mínima oportunidad contra las garrs y los neus de los albinos. La batalla sería una completa masacre.

O eso pensaba. Antes de que el primer filo pudiera rasgar una túnica roja, Bali pareció terminar y clavó su báculo, ese que se bifurcaba en dos cabezas de serpientes que doradas y sangrientas se enrollaban con malicia. Del punto en el que el arma tocó la tierra se extendió una oleada de energía roja, que cubrió al reducido grupo como una barrera protectora enfermiza, corrupta. Rashka ordenó el alto al fuego, preparada. Sabían que no lograrían romper esa magia con simples espadas.

Reaper vio a la general apoyar la mano en su Zeraker, precavida.

-¿Me escuchan?- se oyó la voz de Bali, amplificada desde su fortaleza- *Hoy es un día para recordar.*

El aire parecía hacerse más denso. Reaper se apoyó con un suspiro sobre Necrostacia y cojeó hasta donde Arksinad se hallaba, prestando atención a Bali e intentando desentrañar la futura trampa. Shimari en cambio buscó perderse más allá, aprovechando la pausa para hallar un lugar alto desde el cual cubrir al ejército con su arco.

-Voy a entrar al Domo ahora, y robaré el Rubí de Baal. Arksinad, espero que me intentes detener. No sería apropiado de otra forma, si no puedo pisar a alguien en mi camino al ascenso. Te estaré esperando.

El campo carmesí fluctuaba con fuerza, echando chispas. Un sortilegio tan poderoso no podría durar demasiado, aunque se estiraba su tiempo de vida gracias a los brujos que lo alimentaban con su propio maná, cuidando la barrera. Todos esperaban con ansias el momento en que se desvaneciera, para resumir la lucha.

-En cuanto al resto...- la melodía que era el hablar de Bali pareció tomar un matiz de humor- *Bueno, me permito creer que los dejaré en buena compañía. Observen, rechazados que se sacrifican por quienes los domina, lo que es un verdadero sacrificio. Pongan atención...al futuro.*

Hizo un paso al costado entonces, revelando lo que había estado examinando. El cadáver de su general muerto, Aminor Sirrah, reposaba frente a él, aún quemado por la explosión, vestido con los ropajes de antes y con la máscara fuera revelando un rostro plano.

Rashka inclinó las cejas, extrañada. Bali levantó entonces su báculo.

-¡Sacrificar!

La energía roja que los rodeaba se contrajo en un segundo, y en el camino pareció llevar consigo mismo a todos los cultistas, a los veteranos sobrevivientes, desapareciéndolos en un torrente de sangre que flotó como una gota cuajada sobre el brujo, haciéndose más y más sólida, brillantándose, juntándose en pedazos hasta tomar la consistencia de un rubí.

-Va a...

-¡Cúbranse!- gritó Arksinad.

-¡Xshathra, yo te ofrezco este sacrificio! ¡Desciende sobre mí a un arcano, a un campeón del dolor que eche destrucción sobre mis enemigos! ¡Ven con poder! ¡Sacrificar Príncipe!

El rubí a medio formar se contrajo entonces, como si la realidad misma lo hubiese absorbido. Y mientras su volumen descendía, el cuerpo de Aminor que reposaba tras Bali se elevó, como tendido por hilos, girando y ascendiendo sobre el cielo mientras el demonio invocado lo poseía tal como había ocurrido con Frankie.

Luego estalló, en otro mar de líquido rojo. Sin embargo, frente a ellos ahora, Aminor se había convertido en algo más: un ser tan alto como lo había sido Buiht Caucáx, descarnado y portando armadura, de enormes cuernos y el aspecto bestial de un minotauro. El demonio chilló entonces con una voz agudísima que no podría haberle pertenecido al mudo deva, abriendo ojos pálidos y redondos, histéricos.

-¿Eso es malo?- preguntó Reaper.

-Muy malo- asintió Arksinad.

No necesitó más que unos cuantos pasos para adelantarse, y de una patada mandó a varios de los devas volando por los aires. Bali entonces sonrió, viendo satisfecho a su creación, y sin más se adentró por la entrada del Domo al tiempo que hacía una seña al resto de su armada.

De los costados de la calle los devas marcharon, apoyando al Príncipe en su contienda por aplastarlos.

-¡Concentren el fuego en el monstruo!- ordenó Rashka, y luego se viró a Arksinad- Me encargaré de que pases por esa puerta. Aún tenemos tiempo hasta que-

-Ah...- volvió a asomarse Bali por el umbral, divertido- *Casi lo olvidaba. ¡Sacrificar!*

Volvió a utilizar otro rubí, sin gastar su propio maná, y la magia dimensional se activó de nuevo en una escala impresionante, rodeándolos con tormentas de colores e hilos que abrían portales. El grueso de su ejército emergió de allí, rodeándolos, y por primera vez Rashka lanzó un insulto prolongado.

Entonces sí se perdió tras la oscuridad que se adentraba al hogar de Baal. Y así, rodeados por completo, con el enemigo encabezado por un gigantesco avatar de la destrucción que los aplastaba y masacraba como si fueran juguetes la batalla por el Domo del Sol de inicio, esa que no pensaban perder y que se decidiría una vez pudieran poner pies adentro.

Devas y devas chocaron espadas, con la mayor fiereza que jamás hubiesen visto. Sin necesidad de órdenes los que los apoyaban se dividieron, encarando cada mitad uno de los dos frentes por los que el enemigo venía e intentando con ello ganar tiempo para que los más poderosos enfrentaran al demonio, que se abría paso entre sus filas con chillidos inhumanos, en busca de sangre.

Todo era confusión. Reaper logró mantenerse erguido, y vio como del cielo una saeta de luz golpeaba a quien alguna vez había sido Aminor, logrando moverlo hacia atrás apenas un paso. Shimari debía de estar escondida en alguno de los edificios. El poseído gritó, aparentemente furioso con su herida y como castigo entonces sujetó a dos albinos, estrellándolos contra el suelo de piedra en un movimiento lleno de violencia. Los disparos rebotaban en su piel, inefectivos, y los que se atrevían a hacerle frente sólo servían para darles algo de tiempo.

Apretó a Necrostacia, con duda. Rashka le miró y negó con una seña, indicándole un par de edificios más allá como la reina de Kamui saltaba, moviéndose con gracia entre las terrazas para disparar otra flecha de su arco.

El proyectil volvió a golpear al monstruo, esta vez en la cabeza, pero no bastó para matarlo, sino que tan sólo lo noqueó por unos instantes, tambaleante, a punto de volver a estallar en un frenesí asesino. La general dio otra orden, y los devas se plegaron tan

rápido como podían, como si huyeran, sin dar la espalda pero alejándose del demonio, de los soldados de Bali, de todo lo que los rodeaba.

-¿Qué hacen?- inquirió, anonadado. Rashka levantó su arma, viéndolo de reojo.

-Les abriré el camino para que puedan pasar. Procuren vencer a Bali.

Arksinad asintió. Linith se aproximó hacia ellos, decidida, y Reaper desistió la tentación de pedirle que no los acompañara.

Otra flecha de luz fue hacia el enemigo, pero uno de los albinos rebeldes activó un neu que la desintegró, antes de que golpeará. Una nueva ráfaga de disparos salió hacia donde Shimari se escondía, pero la reina ya había huido del lugar en cuanto efectuó el segundo asalto. Las tropas enemigas se congregaban alrededor del campeón demoníaco, que sacudía la cabeza y comenzaba a despertar, mientras que quienes eran sus aliados ocupaban posiciones detrás de ellos, como si temieran, algo inaudito para los ojos del guerrero.

Entonces Rashka alzó a su garr del todo, y hubo tal ola de calor que los tres que planeaban ingresar retrocedieron, alarmados.

-Purga a los infieles, *Zeraker*- activó su neu la general.

Hubo un silbido hirviente, ofensivo al oído. El acero carmesí del arma brilló y vibró, como si viviera, similar a *Necrostacia* pero más firme, más estático y mudo.

El brazo de ella descendió, cortando el aire. Una brecha se abrió en donde lo había lastimado, una línea de fuego que entonces salió disparada hacia adelante, creciendo, alterando el terreno con su avance, convirtiéndose en un mar de llamas que lo devoraban todo como una ráfaga, carbonizando a los soldados que estaban frente a ellos, cegándolos con su brillo y haciéndolos caer hacia atrás. Inclusive Rashka se sostenía a duras penas al haber utilizado su habilidad, y la oleada de ardor que golpeó a todos fue tan potente que varios se quitaron los cascos, temiendo que el cabello se les hubiera encendido, pero en realidad del todo concentrados en la contemplación de lo terrible que era *Zeraker*: había formado una torre ígnea que aún se alzaba y que con su fuerza había reclamado no sólo la integridad del demonio de Bali sino también una buena parte de quienes lo defendían, dejando tan sólo pedazos cuajados de acero hirviente y miembros sesgados, chamuscados, que trazaban un camino hacia la puerta del Domo.

La general entonces cayó sobre sus rodillas, agotada. El sendero era claro frente a ellos, pero la sorpresa de ese poder, de ese fuego rojizo que borraba en vez de quemar aún los tenía tomados, y hasta Arksinad estaba boquiabierto por lo que había presenciado.

Tomando fuerzas de donde no las había Rashka volvió en pie, y alzó a *Zeraker* alentando a los suyos.

-¡Avancen!- gritó, instándolos a prepararse- ¡Protejan al elegido!

Y los devas aullaron a su vez, enardecidos corriendo hacia el Domo, bordeando a un Arksinad, Reaper y Linith que se movían atolondrados, dejando a su líder atrás y haciendo frente a los embistes del ejército rebelde que, recuperándose de la sorpresa, volvía al ataque con cierto temor de que la general pudiera efectuar de nuevo un ataque como ese.

Corrieron entonces, como desaforados, tan rápido como podían, bloqueando espadaños, esquivando las balas enemigas, aguantando los hechizos con que planeaban tumbarlos y entregándose del todo a ese último trecho, a buscar la seguridad del edificio principal mientras pisaban suelo chamuscado y cenizas, apoyándose sobre las figuras petrificadas de los enemigos que cedían ante el peso de sus pies, un desagradable

itinerario por sobre los cadáveres que Zeraker había dejado, acompañados lado a lado por quienes los querían ver muertos y quienes intentaban salvaguardar sus vidas.

Frente a ellos, cada vez más cerca, la entrada al Domo del Sol y a la última prueba se alzaba. Y así entre gritos, choques de acero, luces de colores y estruendos ensordecedores no perdieron el ritmo, fatigados, quemados, heridos, pisados hasta lo último pero determinados a no dejarse derrotar, y poco a poco la distancia que los separaba se fue limitando hasta que atravesaron el umbral con fiereza, saltando como héroes y dejando atrás a los dos bandos en contienda para disputarse la victoria allí afuera.

Vio con calma que, desde la ventanilla del carruaje que lo llevaba hacia donde su vehículo hacia Sadalsuud partiría, más de una persona caminaba a paso acompasado, siguiendo el ritmo lento y tirante de los caballos, husmeando cada tanto por entre sus cortinas para divisar si era Sulfur Houppe quien se escondía allí para llegar a destino.

No pudo evitar tragar saliva, que le supo amarga como bilis. En cuanto dejara esa ciudad, la amenaza que el pequeño les había presagiado estaría fuera de su alcance, y sólo Yeguilex podría respaldarlo para evitar la destrucción de Deneb Algedi. Aunque pensaba: si era cierto que Vannael y los suyos planeaban borrar la ciudad del mapa, ¿Qué sentido tenía acompañar a Houppe a hablar con Shimari? La guerra comenzaría sí o sí si la capital de Fariel llegaba a ser destruida. Cel-Neckar no tardaría en responder, y los dedos apuntarían a Kamui con facilidad.

No, pero no debía desconcentrarse. Eran dos frentes que cubrir, y su deber era confiar en el general para que se encargara de ese que él había dejado descubierto al decidir moverse en defensa del héroe de Gikeldor. Pero la verdad era, muy para su pesar, que las apuestas se estaban redoblando y el juego se hacía más y más difícil. No había consentido más ayuda de momento, e inclusive se había apresurado en mandar a Merady de regreso a Cel-Neckar junto con algunos de los niños, en un refugio seguro prestado por una vieja amiga, intentando convencerse a sí mismo de que allí Vannael no podría lastimarla. Su miedo era tal que no la transportó ni le pagó un pasaje en carroza, sino que pidió al mismo soldado de Yeguilex, Bullwe, que llevara a todos en su viejo bote bordeando el territorio continental hasta Cel-Neckar, entrando de incógnito a la ciudad con una carta firmada con su puño y letra. Solamente de esa manera era que podía sentirse tranquilo.

Con los inocentes fuera, Duran sospechaba que el terreno se endurecía más y más. Casi le tentaba pedir a la Cámara de los Diez que desecharan la idea de aquel viaje ceremonial hasta Kamui y en cambio les permitieran transportarse directamente al castillo real a dialogar con Shimari, sin tantos preámbulos o demoras que pudieran terminar influyendo en su misión de paz. Si Deneb Algedi era destruida antes de que pudieran hablar con la reina, todo sería en vano.

Sus ojos severos se pasaron por los recodos por los que el carro iba transitando, con una calma que era producto de la experiencia y la desesperación, quieto como una piedra y escrutando en el recorrido la belleza de la ciudad: se adentraban de repente

bajando, empinados, por callejuelas de piedra donde los hombres reñían con risotadas y bromas; o más allá salían de improvisto a donde el sol de la tarde bañaba su rostro por la ventanilla, haciéndole sentirse agradecido, dejándole ver las casonas más grandes que pulcras y majestuosas se alzaban en la colina, enrejadas en oro y también a su manera decoradas por las altas familias que las habitaban; formando todas quizás la parte más bella e inaccesible de Fariel: allí, entre todos esos habitáculos espaciosos se escondía la mansión que Unnaon Zetha tan amablemente le había prestado, ahora ya del todo desprovista de los papeles e investigaciones que había juntado y que en este momento reposaban en las manos de su aliado. No había querido dejar una sola prueba que pudiera poner en alerta a Vannael, no más de lo que su monarca ya lo estaba.

Pronto fueron rodeando el bazar, cosa que percibió antes por el olor a mercancía y el bullicio que atravesaba las delgadas paredes de su vehículo, ese murmullo constante que existía en la ciudad y que siempre le había hecho pensar que la gente de Fariel era muy parlanchina, sin pausas, como si no necesitaran tomar aire para hablar a diferencia de las elocuentes conversaciones de su tierra natal o los parcos intercambios que se daban en Kamui. Cerró los ojos en ese momento, pensativo, y dejó el murmullo crecer, crecer y crecer en su mente, confundirse, uniendo cada voz: la de quienes negociaban, la de aquel niño que lloraba, la de esas ancianas que cuchicheaban confidencias o la de los amantes que intercambiaban poesía, todas convirtiéndose en una sola que era como la voz de la humanidad, una voz que primero decía secretos sin parar pero luego aullaba sin fuerza, gritando, llorando hasta de repente, o quizás mejor dicho sin que pudiera percatarse de cuando, perdía su propia forma y se hacía un silencio completo, perfecto, inexistente.

Sus viejos huesos sintieron un escalofrío, pero no abrió los ojos. Continuó así, dormitando, hasta que tiempo después fue el conductor quien tuvo que llamarlo para que descendiera, pues habían llegado al edificio desde donde partiría el carruaje especial destinado para su travesía por los desiertos de Al Tarf.

Dejó varias monedas de plata en las manos del hombre y le agradeció con voz débil, poco usual en él, adentrándose dentro de ese monumento de poco uso que las autoridades habían hecho en honor a los héroes de las guerras de Fariel y Kamui: una construcción más actualizada que el resto, que siempre le había resultado similar a un puerto y de la cual salían muchos de los carruajes oficiales que cobraban por traslados a los principales pueblos del reino.

Pudo caminar apenas unos pasos, y percibió una presencia que esperaba. Vannael se hallaba apoyado en una de las columnas, en actitud distraída.

“Con que aquí estabas”.

-Duran- los ojos del rey brillaron al verlo, sereno. Inclino la cabeza devolviendo el saludo.

-Su Majestad.

Siguió caminando, hasta estar a su nivel, y Vannael fue a su lado, las manos en los bolsillos, como pensativo. Algo en el rey mago de Cel-Neckar parecía apagado, tanto como el silencio que su mente le había regalado había calmado algo también dentro del espíritu de Duran.

Al cabo de un rato, la voz grave del brujo interrumpió esa callada marcha.

-¿Estás seguro?- le preguntó el Uno, su antiguo amigo, su antiguo mentor e ídolo.

Tardó unos segundos en contestar, debatiéndose si lo que había percibido en esa pregunta era amenaza o acaso tristeza, algo que no había podido ver antes, como una

melancolía que sólo ahora Vannael intentaba hacer aflorar. Sin embargo, al instante desechó el pensamiento.

-Mi tarea es proteger al débil- dijo y se adelantó con paso firme, decidido- Eso es lo que sé. Tú, Vannael, ¿Qué buscas proteger?

Los pasos del monarca se detuvieron, quedando a su espalda. El Dos se dio vuelta, encarándolo.

-Un sueño- le respondió el rey- El sueño de quien está entre los muros de mi ciudad.

Le pareció que sonreía con amabilidad, pero la máscara quitaba toda certeza posible al respecto. Asintió, pausadamente, comprendiendo que había algo más allá de esas palabras. Era una especie de despedida.

Entre las columnas la luz del atardecer los separaba, creando un haz anaranjado que dividía las sombras: de un lado Duran, iracundo, certero, y del otro Vannael, oculto por esa bruma negra, ilegible. El anciano sonrió entonces, dándose la vuelta.

-Haz lo que debas hacer, entonces.

Y siguió caminando, perdiéndose más allá. Vannael quedó en silencio por unos instantes, como meditándolo y luego rio, con un matiz desquiciado que le heló la sangre, extendiendo un brazo hacia el costado.

-¡Habrà otra reunión del Geral en poco tiempo, Duran! ¿Voy a contar con tu presencia?

Tuvo un recuerdo entonces, como una sucesión de imágenes: él estudiando, bajo la tutela de Dordo, viendo a sus compañeros más jóvenes –el juguetón Haluar, el arrogante Scarrow- divertirse y sólo pensando en su deber a cumplir, él conociendo a Vannael, viendo su brillo y majestuosidad, en cierta forma admirado de su grandeza y aceptando ser por siempre su mano derecha, su administrador, quien lo respaldara cuando su genio le impidiera ocuparse de los problemas que aquejaban al mundo. Lo asaltó la visión de algo pasado: ambos contemplando la costa, en alguna misión del Geral, hablando ideas de justicia y del progreso que querían para su pueblo de allí en adelante, y ese joven Duran, apenas un poco más relajado y menos sabio del que ahora caminaba hacia su destino sonriendo, pensando que por fin junto con Vannael había hallado su lugar en el mundo y, si bien no alguien a quien pudiese alcanzar, alguien con quien sabría compartir un sueño. Era una imagen triste, desconsoladora.

Pero, error y pena a futuro, por un tiempo le había sido cierta. Levantó el brazo en un saludo vago y cierta risa congelada, resonante.

-¡Como siempre!

Y se perdió entonces por la salida, en donde Sulfur, Djinn y los generales de Fariel que les harían la despedida oficial lo esperaban.

14. A Donde El Cielo Se Pone Rojo

Y días antes, Reed se preparaba.

Empacó en un bolso todo lo que le parecía necesario para sobrevivir una buena jornada en el desierto: una capa de tela curtida, para protegerse del viento y el frío nocturno y cubrirse la cabeza cuando el sol estuviera en lo alto, raciones de comida, principalmente vegetal, hierbas medicinales que Desma no tuvo reparo en juntar para ellos, y una cantimplora pequeña cargada con agua fresca que en realidad era más bien una comodidad, pues los verdaderos tambos de agua con los que sobrevivirían por la inhóspita sequedad de la Ciudad Dorada los iban a recibir después, sujetos a las nuevas monturas que la pareja deva planeaba cederles para facilitar su recorrido.

Luego quedó sentado en su litera, viendo su bolso marrón y también al lado su escudo, que hacía mucho no hablaba ni emitía prueba de consciencia alguna. No era que le incomodase o nada por el estilo, pero ahora al tenerlo cerca Reed no podía evitar pensar en su anterior hermano, en Idgray, e imaginaba a su arma maquinando, al alma que tenía adentro influyéndola, y recordaba los rostros de Daivok, Skectral o Ragnar, temiendo, en cierta forma, a la cosa que había impulsado su mano a cometer esos horribles asesinatos.

Sintió un ruido, y levantó la vista para ver a Nakku emerger de la puerta, ya preparada. La joven había perdido sus anteriores ropas de mercenario de la Forja y las había cambiado por las oscuras que su padre le había dejado: una malla negra, de consistencia similar a la sombra, y sobre ella retazos de armadura blanquecina, cubriendo parte de las piernas, cintura, hombro y pecho. Era muy diferente a los ropajes que había visto Reed en el ancho mundo, por lo que supuso que se trataba de la vestimenta de la Organización: al menos, podía asegurar que el material negruzco de esa tela era el mismo que Sephid tenía en la enorme capa que envolvía su cuerpo y el que escondía la figura de Ventrysten cuando su proyección astral los había visitado.

El cabello castaño oscuro y largo estaba atado en una coleta baja. Ella lo miró con sus ojos violáceos, instándolo a ponerse de pie y Reed se incorporó, abstraído por unos segundos en la marca que cruzaba ese rostro femenino, cruzado por un interés que no podía identificar y que creía que se debía al cambio de vestuario por aquel otro más aguerrido.

No tuvo que preguntarse más por su atracción pues detrás de ella salieron Desma y Lialbe, parlotando, emocionados por la despedida y emitiendo una sarta de consejos,

comentarios, agradecimientos y saludos, recomendaciones cariñosas, velados pedidos de que no se marcharan al peligro, y consejos de madre a los que Reed se encargó de contestar con continuos asentimientos, en cierta forma enternecido. Entre ese barullo salieron de la casa por fin, aprovechando el hecho de que ambos ejércitos se concentraban en el centro de la ciudad y atentos los dos jóvenes a cualquier posible ataque, conduciéndolos sus anfitriones hacia el establo familiar que se hallaba no mucho más allá de la orilla del río.

-Tengan cuidado con los escorpiones- les advirtió Desma- Y también con los sapos piedra. Pero principalmente, cuídense de las plantas...

Casi sintió su piel arder, recordando las ornas.

-Podrán sacar algo de agua de algunos cactus, aunque no es muy sana que digamos- Lialbe los guió doblando hasta llegar a una verja, que abrió con un manojo de llaves de su bolsillo- También hay un pequeño oasis, que marqué en el mapa. Después de días de caminata en la arena, querrán desviarse lo suficiente como para darse un baño, créanme.

Asintieron. Luego pasaron el umbral, a ese pequeño rancho urbano que pertenecía a la familia Evenstar y Reed quedó boquiabierto al verlos: atados a postes, rasgando el suelo con sus zarpas, dos criaturas draconianas curvadas y resplandecientes aguardaban, excitadas al oler la presencia de los recién llegados. Eran tan grandes como lo había sido su falkin, y en cierta forma algo en su estructura tenía semblanza con las aves: se apoyaban en dos feroces garras, patas torcidas y nerviosas, pero más allá de eso el resto era similar a una serpiente erguida y deforme, como el torso de un dragón, desprovisto de las enormes alas y de la majestuosidad que tenían esos tiranos pero conservando las escamas, las espinas alargadas desde la cabeza, la coraza pétrea que los protegía, en ambos de un color verde-oro. La cola gruesa se movía lado a lado, haciendo equilibrio al resto del cuerpo cuando Lialbe desató a uno para tenderle las riendas a Reed.

-Wyverns. Este de aquí es Gorius, favorito de Linith, y el de más allá es Starivaril. Los hemos criado nosotros mismos.

El animal se acercó, saltando campante y simpático cabeceó a Reed sin fuerza, flojo, como buscando reconocerlo. Resistió esos embistes y luego apoyó la mano en la coraza, en cierta forma satisfecho de no estar ofuscado recordando a Skectral y a su especie. Nakku no perdió el tiempo y descolgó el suyo también, volteándose hacia la pareja.

-Muchas gracias.

-No sabría cómo agradecerles- añadió él.

Desma lo apretó en un fuerte abrazo.

-Tan sólo vengan a visitarnos... Ya saben, cuando todo esto haya acabado.

Por atrás su esposo sonreía, asintiendo.

-Estaré aquí para hablar sobre las arcas, Reed de Vant.

Dejó que lo apretara por un rato más, viéndola contener las lágrimas –era sorprendente lo rápido que se emocionaban- y luego asintió, trepándose de un salto sobre su nueva montura que barrió con la cola el polvo del suelo, al parecer muy emocionada de tener que dejar el establo. Su compañera ya estaba también montada, y se notaba que tenía prisa en partir. Aun así, Reed se permitió tomarse una pausa para la despedida.

-Adiós- les dijo dándose la vuelta. Ellos los saludaron, Desma apoyando la cabeza en el hombro de su hombre y les cedieron el paso para que se fueran, dejando el sitio y a sus anfitriones atrás. Rogó, por unos momentos, que aquella no fuese la última vez que

los viera y que los horrores de la guerra no alcanzaran a esa familia. Era lo menos que podía esperar.

Era un extraño modo de andar el que tenían los wyverns. Alternaban saltos patéticos, más rápidos que los de los falkins y cómicamente continuados, como girando las patas por la arena tal las ruedas de un carruaje, con deslices más dignos en los que utilizaban la cola para equilibrar el peso, cambiándola de posición cada tanto y haciéndola retorcerse como al cuerpo de una serpiente. En los primeros momentos de viaje no había podido evitar sonreír al verlo, entretenido. Luego había terminado por acostumbrarse, y al rato su atención terminó por estar, no sin cierta reticencia, en la figura de Nakku que avanzaba agazapada sobre su wyvern frente a él.

-El puente este no estará muy lejos- le sobresaltó su voz, pero la joven no se dio vuelta sino que siguió hablando sin mirarlo, enfocada en mantener la velocidad.

No dijo nada. Si no fuera por sus monturas, hubiera preferido intentar utilizar su nuevo poder para saltar el río desde cualquier orilla, tal como se había salteado el ejército de Ragnar en cuanto lo fue atacar... Pero era arriesgado. No tenía todavía control sobre su seele, y además necesitarían la velocidad de esos lagartos una vez hubieran puesto pie fuera de Oesile Nede y Diakaza. En la oscuridad del inconmensurable desierto que abarcaba el resto de aquel planeta en el que Baal resguardaba a su pueblo, sobrevivir se convertiría en un asunto mucho más complicado sin un buen medio de transporte.

Siguieron sorteando la belleza del centro, pasando como flechas entre las casonas, percibiendo de vez en cuando a los devas que los espiaban desde las altas ventanas, temerosos quizás creyéndolos espías de alguno de los ejércitos. En realidad, todo estaba bastante calmo. Era nada más el desorden, la ausencia de vida social y la suciedad que regaba los cántaros de flores, las fachadas blancas y las calles empedradas los que le hubieran indicado a un recién llegado que el sitio se hallaba en guerra. Los estruendos del enfrentamiento que sucedía alrededor de la Sol no llegaban allí, o eran tan vagos que bien valía ignorarlos por completo. Pensó, esperanzado, que tanto él como Arksinad y Reaper, si bien separados, estaban haciendo lo que creían correcto con todo el empeño que podían poner.

No pasó demasiado tiempo hasta que ambos llegaron al puente. Nakku entonces hizo frenar a su montura, y con una seña le indicó que bajara.

Reed desmontó, algo preocupado. Si aún había enemigos dando vueltas, mientras cruzaran al otro lado no tendrían forma de evitarlos.

-Quiero enseñarte algo- le dijo ella. Miraba hacia atrás, por donde habían venido, a la espina que desde el Domo del Sol se elevaba perforando el cielo, con una mano apoyada en el sable que traía enfundado en la cintura.- ¿Recuerdas cómo hacer el salto, verdad?

Necesitó sólo unos segundos para entender.

-Sí.

Nakku asintió.

-Tu potencial de alma es impresionante, gracias a Drassil. A un seeler normal, moverse de un sitio a otro en forma etérea puede consumirle toda la energía hasta el desmayo. Pero veamos... Activa tu poder.

Tragó saliva, mirando también hacia el Domo. Luego cerró los ojos e intentó concentrarse, en la oscuridad que veía, en la ira que a veces sentía. Sin su escudo susurrándole odios, se hacía una tarea más difícil, pero poco a poco empezó a sentir algo crecer, etéreo, trepando dentro de sí hasta dominar del todo su ser, borroneándolo, empezando a esfumarlo de todo lo que lo rodeaba.

-Bien- oyó la voz de Nakku cada vez más cerca, y recibió un golpe que le hizo perder la concentración, alarmado. Se lo había hecho ella en la frente con los dedos.- Pero no. Vas del suelo al cielo. No quiero que te hagas alma ni saltes. Sólo que *veas* como un alma. Intenta percibir con tu alma, sin perder tu cuerpo.

-Auch- se frotó la frente, adolorido- ¿Cómo se supone que haga eso?

La joven le apoyó una mano en la cabeza, haciéndolo ver el Domo. Empezaba a sospechar que le estaba tomando el gusto a maltratarlo. Cerró los ojos.

-No, ábrelos.

Abrió los ojos.

-Vuelve a hacer lo de antes. Busca tu determinación, eso que te mueve en todo lo que haces. Puede decirse que, así como los magos son creativos e inteligentes, los seelers somos determinados y tercos. Encuentra eso que te motiva, y hazlo surgir.

Lo aceptó, manteniendo la vista fija en el Domo y pensando, con calma, qué era lo que lo motivaba. Lo que movía su accionar era...

A su espalda su escudo vibró, dando una sugerencia muda.

Sí. Puede que tuviera razón. Lo que había motivado su vida, lo que lo había impulsado desde el principio de todo había sido una moneda de dos caras, pegadas entre ellas y alternándose a su vez sin suplantarse del todo. Una era su deseo de aventuras, de una vida perfecta, de un mundo perfecto, de esperanza, de alegría, de mil bendiciones para la existencia que estaría delimitada dentro de esa historia congruente, ajena al sufrimiento. La otra, más opaca, era el resultado de la imposibilidad que implicaba su primer anhelo. Era la necesidad de borrar, de quitar, de eliminar del todo a todo eso que le impedía a su aventura y al existir ser como los quería.

Creía entender, ahora, que una de las caras de esa moneda no era del todo suya sino que pertenecía al alma que habitaba Drassil. ¿O tal vez se equivocaba? Porque su determinación, la fuerza con la que había partido la mano de Daivok o quemado el cráneo de Ragnar, influidas o no, le habían pertenecido. Habían sido suyas, parte de lo que él era y en lo que se había convertido, y por más que su nueva maestra no lo culpaba, Reed no podía quitarse ese peso de encima. Él había optado por esos actos. Y si era así...

No necesitó buscar más. Su escudo rio, y el poder volvió a emerger, pero esta vez la mano de Nakku sobre su cabeza aplicó presión, poca pero certera, haciéndolo tomar consciencia de que tenía un cuerpo y de que ese cuerpo sentía, de que era parte de él, tanto como el alma en la que comenzaba a convertirse. Gracias a eso, la desmaterialización se detuvo, pero la percepción quedó y Reed pudo ver lo que la joven le indicaba.

Era un espectáculo alarmante, tal como lo había sido la primera vez. Frente a él dos visiones se superponían: la corpórea, de siempre, con las casas y las flores y el Domo allá a lo lejos alzándose por sobre todo; y también una encimada que traspasaba toda barrera física para mostrarle las almas de las personas: allí y allá, agazapados tras las

ventanas, veía a los devas ricos espiarles, con distintos colores, algunos eran rojos, verdes, otros azules en su luminosidad, y todos fluctuaban de distinta forma, como ondeando por un viento invisible inherente al plano espiritual. Mucho más allá, todavía, las almas que se agolpaban eran tantas que todos los colores se confundían, y alrededor del Domo se hacían un entramado de marrones y arcoíris bamboleantes, furiosos.

Parpadeó, anonadado.

-Son...

-Los ejércitos que pelean- asintió Nakku, y luego silbó admirada.- Puedes ver muy lejos.

Notó que el aura de la joven era violácea. En cuanto a la suya, parecía contaminada: la energía que le rodeaba se debatía en corrientes ascendentes, entre celestes y grises, que sin control se movían como espiral hasta el mismo cielo sobre su cabeza. Estaba seguro de que aquello no era normal, ni la intensidad, ni la forma, ni la mezcla que había en él era como las auras del resto de quienes había podido ver. Esa mezcolanza era el resultado de la influencia de Drassil.

No hablaron más al volver a montar, alejándose de Oesile Nede con calma. Gracias a la experiencia, Reed sabía ya por qué la antigua Bellow estaba tan tranquila: no había ningún aura a su alrededor que pareciera peligrosa, ni cerca del puente que se avecinaba ni escondida entre los callejones de las casas. Era una sensación muy reconfortante, esa de conocer el entorno.

El ver la construcción de acero y oro que conectaba las orillas del centro con las de la silenciosa Diakaza le hizo apretar las riendas con cierta amargura, pensando en Ragnar. Ese debía ser el puente por el que Majcel Kido había cruzado como campeón de Arksinad, misión que él había terminado por arruinar con su ataque. En la amalgama de colores que había presenciado hacía un rato, alguna parte debía de pertenecer al melancólico general, así como también debía de haber visto –pero no distinguido- las almas de sus amigos, Linith, Shimari o Rashka. El mundo era más de lo que veía. Había algo en todos ellos que persistía, reencarnando, aún cambiando la historia luego de la muerte tal como Albion lo había hecho al morir y renacer como él.

Suspiró. El paso de los wyverns se hizo más lento al adentrarse por la construcción metálica, como si temieran el ataque que Reed y Nakku ya habían descartado. Ninguno hizo amague de apurarlos, algo sumidos en sus pensamientos, Reed sintiendo a Drassil bambolear a su espalda, su eternamente fiel escudo reflejando los rayos que rebotaban desde la cúpula dorada del Domo.

“Realmente no sabes usar ese escudo, muchacho”.

El vago recuerdo de la voz campante de Daivok lo hizo estremecer, dándose la vuelta hacia donde Baal habitaba. Su escudo hizo un murmullo resentido, y Reed escudriñó esa superficie resplandeciente, viendo un destello, una señal intermitente como la que lo había conducido a rescatar a Deihr. Había un dios allí.

Pensó en las palabras de Daivok, allí en Belekraz hacía tanto tiempo, peleando contra horrores y sombras para sobrevivir. No sabes usar ese escudo. Y lo había rescatado. Daivok debía de haberlo sabido, todo ese tiempo, debía de haber entendido que aquella era la espada Drassil y que Reed era parte del mundo que había abandonado a su hermana adoptiva. Era por ello que lo había salvado.

Tragó saliva, viendo el perfil de Nakku avanzar serena, como si no notara nada a su alrededor.

-Tú...

El rostro de la joven apenas se torció, con velado interés. Las palabras se atoraron en sus labios, que cerró con fuerza, y ella volvió a ver hacia el frente.

No dijeron más en todo el cruce, y para cuando llegaron a Diakaza Reed ya no sentía la presencia de Baal clavada en su espalda.

En la periferia fue que cargaron los tambos con agua fresca, desde una de las muchas vertientes que arrojaban el contenido del río para que los niños pudiesen saciar su sed al jugar en las calles o los adultos que paseaban se refrescaran del accionar del cielo sin tener que hacer la obligatoria excursión a la playa. Reed ayudó a la joven a llevar los dos baldes ya cerrados –uno a la vez, pues pesaban demasiado- y cargarlos a los costados de ambos wyverns, que apenas parecieron resentir el nuevo peso que les ponían encima. Al menos, pensó Reed, parte de esa agua también estaría destinada a la supervivencia de los animales.

Luego recorrieron con calma la ciudad, quizás teniendo en cuenta que pasaría un buen rato hasta que volviesen a ver casas, edificios pegados lado a lado, calles y todas las muestras de que devas se congregaban para vivir en sociedad. El sólo hecho de estar bajo las lonas que colgaban entre las tapias, bajo el abrigo de los muros de barro y en la silenciosa compañía de los habitantes que tal como en Oesile Nede les espiaban tras las ventanas o se alejaban al verlos pasar, les daba una comodidad que sabían que pronto iban a perder.

Diakaza no había cambiado mucho desde que la había dejado, como si quienes la poblaban no hubieran tomado el valor de moverse, de reparar los estragos que habían causado las tropas por aquí y allá hasta que la misma voz de Baal les certificara que la guerra había terminado. Había escombros arrojados, puertas arrancadas de sus goznes, manchones de sangre reseca adornando el suelo y los muros por los cuales algunos pequeños valientes exploraban, cruzándose con ellos a veces y huyendo a más no poder. Reed no los llamaba, ni intentaba arreglar el error que tenían al creerlos enemigos. La expresión sombría de Nakku al ver todo aquello era motivo más que suficiente para quitarle la idea. Creía entender qué pasaba por la mente de la joven, qué horrores cometidos bajo el servicio a la Forja estaría recordando. Por mucho que cambiara su nombre y quisiera retomar su pasado, Nakku era Deihr Bellow, y Deihr Bellow había sido una asesina. Era todo lo que había allí, una intención pura e indeleble, como la que él mismo reconocía en sus propios pecados.

Nakku no le enseñó nada más de seele durante todo el camino por Diakaza, aunque Reed sí se permitió activar de nuevo su visión de alma, practicando ver las formas que se escondían de ellos e identificar los distintos colores que aparecían. No había ninguna como la suya.

Al salir de la zona poblada tuvieron que frenarse. Habían trepado el barranco que se elevaba mas allá hundiendo a la ciudad entre la arena, aferrados de los cuellos de sus reptiles mientras estos corrían con tal prisa que parecían desafiar la gravedad al ascender... Pero luego los wyverns habían quedado quietos, casi estáticos.

Frente a ellos había ornas, amarillas y palpitantes, decenas y decenas de ornas que ocupaban una buena extensión del borde del barranco. Reed tragó saliva, recordando su primer incidente y en cambio Nakku chasqueó la lengua, apenas incómoda.

-Es hora de la lección dos- le dijo- Aunque me hubiese gustado enseñarte los fundamentos primero. Vas a aprender a hacer una barrera de seele.

Asintió. Con que algún tipo de campo de energía era lo que la mercenaria tenía en mente para cruzar. Vio a Nakku quedarse sobre su montura, como pensativa, y también percibió el aura púrpura crecer, hasta rodear todo su cuerpo. Ganó intensidad por un buen tanto, hasta convertirse en un escudo que se interpuso entre ella y las plantas explosivas, flotando en el aire, parte de su mismo ser. No pasó demasiado tiempo hasta que se desvaneció.

-Las construcciones hechas con nuestra alma no duran mucho- le explicó Nakku, y le hizo una señal- ¿Has hecho escudos antes, no es así?

Sonrió, asintiendo. El reflejo que había espantado al lobo que lo atacó en el bosque de pequeño, que lo había salvado de una ola de magma en Belekraz, que inclusive lo había alejado de la erupción del volcán. Pero claro. Ahora sí, crear un escudo por su propia cuenta sería otro asunto.

Intentó concentrarse sin cerrar los ojos, y de nuevo Nakku condujo a su wyvern hasta su lado, apoyándole una mano en el hombro. Reed intentó no demostrar su confusión y accedió a su forma etérea, sin perder su cuerpo, con el recordatorio de esa mano haciéndole saber que él era él.

-Vas bien- le dijo ella con cierta diversión- Ahora, intenta que crezca en intensidad. Expándete.

Asintió. Pensó en esa energía que lo rodeaba, y la visualizó más grande, más completa. El aura a su alrededor flanqueó y creció como un chorro, como el geiser hirviente de un volcán.

-Contrólate. Respira.

Intentó mantenerlo todo en un sólo lugar, y los flujos celestes y grises se agolparon entre sí en un espacio que lo rodeaba, nada prolijo pero al menos sin escaparse. Hacían remolinos constantes, como las nubes de una tormenta, en ocasiones dificultándole ver a las ornas con su luz. Pensó, sin distraerse, en qué hubiera dicho Scarrow al conocer que su alumno tenía ese poder.

-Concéntralo más.

No le resultó muy difícil agrupar más el aura en un escudo más o menos decente, aunque el resultado final dejó mucho que desear: era más grande que el de Nakku, quizás, pero parecía carecer de calidad y grosor, con algunos huecos por aquí y allá y cubriendo una zona muy irregular. De cualquier modo, a la joven pareció parecerle suficiente. Aún con la mano sobre su hombro tomó de su cintura la vieja pistola que llevaba, y disparó a la orna que tenían en frente.

No le dio tiempo ni de gritar. La explosión vegetal se sucedió en cadena, primero la impactada por la bala y luego las otras golpeadas por el primer estallido, en un estruendo ensordecedor y constante, como de miles de burbujas reventando. Los wyverns se retorcieron, alarmados, pero no huyeron. Los escudos de seele resistieron el fulgor amarillo de las ornas, apenas con unas rasgaduras las zonas más delgadas del que había creado Reed, y luego se desvanecieron dejándolo con la sorpresa y cierta sordera momentánea.

Esta chica estaba demente. Realmente lo quería matar.

-Bien bien- canturreó Nakku con cierta suficiencia, y le hizo una seña para que continuaran el camino.- Creo que es por aquí.

Y Reed terminó por preguntarse si sobreviviría esa travesía en el desierto, si podría regresar algún día con sus amigos.

Las reglas que regían al arte del alma, según las palabras de Nakku, eran tres y se relacionaban entre sí. Eran en realidad los fundamentos de la existencia del mundo en el que habitaban, los secretos que Albion había pasado a sus seguidores de boca en boca y que todos compartían como preceptos sacros, verdades innegables que los podían guiar:

1. Todo ser consciente está formado por alma, magia, y espíritu.
2. Ni alma, ni magia, ni espíritu pueden existir sin un cuerpo que las contenga.
3. Alma, magia, y espíritu ocupan espacio en la existencia equilibradamente, todas en la misma proporción.

Durante los días en que estuvo vagando con Nakku, Reed tuvo mucho tiempo para pensar en esas tres oraciones y en todo lo que significaban. La primera, allí olvidados en medio de esas dunas altísimas de arena, pequeños en la inmensidad de un planeta árido y caluroso, le pareció la más fácil de todas, pero su simplicidad tuvo algo que en cierto modo le hizo sorprenderse, como si descubriera una revelación esencial en el asunto que su cerebro mortal aún no podía entender. Era como si algo en esa frase fuera el secreto de toda la existencia que tanto odiaba, la cruel o hermosa verdad que jamás se iba a develar.

Alma. Espíritu. Magia.

Cuerpo. Emociones. Mente.

Tres esencias, que formaban a todas las personas, a todos los devas que luchaban bajo el Domo, a los humanos que vivían en paz en el mundo central, a los olvidados elven, a los ocultos kiels, a ahuras, genios y dragones. Incluso Nakku y él, surcando esas interminables lomas doradas sobre sus wyverns eran eso, alma, magia y espíritu ocupando cuerpos, y formaban entonces aun en su soledad parte de un flujo inmenso, que le costaba captar, que quizás tenía consciencia propia aunque eso ya era adivinar mucho más de lo que podía confirmar. Y eso a él, Reed Id Vant, lo llenaba de cierta esperanza y desasosiego entremezclados, quizás las distintas partes que eran su ser ahora sin ponerse de acuerdo, lo que era su hermano odiando esa realidad integral y él aceptándola en cierta forma como un camino, una perfección que podría haber sido una excusa a lo que le rodeaba y no terminaba de agradarle.

Cuando llegaron a un páramo en donde la arena se alisaba hasta ser suelo casi duro, Nakku frenó otra vez y ambos descendieron.

Tomaron agua de sus cantimploras, y saciaron también la sed de las monturas desde uno de los tambos. Luego reposaron unos segundos allí, sentados sobre las rocas, el sol

del ocaso bañando a ambos con una luz rojiza descarnada. La joven se estiró, crujiéndose la columna contracturada por estar tanto tiempo a lomos de su lagarto, y luego le sonrió.

-El poder de tu alma está muy ligada al estado de tu cuerpo. No es bueno que un seeler se deje estar con respecto a lo físico o se llene de enfermedades.

Él asintió, estirando las piernas sobre las piedras y convencido de que pronto tendría un calambre. No era Reaper en cuanto a lo físico se refería, pero tampoco andaba nada mal.

-Normalmente, en la Organización nos daban una rutina de ejercicio. Quizás quieras seguirla, aunque debo decirte que es bastante difícil.

Se puso de pie, preparado. Nakku sonreía jovial.

-¿Qué tan difícil?

-Comienza a correr.

Dudó unos segundos, aunque la expresión de su nueva maestra dejaba claro que pensaba recurrir al arma en su cintura si se negaba. Luego echó a trotar, agradeciendo que el sol no estuviese sobre su cabeza.

La seeler le permitió descansar cuando ya nada del sol se asomaba por el horizonte, y la oscuridad rodeaba todo el desierto. En realidad, le había confesado, lo de correr había sido una broma que se le había ido un poco de las manos, pero terminó curiosa por saber qué tanto Reed planeaba obedecerla en su entrenamiento.

Estaba tan agotado que ni siquiera le importó, muy contento de por fin poder parar, echado en la arena que aún era cálida por la acción del sol. Era difícil saber cuándo ella hablaba en serio y cuándo utilizaba su particular sentido del humor, que creía tenía mucho que ver con todos los dolores que la vida le había impartido y en los que él estaba relacionado. Se estremecía, de vez en cuando, pensando en aquel refrán que sostenía que todas las bromas tenían algo de verdad.

En cualquier caso, si Nakku lo quería matar, él mismo había ofrecido ya su vida y no veía otra salida posible. En realidad, era probable que la joven fuera tan sólo una maestra despiadada en comparación con las enseñanzas eruditas de Scarrow, que no requerían de tanto esfuerzo y concentración al haberlo sabido siempre un alumno sin talento. Aunque, si las cosas seguían así, terminaría por perder el alma de puro esfuerzo.

Sonrió febril, aún echado mientras Nakku juntaba varias de las ramas que habían traído y las disponía para encender una fogata. Perder el alma. Había tenido cierto temor supersticioso al activar las primeras veces su habilidad, temor de no poder volver a su cuerpo y morir así entonces, el suicidio más estúpido que se hubiese visto, alcanzar la trascendencia por su cuenta y desvanecerse. La segunda regla, sin embargo, rechazaba toda posible creencia. Alma, magia y espíritu sólo podían mantenerse dentro de un cuerpo. El enlace no se iba a desligar hasta que su cuerpo dejara de funcionar. Se mantendría siendo sí mismo.

Después de un tiempo se incorporó, y aceptó la brocha con vegetales asados que su compañera le tendió sentada a horcajadas sobre la arena. Era muy extraño, pensó

mientras comían entre monosílabos, cómo las cosas cambiaban. En su pueblo, oyendo las historias de Scarrow, luego cruzando el mundo con Reaper y Arksinad, Daivok bajo la montaña, más de sus amigos, luego en su pueblo de nuevo, el corazón velado por los nervios, y luego en otro mundo, en medio de la nada, masticando verduras picantes con la hermana adoptiva del hombre al que había matado. Era una vida amarga, pero también dulce.

Terminaron aquella magra cena rápido, y entonces tendieron las lonas en el suelo y se acostaron, protegidos del frío y la oscuridad por las llamas danzantes entre ellos. Reed quedó dormitando, el cuerpo totalmente quieto, acalambado, las piernas casi gritándole del dolor y también con cierta tranquilidad de mente, como si nada le importara, los ojos entreabiertos, calmos, viendo al fuego alzarse y retorcerse como lo había hecho su propia alma y un poco más allá, con los ojos cerrados sobre el cutis pecoso y cruzado por aquella línea violeta a Nakku dormir, apacible, con una expresión que le parecía casi dulce. Viéndola así, jamás la hubiera identificado como la joven que los había acuchillado en la Forja o que le había disparado. Era tan...

Los ojos se abrieron, y Reed se sobresaltó al verla clavar su sable en la arena con la velocidad de una centella. Se avergonzó un poco entonces de haber estado mirándola tanto.

Cuando vio bien, descubrió que lo que el sable había partido al medio era un escorpión, espinoso y amarillento, cuyo aguijón intentó en vano perforar el extraño metal del arma antes de dejar de moverse del todo. La joven suspiró, incorporándose, y movió su bolsa al lado de la de Reed, mucho más cerca del fuego.

Cambió de posición él entonces, mirando hacia arriba, a donde todo era negrura y, en ocasiones, creía poder ver uno o dos puntos titilantes, tal vez lejanas estrellas. En el silencio, lo único que se oían eran sus respiraciones y los siseos de los wyverns al rasgar la arena. Poco después, la vastedad del oscuro cielo y de la sequedad que lo rodeaba lo absorbieron en un profundo y relajante sueño.

Las últimas escenas de aquel sueño se fundieron en su memoria en cuanto Nakku lo despertó, sacudiéndolo con una mano para que continuaran el camino. Apenas se contentó con un muy escaso desayuno –vegetales chamuscados que habían quedado de la otra noche, y por supuesto agua fresca-, y se caló entonces la capa, subiendo la capucha para protegerse del viento y seguirla.

Atravesaron por horas esos desolados páramos, a veces sin decir una sola palabra, montando incesantes, sin detenerse, bebiendo agua de las cantimploras y secándose la frente sudorosa con la manga, buscando cada tanto algún aislado árbol seco o cactus del cual sacar sombra o frutos, en su mayoría incomedibles y venenosos. No había muchas criaturas en ese desierto. Más allá del escorpión que los había visitado a la noche, apenas divisaba de vez en cuando algún animalillo errante, similar a un roedor de considerable tamaño y que en silencio ambos meditaron sería un buen agregado a las comidas en cuanto encontraran la forma de cazarlo. Lo demás: silencio y soledad.

El terreno variaba, como si ese fuera un mundo en constante malformación, en el que a veces la arena intentaba crear montañas pero luego desistía por el viento, en el que grandes valles los obligaban a revisar qué tan bien estaban sujetos los tambos con el agua por miedo que las pronunciadas pendientes los derramaran, en el que el suelo pocas veces se mantenía plano sino que los hacía bambolear, subir y bajar, de forma constante y enfermiza, ubicándose por pequeñas señales aquí y allá, por el sol que desde arriba los vigilaba, tenaz en persistir y estirar la de por sí larga duración de los días.

En esa perdición era que subsistían, ahorrando las palabras y los esfuerzos. No pasó demasiado tiempo hasta que, desde el este, Reed pudiera ver a lo lejos el monolito opaco, absorbiendo toda luz, del mausoleo de Grimold Styxer. El Tártaros era terrorífico en la lejanía, lo que lo rodeaba gris y muerto se veía congelado, sin viento ni aire siquiera, sin el sol que sí llegaba al resto del mundo. No pudo evitar tragar saliva al bordearlo, por más lejos que estuviese, y Nakku también lo miró con recelo alerta, antes de dirigirle una mirada.

-Alguna vez estuviste allí, y luchaste contra ese monstruo.

Él se lo quedó pensando, alarmado. Era difícil de creer, el juntar semejante valor. Sólo una locura podría haber hecho a un hombre adentrarse por ese umbral ennegrecido, voraz. Si en su vida anterior, como Albion, lo había hecho y por sobre todo había salido de allí victorioso, no tenía más que alabanzas para quien alguna vez había sido.

No se detuvieron hasta que de nuevo el sol les quedó de frente, y recién allí a Nakku le pareció propicio hacer una pausa para continuar su instrucción, aprovechando que otra vez la tierra dejaba de escarparse y adquiriría cierta solidez que les permitiría mantener una buena fogata junto con los troncos secos que había alrededor.

Dejaron a los wyverns más atrás y, plantando pie frente a frente, la joven levantó su sable y lo mostró ante sus ojos, resplandeciente, grisáceo y con una forma curva particular.

-Esto es un arma seeler. Me permite amplificar mi alma y utilizar mis poderes. Sin ella, no podría hacer prácticamente nada. Rastrear, quizás, y algún salto corto como lo viste antes, pero en lo demás sería una seeler sólo en nombre.

Él asintió. No era un concepto difícil de entender.

-Y también- añadió ella- Esto salió de Drassil.

Allí la cosa se complicaba más.

-Cuando tu hermano...- Nakku dudó- Cuando Idgray y Albion dejaron la Ciudad Dorada para venir a nuestro mundo, la espada Drassil terminó por aceptar a Idgray como dueño. Sin embargo, Drassil era muy distinta a Necrostacia y Oblivion. ¿Sabes qué la diferenciaba?

Negó, pero luego apretó la cadena de su escudo entre los dedos y aventuró una respuesta.

-¿Era un escudo?

-No. Lo que la hacía diferente era que Drassil podía modificar su forma a antojo. En base era un garr, como las otras dos, pero a gusto y placer crecía para ser un garrote, se volvía un escudo como el que llevas, una aguja, una estatua, una estrella, cualquier cosa que pueda ocurrírsete. También, por sobre todo, podía separarse. Podía moldearse hasta formar dos espadas, y luego dividir las. Por supuesto, sólo una de ellas era Drassil, la que aún conservaba el alma original en su interior. La otra, del mismo material, no tenía su poder pero al menos sí era un excelente conductor de Seele. Reed, dime la tercera regla.

Asintió.

-“Alma, magia, y espíritu ocupan espacio en la existencia equilibradamente, todas en la misma proporción”.

Nakku se lo quedó mirando, como esperando una respuesta.

-¿No lo encuentras extraño?

No supo qué decir, pero al rato la respuesta se fue esclareciendo en su mente. Por supuesto que era extraño. No sólo era extraño, era absolutamente imposible. Si los poderes de los magos, seelers y neus siempre estaban en equilibrio, ¿Cómo era que había cientos y cientos de magos en su mundo, una buena cantidad de neus allí en la Ciudad Dorada y apenas un puñado de seelers siguiendo las órdenes del fallecido Albion por aquí y por allá? Los números no cerraban.

Su expresión debió de haber dejado entrever que lo comprendía, porque Nakku asintió con una sonrisa amarga.

-La Organización tiene una explicación estremecedora. La razón por la cual hay tan pocos seelers, es porque todo el porcentaje de poder de alma que equilibra a los magos y los neus ya está siendo ocupado... Por Drassil.

La mandíbula casi se le cae, pero se contuvo. ¿Por Drassil? ¿Por su escudo, por eso que ahora mismo cargaba en la espalda? ¿Tal pequeñez tenía dentro de sí suficiente poder para rivalizar con el maná de todos los hechiceros del mundo?

El corazón le latió, con prisa. A su espalda su arma no dijo nada, resentida en su silencio.

-Pero...

-Es por eso que la Organización no tiene más remedio que recurrir a los viejos desechos de Drassil para utilizar su arte. Tiempo atrás Idgray creó cientos de armas seele con su espada para que sus guerreros sostuvieran, y su hermano Albion pudo robar varias de ellas para convertirlas en tesoros, llaves con las cuales acceder a tu alma que nuestro grupo protege y pasa de generación en generación. Pero ese poder... Es nuestro, claro, pero necesitamos a Drassil. La espada monopoliza toda la energía que hay.

-¿Entonces yo...?

-Tú tienes a la original- dijo ella, adelantando un paso- Tu alma ya se halla entremezclada. De dominarlo, tu seele debería ser invencible. Aunque claro, el alma de Idgray Decaheron quedó encerrada dentro de su espada y bien podría terminar por influirte. Nadie querría que ese terror regrese.

Tragó saliva, asustado. Había cierta amenaza velada en esas palabras, aunque no era aquello lo que le preocupaba. ¿Cómo iba a detener la influencia de Idgray en su alma? ¿Existía alguna forma? ¿Cómo era siquiera que un alma influía a otra? Con esas respuestas, quizás hubiera podido hacer algo al respecto, para evitar convertirse en lo que fuera que en su vida pasada su hermano había sido.

-No pierdas la calma- suspiró Nakku- Aprenderás seele, y podrás cumplir la misión que te liberará de todo este problema. Estoy aquí para eso. ¿Quieres aprender?

Movió la cabeza de arriba abajo, y ella sonrió.

-Esta vez sí, iremos por lo básico. Seula Chyrmal, el poder mínimo que todo seeler debe saber utilizar.

Hizo un corte con su sable, y un haz de luz violeta salió disparado, creando una media luna que atravesó la arena dejando un surco profundo y oscuro. Reed silbó, admirado, y ella guardó el arma.

-Dudo mucho que puedas hacerlo en un día. Vamos a empezar con tu respiración. Tienes... muy buena complexión, Reed, pero un seeler tiene que saber cómo dominar sus pulmones y meditar para alcanzar serenidad interior. Estira los brazos y...

Era un arte complejo, que poco a poco iba comprendiendo. Como una danza los movimientos se sucedían, eficaces, continuados en un flujo melodioso que producía vibraciones en su aura: inhalar, las piernas separadas, el cuerpo erguido, mirando siempre al frente, los brazos juntos hacia abajo que luego se levantaban como una letra “t”, aquello al mismo tiempo que el aire partía por la boca, todo conjugado en una sola acción que involucraba cada parte de sí mismo estirándose, abriéndose al futuro inmediato. La siguiente instancia, más difícil, requería un pie hacia atrás, raspando la arena, la rodilla flexionada, el cambio en dirección no agresivo pero sí firme, decidido, mientras que el otro brazo se torcía al mismo tiempo que la palma se levantaba: el resultado, desde cualquier ángulo, era una posición de lucha, la mano alta, un brazo como una línea, el otro codo en un ángulo recto que debía de mantenerse fijo, inamovible.

En esa postura aguardaba, con los ojos cerrados, intentando no pensar en nada o pensarlo todo. No había términos medios. Uno tenía que buscar la tranquilidad más absoluta, un estado cuasi superior en el que el aura se plegaba a la piel, o bien tenía que arrancarse el corazón y sostenerlo en la mano, buscar lo que uno era, como había desentrañado antes las motivaciones que guiaban su vida. Nakku le enseñaba, lado a lado, haciendo los movimientos con la perfección de una bailarina y por tiempos Reed tenía que convencerse de no mirarla, o de sí, o de que no estaba del todo seguro de qué le ocurría o qué debía hacer con lo que pasaba por su mente.

Seula Chyrmal, aquel haz de luz que ella disparaba con tanta facilidad, no salió de su escudo por mucho que lo intentara. Quizás era simplemente que en los últimos días se hallaba demasiado disperso como para lograrlo, o al menos aquello pareció considerar su maestra pues fue entonces cuando le hizo iniciar esa meditación por etapas, a la que fue acostumbrándose. Iban a practicarlo una vez por día, durante horas si fuera necesario, hasta que Reed pudiera liberar la energía *seele* con Drassil como cualquier otro miembro de la Organización. Sólo entonces dirían que su entrenamiento había estado completo.

Tocó cambiar de posición de nuevo, por lo que bajó los brazos, volviendo al principio, las piernas firmes abiertas y el pecho inspirando, conteniendo el oxígeno en los pulmones sin atreverse a soltarlo. Nakku hizo lo mismo, pero luego dudó.

-No estás muy calmo.

No supo qué decir, por lo cual quedó callado. Ella rompió postura y se le aproximó.

-Debo de estar yendo demasiado rápido. Pero con tu nivel de alma, si no puedes tener calma interior las cosas podrían desbordarse... Probaremos otra forma.

-¿Otra forma?

La vio tomar el costado de su malla negra, y rasgar un trozo de tela. Pudo ver por unos segundos la piel del vientre debajo, endurecido por el ejercicio y algunas heridas. Luego ella le vendó los ojos.

“¿*Se supone que esto me calme?*” pensó. Era cierto que se hallaba muy distraído. La imagen de lo que había visto le persistía aún en su ceguera, interesado,

preguntándose qué ocurría. ¿Le atraía ella? No podía ser. Le agradaban las jóvenes que podían luchar, como Shimari tal vez, pero no había mucho más que eso. La arisca Nakku... Era difícil de considerar...

¿O acaso era cierto? Ya de antes, cuando la había conocido bajo el nombre de Tezca bajo el mando de Yeguilex había quedado sorprendido, y en cierta forma quizás había sido desde allí que su gusto por las mujeres más aguerridas había salido a flote... Pero luego Daivok había muerto, y la culpa había aplastado toda posibilidad.

Ahora, sin embargo...

No, no podía ser. Se equivocaba. El corazón se le desbocaba en el pecho.

-¿Estás pensando en algo raro?- aventuró Nakku con sorna.

-No- contestó a la oscuridad- ¿Para qué la venda?

-Esa venda- le explicó ella- Está hecha con piel de demonio.

Se la quitó al instante, arrojándola al suelo. Vio entonces una extraña mirada de su interlocutora, casi angustiada, pero que al instante volvió a ser el rostro sereno de siempre.

-¿Qué haces?

-Lo siento- recordó a los daevas con un estremecimiento, y volvió a sostener la tela. Era similar, pero no lo había notado: era como sombra material, en cierta forma etérea, y cambiaba un poco su consistencia según cómo la tocaba. Más aun, la parte que la joven había arrancado de su malla ya había vuelto a crecer, oscura y reluciente como antes.- ¿Usan piel de demonios?

La seeler asintió, estirando la que cubría su brazo y soltándola para que volviera a su forma original.

-Los demonios son muy buenos conductores de energía de alma, y por lo tanto también son extremadamente débiles ante nuestros poderes... -oyéndola Reed recordó, tiempo atrás, que Deihr Bellow era llamada una cazadora de demonios cuando aún luchaba junto con sus hermanos por recompensas- Hace siglos a mi padre se le ocurrió que la Organización los cazara y utilizara su piel para vestirse, y desde entonces se volvió una práctica habitual para nosotros.

Controló su asco, en cierta forma molesto al recordar el rostro de Ventrysten, sin saber por qué. Era... ¿cruel? Bueno, mejor era no pensarlo. Además, lo que fuera que tuviera que hacer para completar su misión, lo haría. Ya no había vuelta atrás.

Aunque para ser honesto, también, pensó que tener una capa de sombras como la que utilizaba Sephid debía de verse muy bien, por muy demoníaca que fuera. Casi se atrevió a fantasear heroísmo, como en su infancia.

Volvió a taparse los ojos, y se sentó en pose de meditación, con la tercera elegida de Baal de igual forma frente a él y aún la mente confusa cuando ella sostuvo sus manos con las propias, relajada.

Por un tiempo, sin explicaciones, todo lo que sintió fue el contacto de esos dedos debatiéndose entre la blandura y la firmeza.

No dijeron una palabra más, y Reed entonces cayó en una calma profunda, como la vertiente fría de una cascada, que inundaba con su acuosidad sus percepciones. No podía ver nada, quizás, y desconocía el propósito de aquello, pero al menos sí podía intentar percibir de la otra forma, cosa que hizo al segundo: frente a él Nakku se le presentó como una figura solitaria, del color de una amatista, firme y apenas revoloteante entre toda la nada, sus manos tomando las suyas, y algo en esa aura magenta viniendo hacia él, mezclándose con sus grises y celestes, empujando a los primeros y envolviendo a los últimos como la sábana que abriga a un niño.

Por allá su escudo dio un literal chillido, temblando de odio. A lo que fuera que había en Drassil no le agradaba nada lo que estaba sucediendo entre ambos jóvenes, pero Reed se sentía en cierta forma distanciado con los odios de su arma y lo ignoró, dejándose llevar. Tuvo un lapso extraño entonces, helado, como si unas manos suaves se aferraran del centro de su ser y tironearan apenas, más que queriendo arrancarlo intentando ponerlo a la vista del sol. Los párpados tras el vendaje demoníaco temblaron, apenas alterados. Aquella curiosa meditación continuó, aunque Reed no comprendía qué era lo que su mentora planeaba. Siguió respirando hondo, acompañando con eso los mismos respiros de la joven, concentrado en la negrura que veía, en las sensaciones fluctuantes de las dos almas que había allí, la tercera, encerrada dentro de su escudo entre la arena, borrándose más y más de su consciencia a cada segundo.

Entonces se vio en un claro, entre la luna elevada y hermosa, entre cascadas de una caverna abierta y fresca. Hablaba con su viejo maestro, y este lloraba. La quemadura de Scarrow destellaba con la noche, cobrando un nuevo significado. Las lágrimas eran simples derrames de plata sobre la barba castaña.

Se sintió sacudir. Lo que fuera que aferraba su alma pareció moverse, escudriñando. La culpa empezó a crecer en él, profunda, hundiéndole dagas en el pecho. Estaba allí para salvar a Scarrow. Había ido por eso. Los dedos de Nakku apenas apretaron los suyos, como si hubiera escuchado aquel último pensamiento.

Sus recuerdos volvieron más atrás. Todo estaba oscuro en ese momento, pero precisamente por eso era que sabía en qué parte de su vida estaba. No había luz, porque la luz no llegaba en lo más profundo del abismo. No le daba miedo, de cualquier modo, pues acababa de enfrentar un monstruo y no se hallaba solo.

Daivok estaba a su lado, echado, mirando las formas vacías de la nada. Por unos segundos fue como si esas dos realidades coexistieran, como si el dios Baal hubiese bajado y utilizado su poder para desdoblar ambos destinos, y el Reed echado –más joven, más inexperto, más inocente- que dialogaba en la oscuridad de Belekraz fue uno solo con el que, frío y calmo, meditaba junto con su nueva maestra, con la hermana de a quien había asesinado. Ambos Reed se unieron por quizás cinco, seis, un puñado de segundos en los cuales dos mundos imposibles se fusionaron, y la montaña fue desierto, y la oscuridad fue sólo una venda que tapaba el sol, y la culpa que lo devoraba fue calma, paz, apenas el inicio de unos susurros absolutos.

Soltó sus manos, contrariado. Nakku no podía estar leyéndole la mente, quizás, pero sintió que había compartido de algún modo algo totalmente suyo y por eso rompió esa conexión para quitarse la venda.

La expresión de la joven era triste, no de llanto pero sí contemplativa, confundida. Se puso de pie, viéndola así en silencio, tácitamente ambos sabiendo que algo había ocurrido allí, y luego ella terminó por mirarlo con un gesto extraño, mitad sonrisa y angustia, un gesto en el que Reed se perdió decidiendo que, después de lo visto, ya no quería saber cómo era que un alma podía influenciar a otra.

«La historia de Idgray y Albion Decaheon, tal como terminó por oírlo, era un relato melancólico y triste, de promesas traicionadas y errores que aún perseguían a muchos tras siglos de ser cometidos.

Comenzaba como todo allí, donde se hallaban ahora cocinando verduras y carne – las balas habían sido más que efectivas contra los roedores- para disfrutar a la noche, en ese desierto inmenso y terrible que era el refugio de Baal para sus amados hijos.

Cuatrocientos años atrás, la Ciudad Dorada se hallaba en un peligro mucho mayor que en el que la sumía ahora la guerra civil de los albinos. Todo el pueblo deva, unidos a una sola causa, se congregaba para rechazar los embistes del monstruo Grimold Styxer y su espada Necrostacia, esa arma infernal forjada por Baal que levantaba los espíritus de los muertos y los hacía combatir contra los vivos: padres contra hijos, hermanos asesinando hermanas, hijos e hijas convirtiéndose en más muñecos con los que el terrible Grimold mantenía su asedio perpetuo, buscando abrir una brecha que le permitiera retirar del Domo del Sol las otras dos espadas legendarias que cuando era mortal no se había decidido a robar.

Al poder de Grimold muy pocos se resistían. Los más notables, en cuanto al respeto y devoción que despertaban entre el pueblo, eran sin duda los hermanos Decaheon: ambos devas albinos, de una época en la que las diferencias raciales no eran tan pronunciadas porque todos tenían el cuello en la misma horca, y con tanto poder cada uno que solos bastaban para frenar las huestes del monstruo negro, altivos en su accionar. Eran los primeros héroes que la ciudad había tenido, y los guerreros los celebraban como tales. Albion era un mago y neu, combinación imposible en muchos pero existente en él por su cualidad casi divina –y había quien decía, exagerando su leyenda, que se debía a que era la mismísima reencarnación del misterioso Yeurion del cual Baal les había hablado, con todos los aspectos de esa figura-; Idgray, por demás, no tenía ningún poder más que una innata habilidad con la espada y la lucha, y no necesitaba otra cosa para dejar a quien lo atacara en ridículo en un abrir y cerrar de ojos.

Ambos hermanos eran como el día y la noche, pero se llevaban bien. El cabello de Idgray era grisáceo, como la ceniza más clara, mientras que Albion tenía una melena oscura y lustrosa. Los ojos del mayor eran grises, de pintas púrpura en su intensidad helada, mientras que los del menor eran como una joya rosada, apenas oscurecidos por cierto tinte opaco que los velaba. Albion era encantador, convencía a las multitudes a seguirlo y, carismático, se ganaba afectos, mientras que Idgray solía no hablar más que monosílabos y, si lo respetaban y temían, era sólo por haber visto sus increíbles hazañas y maravillarse ante su fortaleza.

Pero tanto Idgray como Albion, de cualquier forma, tenían algo en común: amaban a Ailai, la sacerdotisa de Baal de aquel entonces, la amaban desde que de pequeños habían entrenado en el Coliseo y ella los había bendecido, desde que su sonrisa había iluminado sus insulsas vidas de soldados. Y Ailai también los amaba, o al menos a uno de ellos. Cuando no estaba luchando por ella junto con los demás albinos, Idgray se hallaba con la joven elegida, dialogando, consumiéndose en deseo y también sabiendo que más que esa cercanía nada podrían conectarse, pues Ailai había cedido ya su vida a Baal y el amor quedaba fuera de la cuestión. Albion, rezagado en sus pretensiones, intentaba no albergar ningún rencor hacia su hermano y aceptaba aquello, construyéndose un estatus superior entre quienes le rodeaban.

Aquella situación podría haber sido infinita, eterna incluso, y ambos hermanos morir quedando en el recuerdo como pretendientes, como amantes de la avatar del dios del destino sin ninguna otra consecuencia para la oscura realidad que atravesaba ese

mundo. Sin embargo, quiso el futuro que Baal tuviese suficiente de los asaltos de Grimold, y, buscando una solución que comprometía mucho de lo logrado, eligiera sacrificar a Ailai, utilizando su poder de tiempo para confluir toda magia que pasado presente o futuro se aplicara en la ciudad en una joya de poder incomparable, el Rubí de Sangre con el cual pudo mantener a raya a Necrostacia y a Styxer y garantizar en tanto la paz de los suyos.

El dios, quizás movido por el cansancio, no imaginó las consecuencias de su decisión. Con Ailai muerta, ni Albion ni Idgray tenían motivos para luchar, y luchar era lo que habían hecho durante toda su existencia. Si había un enemigo ahora, era este el ente que había sacrificado a su amor. Algo así debieron de haber pensado y acordado juntos, porque no fue mucho después que, aliados, robaron las espadas legendarias restantes y dejaron el mundo de la Ciudad Dorada, prefiriendo por fin salir a explorar esa tierra inmensa que Baal les tenía prohibida y que alguna vez los devas habían pisado.

Muchos los siguieron: albinos molestos por su rol apagado, otros furiosos por la muerte de Ailai, otros orgullosos que, habiendo sido antes magos, no podían aceptar un mundo en donde sus poderes se hubiesen extinguido. Aparecieron en el otro lado entonces, un ejército impenetrable y con ansias de encontrar un hogar, pero las diferencias pronto surgieron y tuvieron que separarse: unos pocos quedaron, viviendo en las arcas voladoras sobre el mar y mezclándose con las demás razas para formar una forja con la cual subsistir, hasta encontrar el valor o el motivo de volver a la Ciudad Dorada.

El resto, encabezados por los hermanos, continuaron marchando por el mundo, un mundo que encontraron más inhóspito de lo que esperaban: en aquel entonces era un sitio de guerra, en donde kiels y elvens resistían ataques de humanos y ahuras y no había poblado que estuviera en calma, no había ciudad que no los viera acercarse y los creyera el enemigo, buscando atacarlos. Aun así, sobrevivieron, y fue en las narices de la capital kiel de Deneb Algedi que decidieron asentarse, crear su primera ciudad y llevar desde allí al apogeo de su raza, un nuevo orden de acero sobre todas esas especies que batallaban en vano, que se comían entre sí como bestias.

Quizás fue en ese entonces que Drassil, el arma que había robado Idgray, despertó. Era un espadón magnífico, la más poderosa de sus hermanas, y con ella todos aprendieron entonces seele: Idgray, Albion, los albinos que los seguían y quien fuera, todos lograron dominar su alma y adquirir un nuevo arte que trascendía a cualquier armada, con el cuál pudieron resistir los ataques de quienes planeaban echarlos y extenderse, ocupando ese lugar en el mundo, creciendo la espada hasta poner raíces y terminar de fundar lo que sería conocido como Dammed Oah.»

Removió un poco las brasas que habían quedado, buscando entre ellas un pedazo de carne que se había caído para confundirse con la ceniza, y que se llevó a la boca junto con un pimiento jugoso, picante. Luego bebió agua, y siguió oyendo a la joven contar la historia, avivando un poco las llamas con su magia para que alejaran las sombras que los rodeaban, sombras de lo peligroso y lo desconocido. Desde que había ocurrido lo que fuera que había pasado en la tarde Nakku se mostraba meditabunda, más de lo normal, pero aun así le continuó narrando, perdida entre los colores lacerantes del fuego y cómo se fundían en la arena y la noche.

«Debe haber sido por aquel entonces, con Idgray convertido en el seeler más fuerte que jamás hubo y los devas haciendo de Dammed Oah un fuerte impenetrable, que las primeras discusiones entre los hermanos empezaron a aflorar. Albion nunca contó mucho a sus seguidores, a decir verdad, pero el hecho fue que terminó por irse de la ciudad, rechazando el sostener a Oblivion y decidiendo volver a su tierra a terminar el trabajo que alguna vez habían empezado.

¿Sus razones? Primero, que con el seele que había aprendido y que dominaba tan bien como la magia y el neu, luchar contra Grimold Styxer se hacía una tarea mucho más sencilla. Segundo, también quizás, que siendo como era debía haber tenido cierta envidia a su hermano, al héroe que sostenía a Drassil, la espada que Ailai había atesorado tanto. El tercer motivo, más noble, podría tener que ver con que la nueva sacerdotisa de Baal, Tearu, la misma que reside en el Domo ahora orquestando la prueba de los herederos, había sido su amiga por mucho tiempo cuando aún vivía en la Ciudad.

Con esas cosas en mente fue que Albion partió, dejando atrás a un Idgray que, encabezando a sus hombres, se expandía más y más por el continente central, indetenible por kiels, humanos, elvens o ahuras. Cruzó el mar, tal vez en un bote o tal vez se transportó a la Forja, y de allí atravesó el portal que los otros devas habían creado y volvió a su hogar, a enfrentar a Grimold, a cerrar del todo aquel nudo con su pasado.

La lucha, como uno puede imaginar, no fue sencilla. El Albion que salió del ya apagado Tártaros fue menos del que había entrado, su espíritu tomado por el Miclanteurión de Grimold y Necrostacia, ese mismo Miclanteurión que, engarzado en amatista, había convertido en una estrella negra que sería su tesoro junto con la espada. No se sabe qué fue lo que Albion habló con Baal luego de eso, qué revelaciones o qué deseos cumplió el dios para él que ahora sólo perduran en la mente del ser divino que permanece en su Domo. Pero, al volver de la Ciudad Dorada hasta el mundo central, lo cierto era que Albion había hecho a Idgray Decaheron su enemigo. Robó armas creadas por Drassil, se alió con Sephid, Ventrysten, Dordo y quién sabe qué otros demonios más, fundó la Organización y terminó años después realizando el legendario asalto, ese en el que con su poder forzó el hundir de la Ciudad Maldita, convirtiéndola en la última tumba para él y su hermano.

Sin embargo, Albion era ambicioso. Sus seguidores lo sabían, y sabían también cuál era el plan del mago, el verdadero plan de aquel taimado héroe con el cual pensaba ver sus más oscuros deseos cumplirse por completo. Él no quería morir, ni jamás lo hubiera querido. Podía manejar su alma, su espíritu y su magia, y por aquello se sentía especial, quizás inclusive superior en cierta forma, o más bien como el único ser que había y que por ello el mundo y el destino vertían sobre él, trazándole caminos, dándole todo lo que reclamaba. La herida en su pie por la que su espíritu se filtraba a la Estrella Oscura, por ejemplo, le parecía poco más que una oportunidad. Era algo que lo apresuraba, y le daba certeza. No quería matar a su hermano. Quería vivir. Quería a Drassil, empuñar la espada con sus propias manos. Quería ser él el héroe, en su realidad perfecta e inmóvil.

Se podía decir que Albion sabía que era una singularidad, y lo aprovechaba hasta su última extensión. Manejando seele, magia y neu en cantidades impensables enfrentó a Idgray, y, si bien no lo pudo vencer, sí logró su cometido: con su control de las tres artes arrebató su alma, y la obligó a entrar dentro de Drassil...»

-¿Qué?!- escupió, helado, interrumpiendo el relato. Un sudor frío le recorría la frente.- Albion... Yo...

-Supongo que pensó que era poético- se inclinó de hombros la joven- Ya sabes, Idgray estaría junto a Drassil, como siempre, y ambos servirían a Albion luego de años, corrigiendo los errores cometidos. Quizás era también que no se atrevía a matar a su hermano mayor, o que no podía hacerlo. La verdad, nunca conocí a Albion. No fui parte del asalto a la Ciudad Maldita, y lo poco que supe de él vino por boca de mi padre, quien no se hallaba muy contento con su viejo líder. Pero la mayoría lo describe como...

-¡Era un cretino!- rugió, por algún motivo sintiendo una furia casi cómica- ¡Con razón es que este escudo mío tanto quiere influirme y matar! ¡Su propio hermano lo encerró allí!

Hizo una seña hacia Drassil, en donde se suponía que el alma de Idgray seguía cautiva. Nakku sonrió, entretenida con su reacción.

-¿Sabes? Un alma sola no siente demasiado. Claro, supongo que Idgray hubiese preferido morir y reencarnar naturalmente y no estar allí atorado hasta que el arrepentimiento lo venciera. Además...

La siguió oyendo, pero no la escuchaba. Una parte de su pecho se contraía de furia y decepción ante ese pedestal roto, y el Albion al que siempre había mirado desde abajo, ese héroe ideal que marcaba pasos, perfecto y legendario, se truncaba en una figura egocéntrica, añorada, que había hecho cualquier cosa para satisfacer sus caprichos. Pero también, tenía que admitirlo, el mismo derrumbe de su héroe le daba un alivio amargo, una alegría entristecida que lo liberaba, relajado, pues si había sido así entonces no existía ninguna vida perfecta, no sólo la suya, y el héroe que había querido ser era un estupidez, ya que cuando había podido ser un héroe su última acción se había tratado de encerrar el alma de su hermano en una espada. Quizás, en realidad, había estado equivocado todo este tiempo.

Algo adentro le gritaba que no, terco, pero decidió considerar la posibilidad. A lo mejor, su historia perfecta era poca cosa que desear. A lo mejor era sólo un horizonte, por el cual guiarse y hacer lo correcto. A lo mejor lo que importaba no estaba más allá, pues cuando en otra vida lo había tomado no había conseguido nada, sino que estaba ahí, en ese exacto presente, en Nakku frente a él revolviendo las brasas y suspirando, en su cabello oscuro brillando por el fuego, sucio por el polvo, en la sensación de su propio peso contra la arena, en el cielo azulado y punteado de luz, en el ahora constante en el cual la perfección era imposible, pero la vida continuaba.

-¿Y luego?- preguntó, mirándola a los ojos- Encerró el alma de su hermano y hundió a los devas que comenzaban a conquistar el mundo. ¿Qué hizo entonces?

-Uso la misma técnica consigo mismo- respondió ella- Sólo que no se encerró en ninguna espada. Liberó su alma, suicidándose para escapar del Miclanteurión que lo absorbía, sabiendo que volvería a reencarnar en alguien. Y sabiendo, también, que el alma de su hermano en Drassil desearía acceder de nuevo al templo en donde su cuerpo reposaba y que la única manera de hacer aquello era con gemas, gemas que gracias a la barrera de Belekras sólo podía conseguir su reencarnación. Quien compartiera la sangre de su alma. Entendía, habiendo movido todas sus piezas, que Drassil estaría obligada a dejar los brazos de mi padre, a quien se la había cedido, y buscarte, a ti, su reencarnación, para atravesar el volcán y luego el templo, para ayudarte a terminar otra vez lo que había empezado: matar el cuerpo de Idgray, intacto con su espíritu y magia pero durmiendo por siempre, destruir la Estrella Oscura y liberar lo que el

Miclanteurión había robado en espíritus, y también, luego de eso, luego de tener a su hermano en mano y que este le ayudara, forzando un arreglo insólito, utilizar el seele superior de Drassil contra ella y destruir la propia espada, liberándolo por fin.

“Y por eso existe la Organización” pensó, echándose hacia atrás con la quijada levantada, como admirando lo oído. Eran los guardianes de la voluntad de Albion, quienes debían enseñarle su arte y guiarlo en aquellas tareas. Pero de las misiones que alguna vez se había impuesto...

Destruir la Estrella Oscura o a Necrostacia era sencillo, un simple producto de los nuevos conocimientos de la época: lo que antes hubiera sonado imposible, ahora cualquiera podía lograrlo siempre y cuando tuviera a mano un colmillo de dragón legendario o algún hechizo de alta gama, como les había enseñado Eluid. Si iba a cumplir ese objetivo, visitar la carcasa de Skectral o al cazadragones que había echado de su isla era el indeseable pero obligado paso a realizar, aunque más que aquellos dos lo que le preocupaba era Reaper, quien sabía estaba siendo influido por la espada negra y seguramente no se hubiese mostrado muy feliz al respecto de su destrucción.

El segundo de sus objetivos le había pasado frente a los ojos, pero no había podido entenderlo. Sabía que ya había conocido a Idgray, o al menos al cuerpo de su anterior hermano. Lo había visto tendido, hundido en un eterno sueño, el cabello blanco e inmaculado haciéndole de apoyo y los rasgos devas apacibles, calmos en su inconsciencia. Reed lo recordaba bien, en especial la sensación de anhelo que había tenido al verlo. ¿Había sido suyo, tal anhelo, un producto de su deseo porque su hermano se arrepintiese de lo que fuese que hubiera hecho, de los males que planeaba causar al mundo? ¿O era el alma de su escudo la que había sentido por él entonces, desesperada de recuerdos al ver su viejo cuerpo dormir en paz, inaccesible, por extrañar lo perdido?

No lo sabía, pero de cualquier modo la oportunidad se había esfumado. Sephid tenía razón, Ventrysten y los suyos habían sido muy desinteresados en cumplir el único propósito que mantenía a su grupo con vida; el mayor esfuerzo dejar a un anciano sin recuerdos para que balbuceara palabras incomprensibles. Ni siquiera se habían dignado en enseñarle seele apropiadamente, aunque a decir verdad no tenía ningún reparo en cuanto a lo que su improvisada maestra refería. Pero, de nuevo, la desconfianza lo tomaba y presentía que algo extraño estaba ocurriendo.

Quedaba el tercer objetivo, que con su sola presencia desentrañaba las palabras que el alumno de Albion le había dicho antes de verlo pasar por la puerta, esas que auguraban decisiones muy difíciles para su futuro. Porque podía destruir a Necrostacia sin problemas, y también matar el cuerpo inconsciente de su hermano, pero lo que sin duda no podía hacer sin que su mente dudara era destruir a Drassil, a ese escudo que lo había acompañado toda la vida y que lo había salvado, a eso que lo había influido hasta ser parte misma de su alma. El escudo había sido su compañía, su razón de ser, su motivación, le despertaba un amor terrible y vago, antiguo, lo hacía defender sus ideales y empujaba su accionar. Si el alma de su hermano estaba allí, Reed no estaba muy seguro de querer destruirlo. El seele era distinto a la magia o el neu, o inclusive a una simple muerte: quemados, electrocutados, congelados, sin cabeza, torturados, por fatiga, devorados, estallados, de cualquier forma posible que un ser muriese su alma se escapaba del cuerpo, inmortal, para en algún momento regresar al ritmo eterno del mundo en otro nacimiento tal como Albion lo había hecho. Pero en cambio, las cosas que se mataban con seele... Desaparecían. Se extinguían en la nada, inexistentes, jamás accesibles de nuevo. Destruir a Drassil con ella misma era, quizás, la última prueba que

mostraría que Idgray se había arrepentido, pero también significaba desaparecer al mismo Idgray. Y de aquello, no estaba muy seguro.

¿Podía entonces conservar el escudo, ignorando esa última orden? Creía que la respuesta tenía mucho que ver con sobre si podía tolerar su influencia o no. Y allí con Nakku, después de haber comido, cubriéndose por el frío, creyó que lo que antes le había parecido un imposible ahora se podía realizar. Quizás podía enfrentar a su propio sueño. ¿Pero qué destino le deparaba eso, qué existencia vacía le auguraba al Reed Id Vant que siempre había sido?

Fue mucho más a la noche que Nakku decidió darle su propio estigma, la prueba de que el arte del alma se inculcaba en él. Las líneas que formaban una cruz carmesí en el rostro de Sephid, aquella que cruzaba la nariz bajo los ojos de la joven, esas cosas se encendían de aura en cuanto un seeler utilizaba su poder y servían como una iniciación, una marca también del estado del alma de quien las portara. Reed aceptó, sin ningún problema de que marcaran su rostro, aquella costumbre que tenía cientos de años.

Se sentaron frente a frente, como cuando habían meditado, pero esta vez ella no le dio las manos sino que, concentrada, juntó su propia aura en el índice y el dedo mayor y lo dirigió hacia su rostro de forma lenta. Ardía de un forma extraña, entre cálida y fría, cuando lo tocó desde debajo de la oreja, como si acariciara su mejilla. Reed la miró a los ojos sin decir nada, estremecido. Quemaba, pero no dolía. Buscó su mirada más, pero Nakku parecía concentradísima, su mano moviéndose hacia el costado hasta hacerle una línea recta que rayaba su mejilla izquierda. Luego la línea subió un poco, para completar una línea acostada que brillaba, su alma fluyendo allí, celeste y grisácea, cierto vapor emanando de la herida que no sangraba.

La palma de la joven quedó sobre su mejilla un poco más de lo necesario, tal vez como si dudara. Reed recordó la meditación y el rostro lleno de aprehensión que le había visto, y sin que ella lo notara utilizó la visión de almas. Sus auras estaban entremezcladas, fundiéndose en una.

La antigua soldado lo soltó.

-Está hecho.

-Gracias.

Se tocó la piel, en donde el estigma se sentía como una hendidura lineal, helada. Le gustaba. Otra parte de él seguía viendo ese extraño suceso, el de sus almas que se mezclaban, celeste y lila fundiéndose en remolinos, abrazándose, pegándose y separándose sólo para volver atraídas por algún magnetismo invisible.

-Creo que ya es hora de dormir- resolvió Nakku, y se echó sobre su lona en la arena, de costado, tapándose. Reed asintió y la imitó en su propia pobre imitación de un colchón, aunque por suerte con lo que habían avanzado, el desierto bajo ellos era muy diluido, y la arena parecía en ocasiones tierra blanda que les acomodaba bien el sueño.

Cerró los ojos, sin pensar en nada en particular. La mejilla aún le ardía, resintiéndole el ataque. No sanaría nunca. Las heridas de seele no sanaban, porque no quitaban. Eliminaban. Eran la máxima expresión de su otro deseo.

En la oscuridad, pensando aquello, volvió a sumirse en el sueño. Los separaban unos metros de suelo o más, pero entre ambos jóvenes las auras seguían agarradas, tomándose, cubriendo esa distancia con mucho más anhelo del que ellos podían permitirse mostrar, influyéndose entre las sombras y vastedad que los rodeaban.

15. Que Hasta Los Dioses Me Adoren

Cayeron del otro lado del umbral no sin algo de épico en su forma de aterrizar: Arksinad rodando primero, cosa sorprendente pero que sin duda se debía a las heridas de su amigo, Reaper sobre sus pies, cargando a Linith en un brazo haciendo gala de su considerable fuerza y resistiendo un suspiro de dolor, dolor mezclado con alivio pues por fin habían escapado de ese infierno, y tras ellos las puertas se cerraron del todo con magia para no volver a ser abiertas hasta que la tercera y última prueba terminara.

La entrada al Domo del Sol era tan lujosa como lo habían imaginado. Los recibió un hall ancho, alfombra roja sobre suelo lustroso, paredes de terciopelo y adornos dorados en patrones de puntos y líneas generando un efecto óptico curioso, de continuidad. Tres caminos partían desde allí: el de los pasillos que, largos y curvos se perdían por derecha e izquierda y también el de la siguiente puerta, no muy lejos, de madera negra como el carbón y con la figura de un dragón tallada en relieve, los colmillos sujetando un picaporte y la punta de la cola el otro.

El mago y el guerrero se miraron, dando por obvia la respuesta. El segundo se adelantó y empujó aquel portón, pero por mucha fuerza que hiciera los goznes no se abrieron. Al rato desistió y miró a Linith, quien recién se incorporaba del suelo, aturdida por el combate de afuera y la carrera realizada.

-¿No es la gigantesca puerta del medio?

Ella asintió.

-¡Debería poder abrirse! ¡Nunca está cerrada!

Arksinad se acercó, apoyando la mano en ella. Al momento la retiró.

-Está sellada con magia. Creo que Bali planea demorarnos. Debe estar preparando algo.

Volvieron a mirarse, el de Kamui suspirando mientras se revolvía el cabello, alzando a Necrostacia. Había podido cortar a un par de enemigos entre aquel correrío antes de entrar, y por ello la espada había absorbido sus espíritus, brindándole cierta vitalidad que pensaba aprovechar.

-¿Podrías guiarnos?- hizo una inclinación el mago hacia la niña, y Reaper la vio sonreír y asentir, encantada.

-No puedo esperar a que conozcan a Baal- canturreó esta y avanzó, por el pasillo de la derecha. Ambos la siguieron en guardia, Reaper temiendo que algo le ocurriera y

Arksinad con cierta sonrisa que no le llegaba a los ojos, al oírla. Quién sabía qué tramaba.

No debería haber demonios allí, eso lo sabían, a menos que Bali se hubiera tomado la molestia de abrir las dimensiones para traer más soldados a los que poseer. Por lo que había oído cuando el heredero de la Forja entró, Reaper estaba prácticamente convencido de que no sería así, pues creía haber visto el deseo de un duelo singular dentro del Cinco del Geral Veintiún. Planeaba aplastar a Arksinad en una batalla uno a uno, sabiendo que lo superaba en maná y magia divina. Sobraba decir que Reaper hallaba muy hilarante la idea de nobleza en batalla cuando la vida de alguien que le importaba estaba en juego. Si podía atravesar a Bali con Necrostacia en cuanto este se tropezara, lo haría sin darle un segundo para decir últimas palabras. Necesitaba terminar con todo de una vez.

Viraron por otro pasillo, siguiendo a la deva. El Domo se veía igual de vacío que el Salón de Yeurion, con la diferencia de ser abismalmente más grande y también abismalmente más acogedor: era un palacio, no más, y entre esos muros con seguridad en épocas de paz hombres y mujeres se habían relajado, esclavos de Baal, sus guerreros favoritos o lo que su Sol precisara. La obviedad de ello se notaba en la facilidad que tenía Linith para ubicarse. Verla era como seguir a alguien que regresa a su hogar luego de una larga ausencia, mirando con añoranza las viejas habitaciones empolvadas, revolviendo cajones en busca de retratos viejos de sus habitantes. La pequeña se movía de lado a lado, ignorando a quienes guiaba y sin prestar atención, ingresando de vez en cuando a salones espaciosos y vacíos por el sólo propósito de revisarlos, como si de repente temiera que durante su falta hubiesen desaparecido o Baal los hubiera modificado de lo que eran en sus recuerdos. Eran por lo general lugares que se asemejaban a un anfiteatro, similares por aquello a la misma zona previa al portal de la Forja en donde habían luchado contra Osald Assadan pero con cierto toque de elegancia que esta no tenía, demasiado oro por aquí y por allá, en los volados de las cortinas, oro en los asientos, oro en las esculturas de dragones y criaturas que adornaban cada rincón. Era como si en la Ciudad Dorada, y en especial en su centro, el oro fuese otro elemento más, como la tierra o el aire. Gracias a la oscuridad tanta suntuosidad no destellaba tanto, pero Reaper se estremecía por sus pobres ojos si esas pulidas esculturas llegaran a ver un buen rayo de sol, rebotando entre sus superficies hasta fulminar toda mirada.

Nada salió a interceptarlos mientras lo escudriñaban todo, por algún motivo menos y menos relajados con cada paso dado. Ni demonios, ni soldados devas rebeldes, ni cultistas ahuras dispuestos a morir por la causa: todo fue tranquilidad, pero también la constancia del futuro peligro. Se avecinaba una batalla decisiva.

“Bienvenidos, mis herederos, al corazón de mi reino”.

-¡Tearu!- reconoció el llamado Linith. Al estar dentro de su hábitat la voz de la sacerdotisa de Baal fue distinta, menos profunda y más real, como si les hablara lado a lado. Los rostros de los dos se tensaron, atentos a lo que ocurriera.

“En la Sala de Banquetes es donde vendré a recibirlos cuando me parezca apropiado. Están invitados a comer, beber y servirse de los placeres que deseen”.

mientras toleran la espera. Les prometo que no será larga. Sepan, claro está, que no toleraré que luchen en mi nombre durante ese bravo recreo.

Los saludo, Hijos del Sol”.

Ni se miraron entonces, continuando el camino. Bali debía de haber llegado ya, a la tal sala de banquete. Su poder de predicción debía haberle avisado que allí descendería Baal junto con el rubí para iniciar la última prueba. Lo mejor era apresurarse. Pero en cuanto llegaran...

-¿Atacamos a Bali?- preguntó Reaper directamente.

-¡Baal dijo que no pelearan!

Ambos ignoraron a la niña, pensativos.

-Si Baal no quiere que luchemos- razonó el mago- es por la prueba. Si Bali o yo caemos muertos, carecerá de sentido. No existe un posible juego de los herederos si los candidatos se reducen a uno.

-Olvidas a Deihr.

-Claro, porque ella está *tan* metida en todo esto- los ojos del rubio rodaron, divertidos. Se perdieron por otro rincón y tomaron unas pequeñas escalinatas que parecían encajadas a fuerza en la pared, apretujadas e interrumpidas ocasionalmente por la estatuilla de algún demonio. De allí emergieron por otro hall, el cual la deva señaló no sin emoción.

-¡Es tras esa puerta!

Reaper se lanzó primero, ignorando sus quemaduras y la pateó saltando con ambos pies. Tal como habían temido, no hubo un sólo cambio en el estado de la lujosa madera.

Estaba sellada del todo.

La bendecida respiró agitada, sin poder creerlo. El brujo ahora se había encerrado en donde el dios aparecería, intentando con esa ventaja dejarlos fuera del juego y de la candidatura al trono. Arksinad suspiró, mirándola de reojo.

-A este punto vamos a perder antes de iniciar. ¿Existe algún atajo hasta allí adentro?

Pareció dudar unos segundos, y luego asintió.

-Podemos llegar desde el techo.

-No tienes idea de cómo me apasiona caer varios metros hacia donde ojitos-delineados se halle- chasqueó la lengua Reaper, y la niña hizo un amague de patearlo que él esquivó con facilidad- ¿Por dónde es eso?

Se demoró un tanto en contestar, en apariencia poco convencida.

-Habría que subir al siguiente, siguiente nivel. Cerca de la sexta estatua de Baal.

-Oh, la megalomanía.

Otro intento de patada, que pasó zumbando el aire cuando Reaper inclinó la espalda hacia atrás. Luego el joven apoyó a Necrostacia sobre su hombro, y la espada canturreó algo divertida. Arksinad levantó el ala de su sombrero, algo en sus ojos grandes y castaños, normalmente divertidos y somnolientos, despierto y decidido como nunca lo habían visto antes.

-Vamos entonces- ordenó con una sonrisa franca- A patearle el trasero a Bali Gladiar.

La tensión allí hubiera podido cortarse con un cuchillo, aunque Duran no estaba muy seguro de que fuesen todos los que estaban enterados de aquel hecho. Tenías de un lado a Sulfur Houppe, sereno y altivo como siempre, con la espalda apoyada contra el respaldo del asiento y esa actitud noble y distante que, sorprendentemente, le hacía pensar en el mismo general Yeguilex. Del otro, inclinado hacia adelante frente a él con ojos sedientos y una sonrisa brutal, Djinn Archelande repiqueteaba sus largas uñas sobre las rodillas al ritmo de los trastabilles que el carruaje daba, sus pupilas inyectadas en sangre fijas en Duran que, hojeando distraído las páginas de un libro, actuaba desentendido de la agresividad del enorme genio.

En realidad, leía poco y nada. Si de repente todo se hubiera detenido: el chofer, los falkins que les llevaban, las grandes ruedas –ni más ni menos que dieciséis- que soportaban el peso de aquellas instalaciones móviles, la realidad misma en la que se hallaba inevitablemente inmerso, y la voz del dios creador YGG le hubiese pedido explicaciones sobre el tema de aquel libro, poco habría podido responder él más que un par de palabras aisladas en las que su vista anciana por azar se posaba: “altruismo”, “adivinación”, “estelar”, “blanco”, “otro” y “reverencia”; palabras aleatorias que no le referían ningún significado sobre el texto y con las que se escudaba, en realidad mucho más atento a un repentino ataque de Djinn o a que las flechas empezasen a pasar zumbando por entre las ventanas. Aquel iba a ser un largo y cansador viaje, al menos eso tenía claro.

Pasó una página como quien está muy atento y aprovechó para echarle una mirada a Sulfur, que de tan quieto parecía fóbico a los viajes en carruaje. Se preguntó si todos los traslados que ambos miembros del Geral habían hecho habían sido igual de callados e incómodos. Pobre Sulfur. A lo mejor, después de todo, la idea de las parejas no había sido tan buena como lo había creído en su momento. Era lamentablemente muy tarde para considerarlo, de cualquier modo, pues estaba convencido de que aquel dúo en concreto iba a quebrarse antes de que arribaran a Sadalsuud.

Dio un largo suspiro, dejando el libro en su regazo e ignorando los ánimos peleadores de Djinn para echar un vistazo por la ventana. Todo lo que recibían sus ojos era un páramo desolado, el clásico escenario del desierto verde farielense, estepa y más estepa recortando el horizonte, y las montañas del norte con un cielo claro y apático. Pensó en Sulfur, por unos momentos, intentando anticiparse a los hechos. Si el héroe era el actual Campeón de Gikeldor, ese que hablaba por los Mercaderes e intentaba guiar a esas pobres tierras a una mayor prosperidad, era hartos seguro que debía de conocer a los comandos kiels, al emperador secreto que desde Zubeneschamali organizaba tropas y manipulaba con sus designios la actividad del continente. Y si sabía eso, existía la posibilidad de que conociera a Yeguilex o de que hubiera oído del leal militar, y que estuviese dispuesto a interceder por él en caso de que este fuese capturado.

Intentó no ir por ese camino, no perderse dentro de las peores posibilidades. No había podido hacer mucho más por Yeguilex. Había quitado a Merady de la ciudad, sí, inclusive se había asegurado de mandar a Gallahard de regreso a Babel, alejándolo del inminente peligro... Pero el general... Deneb Algedi iba a borrarse del mapa, si lo que les había contado aquel niño era cierto, y ese hombre haría todo lo posible por impedirlo

y salvar a quienes estuvieran a su alcance. Ya luego de ese día había alertado a sus hombres, y Leude, el único de ellos casado y con hijos, había usado cualquier excusa para alejar a su esposa de la capital, llevándola a una casona en la periferia junto con una decena de los niños capturados por Delta, por fin revelándole todo. Bullwe se hallaba rondando Babel en su bote, tal vez, y Gio seguía ocupando su papel de reemplazo del fallecido político, y en todo eso el estrés que Yeguilex debía de estar pasando al peligrar la misma razón de su existencia se había translucido en sus ojos, en las ojeras marcadas que había bajo ellos cuando lo vio partir en su misión, al lado de su anterior líder Bas Kegrán que no dejaba de lanzarle gestos de reproche y comentarios insidiosos.

Había aceptado su saludo naturalmente, como lo hubiese hecho si no se conocieran y él hubiese sido otro simple general de Fariel más que presentaba sus respetos; una inclinación de cabeza y un agradecimiento algo vacuo, pero sincero como todo lo que hacía. Luego había ignorado del todo el saludo pomposo de Kegrán, dejando al hombre bastante confundido pero a Yeguilex igual de sereno, igual de sumido en sí mismo y en la visión imaginaria de Deneb Algedi ardiendo, de sus muros fundiéndose por el calor, de los cimientos bajo ella hundiéndose como había ocurrido con la polis maldita sobre la que se asentaba.

No pudo evitar sentir pena, certero de que cometería alguna locura, algo que haría que él y los suyos terminaran necesitando ayuda que esperaba estar allí para poder darles. Yeguilex no iba a poder con todo, no iba a poder mantener la farsa de Delta, la investigación al rey y el rescate de los habitantes al mismo tiempo sin que lo descubriesen, no en el estado en el que se hallaba. Así y todo, no iba a culparlo. Como lo había dicho Vannael, cada quién estaba allí para cumplir su papel, fuese el del líder del Decimotercer escuadrón de las Fuerzas Especiales de Fariel, el del Dos del Geral Veintiún, o inclusive el del Campeón y Héroe de Gikeldor, todos tenían un rol en aquella comedia y el deber irrefutable que era representarlo hasta su amargo final.

En cuanto al rol de la belicosa criatura que lo miraba burlona, inclinándose de ansiedad hacia él...

Las pupilas de Duran abandonaron la llanura que corría contraria, y se clavaron en los ojos de Djinn por un segundo mostrándole toda la ira que sentía, toda la furia brutal que, acumulada en su interior, balanceaba sus largas pilas de reproches hacia el Uno y quienes le seguían.

El torso desnudo del genio se pegó al respaldo, y la sonrisa se esfumó como vapor. El anciano continuó viendo el paisaje, volviendo a su eterna expresión seria y contraída. La expresión sedienta de violencia del otro, por lo pronto, no volvió a aflorar en lo que quedó de viaje.

-¡Por aquí!- les indicó Linith con prisa, y bordearon el último escalón para tomar un pequeño descanso, en especial el mago que nunca había sido muy amigo del esfuerzo físico.

La única pista de que allí pudiera haber un pasadizo a la Sala de Banquetes consistía en la inutilidad de la habitación: cientos y cientos de escaleras, de adornos y de salones cruzados por el propósito de llegar a un cuarto relativamente pequeño, lujoso como todos –cortinas de seda en las paredes sin ventana, bordes de oro incrustados en zafiros y esmeraldas- cuyo único propósito parecía ser el albergar la estatua que representaba a la verdadera forma de Baal, un dragón acorazado de oro, menos rústico y más noble que Skectral, con grandes alas y una cola inmensa que hacía de base al pedestal que lo sostenía. De sólo verlo, los dedos encallecidos de Reaper se tensaron un poco, algún reflejo interno instándolo a clavar a Necrostacia en esa cabeza como lo había hecho con el emperador de los dragones.

La boca de Linith se contrajo en una línea diagonal, poco convencida mientras rodeaba la estatua.

-Es por debajo de esto. Habrá que empujarla sin...

No necesitó mucho vigor para arrojarla de lado, haciendo el que oro estallara y el pedestal se resquebrajara en un montón de trozos de mármol, que se desparramaron por el suelo como huyendo del hueco que había descubierto. La niña se tapó la boca y retrocedió, espantada.

-¡A Baal no le gustará que hayas roto su...!

-Ni me imagino qué pensará de Bali entonces por haber destruido su puente. Quédate aquí, Linith.

-¡Ni en broma!- se adelantó ella- ¡Quiero ver a Tearu también!

-Mocosa impulsiva. Si bajas con nosotros podrías salir lastimada...

Arksinad se adelantó a su vez, levantando las palmas y sonriendo mientras veía el hueco en el suelo, aquel pozo por el cual se adivinaba una luz rojiza, particular, que los llevaría al combate final.

-Déjala- dijo, algo en sus ojos brillando- Podría servirnos en el peor de los casos.

“¿Qué tan diferente eres a Bali, boca-cortada?” pensó para sus adentros Reaper, pero al final suspiró y lo dejó ser. Siendo que no intervendría en aquel duelo entre brujos, su papel sería entonces el cuidar a aquella útil y molesta bendecida que victoriosa le sacó de nuevo la lengua, para asomar su cabeza rubia de nuevo por el pasadizo.

-¿Y cómo bajamos? ¿Tienen algún-?

Arksinad la pateó por atrás, y con un grito que se perdió en el abismo la niña cayó. Luego el mago y el guerrero se tiraron, siguiéndola, y por un corto tramo lo único que vieron fue concreto y oscuridad, quizás incluso adornos inútiles en su belleza allí donde la luz no llegaba. Antes de que chocaran contra el suelo, sin embargo, Arksinad conjuró viento ascendente que los recibió en la caída suavemente, como tomándolos con manos invisibles y depositándolos en la alfombra roja que cruzaba por el medio.

Baal sin duda había elegido el salón más grande del Domo para su aparición: tan extenso que les hizo recordar a las cavernas más amplias de Belekraz o inclusive a los aposentos espaciosos del castillo de Shimari en los que se habían refugiado, con arañas de oro colgantes desde el techo y las paredes de murales pintados con maestría particular, representando comedias, dioses luchando contra dioses e historias de otra vida y otra época. El lujo, claro estaba, no escaseaba tampoco allí, y la comida abundaba: alrededor de una veintena de largas mesas, todas provistas de manteles blancos e impecables, todas repletas de alimentos de los más variados dispuestos en fuentes y platos de oro: miel de fruta, piñas, carne en salazón, salsas del desierto, carne de wyvern asada, cocinada al horno, frita, agujas de las plantas drosáceas que emanaban

un olor dulzón, a almizcle, sal saborizada de distintos tipos, pequeños frutos rojos que sabían eran tan picantes que podrían haber hecho lloriquear a un hombre adulto de sólo olerlos. Toda esa abundancia se veía interrumpida ocasionalmente por las enormes vasijas de terracota en la que se almacenaba agua, fresca pura y cristalina para saciar la sed de quien colmara su apetito en esa abundancia.

Por supuesto, ni un poco de hambre les llegó al estómago, pues se hallaban más concentrados en lo que ocurriría con el Cinco. No había sido difícil divisarlo: siguiendo la alfombra principal, arrodillado entre una fuente de sangre que lo rodeaba, sangre que se elevaba formando figuras serpentina, acariciándolo mientras rezaba con murmullos mudos, sin estar atento a los recién llegados.

*“Creador Xshathra
Dios de los herreros
Dios del sacrificio
Dios del artificio
Dame bienestar, Xshathra
Dame la fuerza del acero
Dame abundancia en mi oficio
Encadena a los débiles sin credo...”*

Continuó así, sujetando su báculo dorado con las dos manos y con la sangre hirviendo a su alrededor. Linith retrocedió contra una pared, precavida, y Arksinad y Reaper se miraron.

Parecía el momento perfecto. El mago asintió, y apuntó con su propia arma hacia el ahura.

-Baru Practel.

La bola de espectros se condensó, tornándose celeste, y salió disparada hacia Bali cruzando todo el salón como una flecha. Antes de que pudiese tocarlo, sin embargo, de la sangre que rodeaba al brujo emergieron una multitud de serpientes rojizas y húmedas que la rodearon, absorbiendo el impacto.

Era tal como esperaban. El enemigo no les iba a dar una oportunidad tan obvia de matarlo por la espalda.

Hubo el inicio de una risa melodiosa, y Bali se incorporó dándose vuelta hacia ellos con aquella sonrisa dulce, burlona.

-Llegan un poco tarde.

Reaper apenas miró de reojo las puertas del salón, todas cubiertas con un entramado de sangre y magia que era lo que les había impedido abrirlas hacía rato. Arksinad en cambio seguía concentrado en el hijo de Exnar Gladiar, quien descendió un poco su báculo y lo miró a los ojos.

-“Baru Practel”.

-¡Baru Practel!- conjuró de nuevo el mago, y lanzó su hechizo. El ataque pasó zumbando al lado de la cabeza del otro, quien lo esquivó campante.

Arksinad retrocedió un paso, visiblemente nervioso. Sin embargo, Reaper notó que en secreto golpeaba con el pie la tierra, cargándola con magia.

-Está...

-Qué triste- la espina que salió desde el suelo fue destruida por otra serpiente rojiza, y Bali suspiró como decepcionado- Aunque supongo que tendré que contentarme con tan magro final...

-Puede ver el futuro- comprendió Arksinad aquellos movimientos, que todo lo predecían. Reaper se adelantó, preocupado, y el hijo de Exnar rio divertido.

-¡Puedo ver el futuro!- dio una carcajada, y luego negó- Oh pero Arksinad, ¡tú también deberías poder hacerlo si no fueras tan débil! ¡Es el Shinoras, después de todo! La magia de luz de los dioses, la claridad que me explica qué hacer...

Se pasó una mano por el cabello entonces, echándolo hacia atrás y dejando la otra mitad de su rostro al descubierto. Allí donde en el lado visible había estado un rostro suave, con el ojo rojizo fuertemente delineado en negro, en el otro su ojo estaba abierto sin cierre posible, como si el párpado se hubiese pegado a la frente, y brillaba con un tono escarlata como el de la carne, la pupila un punto negro dilatado, oscuro como el carbón entre su intensidad.

-¡*Zadakiel Shunoros!*- recitó el nombre de su poder con sorna, y aquel ojo imposible vibró, activado- ¿Mis enemigos atacarán por la derecha o por la izquierda? ¿Hay una trampa, me espera una emboscada? ¿Cómo debo proseguir? ¿A quién debo sacrificar? ¿Qué debo perder? ¡Todo eso me dicen los dioses, Arksinad! ¡No necesito nada más! En cambio tú... ¿Quién puede guiarte? ¿Qué ambiciones tienes? ¡Tu magia es patética!

Abrió su túnica, mostrando el collar lleno de rubíes y la camisa negra que traía debajo, caminando rodeado por aquellas serpientes de sangre sin importarle el mago que también se aproximaba, listo para luchar.

-¿Cuál es tu propósito, Arksinad?- se inclinó de hombros Bali, mirándolo burlón- ¿Qué esperas ganar aquí?

-¿Te importa, acaso?- preguntó el celestiano, alzando su vara.- ¿O sólo quieres otro sacrificio?

La sonrisa de Bali volvió a aflorar.

-Me conoces bien, en tan poco tiempo. Bueno pues, heredero... Ven y enfréntame hasta que los dioses descendan sobre nosotros.

Dijo aquello, y entonces ambos quedaron en silencio, midiéndose con la vista, sin un rastro del humor de antes. Reaper sentía que sobraba, así que se ocupó en retroceder y ponerse por delante de Linith, a quien por suerte el ahura no parecía aún haber notado.

Luego los vio, parados frente a frente y destilando el odio previo a la lucha. Lo siguiente que vio fue a ambos al mismo tiempo levantando sus báculos, apuntando el uno al otro.

-¡*Macabra Gos!*

-¡*Sacripar Peón!*

Del de Arksinad emergieron espectros, cientos y cientos de figuras fantasmales que se confundían con las sombras y que avanzaron como una corriente hacia el enemigo, buscando devorarlo. Del de Bali en cambio la magia divina invocó a los demonios más menores que había, facciones sin nombre que poseyeron la sangre que lo rodeaba para formar más y más serpientes, serpientes carmín que volaron hacia los espectros con fauces abiertas, tragándose los en el camino. En el punto medio entre ambos combatientes los proyectiles colisionaron, causando una multitud de estallidos viscosos que hicieron que Linith ahogara un grito y Reaper retrocediera otro paso, preparándose en realidad para intervenir desde las sombras y matar a Bali en cuanto viera una abertura.

Pero Arksinad... Por su gesto estaba seguro de que quería ser él quien se encargara de Bali por cuenta propia. Antes de que el último de los hechizos colisionara el mago corrió hacia su oponente, tan rápido como pudo, y levantó la mano hacia él.

-¡Shinoras!

-¡Sacrifar!- rio Bali, levantando la suya. La magia dimensional se abrió esta vez sin traer un demonio, sino mas bien trasportando toda la luz que emergió a la espalda del mago, quien cayó al suelo con un quejido de dolor y recibió un puntapié que lo mandó rodando hasta una de las mesas- ¡Qué patético, Arksinad! ¿Con esto planeabas derrotarme? ¡No es nada!

Su amigo se levantó, en sus ojos reflejada la rabia que sentía. Apuntó de nuevo con el báculo al ahura, el instinto asesino apoderándose de cada célula de su cuerpo.

-¡Vlad Jeth Suor!

Otra garra de espectros partió a gran velocidad, como una catapulta, pero Bali simplemente invocó una nueva serpiente de sangre que recibió el impacto, haciéndose añicos en su lugar. Luego siguió caminando, su ojo derecho pulsando como latidos de un corazón mientras continuaba prediciendo el futuro.

-¡Igual a mi padre, a Deihr y los demás! ¡No tienes ambición!- las cabezas de su arma apuntaron al rubio, y otra víbora sangrienta lo impactó en el pecho echándolo más atrás y derribando del todo la larga mesa: las sales, las salsas, la carne asada y los cubiertos de oro se desplomaron, tapado el enchastre por el mantel que cayó depositándose sobre ellos- ¿Quieres ser el nuevo avatar a Baal, verdad? ¡Pero eso es inútil! ¿Quién desea más de lo mismo?

Más espectros salieron del arrojado Arksinad, pero el ahura los desvió a todos sin prestarle atención, ensimismado en su habla. Reaper hizo una seña a Linith para que retrocediera y comenzó a adelantarse por el costado, ya del todo sabiendo que no iban a poder vencer en un juego limpio.

-Mi padre quería hacerme un nuevo apóstol del dios del destino- sonrió Bali con añoranza, y apuntó de nuevo al mago. La magia rojiza en su báculo se juntó con tanta fuerza que se asemejó a aquel fuego eliminador y candente que Rashka había liberado de su arma- ¡Pero desde siempre yo supe que quería más! ¡No me interesa servir a Baal! ¡Baal va a servirme a mí!

Arksinad no decía nada, aunque parecía notar que Reaper se aproximaba a ayudarlo. Se veía resignado a aceptar aquel nuevo ataque que quizás lo borraría del salón. Bali jadeó, emocionado.

-En cuanto tenga el Rubí de Sangre...- pareció gozar por unos segundos, relamiéndose de anticipación mientras que su voz cantarina daba unos matices extraños a la revelación- ¿Te lo imaginas, Arksinad? Si con estos baratos rubies puedo hacer que demonios se arrodillen ante mí, ¿Qué crees que podría hacer con la legendaria joya que concentra la magia de todos los tiempos? ¿Crees que pueda hacer que Baal mismo me obedezca? ¿No te parece una idea maravillosa?

-Estás demente- le espetó el mago- Justo como mi maestro.

La sonrisa de Bali no se modificó un ápice, aunque algo en sus ojos destelló para apagarse luego, mucho más profundo y terrible que el resto de su extravagante actuación.

-No.- resolvió- Aquí soy el único cuerdo.

Reaper saltó entonces, dirigiendo a Necrostacia hacia su cuello con toda la fuerza que podía.

-¡La niña!- rio Bali, dándose vuelta y lanzándolo contra otra mesa con una serpiente, previniendo el ataque sin problemas- ¡La niña, ve a ayudarla!

Fingía una voz aterrorizada, aunque sí hubo horror en el rostro del guerrero al descubrir que el enemigo no había pasado por alto para nada la presencia de Linith. Más

allá varias serpientes rojas la rodeaban, reptando por el piso, listas para saltar hacia ella. Corrió tan rápido como pudo para defenderla, mientras que Bali reía, se desternillaba de la risa y de repente quedaba como congelado, sacudido por una imprevista revelación: la de que su ojo izquierdo había vuelto a la normalidad, sin la magia que lo rodeaba antes.

Una mano lo tomó de su hombro. Arksinad se había incorporado, y sin darle tiempo le propinó un puñetazo en la cara, mandándolo al suelo. Bali se desplomó con un quejido ahogado, la túnica roja abierta manchándose con la sangre que lo rodeaba como un charco siempre atento a su persona. Se incorporó rápidamente, anonadado.

-¿Cómo...?

Arksinad también parecía sorprendido, viendo sus manos y sintiendo su magia. Ambos brujos parecían haberse percatado de algo, algo que su condición de magos les revelaba y que Reaper no podía notar, allí ya cortando las criaturas que acechaban a Linith y echándola al suelo para defenderla. Era evidente que algo había cambiado.

-Mi...- musitó Bali, concentrado.

-*Shinoras*- levantó la palma Arksinad hacia el techo.

Nada salió. Ninguna luz, ni un mínimo destello, nada como lo que pasaba antes. Sin embargo, Reaper vio que su amigo no parecía contrariado sino que sonreía, feliz como nunca lo había estado.

-¡Baal dijo que no lucharán!- les advirtió Linith, allí a lo lejos. Ninguno la miró, el descubrimiento de lo que estaba pasando haciendo gestos distintos en sus ojos, la sonrisa del rubio aflorando y el gesto atontado de Bali al comprender la gravedad de lo que se avecinaba.

Psyche Poneron, la última y más definitiva de las magias, aquella que utilizaba el maná de los dioses para efectuar sus hechizos: *Shinoras*, *Sacrificar*, el *Ritual del Resentimiento de Ruin*... Ya no estaba con ellos. Si esos conjuros precisaban del maná de un dios en el ambiente, parecía que Baal había retirado del todo el suyo, cancelando la posibilidad de que los utilizaran.

Para Bali, cuya entera instrucción en la magia se había basado en aquellas artes superiores, la noticia le hizo retroceder, por primera vez asustado y sin poder ver el futuro. En cambio a Arksinad, su primera enseñanza se había tratado sobre cómo su arsenal de poderes debía ir desde el sortilegio más insignificante hasta las grandes artes, todas creando la estructura que mantenían la grandeza de un buen mago. Que el duelo descendiera a un nivel tan básico no podía favorecerle más.

Otra vez, el alumno de Vannael sonrió y apuntó a Bali con su báculo.

-¡*Nieva Lada!*

Hubo un par de traqueteos irregulares, que hicieron saltar hasta a Djinn contra el techo y que lograron que el corazón de Duran se contrajera, preparado para el ataque. El carruaje se frenó de lleno, casi haciéndolos caer. Las manos acorazadas del Dos se tensionaron, buscando en el rostro de adelante alguna señal de que la emboscada iniciaría, aunque el genio se veía tan perplejo como él mismo.

Al rato la ventanilla se abrió, y el chofer se asomó secándose sudor de la frente con un pañuelo.

-Se ha roto uno de los ejes- anunció- Lo repararemos en un instante.

Se pudo oír el suspiro resignado de Sulfur, y Djinn rio poco molesto por el evento. ¿Podía ser posible, que el carruaje viniera a venirse abajo incluso antes del ataque? Había que ver lo poco que se había preocupado la Cámara de los Diez entonces en procurar las seguridades más básicas. Negó, distraído, y abriendo la puerta hizo una seña a los otros miembros del Geral.

-Iré a tomar un poco de aire.

Luego hizo hablar a la pequeña runa que había deslizado en el oído del héroe, *Ansuz*.

“Acompáñame”.

Sulfur no pareció darse por enterado, pero Duran comprendió que era para no levantar sospechas. Se bajó del carruaje de un salto, dejándolos atrás y dio unos pasos en dirección al vacío de a su alrededor, a la larga llanura, a los pastos amarillentos medio muertos por la acción del sol, siempre en una constante lucha por la supervivencia, garantizada sólo en la dulce primavera donde hasta esa zona solía cubrirse de florecillas blancas.

Ahora, sin embargo, era tan sólo llana y aburrida, las montañas del norte siendo lo más destacable del paisaje y los aullidos del viento revolviendo la maleza la única compañía de quien transitara. Al oeste, no muy lejos, se divisaba el pequeño bosque de Al Tarf en donde por suerte había un riachuelo, y no mucho más allá ya llegarían al legendario puente del mismo nombre que les permitiría ingresar al reino de Kamui.

Lo cual significaba, claro estaba, que el asalto no podía tardar mucho en suceder.

La noble figura de Sulfur se puso de pie a su lado, mirando también las lejanas formas pardas de las montañas, las manos apoyadas en las espadas que llevaba al cinto.

-Maestro Duran- dijo, sin reverencias ni rodeos.

-Gracias- asintió el Dos.- ¿Lo puedes sentir, Sulfur?

El héroe asintió a su vez, sin mirarlo ni voltearse al carruaje en el que su compañero parecía intentar dormir hasta que las reparaciones del chofer terminaran. Entre ellos el viento pasó zumbando, arrancando un silbido profundo como el grito de un alma en pena. La vastedad, el vacío inalcanzable de aquel lugar erizaban los pelos de cualquier desafortunado que tuviese que esperar entre sus aires.

Por eso fue que cuando Sulfur volvió a hablar, su voz fue más clara de lo que nunca pudiera haber sido.

-Lo sé. Van a atacarnos. ¿Soy su objetivo?

Pasó su mano por la larga e inmaculada barba, orgulloso de que aquel hombre perteneciera al Geral.

-En efecto.

-¿Quién planeó esto? ¿Unnaon Alpha?

-Vannael.

Hubo un ligero sobresalto, y el rostro curtido del Veinte por fin se volteó hacia él.

-¿Lo dice de verdad, Maestro Duran?

-Me temo que sí. Por lo pronto, será mejor que te lo explique todo una vez hayamos sobrevivido. ¿Crees poder encargarte de Djinn?

Una sonrisa afloró en el otro.

-Vengo queriendo encargarme de ese genio desde la primera vez que posé mis ojos en él- escupió el de Gikeldor sin enfado, pero luego se calmó aun más y lo miró-

Gracias, Maestro Duran. Con su ayuda, no tengo duda de que los enemigos no podrán dañarnos.

-No cuentas tu recompensa hasta que el juego acabe, Sulfur- le advirtió él y luego se viró hacia el carruaje, a los falkins que revolvían pasto del suelo picoteando nerviosos y al chofer que daba los últimos martilleos al eje, dejándolo listo para continuar- Vamos pues. Déjame opinar, por cierto, que agradezco la completa inutilidad del gobierno de Fariel a la hora de brindarnos buenos medios de transporte. Ahora sígueme, y continuemos esta farsa y esta espera. Llegarás con vida a Sadalsuud, no importa cuántos genios se nos pongan por delante.

-¡Nieva Lada!

El aire dentro del salón se enfrió a suma velocidad, haciendo que la piel se les erizara y por sobretodo ralentizando el charco de sangre que rodeaba a Bali, cuyo burbujeo se hizo menos y menos profuso hasta desaparecer del todo. Arksinad avanzó, campante, y el brujo levantó de nuevo su vara hacia él.

-¡Sacrifar!

Nada ocurrió. El mago hizo su parte, decidido.

-¡Infernum Acta!

Una esfera de fuego emergió, y Bali tuvo que arrojarle hacia un costado para no ser impactado por las llamas, volviendo a apuntar a Arksinad con insistencia.

-¡Sacrifar!- conjuró inútilmente- *¡Sacrifar!*

-¿No sabes nada más que eso?- sonrió el alumno del rey, y desvió dos dedos hacia el costado- *Macabra Gos.*

Un espectro regordete y blanco se tragó al ahura, empujándolo por los aires con tal cara de sorpresa como la que jamás Reaper hubiera pensado verle. El sudor frío corría por la frente cetrina del joven que, atemorizado, se vio desplomar contra otra mesa, casi tumbándola también y luego girando hacia atrás para esquivar otro proyectil de espectros que voló la sopa de tomate por los aires.

-Esto no puede ser... ¡Esto no es justo!- rugió el Cinco- *¡SACRIFAR!*

Otra vez, nada. Arksinad suspiró y volvió a adelantarse.

-Vlad...

-¡Gran Gran Gigas!- conjuró Bali entonces de repente, como si recordara algo. El Nueve retrocedió alarmado y Reaper se sorprendió al ver el viejo hechizo del ya fallecido Dingir emerger, la mano de roca yendo hacia su víctima desde el suelo para aplastarlo. Arksinad se vio agarrado por los dedos pétreos, e impulsado hacia el techo sin poder moverse, y Bali dio una carcajada esperanzada.

-Debí haber supuesto...- se oyó la voz como un murmullo del celestiano, tapada por la tierra- Que Dingir te habría enseñado algo de su magia. Pero aun así...

El colosal brazo estalló en pedazos de barro y piedras calizas, y Arksinad descendió con gracia de nuevo ante un anonadado Bali.

-Mi magia de tierra es más avanzada que la tuya- notó- *Creo que este duelo ha terminado.*

El ahura retrocedió un paso, perdiendo la compostura. Respiraba pesado, como asustado, y sus ojos rojos temblaban de emoción, incapaz de creer lo que ocurría. Arksinad siguió avanzando, sin mucho más que hacer, en nada atemorizado ya por el enemigo que antes había probado ser superior. Se preguntaba, eso sí mas bien, si su maestro lo había instruido como lo había hecho sabiendo que un duelo como aquel se avecinaría. Bali, que tanto en maná como magia divina le llevaba un reino de distancia, se veía como aquel guerrero que toda su vida entrena con la espada para descubrir de repente que el combate del cual depende su futuro se realiza con lanzas. No sabía qué hacer, y antes de que pudiese inventar nada su oponente volvió a crear un chorro de figuras fantasmales que lo golpeó contra el altar sobre el que los había recibido rezando, de cabeza directo contra el mármol y los contornos de oro.

-No...- dijo Bali, más para sí mismo que para los demás- ¡No!

Se incorporó de golpe, y corrió hacia Arksinad, por fin perdiendo del todo los estribos. El mago no perdió la calma, pensando en los movimientos que solía haber visto en Reaper: esquivó el corte del báculo echándose hacia atrás, tomó el brazo delgado de su enemigo y doblándolo lo hizo caer de rodillas, con su propia arma apuntándole en el cuello. El combate había terminado.

Reaper se adelantó, asombrado.

-¡Ese fue un muy buen golpe, boca-cortada! ¡Me hiciste sentir orgulloso!

Linith también se veía feliz, más atrás. En cambio tanto Arksinad y Bali continuaban sumidos, el primero sereno listo para perforar la cabeza y el último con los ojos abiertos de par en par, anonadado, perdido del todo.

-Esto no debía ir así. ¡Esto no puede terminar así!

-Ya está hecho. Se acabó, Bali.

-¿Se acabó?- la voz del ahura se hizo un rugido rencoroso, seseante- ¡Se acabó, dices! ¿Quién eres tú para decir que se acabó? ¿Por quién luchas tú? ¿Por Baal? ¿Por tu adorado maestro? ¡Acaso por tus amigos!

El filo dorado de Arksinad se apretó mas contra la mejilla, que comenzó a sangrar. Bali no se inmutó sino que siguió hablando, moviendo la cabeza y cortándose aun más sin siquiera notarlo.

-¡Yo quería más! ¡He sacrificado mucho para llegar hasta aquí! ¡Quería llegar a lo más alto, que hasta los dioses me adoren! ¿Se acabó?- torció la cabeza, ya cortando del todo su mejilla de la cual la sangre brotó, bañándole el costado de la cara pero permitiéndole zafarse de su posición e incorporarse, ya sin su báculo- ¡Yo lucho por mí! ¡Yo decido cuándo mi sacrificio se acaba!

Era una visión patética, rugiente y desequilibrada por la derrota. Arksinad ni parecía preocupado, aunque quizás sí compasivo, y algo en sus ojos temblaba al contemplar al otro, al Bali de la mejilla cortada que parecía un espejo de lo que podía llegar a convertirse. Reaper vio desde su rincón a ambos allí, a su amigo y al ahura, al Nueve y al Cinco, ambos desordenados, uno bañado en sangre, ambos heridos, uno alterado y el otro del todo calmo. Sabía que imágenes pasaban por la mente del mago. Sabía que veía lo que le había contado esa mañana en el palacio, que recordaba su infancia, su secreto, la mirada roja de Vannael, las vidas perdidas de la princesa elven y los magos que investigaban a su mentor, que veía los hilos que lo conducían y quizás también otras cosas, el deseo de Osald, la tristeza de Deihr, la esperanza de los habitantes de la Ciudad Dorada o el vacío de Reed. Sabía que con seguridad veía a Majcel, a sus últimos momentos arrojándose para cubrirlo de la explosión del Idólatra, a

su última mirada en la habitación con él. Eran muchas cosas las que ese reflejo distorsionado y sangriento le presentaba.

Tragó saliva entonces, y vio la sonrisa de boca-cortada desaparecer, lo vio ladear la cabeza y dirigirse a su adversario con su verdadera cara, melancólica y torcida, llena de tristeza.

-El problema es, Bali: ¿Has sacrificado alguna vez algo que de verdad te importe?

16. ¿Quién Guarda Tus Espaldas?

Por un buen rato, todo lo que se oyó dentro del salón del Domo fue la risa desequilibrada de Bali: carcajadas suaves, de repente violentas, carcajadas desesperadas que se sucedían maquinalmente, sin humor, a veces con hilaridad verdadera surgiendo de entre sus tonos.

Reaper y Arksinad no decían nada, viéndolo arrodillado en el piso, así convulsionando por la risa y el dolor. Su báculo estaba arrojado mucho más lejos, y la mitad de su rostro goteaba sangre roja y espesa, como la que siempre había utilizado, gotones que manchaban el caro suelo y se confundían con la alfombra de terciopelo, que convertían su cara en una mueca furiosa y enfermiza.

-¿Que no he sacrificado nada... que me importe?

Volvió a reír, y Reaper empezó a adelantarse de nuevo, deslizando la punta de Necrostacia sobre el suelo. Arksinad seguía congelando, escudriñando a su oponente.

-Nada que me importe- musitó Bali, como si estuviese descubriendo algo.- Nada, dices.

El mago alzó su báculo, apuntando precavido. El ahora volvió a reír, viendo el suelo.

-Ah...- su voz melodiosa volvió, envolviéndolos claramente en el salón- Puede que tengas razón.

-Mátalo ahora, boca-cortada- advirtió Reaper- Conozco a los de su calaña.

-Nada, pues- sonrió Bali mirándolo de nuevo- Y ya que lo único que siempre me ha importado es yo mismo, veremos si encuentras mi siguiente sacrificio apropiado.

El descubrimiento de lo que iba a ocurrir hizo que por fin la serenidad en Arksinad se borrara, torciéndose hacia Reaper.

-¡Atrás! ¡Va a...!

-¡Ya no necesito dioses!- gritó Bali, poniéndose de pie- ¡Contemplan mi ascensión!
¡Sacrificar Rey!

Hubo una onda expansiva, desde su interior, un vapor rojo que como aro se extendió, lanzándolos a todos contra el suelo. Luego su cuerpo tembló y se levantó por los aires frente a ellos, girando, los brazos abiertos como cruz y el rostro cruzado por un rictus de dolor intolerable mientras fundía su magia con la de la veintena de rubíes que llevaba en el pecho.

-¿No era que no podía...?- se puso en guardia Reaper, pero Arksinad negó.

-Está usando su maná. Piensa terminar su propia vida con tal de matarnos.

El brujo ahora entonces abrió la boca, tanto como podía. El corte sangrante en su mejilla se fracturó, creciendo sus laceraciones hasta los ojos y el resto de la cara, rodeando, convirtiéndolo en una figura indefinida, líquida, roja, un monumento de sangre flotante que se estiró y luego concentró hasta por fin estallar, salpicando a todos y volviendo a arrojarlos, barriendo las mesas de sus cubiertos y platos para por fin descender, ya sólido, el más definitivo de los demonios que la magia Sacrificar podía invocar: donde antes había estado Bali ahora había un monstruo brutal y gigantesco, una serpiente escarlata cuyas pupilas eran hendiduras casi invisibles en los ojos inmensos, protuberantes de su cabeza triangular, y que retorció su enorme cola de lado a lado, vibrando, siseando con malicia mientras clavaba su mirada helada en el mago.

Nakku no le había contado mucho más sobre Idgray y Albion luego de aquella noche, pero Reed no había perdido el tiempo en preguntar y así pudo saber aun mucho más de la Organización y sus miembros, de los primeros años en los que Sephid portaba a Necrostacia, Dordo pensaba claramente y Ventrissen era un jovencito algo cretino y arisco. Con respecto a lo último, claro estaba, había preguntado a su maestra sobre quién fuera la deva que su padre había conocido para engendrarla, pero Nakku le había confesado que desde pequeña jamás había conocido a su madre y que Ventrissen nunca le había hablado de ella, más interesado en entrenarla en seele y enseñarle su misión. En cualquier caso, admitía ella, la verdad era que nunca le había importado demasiado.

Aquello era extraño para Reed, quien aunque poco atento sí tenía gran cariño por su propia madre y pensaba volver a la isla a verla en cuanto todo hubiera terminado. Se permitió no juzgar, claro estaba, a aquella que había vivido dos épocas de forma tan distinta y en cambio buscó aprender más, de su determinación, de su odio, del por qué hacía las cosas que hacía.

Los días pasaban, largos e irrefutables, constantes, repetidos pero no por eso aburridos o vanos. La marcha al sitio donde Albion había dejado su última herencia, el lugar donde el cielo se ponía rojo, era cansadora y calurosa, no carente de adversidades y peligros que aprendían a sortear con saña o poder. Los jaguares de la arena, que habían buscado atacarlos una noche y terminaron por espantarse con el fuego, las ornas que cada tanto poblaban el camino, esperando ansiosas una presa, las espantosas plantas tubulares que, atrayéndolos con la promesa de agua fresca y dulzona en su interior, hubieran terminado por cerrarse y aplastarlos para digerirlos entre sus tejidos vegetales, una muerte escabrosa en la que Reed prefería ni pensar, un final que lo terminaba comparando con una simple mosca.

Más allá de los peligros, las cosas no variaban mucho. Se levantaban temprano, antes incluso de que el sol asomara del todo por el horizonte, y se procuraban algún desayuno simple basado en las plantas que hallaban, en pequeños tragos de agua fresca, en el mejor de los días huevos de coratriz, que hallaban bajo los cactus y que a Reed le sabían horribles, aunque era lo mejor que tenían. Luego descansaban unos segundos, aprovechando la sombra, y con el verdadero amanecer se subían a sus monturas y

partían, echados sujetos a los cuellos fríos, tapados por las capas del sol y moviéndose con prisa, dejando largas líneas de huellas en la arena, huellas que en ocasiones perduraban horas y en otras sólo segundos hasta que el viento las borraba por completo. A la tarde, cuando el sol ya estaba del otro lado y las tonalidades de arriba variaban entre el bermejo y el zafiro, por fin Nakku ordenaba el desmonte en el primer terreno firme que veían y volvían a entrenar: respiración, meditación, aura, elevar las percepciones del alma, y por supuesto el imposible *Seula Chyrmal* que Reed aún no podía dominar. Se tocaba el dorso de su rostro, la nueva marca brillando en su mejilla y se preguntaba si era algún problema con su ser, qué era lo que le ocurría para no poder acceder a un poder que se suponía tan básico pero que se le hacía inalcanzable, imposible por más que lo intentara.

Nakku no se rendía, y el entrenamiento continuaba. Hacían los movimientos juntos, en paralelo recreando esa danza de concentración, las manos levantándose en “t”, las rodillas y el codo flexionándose en una posición de lucha, el brazo adelantándose para formar una barrera infranqueable, una flecha cuya palma apuntaba al enemigo, todo acompañado por la entrada y salida del aire en los pulmones, por el oír de los propios latidos, por el silencio que les una daba paz inigualable. Reed lograba poco a poco al menos ya manipular su aura; el crear un escudo o una espada de *seele*, si bien duraban apenas segundos, se le hizo pronto una tarea sencilla que su maestra le hacía repetir una y otra vez, hasta el hartazgo, buscando forzarle las enseñanzas hasta en sus instintos.

Dialogaban bastante, si bien había largas horas en las que no intercambiaban una sola palabra, más sumidos en resistir los embates del calor y el viento. El clima los agotaba, lo quisieran o no, y por fin habían terminado decidiendo aceptar la sugerencia de Lialbe y desviarse un poco hasta el oasis que marcaba el mapa, donde al menos podrían conseguir algo de frutas y sombra fresca con las que hacer una pausa a su sufrimiento. Más allá del agua, Reed se hallaba realmente interesado en llevarse a la boca algo que no fuese salado o picante luego de tanto tiempo alimentándose de la –si bien a su manera emocionante– monótona comida de la Ciudad Dorada, por lo que la perspectiva de un sitio en el que crecieran árboles frutales lo llenaba de mucha más emoción de lo que lo hacía el lugar secreto de Albion Decaheron.

A la noche solían encender una fogata para espantar la densa oscuridad en la que se sumía el desierto, y allí era en realidad cuando más charlaban y comían. Hablaban de cualquier cosa, con tal de no rendirse a esa soledad, se contaban de sus vidas u opinaban de los días por venir, del conflicto de la dimensión y todo aquello que en cierta forma ya no les atañía. Supo Reed entonces que, en efecto, Nakku no había tenido jamás idea de ser una elegida de Baal, si bien había conocido a la sacerdotisa de este desde hacía mucho tiempo, ni jamás se había enterado de que su madre se trataba de una deva, sospechando en cambio alguna clase de parentesco ahora en su musculatura y rasgos inusuales. No estaba segura de que Bali hubiera sido quien ordenó matarla, sino que sospechaba que Aminor se había tomado aquella libertad por su cuenta para quitarse un enemigo de encima... Cosa ridícula, pues el puesto no le interesaba, pero que al fin y al cabo los había conducido a la situación actual.

De algún modo, y a pesar del egoísmo implícito, Reed agradecía el desacato del mudo general. No podía decir que le molestaran esos días, si bien a veces se sentía incómodo y la culpa afloraba viendo lo que estaba ocurriendo, lo que creía que pasaba y que ninguno hacía notar: sus auras entremezcladas, sus almas hablando por fuera de sus mentes, la suya por fin rechazando el amor enfermizo que su escudo le había dado. Se estaba curando, de los deseos de Idgray Decaheron, poco a poco creía que los

abandonaba, si bien en el fondo seguían tan instalados como siempre. Creía que estaba dejando aquel camino terrible, pero a cambio Nakku lo llevaba a donde no había un camino para él. Era curioso, considerando eso, que se sintiera tan a gusto con ella.

Lo había pensado, en uno de esos momentos en los que el sueño no llegaba y pasaba horas perdido entre sus desvaríos, al motivo del porqué de cualquier modo no podía amar a esa joven. No era, claro estaba, nada más la inseguridad de que ella correspondiera esos supuestos sentimientos, sino más bien una doble culpa pues, para comenzar, ¿la amaba siquiera? Le gustaba sin fin, eso estaba claro, ¿pero sentía amor como el que lo devoraba por su escudo, tiempo atrás? No podía responder tal pregunta, y por eso dudaba.

Y por supuesto, aun aunque su sentir hubiese sido igual de profundo, estaba el tema de Daivok Bellow. Que fueran sus manos las que habían matado al hermano de la joven, fuera influido por Idgray o no, era para él una barrera infranqueable que bloqueaba de lleno sus sentimientos, dejándolo sólo en ese anhelo no cumplido. Hubiera estado mal... Hubiera sido incorrecto que se amaran el uno al otro. No tenía propósito de ser. Reed no tenía mucha experiencia con las mujeres, a decir verdad, pero al menos sí consideraba que era sentido común lo que pensaba.

Por ello existía esa incomodidad no hablada, en todo lo que hacían. No era sólo el ver sus auras entrelazadas, era más bien lo contrario, el saber lo inaceptable de aquello. Cuando montaban por la arena, cuando acampaban, cuando entrenaban lado a lado, la misma sensación de culpa vacía lo dominaba y creía que con ella ocurría lo mismo, que les ocupaba un espacio en el corazón después de todo. Quizás era eso, al final, lo que le impedía conseguir la calma interior y acceder del todo a su poder.

-Reed, mira.

Salió de su pensamiento y levantó los ojos grises, a donde la mano de la seeler le señalaba. Tuvo que restregárselos de inmediato, incapaz de creer lo que veía.

Solían haber espejismos constantes en el camino, en donde la arena se curvaba y la luz del sol se almacenaba en la forma de agua, ilusiones que los acechaban y de las que rehuían tomando la propia bebida de sus cantimploras y marchando en línea recta, sin mencionarlas. El paraíso que veía frente a sus ojos, sin embargo, de seguro no se trataba de ninguna ilusión. Enterrado entre la arena, bordeado por grandes palmeras y helechos gordos henchidos de líquido el oasis los esperaba, la fruta colorida de su interior llamándolos a gritos con su gustosa visión, el sonido del agua pura que reposaba entre los arboles haciendo que sus wyverns apuraran el paso sedientos y angustiados.

Cruzaron miradas, también aliviados de haber podido hallar el lugar. Las instrucciones de Lialbe habían sido certeras. También, si los dibujos y distancias del mapa que utilizaban eran correctos, aquello significaba que no faltarían demasiados días para que por fin llegaran a donde el cielo se ponía rojo. La larga jornada iba pronto a acabar, aunque Reed se preguntaba en qué quedarían ambos cuando eso sucediera y qué le depararía el destino en Gikeldor.

Por el apuro de los reptiles no tardaron ni un segundo en ingresar al oasis, bendecidos de ya por la sombra de las palmeras y el frescor del rocío que se acumulaba en los troncos rugosos y tostados. Ambos suspiraron, felices de dejar el terrible sol y desmontaron, los wyverns lamiendo savia de las plantas con un deleite que parecía casi humano.

-Pasaremos aquí el resto del día- decidió Nakku, adelantándose entre la espesura cortando la maleza con su sable. Reed la siguió con el escudo en la espalda, viendo las copas de los árboles, el resplandor del cielo contra su oscuridad, los sonidos de los

animalejos que por allí debían tener cobijo. Todo aquel bullicio lo aturdió por unos instantes, tan acostumbrado a la quietud de hacía días.- Por aquí debe haber algún charco en donde lavarnos.

Dudó unos segundos y luego asintió. Ambos se hallaban cubiertos de arena y polvo, y en especial sentía que su cabello azabache se había aclarado de tanto sol y tierra que se le arrojaba encima. Poder bañarse hubiera sido otra bendición que no pensaba negar. Recorrieron las inmediaciones naturales de aquel cielo terrenal, pasando él su mano por las hojas, por la humedad asfixiante, viendo a los roedores escabullirse en cuanto se aproximaban. Al último llegaron a un claro en donde la tierra se secaba un poco hasta ser plana, con algunas piedras calizas aún no hechas arena que ocultaban del otro lado un charco tan grande que parecía un lago en miniatura, la superficie de este tensa como el hielo, enfriada por la perpetua sombra de alrededor.

Sintió un sonido al caer parte de las perneras de Nakku, que se adelantó de un salto al otro lado, despojándose de la parte sólida de su vestimenta.

-Yo primero- sentenció viéndolo de reojo- Podrías ir recolectando algo para comer.

Algo le llegó a la mente, pero luego asintió buscando alrededor la diversidad de frutas que los esperaban para que les hincaran el diente. Nakku se perdió tras las rocas a la advertencia de “*no espies*” entonces, y Reed volvió a sentarse junto con su escudo, musitando una cancioncilla infantil en su conciencia y estirándose, mirando el sol en lo alto, acariciado por la brisa y por fin en algún sitio luego de tanto tiempo. Luego hubo un chapoteo en el agua, más allá, y Reed decidió que lo mejor era ocupar su mente en buscar alimento, después de todo.

“*Atento*”.

La runa con la que pasaba sus pensamientos a Sulfur no hizo ningún ruido que alertara al genio con el que compartían carruaje, ni el héroe lo dejó en evidencia sobresaltándose y mirándolo. A través de otra runa que había deslizado por la ventanilla, *Uruz*, Duran observaba con ojo avizor todo desde arriba, como un ave: su largo carruaje tirado por falkins, el bosque ya a lo lejos, a la vista el inicio del Puente de Al Tarf en el que sospechosamente ninguna actividad se registraba.

Aquello sin duda no era normal. A esa altura, en un sitio que tenía sus propios medios de subsistencia y vida, al menos deberían de haberse cruzado con una docena de carruajes mercantiles más que les acompañaran en el paso. Sin embargo, desde la distancia, lo único que se veía de la enormidad de aquel monumento que conectaba continentes era silencio y piedra. Allí comenzaría el ataque.

Era gracioso de ver, lo relajados que parecían y lo concentrados que estaban. Los dedos de Houppé tamborileaban sobre una de sus espadas, como marcando un ritmo inexistente. Djinn no le quitaba la mirada de encima al Dos, y de nuevo su sonrisa, si bien más temerosa, emergía con pereza desde su tez azulada preparándose para el momento. El carruaje continuaba adelantándose, a máxima velocidad, entrando a donde la tierra se hacía un embudo que conducía al arco principal...

“*Djinn es un mago de tierra*” pensó Duran, apenas cruzando miradas con Sulfur “*Si peleamos en un puente, tendrá ventaja para hacernos caer al agua*”.

Hubo un chasquido extraño cuando pisaron la piedra lisa de Al Tarf, tal si hubiesen traspasado algún tipo de barrera mágica. Sulfur suspiró, como si intentara dormir, y en cambio él echó todas las apariencias abajo y miró a Djinn a los ojos.

-Comienza.

El genio levantó las cejas, divertido. Sus colmillos relucieron ante la luz que se filtraba por entre la ventanilla, una luz cada vez más potente, violácea.

-¡Maestro Duran!- gritó Sulfur observando el cielo desde su parte.

El no le quitó la vista de encima al enemigo, y levantó el brazo con armadura. Sentía un proyectil gigantesco descendiendo hacia ellos, una magia arcana y maligna, la más maligna que jamás hubiera podido sentir. ¿Era acaso Vannael? No, había alguien más que estaba realizando el ataque desde las sombras.

-*Epel*.

La combinación de runas cubrió el techo del carruaje con una barrera resistente, que aun así se desmoronó en pedazos. Varios trozos diminutos de magia cayeron, perforando la piedra del puente como una lluvia ácida y haciendo al chofer perder el control de los falkins, que asustados intentaron librarse de sus ataduras y escapar. El carro se partió con un crujido espantoso, el eje por fin saltando del todo, y Duran apuntó a Djinn con una mano, certero en su intención de matarlo incluso en medio de ese caos.

-*Sowilo*.

La esfera de calor que disparó fue directa hasta el genio, pero este rio y saltó hacia atrás, aterrizando en cuatro patas como un felino entre los escombros para esquivarla. Sulfur también había logrado caer bien, echando chispas con sus pies metálicos y a Duran la inercia simplemente lo ignoró, erguido caminando entre los trozos de carruaje que volaban por aquí y por allá, ventanilla, cortina, la felpa de los asientos haciendo un enchastre en el inicio del puente mientras los tres magos volvían al suelo, dos firmes y uno agazapado como una bestia, relamiéndose de anticipación.

-Anciano...- Djinn tenía cola, una cola leonina que se sacudió de lado a lado con perversidad- Me alegra tanto que hayas venido aquí... La carne añeja debe saber deliciosa.

-Jodida escoria- su compañero desenfundó ambas espadas, girándolas y se puso a su lado. Duran permanecía de brazos cruzados, mirando al genio pero en realidad rastreando el área como podía, intentando detectar aquella presencia que podía rivalizarlo en poder, la que había lanzado el primer colosal ataque. Aquello iba a ser difícil si el enemigo atacaba desde las sombras.

Djinn lanzó un alarido, y desde el suelo elevó las manos lanzándoles un torbellino de arena que se arrastró llevándose con él los trozos de carruaje, el vidrio y hasta varias de las ruedas. Por su parte él miró a Sulfur, aún concentrado en su pesquisa.

-Encárgate.

-Será un honor.

El Veinte caminó hacia el tornado, con los brazos extendidos sujetando sus armas y la mirada decidida.

-*Palabra de Poder*- dijo y pisó con fuerza el suelo. Llamas de magma partieron desde él, veinticuatro esferas refulgentes que salieron disparadas hacia el torbellino del enemigo, desbaratándolo en pedazos para luego volver a su amo, girando a su alrededor, manteniéndolo seguro.

La criatura volvió a retroceder, acobardada. Una estática dominó el ambiente y Duran presintió que otra ráfaga se avecinaba: en efecto, del cielo se formaron aquellas esferas violáceas, de oscuridad y elementos combinados, que descendieron sobre ellos en pilares de luz que ahuecaban Al Tarf con la potencia que tenían, estruendos divinos que perforaban cualquier cosa gracias al poder puro del que estaban compuestos.

-¡Cuidado!- hizo una seña a Sulfur, y el héroe esquivó los ataques moviéndose lado a lado. Duran levantó la mano y lo reforzó con más magia Foutharc, runas que aumentaban su defensa, velocidad y reflejos para permitirle sortear aquella lluvia imposible y acercarse más al Diecinueve. *Thurisaz*, *Naudiz* y demás hicieron su parte en el cuerpo del hombre y este no perdió un momento para correr, abriéndose camino entre el caos y las explosiones. Pero, ¿Dónde se hallaba el otro mago? El chofer, tirado inconsciente en el piso fuera de donde la batalla sucedía no podía ser un candidato. Quien estaba lanzando esos conjuros arcanos sobre ellos debía de tener una presencia apabullante.

De repente levantó la vista, comprendiéndolo. No estaba allí. Quien fuera que asistía a Djinn en su misión, no se hallaba en Al Tarf ni mucho menos. Atacaba desde lejos, desde quién sabía qué reino o tierra, utilizando los ojos del genio para guiar sus asaltos.

Un escalofrío lo sacudió, sin poder evitarlo. Invocar magia desde el otro lado del mundo... ¿Qué clase de monstruo estaba siguiendo a Vannael?

En cualquier caso, lo que quedaba por hacer era bien sencillo. Movié dos dedos hacia el costado, decidido.

-*Isa. Laguz.*

Su primer sortilegio congeló el ambiente, con excepción del fortalecido Sulfur y de su propio cuerpo. El intento de retroceso del enemigo se frenó, sus grandes ojos abiertos en una expresión de incredulidad, la arena que lo rodeaba cayendo pesada e inútil. El segundo, claro estaba, empujó a Djinn contra el borde del puente con tanta fuerza que gran parte de la estructura se fracturó, dejando al genio allí derrotado, arrojado sentado como un muñeco de trapo.

Las espadas ardientes de Sulfur fueron a la garganta del de Gikeldor, decidido a matarlo.

-Corta la comunicación con tu aliado.

-Ah...- algo de sangre celeste resbaló por la frente del ser, que sonrió aun satisfecho en la derrota- Mi querido Sulfur... Tengo muchos aliados. ¿A cuál te refieres en concreto...?

Una esfera de magma lo golpeó en pleno estómago. Djinn se sujetó aquel cuerpo tatuado y vomitó más sangre por unos segundos, sudando negro y rosado. Luego volvió a dar una sonrisa como un rugido y levantó la vista al héroe.

-¿Podría ser a Vannael...?

-Así que era cierto.- Sulfur no dejó de apuntar al genio, pero sí miró de reojo a Duran, que precavido se aproximaba. Por la falta de rayos de destrucción arcanos descendiendo sobre el puente y sus cabezas, podían permitirse creer que Djinn había aceptado dejar de ser un observador y que el misterioso mago que los bombardeaba ya no tenía forma de acceder a ellos.- Vannael...

-Dime qué sabes, Djinn- ordenó Duran tomando el lugar del héroe con calma.- Explicame qué trama Vannael.

-¡Qué hilarante!- el vozarrón profundo del herido emergió, junto con una risa que le hizo escupir más de esa sangre viscosa e inconsistente- Puedo decirles, maguitos

heroicos, que su tan amado rey ha prometido un lugar de verdad para los míos en el nuevo mundo que quiere construir. ¡Dime si no lo encuentras encantador, Sulfur! ¡Mis hermanos y yo, ocupando las ruinas de tu putrefacta Fariel!

-Repugnante criatura...

Los puños se apretaron más en el mango de las espadas, y Djinn, aunque derrotado, hizo una mueca victoriosa y feroz. Duran en cambio estaba tranquilo, mirándolo.

-No pienso repetirme, Archelande. Habla. No he sido muy piadoso con la última persona a la que tuve que interrogar.

-¿Crees que has vencido, anciano?- habló por fin, desafiante- ¿Crees que por tenerme aquí has podido ganar? ¡Miren, falsos héroes, la verdadera dimensión de su error!

Entonces hubo una sensación difícil de identificar, como si una barrera invisible se hubiese extendido desde el cuerpo imponente de aquel delincuente. Cuando volvieron a ver, Djinn no estaba; pero sabían que no los había abandonado pues entre ellos su presencia era más grande, abismal, creciendo ocupándolo todo y haciendo que Sulfur retrocediera un paso, alarmado.

-¡Maestro Duran! ¿A dónde se fue...?

-*Estoy aquí.*

La voz del genio era mórbida, distorsionada, chillona y barítona al mismo tiempo, dominando todo el aire. Duran seguía quieto, pensativo, mirando el sitio donde el cuerpo antes había estado. Del borde de Al Tarf un brazo abismal surgió, un brazo que podría haber sujetado a un dragón sin problemas, con uñas largas y amarillentas, sosteniéndose de la piedra para trepar: el mismo Djinn los veía relamiéndose, gigantesco, imposiblemente enorme mientras la realidad que lo rodeaba se distorsionaba y lanzaba gritos, mientras burbujas de existencia estallaban a su alrededor, mientras cielo y tierra se balanceaban como en una terrible pesadilla y Duran suspiraba, decepcionado.

-¡*Mannaz!*- dijo el Dos y pisó el suelo, quebrando esa realidad falsa como si de un vidrio se tratara. Sulfur ahogó un gemido de sorpresa al ver la misma imagen frente a ellos estallar en fragmentos, por unos segundos siendo el gigante Duran, la cosa inmensa e imposible de pisar aquel anciano mago al cual la ilusión no afectaba en lo más mínimo. Luego todo volvió a la normalidad, y Djinn reapareció arrojado donde había estado antes, esta vez con el sudor bañándole la frente y los brazos en alto en señal de rendición, el gesto perplejo y aterrorizado.

Había tomado horas en bañarse, sumiéndose en el agua helada sin enfado, inclusive hasta la cabeza, con los ojos bien cerrados y el cabello lavándose, flotando negro como el de un cadáver, su piel pálida reluciendo entre las impurezas del lago y el juego algo infantil de ver por cuánto tiempo podía contener la respiración. Su récord había sido cuatro minutos, que creía era mucho más de lo que había sido cuando probaba lo mismo en su bañera en Vant, probablemente gracias al entrenamiento seeler recibido en los últimos días. Luego de intentar superar aquel número tres veces –todas sin éxito- se

había secado y vestido para volver a donde habían arrojado las lonas para dormir y en donde Nakku ya tenía un fuego preparado, uno que cuidaba con esmero temiendo tanto provocar un incendio como que se apagara obligándolos de nuevo a buscar leña seca en aquel sitio que de tan húmedo parecía una baba.

Comieron una selección de las frutas que allí había, la joven descartando las que sabía que eran venenosas y también aquellas que no conocían, por no tentar al destino. Había cosas similares al durazno, pero más grandes y rojas, con tanto vello en ellas que al principio las había confundido con roedores colgantes; había frutas grandes llamadas baluts, que existían también en Gikeldor con tres veces su tamaño y que almacenaban tanta agua como un coco; había otras alargadas y dulzonas, como hechas de azúcar, que se deshacían en su boca y que decidió eran su aperitivo favorito dentro de esa dimensión, atreviéndose a guardarse un par en el bolsillo para convidarle a Arksinad en cuanto lo viera pero al final desistiendo, sabiendo que no iban a resistir la inclemencia del sol sin pudrirse.

Por estar tan fresco, sombreado, abrigado del frío y del calor, por ser un refugio en medio de la extensa intemperie, ninguno de los dos tenía por dentro demasiado interés en dejar el oasis, pero las cosas debían hacerse y por eso Nakku le indicó que, en cuanto el sol volviera a asomarse por entre las palmeras, buscarían a los wyverns para iniciar el último tramo que quedaba. Podrían volver luego, si lo deseaban, en el trayecto de regreso a la Ciudad Dorada. Aun más, inclusive, casi sería una obligación pues no existían más paradas en lo que quedaba del camino y los días en que los fuertes vientos creaban tormentas en la arena se aproximaban, a juzgar por la posición errática de las nubes.

-¿Sabes mucho sobre este lugar, no es así?- preguntó Reed entonces, comiendo otra fruta que era similar a una manzana pero que le resultó agria, por lo que al instante la escupió.

Nakku asintió con una media sonrisa.

-Los de la Forja solíamos venir aquí cada tanto... Ya sabes, el secreto del hogar.

-Además de los sacrificios- levantó un dedo él, recordando su ira, esa que ahora se le hacía difusa entre la dispersión y los nuevos acontecimientos.

-No es ningún secreto que en la Forja se sacrifica gente- se secó la seeler la boca con la manga, y echó su cuerpo para atrás apoyándose en los codos- Aunque a decir verdad sólo lo hacemos con los criminales entre nuestros muros o quienes representan un peligro para nosotros. ¿Supongo que quieres que te pida perdón?

-En lo más mínimo- negó, sonriendo para sus adentros. Quién sabía cuánta gente había matado esa mujer, después de todo, pero como a su mano existía una cultura y un orden que la habían impulsado. ¿Se arrepentía Deihr de ello? Por mucho que dijera, estaba seguro de que por lo menos a un hombre inocente había ajusticiado. Era quizás más bien el no pensarlo, la certeza de la incertidumbre lo que le permitía seguir viviendo con la culpa oculta, transformada en lágrimas aleatorias.

No, tampoco la culpaba a ella, aunque se imaginaba las caras anonadadas de Reaper y Arksinad si les hubiera contado que Deihr Bellow comenzaba a agradarle en más de una forma.

La joven se estiró y se acostó mirando el cielo entonces, lo poco de este que las copas verdes dejaban entrever. Reed la imitó entonces y ambos pasaron la noche así, cómodos, hablando y viendo las estrellas espiarlos mientras que sobre ellos la fogata centelleaba y poco a poco era apagada por la humedad, los animales nocturnos despertaban y revoloteaban sobre sus rostros, el dormir los iba haciendo entrar poco a

poco en ese mundo onírico y el oasis se hacía distinto a lo que había sido durante el día, una mancha negra y ruidosa en el desierto pero muda desde afuera, imposiblemente muda y al mismo tiempo reverberante, llena de la vitalidad de seres que por lo oscuro parecían más que de otra dimensión, de otro espacio y existencia.

Tuvo sueños desopilantes, fugaces. Soñó, entre movimientos febriles y ardores del cuerpo, que el sitio donde dormían fluctuaba y se levantaba; que la vida allí era una sola, y los árboles, las frutas, los animales y el lago no eran más que marionetas, engaños de un ser inmenso y echado, un ser con forma de paraíso, algún tipo de planta que, viva y hambrienta, despertaba al anochecer para hundirlos en sí misma, dormidos, rodeándolos de un fragor dulce y devorándolos, la planta carnívora más impresionante que existía sujetándolos con sus raíces, del cuello y la cintura, tirándolo para abajo sin que él pudiera desasirse o siquiera protestar, descansando plácidamente como se hallaba.

Luego tuvo otros sueños, que partieron desde la negrura en la que el monstruo anterior había ubicado a su mente. En el siguiente se hallaba también dormido, de costado, su abrigo y lo que lo tapaba desacomodados sobre el cuello, la capucha doblada haciéndole de almohada. Un susurro desesperado resonaba en su oído, un susurro lastimero y lleno de cariño y locura.

“Te amo. Te amo. Te amo...”

Pensaba en Nakku entonces, pues era la única persona que tenía a su lado, y algo en él se imaginaba que se daría vuelta para verla mirándolo, sonriente, su rostro terso iluminado por la luz de la noche. Una ira horrenda lo embargaba al caer en esa conclusión, sin entender por qué, una frustración incomparable que lo sacudía y lo fundía, haciendo rebotar su mente contra mil páramos, gritándole cosas en un lenguaje incomprensible, furiosa, exigiéndole algo que no podía entender o recordar. De tantos golpes y reclamos era que volvía a caer, quizás buscando refugio o consuelo, al lugar que ya había visitado antes mil veces en sueños.

Y entonces, de nuevo toda aquella agonía de fiebre cesaba. Allí estaban las esculturas; las mujeres bailarinas transparentes, el lagarto rodeando un pilar, el anciano cuyas arrugas estaban esculpidas en el hielo con una habilidad casi obsesiva. Todo nuevo, pero también todo viejo, como abandonado, regado por la luz del sol que despertaba polvo de los ventanales, velado por la sombra propia del techo que ocultaba gran parte de las creaciones de aquel artista. Allí el alma de Reed avanzaba lenta, sintiendo un crujido, el ruido de pies descalzos, la voz inconfundible de alguien y su corretear. Veía la silueta, rápida cruzando por los pedestales, difuminada por la transparencia del agua congelada, y la veía llevarse un dedo a los labios, quizás sonriendo o no, quizás, en sus reflejos dentro del arte que la tapaba, tomando la forma de un grito hirviente, salvaje y primitivo.

Había abierto los ojos entonces, despertando en el claro, cuyos sonidos habían disminuido hasta ser casi invisibles como lo habían sido siempre, antes de que ellos irrumpieran en aquel aislado ecosistema. Arriba seguía siendo de noche, por lo que luego del silencio introspectivo, sin propósito más que el que acostumbrarse a la realidad, su primer pensamiento fue que no podía ser muy tarde. A su costado Nakku dormía, su cuerpo haciendo un vaivén lento al compás de su respiración. Reed la observó unos segundos y, volviendo a entregarse al sueño en la quietud que le rodeaba, hizo la nota mental de no comer otra vez ninguna de las frutas que en el día había probado.

A la mañana su maestra lo despertó, como era habitual, y desayunaron con prisa algo de lo que había –su resolución nocturna, de momento, había quedado olvidada– intentando quitar toda posible pereza que los atara a aquel relajante sitio y marchar cuanto antes a donde el cielo se ponía rojo.

-No falta demasiado- le señaló Nakku poco después, cuando los dos ya estaban de nuevo sobre sus wyverns y los animales marchaban bien descansados por la arena, golpeados todos de nuevo por el sol y dejando la maleza atrás- Por allí, en ese barranco hay una gruta que nos dejará directamente en nuestro destino.

-Espero que lo que sea que Albion dejó allí valga la pena- suspiró él y agitó las riendas de su lagarto, que hizo un bufido extraño antes de adelantarse.

Era una visión asombrosa, esa parte del desierto. No llegaban aún, pero sobre ellos el cielo variaba entre tonos rosados y naranjas, calmo y con nubes que parecían difuminadas en gruesas gotas, puntos blancos mal esparcidos en su extensión incomparable. Adelante todo era arena, pero arena ya sin los típicos vaivenes anteriores, arena que se asentaba más y más hasta convertirse en tierra agrietada y caliente y que de repente se quebraba, irrumpía en una lomada inmensa, como una montaña, una en la que desde ya podía divisar la delgada línea por la que tendrían que pasar.

-¿Crees que haya cosas allí adentro?

-¿Te da miedo?- ladeó su mentora la cabeza hacia él, aunque si era una burla la expresión seria la arruinó por completo y Reed negó, suspirando. No, no tenía miedo, aunque tampoco podía decir que le agradara perderse en la oscuridad. Desde lo ocurrido con los daevas en la zona de Al Tarf, las sombras le producían una inquietud alarmante y todavía no había olvidado que, si bien la reina había sobrevivido a los asaltos con sus flechas, los tres perros de Mila seguían tras su cuello y el de sus amigos, y allí en el desierto no les iba a costar obtenerlos. Su única ventaja, de momento, era que el sol brillaba sobre su cabeza y no había forma de que pudieran aparecerse.

Eso, y que había aprendido un arte específico para eliminar demonios. Si Ashmogh, Saurva y Tauriz atacaban, pensaba Reed, se volverían la primera prueba verdadera que como seeler tendría que enfrentar, pero no era ese un desafío que en realidad quisiera ponerse encima. El dolor atroz en su espalda que esos monstruos le habían causado al atacarlo era sin duda lo más cerca que había estado de perder la vida.

Se secó el sudor de la frente con la manga de su abrigo, echándole un buen trago a su cantimplora ya cargada con el agua fresca del lago. Qué clima inclemente. Nakku no bebía tanto, más bien concentrada en el pronto arribo y lo que se avecinaba y así fue que llegaron, haciendo un zigzag de huellas en la tierra, dos figuras solitarias que se detuvieron frente aquella brecha en el paredón natural, la gruta que oscura y profunda los llamaba con sus peligros y sombras.

Desmontaron entonces, sabiendo que los wyverns no podrían pasar por allí.

-Vamos- dijo Nakku e ingresó sin darse tiempo a la duda. Reed la siguió intentando cerrar distancias, de costado, tomándose de las piedras salientes para no rasparse y viendo con seele para seguir el contorno de su alma púrpura, temiendo que el camino los sorprendiera rompiendo su linealidad y quedar perdido en algún desvío. Fue por usar

esa vista secundaria que no se percató que ella se había detenido, impedido el paso mientras que él siguió sin perder velocidad en lo oscuro, terminando por quedar encajados en el espacio reducido que había, su mentora haciendo apenas un ruido de incomodidad y luego quedando en silencio.

No veía nada. Sentía el cuerpo de la otra estrujado contra el suyo, aunque a decir verdad no sabía qué parte tocaba cual ni estaba seguro de querer saberlo. Algo leve le hizo percatarse de que sus rostros estaban separados por unos dedos de distancia, que los labios de ella estaban cerca de los suyos y de que ninguno se movía, como si esperaran, lo único perceptible el sonido de sus respiraciones.

Luego la voz de la seeler interrumpió.

-Mejor vamos de a uno. Tú primero.

-Sí- afirmó, sacado de su desconcentración- Yo primero, claro.

A base de dolor e incomodidad lograron zafarse, Reed quedando en donde ella había estado antes. Luego él intentó sacudirse el polvo de encima en el poco espacio disponible y continuó la marcha, pensando en cosas, buscando enfocarse. La gruta era angosta, difícil de transitar y más arrastrando el escudo que por suerte rodaba con facilidad siguiéndolo, sin encajarse en una saliente o enterrarse en el camino. Nada lo guiaba allí, pero tampoco había bifurcaciones. Al cabo de un rato, en su visión seeler, una figura tenue apareció, más allá de la roca, pasando el barranco y esperándolo desde hacía años. Un aura leve, antiquísima.

Sin quererlo su corazón redobló su latir, como impactado por algo. Reed apresuró la marcha, doblando codos y brazos, adentrándose, sumergiéndose en la oscuridad. Había... Una imagen indefinida lo sacudió, la idea de haber pasado ya por ahí, de haber atravesado esa gruta mil veces antes, en otra vida. Su brazo frotó contra una piedra, lastimándose apenas, pero lo ignoró e inclusive aumentó la velocidad, como si lo único que importara fuera llegar allí, su escudo rebotando contra las paredes que los aprisionaban, él casi jadeando por el esfuerzo, corriendo ya, corriendo sin importar las heridas y los bordes y sintiendo esa familiaridad terrible, que lo asustaba y maravillaba, esa tristeza vieja y reprimida de hacía cientos de años.

"Idgray", dijo su mente, o una voz en su mente. La luz roja aumentaba más y más, casi cegándolo, pero también lo hacía la luz natural que llegaba a la salida del pasaje. Reed siguió corriendo, cortándose, metido en aquel frenesí irrecuperable mientras que en su cabeza un recuerdo lo azotaba, la visión desde arriba de dos hermanos que habían visitado aquel sitio y que lo habían hecho su refugio, su hogar en la infancia y luego el lugar de decisiones cuando fueron adultos, cuando la vida los golpeó con las peores noticias que pudieron imaginar.

La oscuridad pasaba por entre sus costados, pero a Albion no le ganaba ninguna lastimadura. No había forma de que lo hiciera, si conocía aquel atajo como la palma de su mano y lo había atravesado casi todos los días, si conocía cada movimiento que debía hacer, cada preciso instante en el que debía arquear la espalda o girar el cuello para esquivar los filos naturales y salir sano y salvo, su imagen impecable contra el ardiente sol.

Ahora, sin embargo, poco le importaba su imagen. No, podía decir que no le importaba en lo más mínimo. El corazón le martilleaba en el pecho, presa de la

preocupación. Lo que estaban haciendo... Lo que su hermano planeaba hacer... Era una locura. Idgray era poderoso, sí, ¿pero podía desafiar a aquellos a aterrizar hasta a Baal? La idea había sido suya, tal vez, pero ahora dudaba y temía haber mandado a su hermano a la muerte. No iba a resistir perder a ambos, a Idgray y a Ailai. Debía detenerlo, antes de que fuera demasiado tarde.

Al emerger del otro lado lo cegó la blancura, no la del día sino la del ser que frente a sus ojos tapaba el sol: gigantesco, mucho más grande incluso que los dragones de antaño, con dos piernas que parecían torres y cientos de brazos musculosos, hinchados; una espalda bulbosa e irregular, las cabezas amontonándose como un sarpullido sobre su torso. La boca se le secó al ver, entre el terror y el asombro, a uno de los tres hermanos Hekantoquiros que habitaban aquella lejana zona desde antes de Baal: Briareo, Coto y Gigas. Idgray debía de haberlo hecho, pero no lo encontraba. Todo lo que veía era al gigante infernal, y también a sus dos hermanos que lentos se movían, aunque sus cuerpos eran tan extraños que le costaba entender hacia qué dirección o con qué propósito.

Idgray. Debía hallar a Idgray, antes de que fuese demasiado tarde y su sugerencia iracunda lo dañara. Antes de que tuviera que arrepentirse toda su vida.

El sol desapareció por completo. Albion retrocedió aún en la gruta, sin salir, los ojos como platos al ver al hekantoquiro del frente tambalearse leve, sus brazos golpeando el aire como intentando agarrarse de algo que no existía, para luego caer hacia atrás cuan largo era, produciendo un estruendo sordo en la arena y levantando una onda expansiva de polvo tan fuerte que lo cegó por unos segundos, arrancándole un quejido descarnado.

Al limpiarse los ojos y ver entendió que el monstruo no se había arrojado, sino que lo habían derribado. Idgray clavaba su garr sobre una de las muchas cabezas, el rostro sereno concentrado en su tarea, los músculos de su brazo tensándose por el esfuerzo de atravesar aquella dura piel. El gigantesco hekantoquiro tembló, moviendo todas sus extremidades hacia el cielo y luego se dejó estar quieto; gran parte de su pecho cortado, y las cabezas aplastadas o tan hinchadas que adquirirían tonos violetas.

Los ojos glaciales de Idgray se levantaron de su ensimismamiento, viendo a Albion, que también había caído sentado al suelo y que no alcanzaba a proferir palabra.

-Albion- lo reconoció sin mudar su expresión, y luego se volteó hacia los otros dos terrores, que parados e inmóviles hacían sonidos guturales, mugidos profundos con los que hablaban entre ellos- ¿Es esto suficiente? ¿O desean luchar los tres al mismo tiempo?

Coto y Gigas no necesitaron mirarse, pues varias de sus cabezas ya apuntaban el uno al otro, pero sin duda tuvieron algún tipo de intercambio asombrado. Luego ambos hincaron la rodilla, doblando la inmensidad de sus piernas y arrodillándose ante el deva que había hecho trabajo fácil de su hermano.

Idgray no sonrió. Desde lo ocurrido con Ailai, ninguna tímida sonrisa afloraba en su rostro. Descendió del cuerpo del derrotado Briareo con un salto, e hizo una seña a su hermano menor para que se aproximara. Albion obedeció precavido, aún sin confiar del todo en esos males de la noche, en esas cosas que depredaban incluso a los adorados dioses.

-Este es mi hermano- les dijo Idgray, hablando fuerte y claro y levantando un brazo hacia él- Ambos planeamos asaltar el hogar de Baal, y dejar de una vez este sitio. ¿Quieren salir, verdad? ¿Quieren escapar de la prisión en la que los han arrojado?

Hubo otro mugido, pero más que mugido fue un bramido terrible, que se elevó hasta los cielos. El hekantoquiro derrotado, Briareo, convulsionó un poco y luego con dificultad emprendió el letárgico levantamiento, incorporando toda su mole frente a ellos, la sangre chorreándole espesa de las heridas que Idgray le había infringido: laceraciones en los brazos, cabezas derrumbadas, cortes hinchados y palpitantes por aquí y por allá.

-Idgray- murmuró entonces Albion viendo a sus tres nuevos aliados, sin poder creerlo- ¿Estás seguro de esto?

Su hermano no lo miró, aún contemplando a los tres monstruos, sus irises grises cerrados, espantosos, sin una pupila visible en donde se filtrara la luz.

Luego, lentamente y como si hubiera adquirido los hábitos de esos seres, asintió.

-Ailai...- susurró, y entonces sí le vio- Ailai hubiese querido que permaneciéramos juntos.

Albion lo miró asombrado, a aquella inexpresividad que contenía la peor de las tristezas. Luego su boca se torció, por culpa y remordimiento, por las envidias que siempre había tenido y que ahora eran una cosa del pasado.

Sonrió, volviendo a ver a los Hekantoquiros que esperaban órdenes, impacientes.

-Que así sea- dijo- Estaremos juntos, pase lo que pase, y si alguno de nosotros cae el otro lo ayudará a levantarse sin importar qué precio deba pagar. Por Ailai.

“Por Ailai”, había dicho Idgray entonces, o tal vez Reed haciendo coro de Albion mientras se alejaba de aquella visión, de aquel recuerdo por la voz y la mano que lo sacudían.

-¡Reed! ¡Reed!

Volvió al presente, encogido en la salida de la gruta, echado dándole la espalda al cielo. Gruesos gotones resbalaban desde sus ojos, bañándole las mejillas, algunos demorándose en el pozo que era su estigma. Eran calientes y salados, pero no le molestaban. Hacía demasiado que había querido llorar, pero la tristeza que tenía entonces era inexplicable, mucho más vieja que los asesinatos cometidos o los errores que lo habían marcado. Las lágrimas que derramaba eran de otro él, de otra vida y otros fracasos aun más grandes.

-Reed. ¿Estás bien?

Nakku se inclinaba sobre él, preocupada. Se secó la cara con la manga y la miró, asintiendo.

-No es nada. Estoy bien.

La mano sobre su hombro lo aferró con algo de más fuerza, su mentora al parecer dudando. Luego ella se sentó, desplomándose a su lado de la misma forma y quedando así, ambos juntos, él secándose las lágrimas que borboteaban sin que su cara mudara su fría expresión y Nakku acompañándolo, sin tocarlo ni mirarlo y más bien concentrada en lo que había frente a sus ojos y centelleaba.

Pasaron unos segundos hasta que aquel llanto olvidado acabó, y el flujo oculto que bañaba su rostro cesara. Reed suspiró, algo incómodo por que aquello hubiese ocurrido aunque agradeciendo también haber llorado en silencio. Desvió la vista hacia Nakku apenas, viéndola a su lado, el rostro pecoso iluminado y la expresión imposible de leer, concentrada.

A su vez ella le miró con una sonrisa comprensiva, como si nada, e hizo una seña al lugar donde el cielo se ponía rojo.

Era apabullante. Donde en su visión sólo había habido tierra ahora se hundía un pozo, pero uno que apenas podía verse por la cantidad de energía seeler que le rodeaba: una barrera densísima, gigantesca, una cúpula brillante y carmesí que fluctuaba echando electricidad, tan concentrada su aura que parecía más bien un objeto puramente material que algo espiritual. Por su luz, que ascendía a todas direcciones cambiando el tono de lo que había, era que el mismo firmamento desaparecía para convertirse en una pared rojiza, de ensueño, un cielo de sangre y durezas en el que la luz del sol y las nubes no tenían sitio para existir.

Lo quedó viendo con los ojos bien abiertos, la boca recta y dura. Nakku se puso de pie entonces, sacudiéndose el polvo de sus ropajes.

-¿Crees que puedes llegar allí?

-Sí- dijo él.

-Vamos entonces- sonrió la joven y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse- Terminemos esto.

Y Reed la tomó, dejándose subir y comenzando el conteo, los últimos pasos que debería dar para recibir el legado final de su otra vida.

Lo que había poseído el cadáver de Bali era poderoso, Reaper no lo dudaba, y también en sus ojos se veía una sed de sangre que lo hizo estremecer, poner a Necrostacia al frente como escudo para resistir cualquier posible ataque. Aquel demonio infernal de ojos helados y saltones sacudió su cola escamosa de lado a lado, arrojando contra las paredes las largas mesas en las que Baal había dispuesto la comida para sus invitados y barriendo lo que estaba arrojado, el rictus de su cabeza certero, enfocando a Arksinad.

-¡Boca-cortada!- le advirtió Reaper, corriendo hacia él- ¡Cúbrete!

El mago se veía asustado, pero obedeció y al instante golpeó el suelo con su báculo formando un campo de energía. En ese mismo momento fue que el Sacrificar Rey atacó, de una forma espantosa que les quedaría grabada siempre en la mente: abrió sus fauces, su boca cuatro veces su tamaño y los colmillos delgados y mortales apareciendo, y con la velocidad de un rayo se lanzó hacia su presa para intentar tragarla.

El campo de espectros se fracturó, sin romperse, y Arksinad salió despedido contra un muro en el que la magia que lo rodeaba ya sí estalló, deshaciéndose en pedazos. Reaper corrió hacia el monstruo, apretando a Necrostacia entre sus dedos y temiendo que aquel fuera el fin, suplicándole en su consciencia a la espada que le diera una habilidad de una vez, algo con lo que encargarse de aquel enemigo en un instante antes de que los acabara a todos.

Los ojos de la serpiente lo miraron, y su cola se movió hacia él intentando derribarlo. Reaper la saltó con facilidad, herido como estaba, para caer rodando del otro lado. El cuello del ofidio se giró entonces, y lo que había sido Bali se lanzó de nuevo

cual centella sobre él, pero sus reflejos todavía eran buenos y cortó la boca del demonio con Necrostacia, haciéndolo retroceder herido.

Un proyectil mágico golpeó al reptil en el rostro, y la serpiente tembló de lado a lado, moviéndose como un gusano en el fango, arrojando astillas y partiendo las mesas y los cuencos de oro, haciendo estragos en el salón hasta que por fin detectó a Arksinad, escondido tras una de las columnas.

Se lanzó hacia él, con aquella velocidad enfermiza que lo caracterizaba, esos arrebatos en los que más que trasladarse aparecía de un lado a otro, con las fauces abiertas de forma imposible y las líneas que eran sus pupilas congeladas, más quietas que nunca en su impulso asesino. Arksinad se echó tras la siguiente columna, huyendo y el monstruo lo siguió repitiendo su acción, ambos haciendo un zigzag entre los pilares que sostenían el salón, el poseído Bali tapándolos con su enormidad, apretándolos entre sus escamas rojas y negras.

-¡Reaper!- le hizo una seña su amigo. El guerrero entendió y corrió, hundiendo a Necrostacia en la carne expuesta que rodeaba la estructura. El Sacrifar se sacudió con odio, siseando, pero su movimiento no logró derrumbar ninguna de las columnas. Lo que sí hizo, claro estuvo, fue darle tiempo a Arksinad a alejarse y apuntarlo con su báculo, directo al rostro.

-¡Baru Practel!

La esfera de magia le dio de lleno, justo cuando su boca estaba abierta. Los ojos del monstruo se iluminaron, luego se tambaleó, y luego por fin su cabeza cayó contra el lustroso piso, con un sonido particular. Era impresionante de ver su tamaño, el largo de su cuerpo allí enredado entre el salón, las escamas que podrían haber sido usadas de escudo por un humano.

Arksinad sonrió, dándose vuelta hacia Reaper.

-Eso fue más fácil de lo que...

-¡Arksinad! ¡Atrás!

No habían previsto que el demonio planeara engañarlos. A decir verdad, Reaper jamás se había imaginado que los demonios tuvieran raciocinio o capacidad de elaborar ideas, pero aquel que había invocado Bali con su sangre lo sorprendió: supuestamente muerto, como estaba, sus ojos fugaces se abrieron y volvió a saltar, al mago que le estaba dando la espalda.

Arksinad atinó a lanzarle un chorro de espectros, y por eso salvó su vida. Su hechizo no hizo nada a la dura piel del atacante, pero al menos lo logró demorar lo suficiente como para que su mordida fuera mal calculada: el reflejo que debía de haber partido al Nueve al medio en cambio lo golpeó, mandándolo contra la pared con la fuerza de cien hombres. Arksinad se dio de lleno la cabeza contra el muro, y se derrumbó sobre el suelo, sentado e inconsciente.

"Maldición. Mierda. Joder".

Reaper huyó, dirigiéndose hacia donde estaba Linith. La serpiente lo seguía, siseando, sacando la lengua bífida sin despegar su mirada de él.

-¡Tu amigo!- le reclamó la niña, incrédula- ¡Está herido! ¡Ayúdalo!

-¡ABAJO!- dijo en cambio él y la arrojó contra el suelo, sabiendo lo que ocurriría, aquel horror que ya había experimentado. En efecto, tal como había sucedido en la tierra yerma cerca del puente a Sadalsuud, los hilos que mantenían unido al cuerpo de Arksinad estallaron, saliendo despedidos hacia todas las direcciones y haciéndolo formar una flor negra que, apoyada contra la pared, crecía sus raíces prendiéndose de

cualquier lado y mutando, enredándose entre sí, creando músculos y tendones oscuros, enormes, dejando ver entre sus fluctuaciones dos lunas rojas e infantiles.

El brazo se alargó de aquella masa mal definida antes de que el demonio lo alcanzara, sujetando a la serpiente y arrojándola contra las mesas. Linith gritó, tirándose al suelo y Reaper la cubrió de los escombros que saltaron con su espada, viendo a Asherat poseer de nuevo a su amigo y aullar al cielo, un chillido que parecía de infante, enloquecido, ya los hilos que lo formaban armando bien su corpulencia oscura y la cola, que se sacudía lado a lado similar a la del ser que había arrojado.

De todos los curiosos sucesos que habían formado su vida, Reaper suponía que aquel iba a ser el más destacado en mucho, mucho tiempo. El demonio Asherat gritó, partiendo una mesa por el sólo motivo de partirla y volvió a lanzarse contra la enorme serpiente, que se había recuperado del impacto y intentaba morderlo de nuevo. Los colmillos del Sacrificar Rey se clavaron en el brazo de la abominación, sin dañarlo. Asherat abrió sus propias fauces, de hilos y agujas y mordió al reptil, quien se retorció con sus escamas empujadas por la nueva fuerza de su adversario e intentó rodearlo, meterse entre sus brazos y estrangularlo.

Poco pudo hacer, pues los hilos no eran músculos firmes sino que eran eso, hilos, y cedieron al ímpetu de su rival zafándose sin problemas del agarre y cayendo más atrás. Asherat sacó una lengua larguísima, sus ojos rojos se abrieron de par en par y se sacudió como un animal. Luego saltó de nuevo, dispuesto a acabar la lucha.

Sujetó las fauces del ofidio con ambas manos, y sus hilos salieron como tentáculos, metiéndose por los grandes ojos, por los agujeros de la nariz, por la boca bajo la piel. Reaper se arrojó lo más lejos que podía y tapó los ojos de Linith para que no viese aquella cruenta masacre, rogándole a los dioses que alguien interviniera pues sabía que ese ser no distinguía entre amigos y enemigos y bien podría atacarlos una vez terminara con Bali.

El monstruo serpentino se sacudió molesto, y los hilos que habían invadido su cuerpo tiraron hacia afuera. Hubo un sonido elástico, tirante y luego sus escamas saltaron, se partió en pedazos en borbotones de sangre con un grito humano, espantoso que hizo que la niña se estremeciera y cerrara ambos párpados con más fuerza, tapándose los oídos. Las garras de Asherat tomaron lo que quedaba de su oponente y lo sujetaron con fuerza, como a un juguete, estrujándolo y luego llevándoselo a la boca, sus hilos absorbiendo la sangre que manaba, tiñéndose de un rojo oscuro y gastado, su cuerpo adquiriendo ese color a medida que comía más y más del otro demonio.

-Vamos- le hizo una seña Reaper a la niña, conduciéndola por el costado, intentando hacer el menor ruido posible- Es mejor que nos borremos de aquí.

-Pero Arksinad...

-Estará bien- afirmó él. Una vez la posesión terminara, el cuerpo de Arksinad caería inconsciente y eso sería todo.- Pero nosotros no si ese ser nos dete...

Asherat olfateó el aire, como enajenado, aún masticando los últimos pedazos de carne y sangre. Ya se lo veía todo rojizo y húmedo, dándole la espalda, muy difícil de definir entre todo el mar de cables que lo componía. Reaper tomó a Linith y avanzó por detrás de las otras columnas, pensando qué forma tenían de volver al atajo del techo y dejar a Arksinad allí hasta que la transformación terminara.

Entonces Asherat volteó su cuello del todo, sin mover el cuerpo, detectándolo con un alarido agudo y sediento.

-¡Maldición!- exclamó Reaper, alarmado, y desenfundó a Necrostacia empujando a la deva hacia atrás. El demonio corrió como un perro rabioso, echando saliva de sangre

en el camino, directo hacia él pero luego se freno, los hilos que tenía se tensaron y una luz potente lo impactó, una luz blanca y arcaica, directa desde el techo, con tal poder que lo hizo desvanecerse sin resistencias ni sonido posible, tomado de improviso, convirtiéndose en mil víboras negras que fulminadas se deshacían en el aire.

Donde había estado Asherat el cuerpo de Arksinad se dejó ver, aún tapado por todos los hilos que se contraían a su posición original. Sin embargo, no era ni por lejos el mago la persona a la que Reaper contemplaba con los ojos abiertos como platos, impresionado por su brillo y majestuosidad mientras ella descendía flotando con gracia.

-¡Tearu!- la reconoció Linith con alegría, corriendo hacia ella olvidando todos los horrores vistos en un instante. Reaper en cambio no se movió, comprendiendo quién era.

La sacerdotisa de Baal por fin había llegado.

Calculaba quizás veinte, treinta pasos hasta llegar a donde el último tesoro de Albion descansaba, aunque eso sin contar lo que tuviera que hacer una vez atravesara aquella peligrosa barrera seeler que chispeaba desde hacía siglos, ofensiva a la vista con sus ondulaciones filosas, marcadas.

Caminó junto con Nakku, ambos con cierta precaución inexplicable. El estigma de su rostro ardía, aunque las lágrimas que antes tenía ya se habían secado. El seele no desprendía calor, sólo un brillo insoportable, como el del atardecer bañando el horizonte con su luz, que lo inundaba todo, cegándolos.

-No puedo ver...- dijo Reed, esforzándose sin éxito- No puedo ver de quién es esa aura.

-De Albion... Y de mi padre. Y de quién sabe cuántos miembros de la Organización más- le contestó Nakku.- Lo que sea que hay allí fue guardado luego, después de que Dammed Oah se hundiera.

Él no dijo nada, consternado. La única persona con aura roja que había visto era Sephid, pero Sephid no podía ingresar a la Ciudad Dorada y por lo tanto aquel color fuerte y particular debía ser más bien la combinación de muchos tonos, de cientos y cientos de poderes de alma entremezclados en un campo, una barrera que rodeaba aquel hueco perfecto en la tierra ocultando su contenido a la perfección. Tanto poder... Era exactamente igual, a la barrera que detenía el paso en Belekraz.

A su espalda su escudo hizo un murmullo apagado. Su mano se aferró a la cadena dorada, como temiendo algún peligro invisible. En los últimos diez pasos hacia el borde de esa pendiente esa sensación de temor se incrementó, aunque Reed no podía señalar con seguridad qué era la que la provocaba. Era algo oculto, particular de aquel sitio y de la visión que había tenido hacía un rato, como si supiera que aquel era un momento clave en su vida y que por ello debía de estar precavido de lo que ocurriese, analizando qué trampa se escondía entre tanto esplendor escarlata.

Nakku y Reed se quedaron de pie viendo la barrera fluctuar, sin mediar una palabra. En realidad, más que nada Reed quería probar si iba a herirse, si el atravesar aquella

cosa lo lastimaría o si sería tal Belekraz, una pared infranqueable solo para quienes no compartieran la sangre del alma de Albion Decaheron.

Estiró la mano, tocando con el dedo mayor un poco de aquella consistencia etérea, pero también dura como el metal. Hubo un par de chispazos y una sensación eléctrica se apoderó de su brazo, pero la barrera no lo rechazó. Miró de reojo a Nakku, quien le asintió contenta y vio cómo resplandecía su rostro por la luz que los cegaba, cómo crecía la sombra a su espalda más y más a medida que intentaba adentrarse. Fue allí cuando el corazón se le heló.

-¡Cuidado!- gritó y la empujó. Al mismo tiempo la sombra emergió, levantándose del suelo con las fauces abiertas para caer enterrándose en la misma tierra que había destruido, revoleando la cola de reptil y echando arena por doquier. De haberlo dudado un sólo segundo más, Nakku no hubiese sobrevivido.

La joven se incorporó en un instante, alertada por las otras dos sombras que salieron desde la nada, como estrellas fugaces dando vueltas a su alrededor, abriendo brechas en el piso para marcar su avance y buscando rodearlos. Reed comprendió entonces por qué los daevas no les habían atacado antes: si el sol los debilitaba, cosa que habían aprendido al intentar devorar a Shimari, su única opción era buscar un sitio donde el sol no diera, donde la tierra estuviese muerta y carente de luz como ellos. El lugar donde el cielo estaba rojo, después de todo, era lo mejor que podían encontrar para tenderles una emboscada.

-Debemos salir de aquí cuanto antes- exclamó, viendo a la sombras moverse como canicas y luego esquivando el salto de otro daeva arqueando la espalda hacia atrás, por pelos no cayendo tras la barrera.- No podremos...

-No. No sin lo que sea que este allí adentro.

Él chasqueó la lengua, resignado a lo temerario de su maestra. Aunque a decir verdad, era más bien su miedo por lo acaecido en su último encuentro con los demonios lo que lo motivaba a querer huir. Decidió enfrentar ese miedo y se adelantó un poco, poniéndose de espalda con ella y aferrando a Drassil con fuerza por delante.

-Recuerda lo que aprendimos- le dijo Nakku, serena desenfundando su sable seeler. Su aura violácea brillaba con gran intensidad, alarmando a los daevas que al ver aquello se reagruparon, tres saetas negras formando un círculo de sombra que hacía parecer que ambos estuviesen parados en un área marcada con alquitrán, un barro espeso y oscuro que se movía girando a toda velocidad, sin darles posibilidad de escape.

Usó su visión seeler, pero lo único que notó fue algo quebrado, demasiado mínimo como para llamarse un alma. Esas cosas no eran mortales, no eran como los kiels o los ahuras, un dragón era más similar a un humano de lo que lo era un demonio como ellos. Expandió su alma cuanto pudo, intentando ahuyentarlos, y entonces los dos daevas menores saltaron: Saurva fue directo a él, llevándose parte de su brazo con una mordida que se asemejaba a la de un tiburón y Tauriz contra Nakku, quien más tranquila lo esquivó e hizo un corte en su costado, la energía seeler dañándolo y haciendo que el diablo chillara antes de volver a enterrarse en el suelo y retomar el círculo de negrura.

Ahogó un quejido, concentrado en sostener a su escudo. Había fallado en su reflejo, y ahora su brazo sangraba y ardía, pero creía que todavía se mantendría funcional. Nakku no lo miró, concentrada, pero sí se plegó más hacia él.

-¿Estás bien?

-Sí. Pero temo no estarlo dentro de un rato.

-Entra a la barrera- dijo ella- Eres la reencarnación de Albion. Podrás pasar, y allí no te harán daño.

-Ni hablar- bufó con sorna- ¿Y dejarte aquí con esos tres?

-He enfrentado cosas peores- le reveló ella. Sus ojos lilas estaban graves viendo a las sombras que se disponían a lanzar otro ataque- Reed. Tengo un plan para librarme de uno.

-¿Y ese es...?- preguntó él, incrédulo.

El daeva Tauriz los interrumpió entonces, saltando lleno de resentimiento hacia la joven por la herida que le había hecho. Nakku parecía haberlo esperado, pues sonrió y en ese momento hizo un movimiento impresionante: giro en vertical, apoyándose sobre las palmas, y con las piernas sujetó en el aire al demonio, reteniéndolo con su aura y completando la vuelta lanzándolo más allá, en donde la barrera de Albion se alzaba.

Tauriz rugió e intentó zafarse, pero la arena bajo sus pies cedió y se vio engullido por aquel muro, que lo desintegró en un instante. Uno menos, pensó Reed entonces admirado, pero entonces se le detuvo el corazón al ver al líder, Ashmogh, salir del círculo hacia su maestra y pegarle un coletazo, arrojándola contra la arena que caía.

-¡Nakku!- gritó, corriendo a ayudarla. La joven intentó sostenerse en aquel suelo inestable clavando su sable, pero luego pareció obvio que no bastaría y lo arrojó más adelante, para que él lo tomara, antes de desaparecer entre toda esa luz.

La bilis le subió por la garganta, y el sudor se derramó copioso por su frente. No sabía si ella estaba bien o mal, y aún no podía salir del círculo negro que lo rodeaba, sin duda el daeva Saurva que anteriormente casi lo había matado. La ancha boca de Ashmogh se torció en una sonrisa torva, inteligente mientras con su ojo herido veía a su última presa retroceder sabiéndose pérdida.

Tragó saliva, poniéndose en guardia. El sable de Nakku estaba un poco más allá, cerca de donde el daeva líder revoleaba su cola. Pensó en ir a sujetarlo, para adquirir otra arma, pero entonces Saurva salió de las sombras, haciendo otro salto increíble y llevándose una parte de su muslo, arrancando de cuajo la tela del pantalón y también un alarido de dolor de Reed, quien se desplomó sobre su rodilla, la sangre goteando y manchando la arena bajo su cuerpo.

“*Concéntrate*” se dijo, intentando buscar su poder “*Concéntrate, maldición*”.

Intentaba respirar, pero era imposible enfocarse en aquello cuando la muerte se acercaba con tanta hambre. El daeva volvió a atacar por detrás, pero Reed lo esquivó. La cola filosa, sin embargo, igual lo golpeó y el muchacho se vio arrojado del todo, soltando su escudo que rodó fuera de su alcance. Quiso volver a sujetarlo, espantado, y entonces vio a Saurva saltar de lado a lado como una hiena, riendo, presa de una fascinación sádica. Su boca envolvió el pie de Reed, sin arrancarlo sino que tirándolo como un perro, alejándolo del escudo, las patadas que el muchacho le soltaba perdiéndose entre su incorporeidad nocturna.

Luego se le arrojó encima, sofocándolo con su peso, y comenzó a torturarlo con mordidas, dentelladas que le quebraban la ropa, los colmillos bestiales hundiéndose en su carne y mutilándole el brazo, el pecho, jugando como un demente mientras que Reed apretaba los dientes para no gritar, debilitado y lento por las heridas. Aquel demonio planeaba matarlo poco a poco, hacerlo una masa sanguinolenta, el dolor era acuciante y la arena se metía dentro de los cortes, agregándole más suplicio a aquel asalto. Se arrastró como pudo por el suelo hacia la barrera, intentando guarescerse y Saurva lo siguió con una burla cruel, caminando, sabiendo que nunca lo lograría. Reed se estiró sin mirarlo, acercándose más y más a esa protección.

-Nakku...- alcanzó a llamar, en un espasmo de dolor. No quería su ayuda, en realidad. Pero quería morir sabiendo que al menos ella había sobrevivido, esperaba ver su reflejo tras esa luz.

La cola de Saurva se movió impaciente, barriendo la tierra. Pronto pareció cansarse de aquel juego y quiso alejarlo de donde no podría pasar: pero para ello no hizo más que morder el brazo de Reed, con tanta fuerza como podía, a tal punto que el muchacho sintió el hueso bajo la piel ser perforado y quebrarse con un crujido horripilante, un rayo yéndole de allí y extendiéndose por todo su cuerpo.

El dolor fue tanto que casi se desmayó, arrancándole un alarido que se elevó por los cielos. Saurva tironeó más de aquel brazo maltrecho, casi separándoselo del todo, y Reed hizo un esfuerzo por no llorar, tirando del otro lado. Los ojos amarillos del otro refulgieron y saltó hacia él de nuevo, frente a frente, mirándolo directamente con el brazo en su boca como queriendo hacerle saber que sí, que era consciente, que sabía que estaba a punto de amputárselo con sus dientes y que lo disfrutaba, que gozaba con el sufrimiento del muchacho y con las lastimaduras que dejaba.

Entonces el otro brazo libre del joven encontró lo que tanteaba en la arena, sujetándolo del mango. En silencio y con un sólo movimiento incrustó el sable de Nakku en la cabeza del daeva. Saurva lo miró con ojos desorbitados, y cayó de costado disipándose ante la luz del sol.

Reed jadeó por unos instantes, sintiendo la estática de aquella arma y como le lastimaba, rechazaba el contacto de su piel; pero aquel dolor era mínimo comparado con el que sentía, en el especial en su otro brazo que apenas se mantenía unido. Hizo un esfuerzo y se puso de pie, mirando al último daeva a los ojos con el arma de Nakku en mano, hecho pedazos pero desafiante, instándolo a acercarse. A su alrededor su aura crecía y crecía, se expandía más y más rodeándolo todo hasta tocar la barrera a su espalda, colisionando con ella, creando una oleada de energía seeler como fondo para su última lucha.

Ashmogh hizo un gesto extraño, preocupado, ya borrado de la confianza que había tenido antes al no intervenir. Dio uno, dos, tres pasos hacia atrás con precaución y luego volvió a enterrarse, convirtiéndose en una línea que marcaba la arena en negro y que iba directo hacia Reed, para terminar lo que su compañero había iniciado.

Reed también corrió, llenándose con esa nueva determinación. Era la determinación de morir, quizás, de terminarlo todo, pero también de hacer algo con ese final, de cumplir algún objetivo que valiese la pena. Corrió por la arena, echando borbotones de sangre, casi ciego por la luz y las heridas y se arrojó al suelo derrapando, tomando su escudo al tiempo que Ashmogh saltaba rugiendo de furia en un desesperado intento por matarlo.

Los iris de Reed se cerraron pieza por pieza, y todas las runas de Drassil brillaron con una luz que lo paralizó todo.

-¡SEULA CHYRMAL!

No hubo ningún sonido, ni un grito, nada más que el más perfecto silencio al salir su poder seele del escudo en un rayo gigantesco, celeste y grisáceo, un rayo que le trajo recuerdos de su infancia, del bosque y un lobo, ahora un desierto y un daeva que burbujeaba y se desintegraba en pedazos, arrasado por el poder del ataque. Reed gritó, pero nada de su grito salvaje pudo oírse, era como si en ese instante el mundo que el percibía se hubiera acabado, salvándolo del dolor y el miedo, refugiándolo en otra realidad perfecta e inexistente.

El resplandor de alma continuó por varios segundos, quizás un minuto entero, y luego poco a poco fue menguando, para terminar en una línea mínima que se esfumó con un silbido. Reed cayó entonces de espaldas, contra el sol inexistente, los ojos cerrados esperando un milagro o la muerte, perdiendo la consciencia al sonido de las fluctuaciones de la barrera, de aquel secreto que no había podido atravesar y que permanecería a su lado, jamás tocado ni visto.

Esculturas.

Difuminadas, quebradizas.

Rodeadas de raíces de plata que las aferran, preparándose.

Hielo helado, sin sentir.

Un brote que crece, y una risa.

Allí en lo oscuro, sentado en el trono...

Ah, dice ella.

Sólo hay paz en no ser.

-¡Reed! ¡Despierta!

La voz de Nakku lo sacó de su inconsciencia por segunda vez, obligándolo a abrir los ojos. Arriba había sol ya, ya ningún cielo carmesí sino que el brillo de la tarde, el calor que descendía sobre todos. Su maestra se veía intacta, pero también preocupada cuando se agachó sobre él, sin saber qué hacer.

-Nakku...- alcanzó a murmurar, contento. Estaba feliz, feliz de que estuviese con vida. No sostenía ella nada que le dijera que había obtenido el legado de Albion, pero no le importaba ya eso. Se sentía quebrado, al borde del desmayo de nuevo.

La joven intentó tomarlo del brazo, y Reed ahogó un grito.

-Preferiría el otro...

Ella asintió, tomando su derecha y logrando levantarlo, pasándolo por sobre su cuello haciendo gala de una considerable fuerza. Reed se dejó llevar, sin saber qué pretendía. Percibía que estaba nerviosa pero no había duda de por qué: el reguero de sangre que su lucha contra los daevas había dejado era de notar, y no tenía la seguridad de sobrevivir el camino hasta donde pudiesen atenderlo.

-Vamos- le dijo ella, animándolo a caminar. Reed intentó poner peso sobre sus rodillas, con muy poco éxito, y ambos emprendieron la vuelta, él cabizbajo mirando el suelo que recorrían pasar lento, sintiéndose desfallecer, sintiendo la presencia de Nakku a su lado sin ningún pensamiento claro en mente.

Luego algo se le ocurrió, y se removió un poco del agarre.

-¿Qué haces...?

-No te muevas-le advirtió la joven. Reed quiso agregar algo más pero entonces sintió también algo inconfundible como lo era una costilla partida, y decidió continuar en silencio. Quería preguntarle si lo había conseguido, si aquello había valido la pena. Quería preguntarle muchas cosas, pero sólo un suspiro salió de su boca mientras

avanzaban a paso de tortuga, ella ayudándolo en aquel camino letárgico en el que cada segundo lo hacía más y más hundido en sí mismo, más débil y cansado.

Al último llegaron a la entrada de la gruta, y Nakku alzó la vista tragando saliva.

-Intentaré que pasemos los dos con un salto seeler- dijo su voz, algo extraña. Reed seguía mirando el piso con ojos entrecerrados, pensando en otras cosas- No podrás atravesar el camino en este estado.

Él sonrió entonces, levantando apenas el cuello.

-Mejor déjame aquí. Sabes que no tengo un problema en-

Sintió un ardor cuando la mano de Nakku lo cacheteó, interrumpiendo su oración y devolviéndole fuerzas por la sorpresa. Entonces la miró a los ojos, y vio que ella lloraba, que las lágrimas caían por su rostro mientras se esforzaba en alzarlo, conteniéndose.

-¿Por qué eres tan idiota?- le dijo, sin escucharlo y aún avanzando- ¿Por qué tenías que ser tú, de todos?

Reed no dijo nada. El camino a la gruta ya estaba frente a ellos, y Nakku lo dejó caer, acomodándolo frente a frente y mirándolo a los ojos, el violeta de los suyos turbado por la humedad.

-¡Podrías haberte refugiado en la barrera! ¿Por qué luchaste? ¿Tanto te desprecias? ¡Si no quieres vivir, si tanto te odias a ti y a tu existencia, entonces enfrenta lo que has hecho y vive por mí!

No supo qué decir, asombrado, más que quedarse mirándola en ese silencio grave que lo dominaba, entendiendo muchas cosas. La seeler seguía llorando, y luego volvió a sujetarlo, retomando energías y ayudándolo a levantarse.

-Voy a llevarte al oasis- le dijo- Y allí vas a ponerte mejor.

Ya no había palabras en Reed, ni de consuelo ni de protesta. Sintió la energía de Nakku envolverlo, ayudó él mismo con la suya y entonces ambos se volvieron alma, atravesando la tierra a toda velocidad y pasando el risco, pasando la barrera filosa para llegar a donde estaban los wyverns y donde ella lo ayudó a echarse sobre el suyo, acomodándose con prisa y haciéndolos ir cuan rápido podían de vuelta en búsqueda de refugio y agua. En ese camino, rebotando por los movimientos del lagarto y perdiendo más y más sangre, Reed volvió a desmayarse pero esta vez ningún oscuro sueño lo visitó.

...

Despertó de nuevo en la comodidad de un lecho de hojas, ya en lo oscuro de la noche y con un fuego calentándolo al lado, arrojando chispas con su crepitar. Tardó unos segundos, adolorido como estaba, en comprender que se hallaba ya en el claro del oasis y que debía de haber dormido por horas, demasiadas horas quizás en una calma difícil de describir, resignada.

Como las sensaciones en su cuerpo estaban también adormecidas tardó en percatarse de que Nakku arrancaba la manga de su camisa, utilizándola para vendarle el brazo maltrecho y mantenerlo firme. Notó también que le había lavado las heridas del pecho y ya había incluso envuelto las de las piernas, que Reed sentía pesadas como si no le respondieran.

La tela se rasgó de nuevo, y la seeler envolvió aun más el hueso roto con ella. Reed tosió, viéndola obrar; y luego añadió, adormecido.

-Eso salió caro. Reaper va a matarme.

-Le estoy dando un buen uso. Vas a mejorarte, créeme.

No dijo nada, y ella siguió haciéndole de curandera. Reed la seguía con los ojos, silencioso viéndola moverse a su alrededor, viéndola limpiar esos cortes en los que ya no sentía nada con paños mojados, viéndola darle de beber el agua del lago, viéndola exprimir las frutas sobre una piedra para procurarse sustento. La veía trabajar, y pensaba en algo, pero era como desde hacía tiempo una idea indefinida, no expresable en palabras, más bien algún tipo de emoción que se permutaba en su mente, sin quedar nada en claro.

-Nakku...

-No deberías estar hablando, Reed- contestó la joven. El cabello oscuro tapaba su rostro desde ese ángulo, el rostro que Reed no podía ver pero que recordaba bien, las lágrimas en los ojos, lo que le había dicho al rescatarlo de esa muerte y de su propia dejadez.

-Gracias.

Nakku frenó su actividad incesante, quedando quieta. Luego se volteó hacia él y Reed se apoyó sobre su codo sano, levantándose un poco.

Se miraron por un largo rato, sin decir nada, cierta tensión creciendo en el corazón del muchacho.

-De nada.- respondió ella, pero no volvió a darse vuelta. Seguían mirándose, cada vez más cerca. No necesitaba usar su visión seeler para saber cómo estarían sus almas.

Reed no supo que agregar, pero presintió que no había más que decir. Se adelantó cuanto pudo y la besó, sus labios mezclándose con los de ella entre la oscuridad y la danza del fuego. Luego cayó al suelo, ya sin poder sostenerse y Nakku le correspondió, abrazándolo y echándose sobre él, uniendo sus bocas de nuevo con anhelo. Permanecieron así un buen rato, hasta que Reed ahogó un alarido y ella se separó, el rostro rojo y notando que le había estado oprimiendo las costillas.

-Lo siento.

Reed rio, cabeceando contra el suelo, y su maestra lo miró indignada, ruborizada de arriba abajo.

-¿De qué te ríes?

-Nada- respondió, sintiéndose relajado y encontrándola más hermosa que nunca con aquella timidez con la que volvía a acercarse- Es sólo que... siento que tu padre sabía perfectamente que esto iba a ocurrir cuando te nombró mi tutora.

Ella sonrió con atrevimiento, inclinándose aun más hacia él.

-¿Te encuentras insatisfecho con mi enseñanza?

Negó, aún sonriendo, y acercó su rostro aun más. Entonces volvieron a besarse, y Reed Id Vant pudo olvidar todo pensamiento por un largo tiempo.

17. Todos Maten Al Gran Rey

-Estás acabado, genio- la bota de acero se apoyó contra el pecho azulado de Djinn Archelande, apretándolo más y más contra el suelo. Las espadas de Sulfur, candentes de calor y cruzadas sobre su cuello, también lo arrinconaban- Habla de una vez.

-¿Así tratas a tu camarada, Sulfur?- preguntó la voz profunda del Diecinueve. El sudor recorría su frente y más que mirar a quien lo hería veía a Duran, quien guardaba su distancia estricto, los brazos cruzados mientras en realidad se preguntaba qué otra trampa había preparada por allí. Al final tragó saliva, con una expresión entre divertida y asustada y añadió, levantando más las manos- Pensé que éramos amigos, íntimos incluso...

El pie metálico pateó con fuerza, y Djinn rio y escupió sangre al mismo tiempo. Luego se secó con el brazo, mostrando los dientes y acomodándose aun más en el borde del puente.

-¡Así me gusta! Más fuer-

Tres de sus dedos saltaron por los aires en un instante, sesgados a la perfección, y el genio ahí sí gritó y se sujetó la mano ensangrentada, tomado de sorpresa. Duran seguía de brazos cruzados, pero esta vez sí se dignó a mirarlo, como si recién entonces planeara concentrarse en la interrogación.

-No te curas- observó- No eres inmortal, Djinn. Contesta nuestras preguntas o lo próximo que cortaré serán tus orejas.

Entonces hubo un estertor apagado, que hizo rechinar la armadura de racimos dorados que aquel ser llevaba. Sulfur se adelantó un paso, furioso, y Duran observó a su capturado reír, reír como un enfermo, sujetándose el muñón de los dedos con la otra mano y salpicando sangre y saliva, sacudido por espasmos de miedo o gozo.

-¡Anciano! ¿Cómo oiré tus preguntas sin mis orejas?

Su cola saltó en pedazos también, sin que se notara ningún movimiento en el Dos. El genio se retorció aun más, aullando de dolor y Duran, de acero por fuera como siempre, sintió por dentro que los nervios comenzaban a colmársele. No tenía la intención de torturar a un seguidor de Vannael al inicio de Al Tarf, allí donde cualquier carruaje pudiera pasar. Y más aun, ¿Por qué era que ningún carruaje estaba transitando? Miró al costado, preocupado, preguntándose qué sucedía en Kamui. ¿Habían cerrado las fronteras sin avisar a nadie, o era algo más, algo que se le escapaba...?

-Conozco a esta escoria- dijo Sulfur, refiriéndose a su compañero- Nos costará mucho hacerlo hablar. Pero quizás si le quitamos...

-¡Mi cuerpo no es infinito!- carcajeó de nuevo el azul, histérico- ¡Qué heroicos que son, humanos! ¡Qué nobles magos de la causa! ¡Me emocionan!

Duran chasqueó los dedos, y fue como si un puñetazo invisible le diera en la cara, haciéndolo callar y partiendo algunos de sus colmillos. Djinn quedó entonces cabizbajo sentado, allí en la esquina como si se hubiese desmayado, echando sangre de la mano y la nariz, minúsculas gotitas que con colores varios se derramaban sobre las baldosas de piedra o sobre su propio torso magullado.

Luego poco a poco alzó su rostro hacia el Dos, con una sonrisa perversa y cansada.

-¿Quieres que hable, anciano?

Duran no dijo nada, viéndolo desde arriba. El genio tosió más sangre, pero no despegó sus grandes ojos de él, las pupilas pequeñas y vibrantes, fanáticas en su devoción por la brutalidad.

-¿Qué quieres que Djinn Archelande te diga, viejo Dos? ¿Algo en concreto? ¿Quieres saber lo que se avecina, el plan de tu amado rey, la destrucción que recaerá sobre los débiles? ¿Quieres saber sobre tu querido general, a quien no le queda mucho tiempo?

No necesitó volver a cortarlo, pero debió de haberse reflejado cierta alarma en su tez arrugada pues Djinn hizo una mueca satisfecha, adelantando el cuello. Yeguilex. Si el genio le decía eso, era que sin duda ya lo habían descubierto, a él y a su reemplazo de Unnaon Delta. Acaso...

-Deja de jugar con nosotros, escoria- le advirtió Sulfur dispuesto a patearlo de nuevo, pero por una vez el otro no le prestaba atención, enfocado en Duran quien no le quitaba la vista de encima, quien presentía algo terrible.

-¿O quieres saber más de mí, viejo chocho? Puedes arrestarme. ¡Arréstame! ¡He matado a tantos! ¡Y no me arrepiento! Nunca me sacio de los gritos de los humanos... ¿Quizás en realidad deseas saber cuáles fueron mis favoritos, de quiénes obtuve el mayor deleite?

-Jodido animal- cruzó las espadas Sulfur, ya acercándose a acabarlo- Debí haberte matado en cuanto te vi por primera vez...

-¡Gaedal Arleon!- rugió Djinn Archelande al cielo con una risa enfurecida, una carcajada feroz que hizo que Duran se estremeciera abriendo los ojos como platos- ¡Ah sí, la ilustre familia Arleon, nuestros amenos visitantes en Gikeldor! ¡Anciano, debiste haber oído sus lamentos mientras yo y mis hermanos nos divertíamos! ¡Debiste haber visto a su servidumbre llorar, suplicarnos por sus vidas, porque los dejáramos marchar! ¡Debiste haber estado allí! ¡El sólo recordarlo...!

Esta vez Duran sí habló, lívido.

-Vannael...

Los colmillos de Djinn parecieron brillar, las pupilas hacia arriba en un éxtasis fingido, una burla constante y cruel hacia ellos. Duran se aproximó más, levantando su mano. La ira se amontonaba en su interior con efervescencia, pero no necesitaba gritar. Lo que estaba a punto de hacer era mucho peor que cualquier amenaza.

-¿Vannael te ordenó que mataras a la familia Arleon?

Archelande dio un suspiro entretenido. Su larga lengua pasó de lado a lado relamiéndose lascivamente.

-Sabían demasiado. El rey sabe... El rey comprende que me gustan esas cosas. Pero me siento culpable, Duran -hizo una mueca maltrecha, de angustia fingida- Había un

pequeño niño que se me escapó... ¿Cree que algún día, cuando todo haya terminado, Vannael me permita terminar lo que inicié esa mañana...?

La mención de Gallahard fue el gatillo, y la mano del Dos se movió como un rayo, buscando partir a Djinn al medio. El genio rio y brilló haciéndose un fulgor plateado, uno que se elevó por el cielo y desapareció antes de que el hechizo lo atravesara.

Donde había estado saltó en pedazos, escombros y partes de Al Tarf yendo a encontrarse con el mar de abajo. Sulfur cayó al suelo, sacudido por la fuerza del impacto y también sorprendido por la furia del Dos, furia que emanaba como ondas de magias lacerantes, visibles, partiendo el suelo y haciendo cortes a la piedra y a lo que lo rodeaba.

-Maestro Duran- dijo levantándose, preocupado- ¿Huyó?

-Lo llamaron- dijo él, hablando con una calma que no sentía en lo más mínimo- Un sello de convocación. Debimos haber imaginado que tendría alguna forma de escapar.

Luego se dio vuelta, mirando al héroe a los ojos.

-Sulfur, tendremos que dividirnos. Ve a Sadalsuud por tu cuenta, y avisa a Shimari. Detén esta estúpida guerra antes de que sea demasiado tarde.

El gikeldiano asintió, pero luego dudó enfundando las espadas.

-¿Y usted?

-Tengo un aliado que podría estar en aprietos. Debo ir a ayudarlo. Fariel... Vannael planea volar la ciudad.

En los ojos amarillos del otro hubo sorpresa y duda entremezcladas.

-¿Lo dice de verdad, Maestro Duran? ¿Es Vannael el monstruo que está planeando esto?

Su asentimiento fue lleno de pesar, completo con todo el cansancio que sentía.

-Aún desconozco sus motivos, más allá de la locura. Pero sí. Vannael ha estado manipulándonos desde el principio.

-Pero podría estar poseído, ¿verdad? Que un demonio lo hubiera dominado sin que nos percatásemos, o...

El tono esperanzado en Sulfur le hirió aun más que todo lo que el genio había dicho, lastimándolo en lo más profundo de sus convicciones. No, no creía equivocarse ya. Vannael, el Vannael justo y sabio que había conocido nunca había existido de verdad. Era ese el motivo del por qué aquella noticia le resultaba dolorosa, no importara cuántas veces la repitiera. Tanta fe, tantas esperanzas e ilusiones traicionadas, ¿para qué? ¿Con qué propósito más que la destrucción, que la enfermedad como la que el genio les había mostrado?

-Es posible- mintió, para no quebrar el ideal de aquel hombre- Lo averiguaremos pronto. Vannael organizará una reunión del Geral en unos días, lo cual es tanto una oportunidad de oro como un problema. Temo que no sean sólo mis contactos en Fariel los que peligran. Lo mejor sería intentar desenmascararlo allí.

-¿Podremos hacer eso?

Los hombros del anciano se inclinaron un poco, pensándolo.

-Creo que ya no tenemos tiempo para más averiguaciones. Vannael está técnicamente limpio, pero ponerlo en la mira del mundo lo obligaría a detener lo que sea que trame. En este momento lo único que nos interesa es salvar vidas. ¿Estás conmigo en esto, Sulfur?

El héroe de Gikeldor asintió, el porte erguido y las manos sobre ambas espadas. Duran suspiró, aliviado al menos de contar con otro aliado de tanto prestigio pero también preocupado, terriblemente molesto por las palabras de Archelande y por el

misterio que le representaba aquel otro mago que los había atacado desde la distancia con tanto poder.

Y Gallahard... Su protegido, tan ajeno a todo, tan vano y tan entretenido con su vida como él había querido que lo fuera cuando lo encontró, pensando que así lo alejaría del dolor y del horror, del terrible bautismo de sangre que había vivido. ¿Habría pruebas en la mansión Arleon, algo que Gaedal hubiese podido esconder de las garras de los genios, algo que inculcase al rey?

Meció su barba unos segundos, ya despidiéndose de Sulfur que empezó a atravesar el puente en dirección al castillo de la reina. Él se viró viendo al otro lado, a la llanura ya atravesada y al camino por recorrer; primero a Deneb Algedi, para asistir a Yeguilex en lo que ocurriese y luego a Cel-Neckar, a Babel, a asegurarse de que Gallahard y Merady se hallaban bien y desenmascarar a Vannael, terminar con todo aquello de una vez por todas.

El tiempo corría fugaz e impiadoso. Se inclinó, apoyando las puntas de los dedos en el suelo con facilidad y luego miró hacia adelante, invocando una nueva runa.

-*Ehwaz*- pronunció, y su cuerpo se perdió en una línea de texto que a la velocidad de un cometa atravesó el horizonte en búsqueda de su destino.

Tearu Vattar, sacerdotisa de Baal, era una mujer deslumbrante, aun para él que tenía a Amu y que no solía sorprenderse mucho por la belleza. Así descendiendo en el desastroso salón para caer con suavidad sobre un pie, la piel tostada adornada con brazaletes de oros en hombros y tobillos, los ojos rojos y brillantes como joyas y el cabello dorado y atado en distintos niveles, Reaper pensó que, con ella, el dios del destino había elegido a su representante sin duda considerando su magnificencia.

Apenas la portavoz tocó el suelo fue que se materializó su arma, un espadón garr aun mucho más grande que Necrostacia, Zeraker o que ninguno que hubiera visto antes. Cayó tras la deva con un impacto silbante, clavándose en el suelo y aumentando su brillo: era de oro, cuadrada y con una estrella en el mango, y su tamaño hacía ridículo el pensar que su dueña pudiese cargarlo o mucho menos blandirlo.

Los ojos carmesíes se cerraron, lentamente. Los ropajes blancos de profetisa, tiras de tela en la cintura y cruzándole el pecho revoleaban con el viento que había lanzado el garr al caer, aumentando la impresión mística que la rodeaba. Linith parecía extasiada de verla, y se arrodilló al instante como si fuera lo más natural del mundo.

-Arrodíllate...- le susurró, asustada, al verlo igual de erguido y arisco que siempre.

Pero Reaper no prestó atención, encarando a aquella figura con la frente en alto. Al fin encontraban, a aquello que habían ido a buscar, y la ironía era que en el momento sólo él se hallara, él que ya había aceptado las muertes que le rodeaban y que no se relacionaba con los dos deseos que los habían conducido allí. Apenas desvió sus ojos al costado, viendo los hilos que seguían moviéndose en el arrojado Arksinad, y luego se volvió a Tearu, cuyos párpados continuaban firmemente cerrados y la expresión atenta, como esperando que él dijera algo.

Al último Reaper ladeó la cabeza, con una media sonrisa pintada en el tosco rostro.

-¿Terminó?- inquirió, curioso- Este estúpido juego.

-No.

No hubo un rastro de incomodidad en la sacerdotisa al hablarle, aunque a su espalda aquel enorme espadón que tanto se asemejaba a las espadas legendarias destelló con fuerza, como si viviera. Su voz era difícil de describir, más profunda que la que una persona normal tendría pero también suave, con cierta melodía que no había aparecido en sus mensajes a la armada.

-Bali Gladiar está muerto- escupió él- Tan sólo boca-cortada sigue con vida. ¿Qué más necesita Baal?

-La tercera prueba sigue en pie- le respondió- Ninguno de los herederos ha tomado el Rubí de Sangre.

-¿Es una jodida broma?

Linith tembló y se levantó, viéndolo avergonzada de que hablara así frente a su líder. A Reaper no le importó y se adelantó, con Necrostacia en su mano haciendo una delgada línea en el piso. Lo carcomía una indignación grande, difícil de explicar, y la espada negra parecía en cierta forma temerosa, como si reconociera que esa joven hablaba por su creador y le diera aprehensión enfrentarla.

-Soy vieja, Reaper Assadan- le dijo Tearu- No tengo ya gusto por las bromas. Más aun, la broma la ha jugado el destino conmigo...

Giró el cuello hacia atrás, viendo el cuerpo aún oculto del mago arrojado en el suelo, y un imperceptible suspiro brotó de sus labios.

-De todos los candidatos- añadió- No podría haber vencido uno peor.

Aquello logró arrancarle una risotada, y se revolvió el cabello con una mano.

-En eso estoy de acuerdo, pero sólo apenas. ¿Dices que Bali hubiera sido mejor que boca-cortada?

-Eventualmente- asintió Tearu, con los ojos cerrados- Pero el camino de ese muchacho se cerró una vez la heredera que lo acompañaba fue alejada de él. El destino de Bali Gladiar estaba escrito en mis ojos: codicioso, anhelante de más, tomaría este trono para llenar ese vacío, haciendo crecer a los devas, llenándolos de riquezas y de propósito hasta que él mismo trascendiera aquel deseo, convirtiéndose en un gobernante justo. Cien, mil, dos mil años podían pasar para ello... En cambio Arksinad... Arksinad nunca aceptará el regalo de Baal.

-Y supongo que tú te crees mucho mejor.

-¡Reaper!- saltó Linith, indignada.

La Sol no le dijo nada, viéndolo con esos ojos cerrados, pero algo en sus parpados vibró encajando el golpe. Reaper ya no sonreía sino que también veía a aquella mensajera de un dios con poco humor, harto de todo aquello. Así, frente a frente, estaba sin duda seguro de que Tearu Vattar era vieja, de que había vivido ya muchas veces lo que los de su especie solían vivir, cosa que veía en su calma, en su modo de hablar, en la falta de ansias que dominaba su accionar. Esa era la joven que había conocido a Albion, al tal Idgray, que había podido llamarse amiga de ambos antes de que abandonaran la ciudad, la que había visto cuatro siglos pasar cuidando a los devas en el desierto, manteniéndolos alejados del mundo y sus inclemencias.

Pero no podía cerrar los ojos e ignorar que había errores en ella. Divina o no, inmortal o no, existían cosas que no podía evitar decirle, o no podría llamarse Reaper Assadan.

-Han muerto personas por este juego.

Ninguna palabra brotó de los labios de la sacerdotisa, como si no quisiera esforzarse en contestar. Reaper se aproximó aun más, señalando a su amigo inconsciente.

-¿Dices que boca-cortada era la peor opción? Es gracioso, pues él nunca quiso reemplazarte. Pero sabes, en ocasiones creo que comprendo por qué empezó a jugar de verdad. ¿Has visto a tu reino, vocera de Baal? ¿Has visto cómo pelean los supuestos hijos de tu dios, cómo se matan entre sí? ¿Has visto a los exiliados, a los enfermos, a quienes lo pierden todo en tu nombre? ¿A los que se insultan por su color de piel o por su deseo de ser reconocidos?

-¡Oye, Reaper!- se levantó Linith hecha una furia, pero Tearu levantó una mano y la niña retrocedió, obedeciendo esa señal.

Los ojos de la sacerdotisa se entreabrieron, brillando como rubíes, rubíes enfocados en el rostro iracundo del guerrero.

-Eso es el destino.

Bufó, incapaz de creer que le largara una respuesta tan estúpida.

-Qué clase de despreciable excusa es esa.

Los hombros adornados de la mujer se inclinaron apenas, mientras ella cerraba los ojos de nuevo.

-Todo es el destino. Que estés aquí hablando conmigo, que Linith nos acompañe, que tu amigo haya vencido y Bali haya muerto, que los devas luchen y que la realidad se encuentre en apuros... Es el destino. -le dijo- Es un camino constante, que intenta confundir desdoblándose pero que es sólo uno, un flujo, una corriente que nos abarca a todos. Ni siquiera yo puedo evitarlo del todo. Ha existido desde antes de que los dioses poblaran el mundo y nos controla hasta a nosotros.

-Suenan muy conveniente para librarse de responsabilidades- dijo él, apoyando de nuevo su espada en el suelo con un ruido retumbante- Pero los errores que hemos cometido son puramente nuestros. No hay un destino que nos obligue a hacer luchar a nuestro pueblo o a matar a nuestros hijos.

El rostro de su padre pasó por su mente unos instantes, de forma tan nítida que pensó que la mujer lo había hecho aparecer con algún poder, escarbando en sus recuerdos. Era la cara ya plácida, durmiente y agotada de Osald antes de morir en sus brazos por Oblivion, cuando le contó de su pecado y de lo que lo había motivado a buscar la espada, aquella desgracia que lo condenó desde la guerra. ¿Destino? ¿Qué idiotez era aquella? Para Reaper, que había visto a seres amados llorar por reparar su pasado, el futuro escrito le producía náuseas. Alguien tenía que hacerse cargo, que pagar por lo cometido. Tanto dolor y sufrimiento tenían que tener un propósito, que ser posibles de evitar.

-Tienes razón- respondió al final Tearu, llamándole la atención con su aceptación- Aunque quizás no me expresé correctamente. Cuando alguien ve el futuro...

Sus ojos se abrieron de nuevo, rojos y brillantes como los de Bali. El hechizo *Zadakiel Shunoros* estaba activo en ella, constantemente y con tanto poder que más que una luz parecían faros, faros que lo cegaron por un instante, haciéndolo cubrirse con el brazo.

-...todo lo que ve es una posibilidad. Sí, Reaper Assadan -concedió- Existía otro camino distinto al que yo tomé. Existía un presente en el que Baal no sacrificaba a Ailai, en el que Idgray y Albion morían felices aquí, inclusive uno en el que Grimold jamás se convertía en el monstruo en el que se convirtió. Existió en algún momento un futuro, ya perdido, en el que la cuarta elegida tomaba en paz mi puesto, inutilizando toda guerra y

conflicto. Esos senderos se me presentaron, y fue mi responsabilidad el no tomarlos. Los rechacé con mi propia voluntad, obrando en su contra. Podría haber impedido este juego, pero no lo hice. Podría haber cambiado muchas cosas, y lo que he pagado al no hacerlo será siempre mi escarmiento. Hay verdad en lo que dices, humano.

Asintió, más satisfecho al oírlo decir eso.

-¿Y cuál fue tu motivo, sacerdotisa de Baal? ¿Por qué entonces tomaste este camino?

Linith parecía querer no escuchar, como si preguntar las intenciones de aquella joven fuese un pecado inadmisibile. Tearu sonrió, cerrando los ojos de nuevo.

-Por el destino.

Se crujió los nudillos, las venas en su frente marcándose más. Aquella discusión se estaba volviendo demasiado circular para su gusto. Antes de interrumpirla, sin embargo, la Sol habló previniendo sus intenciones.

-Para llegar al paraíso, a veces hay que atravesar un desierto. Para evitar el horror, a veces hay que enfrentar monstruos. Para salvar inocentes, a veces la sangre debe correr libre, y no sólo la sangre de quienes odias.

»Mi *Zadakiel Shunoros* tiene más alcance que el de ningún otro en esta realidad, y por eso yo entiendo todos los caminos. Veo el futuro, Reaper. Veo tu destino incluso, y me asusta. A veces debo dejar que fluya por tierras oscuras, aceptándolo como Baal me dice. Sólo así se descubren nuevos amaneceres.

Escupió, cada vez menos satisfecho con lo que oía.

-Pero es tu culpa.

Tearu asintió.

-Lo es.

Los hombros del guerrero se aflojaron, algo más aliviado y sintiendo por un momento una pena, cierta lástima por aquella mujer tan antigua y tan eterna, tan constante, que se excluía de la simple vida y veía pasar a sus súbditos y morir, veía los horrores a los que la supuesta felicidad terminaba conduciendo a los suyos, que parecía haber errado demasiado para adquirir toda la sabiduría que tenía. Tuvo pena por todo aquel que sirviera a Baal, sin poder evitarlo.

Se preguntó si él no hubiera sido igual, de tener ese poder y esa responsabilidad, si no hubiese también sacrificado el presente para evitar el terror del futuro. Miró al arrojado Arksinad de reojo, con las lonas de su ropa abultándose sobre su cuerpo, sin decir nada, y sus dedos se tensaron y aflojaron sobre Necrostacia, preparándose para la idea que poco a poco se le ocurría.

-¿Sabes el secreto de tu amigo, verdad? ¿Conoces la verdad de su infancia, de su condición? Al nacer, sus padres le nombraron Razel. Fue un-

Sus ojos se desviaron a Tearu Vattar, furibundos.

-Arksinad es Arksinad- respondió, irguiéndose y acercándose, sin importarle si era inmortal, si lo veía todo, si era una sacerdotisa o una diosa- Y será Arksinad siempre.

-Ya veo- sonrió ella. El recuerdo de aquel día luego de luchar con el brujo, cuando este le había contado de su pasado en la habitación de Sadalsuud sacudió al guerrero por un momento, y presintió ya con más seguridad que esas imágenes eran producto de la otra, que le leía la mente o algo similar, con la calma de quien bebe de una fuente. Sí, por supuesto que conocía el secreto de Arksinad Eel, lo que había sido y en lo que se había convertido gracias a su maestro. Lo había descubierto de casualidad ese día, tal vez, pero lo ignoraba conscientemente.

No le interesaba. Repitió sus palabras.

-Arksinad es Arksinad. Ese será su futuro- dijo, altivo, y la apuntó con la espada- No lo que tus ojos vean o hayan visto. En cuanto al juego de los herederos, Tearu Vattar, me postulo ahora mismo como candidato para terminarlo. Soy el nuevo campeón de Arksinad Eel. ¿Estás satisfecha con eso?

Tearu no dijo nada, pero la espada a su alrededor dio un giro en el aire, impresionante. Fue entonces cuando Reaper notó que incrustada en la guarda estaba nada más ni menos que el legendario Rubí de Ailai, aquella joya que irradiaba calor con su magia, que latía, aquella concentración tan potente de maná que era lo que había confundido con luz y con magnificencia.

Lo miró unos segundos, y luego bajó de nuevo su mirada hacia la sacerdotisa, sus pupilas brillando con el verde pálido de Necrostacia mientras que su brazo marcado en negro se iluminaba un poco y la espada le decía algo, como auspiciándole un peligro. Tearu dejó ver sus ojos de nuevo, ojos que veían más allá, ojos que estaban en esa habitación pero también en la ciudad, en cada rincón del pasado y en distintos futuros, maquinando, que escogían y desechaban realidades, que lo comprendían todo, incluso los secretos más oscuros y escondidos.

-Lo acepto, campeón de Arksinad. Ven y toma el Rubí de mi mano entonces, si lo deseas.

Y Reaper dio su primer paso hacia aquella doncella, preparándose para cubrir a su amigo en su misión. No se dejaría amedrentar, ni siquiera por el dios que regía la Ciudad Dorada.

Desde hacía días que Yeguilex se hallaba al borde del colapso, o al menos eso pensaba con preocupación Bullwe al verlo sacarle varios pasos de distancia por puro empeño, la armadura plateada chirriando, con aquel ritmo insano como si de perder velocidad el mundo fuera a estallar. Llevaba el casco cornudo puesto, como lo había llevado desde que había oído las palabras que el niño rescatado por Duran Id Scion pronunció, aquellas que lo habían alertado de tal forma que no parecía ser él mismo. Bullwe recién llegaba de Cel-Neckar, agotado por el viaje en el que tuvo que dejar a Merady, pero la visión de su líder así, tan angustiado y tan cerrado en su temor, no hacía más que escarbarle las entrañas a él que tan calmo y taimado se consideraba.

No había forma de ayudar a Yeguilex, no esta vez. Aun más, Bullwe consideraba que toda ayuda era vana por un doble motivo: primero, que el general mismo rechazaría cualquiera de sus consejos –escapar, esconderse, volver a Zubeneschamali a pedir ayuda a los kiels- por su propio honor y estilo de vida, recto como el de una flecha. Segundo, y aquel era el peor de los dos, porque el soldado consideraba que ya era demasiado tarde. Estaban perdidos, lo quisieran o no, aplastados por un derrumbe de eventos que Yeguilex había ayudado a desencadenar con su honor y su impaciencia.

Mantener las miradas desconfiadas del resto de la milicia lejos había sido difícil, en especial cuando el general renegó a la orden de Unnaon Epsilon de enviar a los hombres a su cargo al exterior, acompañando al grueso de la armada que apostada en la llanura se preparaba para el posible ataque que Vannael había previsto. Al recibir una sarta de

críticas y amenazas por desacato, Yeguilex había aceptado enviar a Leude a su nombre, pero aquello había despertado aun más sospechas: era curioso que él, que muchos sabían espía de los kiels en Gikeldor, fuera el único que no respondiese al llamado de defensa, que se encaprichara en no prestar ayuda. Bullwe se temió, en un principio, que la Cámara de los Diez lo citara para deponerlo del cargo y que Yeguilex perdiera su investidura.

Pronto entendió que aquello no iba a ocurrir, pero porque Yeguilex ya había pasado de su propio bienestar, su mente determinada y recta posicionándose con el único propósito de proteger la ciudad de la invisible amenaza que la ocupaba. No dormía, Bullwe estaba seguro, sino que se pasaba las noches en vela pensando, recorriendo Deneb Algedi de lado a lado, entrevistándose con sus barrios más bajos e intentando descubrir cómo era que el plan de Vannael sucedería, si la destrucción de la urbe se refería a la guerra o a un hechizo, si la Dammed Oah enterrada bajo ellos tendría alguna relación con el suceso. No paraba para descansar, apenas se detenía en almuerzos escasos, descoordinados, ni pegaba ojo, y por ello mismo el joven soldado se temía que, de no intervenir el destino, seguiría tan a fondo con su intención que el único camino que le quedaría sería la muerte.

Esta había sido una de esas noches, a juzgar por cómo había llegado a su casa golpeando la puerta impaciente, como un mensajero furtivo, pidiéndole entrada a un Bullwe aún medio mosqueado para, al tiempo que tomaba asiento frente a la mesita dispuesta en la cocina, las manos sobre las rodillas y la espalda bien erguida, como cohibido, hacer una pregunta que su subordinado sí que no esperaba:

-Bullwe, ¿tienes esposa?

Tenía tanto sueño que tardó en contestar, rascándose la barba rala y restregándose los ojos. Definitivamente aquellas no eran horas de interrumpir la quietud nocturna con chucherías, pero se abstuvo de decir nada por respeto a su general y al terror que lo embargaba, que ambos sabían próximo.

-No.

-¿Alguna amante? ¿Un hermano? ¿Familia?

Suspiró, incorporándose para hacer algo de café dentro de aquella casucha pequeña y desorganizada en la que vivía. Yeguilex esperó su respuesta paciente, como si fuera de vital importancia.

-Visito los locales del puerto en Dropedam ocasionalmente, como todos- al decir eso, viendo los ojos violetas del capitán, pensó que Yeguilex no encajaba en ese “todos” acaparador- En cuanto a familia... Un par de tíos viejos en la zona este, que veo esporádicamente.

-Es decir- continuó su idea Yeguilex- Que aquí no tienes a nadie importante.

Bullwe terminó de calentar el agua de la pava y sirvió dos tazas de aquel brebaje, tendiendo una hacia su líder. Luegoladeó su cabeza, dubitativo.

-Supongo que no.

En la mirada del general hubo algo extraño y herido, como si pensara ahora que era su culpa y la de las responsabilidades que le había echado encima que Bullwe se hallara tan aislado del mundo. Por dentro el joven soldado rio, divertido con la idea. Era un poco triste, quizás, pero en realidad sí había algunas personas importantes para él en Deneb Algedi. Quien le hablaba ahora, por ejemplo, contaba entre ellas.

Dejó algo del café pasar por su garganta, calentándosela del frío nocturno y despertándolo un poco. Frente a él Yeguilex bebía pensativo, como uniendo puntos o considerando cosas. Bullwe lo miró haciéndole una muda pregunta.

-Nos han descubierto.- le reveló el hombre.

No era de él el sobreactuar o gritar, así que se mantuvo tranquilo, dándole un sorbo más al café. No sentía miedo. Era aquella una conclusión predecible para su mente, un destino al que se había atado desde que todo el conflicto dio inicio. Caería con su viejo capitán, costara lo que costara.

-¿Cómo lo sabe?

Como toda respuesta el general rebuscó en su armadura y extrajo un pequeño papel, alcanzándose por sobre la mesa.

-Una carta de los kiels de Zubeneschamali.

Bullwe se inclinó a leerla, curioso. Consistía de una sola palabra, escrita con prisa en el papel blanco.

Regrese.

Levantó la vista, algo entretenido.

-Veo de dónde sacó su expresividad, mi general.

-Que hayan enviado esto- le dijo Yeguilex- Sólo puede significar que saben que me hallo en peligro. El viejo sabio de Zubeneschamali puede ver los futuros de a quienes bautizó con su poder, y eso me incluye. Y el único peligro en el que puedo hallarme...

-¿No estarán hablando de la destrucción de Deneb Algedi?

El rostro de Yeguilex se movió de lado a lado, negando.

-No. Si esta ciudad estuviese por caer, el emperador me pediría que me mantenga en mi puesto hasta el final e intente evitarlo. Pero si me pide que me retire, es que mi vida en singular peligra. La bruja de Vannael debe de haberse percatado de que Unnaon Delta ha muerto. No pasará mucho tiempo hasta que las autoridades se echen sobre nosotros como sabuesos.

Dio otro largo trago al café, y Yeguilex se lo quedó mirando. Bullwe bebió, con los ojos abiertos viendo el techo, el cuello hacia atrás contra el respaldo de la silla y el cuerpo estirado, crujiendo un poco mientras se acostumbraba para moverse. Con que así era. Allí caerían, y serían mandados a prisión, luego a la horca o a donde hiciera falta para que estuvieran muertos. Pero si al menos hubiera una forma de defender a Deneb Algedi... Si existía algún modo de salvar la ciudad, con gusto aceptaba aquel destino, el de seguir a su líder hacia el infierno.

-Bullwe, quiero que tú y Gio huyan de aquí.

La taza volvió a caer, casi rompiéndose contra la mesa. Miró a su general sorprendido, por primera vez sin saber qué decir, al rostro decidido y desolado que se veía desde el otro lado de las penumbras en aquel espacio tan silencioso.

-Pero usted...

-Es mi responsabilidad el haberlos metido en esto- dijo Yeguilex- Pero ya tengo todo sorteado. Quiero que me acompañes a buscar a Gio, y que juntos vayan a donde se refugia la esposa de Leude. Se mantendrán allí, escondidos de la ley hasta futuras órdenes.

-¿Lo dice de verdad?- preguntó, incapaz de creer lo que oía.- ¿Qué hay con usted? ¿Regresará a Gikeldor a reportar al emperador?

-Sí.

“*Y un diablo*”, pensó. Sabía que la idea ni se cruzaba por la mente de Yeguilex. No, conociéndolo, lo que haría sería bien distinto. Rehuiría del brazo de la ley, pero se mantendría dentro de los límites de la ciudad para seguir investigando, para darlo todo por detener el final que se avecinaba. Ya lo podía ver, envuelto en una capa, viviendo en los barrios bajos sin comer ni dormir y utilizando su autoridad raída para intentar salvar a los habitantes, quizás obligándolos a dejar sus hogares con las Órdenes de Obediencia que había recibido o quién sabía cómo, entregando hasta la última de sus energías para defender su misión.

Se rascó más la barba, como distraído, y asintió. Yeguilex suspiró aliviado y se incorporó, satisfecho con aquella respuesta. Pero por supuesto, Bullwe se consideraba diez veces mejor mentiroso que su noble y limitado comandante. Ni por un segundo pensaba obedecer esa orden, por mucho que se la repitiera. Caería con Yeguilex, o lo ayudaría desde las sombras.

Así pensaba ahora ya horas después, avanzando en la noche, siguiendo su paso incesante hacia la mansión de Unnaon Delta en donde el pobre Gio se refugiaba interpretando su desagradable papel. Pensaba en cómo ayudarlo, cómo evitar que lo arrestaran. ¿Debía ir él mismo hasta Gikeldor, a hablar con esos kiels y ese emperador desconocido y pedirle que intercedieran por su agente? Aquello podría haber complicado aun más todo, si eran descubiertos por Fariel. No, necesitaba algo mejor, algo con lo que quitar a su líder de la mira. ¿Pero qué iba a hacer? Solía tener buenas ideas, pensaba, pero en el momento nada le venía en mente. Si acaso el Dos del Geral Veintiún volvía...

Hubo un ruido cuando Yeguilex abrió la verja de la mansión, pasando como una avalancha. Bullwe le siguió tranquilo, ubicándose en la oscuridad del jardín gracias al chirrido de su armadura y aún pensando en el futuro próximo. Pensó que las Órdenes de Obediencia, después de todo, quizás podrían servir algún propósito. Si unía las piezas, si establecía un patrón seguro, si creaba un plan con el que pudieran zafarse de...

-No tenemos mucho tiempo- interrumpió su general los pensamientos abriendo la pesada puerta. Se adentraron en la oscuridad que Gio tenía que soportar, la fría y escabrosa mansión de Unnaon Delta en donde demonios y niños cortados de la vida habían deambulado, dejando su esencia vaporosa en lo helado de sus suelos, en las pequeñas huellas dentro de la cera que los hacía brillar, en el olor dulzón que Bullwe detectaba emanando de las paredes.

Subieron con prisa las escaleras. Pero entonces Yeguilex frenó de repente, como presintiendo algo, y le hizo una seña para que se escondiera tras un desvencijado reloj de pie. Él obedeció, inseguro, y vio a su general adelantarse al cuarto en donde Gio lo esperaba.

Notó también entonces otras huellas, varias y más grandes de las que un niño podría haber hecho, huellas redondeadas y duras como la suela de una bota.

El corazón se congeló en su pecho.

-¡General...!- susurró, pero Yeguilex no le dio tiempo.

Abrió el portón del salón principal de una patada, adentrándose a la emboscada. Tras su escondite Bullwe vio cómo su líder se acercaba hacia Gio, quien dormitaba con los pies sobre una larga mesa, con una baraja de cartas media sujeta en la mano y la silla balanceándose por milagro sin caer.

El ahura despertó, despabilado, y se acomodó como pudo frente al hombre.

-Mi general...

Recibió el puño acorazado de Yeguilex en pleno rostro, que lo mandó al suelo en un grito confundido.

-¡Traicionarme a mí!- gritó su líder, alzándolo del cuello- ¡Se te ocurre traicionarme!

-¿¡De qué habla...!?- alcanzó a gritar el muchacho, escupiendo sangre y Yeguilex lo golpeó en el estómago con furia, cortándole la respiración. Bullwe se sacudió en su lugar incómodo, sabiendo lo que su jefe planeaba.

-¡Te dije que te mantuvieras dentro de las cortinas!- le espetó, a un Gio que no podía emitir sonido, sujetándose el estómago- ¡Asqueroso ahora maloliente! ¡Ese es nuestro trato, pero tú lo quiebras!

-G-general...- logró exhalar el joven, pero Yeguilex no le dio tiempo a preguntar qué ocurría y lo golpeó de nuevo, partiendo la mesa en la que se hallaba.

-¿O quieres que te mate, como lo hice con tu amigo, o como maté a Delta?- bramó- ¿Es eso lo que quieres, ahora del demonio? ¡Nadie traiciona al gran Yeguilex! ¡Estás planeando entregarme, ¿no es así?!

El desconsuelo y terror en Gio era palpable, pero Bullwe sabía muy bien que lo que le estaba ocurriendo era por un bien futuro. Estaban siendo observados, otras personas se habían infiltrado allí adentro para tender una emboscada. Lo que Yeguilex intentaba...

-Bien...- respiró hondo el de la armadura, con aquella furia fingida- Si tanto lo deseas, encontraré otro reemplazo. Pero tú mueres ahora.

-¡Espere, general!- rogó Gio echándose al suelo, y Yeguilex avanzó implacable hacia él extendiendo la mano. Bullwe cerró los ojos, sabiendo lo que se avecinaba.

Una luz mágica se encendió, iluminando la habitación. Yeguilex se dio vuelta, tapándose los ojos con las manos y de allí emergieron figuras: ocultas entre las sombras, esperando, apuntándolo con arcos y flechas y certeras en su intención, al menos una decena de ellas que se habían camuflado y plagado la sala.

-Creo que ya hemos visto suficiente, general Yeguilex- dijo una voz conocida.

El fornido general Bas Kegan emergió de tras la otra puerta, caminando con una sonrisa de suficiencia bajo el poblado bigote, hasta posarse justo en frente de su anterior oficial. Yeguilex se acostumbró al resplandor y logró mirarlo, serio y resignado al principio pero luego algo tarde actuando terror, el terror de haber sido capturado en fragante.

-Yo...

-Yeguilex DaWillse- anunció Kegan- Por el nefasto crimen de asesinar a uno de los respetados líderes de Fariel, el prestigioso Unnaon Delta, lo arresto. Entréguese ya o me verá tentado a zanjar el asunto ahora mismo con mis hombres.

Los dedos de Bullwe rebuscaron en su cinto, el sable que no traía. Maldición. Habían ido demasiado tarde. Yeguilex se quedó mirando a Kegan como si pensara resistirse, sereno, pero antes de que el otro dijera nada bajó la cabeza y extendió las manos.

-De acuerdo.

Otros dos soldados lo esposaron rápidamente, conduciéndolo hacia la puerta. Uno más miró a Gio, quien temblaba en el piso sangrando y con los ojos abiertos de par en par, e hizo una seña al de bigotes.

-¿Y este?

Kegan lo miró de reojo, sin darle mucha importancia.

-Es una víctima, como pudimos ver. Llévelo también. Servirá como testigo.

Ayudaron a Gio a ponerse en pie, y lo escoltaron también fuera de la habitación, camino hacia el Castillo de Faudó o a donde fuera que hicieran las interrogaciones. Desde el reloj Bullwe los vio pasar, al ufano Kegrán, satisfecho consigo mismo por la captura y por finalmente confirmar sus sospechas, a los hombres de élite a su cargo, llevando a un meditabundo Yeguilex que ni lo miró, y más allá a los que llevaban a Gio, cuyos ojos verdes portaban una expresión que le hizo saber que por fin el ahora entendía que Yeguilex lo había cubierto con su golpiza, alejándolo de la culpa y la condena.

Desaparecieron de su área de visión, y pronto la mansión quedó a oscuras de nuevo. Él se mantuvo sentado, en cuclillas, pensando en lo que había visto, en el valor de su general. Había tomado su culpa, la de Gio, la de Duran, y las había fundido en una sola, aceptando el rol de demonio que le habían impuesto sin mediar una queja o tristeza.

Su mirada se perdió entre las sombras, como considerando algo que su conciencia no alcanzaba a decir. Debía huir de la mansión, antes de que la cerraran o inspeccionaran por más evidencia, debía inclusive evitar su hogar y buscar un refugio desde el cual actuar, por más de que en el momento no tuviera ningún plan milagroso con el que se permitiera albergar esperanzas de salvar a Yeguilex. No tenía nada, más que la certeza de que lo intentaría y el orgullo de militar que había llegado a desarrollar, que le impedía rendirse, aun en una situación tan frágil y negativa. Pensó en Duran, en las horcas donde colgaban a los peores reos y luego concluyó que, después de todo, lo mejor sería que el Dos regresara pronto a ayudarlos. Si un simple soldado como él no podía hacer nada, su esperanza era que uno de los mejores magos tuviera esa respuesta que no alcanzaba a dilucidar.

Hubiera tenido miles de cosas para preguntar a la Sol de la Ciudad Dorada, de haberla conocido en otras circunstancias y no en esas que lo forzaban a intentar arrebatarse lo suyo, tras el cansancio y el rencor de todo lo atravesado. Aquella mujer de ojos calmos y disposición majestuosa era, después de todo, quien había creado las espadas legendarias que su padre tanto había buscado y por ello Reaper sentía que estaba entrelazada con su pasado y con su infancia, con el anhelo de Osald Assadan y con la misma vida que él había llevado y a la que se resignaba, abrazando lo bueno y lo malo con su coraje habitual.

Pero ahora no había espacio para las preguntas, concentrando hasta el último pedazo de su cuerpo en cumplir su objetivo y terminar de una vez por todas con aquel juego por el que gente inocente había muerto, por el que ambiciones habían sido aplastadas y los sacrificios habían colmado el desierto. Necrostacia no reía esta vez mientras Reaper se lanzaba hacia Tearu Vattar, intentando colisionar sus garrs y conseguir de una vez la joya roja que estaba incrustada en su arma, esa que tanto brillaba y que concentraba más magia que Vannael, Albion o ningún mago existente en el mundo.

Era una tarea imposible. Ni siquiera podía tocar a la sacerdotisa, y cada vez que se le acercaba ella simplemente se hacía luz, un relámpago y volvía a aparecer más lejos, cambiando de lugar en el salón, parada sobre una mesa, flotando en el techo, en

cualquier sitio sin que Reaper pudiera alcanzarla. Él no se cansaba, continuando su persecución y deseando que su espada le cediera un neu que le permitiera cancelar aquella magia, *Uriel Shunoros*, parte de la misma serie de sortilegios de luz que su padre había investigado y que sabía no transportaban, sino que simplemente hacían que el movimiento de quien la conjuraba fuese tan veloz como un parpadeo, como el mismo brillo del sol.

No se rendía, pero Tearu tampoco y ella no necesitaba moverse. Cortó una larga mesa al querer impactarla, ya sin importarle el dañarla, y la madera cedió en mil astillas; giró y atacó por detrás, a la mujer que lo esperaba cerca de una de las columnas con ojos cerrados y ella volvió a esfumarse, un poco más lejos. Al último rugió un insulto y pateó un cuenco en el suelo, enfadado. Si seguían así, iba a morir del agotamiento antes de poder hacer nada, y no era como si el maná de Tearu fuera a agotarse con aquel rubí infinito que portaba.

-Voy a ganar esto- dijo, más a sí mismo, volviendo a apuntarla con la espada. Linith había retrocedido hacia un rincón y los miraba, admirada.

-Eso espero- respondió ella sin abrir los ojos o mudar su expresión.

Reaper escupió y volvió a saltar, pero esta vez la deva no desapareció.

-*Raguel Shunoros*.

Una luz potente la rodeó, dorada y blanca y resistiendo el embate de su espada sin partirse o siquiera moverse, un campo protector que la separaba del todo del desesperado intento del guerrero de alcanzar su rubí, ella intacta, ni una gota de sudor resbalando por su tez bronceada.

Reaper volvió a atacar una y otra vez, girando a Necrostacia, torciendo el mango de hueso para probar distintos flancos, cayendo hacia atrás con cada impacto que daba y maldiciendo, lastimándose más a él que a la magia. La espada legendaria gritó, enfurecida, y él la acompañó también con otro grito con el que volvió a embestir a aquella esfera, maldiciendo a los dioses y a su magia, maldiciendo a ese estúpido destino y a ese estúpido poder por el cual su padre había conseguido la muerte. Fue lanzado hacia el suelo, como si la luz le devolviera el esfuerzo, pero no se rindió sino que volvió a levantarse, atacando sin cesar a Tearu quien seguía de pie con ojos cerrados, como meditando, como esperando algo de él o como si no hubiera una diferencia de poder inamovible que le permitiera descansar durante su contienda.

Siguió golpeando, llenándose de ira y a cada segundo Necrostacia daba aullidos más potentes, verdaderos gritos desgarradores que obligaron a Linith a taparse los oídos, asustada. La luz no cedió, ni un poco, se mantuvo sólida y sin cambio pero Reaper tampoco se permitió desistir; tomando fuerzas de su propia furia y heridas volvía a golpear, forzando sus músculos cuanto podían, forzando a Necrostacia a intentar atravesar esa barrera que sabía infranqueable.

“Esto es injusto”, pensó entonces, pero no era un quejido lo que hablaba en su mente sino más bien un descubrimiento, como si entendiera algo del mundo y deseara con todo ardor torcerlo, cambiarlo de una vez. *“Es injusto que los dioses sean más fuertes, que la magia supere al hombre, que decidan sobre nuestro destino pisando el ahora”*. No tenía ningún propósito para él, ni podría haberlo tenido. Pero no era como Reed. No maldecía la existencia, era feliz en su propia y contentada forma. No era eso de lo que se trataba la emoción que lo embargaba sino que era distinto; era el querer rectificar el destino manipulado de los mortales, el querer atravesar los poderes de los dioses al igual que había destruido la cabeza del magnífico Skectral. Era el simplemente querer cortarlo todo de lleno, en seco, sesgar los hilos que regían el mundo en un último

desafío, la más perfecta prueba de su propia voluntad y razón que su existir pudiera brindar.

Necrostacia gritó de nuevo, con una voz decididamente femenina. Hubo una imagen fugaz entonces, algo como ver a un hombre joven, de cabello oscuro y largo, ondulado, el rostro serio de soldado en medio de unas ruinas cargando a un pequeño bebé; y la espada dio una carcajada enfermiza, como descubriendo algo repentinamente y brillando: frente a sus ojos, sin poder creer lo que veía, una pequeña ranura en la defensa perfecta del *Raguel Shunoros* se abrió, estirándose como un relámpago que no llegó a tener el tamaño de una mano.

Los ojos de Reaper se abrieron de par en par, aún empujando y sin creer lo que veía. Los de Tearu también se abrieron, rojizos y brillantes mirando a su oponente con seriedad lívida.

-Zerachiel Shunoros.

La luz que la rodeaba se desvaneció, pero en cambio fue absorbida por su espalda desde la cual dos alas emergieron, alas de dragón doradas, gigantescas y que se abrieron lanzando al guerrero rodando contra la puerta principal del salón. Su cabeza impactó contra la dura madera, fracturándola.

El golpe lo había atontado por unos segundos, difuminándole la visión. Cayó sobre sus rodillas y luego sobre las palmas, mirando el piso con vista nublada y viendo a Necrostacia al frente, Necrostacia cuyas runas brillaban etéreas sobre el acero oscuro, estirando las marcas negras en su piel, instándolo a pararse de nuevo y blandir su filo contra la sacerdotisa de Baal con la promesa de más sorpresas y poder.

Reaper la miró por un largo rato, sin decir nada, mientras que la profetisa seguía avanzando imparable hacia él con las alas de luz batiendo cada tanto, símbolo de su posición, y el espadón abismal a su espalda haciéndole recalcar lo divino. Miró lo oscuro del metal, pensando en las armas que Osald Assadan había forjado, miró los dientes aserrados, de bestia, miró el mango de hueso pulcro y el colmillo que sobresalía, negro e inhumano. Se dijo, en ese momento, que la brecha que había abierto era más que suficiente.

Levantó sus ojos hacia Tearu en una mirada decidida y exhausta; magullado, quemado, con algo de sangre resbalándole por la frente, pero sin perder un ápice de orgullo. La otra seguía acercándose lento, con el escarlata de sus ojos mostrado en su máxima expresión, por una vez revelado el terror que podían sentir quienes se enfrentaran al inevitable destino.

Reaper bajó la cabeza de nuevo.

-No puedo arrebatártelo.

El paso de la deva se detuvo, escuchándolo. Él se puso de pie quitándose de esa reverencia, sin dejar de mirarla en esas luces que lastimaban, que lo cegaban.

-No puedo arrebatártelo, pero lo necesito. Necesito que este juego termine, y que ayudes a mis amigos, y mi fuerza sola no basta para forzarte a hacerlo. Enviada de Baal... ¿Podrías darme el Rubí, si el destino te parece propicio?

Como si fueran mil luciérnagas las alas se esfumaron, al tiempo que Tearu cerraba sus ojos y esbozaba una dulce sonrisa, sus ropajes blancos dejando de flotar y su luz menguando. Alzó el brazo ante Reaper, y el rubí de su arma se desprendió de la muesca y fue hasta su mano, cayendo como una manzana de un árbol, pesado y brillante como un fruto prohibido que extendió tal ofrenda de paz.

-Sí, Reaper Assadan. Puedo dártelo.

Él dejó escapar un suspiro, agotado. Al fin todo había terminado. Linith rio, satisfecha y fue a buscar el Rubí para alcanzárselo, y por un momento todos pensaron que las cosas iban a resolverse así, en aquel final amargo y feliz.

Del cuerpo de Arksinad una masa de hilos emergió, golpeando a la niña y llevándola contra una pared.

-¡Aléjate! ¡Linith!- gritó Reaper, corriendo a ayudarla. Tearu desprendió luz de su cuerpo, luz que erradicó el brazo de Asherat, y entonces el sombrero del mago apareció, retrayéndose, sacudiéndose en el suelo con fuerza como si viviera y de su espacio infinito emergiendo otro rubí que la mano de Arksinad tomó, poseída.

-Sa-cri-far.

Lo cantó con la voz de un niño, un niño lleno de deleite. Reaper quiso exclamar algo, Linith se echó hacia atrás y Tearu Vattar no hizo nada, como si lo esperara y de repente todo el salón retumbó, abriéndose en su interior una esfera colorida e inmensa, activándose la magia dimensional y transportándolos a todos menos a la mujer, desapareciendo al guerrero, la niña y el inconsciente brujo a quién sabía dónde antes de que pudieran emitir una sola palabra.

Sephid espío otra vez desde la ventana, indeciso. Desde esa torre al menos no se veía ninguna actividad en la oscuridad del palacio, pero creía haber sentido movimientos hacía poco y no podía confiarse. De momento, sin embargo, el único ruido que había afuera era el del viento helado silbando en la noche, y el del vaivén de los puentes colgantes a los que azotaba. Todo lo demás era silencio y espera.

-Nada- dijo, sin ver a los otros dos. Luego se concentró y la cruz brillante en su rostro se enmarcó: extendió su aura carmesí y miró con seele, detectando a cualquier ser vivo a su alrededor.

Su propio ser, fragmentado, el del joven noble que le acompañaba y el del duque sobreviviente eran los más próximos, lo que significaba que el enemigo aún no los había descubierto. Luego podía percibir figuras aisladas, por aquí y por allá, luces de distintos colores revelándose tras los muros o en las cocinas, en las habitaciones, en el salón de banquetes o las letrinas. Pero verlas era terrible. Era terrible porque, en ese mapa virtual y explícito de quienes poblaban ahora el centro de Sadalsuud, ninguna de las luces se movía: esas personas estaban quietas, como muñecos en posición, como una enfermiza casa de té a escala real. Paralizadas en la espera.

No le dio nervios ni temor, pues estaba ya más allá de eso, pero se preguntó si sería correcto explicárselo a los otros dos.

-Están...

-¿Varados, no es así?- respondió el noble rubio, dirigiéndole una sonrisa amarga-Reaccionan cuando uno se les acerca, eso sí. Y no de muy buena manera.

Sephid observó la pequeña cortadura en sus elegantes ropas azules, sin mudar su expresión. Luego se volvió al duque, más grueso, viejo y de cabello aleonado, que bebía de una pequeña copa algo de jerez para pasar el horror de lo que acontecía a su

alrededor. Jubeau Beaver realmente había cambiado mucho, pero al menos le daba crédito por no haberse derrumbado del todo en esa situación.

-Explícame bien qué ocurrió.

-Maldito yo mil veces si lo supiera- exclamó el otro, su mano nerviosa temblando tanto que casi derramó el preciado líquido- El mundo se volvió demente de repente. Ayer era un día normal hasta que mi amigo el duque Ouswin interrumpió mi cena gritando y blandiendo su espada hacia mí. Mató a mi sirviente, hui y aquí me ves, guardián de Shimari. No creo que escapar sea una cosa fácil.

“*No pensamos escapar*”, lo corrigió él en su mente, volviéndose al otro joven.

-¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

-Ser Allon Id Eclant- le dijo el noble extendiéndole una mano amigable que ignoró, no por maldad sino por la incomodidad que le producía.- Yo llevé a la reina a la Forja.

El recuerdo de Shimari cayendo por el portal a ese otro mundo desconocido contrajo su pecho, pero se decidió a ignorarlo. Las cosas ya se estaban poniendo lo suficientemente difíciles y debía contar con que el nuevo Albion y sus amigos la pudiesen rescatar. Debía confiar en su antiguo líder. Por ahora, en realidad, su deber era averiguar qué era lo que ocurría con el castillo de Sadalsuud. Sus puertas habían sido cerradas a todo visitante, sin explicación, y la gran mayoría de sus residentes se habían vuelto locos o atacaban a los demás en descontrol.

Pensó unos segundos, viendo aún el jardín de abajo, frío y mecido por la brisa, el follaje iluminado por la luna y el rocío. Que hubieran cerrado el palacio le agradaba, pues significaba que quien fuera que hacía eso no buscaba implicar a la población. ¿Pero quién era ese responsable? No había notado nada particular en las almas vistas más allá de su insoportable quietud, así que un demonio como él estaba descartado de la lista. La opción más valdadera, entonces, era algún brujo o un mago que estuviese controlando a quienes hacían de los amplios salones del espacio real su hogar.

-¿Vieron entrar a alguien sospechoso?- los inquirió Sephid de nuevo, pensando en realidad en otros medios. Quien fuera el responsable, no estaría quieto como sus títeres, sino que se movería. Quizás lo más apropiado era, como lo solía hacer, ir por su cuenta con su visión de alma activada y buscar directamente al mago culpable con esa regla en mente, zanjando el asunto. El problema, que lo obligaba a resistirse, era que el Palacio Real de Sadalsuud no era lo que se decía precisamente pequeño. Con sus montes, edificios altísimos, puentes, torres individuales, torreones, muros y más muros, espacios de recreación y juego, campos de cabalgata, almacenes y quién sabía qué más, no se sentía muy predispuesto a pasarse días yendo de aquí a allá buscando a un mago que bien podría estar escondiéndose de algún modo más ingenioso y cuyo propósito desconocía.

-El tráfico en este lugar es impensable- respondió Jubeau sacudiéndose el cabello con fastidio- Hace años que no le prestó atención.

Allon Id Eclant sonrió en cambio, asintiendo.

-Me crucé con una joven que exhumaba cierta... presencia particular.

Se volteó hacia él, no muy seguro de si hablaba en serio.

-¿Particular cómo?

-Como la suya.

La respuesta lo dejó perplejo, volviéndose a la ventana en un acto reflejo que no pudo evitar. Como la suya. ¿Aquel joven se estaba refiriendo a su condición de demonio? Si era así, entonces debía de estar hablando de una bruja, ni más ni menos. Una imagen volvió a cruzar su mente, un vago recuerdo que identificó como el de aquel

día en Fariel, cuando tuvieron que asistir a la subasta por la falsa Estrella Oscura y vio al rey de ese otro sitio, Cel-Neckar, al tal Vannael acompañado por los mejores magos del mundo y una mujer bruja, hecho que le pareció particular pero que en el momento no atribuyó a nada por desinterés.

Un estremecimiento lo sacudió por dentro, y volvió a ver al noble. Por sus rasgos hubiera jurado que era celestiano, pero podría estar equivocado. No tendría el estatus que llevaba ahora si ese era el caso. Viéndolo bien, así sonriente y tan dispuesto, escarbó más en su memoria y concluyó que ya lo conocía, indirectamente.

-Tú conoces a Ann, ¿no es así? Ann Midas.

-En efecto, señor- hizo una reverencia Allon.

Jubeau Beaver tosió, atragantándose con su bebida, y Sephid se felicitó a sí mismo por no haber pasado aquello por alto. Shimari solía decirle todo el tiempo que era demasiado desatento con quienes le rodeaban, pero al menos había logrado identificar al joven que frecuentaba a la otra guardaespaldas de la reina en calidad de pretendiente.

Se acercó a él, pensando que le serviría más que el duque.

-¿Y Ann?- inquirió.

-También fue tomada por... lo que sea esto- dijo Allon, manteniendo bien la compostura- Mientras compartíamos algo de té. Logró controlarse lo suficiente para no matarme, pero antes de que huyera me arrojó sus cuchillas directo al rostro. Esta magia es... Infernal. Quienes se hallan dominados no distinguen nada.

“*Así que sabes que es magia*”, pensó Sephid y se apoyó en el alfeizar, pensativo. Era una lástima que Ann Midas hubiese caído, pues su diestra mano le hubiese venido bien en el momento mucho más que el evidente ingenio de su amante. Allí, varados en esa torre, no habría mucho por hacer, y pronto serían encontrados y perseguidos por esos posesos, por los duques, sirvientes, encargados y nobles que ahora parecían muñecos, que se movían temblequeando, cabizbajos, arrastrándose para matar a su presa y luego detenidos tal piedra al hallarse sin objetivo, como autómatas. Ni Allon ni el viejo Beaver eran luchadores muy capaces, por lo que pedirles que lo acompañaran a buscar al mago que los controlaba le parecía una insensatez. Por lo tanto, sus opciones se reducían a tres: o bien los escoltaba, intentando hacerlos pasar por los muros exteriores a buscar ayuda de la armada, o bien los dejaba allí asegurados y buscaba la ayuda él, o bien iba por su cuenta y se encargaba del hechicero con sus propias manos, de una vez por todas.

Casi podía oír la voz de Albion emocionado como un niño, rogándole que eligiera la tercera opción pues las otras dos le resultaban soporíferas. Se estrujó la mente intentando zafarse de ese pensamiento y poner seriedad en sus actos. Debía ser práctico. Ojeó a Jubeau, que le ofrecía una copa al joven y luego suspiró, imaginando que Shimari también preferiría la tercera opción. Y Ann, aunque más por agresividad que aventura. Sus llamados entremezclados resonaron en su corazón, pidiéndole que lo hiciera y se sintió tentado de que Albion estuviese vivo para saltar sobre él y golpearlo con ambos pies, como lo hacía de niño cada vez que cometía una estupidez producto de su extravagancia, como cuando había intercambiado todo su oro por un par de baratijas ahora, o cuando se había embarcado en una canoa dispuesto a llegar a Aterror de esa forma y negociar una alianza con los dragones, o aquella otra vez en la que se había perdido por tres noches en un pueblito de Gikeldor el día en que conocieron a Ventrysten y a su hermana.

Qué recuerdos más cálidos eran aquellos, que pronto lo convencían. ¿Y quién era él para contradecirlos? Opción Tres sería. No solía actuar de otra forma, de cualquier modo.

Justo cuando pensó eso, con la misma melancolía de siempre pintada en su rostro, fue que su aura percibió a una presencia moverse bajo la ventana.

Al espiar pudo divisar dos figuras que caminaban en calma, y retazos de conversaciones difíciles de definir. Se volvió a Allon y Jubeau unos segundos, haciéndoles una seña para que lo esperaran, y sin escuchar la respuesta se arrojó desde la torre, convirtiéndose en sombra.

En su forma incorpórea, demoníaca, no había manera posible de que lo descubrieran, pero por cierta impresión que la lejanía le brindaba prefirió no acercarse mucho a esos dos que avanzaban, lado a lado pisando el camino de baldosas coloridas y aspirando el aroma de las plantaciones. Se plegó en cambio al muro superior, siguiéndolos como un contraste con la luz, intentando oír de qué hablaban y reconocerlos antes de buscar atacarlos. ¿Eran controlados? No parecía probable, pues ambos dialogaban campalmente. ¿Enemigos? Aquello era casi una certeza, pero se permitía el esperar. Saltó así al siguiente muro, vertiéndose por el alfeizar de una ventana, aproximándose más y más para emboscarlos.

Un haz del cielo le permitió ver al recién llegado con claridad pálida, caminando fatigado en su funda de acero y telas rojas: era nada más ni nada menos que Sulfur Houppe, el archí conocidísimo héroe de Fariel que tanto había hecho por la paz entre ambas naciones y que mediaba también a favor de Gikeldor en todo encuentro que hubiera. El verlo allí metido en aquel asunto le hizo sospechar, precavido, sin darles distancia a él ni a su acompañante, el duque Ouswin. ¿Era Sulfur Houppe el responsable, o estaba aliado con ellos? ¿Debía interpretar lo que ocurría como una maniobra de Cel-Neckar y el Geral Veintiún, de Fariel, o de Gikeldor? ¿O era simplemente otro el mago, y Sulfur hablaba con un Ouswin que, siguiendo el relato de Jubeau Beaver, se hallaba bajo el influjo de aquel hechizo de manipulación?

Lo mejor era observar, por el momento. Oyó partes de una charla formal, amigable, se notaba que el campeón tenía prisa en realizar lo que fuera por lo que había venido. Ouswin lo guiaba, amablemente y Saphid los seguía invisible, curioso y sereno, acechándolos tal fantasma. Pronto arribaron a una puerta: la de la entrada al edificio más principal donde uno de los tronos descansaba.

Era donde normalmente Shimari recibiría a sus invitados.

“¿Está aquí por Shimari?”. Ningún mensajero les había avisado con anticipo de su visita. Se volvió hacia una columna, viéndolos perderse por la puerta y maquinó unos segundos. Podía tratarse de un aviso del héroe, en vista a las tensiones crecientes con Fariel: de hacía días que Ouswin y otros duques votaban por cerrar algunas importaciones con el reino derrotado, augurando que Kamui podía permitirse la producción propia de ciertas manufacturas, y Fariel no había tomado aquella decisión económica muy favorablemente. ¿Pero sería aquello? Enviar a un Unnaon hubiera tenido más sentido.

O quizás, era tan simple como pensar lo que Allon Id Eclant le había dicho. Si la bruja que acompañaba a Vannael estaba en el castillo, si eso era un ataque del reino de los magos que tomaba a Sadalsuud de sorpresa... Quedaba por ver a quién respondía Sulfur Houppe, o si era un peón más en ese tablero.

No se había dado cuenta de lo silencioso que estaba el jardín hasta que volvió a ver la enorme puerta, ya cerrada y respaldando los muros del frío. Por algún motivo al ver

esa barrera, al ver los diseños cerrados y la soledad del palacio cayó en la cuenta de que había cometido un terrible error. El corazón latió en su pecho con fuerza, marcando retumbes. ¿Sería posible que...?

Atravesó el portón con seele, de un sólo salto impulsivo. Del otro lado sus miedos se confirmaron: Sulfur yacía de rodillas, sujetando la espada que el controlado Ouswin enterraba en su estómago, y por allí y allá más duques emergían: enmascarados, de grandes y largos abrigos de piel, balanceándose de lado a lado y portando espadas ornamentales o largos cuchillos que desentonaban con su apariencia.

No pudo siquiera maldecir, pero pateó a Ouswin más allá, obligándolo a cesar su empuje. Houppe respiraba con gravedad, haciendo un silbido particular, la sangre derramándose por su herida en borbotones pronunciados, húmedos. Era evidente que el ataque de su anfitrión lo había tomado por sorpresa. Parecía demasiado asombrado como para siquiera poder hablar, y por ello Sephid decidió que sería su tarea quitarlo de allí e intentar sanar sus heridas con su alma... Tarea harto improbable de resultar exitosa.

Dos de los duques controlados corrieron hacia él, agitando machetes y sin hacer un sólo ruido. Los empujó con un puño, mandándolos contra la pared sin esfuerzo. No eran fuertes, e inclusive sus movimientos eran tan predecibles que dolían. Otro más saltó por atrás, buscando acuchillarlo y él simplemente le dio un codazo en el estómago, usando un dedo cargado de seele para obligarlo a desmayarse. Los otros dos que quedaban y Ouswin, en cambio, retrocedieron y dejaron espacio a la puerta por la que una figura conocida emergió.

De la oscuridad Ann Midas salió temblando, como intentando forzar su control, mover sus brazos en dirección opuesta a los que el hechizo pedía, resistir el poder que la impulsaba. Sephid suspiró, considerando utilizar su arma. No quería dañar a Ann, pero sabía que era un rival mucho más digno que los anteriores. Si el conjuro la forzaba a luchar en serio, tendría problemas para dejarla con vida.

La doncella se aproximó en una danza macabra y utilizó las cuchillas entre sus dedos, lanzándoselas. Sephid las desvió con una barrera seeler, buscando que el moribundo Sulfur Houppe no saliera aun más lastimado. La joven se lanzó hacia él, intentando acuchillarlo de nuevo y el demonio se arrojó abajo, dejando pasar el ataque por arriba y pateándola: su golpe, que la hubiera derribado en cualquier otra situación, apenas pareció importunarla y ella volvió a arrojar sus dagas, dagas que esta vez no podría esquivar.

Hubo un latiguo ardiente, de lava, y las armas se borraron. Aun desde el piso, jadeando y en lo último de su vida Sulfur había atinado a salvarlo, cosa que agradeció terminando aquel combate de una vez: tomó la cabeza de Ann entre sus manos, y utilizando un arte seele que no le era muy familiar forzó el desmayo en ella, obligándola a calmarse.

Dejó suavemente a la guardaespaldas en el suelo, de espaldas a otro de los duques que se aproximaba y que tumbó con seele, sin verlo. Frente a él Sulfur ya había caído casi del todo, en medio de una rosa sangrienta que eran sus entrañas derramándose, viendo el techo iluminado de la sala sin que sus labios emitieran un sonido.

El mismo Ouswin avanzó hacia ellos entonces, rengueando por el golpe recibido previamente. Antes de que pudiese hacer nada, sin embargo, recibió un botellazo de jerez en la cabeza y se desplomó con menos gracia que Ann, revelando a un aterrado Jubeau tras él y a un Allon que se adelantó espada en mano, hacia su amada.

-¡Ann!- se arrodilló el joven, tomándola de una mano. Sephid se volvió al duque en cambio, nada molesto con la interrupción.

-Les dije que me esperaran.

-Reconocimos la figura de Houppe y pensamos que podrías necesitar...- se justificó el hombre, viendo al héroe que yacía con los ojos sin vida, ya lo último de él esfumado para no regresar- Por la misericordia de Ianna... Esto es una desgracia. Esto es un verdadero embrollo.

No pudo más que aceptar, viendo al puñado de desmayados y al noble que intentaba despertar a Midas obligándola a sentarse. No se sorprendió mucho cuando ella abrió los ojos, superando la inconsciencia en los primeros segundos. Miró a Allon, confundida, luego a Jubeau y a Sephid y por último su rostro adquirió una tonalidad enfermiza al descubrir el cadáver de Houppe, tan cerca de los pliegues de su vestido.

-¡Santo dios!- retrocedió, tapándose la boca y se volvió a su compañero- ¿Fui...?

-No- él hizo una seña a Ouswin, tirado más allá.

-¿Te sientes bien, Ann?- dijo Allon, tomándola de las manos con sumo cuidado.

La doncella asintió, aunque era obvio que había secuelas de lo que le había ocurrido y se evidenciaba una fuerte jaqueca. Sephid decidió no perder más el tiempo y se le aproximó, buscando respuestas.

-¿Recuerdas quién te hechizó?

Ella negó, moviendo la cabeza de lado a lado. Luego se detuvo unos segundos y pareció meditarlo más, hurgando en su memoria. Al final cambió su negación por un asentimiento confuso.

-En... La sala del trono. Sólo sé que allí es donde perdí el control de mi ser.

Con que la sala del trono. Aquello se ponía interesante, sus invasores mostraban un descaro que era cuanto menos particular. Revoleó un poco su capa negra, desde ya pensando cuál sería la mejor ruta para llegar hasta allí, y volvió a dar órdenes sin mirarlos.

-Ann, acompaña a Jubeau y a Allon afuera- terminó concluyendo- Busquen ayuda externa. Los soldados a tu cargo no se hallan muy lejos, ¿no es así?

El duque negó, frotándose la frente y sin añadir nada más. El haber golpeado a su congénere con su preciada botella parecía haberlo devastado, pero al menos Sephid le reconocía el valor de dignarse a luchar.

-¿Y tú?- le preguntó Allon ayudando a la joven a incorporarse.

-Directo a la sala del trono- resolvió sin decir más.

-Déjame acompañarte- solicitó Ann Midas, recuperando sus energías y su actitud de enfado- No pienso perdonar a quien me hizo esto.

Dudó unos segundos, considerándolo.

-Mejor no. Veo que aún te hallas aturdida. Lleva a Allon y Jubeau. Nos veremos aquí adentro.

La otra pareció querer replicar, indignada, pero Allon la tomó y la condujo a la salida, pasando al lado del cadáver del Veinte que Jubeau miró con temor. Al último el noble le dirigió una mirada celeste, franca y bondadosa.

-Ten cuidado, Sephid.

Asintió, viéndolos dejar ya el salón. Con Ann Midas acompañándolos no tendrían problemas en sortear a los controlados y escapar, y más aun si Ann Midas se hallaba enojada como la frustración de no obtener venganza la había dejado. En cuanto a él, ya tenía una dirección más o menos certera por la cual inmiscuirse. Su problema no eran las marionetas. Quería encontrar al marionetista.

Enfocándose en aquello visualizó el techo, los recovecos en cúpula, las lujosas arañas de cobre y oro que colgaban iluminándolo con velas cuya cera se derramaba caliente por sobre los candelabros. Pero lo que buscaba en realidad no era un vistazo refrescante sobre la orfebrería de Sadalsuud o los gustos de Shimari, sino ubicarse pues lo que haría podía agotarlo hasta a él. Desde esa sala, el trono debía de hallarse a más de mil pasos, subiendo dos pisos por el castillo y atravesando el zigzagueante hall principal en toda su extensión. Ahora bien, ignorando cada pared, cada ladrillo, cada escalón y trazando una línea que conectara el sitio donde sus pies se apoyaban hasta el mismo trono, ¿Cuál era la dirección apropiada? Malgastar energías era un error si no sabía lo que enfrentaba.

Creyó conseguir una idea más o menos decente, y pasó a modo de alma, volviéndose etéreo y rojo, fragmentado y voraz. En esa forma atravesó el salón y salió al patio, sin sentir el frío, volvió a traspasar otro muro y, siguiendo esa línea recta calculada al trono, vio las habitaciones pasar, imágenes demasiado fugaces como para que las captara bien, para luego aterrizar deslizándose con su cuerpo físico, ya mucho más cerca y en tan sólo unos segundos.

Era la sala previa al trono. Lo primero que vio, considerando que su cálculo había sido confiable, fue más bien al hombre encorvado y de dientes aserrados, que movía los dedos creando hilos invisibles y haciendo bailar a una sirvienta con una sonrisa cruel. El mago entonces pareció percatarse de que alguien había aparecido, y se dio vuelta con la tez perdiendo todo su color al reconocerlo.

-¡Va...!- alcanzó a gritar Zark Argocette, pero el puño de Sephid Silas lo interrumpió haciéndolo volar contra la puerta y caer abriéndola de par en par. El seeler oyó una voz entretenida, desde adentro, y también vio a la pobre sirvienta desplomarse. Esperaba que con ello todo el resto de las marionetas hubiesen perdido los hilos que las tomaban. Aquello era magia mental, sin duda, y de mucho calibre.

-Zark- dijo una voz grave, desde la otra habitación- Veo que tenemos un invitado.

Sephid se preparó, avanzando mientras que el Cuatro retrocedía arrastrándose y corría a buscar refugio con su amo. Él pasó siguiéndolo con calma, firme y sereno llegando a destino y viendo el espectáculo que la sala del trono le deparaba: numerosos magos encapuchados en negro, apostados en las paredes aguardando con báculos en alto, y del otro lado ni más ni menos que el mismísimo Vannael Danterkiss Eel, rey mago de Cel-Neckar, arrojado en el trono de Shimari con actitud desganada y desprolija, las piernas sobre un apoyabrazos y sus ojos rojizos brillando tras la máscara al reconocerlo.

-Bien, bien, bien- le dijo aquel hombre con sorna, viéndolo acercarse- ¿Pero qué hay aquí? Miren lo que viene a arrastrarse hacia nosotros.

-Vannael...

Caminó, y los magos que estaban a ambos lados de la habitación se tensaron, preparados para atacarlo. La expresión entretenida de su líder era imposible de leer.

-Ese trono no te pertenece, Rey de Cel-Neckar.

-Y bla, bla, bla.- lo cortó el otro, infantil y haciéndolo ladear la cabeza.- Ven y tómallo, entonces.

No se hizo esperar. Continuó caminando hacia su inesperado enemigo, calculando sus posibilidades. ¿Era aquello una invasión de Cel-Neckar a Kamui? No parecía tratarse de otra cosa. Varios de los hechiceros que le rodeaban atacaron, lanzándole saetas, pero él utilizó su forma de sombra y devolvió el intento: sola esa oscuridad los golpeaba, los sujetaba y estrellaba contra las paredes desbaratándolos sin que logran

interrumpir su paso, cada vez más cerca del monarca celestiano. Cuando ya estuvo en la mitad del salón y los cuerpos arrojados sumaban al menos una veintena volvió a hablar, viendo que detrás del trono aguardaban también figuras más conocidas: el Cuatro, que agazapado escupía sangre del golpe recibido, un enorme genio muy herido, que no parecía interesado en luchar, la Octava, una bella mujer reticente en mostrarse allí y también un mago enorme y acorazado que supuso pertenecía al Geral, acompañado de otro delgado que reconoció como Pil, el numero Diecisiete.

No le preocupaban en lo más mínimo, no ellos.

-Voy a preguntártelo una vez, Vannael. ¿Qué haces aquí?

-En cambio yo podría repetírtelo: bla, bla, bla.- fue la respuesta del otro. Dejémosnos de formalidades, Tadeus. Ambos sabemos qué está ocurriendo, así que ven de una vez y terminemos con esto.

A su alrededor los otros magos lo veían burlones, confiados de tener al Uno a su lado. Sephid clavó los talones en el suelo, viéndolo.

-¿Acaso nos conocemos, rey de Cel-Neckar?

La pregunta hizo que Vannael se acomodara más en el trono, adelantándose un poco. De las sombras emergió la bruja que lo acompañaba, sentándose con gracia donde él había apoyado los pies y sonriendo, sus ojos amarillos refulgiendo en la oscuridad.

-No reconocerías mi rostro...- terminó por responder el rey, como pensativo, tomando su máscara con una mano enguantada- Pero tal vez sí mi mirada.

Los lazos que la ataban se desprendieron entonces, y la retiró para dejar ver su cara. Sephid no pudo evitar retroceder un paso, impactado. Pálida, con un tinte que sin duda no era humano, los grandes ojos rojizos y enfermos, llenos de resentimiento, un rostro que hubiera sido apuesto y majestuoso pero que se veía truncado por la furia y el odio, con el tatuaje del Uno marcado sobre la mejilla y la boca del todo partida, dejándole dos cicatrices que iban de la comisura de los labios hasta las orejas extendiéndole una sonrisa macabra, anormal.

Las pupilas negras se dilataron de placer al ver el semblante del seeler, y Vannael lanzó una carcajada. Sephid volvió a quedar calmo, haciéndole frente, ocupado por la duda y el recelo. ¿Su mirada? Esos ojos, podridos de corrupción y rencor, ese entrecejo fruncido y ardiente de quien había caído y maldecido... ¿Qué era?

-¿Quién eres?- preguntó.

-El último.

-¿Quién eres?

-El rey blanco.

-¿Quién eres?- volvió a preguntar, ya sin nada de humor. Dentro de él crecía la certeza de que algo había ocurrido. Pero no, no podía ser. Ese odio... Los habían matado a todos, ¿no era así? Y Vannael no era un deva, no era de la raza de Albion. No había quedado ningún sobreviviente, o si no...

La sonrisa satisfecha del otro lo hizo dudar en sus convicciones, gritándose a sí mismo que había sido imposible. La maldición de todos los devas que Albion había hundido en Dammed Oah debía ser completa y eterna. Pero el hombre que tenía adelante le creaba un miedo, uno viejo, el de la posibilidad de que se hubieran equivocado e Idgray hubiese tenido otros aliados todo este tiempo.

No pudo pensar más entonces, pues Vannael desapareció en un haz de luz dejando el trono desocupado.

-*Jegudiel Shunoros.*

Lo siguiente que sintió fue un brazo demasiado fuerte clavándosele en la espalda, atravesándole el pecho desde atrás como si fuera una lanza. Escupió sangre y tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en pie, pero resistió el dolor. Una herida como aquella no lo mataría, no con su condición actual. Podían acuchillarlo, cortarlo en pedazos, ahorcarlo o ahogarlo y seguiría aún vivo, despreciando a la muerte. No era frágil en lo absoluto.

Se torció un poco, viendo al rey parado atrás, el rey con una mano en el bolsillo y la otra sujetando su corazón.

-Quién.

-Sabes, Tadeus, en cierta forma siempre me sentí muy identificado contigo.- al hablar los hilos en sus mejillas se cerraban y aflojaban, constantemente, haciendo un efecto escabroso que miró inalterado, sintiendo el agudo dolor en su pecho y viendo toda la sangre que se derramaba tiñendo como el vino su capa y sus ropas- Tan viejo y tan joven, siempre pisando los errores de Albion, tan leal y dedicado, asombrado con sus hazañas y envuelto por un mundo que no te comprende... Eras como mi reflejo, torcido y rechazado. Pero seguir a Albion, de todas las cosas... Realmente me pregunto qué viste en él.

Su mano libre revolvió el cabello oscuro, como si encontrara hilarante la idea. Sefhid se torció aun más, sabiendo que no ganaría esa batalla.

-¿Cómo...?- alcanzó a decir, sin poder creer lo que oía. Ese hombre sabía de él, sabía de su vida y de lo ocurrido hacía cuatrocientos años.

-Supongo que tenemos algunos amigos en común- resolvió el otro- En cualquier caso, Sefhid, no debes preocuparte más. No hay lugar para ti en el mundo que planeo crear una vez Idgray regrese.

La mención de aquel nombre lo llenó de adrenalina, buscando su collar para activar su aura seeler. Sin embargo, el enemigo no le dio un sólo segundo.

-¡AZRAEL SHUNOROS!

La luz partió desde el mismo brazo que lo atravesaba, impactándolo y esparciéndolo como sombra, colmando del todo la habitación y haciendo que los seguidores de Vannael retrocedieran, alarmados. Duró por unos buenos segundos, cegándolos a todos y luego desapareció tan rápido como había venido, dejando la sala en ruinas, un gigantesco pozo entre el monarca y el trono; y el techo destrozado, polvo y escombros derramándose como cascadas de cal hasta el suelo.

Vannael quedó detenido, con el rostro adusto sereno como si el tiempo se hubiera congelado. Del otro lado los magos corruptos rieron y aplaudieron, y Mila se atrevió a acercarse, caminando descalza por entre el desastre que el potente hechizo había creado.

-Eso resultó más fácil de lo que esperaba...

-Calla, Mila- la interrumpió él bajando por fin su brazo- El demonio de Albion escapó.

Chasqueó la lengua, apenas decepcionado, y la joven hizo una reverencia sumisa pidiéndole perdón. Luego Vannael se giró, haciendo ondear su blanco abrigo y estirando los brazos con alegría hacia sus seguidores.

-¡Caballeros!- anunció, a Zark que castañeaba sus dientes, al lánguido Jarbil Pil, a la bella Audula y al herido Djinn, a Goliat Sidewinder que continuaba sin emitir una palabra, ajeno a lo que ocurría- ¡Es hora de regresar al hogar! ¡La nueva reunión del Geral se aproxima! Pero... creo que no tenemos mucho de qué hablar.

Dijo la última oración fingiendo lamento, tapándose el rostro con una mano y teatral extendiendo la otra hacia Zark, que rio como una hiena. Luego su faz se calmó, dejando de un lado la actuación y mirándolos sereno.

-Démosle al mundo algo que comentar, pues. Es hora de iniciar esta guerra.

Y Zark volvió a levantar sus manos, activando su magia. Por un tiempo entonces, las risotadas y el odio de aquellas personas colmaron el cielo nocturno de Sadalsuud, desequilibradas carcajadas que marcaban el siniestro final de la paz.

18. Danse Macabre

Tras la muda confesión ocurrida en el oasis, y el haber recuperado las energías, Nakku y Reed emprendieron el costoso regreso a Diakaza y a la civilización. Esperaban principalmente encontrar ayuda para tratar las heridas del joven, que seguían haciéndolo aullar de dolor y que ambos sabían eran peligrosas: ya el haberse movido o el ser cargado lo había afectado aun más, acercándolo a la muerte, pero Reed no la culpaba pues entendía que carecían de opciones y que lo máximo que podía intentar era limitar sus movimientos lo máximo posible hasta que llegaran a destino. Nakku lo había ayudado a curarse, con la misma propiedad de seeler y al menos sus costillas parecían haber sanado, lo que le daba la tranquilidad de saber que no se perforaría un pulmón, pero seguía débil y el brazo que Saurva casi le había arrancado apenas se sostenía, probablemente ya pudriéndose bajo los vendajes de hoja y piel demoníaca –directa de los daevas muertos- con el que lo mantenía firme, sujeto a su pecho como un peso duro e inútil que le dificultaba mucho el dirigir a su wyvern. En cualquier caso, pensaba Reed, debía agradecer el estar con vida.

Marchaban todo lo largo del día, aprovechando hasta las horas que antes usaban para el entrenamiento que su estado actual no le permitía. Apenas hacían ejercicios de meditación y respiración, no más, y luego de comer se subían a los lagartos y recorrían de vuelta el extenso desierto, pero no parecía el mismo desierto a los ojos de Reed pues el viento lo había transformado, cambiando sus dunas por planicies, sus planicies por dunas, la arena blanda por piedras y las piedras por blandura, como si jamás se permitiera dejar un sólo espacio de la misma forma en la que lo habían abandonado. Se guiaban por el sol, principalmente, y a la noche se frenaban para no perderse y acampaban, Nakku armando fogatas con lo que hallaban y ambos bebiendo el agua que habían repuesto desde el oasis, comiendo las frutas que secaban sobre los tambos hasta hacerlas pasas dulzonas y resacas que consideraban una golosina y cenando con carne de alimañas o hasta raíces molidas si la situación lo requería.

Un par de días tuvieron que parar y buscar refugio en una cueva, pues de lejos ya habían visto como los límites del horizonte se hacían invisibles y Nakku le había explicado que, en efecto, no se habían equivocado y llegado al final del mundo sino que se acercaba una de las muchas tormentas de arena, naturales en la época. Pasaban entonces el tiempo sin mucho apuro buscando cualquier recoveco resistente donde ingresar, junto a los wyverns y sus pertenencias y allí se instalaban, tapando la entrada

con las lonas y luego sentados lado a lado veían a la luz desaparecer, a las ráfagas de viento y arena tronar como monstruos, sacudiendo las telas con furia, creando un caos y enterrándolos a veces poco a poco pero siempre sin terminar el trabajo. Luego excavaban su camino hacia afuera, volviendo a ver el sol, y salían a un nuevo desierto, uno barrido y azaroso pero al mismo tiempo igual al de siempre, pues por mucho cambio que hubiera aquello no era más que arena y viento, cactus y soledad bañados por los despiadados rayos solares con los que subsistía la escasa y salvaje vida que allí se desarrollaba.

Así eran sus días, y sus noches, pero aun en su agonía Reed se hallaba satisfecho con su compañía actual. Extrañaba, de más estaba decirlo, a Reaper y Arksinad y hacía cada paso pensando en que pronto podría verlos y hablarles, contarles de Albion e Idgray y de la visión que había tenido, inclusive revelarles que por fin se habían podido deshacer de los daevas y que sus vidas ya no peligraban, o jactarse del nuevo poder que había aprendido y que ya imaginaba aceptarían con asombro, tan acostumbrados a pasarlo por encima. Al imaginar aquello sonreía, por un buen tramo siempre, hasta el inevitable momento en el que su montura daba algún salto incómodo y su brazo se sacudía, obligándolo a morderse los dientes con fuerza para no gritar. Si lo veía muy débil, su mentora frenaba allí mismo y descansaban aunque el sol aún no hubiera caído, todo hasta la siguiente mañana, pero por lo general ella era de exigir lo máximo de cada uno y no le daba muchas pausas, con prisa por abandonar esa desolación.

Ninguno se había dicho directamente mucho con respecto a sus sentimientos, que en el caso de Reed eran confusos. No sabía si amaba a Nakku o no, pero al menos sí entendía que disfrutaba el estar con ella y hablar, el compartir su tiempo y comprender qué tenían en común. Era probable que la joven pensara igual, pero más allá de la misma certeza mutua, de la pasión con la que se habían besado y aún continuaban haciéndolo cada tanto cuando menos lo esperaba, a Reed no le interesaba encontrar respuestas y disfrutaba del momento, intentando eclipsar lo obvio y lo que dolía, intentando ocultar también un recuerdo o una voz difusa, que le gritaba, una traición que percibía en ello pero que no podía comprender del todo y que inconscientemente buscaba rechazar.

Su escudo, dócil a su alma desde la lucha contra los tres daevas, ya no emitía una sola palabra o sonido, hundido en un silencio grave que no sabía cómo interpretar. Reed lo trataba igual que siempre, con mucho respeto ahora al recordar la visión de Idgray y su increíble hazaña al conseguir la lealtad de los Hekantoquiros, como si cargara en su espalda a todo momento la tumba de su hermano –y en muchos aspectos, aquel pensamiento era apropiado- pero lo veía distinto, distanciado de él, ya sin azotarlo con deseos de aniquilación y muerte. Su aura, más y más, se limpiaba de la influencia gris que lo había dominado.

Fue al tercer día, tal vez –decía tal vez por una terrible tormenta que los recibió desprotegidos, y de la cual pasó tanto tiempo resguardándose en una apretujada caverna de la mano de Nakku que no podía asegurar que no hubiese sido aquello otro día perdido- que saliendo de su escondite Reed encontró la primera alucinación, que lo dejó perplejo por un buen rato. Fue apenas vio la luz del sol, restregándose los ojos, que apareció en su campo de visión esa mujer de telas blancas y cabello rubio, esa deva que majestuosa parecía ajena a la inclemencia del desierto y los esperaba de lejos, con los ojos cerrados y en calma.

Le había resultado familiar, similar a cuando el Domo del Sol lo había guiado con su reflejo, pero por horas no dijo nada temiendo que se tratara simplemente de un

producto de sus heridas o del calor en su cabeza. Su expresión pensativa y anonadada, sin embargo, no pudo ser oculta de Nakku y luego de un tiempo ella lo había cuestionado, recelosa.

-¿Pasó algo, Reed?

-¿Eh?- sonrió, continuando el irregular trote de su lagarto- No, no, nada.

Y siguieron así por un buen tiempo, él sonriendo y ella pensativa. Luego Nakku volvió a hablar.

-¿Viste a una mujer?

La cara con la que la miró debió ser respuesta suficiente, pues ella exhaló un suspiro de fastidio.

-Lo sabía.

-¿Es real?

-Es la sacerdotisa de Baal- le reveló la joven sin mucho melodrama, frenando su montura y por tanto forzándolo a hacer lo mismo con la suya con el único brazo del que disponía- ¿Por dónde la viste?

Lo meditó unos segundos, y luego señaló en sureste de donde se hallaban. Nakku corrigió su dirección y se movió hacia allí, sin explicarle mucho.

-¿Por qué nos desviamos?- preguntó Reed, poco feliz de malgastar su tiempo con aquello- No debemos estar muy lejos de...

-Presta atención en el camino. Va a aparecer de nuevo.

Él no dijo nada más, suspirando y resignándose a aquello. Reconocía que la elegida actual de Baal era magnífica, tal vez, pero aquel encuentro lejano que aún le parecía una ilusión lo decepcionó un poco, inclusive culpando a esa deva de alejarlo más y más de la ciudad en la que podría curarse... ¿Qué podía ser tan importante, allí en ese montón de arena por el que iban? ¿Otro oasis quizás, donde refrescar sus sedientas monturas? Fuera lo que fuera, la seeler parecía conocer a aquella mujer y se veía decidida a seguir sus apariciones, entendiendo que eran un mensaje mudo que era preciso descifrar.

Hubo una segunda vez, pero Reed la vio tan borrosa, allí con sus ropajes revoleando en el horizonte que nunca pudo estar seguro de si lo imaginaba o no. Fueron sus ojos entrecerrados buscando forzar su vista para captarla los que alertaron de nuevo a su maestra, quien le volvió a mirar con prisa y seriedad.

-¿Por dónde?

-Derecho- le dijo- Cerca de esas piedras de por allí.

Y continuaron persiguiendo esa pista dudosa, ella más decidida que él. Por la actitud de fastidio y de apuro de Nakku adivinaba que la elegida tenía más de una pregunta o reclamo que hacerle a Baal. Quizás, en realidad, lo que buscaba era averiguar sobre cómo había concluido el Juego de los Herederos o si quienes habían sido sus aliados de la Forja habían vencido, o tal vez era simplemente el conocer cómo funcionaba el dios del destino y querer apresurar un trámite que le parecía inevitable, importante como todo mensaje divino que se les pudiera presentar.

Y a Reed... Pronto cayó en la cuenta, habiéndolo olvidado, de que aquello era en realidad lo que había venido a buscar. Con todo lo ocurrido, con su estadía junto con los padres de Linith, sus sentimientos por Nakku y la verdad sobre Albion revelados su motivo para llegar a la Ciudad Dorada había quedado guardado en un cajón de fondo en su cerebro, un cajón que aún conservaba las imágenes de Scarrow hablándole en el claro, de la lucha contra el dragón que había atacado su isla, del odio y la determinación que frente a la pira funeraria de su maestro le habían hecho jurar que cambiaría aquella realidad imperfecta aunque tuviese que forzar a los dioses.

Pero ahora, todas esas ideas iban por detrás, unidas al mismo grito mudo que lo seguía y que no lograba precisar, aun más borrosas que la figura que los guiaba con su presencia ante el contraste del atardecer. No era que lo hubiera olvidado, o que hubiera perdido importancia para él. Era más bien que su ser había tomado una decisión silenciosa de intentar rechazar aquel deseo que lo carcomía desde su infancia, de aceptar por una vez las inclemencias del mundo y abrazar una realidad que, si bien no lo satisfacía, tampoco era un infierno insostenible. Nunca iba a poder tenerlo todo. Jamás iba a poder tener una aventura perfecta, en el que todo el mal fuera aplastado y el bien subsistiera, en el que se mantuviera incorruptible e intachable como un héroe de leyenda. Cosas como esas... Simplemente no existían, por disposición de algún tipo de destino divino, por la misma y contradictoria verdad en la que vivían. Su única opción, entonces, era el deseo que sentía desde su escudo, ese de eliminar la existencia. ¿Pero no era eso una tarea aun más imposible? Y todavía más, recién ahora comprendía la locura de siquiera pensar en esos términos: porque sus amigos, su madre en su pueblo, su hermano, la sonrisa de Scarrow y las veces que había reído y jugado, las historias que le habían contado, las mil luces elevándose desde Sadalsuud y todo lo que había llegado a amar eran también parte de la realidad que se cuestionaba rechazar. No la bendecía, ni se bendecía a sí mismo en agradecimientos por estar allí, pero tampoco podía odiarla del todo. Y cada herida, física o mental que hubiese sufrido para llegar a ese punto donde se hallaba había sido un escalón punzante, pero también su felicidad allí habían sido otros escalones entremezclados y sin unos no hubiera podido llegar a los otros, y por eso tenía la resolución, voluntaria y difícil, de aceptarlos a todos en calma, intentando hallar de esa forma esa paz que a su corazón no le alcanzaba.

Tenía eso en mente mientras continuaban el trote de sus bestias, por la dirección de aquel fantasma. Como entendiéndolo entonces la importancia de seguir esa visión Nakku ya no tuvo que arrancarle la dirección a donde proseguir, sino que él mismo más determinado empezó a dirigir la marcha apenas la veía de nuevo: resplandeciente aun en la tarde, siempre mucho más allá, apenas trasparenteada como indicándoles que no era del todo real y que no llegaban todavía a destino.

Continuaron dándole caza por páramos putrefactos, resacos y con su arena gris y muerta, luego por pendientes rocosas en las cuales tuvo que reafirmar los vendajes de su brazo para impedirle más dolor, viendo el sol pasar por sobre sus cabezas y ya meterse, sumergirse en el amplio horizonte con un último chapuzón naranja de sus rayos extendiéndose por el cielo, ambos en silencio y decididos por llegar.

Cuando se hizo de noche pensaron en detenerse y descansar, pero en la pausa, mientras comían las últimas pasas e intercambiaban monosílabos, Reed alzó la vista para encontrarse de nuevo con la sacerdotisa, los ojos apenas entreabiertos desde el siguiente risco y la cabeza inclinada en una inquisición pasiva. No esperaron más entonces, y en detrimento de sus pobres wyverns reanudaron la marcha sabiendo que lo que buscaban estaba cerca.

En la oscuridad, la figura del humo alzándose a la deriva les hizo comprender que no llegaría el amanecer hasta que se encontraran al fin con su objetivo. Reed se caló su abrigo con una mano, buscando protegerse del frío y llegar de una vez a donde la fogata se intuía, aquello que los resguardaría de la helada nocturna que les atacaba hasta los huesos y de la que intentaban librarse moviéndose cuanto podían sobre el lomo álgido de sus monturas. Pasaron más dunas, tuvieron que escalar con dificultad un par de riscos sólidos sin ver dónde pisaban y por fin luego terminaron descendiendo por arena tan fina como el talco, llegando a un sitio donde todo se hundía como un cráter irregular y

en el centro se elevaba un buen fuego, última señal de su destino. Frente al fuego, sentada y meditando veía a la tal sacerdotisa, y a su lado había una figura de blanco que le costó reconocer, pero que por un presentimiento apuró su camino, hasta el punto en que desmontó y corrió a la fogata con Nakku siguiéndolo en silencio, la mano sobre el sable y preparada para cualquier cosa.

“Es...” pensó Reed, viendo a esa otra persona. Por sus nuevas ropas de la Ciudad había pensado que se trataba de una muñeca, sin poder evitarlo, pero entonces comprendió que no era ni más ni menos que Arksinad, vestido de blanco como nunca lo había visto e inconsciente, respirando leve en el suelo, con su sombrero sobre el pecho y la tez más pálida que de costumbre.

Al descubrir que estaba vivo sus hombros se relajaron, y se volvió a la deva. Al verla allí, sentada y de ojos cerrados como si nadie hubiese llegado tuvo la certeza de que ella había sido quien lo había guiado con los reflejos y destellos del Domo, la que lo había empujado a rescatar a Deihr de las garras de Aminor. Se la quedó mirando, sin decir nada, y ella hizo una seña al lugar en donde el suelo se levantaba en un ángulo recto y duro.

-Bienvenido. Puedes sentarte, si quieres.

-¿Ella...?- preguntó a su maestra, que también la miraba con recelo. Nakku asintió.

-Tearu Vattar- la presentó- Sol de la Ciudad Dorada, vocera de Baal. Al fin frente a nosotros.

La mencionada no dijo nada de aquello, pero luego se volvió a la seeler.

-Me alegra que estés bien, Deihr.

-No se nota- respondió la joven sentándose en donde le habían indicado, cruzando las piernas y mirándola con una mezcla de sorna y disgusto, similar a cuando los había capturado en la Forja- ¿Bali está muerto?

Hubo gravedad en el rostro de Tearu al asentir, y la otra suspiró no sin algo de dolor y alivio entremezclados.

-¿Arksinad ganó?- preguntó Reed muy alegre, viendo a su amigo inconsciente- ¿Por eso esa vestimenta tan rara?

-Las ropas fueron cosa mía- respondió Tearu- Pero tu amigo aún no venció. La Tercera Prueba quedó inconclusa. Nadie puso mano sobre el Rubí.

Reed agudizó la vista, buscando entre los brazaletes y pulseras de oro para ver si encontraba la legendaria joya, pero no pudo hallar nada. Nakku chasqueó la lengua, viendo a Arksinad.

-¿Y él?

Las comisuras de la boca de Tearu se torcieron.

-El demonio que trae adentro utilizó *Sacrificar* cuando menos lo esperaban... Arksinad, Linith y Reaper fueron llevados a distintas áreas de la Ciudad Dorada. Temía que él no sobreviviera, así que aproveché para guiarlos hacia aquí.

Hubo alivio en Reed, pensando en lo que hubiera pasado con su amigo de haber ignorado las señales de Baal. Despertar en medio del desierto, sin medios de supervivencia ni un mapa como el que usaban para ubicarse... Un estremecimiento lo dominó, sin poder evitarlo. Pero ahora Arksinad estaba a salvo con ellos, así que no le importaba. Inclusive, lo alegraba el tener a uno de los dos ya con él sin tener que recorrer todo el camino hasta Diakaza.

-¿Me resientes?

La voz de Tearu lo sacó de su contemplación, haciéndolo verla. Pero la Sol no se dirigía a él, sino a Nakku quien la fulminaba con sus ojos de amatista, aún jugando con el sable tras su cintura.

-Supongo que así obra Baal, ¿no es verdad?- respondió ella, amena pero sin dejar de odiar con su mirada- El nunca decirme que era parte de este juego hasta luego de la primera prueba...

-Siempre venías aquí en compañía de Bali y sus seguidores- respondió Tearu bajando la cabeza- Tuve que esperar un momento en el que supiera que podrías salvarte de ser su reacción la que esperaba.

La antigua Bellow asintió apenas, poco convencida. El fuego seguía chisporroteando a su lado, mucho más grande que ninguno que ellos hubiesen armado, alimentándose de nada, como si el mismo aire fuera su sustento pero calentándolos y reconfortándolos a la perfección. Al lado de Reed Arksinad se torció un poco, como si algo en un sueño lo hubiera sacudido.

-Además- continuó la deva- Nunca te consideraré como una heredera. Eras más que eso, pero no lo sabes. Aun así, ¿aceptarías el regalo de Baal, el guiar a este pueblo?

La mano de su maestra dejó el pomo de su sable, pensativa. Era claro que esas ideas ya habían pasado por su mente antes, y no tenía una respuesta clara. Sus piernas se descruzaron, adelantándose un poco y pareció meditar en el silencio, en el zumbido de algún insecto que revoloteaba por allí, en la música serena del anochecer. Al último decidió callar, y Tearu Vattar sonrió.

-De cualquier modo, el Juego de los Herederos quedará inconcluso- dijo- El Rubí de Sangre está en manos de Linith, quien aterrizó cerca de los bordes de Oesile Nede. Estará bien, pero faltará mucho tiempo hasta que tú o Arksinad puedan tocarlo y obtener la victoria.

Con que así terminaba todo, entonces, en un empate muy difícil de desentrañar entre Nakku y Arksinad, ambos sin ninguna victoria. No le parecía el final más satisfactorio que hubiera, a decir verdad, y se preguntaba qué pensarían los devas de aquello. ¿Quién sería el reemplazo de la que había frente a sus ojos, entonces? ¿Quién guiaría a aquel pueblo, quien continuaría o quebraría sus costumbres arcanas?

Volvió sus irises grises a la sacerdotisa, pensativo, pero descubrió que ahora ella lo encaraba a él.

-Vienes por un favor de Baal.

Asintió, sin darse un segundo. Había venido por eso, después de todo. Ella parecía calma, habiéndolo esperado y sabiendo sus intenciones desde el principio.

-Bien, aquí estoy. Pero no será sencillo, pues los favores que brinda el destino siempre son limitados. Dime, Reed Id Vant- le preguntó la mujer volviéndose a él- Si tuvieses que elegir entre salvar a tu maestro o a Arksinad aquí, ¿Qué elegirías?

La pregunta lo sacudió por completo, sin haberla esperado. Se volvió a su amigo el mago, viéndolo dormir y luego a ella, y por unos segundos su pecho se contrajo. Era tal como lo había supuesto. Un escalón bueno, y un escalón malo, y la perfección jamás sería algo que pudiera conocer. Pero esa elección ya no le costaba, después de todo: Scarrow, su vida de arrogante juventud, la marca que lo había avergonzado, sus incontables aventuras y la profecía que lo había hecho retroceder hasta encontrar su amor, hasta encontrar el fatídico destino que lo había llevado a Vant y a la muerte... O Arksinad, su amigo, el sonriente mago que había matado y que había muerto, que había hallado por fin a quien le comprendiera en Reaper y Reed y que lo había acompañado en sus viajes y aventuras ocultando su dolor y tristeza.

Los ojos de Tearu Vattar se abrieron, rojos y candentes, iluminando lo que veía y viendo más allá de lo normal. Al hablar su voz tuvo un eco profundo, similar a cuando impartía mensajes desde su Domo.

-Escoge, héroe del otro lado, y Baal brindará. Pero sólo puedes obtener uno de esos deseos.

El futuro, o el pasado. Había sufrido mucho todo ese tiempo, por querer reparar aquello que ya había vivido y que no le satisfacía, por querer borrar todos los errores que lo entristecían. Pero ahora su nueva calma le daba una resolución, acorde a su forma de ver el mundo.

-A Arksinad- dijo- Lo elijo a él. Regrésalo a la vida que tuvo antes de Asherat.

Hubo cierta pausa, que hizo un punto en la atmosfera del desierto sin interrumpir los sonidos que lo ocupaban: sus respiraciones, el silbido de esos ojos infernales que todo lo veían, el ruido de las aves y del crepitar de las llamas. Luego poco a poco Tearu Vattar fue cerrando sus párpados, con una sonrisa que sabía, como si Reed hubiera pasado una prueba particularmente difícil.

-Eres... Igual a tu anterior encarnación, Reed Id Vant. Tu elección me da la respuesta que necesitaba.

No respondió nada, pensando en Albion y en su egoísmo, preguntándose cómo era que el elegir a aquello que no encajaba del todo con su antiguo deseo se relacionaba a la ambición infantil de aquel legendario mago. No tenía la respuesta, pero suponía que ella había conocido a Albion mucho más.

-La verdad es...- suspiró Tearu- Que el poder de Baal es muy limitado. No puedo revivir a Scarrow, ni aunque lo hubieras elegido. Lo siento mucho.

La saliva en su boca se secó, viéndola estupefacto. En los ojos cerrados ahora se veía algo de contraído, de culpable. Que Baal no tuviera la capacidad de hacerlo...

-¿Pero puedes salvar a Arksinad, verdad? ¿No es Baal un dios?

La sonrisa de ella se hizo más dulce y culposa.

-Es distinto. La magia para retroceder el tiempo no es como las demás. Por ejemplo...

Caminó hacia él, y por unos segundos Reed quedó paralizado ante su presencia. La sacerdotisa apoyó la mano suavemente sobre el brazo que tenía en cabestrillo, y dentro de los vendajes lo sacudió una sensación extraña, como si se le torciera toda la piel pero sin doler, como si cosas volvieran a pegársele pero también a salirse y su brazo perdiera cierta consistencia para luego reafirmarse.

Luego ella dio un paso atrás, las mechadas de cabello dorado bailando con el movimiento, y con un gesto lo instó a probarlo. Reed descruzó el vendaje que Nakku le había dado y, en efecto, se sorprendió de ver que ya no quedaba una sola cicatriz de lo ocurrido con Saurva y que se sentía mejor que nunca. Lo estiró un poco, sintiéndolo adormecido, y la sacerdotisa volvió a tomar asiento.

-Llevé ese brazo al pasado, como ves, antes de que fuera herido. Cosas individuales y pequeñas como esas no me cuestan tanto, por lo que podría utilizar la misma magia en el cuerpo de Arksinad para devolverlo a cuando estaba con vida siempre y cuando su alma tenga los lazos que la unen... Pero tu maestro, Reed Id Vant, es un caso diferente. Para evitar la muerte de Scarrow Arderaid debería hacer retroceder no una porción, sino toda la realidad llevándote al momento en el que ocurrió, aplicar mi hechizo a este mundo, al otro, expandiéndolo cuanto pueda y ni aun así puedo asegurarte que no vuelva a morir. Y esta magia de destino que Baal me otorga... Se alimenta de mi vida, al igual que lo hizo con Ailai. Con todos los años que me quedan, con toda la

inmortalidad que me es concedida, apenas podría retroceder el tiempo del mundo diez segundos.

No supo qué decir, sorprendido y en cierta forma incapaz de creer la debilidad que le mostraba. Era magnífica, sí, pero ¿por eso se había sacrificado Ailai? ¿Hasta torcer el destino era una tarea imposible? Esa certeza era la última que necesitaba, el último de los golpes que le podía dar su vida para abandonar su antiguo deseo.

-Pero Baal es un dios...- alcanzó a murmurar, incapaz de aceptar lo que oía.

-Reed- le dijo Nakku, negando. Él la miró confundido y Tearu alisó sus ropajes blancos con ambas manos, manteniendo su dignidad.

-Baal no es un dios.

La seeler chasqueó la lengua, como si ya supiera esa verdad. Reed se volvió a la deva atónito, de pie, aturdido por esa revelación.

Atinó una sonrisa nerviosa.

-¿No es un dios? ¿Acaso existe siquiera o...?

-Existe- le dijo Tearu- Pero no tiene nada de divino. Si hubo un dios en este mundo ese fue YGG, pero de él ya nada se sabe y bien podría habernos abandonado... Los demás; Angra Mainyu, Spenta, Ianna, Xshathra, Hodaihe o Batezek, inclusive Baal... Son sólo demonios. Demonios de rango inalcanzable, pero demonios al fin. No son todopoderosos, ni lo controlan todo. Y mueren.

Al oír eso un escalofrío lo sacudió de pies a cabeza.

-¿Los dioses... mueren?

La mujer asintió.

-¿Conoces la leyenda de las tres espadas legendarias, Reed Id Vant?

Negó. En realidad, sabía que Baal las había forjado, pero desconocía todo lo demás al respecto. Tras su espalda Drassil dio un dulce suspiro, como preparándose.

-Fue hace eones- contó Tearu Vattar, con las líneas curvas de sus ojos cerrados como si recordara algo que ciertamente no había vivido- Mucho antes de que yo naciera, o inclusive de que el mundo fuese como lo conocemos. Por algún motivo... El dios de la Oscuridad y la Brujería, Angra Mainyu, quiso traicionar a YGG y crear un ser como nuestro Creador lo había hecho. El resultado, sin embargo, no tuvo nada que ver con los otros dioses, con los grandes continentes, con los planetas y el cielo que Él había formado... La magia corrupta de Angra Mainyu sólo pudo crear destrucción. Formó a Horrxikkrron, Avatar de la Nada, y por su pecado fue encerrado por Spenta y los otros dioses para no volver jamás. Pero el daño ya estaba hecho.

»Horrxikkrron estaba suelto, y su poder era incontenible. Su propósito, tal parecía, era la eliminación de todo lo que existía. Apuntó primero a sus otros congéneres dioses, considerándolos los pilares de la realidad; y al principio no tomamos en serio su amenaza, creyéndonos superiores como lo habíamos sido siempre. Tras la muerte del glorioso Batezek en sus manos, sin embargo, comprendimos que el terror se avecinaba. Horrxikkrron era distinto a los demás. No podíamos morir, como los mortales, pero si podíamos desaparecer del existir y él sabía cómo hacerlo.

“Seele”, cruzó en su mente la respuesta, tensando los dedos sobre la cadena de su escudo. Esa era la única forma de desaparecer un alma, inclusive un demonio. Le había llamado la atención, que acaso por costumbre Tearu hubiese hablado como Baal, en primera persona. ¿Estaba el dios del destino oyendo el relato, susurrándole a ella para que se lo traspasara?

»La mayoría huyó –retomó ella su persona-, incapaces de hacerle frente. Horrxikkrron lo devoraba todo, con hambre de ser la última presencia del universo.

Spenta, Ianna, Hodaihe, todos cayeron o tuvieron que esconderse ante su poder y Baal, temeroso por su pueblo, prefirió enviar a los primitivos devas a otra dimensión para cuidarlos de ese final. Xshathra le ayudó a encontrar este mundo, y con su luz lo hizo habitable. Se encerró allí, esperando que Horrxikkrron no le importunara...

»Pero Baal no era un cobarde. Junto a Xshathra en realidad buscaban ganar tiempo, forjar el arma que pudiese detener al Dios de la Nada, la espada Ur del Destino. Y lo lograron.

Chasqueó los dedos, y desde el mismo aire se materializó, cayendo como una guillotina para quedar medio enterrada en la arena a su espalda como el gigantesco respaldar de un trono: un garr dorado similar a una estrella, resplandeciente, lanzando la calidez del sol y haciendo que Reed quedara boquiabierto, fascinado con su presencia. Esa arma... Le hervía la sangre de sólo verla, lo llenaba de un gozo indescriptible, como su adoración por los heroísmos que veía de pequeño. Bajó su mirada hacia Tearu, quien prosiguió la historia.

-Xshathra y Baal terminaron enfrentando a Horrxikkrron, y el primero murió en la batalla desvaneciéndose de todo lo que es...

»Con su muerte, sin embargo, le dio a Baal la oportunidad que necesitaba. Nuestro dios atravesó a Horrxikkrron con su espada, sin matarlo, en cambio dividiendo su magia, su alma, y su espíritu para cancelarlo. El resultado, adquiriendo la materia de su cadáver, fueron las tres legendarias espadas: Drassil, Necrostacia y Oblivion.

Hubo una risa suave en su escudo, demasiado melodiosa. La sensación de estar cargando una tumba que tenía Reed se incrementó aun más. No sólo el alma de Idgray, ¿sino también la del mismo Dios de la Nada? Una duda azotó su corazón entonces, pero rápidamente la desechó.

-Y luego Baal continuó dejando a los devas en este basural- completó Nakku, con poco humor- Por miedo a la amenaza que veía en el mundo. ¿El resultado? Idgray Decaheron terminó por escapar, y se convirtió en dicha amenaza. ¿Irónico, no te parece? Baal no suele tener mucho ingenio con sus elecciones.

La miró unos segundos, todavía confundido por lo que había oído. Tearu se permitió sonreír ante esa afrenta.

-Me recuerdas tanto a él...- terminó diciendo, y se puso de pie sin aclarar más- Pero puede que tengas razón. Baal ha cometido muchos errores que nos llevaron a donde estamos. Ahora, sin embargo, espero no estar cometiendo uno.

Y caminó con gracia hacia donde Arksinad continuaba durmiendo, mirándolo desde arriba con esos ojos como rubíes y con el brillo de su espadón flotando tras ella, creando un día nuevo en el desierto. Nakku y Reed la siguieron con la vista desde su lugar, algo tensos preguntándose qué iba a hacer, y la antigua deva les volvió a hablar de espaldas.

-Reed, Nakku. Quiero que me hagan un favor.

La seeler suspiró, pero Reed se puso de pie también decidido. Era justo que tuviera que entregar algo a cambio por la vida del brujo.

-Dime.

-Tu amigo Reaper Assadan...- dijo ella- Probó ser una buena persona allí en el Domo, y también un grandioso guerrero. Pero el hechizo Sacrifar lo mandó a donde no debería llegar, y temo que su voluntad no pueda sobrepasar a la de su espada. Quisiera que lo ayuden.

Palideció unos segundos, sin poder creerlo, con la conversación que había espiado tiempo atrás en mente. El lugar donde Reaper no debía llegar...

-¿El Tártaros? –exclamó- ¿Reaper está en el Tártaros?

Tearu no le explicó más, sino que se arrodilló ante Arksinad y extendió ambas palmas a los costados, mirando hacia el cielo en un rezo mudo, una plegaria a la noche o a la luz que la bañaba desde la espada Ur.

*“Baal, Dios del Sol y el Destino
Ilumina esta vida para que con tu calidez
Encuentre su futuro y su camino”.*

Y, al decir esas palabras, fue como si un nuevo amanecer se derramara sobre todos ellos, con la cadencia de un oleaje cálido y místico que convirtió la arena en mil puntos dorados, que volvió al cielo celeste, que creó a otro sol sobre sus cabezas, inofensivo, vivo, brillando y revelando todas esas cosas que antes las penumbras cubrían, obligando a las sombras a retroceder, maravillando a ambos sin dejar un sólo resquicio a la oscuridad en un área inmensa, un faro de resplandor entre toda la grandeza del desierto.

La misma luz envolvía a Arksinad en tiras, cintas que se le plegaban y giraban, orbitando sobre su cuerpo, sobre su nuevo abrigo de mago blanco, de material firme y con dos colas, sobre los pantalones abultados típicos de la zona, inclusive sobre su sombrero, estrujando la boca de Asherat y ahogando sus chillidos de protesta. Frente a ellos el brujo entonces cambió, poco a poco, gradualmente y sin que pudiesen darse cuenta cuándo empezaba o terminaba algo: su cabello se extendió por debajo, su rostro se contorneo más suave aun, y por un instante Reed creyó ver algo y Nakku pareció entenderlo del todo, retrocediendo un paso; toda esa luz fue tan potente que los cegó por completo, haciéndole doler la vista para luego desvanecerse en una explosión fulminante que desperdigó granos de arena por doquier.

Cuando pudieron volver a mirar, la noche había regresado y Tearu Vattar ya no continuaba con ellos. Y Arksinad, vestido de blanco y con el cuerpo más inmaculado que nunca, respiraba levemente y las lágrimas caían de sus ojos cerrados, sintiendo, viviendo.

Se miraron y luego Reed se le aproximó, examinándolo. Su amigo estaba arrojado, decididamente más joven de lo que lo había conocido, quizás inclusive un par de años menor de lo que había sido él. Era muy extraño de ver, y le maravillaba, pero además parecía también lavado, como nuevo, sin las bolsas bajo los ojos o el aura macabra de siempre, el cabello ondulado rubio claro como jamás lo había estado y algo angelical en su disposición, ya a punto de despertar.

Apoyó la mano en el pecho oprimido por los ropajes, sintiendo los latidos. Había ocurrido. Arksinad vivía.

-Oye...- lo sacudió leve, intentando despertarlo. Las lágrimas seguían cayendo de aquel rostro, como si lo hubiera arrancado de un mal sueño. En su boca ya no estaban los hilos cosidos, si no tan sólo una pequeña marca, tres líneas que apenas extendían la sonrisa- Arksinad...

Toda su consideración quedó opacada al pisar Nakku el estómago del mago.

-Despierta de una vez.

Arksinad se elevó como una catapulta, sin aire, y golpeó un par de veces la arena. Luego sus manos se volvieron hacia la cabeza, desesperadas en búsqueda de su sombrero, y ambos seeler se lo quedaron mirando en aquel ritual por un largo rato, hasta que el mago se detuvo y tocó la humedad que caía por sus mejillas, viéndolos.

-¿Reed...?

Él sonrió, y Nakku suspiró.

-¿Estoy...?

-Estás vivo, sí. No tenemos mucho tiempo.- lo cortó la seeler rodando los ojos.

El mago la miró y poco a poco el horror y la memoria se dibujaron en su rostro. Intentó buscar su báculo en el suelo, sin hallarlo.

-¡Es aliada ahora!- le advirtió él deteniendo aquel conflicto y Arksinad tardó un rato en comprenderlo, calmándose y dirigiéndoles una mirada muy particular. Luego pareció recordar algo.

-Yo estaba... Luchábamos contra Bali. ¿Qué hago aquí? ¿Dónde está Reaper?

Se lo veía desolado y confundido, tal si la resurrección no le hubiera sentado del todo bien y demasiadas emociones lo hubieran embargado al mismo tiempo. Constantemente tocaba su mejilla o parecía desesperado por buscar su sombrero, como si aún no comprendiera lo que había sucedido con su cuerpo, como si se sintiera vacío sin el demonio que lo mantenía unido antes. Reed se aproximó y le tendió una mano, ayudándolo a levantarse.

-Estás bien, y estás con nosotros- le dijo, mirándolo a los ojos con confianza- Pero Reaper se halla en peligro. No hay tiempo que perder.

Arksinad pareció comprenderlo esta vez, y algo en sus ojos castaños se activó, más por la necesidad o la urgencia quizás que por el haberse acostumbrado a la vida y al presente. Asintió, resignándose a no tener sombrero, y Reed lo miró tanto a él como a Nakku con una nueva determinación impulsando su alma.

-En marcha. Vamos a rescatar a Reaper.

Dónde.

No, esa no era la pregunta.

Debía empezar por otra parte.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién?

Quién.

Quién.

Quién.

...

Ah, sí, claro. Él era Reaper.

Reaper Assadan. Ocupaba ese cuerpo, tenía esa vida.

Bien, así servía. Ya era un avance, el mejor de todos los que podía haber logrado en el estado en que se hallaba. El bamboleo continuaba, su camino se dificultaba. Se apoyaba en algo metálico que lo ayudaba a proseguir, guiándolo. Cómo dolía. Maldito....

Maldito...

¿Maldito hechizo?

Sí, eso era. Un hechizo lo había golpeado, y por eso ahora avanzaba a paso de tortuga por esa arena gris y muerta, en una difusión de sonidos y colores, en luces

espectrales que no le dejaban ver, en murmullos acuosos que tambaleaban su realidad de lado a lado. Había caído mal, suponía. Su cabeza debía de haberse golpeado. Seguro sangraba. Debía de estar sangrando mucho, como aquella vez... Sí, debía de estar dejando un verdadero rastro de sangre.

¿Reía? ¿Era suya esa risa? Intentó concentrarse, pero cuando pudo hacerlo la risa ya se apagó. La mano invisible lo seguía guiando, obligándolo a buscar un refugio, adentrándose más y más a donde hasta la noche no se dignaba a entrar, donde no era ni luna ni sol sino apatía lo que reinaba en el cielo, sino muerte, la vida de las piedras, aquello que siempre termina siendo.

Esta vez sí, rio él. Lo supo porque su risa era amarga, similar a los ladridos de un perro malherido. Creyó toser, por cierto ardor desgarrador en la garganta, o quizás escupía bilis. Era difícil de precisar. Sus sentidos estaban adormecidos, como pertenecientes a otro plano y él flotaba, entre esos dolores vagos y esas ilusiones, caminando como un anciano guiado por aquella mano de hueso, aquella mano de mujer que tironeaba, divertida, excitada pues pronto llegarían.

Tuvo un tropezón, y no pudo evitar caer de cara contra la arena. Se sentía patético. Quemado, golpeado, sangrante, débil. La cabeza le daba vueltas. ¿Él era Reaper? Sí, él era Reaper. ¿Cuándo?

Siempre había sido Reaper, así que lo mejor era pasar a la siguiente pregunta.

La mano invisible tironeó, y creyó percibir una figura, algo que lo acompañaba desde hacía un buen rato pero nunca había podido ver. Tosió. Esta vez sí tuvo la certeza de haber tosido, el ruido fue lejano, bajísimo, pero nadie más pudo haberlo hecho. Eran sus pulmones. Era su mareo. Era su cuerpo.

Logró conectar con sus brazos, y doblar los codos. Separó su cara de la arena helada, viéndola convertirse en una pared blanca, intentando utilizar ese mínimo control para obtener más respuestas.

Dónde.

No, eso no lo sabía. Pero Necrostacia lo guiaba, instándolo a levantarse con un suave silbido. Obedeció, sacando fuerzas de su desgaste y volvió a incorporarse. Quiso limpiarse la arena que le había quedado pegada a las comisuras de la boca, pero no pudo. ¿Por qué se sentía tan débil? ¿Acaso las dimensiones psicomágicas lo habían hecho picadillo?

Entró a reír al recordar aquello, y sus piernas largas siguieron caminando. Reía como enajenado, solo en aquella vastedad, solo entre la muerte y la desolación, y dejaba huellas leves en el suelo. Rio por un buen rato, pues había sido una buena broma. Ese brujo... Una jodida buena broma, si lo podías pensar así.

Otra jaqueca muy fuerte. De pronto se sintió triste, más de lo que nunca hubiese estado. Se tambaleó a un lado, casi por caer del pesar. La broma ya no le hacía tanta gracia. Pensó en sus amigos, en los nuevos y los viejos, y pensó en ese desierto muerto, y consideró que eran iguales. Las ideas le eran vertiginosas, como en una borrachera, pero estaban mal definidas y no seguían un orden preciso, variaban, como las ilusiones que lo rodeaban, como la figura que danzaba a su alrededor, como la mano que veía así, caminando encorvado y cabizbajo pero que si levantaba la vista no tenía correspondencia, nadie tiraba de él, era sólo él caminando, tosiendo, sangrando, apoyándose en su espada.

Ah... Cómo aturdía. La luz lo aturdía. Luz difuminada desde el cielo, desde la tierra calcinada, entrándole a los ojos y cegándolo. Cómo lo herían los sonidos que faltaban, el silencio. Cómo ansiaba llegar a un refugio, una cueva donde rodar y tirarse,

qué le importaban las arañas y los escorpiones, un piso sólido en donde echarse a dormir, o quizás aquel monumento oscuro de más adelante que se alzaba para guarescerlo en su interior.

Volvió a reír junto con un quejido de dolor, y cayó de nuevo al suelo. El mundo daba vueltas a demasiada velocidad, y Necrostacia había caído lejos, dando tumbos en la arena. Reaper reía, sin importarle. Arañas. No había arañas en ese lugar. Cuanto mucho había...

Un escorpión, caminando cerca de donde su brazo estaba estirado y él se dejaba morir, sin hacer un sólo sonido. Veía su caparazón negro, brillante y perfecto, y las agujas que con precisión absoluta podrían envenenar a cualquiera. Lo veía caminar, acercarse y luego darse la vuelta de un salto, como queriendo mostrarle un truco, pero en cambio se secaba y se encogía hasta ser ceniza gris, hasta difuminarse y Reaper no sentía horror sino más bien pena, una infinita pena, tristeza y el inicio vago de una voz.

Al volver a querer incorporarse descubrió que Necrostacia no se le había caído sino que estaba parada frente a él, clavada en el suelo, esperándolo. Sus dedos ampollados aferraron el mango de hueso, levantándose. Cuántas veces habría hecho eso. Cuántas veces se había apoyado en su propia tumba, para avanzar.

El edificio estaba más cerca. Su mente hacía que el paisaje a su alrededor fuese irreal: la arena se hundía en pozos, de los pozos salían patas de insecto, como flores, colas con agujijones, o agua negra que retumbaba, espesa, o el sonido de espadas al chocar, de alguna batalla, de algún grito infantil, del sudor de la frente de los enfermos, del alarido de quien estaba siendo torturado, un silencio inadmisibles y también el grito de una joven rogando por algo, y varios estallidos, repetidos, veloces, y luego el ruido de algo expandiéndose y ocupando una ciudad, otra ciudad, un mundo.

Se mordió los dientes, y continuó, resistiendo los embates del dolor. Cuando no eran pozos la arena ascendía en finísimas espirales, pequeños puntos blancos flotando en el aire, desafiando a la gravedad como flores, las más particulares que jamás hubiese visto. Todo se veía lento, pausado, con una melodía que estaba siempre pero que sólo entonces podía ver. Quizás debería haber aprovechado la experiencia, pero aturdido como se hallaba tenía miedo. Algo estaba mal. Ese mundo, esa esfera, esos pozos, ese burbujeo innatural del suelo y el cielo, donde las nubes no existían, donde todo era una plancha ocre e insulsa, todo era vacío para él. Necesitaba escapar, y la espada lo guiaba, Necrostacia le susurraba de un regalo, de un poder, de algo que él había buscado sin proponérselo.

Dócil la seguía, pues no tenía opción. ¿No había querido eso? Ya no podía dejarse caer. Ya no podía rendirse. Si se rendía, los pozos se lo iban a tragar quién sabía dónde, y eso no lo iba a permitir. Si se rendía, los pozos y la negrura iban a tragárselos a todos: a Amu, a Allon, a Reed y Arksinad, inclusive a Rashka, Shimari o Linith, a Eluid y Caxer, al capitán Van Lyder o a Yeguilex. Debía continuar, le pedía la espada, y él obedecía. Él era Reaper. Estaba en un lugar indefinido, muerto. Por culpa de un hechizo. Con el propósito de...

Al llegar al umbral fue como si conociera la verdadera muerte. Ángulos rectos, oscuros, como los de la entrada a una mina de excavación, y adentro una oscuridad densa como la tinta, un horror despojado de mente y forma que lo llamaba, como una madre, y Necrostacia reía y lo empujaba para entrar, insinuándole cobardía, ansiosa por encontrar algo allí. Sus pies se clavaban en la arena, defendiéndose pues intentaba recordar algo, algo que alguien le había dicho, algo que se suponía que no debía hacer. Pronto sin embargo lo olvidó, pues sin darse cuenta ya caminaba en lo oscuro.

El mango de Necrostacia aferraba sus dedos con dedos propios, suaves. Reaper continuó, los ojos ciegos bien abiertos. No había nada para ver, sólo sombras. Hacía frío. Se sumergía en ese mundo, en ese infierno, y recordaba partes nubladas de su infancia, algún cuento infantil retorcido como los que se contaban en Eclant, sus festejos a las parcas que llevaban la muerte y las sonrisas de las calaveras.

Su espada negra brilló, leve. Desde atrás Reaper estuvo seguro de reconocer la silueta de Amu llevándolo, con el cabello rojo convertido en negro y la piel demasiado pálida, pero sintió que esa no podía ser Amu y por eso desvió la vista, negándolo. Vio entonces un rostro muerto en una columna, con ojos huecos escrutándolo, la boca cadavérica en un rictus sepulcral que lo heló.

Se frenó, tirando del mango, y Necrostacia volvió a ser del todo Necrostacia con una dulce protesta. Dónde se hallaba. Se hallaba en el infierno. El corazón no le latía con prisa, porque no tenía fuerzas, pero le costaba horrores respirar. Un olor a metal y encierro predominaba, y tomando la última de sus energías alzó a su garr tan alto como podía, buscando que sus runas iluminaran algo.

El brillo mortecino le reveló un espacio grande, pilares abismales llenos de rostros, un piso en relieve con manos y pies, con extremidades, con torsos, con sucesiones de costillas y gestos fallecidos que lo espiaban, recibiendo el chispazo verde que perturbó su sueño. Creyó ver el ojo de uno de esos cadáveres moverse, apenas, y continuó caminando. No podía correr, aunque hubiese querido. Caminó, buscando la salida o la meta, dejándose llevar de nuevo por esa Amu falsa, por esa imagen de Amu que no era Amu y que iluminaba un poco de lo que transitaban revelándole horribles visiones.

No había una parte del Tártaros que no hubiera estado viva alguna vez. Las paredes tenían ojos, que escudriñaban. Las manos sostenían techos de piernas y de bocas, y en ocasiones estiraban los dedos, buscando sujetarlo o acariciarlo, como si su presencia y la de la espada fuera un farol que los dejaba volver a la vida por unos instantes y no quisieran perderla, tan enredados entre otros, pegados, niños, mujeres, hombres, abrazados formando estructuras sólidas, metálicas, todos muertos, todos conscientes.

Dio otro paso más, y otro, y otro. Dejó las grandes columnas, y empezó el ascenso a unas escaleras que se recubrían de destellos esmeraldas, como abriéndole paso a un rey. Se preguntó si él era el rey. Necrostacia lo empujó más, juguetona. Le pedía que se apresurara, que subieran. Le prometía poder, lo que fuera que deseara. Ya iban a llegar. Ya iba a ver, la sorpresa que lo esperaba.

El siguiente salón se llenó de susurros, pero quizás era sólo el roce de sus ropas. El espacio mortuorio le calaba los huesos. Allí también todo era una oda al fin: las calaveras se apilaban, unas con otras y había también seis pilares cuadrados, distintos: enterrados con ellos dormitaban guerreros devas, o eso le decían las armaduras que portaban, en los cuales la construcción del Tártaros había hecho horrores y cables sin fin atravesaban sus ojos como gusanos, los obligaban a mantener las bocas putrefactas abiertas, caras que eran apenas retazos de piel tirante sobre la calavera lánguida, de mirada helada. Reaper pasó arrastrando los pies, maldiciendo su debilidad, subiendo más y más. Creyó ver a uno de esos guerreros muertos seguirlo con la mirada en un rictus fúnebre, pero no podía estar seguro. No podía estar seguro de nada, más de que la excitación de Necrostacia aumentaba y que pronto iba a llegar a destino. Todo lo demás era confuso, un viaje de ultratumba, un sueño del que quizás nunca despertaría.

Quizás lo otro era el sueño, y esa siempre había sido su vida. Un lugar así parecía querer decirle eso: que siempre había deambulado allí, pisando caras y manos, que siempre había sido guiado por la dama pálida y que lo que había vivido era una mentira,

una ilusión, una vana luz. Había caminado mucho más en ese extenso sepulcro. No sabía cómo, pero lo sabía. Tenía fragmentos dispersos, sombríos, de recodos escondidos en los que se había tambaleado. Su percepción se había dañado, pero todo eso iba a pasar, o eso le aseguraba su espada. Iba a desvanecerse, conocía una forma de terminar todo sufrimiento. En silencio lo consideró muy probable. Ahora al fin llegaría, y su pesadilla iba a terminar. El último umbral se hallaba mucho más cercano.

Al moverse hacia allí logró ver de reojo la figura apoyada contra el pilar, de brazos cruzados, mirándolo con una sonrisa amarga.

-No lo hagas, Reaper.

Sus pies se frenaron, ignorando los tironeos de Necrostacia. Sus ojos ciegos veían la oscuridad del frente, pero aún percibían la presencia de su padre, su mente intentaba desentrañar la trampa de adelante, la mentira en la promesa. Sabía que por eso él estaba ahí, para advertirle de algún peligro oculto.

Pero... Osald Assadan había muerto.

Se aflojó, y Necrostacia dio otra risita victoriosa al llevarlo. Pasó, allí donde las sombras se intercalaban con más fulgor verde, con ranuras de líquido fosforescente en las paredes. Y llegó a un amplio cuarto, en el que un majestuoso y raído trono se alzaba.

Y en el trono, un monstruo.

19. Alegría

El agua cálida masajéó las arrugas de su rostro por un largo rato, y Duran la dejó simplemente fluir, relajándose, exhalando un largo suspiro y permitiéndose perder algo de rigor en sus hombros, dejándolos caer para observar su cuerpo en el espejo sucio de aquella habitación: en cueros, el cabello largo y mojado, ya sin el negro lustroso que había tenido en su juventud, el torso ancho y muscular, bien formado para la edad, apenas atravesado por algunos cortes irregulares aquí y allá.

Nadie hubiera acusado a ese cuerpo de tener más de ochenta años. Era el producto de su ardua labor, desde su infancia, de su juventud en Scion trabajando para su pueblo sin descanso: esos días de invierno, tan lejanos, en los que meditaba por horas en el bosque nevado y luego conseguía leña, la cargaba, curaba a los enfermos, disciplinaba a los incorrectos y castigaba a los criminales. Le solían decir que era tan arisco y cerrado como un oso, y la comparación había terminado por sentarle bien pues un oso sería entonces: uno feroz e inflexible, pero que trabajara por el bienestar de los demás, que se sacrificara por lo que era puro y verdadero, por el bien mayor. Ya a los veinte años, con sus padres muertos y el único cuidado de su abuelo, había decidido ser un ejemplo al que nadie pudiera refutar. Y, serio y con expresión enojada, basaba su vida en aquello sin arrepentirse, considerándose siempre del lado de la luz, asistiendo a quien se lo pidiera y trabajando todo el día, no sólo con la magia sino con sus propios músculos, leyendo, intentando no descuidar un sólo aspecto de su ser. Cultura, pelea, esfuerzo, integridad: un verdadero pilar debía ser duro desde todas sus partes, no debía tener debilidades obvias que pudieran derribarlo. Así lo había creído, en ese entonces y ahora, suavizado por los roces de la vida, aún su mente anciana consideraba algo similar.

Se secó con la toalla, manteniéndola contra su cara unos segundos, y luego se vistió ensamblando poco a poco su armadura, esa armadura vieja y azulada que lo seguía entrenando como recordatorio de esas épocas. Ya no podía meditar en el bosque, ni cortaba leña para aldeanos ni curaba enfermos, y el arte marcial que había aprendido era más un reflejo que una actividad constante, como lo había sido entonces. Con los años el poder que lo separaba de sus congéneres se había vuelto más y más fuerte, obligándolo a buscar respuestas en la capital, donde conoció a su maestro Dordo, a Vannael, a Eterea y los demás miembros del Geral, donde creyó encontrar su verdadero objetivo y el ápice de la misión que había elegido para sí. Desde los veinte años entonces se había convertido en el alumno más viejo que Dordo Id Quaria hubiese

tenido, pero también el más prometedor y el más dedicado a su tarea, el más enamorado de la causa de Cel-Neckar, lo suficiente como para decidir instalarse allí en cuanto conoció a Vannael. Hacía años que no volvía a Scion, que imaginaba seguía en pie, pero también era cierto que, de volver, era seguro que pocos lo podrían reconocer. O, más seguramente, lo reconocerían como el prestigioso Dos del Geral Veintiún que como al oso Duran, el joven laborioso y firme que en algún momento había respondido a sus inquietudes.

Quizás, algún día...

Terminó de cerrar la parte que cubría su brazo, y se puso encima la capa pesada y amarillenta, con la capucha baja. Luego dejó aquel hotelucho en donde había decidido hospedarse y siguió su camino por la pulcra ciudad, ya descansado. Había sido un viaje largo, y Babel lo animaba con su blancura, con sus torreones, con la agitación general que reinaba. Los magos discutían por aquí y por allá sin verlo, pocos afuera pues la mayoría aún seguían en sus casas a tan tempranas horas, tanto por sueño como por el temor de lo que estaba pasando.

Habían asesinado a Sulfur Houppe.

Según las noticias, y las imágenes que algunos magos trasmitían por el mundo, habían sido los mismísimos duques de Kamui quienes lo habían hecho, declarando la guerra a Fariel e instándolos a atacar en un comunicado oficial, gritado a todo viento. Deneb Algedi era ahora un caos. Había pasado antes unas horas por allí, y por boca de Bullwe se había enterado de la mayoría: Yeguilex arrestado, la desaparición de Delta atribuida al imperio Kiel, la amenaza de Kamui pasándose de boca en boca y la espera de la decisión oficial, de si la guerra iba a comenzar o no. Los ánimos estaban caldeados. Oculto en un sucio callejón, mientras una procesión pasaba clamando por la vida de su héroe, Duran había visto a Bullwe hablarle fatigado, pidiéndole ayuda. No había podido hacer mucho, más que instar a las autoridades a liberar a Gio y contactar con el último aliado que allí le quedaba, temeroso. Pero si lo que planeaba ahora salía bien, no necesitarían más.

Bajo el metal de su peto el corazón le latía con violencia, desperdigando el odio y la ira que sentía, pero por fuera estaba calmo y apacible. Se habían equivocado en las anteriores jugadas, habían errado y por ello Sulfur había muerto. Vannael se le había adelantado en Kamui, y él lo había enviado a su muerte. Sulfur Houppe... La pena se aferraba de él, imposible de quitar. Al intentar detener una guerra, la habían terminado impulsando, y todo había salido tan mal como podía.

Dobló por otra esquina, subiéndose la capucha por las dudas de que alguien lo reconociera. Aún tenía tiempo para la reunión, y sabía en qué gastarlo. El sol apenas se asomaba, sobre un cielo limpio y absoluto, en un día frío y calmo. Se preguntó si Scion estaría disfrutando de una mañana igual, o si la nieve lo colmaría como solía hacerlo, si adormecería la labor cansina de su gente. Tuvo, por primera vez, la certeza de que había olvidado algo allí y debía recuperarlo, pero desistió de ello y en cambio se adentró por la puerta del local de Silva, a tan tempranas horas. También tenía cosas de las que encargarse, ahí en Babel.

Al verlo entrar con su propio juego de llaves la prestigiosa dueña del salón de té descendió las escaleras, en camisión. Duran la miró amable, dejando caer su capuchón y la boca de ella se abrió en una "o" perfecta, circular.

-¡Duran! ¡A estas horas...!

-Lo siento muchísimo, Silva –se excusó- Tengo cierta prisa. ¿Podría llamarla aquí? Dígale que la invito a desayunar.

La risa colmó el tranquilo espacio del salón, y Merady se reclinó aun más contra el asiento, tentada.

-Y luego Eluid...- volvió a reír, secándose un ojo- ¡Escupió todo! ¡Y quería aparentar que no, pero lo odiaba! Debería haberlo visto, Maestro Duran. ¡Le lagrimeaban los ojos del asco! ¡Pero esa bebida era espantosa!

Él también rio, entretenido, meciéndose la barba. No había nadie más allí y la puerta del local decía cerrado, así que no debían preocuparse por molestar a otro posible cliente. Cuando sus carcajadas se calmaron un poco más, Silva Fourland se les aproximó con una bandeja humeante: dos tazas de té y masitas variadas, esponjosas, cortesía de la casa, que depositó en la mesa que los separaba para luego dejarlos a sus anchas de nuevo, cuando por fin los estertores de Merady ya se habían calmado.

-La gente de Gikeldor tiene gustos muy fuertes...- concedió el Dos, divertido- Así que tu hermano no debería apenarse. A decir verdad, yo jamás me animé a probarlo.

-¡Oh, pero usted sabe como es Eluid!- respondió la joven haciendo grandes aspavientos, moviendo el cabello rubio con un bostezo. No parecía molesta por la temprana hora a la que la habían despertado.- Tiene esa... cosa tan de los hombres, de querer ser fuerte ante todo. Ni en mil años me admitiría que lo escupió.

Él asintió, comprendiendo a lo que se refería. Luego hicieron una pausa, y ambos tomaron de sus tazas: el té reconfortaba, caliente, esa infusión perfecta ante la visión de la luz que débil ardía contra el ventanal de al lado, la vacía calle de la ciudad, lo silencioso del momento. Duran no se arriesgó a probar las masitas, pero Merady sí engulló una u dos y entonces él apoyó de nuevo su taza, mirándola y preguntando.

-Y tu hermano... ¿sabes en dónde se halla?

La noble se encogió de hombros.

-Otra vez, usted sabe cómo es... Podría estar en Gikeldor, o en Aterror, o quién sabe dónde. Vendrá cuando menos lo espere, y se irá también de la misma forma. Es un hermano mayor bastante inconsistente el que los dioses me han dado...

Se mostró de acuerdo, con un suspiro. Luego apuró algo más de su bebida. Se hacía tarde, y el momento llegaría. El tiempo le había pasado volando, pero lamentablemente aquel desayuno no era eterno. Cómo le hubiera gustado que lo fuera, que esos instantes placenteros donde se reafirmaba la vida duraran para siempre, que el existir fuera una charla amena en un salón de té, con alguien que hubiera deseado fuera su hija, alejados de las guerras y la política, de los conflictos y el dolor, bañados por el iluso sol de la mañana. Cuánto hubiera dado por ello, pero el sufrimiento seguía existiendo. Al final, mientras quedara algo por hacer, los hombres rectos no iban a poder descansar.

-Merady- le dijo, viéndola tragar las masas frente a él y mirarlo confundida. Nunca le había parecido tan niña como en aquel momento.- ¿Eres feliz?

Como esperaba la pregunta la tomó por sorpresa, pero sus ojos celestes lo examinaron con suspicacia, como entendiendo la meditación en la que se hallaba sumido. Duran a su vez pensaba en ella, en cuánto debía de haber sufrido, en su pueblo

destruido y su constante huida, en el dolor que el futuro le auguraría si la guerra iniciaba. Se acercaban tiempos difíciles.

-¿Le ocurre algo, Maestro Duran?

No contestó, pensativo. Su pregunta no iba a encontrar respuesta, pero en el momento le parecía la más importante, el mejor y más definitivo de todos los cuestionamientos que se hubiera hecho. Que esa joven fuera feliz... Que el niño que había rescatado pudiera sonreír, que su otro protegido hubiese olvidado el terror de su pasado, que el mundo pudiera ponerse de pie siempre, lo blando de él, no sólo lo duro y feroz. Eso era lo que realmente importaba. Era esa la verdadera alegría, lo que había olvidado en su áspero cielo de Scion. Pero al menos quería creer... Quería tener la esperanza de que algo en esa cotidianidad continuara en pie, de que su rectitud hubiese servido para preservarlo. La sonrisa de un pequeño, a veces, era mayor prueba que un número o una palabra, que todo lo que su estadía en el Geral le había deparado.

Al hablar Merady lo sacó de su meditación, pero por su tono supo que quería dar una respuesta sincera.

-Sí. O mejor dicho, soy todo lo feliz que una chica puede ser. ¿Y usted, Maestro Duran?

La examinó por unos segundos, con los ojos bajo las cejas pobladas bien abiertos y algo ardiéndole en su garganta. Luego asintió con una sonrisa.

-Lo soy- aceptó- Estoy muy contento de estar aquí.

Se decidió por fin a probar una de las masas, sintiéndola dulce y amena en la lengua. La habilidad de cocina de Silva Fourland siempre iba a estar un paso más allá de ser admirable, o acaso en la mañana los sabores tenían una intensidad que en otras horas no podía apreciar. Luego tragó, mientras Merady lo examinaba dudosa, y suspiró.

Al rato la charla volvió a hacerse natural, y se la pasaron entre risas, recuerdos y anécdotas, aprovechando que la dueña del Salón había decidido cerrar por las noticias que circulaban el mundo. Duran oyó de nuevo a Merady contarle de sus cosas, la aconsejó, le habló de su propia juventud y de las viejas reglas que existían entonces, la invitó más masas, continuaron disfrutando del momento. Inquirió sobre los niños, que también se escondían en el salón y Merady le reveló que, si bien no hablaban aún, al menos notaba que varios ya parecían reconocerla. Le pareció una muy buena noticia. La joven le preguntó sobre Yeguilex y los suyos, allí en Fariel, y Duran no le contó mucho más. Lo mejor era que se olvidara de aquello cuanto antes.

Al último Silva se les aproximó, cauta mientras él deslumbraba a Merady mostrándole simples trucos con su magia: con la runa *Wunjo*, tomaba una servilleta y esta se plegaba creando una flor, o una grulla, o un barco sin que él moviera los dedos, y cuando la joven lo tocaba la grulla aleteaba y flotaba, o el barco surcaba aguas invisibles sobre la superficie de la mesa, o la flor volaba hasta depositarse en su cabello. La noble aplaudió, maravillada, y la encargada se inclinó hacia Duran.

-Jarbil Pil pasó en dirección al castillo.

Asintió. Con que ya era el momento.

-Gracias, Silva- se volvió a Merady- ¿Me acompañarías afuera unos segundos?

La refugiada accedió, y ambos se levantaron. Duran vio una mirada de aprehensión en la dueña al verlo acercarse a la puerta.

-Oh- dijo, fingiendo no comprender qué preocupaba a Silva- Ponlo todo a cuenta del rey.

Luego se dio vuelta, ignorando aquella mirada que lastimaba y salió afuera con Merady, recibiendo el aire frío de la mañana pero también la calidez del sol: un sol que

ya se elevaba en el horizonte, sacando destellos anaranjados, creando un haz allí donde se hallaban e iluminando sus rostros con su caricia. Sonrió apenas, pensando en la otra persona a la que debía ver y con la que había compartido un momento similar. La noble también observaba aquel efecto en el cielo, frente a la puerta del local, asombrada como una pequeña, por lo que las palabras le llegaron tardías.

-Merady, quiero que huyas de Babel.

En el rostro terso que se volvió hacia él había duda.

-Pero aquí...

-Las cosas se van a poner difíciles- le dijo, suspirándose y encarándola- Esta... guerra que se avecina. Vannael tomará parte, y la capital no estará a salvo. Busca a tu hermano, y escóndanse. Aléjate de aquí, y busquen algún lugar seguro. El continente central estará perdido.

Ella negó, más nerviosa.

-No sé dónde está Eluid. Lo he llamado pero...

-Entonces busca a Arksinad- resolvió él- ¿Puedes aparecer donde él está, verdad? Tienes tu Sello de Convocación. Pídele ayuda, que te refugie. Estoy seguro de que lo aceptará.

Se notaba que ella no sabía qué decir, impactada por lo que oía. Duran extendió su mano, cerrando el puño, y realizó un último truco.

-*Gyfu*.

De su mano emergió un puñal pequeño, plateado, que Merady observó con ojos bien abiertos cuando se lo tendió. Era un regalo que le habían hecho en una misión de Gikeldor, invaluable: un arma caza-demonios, según quien se la había otorgado, antigua y poderosa. Se lo extendió, y los pequeños dedos de ella lo tomaron. No había otra arma que alguien con su débil complexión pudiera cargar.

-Tenlo siempre contigo, pues te protegerá del mal- le advirtió, y la joven miró el filo brillante ante el sol sin siquiera saber cómo agarrarlo, entendiendo que el miedo de Duran por ella no tenía tanto que ver con la guerra como con la amenaza del rey y su brujería.- Y Merady...

Los ojos celestes se levantaron, inquisitivos, y Duran volvió a ver el intenso amanecer.

-Si ves a Arksinad, dile que lo siento mucho. Que me perdone, por no haberlo podido ayudar cuando más lo necesitaba.

-¡Maestro Duran, usted no ha hecho nada mal!- le espetó ella con convicción, guardándose el puñal- ¿Por qué...?

Pero se interrumpió, pues Duran le palmeó la cabeza con cariño. Se quedó viéndola, cabizbaja allí abajo entre la confusión y las lágrimas que no comprendía y se dijo que aquello había concluido. Quizás, si todo salía como debía, aquel momento y otros más podrían repetirse en una vida más feliz y de menos preocupaciones.

Luego miró la calle, en dirección al castillo. No sólo a Gallahard, sino a otro viejo amigo le debía una visita, y la hora señalada había llegado.

Era el momento de actuar.

Ya había dejado a su protegida bien atrás, y ahora surcaba las amplias calles de Babel dirigiéndose a los altos muros del castillo, su paso firme y decidido. A su alrededor los magos parecían más y más, discutiendo entre griteríos y exclamaciones arraigadas: las palabras “*guerra*”, “*Fariel*”, “*Kamui*” o inclusive “*Sulfur*” iban de boca en boca, las afirmaciones arrogantes, las belicosas, las de quienes no querían saber nada de otro conflicto. Duran pasaba entre ellos como una flecha, sin oír nada conexo, teniendo sus propias conclusiones sobre la batalla que se iba a avecinar.

Kamui había declarado la guerra a Fariel, pero sus ejércitos no se movilizaban. Eso, sin duda, se debía a que la declaración había sido más una afrenta, una en la que sin duda el Uno y sus seguidores tenían parte. ¿Pero luego? Una vez Shimari apareciera y aclarara el malentendido, o los duques de Kamui recuperaran el control y pudieran proclamar la paz, ¿acaso sería demasiado tarde? Era difícil de decir. Se habían desencadenado guerras por cosas peores que el asesinato de un héroe, pero la salud del mundo era demasiado buena como para creer que esta vez funcionara. El plan de Vannael...

No, con seguridad no era sólo la guerra a lo que el monarca apuntaba. La conclusión devenía del caos que tal contienda representaba: al asesinar a Sulfur, los bandos habían quedado confundidos, extrañados. ¿Kamui atacaba a Fariel? Bien. ¿Cel-Neckar lo defendía? Bien. Pero, ¿y Gikeldor? ¿Se suponía aliado a Kamui, por sus comandos kiel, o enemistada por su pueblo que adoraba a Sulfur Houppe? Era imposible saber qué conclusión tomaría el continente rechazado. Pasaría mucho tiempo hasta que los bandos se formaran, hasta que lo que era una chispa se desatara en un completo infierno. Lo que le decía, más que nada, que la intención de Vannael trataba más bien de la otra parte, de la destrucción de Deneb Algedi. Buscaba, como lo había hecho en aquella vieja reunión con los Diez, echar la culpa de su propio actuar sobre los kiels y así cubrir las huellas de su asesinato quemando la casa.

¿Pero por qué Vannael iba a destruir la ciudad? El propósito se le escapaba, aunque intentaba recordar y fragmentos de su discurso ante los Unnaon le llegaban, su voz profunda y aislada augurándole un terror, un héroe, una salvación que lo estremecía. Habían sido unos tontos, él y los demás. Vannael era una incógnita, siempre lo había sido, viniendo de ningún lado, con más poder que el de un humano podría cargar, con un propósito vago e indefinido. Habían caído en una trampa obvia por costumbre y esperanza, pero ahora iban a pagarlo. Las fichas estaban en posición. El plan de aquel maniático escapaba su comprensión, pero no por eso pensaba que careciera de sentido. Era sólo que sus ojos no podían ver más allá, que carecía de información sobre lo que había ocurrido u ocurría y sobre cuál era la verdadera lealtad de su errado señor, a quién era que había respondido su corazón todos esos años.

Al ver la blanca fachada del castillo pensó en Haluar, en Aibol, inclusive en la princesa Ruin y en Gaedal Arleon, que tanto lo había ayudado. Todos sacrificios, todos escalones que con su muerte habían quedado allí, formando un camino oscuro que ahora sus pies recorrían, el camino que convertía la luz en oscuridad. Suspiró, acelerando el paso e ignoró el saludo respetuoso de algunos magos que le reconocieron. Debía agradecer a Yeguilex. El general lo había cubierto, adjudicándose la muerte de Delta y gracias a eso Vannael no había podido enviar sus perros del Geral a por él. Era en parte por aquello que hacía lo que hacía, esperando que si lograba ese jaque mate Yeguilex fuera liberado de sus cargos y la guillotina se alejara de su cuello y su deber.

Atravesó el portón principal tal ráfaga, adentrándose por los largos pasillos y las columnas de decorados. Sorteó su oficina, los muros pelados, y cuando estaba por seguir vio una figura que lo obligó a detenerse, quieto como una estatua. Mila se hallaba a su lado, las piernas cruzadas y jugando con la seda roja de su vestido, sentada sobre uno de los múltiples bancos de espera que había frente a las habitaciones. Sonrió al verlo, y sus ojos ámbar brillaron.

-Anciano... ¿Viene a por la reunión, acaso...?

Su sonrisa era malintencionada, burlona. Duran quedó en silencio, viendo el frente. Sentía otra presencia más intensa, que atribuyó sin temor a duda a algún demonio de alto calibre que la protegía desde las sombras. La bruja dio una risita y se inclinó un poco hacia atrás, fingiendo incredulidad.

-Oh, Duran... Pobre de usted. No debería haber venido.

Siguió pensando, en el mago que había ayudado a Djinn y que no había podido reconocer. Acaso aquel poder sería un misterio eterno para él. Mila se incorporó, y caminó a su espalda con gracia, como si danzara a su alrededor, tentándolo a atacarla.

-¿Oyó las noticias, Duran? ¿Vio lo que va a iniciar? Una guerra...- se abrazó, fingiendo un temblor, pero fue una risa y no un grito lo que emergió de sus labios- De sólo pensarlo temo que...

Se interrumpió pues él levantó una mano, y el corte sesgó el aire frente a su rostro, dejándola paralizada. Los ojos iracundos del anciano se clavaron en los suyos, haciéndola retroceder un paso ya no tan confiada en su anterior cruel burla.

-Qué buena oportunidad se me presenta- le dijo, volviéndose a ella, amenazándola con su sola presencia- Te hallas muy desprotegida aquí, bruja.

La sonrisa de Mila venía ahora con unas gotas de sudor resbalándole por el rostro, pero igual no la abandonó. En cambio estiró uno de esos brazos enfundados en ropaje rojo, y las sombras emergieron: otros tres daevas, moviendo las colas, gruñendo hacia él con hambre insaciable. Duran pifió, divertido con la idea.

-Dame cinco segundos para tus perros, y uno para matarte a ti.

-No son para usted, Duran- respondió ella retrocediendo- Pero hay tanta gente en este hermoso castillo... O generales, en las prisiones de Fariel...

Se cruzó de brazos, parándose firme. Con que a eso iba. Rehenes abundaban, no podía negarlo. Aun así, la rabia y odio que sentían se extendió aun más hacia la joven bruja, que seguía retrocediendo con cautela. Clavó su mirada en ella, marcando las palabras con tanta furia como podía.

-Fuera de mi vista.

Mila mantuvo su sonrisa nerviosa por orgullo, pero luego se desvaneció entre las sombras. Él no pudo evitar sentirse satisfecho, habiéndose guardado demasiado rencor para aquella mujer durante tanto tiempo. Luego se dio de vuelta de nuevo, prosiguiendo su camino y sintiendo la sangre arder. Mila no era nada, no era más que otro peón que Vannael podía utilizar y arrojar a la basura. El rey, el verdadero rey, se hallaba en lo alto del torreón principal.

Atravesó el jardín central, evitando a la mantícora con un campo de energía propia y sin utilizar la runa de protección, innecesaria ante su poder. Luego comenzó a ascender las escaleras en espiral, certero en su intención, cada paso pesándole menos y menos. En la puerta, cosa no esperada, dos guardias armados con lanzas aguardaban, sobresaltándose al verlo llegar.

-¡Maestro Duran!- dijo uno cuando se les paró al frente pidiendo entrar- Lo siento mucho, pero el rey...

Se interrumpió al sentir el golpe en su estómago, y se desplomó en el suelo. El otro sudaba frío cuando los ojos del Dos se clavaron en él.

-Vete. O te convierto en sapo.

No necesitó decir más, y el pobre hombre escapó corriendo. No lo vio desaparecer por las escaleras sino que se quedó allí, frente a la labrada madera, oyendo las voces apagadas de los magos del otro lado e inspirando, dejando escapar el aire, liberándose de sus constricciones.

Luego sus cejas se enarcaron, y su magia se activó.

-¡VANNAEL!- bramó, y la puerta saltó en pedazos. Entró aprovechando la confusión, viendo la madera clavarse en el suelo y a los miembros del Geral que se volteaban presas del susto y la sorpresa: la bella Audula, su vieja amiga Eterea, Zark Argocette y Goliat Sidewinder, el taimado Jarbil Pil, inclusive Gallahard, quien aterrado retrocedió sin creer lo que veía. Varios se cubrieron los ojos, o creyéndose presas de algún asalto conjuraron esferas protectoras, pero Vannael en cambio ni se inmutó, sosteniendo una copa de vino y charlando amenamente con Unnaon Omega y Zaqq Quasar. Su abrigo de algodón ondeó para atrás por la ventisca, con fuerza, pero se mantuvo igual de erguido y dispuesto que siempre al volverse a Duran, extendiendo la mano enguantada.

-¡Duran!- lo saludó, como ignorando la ira que el otro exhumaba- ¡Es raro de ti llegar con tanta tardanza!

-¡Basta de bromas, demonio! ¡Muéstrate!

Se adelantó a paso furibundo, y los demás magos retrocedieron. Su ancho cuerpo se plantó delante del Uno, a varios metros de distancia mientras sus dedos se tensaban.

-Por la amistad que alguna vez tuvimos, te daré una sola oportunidad. Es hora de que confieses tus crímenes, Rey de Cel-Neckar.

Hubo murmullos, preguntas acalladas, pero el silencio dominaba la sala. Vannael seguía alegre, bajando el brazo con lentitud, jugando con la copa de vino como si meditara algo. La mirada que le clavara era compasiva, tal burlándose de un pequeño error, tal si todo aquello fuera tan sólo una hilarante confusión. Luego algo en él pareció enfriarse.

Un largo suspiro salió de la máscara, como si el otro se apenara de aquel desastre con una inclinación de hombros. La mano dejó la copa sobre una mesa, y una chispa recorrió el cristal: estalló, en pequeños fragmentos de vidrio y vino que se derramaron; pero nadie lo notó, todos demasiado concentrados en las dos altas figuras que se encaraban, en el silencio tensionante que reinaba.

No hubo ya alegría en la voz del rey cuando pronunció sus palabras.

-Hubieras sido inteligente, viejo idiota, y escapado cuando tuviste la oportunidad.

La mano acorazada de Duran meció su barba, sonriendo. Por fin se mostraba ante él, el verdadero Vannael, ese que pretendía jugar de sabio y sacro.

-¿Escapado, Vannael?- habló en voz bien alta, para que los demás miembros del Geral lo oyeran bien- ¿De qué voy a escapar? ¿De los demonios que tú y tu bruja invocan? ¿De ese asesino Djinn, que nos atacó a mí y a Sulfur en el camino a Sadalsuud, en tu nombre? ¿O de la guerra que has desatado con tus manipulaciones... brujo?

Hubo murmullos recorriendo el salón, y el rostro de Vannael se ladeó. Sus manos ocuparon los bolsillos, lo que Duran sabía era señal de que se disponía a luchar. Sonrió aun más, la ira que sentía fluyendo con libertad por sus venas. Algunos magos del Geral hablaban viéndolos, pero era poco lo que decían pues la tensión seguía subiendo.

-Además...- dijo Duran, mirándolo a los ojos, esos ojos rojos llenos de odio que sólo le daban asco- ¿Les diste a tus otras víctimas la oportunidad de escapar? ¿Le diste una oportunidad a Gaedal Arleon, a Haluar Marketz, o a Aibol? ¡Has matado a demasiados, gusano! ¡Te has escondido entre los justos demasiado tiempo! ¡La princesa Ruin, incluso tu discípulo...! Vannael, por los crímenes cometidos en contra de Cel-Neckar, Fariel, Kamui y Gikeldor, yo, Duran Id Scion, te pongo bajo arresto e investigación. Entrégate ahora, y no habrá peores consecuencias.

El silencio no duró mucho más, pues poco a poco el asesino se inclinó hacia adelante, y un quejido similar a un llanto lo estremeció. Luego otro, y otro, y pronto aquello que parecía un lamento se hizo entrecortado, salvaje, carcajadas llenas de desprecio e incredulidad. Su espalda, su tórax, todo se sacudía y todos vieron boquiabiertos al siempre sereno rey retorcerse de la risa, echando notas maquinales, dementes. Duran continuó serio, examinándolo, observando su locura. Unnaon Omega se le acercó, consternado.

-Maestro Duran, no creo que...

-Retrocede, Omega.

El hombre obedeció, quizás alertado por la urgencia en su voz. Duran sabía que no iba a ser sencillo, que Vannael no se entregaría tan fácilmente. Las risas seguían resonando por el salón, esa burla larga, infantil, pero aun así volvió a hablar, mirándolo con severidad.

-Termina esto de una vez, Vannael. Estás perdido. Bastaría una ida a Gikeldor, o a Sadalsuud, o siquiera hablar con tu alumno para comprobar que eres culpable. Todo ha terminado para ti.

La carcajada continuó un rato más, y luego el monarca se detuvo con un largo suspiro.

-Pues bien...- dijo, encogiéndose de hombros- ¡Me rindo, señores y señoras! ¿Quién quiere arrestarme?!

-¡Vannael...!- exclamó Eterea, sin poder creerlo. Otros también quedaron pálidos, mirándolo sin saber qué hacer, y sólo unos pocos, como Zark, sonreían entre dientes viendo aquel espectáculo. Sólo Duran lo juzgaba firme, viendo de reojo el terror en los otros magos, el de la cara de Gallahard que retrocedía, acobardado por lo que estaba ocurriendo. Bien, lo mejor era que todos se alejaran lo más posible de aquel monstruo.

-¡Vamos!- exclamó el rey, extendiendo sus brazos como alas- ¡Vengan! ¡Me declaro culpable! ¡Arréstenme, justos pioneros de mi organización!

Ninguno se atrevió a acercarse, pero Duran se mantuvo en su lugar. El silencio se hizo en la sala, todos viendo expectantes aquella revelación, aquel horror inesperado, sin un sólo movimiento, los gestos desencajados intercambiando miradas entre el Uno y el Dos. Al cabo de un rato de insoportable quietud Vannael volvió a bajar los brazos, pero su rostro continuó viendo el techo como el de un condenado.

-¿Nadie?- el tono de su voz parecía reflejar verdadera desilusión- ¿Ni siquiera se atreven a acercarse?

No hubo respuesta. Duran volvió a controlar a Gallahard, que se pegaba temblando contra una pared, presa de los nervios. El anciano buscó entre los otros rostros: asustados, temiendo, indecisos, incrédulos, todos ocupaban un espectro de inacción, que sabía jamás participarían en aquella batalla. Al rato el llamado de Vannael volvió a tronar.

-¡Vengan! ¡Les aseguro que no me defenderé!

Tampoco esa vez alguien se movió. La cabeza de Vannael bajó, con un suspiro decepcionado. Sus ojos carmesí se clavaron en Duran, también iracundos.

-Qué lástima... Estás solo, viejo inútil.

Luego desapareció de la vista de todos en un haz de luz.

-¡Uriel Shunoros!

Su imagen se fue repitiendo cada vez más adelante, acercándose hacia Duran a una velocidad incomparable. Cuando estuvo al frente cruzó ambos brazos, y la luz se ordenó sobre ellos, lista para dispararse.

-¡Azrael Shunoros!

Sin embargo, el Dos ya estaba preparado.

-¡Eihwaz!- dijo, y pisó el suelo. Un campo de runas se extendió desde su interior, y el hechizo divino de Vannael golpeó contra él para quedarse pegado, mantenido en el aire. El rostro del rey se desencajó de la sorpresa y Duran levantó su brazo, apuntándole- ¡Jera!

El ataque de Vannael salió rebotado contra él, y lo arrastró de nuevo todo el camino recorrido. Duran no le dio un sólo segundo para recuperarse, sino que se impulsó contra él; y apenas lo tuvo al frente le propinó un rodillazo con el poder de la runa *Uruz*, que lo obligó a doblarse en dos y escupir sangre por su máscara, pálido e incrédulo ante lo que estaba ocurriendo.

-¡Me subestimaste, Vannael!- lo miró él furibundo y volvió a golpearlo, levantándolo por los aires. Los ojos de su oponente se tensaron, adquiriendo aun más odio que antes, y cintas celestes envolvieron los brazos y la cintura del monarca.

-¡Zerachiel Shunoros!- conjuró este, y enormes alas se abrieron a su espalda, hechas de luminosidad sólida, estable. Las abrió cuanto pudo y se elevó contra el techo, buscando atacarlo desde donde no pudieran alcanzarlo.

Su intento quedó frenado, sin embargo, pues una pared de runas le impidió volar mucho más allá.

-No te irás de aquí- dijo el anciano, y levantó dos dedos hacia su rey. Tenía todo el control de la periferia del castillo, siempre lo había tenido. Si lo planeaba, jamás nadie podría dejar el lugar. Apuntó a Vannael que desde el aire se veía boquiabierto, y cadenas de runas salieron de sus manos, aferrándolo del pecho. Luego bajó su brazo con fuerza, y el rey descendió hacia él, sin poder evitar el siguiente golpe que lo botó contra otro muro, frente a todos los anonadados magos.

-Jodido...- maldijo el Uno, disponiéndose a atacarlo. Duran no le dio tiempo y volvió a tirar de la cadena, volándolo contra las sillas y las mesas, desperdigando vidrio, astillas y vino mientras lo hacía girar y luego lo atraía hacia él, impactándolo en el estómago y tirándolo al suelo.

-¡Yo danzo libre con la magia!- le dijo, pisando donde estaba y Vannael lo esquivó por los pelos, sus alas sacudiéndose como las de un pajarraco herido y lanzándole plumas, plumas que iban como flechas y que él desvió, con otro movimiento de su mano- ¡Has vendido tu alma y tu corazón, Vannael! ¡Has traicionado a lo que importaba!

Se adelantó de nuevo, propinándole un rodillazo en pleno rostro. Se sintió un crujido pero la máscara no se rompió, sino que varios de sus lazos se desataron y el rey fue contra el techo, en donde Duran utilizó las runas para que lo rebotaran de nuevo hacia él.

-¡Desaparece!- gritó, y volvió a golpearlo. Se sentía furioso, iracundo, cada golpe aumentando en él más y más sus ansias de acabar con ese enemigo, con ese mentiroso,

con ese traidor. El monarca rebotaba por aquí y por allá, pasando entre los otros magos que retrocedían, entre los aterrados miembros del Geral y sus seguidores que ya no sonreían, helados. No le daba un sólo segundo para contraatacar, aprovechando su ventaja de área y el terreno, aprovechando su aptitud física superior para impactarlo cuanto podía, aunque también él se estaba agotando y Vannael seguía consciente y vivo, sus ojos apenas adormecidos mirándolo con ese odio inhumano, ese rencor profundo y arraigado.- ¡Traidor!

Duran lo pateó en la quijada, teniéndolo al frente. Ya estaba muy cansado; mantener la protección en esa habitación era extenuante, así que lo mejor era terminar aquello de una vez. Vannael acercó una mano hacía su rostro, cargando luz y él la segó de un movimiento: salió volando por los aires, entre un charco de sangre negra y espesa. Lo sabía. Sabía que aquel hombre no era un ser humano, ni ninguna especie que conociera. El rey ahogó un quejido, retrocediendo y Duran lo apuntó, dibujando un sello mágico con su dedo, utilizando casi todo el maná que le quedaba en un ataque devastador.

-¡Foutharc Othalaz!

Los filos salieron a toda velocidad, invisibles y cortando a su oponente en pedazos de lleno como si fueran armas de alto calibre, espadaos lunares de algún dios que lo protegía. El cuello, los brazos, las piernas, inclusive el torso: todo Vannael se desarmó en trozos y negrura ante el alarido de los que veían, cayendo al suelo, moviéndose, hilos negros en su interior saliendo y trepando.

Duran casi cayó de rodillas, agotado. No pensaba rendirse, de cualquier forma, pues sabía que su trabajo no estaba terminado. Los hilos de Asherat ocupaban el cuerpo mutilado del rey, e iban a unirlo de nuevo para permitirle continuar su vida. No tenía más magia, quizás, pero si al menos se permitía destruir la máscara que había saltado ya fuera del rostro, el demonio no podría curar a su brujo. Corrió hacia su objetivo, preparando un último hechizo, pero apenas lo apuntó sintió una mano apoyarse en su espalda.

Quedó helado al percatarse de que era la que había cortado antes, moviéndose sola y cargando una luz que lo arrojó más adelante, hacia el brujo. El cuerpo de Vannael se rearmaba, rápidamente, levantándose como un bendecido y doblándose hacia delante para recibirlo: las muñecas se unían a los brazos, el torso con las rodillas flexionadas, la cabeza plegándose de nuevo al cuello atraída por esos cables negros y lustrosos, cubierta por el cabello, las heridas previas a las que el Dos le había hecho tomando ambas mejillas, el tatuaje con el número Uno reluciendo.

-¡Gallahard!- exclamó Duran, a su última oportunidad- ¡Congélala!

El joven Tres se aproximó dos pasos, temblando de pies a cabeza. Antes de que se atreviera a hacer nada, sin embargo, el rostro de Vannael se irguió del todo uniéndose al torso y sus ojos rojos lo miraron fríos, asesinos.

Gallahard cayó al suelo, de la impresión, y Vannael terminó de armarse, levantándose justo frente a Duran que era empujado hacia él. Su rostro quedó al lado del oído del anciano, esa cara demacrada, serena, llena de hastío al susurrarle un secreto.

-Una vez fui un traidor.- le dijo, apoyando una mano en su pecho- Pero nunca más. ¡Shinoras!

El poder lo impactó, al tiempo que las alas de su enemigo volvían a abrirse, tiñéndose de negro por la corrupción demoníaca. Duran no pudo cubrirse y salió volando contra el ventanal, estallándolo en trozos de vidrio y manteniendo la

consciencia mientras su armadura se desvanecía y él quedaba en el aire, en lo alto del torreón, cayendo con la sensación de que el tiempo no pasaba.

Apuntó al alfeizar de la ventana, y la cadena de runas lo sujetó en un último y desesperado intento. Hubo un haz y Vannael apareció sobre él, flotando con sus alas, con el sol dándole de lleno en ese rostro monstruoso y cruzando sus brazos de nuevo desde arriba, recortando el límpido cielo con su cuerpo.

Trazó una línea violácea con su dedo.

-Aquí termina todo, Duran. ¡*Aurion!*

Duran también envió su propio conjuro, pero sus reflejos estaban atontados por el golpe recibido y apenas pudo hacer nada. El hechizo le dio de lleno, mandándolo contra el jardín toda esa altura, estallando en pedazos la cadena con la que se aferraba. Cayó intentando mantener los ojos abiertos, deslizándose, sin nada que lo sostuviera, viendo la figura de aquel ángel elevado mirarlo desde arriba mientras perdía la consciencia, mientras se desarmaba. Su último pensamiento fue para Merady y Gallahard, cuánto deseaba que estuvieran bien o que huyeran. Creyó ver gorriones, puntos negros indefinidos volando por sobre encima del rey, del castillo y la ciudad, a la deriva. El esplendor del cielo se hizo demasiado intenso, cegando todo color, devorándolos, y entonces una infinita negrura le dio la bienvenida.

Un crujido seco fue lo que les dio la certeza de que Duran no había podido detener su caída, y fueron varios los que corrieron en dirección al ventanal roto, intentando brindar una ayuda ya tardía. Al tiempo que se acercaron Vannael se desplomó contra el piso, cancelando sus alas, sujetándose el rostro y con su brazo libre tanteando el suelo en búsqueda de su máscara, con furia y desesperación. Todas las heridas de su cuerpo ahora eran cortes limpios; cosidos con hilo negro, hilo que se movía y retorció, mostrando otra vida mucho más corrupta en su interior. Gallahard no se hallaba mucho más lejos del ciego rey y su pesquisa, sin atreverse a acercarse, pegado contra la pared pálido como la cera y presa del horror y la culpa.

Su mirada se desvió hacia el cielo que se veía por la parte destruida, con un jadeo. Duran había muerto.

Vannael tosió sangre, maldiciendo, y por fin Zark Argocette se aproximó y le tendió su máscara, que el Uno colocó sobre su rostro como si le fuera vital para respirar. Quedó así, sentado, cubriéndose la cara con ambas manos y haciendo que los hilos negros la sujetaran de nuevo mientras que el resto de los invitados seguía viendo a Duran quebrado sobre el pasto del jardín, a la mantícora que relamiéndose se le aproximaba.

La respiración de Vannael era profunda, y se lo veía tanto sorprendido como debilitado. Gallahard retrocedió aun más, girando, intentando salirse de su percepción. El miedo lo paralizaba por completo, pero también la culpa le quitaba propósito y dirección, y lo único en lo que podía pensar era en huir. Si lo hubiese congelado...

Los dedos del Uno se estiraron hacia adelante, y Gallahard se cubrió por reflejo temiendo un ataque.

-*Raguel Shunoros*.

Hubo exclamaciones de miedo y asombro al cubrir la esfera de luz el cadáver de Duran, encerrándolo junto con la hambrienta mantícora. Etérea, Unnaon Omega, Zaqqa y otros magos se dieron la vuelta, viendo al rey que aún intentaba calmar su respiración, arañándose el cuello con furia, arrancando trozos de carne que los hilos tapaban de nuevo, sin permitirle herirse.

Luego Vannael poco a poco se incorporó, ignorando la ayuda solícita de Zark. Con esfuerzo se plantó de nuevo frente a sus seguidores y los magos que lo desconocían todo sobre él, sus ojos destellando, el porte majestuoso de siempre por el momento quebrado por la golpiza. Los miró uno por uno, desafiante, y su voz quebró el silencio.

-Que esto les sirva de lección.

Avanzó tambaleándose hacia la ventana, como si quisiera ver su propia obra. Todos retrocedían al verlo pasar, plegándose, evitándolo con temor o intercambiando miradas, muchos sin saber en qué bando estaban sus compañeros o cómo debían actuar.

-A partir de este momento...- dijo el rey- Comenzará una nueva era. Una vez el héroe elegido regrese, las reglas como las que Duran seguía quedarán atrás: ¡Olviden a su bondad y su justicia, a sus dioses y santos! Habrá fuertes, y débiles, y con esa verdad se regirá el mundo. Habrá caos, y un orden superior conteniéndolo, y la complacencia en la que se hayan sumidos acabará en una guerra sin fin, separando a los brotes tiernos de los grandes tallos, a las casas débiles de las resistentes, a quienes pueden ver un futuro de quienes sólo saben arrastrarse y pedir misericordia. Recuperaré... La escena que Albion me arrebató hace ya cuatro siglos.

Se dio vuelta, mirándolos con odio.

-Duran me dio una batalla digna, pero con esto he derrotado al único que podía desafiarme- escupió- Así que mi camino ya está limpio. La era de los verdaderos conquistadores se aproxima de nuevo, y mi héroe volverá para dominar este mundo. ¡Esparzan las noticias, si lo desean, sean eso que Duran consideró mi perdición! Ya es demasiado tarde para el resto de cualquier forma.

La palidez y el miedo en todos se sentía en la atmosfera, pero ninguno se atrevía a huir. Gallahard ya se hallaba contra un rincón, echado, dejando las lágrimas fluir y recordando un atardecer, una charla con su compañero allí al salir del salón de té, una pregunta hecha a una mente que no veía nada. Pero ahora veía, sus ojos celestes observaban a aquella cosa negra y grotesca que era Vannael y temían, lo maldecían a él y a sí mismo.

Pronto el rey pareció calmarse, ya ignorándolos a todos, sólo viendo el cielo despejado tras la abertura. Parecía estar meditando, pensativo con lo que ocurría y sin importarle aquellos que podían acusarlo, sin importarle mucho nada de lo que acontecía a su alrededor.

-Bien...- musitó, viendo con *Zadakiel Shunoros*- La Espada Negra ya está en posición.

Se torció de nuevo hacia todos, examinándolos, y su mirada apenas se posó en Gallahard.

-El otro ya va a despertar- dijo, e hizo un gesto a sus seguidores, al puñado de magos que le eran leales aun conociendo su corrupción- Es hora de que arregle la última de las piezas... En la Ciudad Dorada. Zark, encárgate de mantener a nuestros invitados aquí.

Y desapareció, en un fulgor de luz que los dejó a todos sin habla. Argocette se relamió, mirando a los demás, y Jarbil Pil, Goliat Sidewinder e incluso una reticente Audula Adahiada se pusieron a su lado, la última tolerando la mirada desencajada de Unnaon Omega, volviéndose al resto como guardias carceleros.

Por un tiempo, todo lo que se pudo oír dentro del castillo de Babel fue el llanto contenido del Tres, sus sollozos secos y la desconfianza entre los magos que se enfrentaban con la mirada, perdidos de toda causa, propósito y misión.

20. Cruzada De Miclanteurión

-La sesión da inicio. Se abre el juicio al señor Yeguilex DaWillse, General de las Treceavas Fuerzas Especiales de Fariel, ciudadano de Deneb Algedi nacido en Gikeldor, Zubeneschamali, imputado por los cargos de asesinato con carácter político y conspiración, así como desacato del deber y traición a su patria.

Se notaba cierto cansancio en la voz normalmente potente de Unnaon Alpha, y el anciano hizo una pausa para revisar sus papeles, como distraído. La sala quedó entre el murmullo de voces en la oscuridad, el sonido de las páginas al pasarse y los comentarios que desde las tarimas rebotaban como ecos por la oscuridad, sin definirse. Yeguilex, en medio de todo, sin armadura y con las manos esposadas a la espalda, no dijo una sola palabra.

-Señor DaWillse- se adelantó Unnaon Beta, con su tez oscura y también aspecto de hallarse demasiado ocupado esos últimos días, pero aun así conservando energía- ¿Acepta su culpabilidad en los cargos mencionados?

Desde la tarima de Unnaon Zetha, oculto gracias a las cortinas que el niño había dispuesto, Bullwe se adelantó viendo a su general, sin que este pudiese detectarlo. Allí en lo alto nadie pudiera haberlo descubierto, pero además había tomado precauciones y había cambiado del todo su apariencia: afeitado, con el cabello castaño echado hacia atrás y ropas de calidad parecía otra persona y no el dejado soldado de siempre, más apuesto y con algo en su mirada más despierto, calculando. Tras él, al fondo, Unnaon Zetha y un deprimido Gio Reda comían uvas en una mesita, sin decir una sola palabra o escuchar realmente un juicio que sabían era más una simple formalidad burocrática.

Bullwe apenas los tenía en cuenta, prestando atención al silencio de Yeguilex, a la pausa que tomaba antes de responderle a las máximas autoridades que lo juzgaban ya culpable. Aquella farsa iba a terminar mal, por lo que presenciarla era para él una especie de castigo por su incapacidad, por el no tener ya en quién contar ni planes con los que detener lo que se avecinaba. Duran había venido, sí, fugaz por Deneb Algedi y por sus palabras le había parecido que todo iba a salir bien, pero entonces en medio de su charla las noticias se les habían adelantado y las voces de los duques de Kamui ocuparon el mundo: declaraban la guerra, a Fariel, levantando el cadáver mutilado de Sulfur Houppe como un macabro trofeo y ordenando al reino deponer sus tierras y su capital al control de Sadalsuud so pena de recibir una invasión. El caos se había desatado entonces, y el anciano Dos parecía haber limitado sus opciones dejándolo al

cuidado de Unnaon Zetha, que si bien se mostraba amistoso y había oído sus advertencias todavía no parecía muy seguro de qué bando tomar, de si creer el supuesto advenimiento del fin o simplemente dejarlos a la deriva, alejándolos de Yeguilex. Bullwe sospechaba, cada tanto, que tal vez lo mejor sería de una vez pedir asistencia a los kiels o a Leude, quien seguía estando encargado de la mayoría de sus tropas en la periferia de la ciudad, acampando y esperando a un enemigo que no se dignaba a aparecer.

-De algunos- cortó la voz de Yeguilex sus pensamientos, respondiendo a la pregunta hecha. El militar depuesto miró a Unnaon Alpha a los ojos, y más atrás Bas Kegan se atizó el bigote, con un chasquido de lengua fastidiado.

Hubo una sonrisa cansina en los labios del anciano. Eran pocos los miembros de la Cámara de los Diez que allí se hallaban: Alpha, Beta, Zetha e Io, mientras que el resto estaba afuera, preparándose para la guerra, o en la reunión del Geral que Vannael Danterkiss Eel había convocado. La anciana, Unnaon Io, se inclinó hacia Yeguilex con vehemencia.

-¿Qué cargos acepta, general?

-Asesiné a Unnaon Delta- respondió el hombre- Y evité mi deber. Pero no he conspirado contra Fariel ni traicionado mi patria.

Hubo un revuelo entre los presentes, y varios de los de la Cámara se miraron, escuchando más la primera parte que la segunda. Kegan dio una risita satisfecha, y Bullwe no pudo evitar suspirar, ya sabiendo lo peor. De estar ahí, él lo hubiera jugado distinto: al confesar su supuesto papel en la muerte de Unnaon Delta, las siguientes palabras habían quedado mudas para los oídos de todos.

Se torció hacia la mesita, y aceptó el trago de vino que el heredero de los Vander le brindaba para pasar un poco lo que vendría.

-Entonces...- dijo Arksinad, mirándolos de reojo- ¿Qué han estado haciendo por aquí?

-Jardinería- contestó Nakku poniendo los ojos en blanco.

Reed tosió, y apuró el paso de su wyvern con Arksinad sentado atrás, de costado, mirándolos a ambos intercaladamente con mucho interés. Había creído que su maestra montaría con él y dejarían el otro lagarto al mago, pero la seeler no había querido saber nada de abandonar su montura y por eso allí se hallaba, apretujado con su amigo mientras cruzaban la arena a toda velocidad hacia el Tártaros, buscando interceptar a Reaper antes de que fuera demasiado tarde.

No se hallaban muy lejos, por suerte. Era probable que en segundos ya apareciera el condenado edificio, la oscuridad y quietud que le rodeaba.

-Buscábamos la última herencia de Albion- respondió, y el celestiano los miró asombrado.- Por cierto, los daevas nos atacaron en el camino.

Arksinad palideció un poco, mirando hacia atrás como si temiera que los siguiesen.

-¿Los evitaron? ¿La obtuvieron?

Como toda respuesta Nakku levantó su brazo, y mostro de allí dos cosas: una era una esfera negra, concentrada y sujeta con alma; la piel de Ashmogh, Saurva y Araska ya preparada para ser tejida con seele en un ropaje apropiado, y la otra también una esfera, pero más irregular, fluctuante, como si tuviese pequeños granos de arena intentando escapar de su superficie blanca sin fuerza. Se asemejaba, en cierta forma, a un fruto pétreo y granulado. Arksinad la observó con una sonrisa torva, sujetándose bien para no resbalar y luego miró a ambos, divertido.

-¿Albion te dejó una canica?

Masculló un insulto, y evitó responder. En realidad, todavía ninguno tenía idea de qué se suponía era aquella cosa, pero habían decidido llevársela a Ventrysten y al resto de la Organización para que descifrarán su propósito a como dé lugar. No iba a haber casi muerto por conseguir una... bola maleable, o una canica como la había llamado.

La miró apenas, más concentrado en guiar su wyvern con sus brazos ya sanados, y Nakku la volvió a guardar. Tras él Arksinad comenzó a atarse partes del cabello que le había crecido en dos pequeñas trenzas que caían tras la oreja, doradas, utilizando hilo de sus propios ropajes. Al descubrir que la Bellow miraba su quehacer le sonrió y estiró las manos en un gesto triunfal.

-¡Ta-da!

-Ugh, ni siquiera te esfuerzas.

El gesto del elegido se agudizó, mirándola de reojo como disfrutando del momento.

-Pensé que querías matar a Reed, Deihr.

Ella se tomó unos segundos para responder, distante.

-Hace un buen trabajo con eso por su cuenta, a decir verdad.

-Que fueras del grupo de Sephid...- el torso de Arksinad se echó hacia atrás, incómodo. Ya en el horizonte la tierra se volvía gris, y una figura oscura les presagiaba la llegada a destino- Eso sí que no lo esperaba.

-La vida está llena de sorpresas, ¿no?- sonrió la seeler. Arksinad le devolvió la expresión y Reed sintió que hablaban a un nivel que su cerebro de aldeano no podía comprender.

-Ya lo creo- dijo su compañero, mirándolo y haciendo una elocuente seña- Es la segunda vez que vivo, y aún me sigo maravillando.

Tuvo un estremecimiento y no pudo evitar enrojecer, pero ella en cambio pifió y tiró de las riendas de su wyvern, de improviso frenándolo. La imitaron, con más torpeza, y las garras de los lagartos hicieron un ruido sordo al arrojar arena por doquier en la abrupta parada, quejándose el animal con un revoleo de su cola. Reed pidió perdón mentalmente y se torció hacia Nakku, quien veía abajo, al Tártaros que se alzaba imponente y angular, al plano baldío que lo anticipaba con su muerta flora.

-Oigan...- les dijo, agudizando la vista- ¿No es ese de allí su amigo gruñón?

Miraron de nuevo el espacio, intentando buscarlo entre los troncos resecos y las piedras que dominaban el terreno. En efecto allí abajo Reed lo consiguió: tambaleándose, ciego, utilizando a Necrostacia para apoyarse y acercándose más y más a la puerta del edificio, como un condenado, como un alma en pena que se perdía hacia su destino, el joven guerrero avanzaba sin oír nada, enajenado del mundo y lo que le rodeaba.

-¡Reaper!- lo llamó, pero los ecos de su voz se perdieron en la atmósfera densa que rodeaba al hogar de aquel monstruo. Chasqueó la lengua con enfado, preparándose, y aceleraron entonces para intentar alcanzarlo, viendo a las sombras tragárselo y a su figura desaparecer por la entrada del Tártaros, bajo el influjo de la espada negra.

Hubo, en cuanto ocurrió aquello, un pulso espectral en las líneas que cubrían al edificio, latentes con una energía verde y de otro mundo, que les presagió que nada bueno se avecinaba.

El revuelo duró unos instantes más, lo suficiente como para que Bullwe se acabara del todo la copa de vino y la tendiera en la mesa, limpiándose la boca con la manga. En todo aquel barullo Yeguilex permaneció firme, distante, mirando a los ojos al líder de los Unnaon y sin ceder a los gritos indignados, a los chillidos de quienes lo señalaban acusándolo de traición, a los reclamos de quienes pedían su muerte a toda costa. Fue Unnaon Beta quien hizo callar esas voces, molesto, y luego el más anciano se dirigió a Yeguilex con suma atención, dejando los papeles que revisaba y hablando con interés.

-¿Cómo es que el asesinar y reemplazar a una figura de Fariel no es conspirar contra el reino, general DaWillse?

Bullwe se acercó más al balcón, esperando la respuesta junto a todo el resto de la corte. Yeguilex se tomó unos segundos para hablar, armando sus palabras.

-Porque... Unnaon Delta no respondía a los intereses de Fariel.

-¿Y tus amados kiels sí?- se entrometió Kegrán, pero calló al hacer una seña Alpha.

-¿Y por qué dice eso?

La mirada del líder era realmente curiosa, pero como aquella que revisa a un chiquillo travieso, preguntándole por sus motivos. Aun así, Bullwe no detectaba hostilidad en sus inquisiciones. Quizás, si Yeguilex intentaba al menos poner en duda la integridad de Delta...

-Unnaon Delta era un brujo- terminó respondiendo su general- Sobrevivía alimentando a su demonio con niños que...

-¡Patrañas!- bramó Kegrán.

-Continúe, Yeguilex.

-Con niños de Gikeldor- terminó- Desconozco quién se los suplía. Al averiguar eso me temí que...

-¿Tiene alguna forma de probar lo que está diciendo?- interrumpió Unnaon Io esta vez. En su rostro amargo se veía todo el disgusto de la incredulidad.

“Creen que intenta ganar tiempo para salvarse”, pensó Bullwe, maravillado, pues esa acción era impensable en alguien tan recto y honesto como lo era Yeguilex. Era, de cualquier forma, entendible: desde la declaración de guerra de Kamui, el enemigo estaba establecido para todos y no había mucha forma de que todos esos viejos líderes le creyeran a quien de frente había admitido muchas veces responder a los intereses del ya mermado imperio kiel. Pero, también, su general había abierto caminos interesantes.

-Pude rescatar a uno de los niños, el mismo día que maté a Delta. Actualmente se haya refugiado en la casa de uno de mis subordinados.

La sala quedó en silencio, un silencio de sorpresa y hostilidad. No lo compraban. Era obvio, por los gestos torvos, displicentes, iracundos o llenos de sorna que no se estaban tragando una sola palabra de las que el militar decía.

No pudo evitar chasquear la lengua con enfado, y apuró otro trago de vino. Sin Duran en la historia, perdían una credibilidad enorme que se volvía imposible de recuperar. Y si no se equivocaba, la siguiente pregunta era...

-¿Y por qué, entonces, ese supuesto niño no está aquí?- preguntó la voz profunda de Unnaon Beta, no sin algo de irritación- ¿Por qué ocultó la muerte de Delta, si fue impulsada por tal heroísmo?

Esta vez sí el hombre quedó mudo, pensativo, y los abucheos en la sala incrementaron su volumen. Más al fondo Unnaon Zetha dio un suspiro, algo más expresivo que Gio quien se hallaba con la cabeza sobre la misma mesa, los brazos cruzados bajo el mentón, exhuyendo tristeza y depresión. El ahura, sospechaba Bullwe, se culpaba de no haber notado a los soldados que se habían infiltrado en la mansión y de seguro hubiese cambiado posiciones con el general en un abrir y cerrar de ojos.

-Tenía que conseguir tiempo- admitió Yeguilex- Dispongo de información, que me auguraba que esta ciudad se hallaba en peligro, y no sabía qué otros aliados podía tener De...

-¡Tiempo!- se entrometió de nuevo Kegrán, adelantándose, pero esta vez los Unnaon no sancionaron su interrupción- ¡Tiempo, dice! Señores, seamos todos honestos: aquí sabemos cuáles son los verdaderos intereses de este sujeto. ¡Tiempo habrán querido los comandos en Gikeldor, para entrometerse en nuestras políticas! Con algo más de tiempo a este... traidor, ¿creen que hubiese revelado algo sobre su asesinato? ¿Qué hubiera venido aquí, plantando cara, a explicar esa supuesta trama de brujería y niños secuestrados? ¡Jamás! ¡Tuve que amenazarlo de muerte para que se entregara! Yo mismo vi como trataba a los suyos, ¡es un monstruo! Pero un monstruo muy leal, no se confundan...

Su mirada se agudizó, y el mostacho enorme que cruzaba su rostro vibró por la emoción, viendo a Yeguilex a los ojos victorioso.

-...sólo que no a nosotros.

Entonces Bullwe observó no a Yeguilex, quien continuaba sereno ante ese embate ni al fanático Kegrán, si no que vio más allá de la sala, de las miradas, de los murmullos y se enfocó en el gesto de Unnaon Alpha: la boca torcida, en cierto disgusto apenado, la mano huesuda sobre la mejilla flaca, con desgano, como si ya diera por terminada esa sesión. Lo vio desde allí, desde su balcón, oculto por las cortinas y volvió a considerar que, en cierta forma, todo aquello era una farsa y Yeguilex no tenía una sola oportunidad. Había una mano más grande dominando a todos allí, una mano blanca de rey, y Fariel había danzado a su antojo desde el día en que Vannael había dispuesto su profecía: que el cuerpo que descansaba en la ciudad maldita sería el héroe que los salvaría de Kamui, el héroe dejado por Albion para tomar el mundo en sus manos.

Las políticas de Unnaon Delta, cerrando el Templo del Centro del Mundo y sin interferir, eran acordes a esa profecía. Y Yeguilex, agente kiel, el enemigo, matándolo y suplantándolo, era una conclusión ya firmada, todo dicho, por lo que entendía el gesto resuelto de quien se decía apilaba los grandes secretos del mundo. Para los Unnaon, ya estaba todo dicho.

Quedaba por ver, entonces, si el llamado desesperado que su general iba a hacer pudiera al menos despertarles un recelo que salvara a Fariel de la catástrofe que se avecinaba.

El hombre, había concluido como muchos una vez Reaper, teme a lo que no puede ver, a lo que desconoce. Tanto era así que en la noche se despertaban los horrores, que los demonios eran sombras, que lo que estaba tras una puerta cerrada era motivo de ansiedad y desconsuelo, de deseo y odio. Era esa tal vez una verdad innegable pero allí, en ese sitio oscuro que poco a poco se iluminaba y le revelaba la figura sombría en el trono, tuvo por primera vez la consideración de que el pensamiento era errado.

Pues sin duda temía, al monstruo que allí reposaba, muerto y reclinado en su enorme asiento: un esqueleto, como los demás, pero un esqueleto dos veces más grande, imposiblemente robusto, de huesos negros como el resto de aquel sitio y una armadura vieja, arcana, hombreras gigantescas y gastadas por los siglos, la mandíbula colgándole como un collar y el resto del cráneo hundido, cruzado por una abertura similar a un relámpago, lo más oscuro de todo el Tártaros cocinándose en las cuencas de sus ojos. Era el ápice de los horrores que allí había experimentado, el rey que la visión de todos esos esclavos durmientes le habían prometido: no él, sino esa cosa, ese... Espectro corpóreo.

Quizás por miedo, o por el mismo empujón que lo había ido guiando, dio un sólo paso hacia ese cadáver, helado, viéndolo con la sorpresa de quien recién recupera la consciencia, adquiriendo de nuevo sus sentidos. Se sentía helado, frío, perdido en ese mundo inhóspito. ¿Qué hacía ahí adentro? ¿Por qué había entrado? Alguien lo había empujado, una mano lo había guiado certera hasta ese sitio. Y era...

Miró a Necrostacia, y la espada le hizo una risita burlona, con intención.

-Maldita...

Hubo un latido fuerte desde su arma, como el del corazón de un dios, y todo el edificio vibró: el suelo se sacudió, la energía esmeralda recorrió paredes y techo y hubo un halo espectral en el cadáver que reposaba, revelando cada una de sus costillas, su corrupción, la deformidad de lo que alguna vez había sido un deva.

Cayó de rodillas, perdiendo fuerza, y Necrostacia dio otra risa encantada. Sentía ahora otra voz coreando a la de su espada, mucho más profunda, sepulcral, hablándole en un idioma desconocido y retorciéndose, siempre muda hasta el momento. Intentó concentrarse, para huir de allí tan rápido como podía, de ese sitio que cobraba vida, que pulsaba, que empezaba a temblar como si se dispusiera a moverse. Apenas alzó la vista, sin embargo, lo que vio lo heló de pies a cabeza.

El pie del esqueleto se había adelantado, como atraído por el farol de vida que era Necrostacia, brillando con un fulgor verde que ascendió como las llamas de una hoguera por su cuerpo, envolviéndolo en un abrazo. El rostro de Reaper se desencajó al contemplar a Grimold Styxer absorber algo de su cuerpo, a los tatuajes en su brazo ir borrándose uno por uno, a aquella cosa viscosa que había tomado hábitat en él durante la batalla contra Skectral salir de su pecho, desprendiéndose de su ser, uniéndose a las lenguas de fuego verde que envolvían a Grimold y regresando a su lugar: una esfera verde, como un pequeño sol enfermizo, girando bajo las costillas e irradiando frío, irradiando horror en estado puro. El Miclanteurión, el espíritu de Necrostacia y Grimold combinados, había vuelto a su origen.

Las cuencas del monstruo se encendieron, llameantes. Reaper decidió que era suficiente, y se lanzó. Blandió a Necrostacia con un grito desesperado, hacia la cabeza del terror resucitado.

Una fuerza magnética lo detuvo, pues Necrostacia se negaba a dañarlo. Todos los músculos en sus brazos se tensaron cuanto podían, intentando asestar el golpe, pero la espada se mantuvo en el aire, silenciosa, dándole tiempo a Grimold de terminar de erguirse.

Le sacaba varias cabezas, aun encorvado como era. En un silencio sepulcral elevó su mano huesuda, ancha y Necrostacia giró en la mano de Reaper, lastimándolo con el colmillo en su mango y obligándolo a soltarla con un quejido de angustia. Los dedos de Grimold se cerraron en su espada, sin siquiera sentir su peso o esperar un segundo, como si fuera simplemente un hecho que le pertenecía.

Descendió a Necrostacia hacia Reaper con un golpe mortal, certero, y el guerrero sólo pudo atinar a rodar hacia atrás, escapando. Estaba vivo. El terror del que Rashka le había hablado, el inicio de todo lo ocurrido había regresado. Su propio pecho desbocaba, en golpes que se sumaban a los que todo el Tártaros emitía ahora: de Grimold y Necrostacia surcaba un fulgor etéreo, verde, espíritus que se adelantaban por entre las paredes y brindaban su luz perversa a la estructura oscura de aquel infierno, dándole brillo y vida.

El monstruo dio pasos lentos, hacia Reaper, quien continuó retrocediendo. Quizás...

-No hay... nada mal... en mí.

Era una voz más similar a un profundo chillido, al desgarrador grito de mil condenados en un lejano pozo. Tanteó sus bolsillos con desesperación, buscando algún arma para enfrentarlo, pero comprobó con horror que no tenía nada. Algún tiempo atrás hubiese estado armado hasta los dientes, enfundado en cuchillas de pies a cabeza, pero su obsesión con Necrostacia le había quitado ya ese hábito y ahora se hallaba solo, traicionado por la misma espada que tanto se había esmerado en usar.

Lo había utilizado.

Grimold se esfumó en una nube eléctrica, difusa, y de un salto cayó hacia donde Reaper se hallaba, justo al frente. No pudo cubrirse del golpe que le envió, y el de Kamui se obligó a doblarse, tomando con impresión aquel puño metálico, esquelético. Quiso intentar sujetar a Necrostacia de nuevo, pero entonces el monstruo hizo otro movimiento: su pierna se aferró como una garra de su rostro, estrujándolo y obligándolo a sangrar, y lo estrelló contra otro frío muro, casi partiéndole el cuello.

-Nada...- volvió a hablar sin labios, volvió a mencionar el sol que ocultaba en su interior, girando ajeno a sus intenciones asesinas- *Yo... sigo...*

La garra que le hacía de pie seguía oprimiéndolo contra la pared, y sin fuerza el brazo de Reaper intentaba librarse, golpeando algo que parecía inamovible. Luego esas uñas que parecían de bestia se retrajeron, y Reaper cayó al suelo malherido, dejando un reguero de sangre que se congeló de inmediato a su espalda. La mole oscura y brutal de Styxer se inclinó hacia él, tomándolo del cuello y alzándolo, examinándolo con ojos siempre abiertos, siempre echando luz.

-Y Necrostacia...- hablaron los chillidos que le hacían de voz, mientras lo ahorcaba con furia, mientras que Reaper sentía su consciencia escapársele- *Es mía...*

Intentó patearlo, pero apenas tenía ya fuerzas y su intento fue lastimero, como el de un animal herido. Los dedos lacerantes del esqueleto seguían apretando, más, y más,

con un hambre voraz, con un odio que le calaba los nervios, la frialdad de un arma en vida.

Siguió intentando luchar, retorcerse hasta el amargo final. Derrotado... ¿para qué? ¿Por qué estaba muriendo? ¿Qué hacía allí, de todas las cosas? Pateó como pudo, se movió, ignoró los cortes que las garras de Grimold hacían al intentar zafarse y el propio estado de su ser, su cabeza ya violácea y la falta de aire, la muerte que le devenía, el sentir que aquella sería su última visión: no Amu, ni su padre, ni siquiera Reed o boca-cortada, ni Allon ni todo lo que había recorrido sino esa mirada como de faros, ese rencor posesivo donde se veía reflejado, el último de los hambres por los poderes de Necrostacia.

Al último su cuerpo se desplomó, ya sin la capacidad de moverse, ya sin siquiera ver, nublada la vista y sin respirar. Era espantoso, era impensable el carecer de aire. Los párpados le picaban, el cuerpo le estaba acalambrado, apenas entreveía el otro brazo de Grimold Styxer, sujetando a Necrostacia y alzándola contra su rostro para devorar también su espíritu.

Oyó un ruido aparte, un jaleo y luego hubo una poderosa luz.

-¡Shinoras!

El hechizo golpeó al monstruo desde el costado, sin moverlo un sólo centímetro, pero los dedos de Styxer se aflojaron y Reaper cayó al suelo, debatiéndose entre el desmayo y la necesidad de mover el cuerpo, de aprovechar el instante. Arksinad, Reed y Deihr Bellow aparecieron desde la entrada, con gestos graves y rodeando a la abominación de Diakaza.

No dijeron una sola palabra y Reaper tan sólo los vio actuar, al tiempo que intentaba tomar el control de sus extremidades. Arksinad volvió a lanzar otro conjuro, y Grimold lo desvió con su espada, lentamente tornándose hacia ellos.

-¡Reed!- exclamó el mago, y el muchacho corrió entonces hacia Grimold descolgando su escudo. Necrostacia chocó contra la superficie de esa arma, rebotando, y por detrás del punto ciego que representaba la joven de la Forja emergió, girando por sobre él y haciendo un corte en el aire con su sable.

-Seula Chyrmal.

Una onda púrpura golpeó a Grimold Styxer por arriba, pero el esqueleto se cubrió de nuevo con su espada sin acusar daño. Mientras los seelers peleaban, manteniendo la distancia y sabiendo que acercarse demasiado significaba una segura muerte, Arksinad se aproximó a Reaper y lo ayudó a levantarse tendiendo su brazo sobre su hombro.

-Arksinad...- alcanzó a decir él con la poca voz que le quedaba. Notaba color, respiración, hasta latidos en el cuerpo del mago- Estás...

-No por mucho tiempo si seguimos aquí- fue la respuesta de este.- ¡Vámonos!

Logró arrastrarlo hasta el umbral, mientras que más atrás Reed y la joven seguían luchando, lanzándole ataques de alma a ese cadáver en vida que los bloqueaba sin problemas, como si jugara con ellos, como decidiendo en su obstinado silencio tan sólo a cuál de los dos mataría primero.

-¡Reed, ahora!- ordenó Nakku al ver a los otros dos dejar el salón, y el muchacho apuntó con su escudo con la misma determinación con la que había erradicado a Ashmogh, sintiendo su energía ocupar cada célula de su cuerpo hasta la punta de los dedos.

-¡Seula Chyrmal!

Su grito quedó apagado en la oscuridad. Nada ocurrió, el poderoso ataque con el que había planeado sorprender a su adversario ni se dignó en aparecer. Necrostacia rio,

sobre el brazo de Grimold, y el esqueleto inclinó su calavera de costado, en una duda iracunda.

-Hm- meditó Reed aún en posición, manteniéndose detrás del escudo- ¿Y ahora...?

No tuvo tiempo de preguntar más, porque Nakku lo sujetó del abrigo y lo arrastró para que corriesen, siguiendo a los otros dos por los pasillos oscuros que pulsaban, que se encendían, que se levantaban con el poder del Miclanteurión, escapando. Él mientras tanto veía a Drassil, al silencio del arma, preguntándose por qué no había funcionado. Esta vez, estaba seguro, poco tenía que ver con su habilidad o concentración. El escudo había decidido por su cuenta no efectuar el ataque que podría haberlos salvado.

“¿Evita dañar a Necrostacia?” pensó, con horror comprendiendo que eso lo hacía inútil en esa batalla. Al fondo logró ver a Grimold, su presencia amenazante siguiéndolos por los pasillos en calma, entre las carcajadas histéricas de su espada y los retumbes del Tártaros. Las llamas se arremolinaban entre sus brazos y costillas, creciendo por las piernas, saliéndole como furias de los ojos y bordeando el Miclanteurión en su pecho, ese sol que le daba poder a todo, ese compendio de espíritus condenados que se vertía por el edificio, por sus cadáveres, por sus trofeos.

Una chispa los siguió mientras corrían y en las caras muertas, en las manos, en los cuerpos que pisaban al huir hubo movimiento, desarme. Aun en la oscuridad Reed creyó ver algo moverse, que lo tomó de improviso: un brazo cadavérico de deva, apenas más que otro hueso, alzándose e intentando sujetarlo.

Saltó hacia adelante, horrorizado, pero el no muerto logró aferrar el tobillo de Nakku.

-¡Oye...!

Lo partió con su espada, aferrándolo y golpeando decenas de veces hasta que la dureza imposible de esa extremidad se quebró. Alrededor, sin embargo, los cadáveres que cobraban vida bajo el control de Necrostacia se multiplicaban exponencialmente: techo, suelo y paredes del pasillo florecían en brazos, dedos, costillas, cráneos que se movían y rearmaban, intentando aferrarlos. Grimold continuaba acercándose, absorbiendo toda la oscuridad, y Reed temió que aun en su lento ritmo los alcanzara. Su vozarrón profundo los rodeó por todos lados, junto a los latidos del Tártaros y la orden que daba a cada uno de esos cuerpos, a todos los hombres, mujeres y niños que con su espada había asesinado.

-Despierten... Mis esclavos... Mis ankous... Traíganme mi cena. ¡Traíganme sus espíritus!

-Sí, al diablo con eso- la seeler golpeó el suelo con su sable, y una onda expansiva de alma barrió por unos segundos a las criaturas que emergían, dándoles tiempo de seguir corriendo.

Se reagruparon con Arksinad y Reaper, el mago apuntando al pasillo con su mano.

-¡Macabra Gos!

Con mucho más poder del que le hubieran visto antes emergieron espectros, chorros de formas fantasmales que sin embargo le parecieron casi tiernas en comparación a los tales Ankous, esos maldecidos que ya salían de su ensueño y se movían como máquinas hacia ellos portando lanzas quebradas, viejas espadas, algunos sólo sus afiladas garras. El hechizo ocupó todo el pasillo, con fuerza y el mago lo mantuvo cuanto pudo, impactando a los zombis, frenándolos y ocultando a Grimold que más allá fue barrido por la magia, Arksinad concentrándose en su intento de eliminarlos.

Quedaron expectantes, sin pensar en abandonar al mago. A su lado vio que Reaper ya conseguía caminar solo, aunque sangraba y se veía más débil de lo que nunca lo

hubiese visto, mirando al terrible Grimold Styxer con un gesto muy particular. La entrada al pasillo era ahora puros espectros, una piscina de conjuros tenebrosos, pero de ella emergió una figura brillante y todos retrocedieron al ver al rey del Tártaros aparecer, sin un sólo rasguño, alzando a Necrostacia tal guillotina sobre sus cabezas.

No necesitaron ni verse para entender que lo mejor era huir. Reed se cuidó de que todos pudieran correr y se volvieron perdiéndose por la negrura, por las sombras, por todos esos seres que se levantaban para matarlos, para devorarlos o llevárselos a su amo. En los seis grandes pilares los enormes devas guerreros que la espada negra había añadido a su colección también despertaron, moviéndose con pereza y arrancándose a sí mismos de su lecho, una visión espantosa que le hizo pensar a Reed que sin duda aquel era un infierno, otro tipo de dimensión separada, pues era imposible que algo como ello sucediera en el mismo mundo soleado que conocía.

Todo el piso seguía haciendo vaivenes, las paredes giraban, la geometría siniestra del sitio moviéndose para dificultarles escapar. Arksinad dudó, viéndose rodeados por los Ankous y con Grimold aproximándose, y apuntó al piso con su mano.

-¡Shinoras!

La luz golpeó y destruyó materia muerta y metal, y todos cayeron por aquel hueco sacándose de una lucha que se veía imposible. El terreno en el que terminaron posando sus pies, sin embargo, no era estable así que terminaron deslizándose por una pendiente oscura y pronunciada, oyendo los sonidos chirriantes de ese pandemonio y encendiendo otra luz el mago para poder verse, para asegurar que ninguno había quedado atrás.

Terminaron dando contra una pared, en la cual una ínfima abertura daba al exterior, sin dejar pasar su luz. Reaper se desplomó contra ella, intentando juntar energías mientras que más allá todo se torcía, más Ankous emergían, más se activaba el Tártaros y retornaba aquello que hacía cuatrocientos años Albion había detenido.

Creyó ver algo extraño, por esa excusa de ventanal, y sus ojos se asomaron por la hendidura buscando captarlo. Tardó un rato pero, cuando lo hizo, helado se dio vuelta hacia el resto.

-Se está moviendo.

Nakku y Arksinad lo miraron confundidos. Reaper no dijo nada, encerrado en sí mismo, sus dedos tensándose como si le faltara algo.

Ocurría, aquello que a simple vista parecía imposible: desde la ventana en lo alto el cielo retrocedía y se veía bien como el Tártaros avanzaba, como aquel edificio se arrastraba por su cuenta por la arena, sostenido por energía y patas insectoides, creando una visión de pesadilla en el desierto de la Ciudad Dorada, como el de un animal imposible, algo que debía de haberse extinguido hacía años marchando ahora, indetenible y absoluto ante el resplandor del pleno día.

-Va a...- Nakku se asomó, también sorprendida. Todos se veían aterrados de hallarse en ese lugar, en el que los ankous pronto también llegarían.

-A Diakaza- respondió Arksinad sin aliento. Y Reed, viendo la línea del horizonte y la magnífica ciudad de oro que allí se aproximaba imperceptible, comprendió con temor que era cierto. Grimold estaba llevando su hogar hacia el mismo Domo del Sol, y aplastaría todo a su paso hasta acceder a donde el pueblo de Baal reposaba.

Había concluido todo casi exactamente como lo esperaba, aunque a decir verdad eso no lo salvaba de la sensación que tenía ahora al recordar las escenas, la bilis amarga que le subía por la garganta y la frustración de no poder haber logrado nada.

Las advertencias de Yeguilex habían caído en oídos sordos. Ya hacía un par de horas que se lo habían llevado encadenado, a la cárcel donde esperaría su turno para alimentar el filo del verdugo. El juicio había terminado con una sentencia decisiva: de los cuatro Unnaon que habían participado, tres optaban por la pena de muerte y sólo Zetha había votado por seguir investigando las afirmaciones del general, gesto que Bullwe agradecía pero que sabía inútil. No había forma de que creyeran, ni aunque el niño ciego les pudiera hablar y explicarles toda su vida con Delta. Acusarían a Yeguilex de haberlo entrenado, a aquel pequeño de ser una marioneta de los kiels también y por sobre todo se encargarían de arrestar también a Leude y a su esposa, cosa que sin duda el general no quería ni imaginar.

Así pues, todo estaba perdido para el treceavo escuadrón de las Fuerzas Especiales de Fariel. Con un grito se había extinguido su esperanza, con una sentencia firme y ahora sólo quedaba ver el final que Bullwe no pensaba enfrentar. Lucharía hasta su último recurso por salvar a su líder y a la ciudad. Pensaba eso cabizbajo, sentado en un cómodo asiento de la mansión de Zetha y compartiendo el mismo animo sombrío de los demás, sin saber en realidad qué hacer, por dónde empezar. El tiempo pasaba insufriblemente lento, y el único sonido que se escuchaba era el tic tac de algún reloj en la casa, o el deslice de las ropas de la servidumbre que por allí rondaba, preparando la cena a la que el Vander los invitaría. Sería una amarga velada.

La mirada castaña de Bullwe se posó un instante en Unnaon Zetha, en su meditación. Desde que les habían dicho sobre la futura destrucción de Deneb Algedi se había mantenido escéptico, esperando el regreso de Duran para confirmar sus dudas, siendo amable con ellos pero en cierta forma distante, como si estuviera muy ocupado. Le parecía ridículo que un niño de esa edad tuviese tanto poder en sus manos, que pudiera decidir algo sobre el destino de su reino y estaba seguro de que el anciano Dos tenía alguna consideración similar, pues el acudir a él había sido sin duda una medida desesperada, de último momento.

Chasqueó la lengua, suspirando. Las únicas dos personas que podían salvar a su general eran niños, uno casi mudo y otro aplastado por las responsabilidades. Buscó vagamente la fuente de aquel sonido que le incomodaba, esforzándose en pensar, preguntándose qué había ocurrido con el viejo mago. Duran Id Scion debía haber puesto en investigación a Vannael, y de esa manera frenado la guerra. Pero ahora en aquel silencio y vacío, en esa tristeza que flotaba en el ambiente, Bullwe tuvo la sensación de que algo había salido mal. Habían quedado solos, para ver a su ídolo morir.

Los ojos verdes de su anfitrión lo miraron con timidez. Había dejado el gigantesco sombrero que utilizaba a su lado, y parecía estar repensando algo. Bullwe ignoró su llamado de atención mudo con intención, buscando no mostrarse solícito a su pedido. Estaba seguro, ahora, de algún modo simplemente lo sabía.

Duran no volvería.

En la boca del niño parecía flotar una pregunta, o diez, o mil. Los últimos reclamos de Yeguilex mientras se lo llevaban debían de habersele hundido como dagas en los oídos, despertándolo de su arrogante separación a lo que estaba ocurriendo.

“*¡Necios!*” había terminado por gritar el general a los Unnaon, mientras lo esposaban “*¡Esta ciudad va a destruirse! ¡Escúchenme!*”

Pero, lamentablemente, pocos habían interpretado aquella elección de palabras como algo más que la patética amenaza de un hombre que revelaba sus supuestos colores. Unnaon Beta había ordenado que se lo llevaran, y Alpha había suspirado, levantándose y dando por terminada la sesión. Todos, menos los que sabían lo que estaba por ocurrir, habían quedado satisfechos.

Una sirvienta se aproximó, invitándolos con un poco de té helado que aceptaron con desgano. Bullwe le dio un sorbo, refrescándose, viendo las pequeñas hierbas danzar al fondo del cristal entre los reflejos taninos del líquido. Unnaon Zetha apenas lo probó, y Gio siguió sumido en su culpabilidad ridícula, aquella de la cual tendría que arrancarlo tarde o temprano.

Habían fallado. Más que sus propias vidas, el escarnio de Fariel se avecinaba sin que tuvieran un sólo modo de detenerlo, y Duran, Yeguilex, inclusive quienes habían luchado antes por impedirlo ya se hallaban muertos o en la espera de la horca.

Eso significaba...

Exhaló, todo el aire que tenía adentro. Luego se dio vuelta y miró al Vander de frente, encarándolo, pensando en su propia infancia, en las veces que se había logrado sobreponer a sus enemigos utilizando su propio intelecto. También pensó en su general, encerrado en su celda, en la introspección espantosa que debía de estar sufriendo. Quedaban ellos tres, nada más, pero debería serle suficiente para conseguir algo. Vería que podía él, un simple humano sin poder, frustrar del plan de Vannael.

La comisura doblada de sus labios debió de llamarles la atención. Zetha se reclinó más hacia él, ahora sí dispuesto a escucharlo, y Gio lo vio de reojo, con interés velado.

Era hora de comenzar, pero esta vez a su manera. Lo primero, claro estaba, era rescatar a Yeguilex.

El comprender que se hallaban en una fortaleza móvil les dio más razones para buscar huir de allí a como dé lugar, con la ansiedad de apoyar pie en arena quieta y firme. Reed, Reaper, Arksinad y Nakku no necesitaron cruzar ni dos palabras para poner manos a la obra, corriendo y buscando en aquel laberinto negro una salida que los pudiera hacer escapar de las garras de Grimold y sus ankous.

Decirlo, sin embargo, era mucho más fácil que hacerlo. El Tártaros parecía infinito por dentro: si bajaban mil escalones, deslizándose por sobre el metal frío y punzante, pronto se asomaban por otra abertura y notaban no haber descendido, como si todo el piso se hubiese elevado con ellos, y si recorrían mil pasillos, evitando los sonidos que auguraban al enemigo, desesperaban al comprender que volvían de nuevo a desde donde habían salido en un círculo eterno, desesperante. No había ninguna clase de lógica en la formación de aquel sitio; pues los ankous no la necesitaban: bien podía uno encontrarse con un abismo interrumpido por un puente, pero de seguir el puente este se cortaba hacia abajo repentinamente, perdiéndose en el vacío para desafiar su propósito, y aun así en esa pared vertical esqueletos trepaban, hambrientos e incesantes hacia ellos, y en

las zonas más espaciosas en las cuales la oscuridad se mermaba por la luz de Arksinad veía también muertos al levantar la cabeza, ankous descolgándose del techo, pisándose unos a otros, lentos y maquinales en su persecución.

A Grimold, al menos, lo habían perdido de momento. Reaper ya se había recuperado y los cuatro seguían a buen ritmo, evitando la lucha, siempre en la mente la idea de bajar más y más de donde se hallaban. Se hacía tan difícil y pesada la tarea, sin embargo, que cada tanto Reed se hallaba tentado de pedirle a Nakku que huyera con paso seeler, a alertar a Tearu, Rashka y los demás devas. El ejército tal vez podría ayudarlos.

¿O la matarían, por ser otra elegida de Baal? No supo qué responder, y prefirió no arriesgarse. Aún estaban con vida. El monstruo de la Ciudad Dorada no los alcanzaba.

-Respiran...

Maldijo su enorme bocota y todos frenaron, buscando desde dónde les hablaba Grimold. Grandes suspiros de alivio lanzaron al comprender que les hablaba desde todo su hogar, su voz exhumando de las ranuras cristalinas, de las sombras que se les pegaban al cuerpo. Aún no los había hallado.

-Viven...

Hicieron una seña tácita, guardando silencio y tanteando las paredes, metiéndose por un atajo que apenas dejaba resquicio para entrar conteniendo el aire. El edificio dio una sacudida que le dolió, rompiendo tal vez con su fuerza las irregularidades en el desierto que atravesaba. Cuando sintiera más estallidos, pensó Reed, sería que los devas se estaban defendiendo. Salieron a otro espacio más amplio repleto de escalinatas, pero era muy difícil concluir a dónde llevaban pues eran miles en direcciones opuestas, enredándose, confundiéndose entre ellas como montones de gusanos fosforescentes que pisaron con ansiedad, intentando encontrar la salida al laberinto. No se sorprendieron cuando Grimold volvió a hablarles.

-Luchan...

La luminosidad de los escalones se incrementó casi cegándolos, y por puro reflejo se alejaron, a suelo negro. Hubo un sonido curioso, fulminante y todo se oscureció más.

Un chispazo. Ya no se hallaba donde antes estaba, así de simple. Miró a su alrededor, y se tranquilizó al ver a los otros tres con él. Aquel ingenio no los había separado.

-Alguna vez fui como ustedes, pobres víctimas de su existir...

La electricidad verde recorrió toda la extensión de aquella habitación, iluminando más caras pálidas de devas en las paredes, colgajos de piel sobre los huesos y cráneos, dándoles vida al influirlos con los espíritus devorados por Necrostacia. Se pusieron en guardia, formando un círculo que no dejaba brechas y vieron a los Ankou salir de su letargo: estirando los brazos, emergiendo, rearmándose y tomando cualquier arma que tuviesen al alcance mientras se les acercaban imparables.

-¿Algún plan?- preguntó, rogando obtener una buena respuesta.

-Los golpeamos hasta que mueran- fue la amarga propuesta de Reaper.

Le tendió su propia espada corta, para que no estuviera desarmado, y quedó tan sólo con su escudo que de por sí ya era una considerable compañía a la hora de combatir. Eran al menos una veintena de ankous los que se aproximaban, cada vez a mayor velocidad. Al intentar usar seele, para eliminarlos, como esperaba su tesoro no reaccionó.

Tendría que ser de la vieja forma, entonces.

Corrió e impactó a uno, forzándolo a partirse en pedazos. En el espacio dejado Arksinad lanzó espectros, barriendo a otros dos, mientras que Nakku y Reaper enfrentaron a cuatro por su cuenta, desarmándolos pieza por pieza gracias a su agilidad superior. Reed gritó, salvando al mago de un hachazo oxidado y cortó con el borde de su arma la cabeza de otro ankou, atajó un golpe, cayó al suelo ante un mazazo y lo esquivó la segunda vez, pateando las piernas sin carne y obligando a su oponente a derrumbarse. Todos luchaban en la oscuridad, guiados por los reflejos espectrales de aquellos muertos, de esos que salían de las paredes cada vez en más número, que cuando caían no fallecían sino que buscaban rearmarse, levantándose otra vez y formando con sus luces amortiguadas la impresión de ser atacados por una tormenta, corriente del más allá.

Arrancó la espina dorsal de otro con un golpe, viéndolo estallar y le llamó la atención el brillo de sus esposas: un esclavo, quién sabría de qué época. Algunos de los cadáveres eran viejísimos, como lo adivinaba por el estado precario de sus huesos partidos, mientras que otros tenían ropajes que no distaban tanto de los utilizados por los albinos del Domo o las clases no combatientes de la Ciudad Dorada, pero todos peleaban con el mismo ímpetu inhumano, silenciosos, el único mensaje siendo transmitido por su amo que estaría llegando a donde se desenvolvía la batalla.

-Alguna vez fui... falso. Sufriendo, gritando de dolor y deseo, corrompiéndome con... vida. Un esclavo más del destino, ignorante y joven. Hasta que encontré la verdad... -una respiración profunda los heló, aun en el fragor del enfrentamiento. Reed esquivó una espada, y su maestra saltó sobre él y hundió su sable contra otro cráneo, partiéndolo a la mitad. Más ankous llegaron, desde una abertura sin propósito en el techo y en el grupo las miradas se cruzaron, entendiendo que había que cortar esa contienda y volver a la huida- *Cómo temí entonces. Cómo... aullé, sin comprender, ciego... por esta peste en la que se revuelcan. Pero ahora... Soy libre. Y veo. Mi espada arrancó los asquerosos párpados que tapaban mis ojos.*

Un escalofrío le bajó por la espalda. Arksinad dio un grito, para que se alejaran, y lanzó otro Shinoras que voló a diez esqueletos haciéndolos añicos, permitiéndoles correr y perderse de nuevo por pasillos en los que trastabillaban, rebotaban, entre los cuales los muertos salían también pero donde podían burlarlos con mayor facilidad, concentrados en no perderse. Se deslizaron por otra bajada menos pronunciada, y llegaron a otra ventana. Esta vez, por suerte, la imagen que le devolvió la abertura le decía claramente que habían logrado quedar más cerca de la ansiada salida.

-Cuando por fin dejé de ser... Tuve paz. Calma. Sólo los vivos sufren. Sólo ustedes... gritan.

-¡Por aquí!- le indicó Nakku. Doblaron bajando por otra escalinata, atentos a los enemigos que seguían desenterrándose. ¿Cuántos ankous había allí? ¿Cientos? ¿Miles acaso? El pensar que alguna vez él había enfrentado aquello, que habría rematado a sus amigos y parientes, que había peleado contra esa voz, contra la abominación que se les escondía, que pronto podría aparecer apenas doblaran por cualquier recodo, todo eso le parecía imposible, un sueño inhumano que jamás podría realizar. Apretó la cadena de su escudo al correr, pidiéndole fuerzas. Su hermano Idgray... Si juntos alguna vez habían encarado a esa personificación de la muerte, le rogaba que le diera valor para hacerlo de nuevo tantos años después.

Llegaron a un sitio en donde el camino se cortaba. Arksinad apuntó en una dirección al azar y lanzó otro hechizo, creando una brecha por la que pasar. Se había acostumbrado a esa magia mucho más que antaño y revivir parecía haberle devuelto una

buena cantidad de maná que antes su demonio le devoraba, pero se pudo ver por el destello que el sudor frío le caía por la frente. Si llegaba a agotarse y quedaban encerrados...

-Pero a cambio mi espada me dio... hambre. –continuó Grimold- Consumiéndome, arrancándome de mi sueño en ansias. Me dio una misión, un propósito... Entregar esta verdad. Esparcir... mi mensaje a los esclavos del destino. Tengo hambre de paz. La tranquilidad de esta cripta, extendida a los confines del existir... ahogando su corrupción. Acallando a los enfermos... a los condenados... a los vivos. Cancelando... su dolor.

»Tenemos un plan para todos ustedes... Mi Necrostacia y yo. Alguna vez este universo fue como nosotros, mudo y frío. Quiero compartir este regalo, el gozo de la muerte. Esta voz me obliga a devorar... Devoraré cada pueblo... niño... guerrero... dioses... tierras y riquezas... Todo. Mi cruzada vuelve en pie aquí, donde Albion me detuvo....

»Este mundo será un cementerio... una vez más.

Un chillido poco agradable cortó al final ese mensaje, dejándolos con una sensación espantosa. Visiones de los Evenstar, de Linith, de los generales y los esclavos muertos, pegados a paredes, pudriéndose, aportando estructura al Tártaros invadieron su mente sin poder evitarlo, obligándolo a sostener a Drassil con más ímpetu.

El chillido aumentó, y se oyó un paso firme, clarísimo en la oscuridad.

Reaper levantó su mano, deteniéndolos en silencio. Allí donde doblaba el pasillo una luz se extendía, esmeralda, acariciando las paredes con figuras eléctricas e irregulares.

Grimold se aproximaba.

Se arrojaron por los costados, en donde el suelo se hundía y barreras de metal se alzaban, cubriéndolos de la luz. Escondidos así contuvieron la respiración, Nakku tapando su boca y aguardando, en las sombras. No veía nada, pero pronto todo se esclarecía. Se acercaba, con otro lento paso.

El corazón le daba retumbes en el pecho. Vio a la seeler, concentradísima, deslizando su mano por sobre el mango de su sable, a Arksinad pálido y bien pegado contra el muro y a Reaper, sentado sin hacer un sólo ruido, la mirada fija en lo oscuro en actitud contemplativa.

Otro ruido. Ya Grimold debía estar sobre ellos. No hubo más sonidos entonces, pero la luz siguió irradiando. Se había detenido. ¿Los podría...?

-Y ustedes...

Casi saltó de su lugar, pero se mantuvo. Nada les decía que pudiese verlos. Era el Tártaros el que hablaba por Grimold, por lo que su rey quizás aún no los había detectado. Si esperaban, si lograban mantenerse indetectables hasta que atravesara la oscuridad y se perdiera más allá... La salida no estaba muy lejos. Se esforzó en controlar su miedo, en calmarse, en hacerse imperceptible.

Luego sintió una mano suave apoyarse en su hombro, donde nadie lo acompañaba. Su escudo rodó fuera de él por su cuenta, saliéndose de sus manos. Una voz indefinida escapó de su materia.

-Ah.

Quedó helado de pies a cabeza. Su tono burlón los delató y todos se horrorizaron cuando el esqueleto bestial se giró hacia ellos, echando fuego de sus cuencas, levantando de nuevo a Necrostacia para segarlos, ya viéndolos, ya imposible el escape de su hambre.

-Son... mi... festín...

La espada negra descendió con fuerza, y Reed cerró los ojos cubriéndose con los brazos.

Entonces, una luz quebró la oscuridad.

FIN DEL TERCER LIBRO